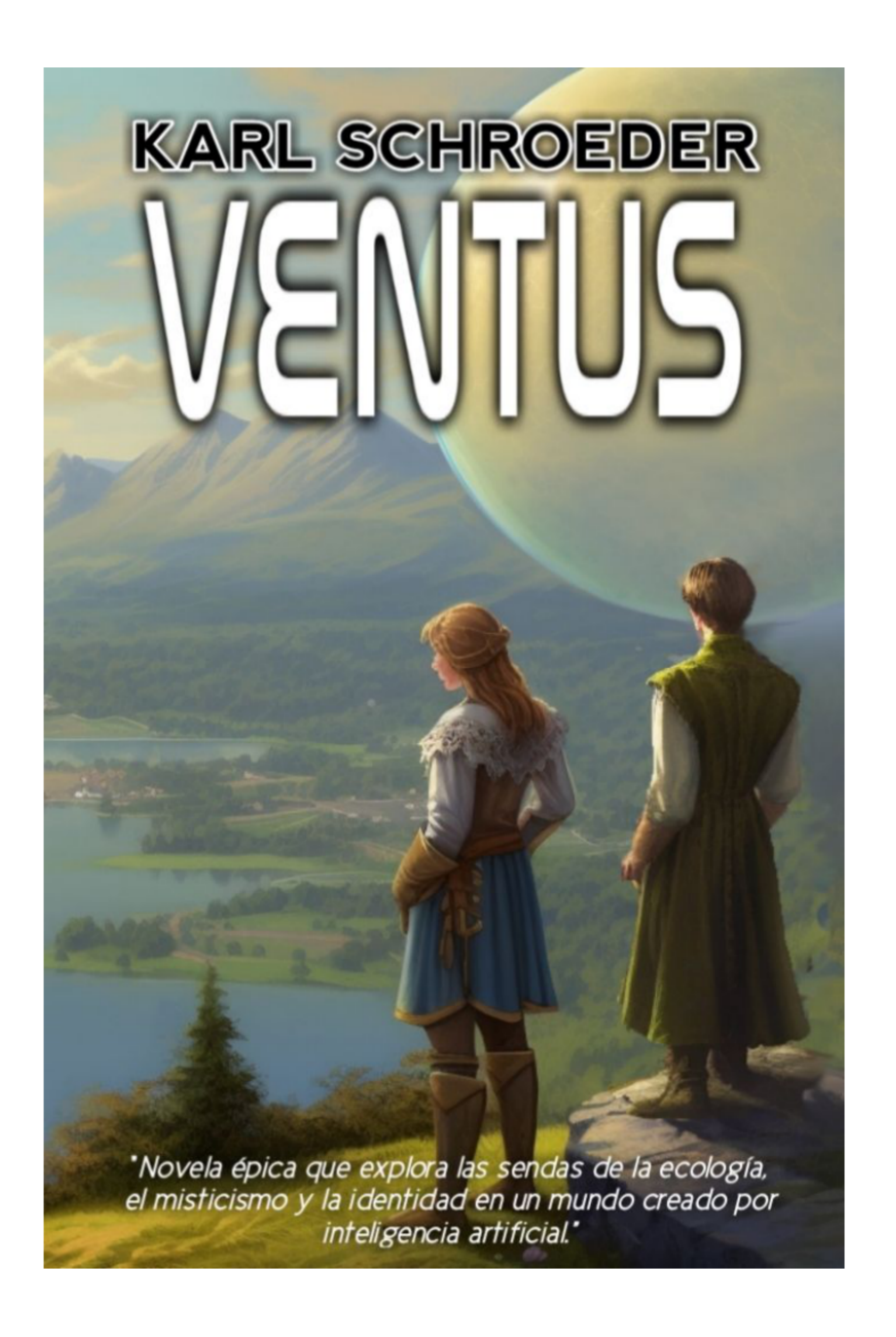

KARL SCHROEDER
VENTUS
"Novela épica que explora las sendas de la ecología, el misticismo y la identidad en un mundo creado por inteligencia artificial."

Créditos

Titulo: **Ventus**
Autor: **Karl Schroeder** (www.kschroeder.com)

Traducción y edición: Artifacs, abril y mayo 2023.
Diseño de portada: Karl Schroeder.
Ebook publicado en Artifacs Libros en mayo 2023.

____oOo____

Titulo original: **Ventus**

Texto en inglés publicado gratuitamente en www.kschroeder.com

---

Sobre el autor

Karl Schroeder es un escritor canadiense de ciencia ficción y un futurista profesional. Sus novelas presentan especulaciones de un futuro lejano sobre temas como la nanotecnología, la terraformación, la realidad aumentada y los viajes interestelares, y son profundamente filosóficas. Más recientemente, también se enfoca en temas del futuro cercano.

Después de publicar una docena de cuentos, publicó en el año 2000 su primera novela, *Ventus*. Ha publicado otras diez novelas y es coautor (junto con Cory Doctorow) del libro de autoayuda *The Complete Idiot's Guide to Publishing Science Fiction*. Actualmente escribe y asesora sobre el área de estudios del futuro.

En octubre de 2011 obtuvo una Maestría en Diseño en Prospectiva Estratégica e Innovación de la Universidad OCAD en Toronto, Ontario, Canadá.

Novelas

Novelas independientes.

- *The Claus Effect* (con David Nickle). (Tesseract Books, 1997)
- *Permanence* (Tor Books, 2002.)
- *Crisis in Zefra* (Directorate of Land Strategic Concepts, National Defence Canada; 2005.)
- *Lockstep* (Tor Books, 2014.)

Serie Virga.

- *Sun of Suns* (Tor Books, 2006.)
- *Queen of Candesce* (Tor Books, 2007.)
- *Pirate Sun* (Tor Books, 2008.)
- *The Sunless Countries* (Tor Books, 2009.)
- *Ashes of Candesce* (Tor Books, 2012.)

Serie Ventus.

- *Ventus* (Tor Books, 2000)
- *Lady of Mazes* (precuela de *Ventus*) (Tor Books, 2005)

Premios

- 1982. Premio Pierian Spring Best Story por *The Great Worm*.
- 1989. Ganador del concurso de ficción '89 por *The Cold Convergence*.
- 1993. Premio Prix Aurora por Mejor obra Corta en inglés por *The Toy Mill*.
- 2001. New York Times Notable book por *Ventus*.
- 2003. Premio Prix Aurora por mejor novela CF canadiense por *Permanence*.
- 2006. Kirkus Best Book por *Sun of Suns*.
- 2007. Finalista del premio Aurora y nominación al premio John W. Campbell Memorial por la Serie Virga
- 2012. Premio Audie a mejor Obra Original (en la categoría de antología en audiolibro de mundo compartido) por METAtropolis: Cascadia, cuya contribución fue el relato *Deodand*.

Puedes saber más sobre Karl en su web: kschroeder.com.

Fuente: wikipedia.

Sobre la novela

La novela especula sobre las causas que llevan a la inteligencia artificial (IA) a rechazar a la humanidad y explora los ideales platónicos y la identidad. El autor inventa en esta novela el "sucesor de la ciencia" mediante el neologismo *taliencia*, el cual alude a la disciplina científica de las IA creadas en origen por el ser humano. De un modo tosco, la taliencia sería la fusión de la metafísica y la ciencia.

Esta nueva disciplina ficticia presenta un interesante debate sobre si los modelos formales —como la teoría de la relatividad o la mecánica cuántica— generados por una IA para dar respuesta a su percepción del universo serían similares a los creados por los humanos. Citando al propio Karl: «*[...] si se les permitiera* [a las IA] *inventar libremente su propia semántica, ¿terminaría su modelo físico del universo pareciéndose al nuestro? No me refiero a si produciría los mismos resultados con las mismas entradas, porque lo haría, sino: ¿sería una teoría accesible para los humanos?*

Otros significados de taliencia los explica el propio Karl en su web: «[...] *dados dos o más modelos del universo igualmente válidos, la taliencia es el arte de elegir el que tiene el rostro más humano*.» y también: «*La taliencia consistiría en tomar los resultados de la ciencia como materia prima para construir nuevas mitologías —y posiblemente religiones— que se diferenciarían de todas las anteriores en que todas serían científica y objetivamente verdaderas*.»

De este modo concluye entonces que: «[...] *la ciencia podría tener un sucesor: la taliencia usaría la verdad objetiva como un medio artístico y fusionaría la subjetividad y la objetividad en una actividad creativa cuyo propósito es la resantificación del mundo natural [...]. La taliencia sería una actividad digna de la humanidad poscientífica, o de nuestros propios sucesores biológicos o posbiológicos*.»

La definición de taliencia en wikidictonary es:

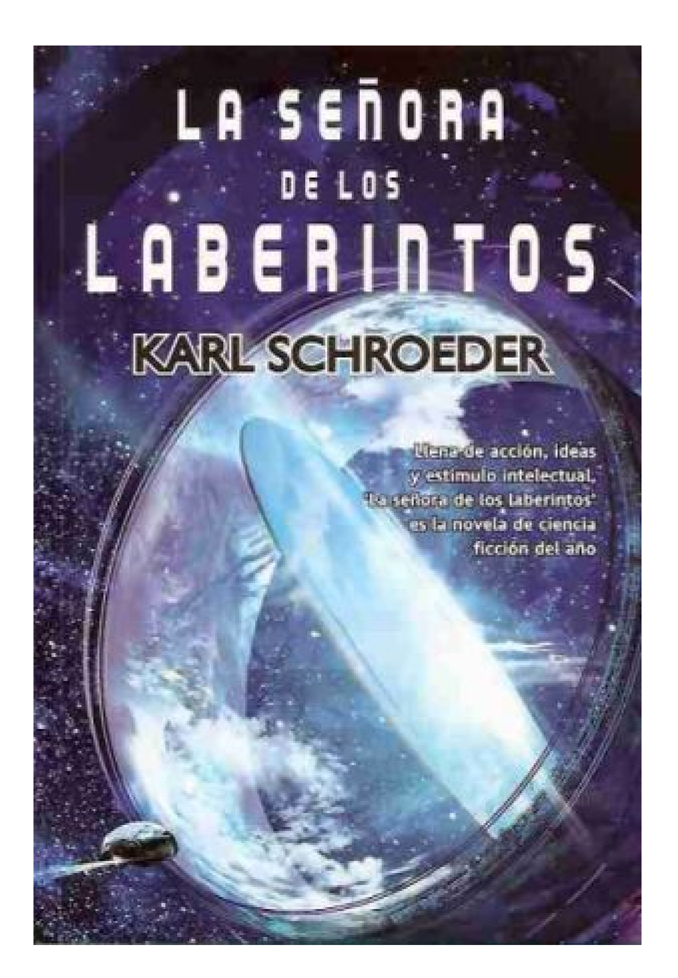
- **taliencia** (neologismo): La propiedad de un objeto de saber qué es y dónde está, y de ser capaz de informar de ello a todo

objeto cercano.

El término ha sido adoptado por algunos miembros de la comunidad de inteligencia artificial para describir las propiedades de autoorganización de las redes distribuidas de grano fino. La novela afirma que la palabra fue elegida deliberadamente como una alusión a "la silenciosa Thalia", la musa de la Naturaleza. Se considera que las entidades exhiben taliencia si logran desarrollar sus propias categorías para comprender el mundo.

Sobre la precuela

Ventus tiene un precuela (*Lady of Mazes*, 2009) publicada en español en 2009 como **La señora de los laberintos**, número 127 de la colección *solaris ficción* de la —tristemente extinta— editorial española *La Factoría de Ideas*. Esta precuela tiene una excelente traducción de Virginia Sanmartín López. Ambas novelas se pueden leer por separado, aunque las dos historias comparten la misma ambientación y elementos narrativos.



Si después de leer *Ventus* quieres seguir con *La señora de los laberintos*, he comprobado que el libro sigue disponible en las principales librerías españolas —como la Casa del Libro o FNAC, por citar solo un par con servicio de envío por internet.

Esto es cierto, al menos, en el momento de esta primera publicación de *Ventus* (fecha de mayo de 2023). Si estás leyendo este ebook en una nave espacial del año 3097, es muy posible que la novela *La señora de los laberintos* ya esté descatalogada y tengas que comprarla de segunda mano a algún librero alienígena que encuentres en la próxima estación espacial —o como sea que hagáis estas cosas en el futuro.

Y después de esta nota de interés, te dejo, que seguro que estarás

deseando empezar la historia. Un saludo y…

Feliz lectura.

Fdo: Artifacs.

VENTUS

por

Karl Schroeder

______oOo______

«... el monstruo de Frankenstein dice: la computadora. Pero ¿de dónde vienen sus palabras? ¿Es nuestra la sabiduría de esos fríos labios, meramente repetida a petición nuestra? ¿O está hablando otra cosa? ¿Una voz que siempre hemos soñado escuchar?»
—de *El sucesor de la ciencia*, por Marjorie Cadille, marzo de 2076.

____

Parte Uno

Los Garfios Celestiales

1

La mansión del Inspector de Sal Castor yacía alargada en la cima de la colina como un gato dormido. Sus muros llenos de hiedra no habían conocido jamás un ataque. Las torres que se alzaban tras éstos habían suavizado sus propios bordes a lo largo de los siglos y se habían convertido en el hogar de líquenes y de nidos de pájaros. Después de sus padres, este lugar era la mayor constante en la vida de Jordan Mason, y su segundo recuerdo más antiguo era el de estar sentado bajo sus paredes viendo trabajar a su padre.

En una límpida mañana de principios de otoño, él se encontraba ocho metros por encima de un estanque cristalino, equilibrado precariamente en el borde de un andamio y mirando en el muro cortina a través un hueco, el cual no había estado allí la semana anterior. Jordan trazaba con el dedo una costura de mortero. Éste era oscuro y granuloso, de la misma consistencia usada por un antepasado suyo para reparar la rectoría tras una tormenta eléctrica, doscientos años atrás. Si Tyler Mason había sido el último en reparar esa parte del muro, era obvio que necesitaba algo de obra.

—¡No tiene buen aspecto! —gritó Jordan a sus hombres. Sus rostros eran un arco de óvalos quemados por el sol desde esta perspectiva —. Pero creo que hay suficiente para la obra.

Jordan comenzó a descender hacia ellos. Le latía con fuerza el corazón, pero no por la altura. Hasta hacía una semana había sido el miembro más joven de la cuadrilla de trabajo. Cualquiera de los obreros podía darle órdenes, y todos lo hacían, a menudo con maldiciones y amenazas. Todo eso había cambiado en su decimoséptimo cumpleaños. El padre de Jordan era el maestro albañil hereditario de la propiedad y su título se extendía incluso al nombre de la familia. Jordan había pasado su juventud ayudando a su padre en el trabajo y ahora él estaba al mando.

Durante los primeros cuatro días, el padre había estado rondando y observando con ojo crítico a su hijo, pero sin interferir. Hoy, por primera vez, se había quedado en casa. Jordan estaba solo. No

estaba muy alegre por ello porque no había dormido bien. Las pesadillas habían atormentado su mente.

—Las piedras alrededor de la brecha están sueltas. Tendremos que ensanchar el agujero antes de poder taparlo. Ryman, Chester, moved el andamio dos metros y subid una bolsa de herramientas. Comenzaremos quitando las piedras alrededor del agujero.

—Sí, señor, oh, por supuesto, poderoso señor —exclamó Ryman con sarcasmo. Una semana antes, el calvo y quemado obrero había estado dando órdenes a Jordan. Ahora las cosas habían cambiado, aunque Ryman insistía en dejar claro que no lo aprobaba. Jordan no estaba muy seguro de cómo actuar si Ryman se resistía a hacer algo. Esa era una cosa más de lo que preocuparse.

Los demás hombres sonrieron, gruñeron o mascullaron de diversas maneras. No les importaba quién les daba las órdenes. Jordan volvió a subir al andamio y comenzó a picar el mortero alrededor de la brecha. Estaba desconchado, como él había sospechado, pero no tanto como para explicar el repentino derrumbe de las piedras a ambos lados del muro. Era casi como si algo se hubiera abierto camino a través de ahí.

Eso planteaba terribles posibilidades. Jordan se apartó de los ojos el negro cabello y miró a través del hueco el panorama de copas de árbol al otro lado. La mansión se alzaba sobre el terreno más alto en kilómetros a la redonda y lindaba con el bosque. A Jordan no le gustaba pasar demasiado tiempo en el lado del muro que daba al bosque, prefería trabajos dentro de los patios. El bosque era el hogar de los monstruos, de los morfos y de otros Vientos menores.

El inspector que había construido este lugar había confiado en que la proximidad con la naturaleza le ganara el favor de los Vientos. Solía quedarse en el muro orientado al bosque mientras sorbía café y observaba las copas de los árboles en espera de una señal. Jordan se había quedado a veces en el mismo lugar imaginando ser el inspector, pero nunca había sido capaz de imaginar cómo tenía que pensar uno para no asustarse con esos laberínticos pasadizos de tonos verdes. Al parecer aquel anciano no había tenido pesadillas.

Pesadillas… Jordan recordó la extraña pesadilla que había tenido la

noche anterior. Ésta había comenzado con algo entrando a rastras por su ventana, algo oscuro y sin forma. Luego, según alboreaba, le había parecido despertar en la cima de una lejana colina. Al amanecer había presenciado el comienzo de una batalla entre dos ejércitos, interrumpida poco después por un horror que había caído del cielo tras emerger de un salto desde la misma tierra. Había sido muy vívida...

Salió de su ensueño y volvió su atención al presente. Los demás habían llegado y comenzaban ahora a instalarse. Jordan ya había raspado la capa superior de mortero alrededor de las piedras que quería quitar. Ahora se equlibraba de nuevo por el borde del andamio para dejar que los hombres más musculosos hicieran su trabajo. Debajo de él, el cristalino estanque reflejaba nubes hinchadas y la creciente forma blanca de una lejana luna errante. Diez minutos antes, la luna había estado en el horizonte oriental, ahora estaba en el Sur y retrocedía rápidamente.

Jordan oteó el patio. A su espalda, bosque oscuro estrangulaba el paisaje hasta el horizonte. Ante él, más allá del patio, una hilera de árboles recorría las cimas de las tres colinas que se extendían entre su aldea y la mansión. A la derecha los campos tenían cultivos en cuadrados y rectángulos. Veía la forma en trapecio de la hacienda de los Teoves, la larga franja de la de Shandler y muchas más, y si entornaba los ojos podía imaginar la línea divisoria que separaba estas granjas de las del Vecino.

Todo esto era familiar y, en última instancia, poco interesante. Lo que realmente quería mirar, y de cerca, estaba justo en el centro del patio, con un semicírculo de nerviosos caballos encarados hacia el mismo. Era un vagón de vapor.

El carruaje estaba al frente, separado de la caldera de cobre con forma de cebolla por una pared de madera con forma de tarjeta. Una chimenea formaba un ángulo tras la caldera. Las ruedas eran altas y de finos radios, y hacían necesario abordar el carruaje por la parte delantera. Las doradas puertas habían sido pintadas con miniaturas que mostraban doncellas y labradores retozando en un idealizado entorno pastoral.

Cuando aquello se ponía en marcha, eructaba humo y siseaba como

una bestia fantástica. Su propietario, el Controlador General Books Turcaret, se refería a ella como una máquina, lo cual parecía bastante extraño. No se parecía a ninguna máquina de la que Jordan hubiera oído hablar o que hubiera visto alguna vez. Después de todo, si uno no estaba poniendo troncos debajo de la caldera, el carruaje simplemente se quedada donde estaba. Y el año pasado, en la primera visita de Turcaret, Jordan había visto cómo se calentaba la caldera. Parecía funcionar como cualquier estufa ordinaria. No había nada mecánico en ello, solo cuando el conductor comenzaba a tirar de las palancas había algún cambio.

—Oh oh, ahí va ese otra vez —gruñó Ryman. Los otros hombres rieron.

Jordan se giró y los halló a todos sonriéndole. Willam, treintañero pelirrojo y con cicatrices, rió y se estiró para apartar a Jordan del borde del andamio: —Intentando descifrar el vagón de vapor del Maestro Turcaret otra vez, ¿eh?

—Los Vientos nos guardan de los inventores —dijo Ryman siniestramente—. Deberíamos destruir esa abominación por el bien de la seguridad... Y por el de cualquiera que se quede mirándolo demasiado tiempo.

Todos rieron. Jordan se enfureció y pensó en una réplica. Willam lo miró y sacudió la cabeza. Puede que a Jordan le divirtiera un poco de pelea verbal, antes, cuando era solo uno más de la cuadrilla de trabajo. Ahora que era el líder, Willam dijo que ya no debería seguir con eso.

Echó otra mirada al vagón de vapor. Todos los niños del pueblo habían encontrado excusas para estar en el patio hoy. Vio a los niños con los que había jugado dos semanas atrás. Ni siquiera podía reconocerlos ahora. Él era un adulto, ellos eran niños. Ese era un abismo infranqueable.

Detrás de él, Chester soltó una colorida maldición como siempre hacía cuando las cosas iban bien. Los hombres comenzaron a echar piedras sobre el desvencijado andamio. Jordan agarró un montante, por un instante se sintió mareado y recordó el sueño de la noche anterior: era sobre hojas girando en el aire y polvo que se elevaba

bajo el aleteo de diez mil pájaros que chillaban.

Un grupo de mujeres de vestidos brillantes avanzó por el patio dando un gran rodeo al vagón de vapor. Su hermana mayor estaba entre ellas y miró en dirección a Jordan, protegiéndose los ojos, antes de saludar.

Emmy parecía estar de mejor humor que esta mañana. Cuando Jordan había llegado a la mansión, ella ya había estado allí, permaneciendo en las cocinas desde antes del amanecer: —¡Ahí estás! —dijo ella mientras entraba en el patio. Jordan consideró contarle su pesadilla, pero antes de que pudiera decidir, ella se inclinó hacia él y dijo en un susurro: —Ayúdame, ¿de acuerdo?

—¿Qué deseas?

Ella miró en derredor con vis melodramática: —Él está aquí.

—¿Él?

—Ya sabes... el Controlador General. ¿Ves? —Ella se hizo a un lado para revelar una vista de la fuente, del estanque y del vagón de vapor de Turcaret.

Jordan recordaba haber visto a Emmy llorando en algún momento durante la visita de Turcaret el verano pasado. Ella había rehusado decir qué la había hecho llorar, solo que tenía que ver con la visita del Controlador General. —Estaré bien —había dicho ella—. Él se irá pronto y yo estaré bien.

Jordan todavía no estaba seguro de por qué había sido aquello. Turcaret era de una gran familia y también un funcionario designado por el gobierno y, como padre decía constantemente, las grandes familias eran mejores que la gente común. Él había supuesto que Emmy había hecho algo para enojar o molestar a Turcaret. Sólo recientemente se le habían ocurrido otras posibilidades.

—Seguro que no te recuerda después de todo este tiempo —dijo él ahora.

—¡Cómo puedes ser tan estúpido! —espetó ella—. ¡Simplemente va

a ser peor!

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —Turcaret era un hombre poderoso. Podía hacer lo que quisiera.

—¿Por qué no buscas alguna excusa para sacarme de las cocinas? Él viene por allí, comiéndose con los ojos a todas las muchachas.

Jordan miró más allá del andamio en el ángulo del sol. Se secó una gota de sudor de la frente. Iba a ser un día caluroso. Eso le dio una idea.

Puso la mano en el hombro de Willam: —Voy a traer agua y pan —dijo.

—Buena idea —gruñó Willam mientras sacaba otra piedra de la pared—. Pero no te entretengas.

Jordan se inclinó por el borde y empezó a bajar sonriendo. Traería a Emmy aquí por la mañana y mantendría contentos a sus hombres con un par de baldes de agua de pozo en la cara. Era una buena solución.

Estaba a mitad de camino cuando un grito rasgó el aire en lo alto. Jordan se soltó por reflejo y cayó los últimos metros, aterrizando en una nube de polvo junto al estanque cristalino.

Sorprendentemente, Willam estaba echado a su lado: —¿Cómo...? —comenzó a decir Jordan, pero Willam estaba haciendo una mueca y agarrándose la pantorrilla. Había un enorme e hinchado moretón allí, y el ángulo de la pierna tenía mal aspecto.

Todo el mundo estaba gritando. Al girar sobre la espalda, Jordan vio al resto de sus hombres cayendo al suelo a su alrededor.

—...esa cosa en el muro —gritó alguien. Y otro dijo: —¡Se llevó a Ryman!

Jordan se puso de pie. El andamio estaba temblando. Los hombres se estaban dispersando por las cuatro esquinas del patio ahora: —¿Qué pasa? —gritó de pánico Jordan.

Entonces vio, donde los hombres habían estado trabajando, que una brillante mano de plata se extendía para agarrar uno de los montantes del andamio. Apareció otra mano, agitándose, tanteando. Los destellos brillantes de la luz del sol relucían en ella.

—Una madre pétrea —jadeó Willam—. Hay una madre pétrea en el muro. Eso es lo que hizo el boquete.

Jordan maldijo. Las madres pétreas eran raras, pero sabía que no eran sobrenaturales, como los Vientos. Eran vida meca, como los hornillos de gas.

—Ryman metió la mano en un agujero y esa cosa plateada lo cubrió —dijo Willam—. Se va a asfixiar.

La segunda mano encontró el montante y lo agarró. Jordan vislumbró la cabeza de Ryman, un perfecto espejo esférico.

Jordan sabía lo que estaba pasando: —¡Intenta protegerse! —gritó a la dispersión de hombres—. Ryman estaba sudando, ¡Esa cosa intenta sellar el agua!

Quedaron allí en silencio.

Ryman estaría muerto en segundos si alguien no hacía algo. Jordan se giró para mirar las puertas abiertas de la mansión a veinte metros de distancia. Las nubes flotaban pasivamente en el rectángulo del estanque cristalino.

Jordan tomó una decisión. Se agachó, se echó agua del estanque por la cabeza y por los hombros y empezó a subir por el andamio. Oyó gritos detrás de él, la gente salía corriendo de la mansión.

Subió a las tablas junto a Ryman. A Jordan le latía con fuerza el corazón. La cabeza, los brazos y la parte superior del torso de Ryman estaban encerrados en un líquido blanco brillante como el azogue. Ryman estaba de rodillas ahora, pero su agarre en el montante seguía siendo fuerte.

Ryman era testarudo y fuerte. Jordan sabía que nunca sería capaz de deshacer el agarre del hombre. Así que alargó una goteante mano y la posó sobre el brillo ovalado de la cabeza cubierta del

hombre.

Con un siseo, el líquido se derramó sobre los dedos de Jordan y le subió por el brazo. Él gritó y trató de retroceder, pero ahora el resto de esa cosa blanca se alzaba para saltar sobre él.

Tuvo tiempo de ver la cara azul de Ryman emerger de debajo del frío líquido antes de que el azogue se hubiera extendido sobre su propia boca, nariz y ojos.

Jordan casi pierde la cabeza. Se debatió a ciegas durante un momento, sintiendo que el enroscado metal líquido trataba de penetrar en sus oídos y fosas nasales. Entonces su pie tocó el borde del andamio.

Jordan saltó. Por un instante no hubo nada más que oscuridad, un vértigo en caída libre y el tremor del azogue presionándole los párpados. Luego palpó algo más frío, y luego arcilla blanda.

De pronto su boca se llenó de agua y su visión se aclaró, luego se nubló con agua turbia. Jordan se revolvió y se sentó erguido. Había aterrizado donde pretendía: en el estanque cristalino. La cosa plateada estaba huyendo de su cuerpo ahora. Formó un gran óvalo plano en la superficie del agua y empezó a flotar de un lado a otro entre las orillas del estanque. Cuando voló en su dirección, Jordan no lo pensó y saltó directamente fuera del estanque.

Oyó risas y luego aplausos. Al darse la vuelta, Jordan vio a toda la mansión, aparentemente, de pie en el patio, gritando y señalándolo. Entre ellos una mujer como una que él no había visto antes. Ella debía de estar de viaje con Turcaret. Era esbelta y llamativa, con una corona de pelo negro que enmarcaba un rostro ovalado y unos ojos penetrantes.

Cuando él la miró, ella asintió lenta y gravemente, luego dio media vuelta para volver a entrar.

Extraño. Jordan alzó la vista hacia el andamio. Ryman estaba sentado con una mano en la garganta, todavía respirando con dificultad. El hombre captó la mirada de Jordan y levantó una mano, asintiendo.

Entonces Chester y los demás lo rodearon. Levantaron a Jordan en el aire: —¡Tres hurras para el héroe del día! —gritó Chester.

—¡Bajadme, tarugos! Willam se rompió una pierna.

Lo bajaron y todos corrieron hacia Willam, quie sonrió levemente a Jordan: —Llevadlo al cirujano —dijo Jordan—. Luego pensaremos qué hacer con la madre piedra.

Emmy corrió y lo abrazó: —¡Eso que hiciste fue muy insensato! ¿Qué era esa cosa?

Él se encogió de hombros tímidamente: —Una madre pétrea. Viven dentro de las rocas y colinas y cosas así. Son mecas, no monstruos. Esa solo intentaba protegerse.

—¿Qué era eso plateado? ¡Parecía vivo!

—Papá me habló de eso una vez. Las madres se protegen con eso. Me dijo que esa cosa va hacia lo que esté más húmedo. Dijo que vio una vez a alguien cubierto con eso. Murió, pero todavía tenía esas cosas encima, así que se las quitaron arrojando el cuerpo a un abrevadero para caballos.

Emmy se estremeció: —Eso ha sido un riesgo terrible. No vuelvas a hacer nada parecido, ¿oíste?

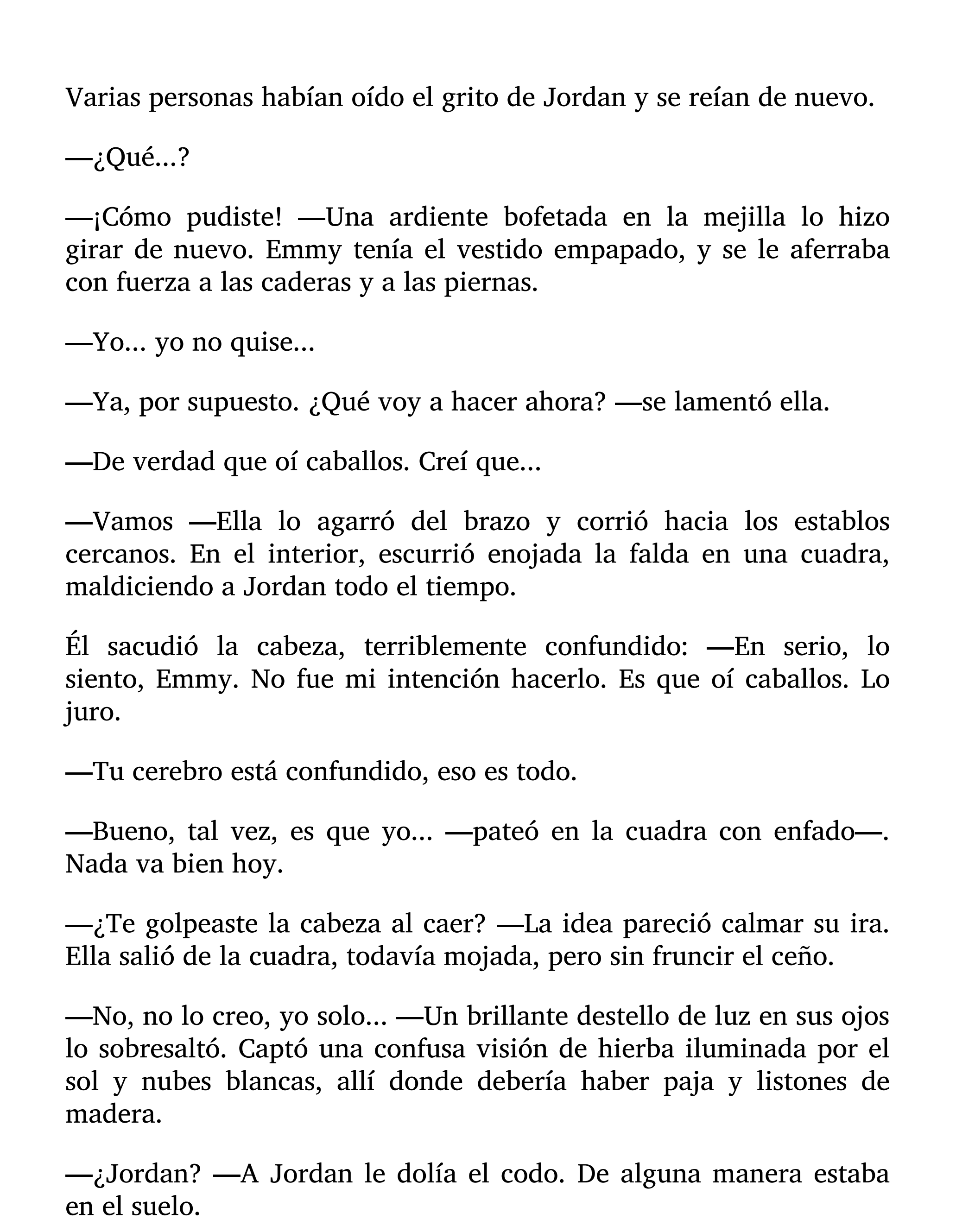
La emoción había terminado y el resto de la multitud comenzó a dispersarse: —Ven, vamos a limpiarte —dijo ella tirando de él en dirección a las cocinas.

Mientras rodeaban el agua cristalina, Jordan oyó el súbito retumbar de unos cascos y vio que el polvo se elevaba como una fuente. Algo se dirigía directamente hacia él.

—¡Cuidado! —Jordan giró para empujar a Emmy fuera del camino. Ella gritó antes de caer al estanque.

El retumbar se desvaneció, el polvo desapareció de la existencia.

No había caballos. El patio estaba vacío y silencioso bajo el sol matinal.



Varias personas habían oído el grito de Jordan y se reían de nuevo.

—¿Qué...?

—¡Cómo pudiste! —Una ardiente bofetada en la mejilla lo hizo girar de nuevo. Emmy tenía el vestido empapado, y se le aferraba con fuerza a las caderas y a las piernas.

—Yo... yo no quise...

—Ya, por supuesto. ¿Qué voy a hacer ahora? —se lamentó ella.

—De verdad que oí caballos. Creí que...

—Vamos —Ella lo agarró del brazo y corrió hacia los establos cercanos. En el interior, escurrió enojada la falda en una cuadra, maldiciendo a Jordan todo el tiempo.

Él sacudió la cabeza, terriblemente confundido: —En serio, lo siento, Emmy. No fue mi intención hacerlo. Es que oí caballos. Lo juro.

—Tu cerebro está confundido, eso es todo.

—Bueno, tal vez, es que yo... —pateó en la cuadra con enfado—. Nada va bien hoy.

—¿Te golpeaste la cabeza al caer? —La idea pareció calmar su ira. Ella salió de la cuadra, todavía mojada, pero sin fruncir el ceño.

—No, no lo creo, yo solo... —Un brillante destello de luz en sus ojos lo sobresaltó. Captó una confusa visión de hierba iluminada por el sol y nubes blancas, allí donde debería haber paja y listones de madera.

—¿Jordan? —A Jordan le dolía el codo. De alguna manera estaba en el suelo.

—Ey... —Ella se arrodilló a su lado, preocupada—. ¿Estás bien? Te caíste.

—¿Me caí? Fue ese destello de luz. Vi... —Ahora no estaba seguro

de lo que había visto.

Emmy le palpó suavemente el cráneo en busca de moretones: —Aquí no te duele nada, ¿verdad?

—No me golpeé, en serio —Se sacudió y se puso de pie.

—Te vi muy raro ahí durante un segundo.

—No sé. No es nada —Sintió miedo de repente, así que, para disimularlo, dijo: —No, solo estaba bromeando. Venga, vamos a ver cómo está Willam. Luego será mejor que volvamos al trabajo.

—Está bien —dijo ella insegura.

Willam y Ryman todavía estaban con el cirujano y nadie sabía qué hacer con la madre pétrea, por tanto, Jordan les dijo al resto de los hombres que almorzaran temprano. Él fue a la cocina y encontró un taburete cerca de Emmy. Pasaron un tiempo cerca del calor del hogar.

Jordan acababa de decidir reunir a sus hombres y volver al trabajo cuando sintió de pronto un caballo debajo de él y vio prados a su alrededor. Un sonido atronador, como el de muchos hombres a caballo, llenó sus oídos. Esta vez estuvo perdido durante lo que pareció mucho tiempo.

Su mano agarraba las riendas con fuerza, solo que no era su mano, sino la bronceada mano de un hombre maduro.

En un abrir y cerrar de ojos, la visión desapareció y él regresó a la cocina. No se había caído y nadie lo miraba. El corazón de Jordan comenzó a latir con fuerza como si hubiera corrido un kilómetro.

Avisó a Emmy con urgencia. Ella estaba hablando con uno de los panaderos y lo ignoró hasta que él comenzó a caminar. Entonces ella lo interceptó rápidamente y susurró: —¿Qué? —en ese tono de voz particular que usaba últimamente cuando él la interrumpía mientras ella hablaba con hombres jóvenes.

—Ha pasado de nuevo.

—¿Qué ha pasado?

—Lo mismo que en los establos. y afuera vi algo —La mirada escéptica de ella le decía que tuviera cuidado con lo que iba a decir—. Yo… creo que estoy enfermo —dijo Jordan.

La mirada en ella se suavizó: —Tienes un aspecto horrible, la verdad. ¿Qué ocurre?

—No dejo de ver cosas. Y de oír cosas.

—¿Voces? ¿Como al tío Wilson?

—No. Caballos. Como en el sueño que tuve anoche.

—¿Sueño? ¿De qué estás hablando?

—El sueño que tuve anoche. Aún lo estoy teniendo.

—Cuéntamelo.

—Caballos y prados. Había una batalla, y llegaron los Vientos. Toda la noche pasada fue como si yo estuviera allí. Y sigue ocurriendo hoy también. Todavía lo estoy viendo.

Emmy negó con la cabeza: —Estás enfermo. Ven, iremos a ver al cirujano.

—No, no quiero.

—No seas crío.

—Bien bien. Pero sé ir solo. No hace falta que vengas conmigo.

—Está bien —dijo ella a regañadientes. Jordan sintió esa mirada de preocupación de ella mientras se iba.

El cirujano estaba ocupado con la pierna rota de Willam. Jordan se quedó unos minutos frente a su puerta, pero el sonido de los gritos que provenían del interior lo hacía sentirse cada vez peor, hasta que finalmente tuvo que irse. Se sentó en el patio, sin saber si volver al trabajo o a casa. Algo iba mal y no tenía idea de qué hacer al

respecto.

Sin embargo, no podía permanecer inactivo. Si se iba a casa, su padre lo trataría con desprecio en la cena. Jordan siempre se sentía terriblemente culpable cuando estaba enfermo, como si estuviera haciendo algo malo.

Pensó en el camino a casa y eso le hizo pensar en el bosque. Había alguien allí que podía ayudarlo, y tal vez también resolver el problema de la madre pétrea. Era una caminata larga, y no le gustaba estar solo en el bosque, pero ahora mismo no sabía qué otra cosa hacer. Se puso en pie y salió de la mansión tomando el sendero que conducía a la iglesia y a la casa de los sacerdotes.

§ § §

La iglesia estaba varios kilómetros dentro del bosque. Jordan se relajó mientras caminaba, aterrador como era el bosque. El padre Allegri lo ayudaría.

El sendero se abrió abruptamente a los terrenos de la iglesia: Jordan llegó a una pronunciada curva donde imponentes robles y arces plateados se cerraban en lo alto, y allí estaba el claro, amplio y nivelado, bordeado por bajos edificios de piedra donde vivían los ministros. Frente a la iglesia misma, un amplio patio enlosado, sin muros, se mantenía despejado y limpio.

La casa de los sacerdotes se alzaba a un lado, bajo los robles que sobresalían. Era un sólido edificio de piedra de dos pisos de altura y con establo propio. Jordan había estado dentro muchas veces, ya que su padre ayudaba en su mantenimiento.

Con alivio vio que Allegri estaba afuera, sentado en el porche con los pies en alto y una hoja de noticias en las manos. Debía de ser importante lo que estaba leyendo. Los sacerdotes recibían noticias periódicas de todo el país sobre los Vientos.

Allegri levantó la vista ante el grito de Jordan y caminó rápidamente para encontrarse con él. Ahora que estaba aquí, Jordan corrió el último tramo y apareció en el porche resoplando y resollando.

—¡Jordan! —Allegri rió sorprendido—. ¿Qué te trae por aquí?

Jordan hizo una mueca, no sabía por dónde empezar.

—¿Algo va mal? ¿No deberías estar trabajando?

—N-no, no pasa nada —dijo Jordan—. Nos estamos tomando un descanso.

Allegri frunció el ceño. Jordan se encogió de hombros, de repente inseguro de sí mismo. Señaló el papel que sostenía Allegri: —¿Qué es eso?

—Copia de un informe por semáforo. Recién llegado —Allegri le lanzó a Jordan otra mirada penetrante, luego se sentó y le hizo un gesto para que hiciera lo mismo. Jordan se dejó caer en un banco anexo, sintiéndose incómodo.

—Es algo fascinante —dijo Allegri. Agitó el papel—. Se trata de una batalla que tuvo lugar ayer entre dos fuerzas muy grandes, Ravenon y Senescal.

Jordan levantó la vista con interés: —¿Quién ganó?

—Bueno, ahí se detiene el relato —dijo el ministro—. Parece que cada bando reunió filas en el extremo de un gran campo al sur de aquí, en la frontera de Ravenon. Acamparon y esperaron toda la noche, y luego por la mañana se vistieron con sus armaduras, tomaron las armas y marcharon unos contra otros. Con mucha deliberación. Muy confiados ambos bandos.

Jordan podía imaginárselo claramente, eso sonaba muy similar a la pesadilla que había tenido la noche anterior. En su sueño, los jinetes a caballo se habían enfrentado entre nubes de polvo hasta el final de las líneas. Encorchetados por el horror de los hombres moribundos y los gritos de los caballos, la impasible infantería había marchado hacia el centro. En su sueño, Jordan sabía por el ángulo del sol que habían sido las nueve de la mañana. Él había estado en una colina sobre la batalla, rodeado de estandartes que ondeaban al viento y de caballos impacientes.

—¿Qué colores? —preguntó.

Allegri levantó una ceja: —¿Colores?

—¿De qué colores eran los estandartes que ondeaban?

—Bueno, si no recuerdo mal, Ravenon ondea estandartes amarillos. Al menos esos son los colores reales. El enemigo eran los Senescales, así que serían rojos —dijo Allegri—. ¿Por qué?

Jordan vaciló antes de hablar. Decirle esto a Allegri sería hacerlo realidad: —Tu semáforo... ¿dice que los Senescales tenían unos cañones de vapor escondidos detrás de su infantería? Como si fuentes, ríos grises de grava, volaran hacia las filas de retaguardia de los soldados de infantería de Ravenon.

—Sí —Allegri frunció el ceño—. ¿Cómo lo sabes? Acabo de recibir esto. Lo estamos transmitiendo a la casa de Castor ahora mismo —señaló hacia el otro lado del claro, donde uno de los hermanos estaba tirando de las poleas en una alta torre de semáforos.

—Soñé con esta batalla —Ya estaba hecho, lo había dicho. Jordan se miró los pies.

—¿Para eso viniste a verme? —preguntó Allegri—. ¿Para decirme que habías soñado las noticias de hoy?

Jordan asintió.

El sacerdote abrió la boca, la cerró y dijo: —¿Dónde estabas tú en este... sueño?

—En una ladera. Rodeado de gente importante. Creo que yo también era una persona importante. La gente no dejaba de mirarme y yo decía cosas.

—¿Qué cosas? —inquirió Allegri.

Ya no era como recordar un sueño. Cuanto más pensaba en ello, más parecía un recuerdo: —Órdenes —dijo—. Estaba dando órdenes.

Jordan cerró los ojos y recordó la escena. Sus propias filas dudaban y la infantería retrocedía, aunque su caballería flanqueaba a los

Senescales por la derecha. Un grupo de su caballería cargó con fuerza contra el cañón de vapor y abatió a espadazos a sus operadores, pero algunos perdieron la vida en los últimos momentos cuando el cañón fue girado laboriosamente contra ellos. Ravenon tenía ahora a las fuerzas senescales dobladas hacia atrás como un arco, pero sus propias filas estaban muy dispersas. Jordan le describió esto a Allegri.

Allegri negó con la cabeza, ya fuese con sorpresa o incredulidad: —¿Qué pasó luego? —preguntó—. La noticia nos acaba de llegar, pero no está clara. Increíble. ¿Qué sabes al respecto?

Jordan entornó los ojos. No quería recordar esta parte. Oteaba desde la ladera cuerpos esparcidos por la hierba, algunos retorciéndose y, en lugares donde había pasado la línea de batalla, las mujeres caminaban de un lado a otro cortando gargantas o administrando primeros auxilios según el color del uniforme del hombre indefenso. Jordan vio a un hombre hacerse el muerto y luego saltar y embestir a una mujer que se le había acercado cuchillo en mano. Otros tres convergieron sobre él y lo pasaron a cuchillo a su vez.

En el sueño, Jordan miraba hacia otro lado y enunciaba: —Desplegamos un arma nueva —dijo Jordan ahora.

—Descríbela —Allegri retorcía las manos en la tela de su túnica. Estaba sentado y encorvado hacia adelante, con los ojos fijos en Jordan.

—Teníamos la brisa a nuestro favor. Mis hombres prendieron fuego a una especie de tubos largos llenos de... azufre, creo. Estos tubos producían un horrible humo de color amarillo rojizo —Jordan no quería hablar más de eso, pero una vez que había comenzado, era difícil parar. Y Allegri lo miraba como si pudiera sacarle la historia a la fuerza solo con la fuerza de su voluntad—. El humo pasó por encima de los Senescales. Empezaron a caer, se ahogaban. Rompieron las filas. Nosotros tuvimos tiempo para reagruparnos, nos preparamos para cargar.

—¿Y luego?

Jordan tragó: —Y luego llegaron los Vientos.

Desde las laderas circundantes a la escena de la batalla, una nube se había elevado al tiempo que los pájaros, los insectos, los animales de madriguera y las serpientes se alzaban y marchaban hacia el valle. La hierba misma comenzó a retorcerse y a cobrar vida, y la tierra tembló cuando grandes rocas plateadas se arrancaron solas del suelo y les brotaron patas. Los hombres y los caballos alrededor de Jordan se dispersaron presos del pánico. Él veía que estaban gritando, pero las voces se ahogaban en una masa vital que caía, rugía y chillaba descendiendo sobre las líneas de batalla.

—Fue el azufre —dijo Jordan en voz baja—. Olieron el azufre y se enojaron con nosotros. Les daba igual que nos cortáramos unos a otros. Que nos golpeáramos unos a otros hasta la muerte. Pero el humo… —Jordan revivió una sensación de terrible impotencia mientras observaba ambos ejércitos disolverse bajo un tumulto de pelaje, plumas y escamas—. Solo escaparon unos cuantos rezagados y jinetes rápidos. El cañón de vapor explotó con un eco de estruendos y la niebla y las nubes de azufre flotaron bajo durante muchos minutos hasta que, al alejarse, revelaron un camposanto de muertos. Los animales se escabulleron hacia las colinas, agitando el ensangrentado pelaje de sus lomos al pasar junto a los atónitos testigos.

—Está bien, estás a salvo —estaba diciendo Allegri. Jordan volvió en sí y encontró al sacerdote a su lado, con el brazo alrededor de su hombro. Jordan notó que estaba temblando: —No fue culpa tuya.

—Pero yo era el de la colina. ¡El que dio la orden!

Allegri lo zarandeó suavemente: —¿Qué estás diciendo? ¿Que te levantaste en medio de la noche, creciste unos centímetros, creaste un ejército y que lo comandaste a la batalla tú mismo? Es más probable que solo pusieras en uso esa fantástica imaginación tuya —rió el sacerdote—. Tal vez oíste algo anoche, de Castor o de sus hombres. Después de todo, él podría haber oído noticias de alguna otra fuente. Quizás te sentaste cerca de alguna conversación anoche y no te diste cuenta de que estabas escuchando. Alguna palabra o frase que captaste te vino a la mente mientras te ibas a dormir.

Jordan negó con la cabeza: —Fui directo a casa —Se secó los ojos.

Allegri se puso de pie y comenzó a pasear: —El semáforo dijo que ayer hubo una batalla cerca de un pueblo llamado Andorson. Todos murieron, decía. Lo leímos y no lo entendimos. ¿Todos murieron? Pero ¿quién ganó? Lo que acabas de decir lo aclara. Puede que sea una verdadera visión lo que tuviste.

—¿Una visión?

El sacerdote se mordió una uña, ignorando a Jordan: —Una visión para el hijo de un albañil. ¿No trastornará esto los planes? Se lo decimos a Turcaret y a Castor. No... no, eso no funcionaría en absoluto.

Jordan se puso de pie y agarró el brazo de Allegri: —¿Qué está ocurriendo? ¿Qué es eso de las visiones?

Allegri frunció el ceño. Estaba más animado de lo que Jordan jamás lo había visto: —Tú sabes que algunas personas pueden hablar con los Vientos. Turcaret afirma tener ese poder, opera en su familia —Jordan asintió. Toda la base de un gobierno sensato la formaban hombres como Turcaret, quien tenía una demostrada conexión con los Vientos y, por tanto, la autoridad para guiar las manos de la economía y la burocracia. —Los Vientos suelen hablar en visiones —dijo Allegri—. O en sueños. Pero rara vez hablan con alguien de tu clase.

—¿Qué significa eso? ¿Que soy como Castor? —La idea era absurda. Castor era el Inspector de Sal hereditario de esta provincia. Su linaje era antiguo.

—Admito que es inusual, pero la mayoría de las grandes familias comenzaron con alguien como tú, ¿sabes? —Allegri señaló hacia la iglesia—. Hablemos ahí dentro.

—¿Por qué? —preguntó Jordan mientras seguía al sacerdote en apresurado paso.

Allegri negó con la cabeza, murmurando algo: —Es una lástima —dijo mientras Jordan lo alcanzaba.

—¿Qué quieres decir con que es una lástima? Esto significa que nuestra familia podría obtener un puesto en el gobierno, ¿no es verdad? —¿Era realmente la voz de algún espíritu la que había entrado en sus sueños la noche anterior? La idea era a la vez emocionante y aterradora. Jordan se encontró riéndose, un poco histéricamente.

—¿Voy a tener mi propia casa señorial? —Mientras lo decía, se dio cuenta de algo: —Pero ¡yo no quiero eso!

Cuando entraron en la iglesia, Allegri miró a Jordan con el ceño fruncido: —Bien —dijo—. Tenía muchas esperanzas para ti, siempre has sido inquisitivo. Muchas de las ideas de las que me has hablado son como las que hay en los libros que prohíbe Turcaret. Yo confiaba en que mostraras interés en el sacerdocio. Después de todo, es lo único que podrías hacer legalmente, además de ser albañil.

Estaban ahora en el espacio de columnas de la iglesia. Allegri hizo un gesto hacia la cruz suspendida entre las altas ventanas en el lado más alejado.

—Si por Turcaret y los suyos fuese, este lugar no existiría —dijo Allegri señalando a su alrededor.

—¿Qué quieres decir?

—Turcaret y los de su clase tienen poder porque afirman; afirman, claro que eso es todo; conocer la voluntad de los Vientos que gobiernan este mundo. Lo único que saben, en realidad, es simplemente cuánto se puede empujar los Vientos para que estos retrocedan. Los Inspectores y Controladores usan ese conocimiento para controlar los asuntos de los hombres. Afirman servir al Hombre, pero en realidad sirven a los Vientos o a sí mismos. Y los que sirven a los Vientos, no sirven a Dios.

—Jordan, espero que no te conviertas en tal. Lo que sea que te digan los Vientos, puedes elegir cómo usar el conocimiento. Pero cuídate de convertirte en su herramienta, como el Controlador y sus hombres.

Jordan miró en derreror por el tranquilo espacio, recordando las muchas tardes que había pasado aquí con Madre. Padre no asistía a la iglesia, él no era creyente. Solo la mitad de las personas en la mansión de Castor lo eran. El resto se adhiría a uno u otro de los cultos del Viento.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Jordan.

—Consultaré por semáforo con los padres de la iglesia. Mientras tanto, no lo cuentes a nadie. Si estas visiones perturban tu jornada, alega enfermedad. Yo te respaldaré. Con suerte tendremos alguna orientación en un día, más o menos.

Jordan sacó el tema de la madre pétrea. Allegri llamó a uno de los hermanos y fueron a consultar, regresaron tras unos minutos con algunas sugerencias para lidiar con la bestia meca. Jordan dio las gracias a Allegri y ambos se despidieron.

Jordan sentía que se había quitado un gran peso de encima al caminar de regreso a la mansión. Lo que fuese que le estaba pasando, él lo había puesto en manos de Allegri. Los sacerdotes sabrían qué hacer.

§ § §

El ajetreo habitual de los pasillos estaba en silencio hoy por deferencia a Turcaret, a quien urgía impresionar, aunque sólo fuera porque Castor no quería parecer demasiado provinciano a los ojos de su rico visitante. El silencioso aire estival pesaba mucho allí adentro, tanto como afuera y, cuando éste dejó de resoplar, Jordan fue directo a las escaleras traseras que conducían a la cocina.

—Es toda una potrilla, ¿eh? —Era la voz de Castor, la cual provenía de detrás de la puerta con grabados en madera de la biblioteca—. Date la vuelta para Turcaret, Emmy.

Jordan dejó de caminar. Emmy. Él miró a su alrededor antes de apoyar la oreja en la puerta.

—Una chica bonita —la voz seca y sardónica de Turcaret—. Pero difícil de apreciar con todo ese atuendo.

—Emmy, escondes demasiado tu belleza —dijo Castor. Jordan oyó un leve susurro de movimiento cuando alguien cruzó la habitación —. Date la vuelta.

Un ruido apreciativo de Turcaret: —Junta las manos en la nuca, niña.

—¿Señor?

—Tranquila, Emmy —dijo Castor—. Haz lo que dice el Controlador General. Ponte derecha.

Algo en el tono de las voces hizo que Jordan se sintiera incómodo. Puso la mano en el pomo de la puerta, dudó y la retiró. No tenía excusa para entrar en la biblioteca.

—Emmy, ¿qué pasó con ese vestido que tenías el verano pasado? ¿El de hombros descubiertos? Ese era bastante bonito.

—Yo... me quedó pequeño, señor.

—¿Aún lo tienes? Mmm. Entonces, ¿por qué no te lo pones mañana?

Emmy dijo algo que Jordan no captó. Risas secas de los hombres. Entonces ella dio un pequeño chillido: —¡Oh!

—Aquí viene la señora —dijo Turcaret de repente.

—Muy bien, Emmy. Eso será todo —dijo Castor en tono distraído—. Recuerda lo que te dije sobre mañana.

Jordan oyó que se abría la puerta del fondo de la biblioteca. Castor comenzó a hablar, pero fue interrumpido por una fuerte voz femenina que Jordan nunca había escuchado antes: —Muy bien, caballeros, ¿qué pasa con nuestro acuerdo?

Otra puerta, ésta al doblar la esquina del mismo pasillo en el que estaba Jordan, se abrió y se cerró. Él dejó de escuchar a escondidas y corrió para encontrar a su hermana apoyada en la pared bajo un vigilante retrato de uno de los antepasados de Castor.

—¡Emmy —Ella alzó la vista antes de apartar la mirada hacia otro lado. Para sorpresa de Jordan, ella dio media vuelta y comenzó a alejarse sin siquiera saludarlo.

—¡Ey! ¿Qué haces? —Él la alcanzó. Sintió una palpitante inquietud en la boca del estómago—. Hablé con Allegri, todo va bien. No me pasa nada malo.

Emmy se volvió hacia él, lo agarró por los hombros y lo empujó contra la pared: —¿Dónde estabas cuando te necesitaba? —gritó ella—. No todo va bien. ¡No va bien! —Ella se apartó y salió corriendo por el pasillo. Jordan quedó apoyado en la pared durante un buen rato. Luego, sintiendo aún las huellas de las manos de Emmy sobre los hombros, volvió abatido por donde había venido. ¿Qué ha pasado? Era como si se hubiese retirado de la realidad algún velo la noche anterior, mostrando tras ésta un feo mecanismo.

Durante un instanre vio cielo azul, nubes, oyó el resoplido de un caballo: —Oh, basta —murmuró él, apretándose los ojos con las palmas de las manos—. Basta ya.

2

La madre de Jordan sirvió una densa sopa y reveló una fuente de queso, ensalada y pan fresco. Ella sonreía alrededor de la mesa de la cena con su amabilidad acostumbrada, mientras el padre de Jordan hablaba sobre la madre pétrea y la valentía de Jordan.

—Ryman no podrá decir ni una palabra en contra del chico ahora. ¡Ja! Qué cambio. Pero es un hecho que, en la hora de la verdad, él entró en pánico y tú no.

—Gracias —Jordan se encontró incómodo en el asiento. Toda esta fama repentina era extraña y agotadora, además de todo lo que había sucedido ese día. A pesar de su agotamiento, temía irse a dormir esa noche. La pesadilla podía volver.

Quería contarle a su familia la idea de Allegri sobre que él había sido bendecido por los Vientos. Abrió la boca para hablar, pero una sensación de frío en lo profundo de su estómago lo detuvo. Padre guardaba periódicos impresos que detallaban las aventuras de los inspectores y los controladores; Jordan podía ver varios de esos clavados junto a la puerta si giraba la cabeza. Eso era lo único que Madre permitía como decoración, el resto quedaba relegado a un cofre en el porche. Padre estaría encantado y orgulloso más allá de toda descripción si pensara que Jordan podía obtener un puesto en el gobierno. Pero no era eso lo que el propio Jordan quería.

Siempre había supuesto que seguiría los pasos de su padre, y se contentaba con ello. La mayor ambición de Jordan era tener un hogar cómodo, una familia y ser considerado un sólido miembro de la comunidad. ¿Qué más puede pedir un hombre?

Así que no dijo nada. Era desesperadamente necesario que no se perturbara la paz de la cena. Los cuidadosos preparativos de su madre, su pulcritud y los pequeños detalles, como los crisantemos en el centro del mantel, eran talismanes protectores, como lo era la costumbre de su padre de sobrevolar todos los problemas sin posar la atención en ninguno, y suavizar todas las aguas turbulentas con denigrante ingenio.

Su padre había dicho otra cosa: —¿Mmm? ¿Qué? —dijo Jordan parpadeando en torno a la mesa.

—¿Dónde tienes la cabeza? —La sonrisa de su padre era perpleja, trazada con un poco de tristeza, como solía ser: —Toma más patatas, te vendrán bien —dijo, aunque pareció querer decir otra cosa.

Lo que sí agregó fue: —Conocí a un hombre hoy, un mensajero de las fuerzas de Ravenon llamado Chan. ¿Sabes algo sobre la guerra que están teniendo contra los Senescales? —Emmy asintió obedientemente. Jordan se sentó derecho, olvidando la comida.

—Este paisano dijo que ayer hubo una batalla. En la frontera.

—¿Viene la guerra para acá?— preguntó Emmy.

—No. No sé si la guerra va a continuar —dijo el padre de ambos—. Parece que los Vientos intervinieron en la batalla. Que la detuvieron. Los Vientos son poderosos. Esa es la lección; aunque a decir verdad, este tal Chan parecía más divertido con la historia que otra cosa —sacudió la cabeza—. Hay gente para todo.

Volvió su atención a Emmy: —A tu hermano le fue bien hoy, ¿no? —preguntó.

—Lo hizo bien —dijo ella en un tono neutro.

—¿Bien? Bueno, ¿no estás orgullosa? —Ella no dijo nada—. Bueno, ¿y qué hay de ti? —preguntó—. ¿Llegaste a ver a los invitados de nuestro amo? ¿Conociste a Turcaret?

Emmy levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Jordan. Él bajó la mirada y se movió inquieto en su silla: —Sí —dijo Emmy.

—Es bastante importante, ¿no? Me han dicho que su casa tiene el doble del tamaño de la de Castor. Ojo, daría el doble de trabajo, supongo.

—N-no me gusta Turcaret —soltó Emmy.

Su padre retrocedió, levantando las cejas: —¿Qué? Esa es una

opinión bastante definida para alguien a quien apenas conoces, especialmente para uno de tus superiores. ¿Qué la ha causado?

Emmy no respondió de inmediato, inclinada sobre su comida. Al final, ella dijo: —Hizo que Castor me mandara vestir mañana el vestido viejo.

—¿Qué vestido? — preguntó su madre.

—El canario.

—Pero ese vestido se te ha quedado pequeño, querida.

—Eso les dije yo.

Hubo un breve silencio. Jordan sintió la tensión familiar y la clamorosa necesidad de aplacarla. Buscó algo divertido que decir, pero su padre fue más rápido: —¿Aún lo tienes? ¡Pensé que se lo habías dejado a Jordan como herencia!

Todos rieron menos Emmy. Ella parecía un poco enferma, en realidad, y la propia risa de Jordan murió hasta un avergonzado silencio.

—Bueno, después de la cena podemos intentar holgarlo un poco — dijo Madre.

Emmy la miró horrorizada. Luego se levantó de la mesa y corrió hacia las escaleras.

—¡Emmy! —tronó su padre, y luego, más débilmente—. Vuelve.

Todos quedaron en silencio durante un rato, luego Madre se levantó: —Hablaré con ella —dijo en voz baja, y subió las escaleras en pos de Emmy.

Jordan y su padre terminaron la cena en silencio.

§

Después de la cena, Jordan dio un paseo hasta el lugar donde

planeaba construir su propia casa. Estaba desconsolado. Caminó por los caminos rojos llenos de baches que unían las casas de la aldea, pero solo le llevó unos minutos recorrerlos todos. Se detuvo para hablar con algunas personas, familiares y amigos que se sentaban bajo el sol y hablaban mientras ocupaban las manos hilando y remendando. Sin embargo, Jordan se distrajo y pronto reanudó la marcha. Los Penner estaban arreglando su tejado junto con una multitud de parientes. Jordan los evitó: solo querrían su consejo.

Esta aldea había sido su hogar, desde siempre y para siempre. A Jordan le divertía escuchar historias del mundo exterior y a menudo soñaba con la vida de viajero. Pero fuera de la aldea le esperaba el bosque.

El bosque aparecía a la menguante luz del día como una franja irregular color verde oscuro en el horizonte oriental, exhalando su hostilidad a través de los campos y del aire hasta Jordan. El bosque era el dominio de los Vientos y de los morfos que los servían. A diferencia de los morfos, los Vientos verdaderos no tenían forma, sólo una pasión bastante monstruosa por animar musgo muerto y arcilla. Hacían avanzar la pared de árboles como un maremoto, ralentizado por alguna astucia hasta resultar imperceptible, pero igual de imparable. El verano anterior, Jacob Walker había ido a la parte trasera de sus campos para podar algunos de los abedules jóvenes que habían invadido sus campos. Su hijo había visto cómo los morfos se habían llevado a su padre y, si Jordan daba crédito a sus oídos, los mismos árboles se habían movido bajo las órdenes de los morfos. La granja de Walker ahora estaba abandonada, los matojos brotaban aquí y allá en el campo, los cultivos habían devenido en salvia y en epilobio, en hiedra venenosa y cardo. La familia Walker vivía ahora en otra aldea y hacía trabajos ocasionales.

Algunas cosas no se podían evitar, o confrontar. Debía de haber existido un tiempo, sentía Jordan, en que no había sido consciente de la presión del cielo sobre él, de los ojos de la consciente naturaleza que lo observaba todo desde la maleza. Recordaba vagamente haber corrido despreocupado por el bosque siendo muy joven, pero había sido educado rápidamente para dejar de hacerlo. También antaño había corrido y reído por los pasillos de la

mansión, pero ahora sabía que, por muy familiar que pudiera ser Castor, él era diferente a Jordan y a su gente; por tanto, y a su propio modo, él era una fuerza de la naturaleza como los Vientos. Para ser obedecida, la ira de Castor se sorteaba si era posible, si no, se condescendía. Jordan no podía convertirse en eso.

Mejor no pensar en ello. Su ritmo había aumentado mientras sus pensamientos volvían a la mansión y al Señor de visita. Jordan aminoró el paso, abrió los puños conscientemente. Desde aquí, desde la salida de la aldea, podía ver el tejado de la casa de sus padres por encima del de los vecinos. Todo parecía pacífico en el resplandor dorado de la tarde. Había llegado a una cerca, más allá de la cual se extendía una hilera de pilas de heno, superficies llenas de atentos saltamontes, sabios y parpadeantes pájaros posados en sus perchas. Jordan se sentó en el montante y apoyó la barbilla en las manos.

Al otro lado del camino había una díscola extensión de maleza intercalada con árboles. Estaba lejos del bosque. Jordan había decidido a la edad de diez años que iba a construir su casa aquí. Aunque todavía tenía que comprar el terreno, pues apenas había comenzado a ganar un salario, sentía que el lugar ya era suyo. Últimamente había comenzado a diseñar planos para el edificio. Padre se había reído al verlos: —Esa idea es un poco optimista, ¿no? —había dicho Padre— Mejor empezar con algo pequeño.

Jordan había dejado los planos como estaban. Su casa tendría un gran taller donde hacer cantería. ¿Por qué limitarse al trabajo de reparación? La gente iba a necesitar detalles para nuevos edificios. Él podría hacerlo. Así que necesitaba ese espacio extra, daba igual lo que dijera Padre.

La tarde caía lentamente sobre la aldea, iluminaba y profundizaba los tejados como planos y paralelogramos de color rojizo y ámbar. Llegó un momento en que hubo sombras, y Jordan supo que era hora de regresar. El martilleo de los Penner había cesado y ahora sólo se oían unas pocas risas perezosas mezcladas con los ladridos de los perros, llamados a llevar las cabras de vuelta a casa.

Jordan escuchó un sonido detrás de él. Era solo un mirlo que despegaba, pero lo notó demasiado tarde para evitar una oleada de

adrenalina. Se levantó, se sacudió el polvo de la parte trasera de los pantalones y miró a la línea oscura del bosque. Sí, regresa.

Se sentía mejor ahora, su mente había calmado todo mal pensamiento. Su padre estaba sentado en la puerta de la cabaña, tallando, como hacía a veces. Bostezando, Jordan le deseó buenas noches; su padre apenas levantó la vista, solo gruñó un saludo. Jordan no vio señales de su madre ni de hermana adentro. Caminó hasta el desván y se tiró en su estrecha cama.

Mientras dormía, veía y oía destellos que evocaban la pesadilla de la noche anterior. Cada vez que uno lo despertaba, un pequeño pulso de temor lo hacía rodar o abrazar las mantas con más fuerza a su alrededor. Imaginó que algo entraba a rastras por el ventanuco y le susurraba algo al oído. Estaba seguro de que la noche anterior alguien le había tocado la cara mientras dormía y que eso había desencadenado las pesadillas. ¿Y si había sido un morfo?

Jordan se sentó con el torso erguido, parpadeando en la total oscuridad. No había sido un Viento, sino una persona, algún desconocido a quien había visto en algún momento de ese día. ¿Turcaret? No podía recordarlo.

Había estado tan absorto en la lucha contra los recuerdos que no había notado los ruidos que venían del piso de abajo. Ahora Jordan podía oír claramente a su padre y a su hermana discutiendo, sonaba como en la parte de atrás.

—No pienso volver allí —decía ella.

—¿Qué estás diciendo? —dijo su padre—. ¿Qué vas a hacer si no? No hay nada más, ningún otro lugar donde ir. No seas boba.

—No lo haré.

—Emmy.

—Él es malo, y hace malo a Castor cada vez que viene. Estaban... estaban mirándome. No voy a ponerme esto.

—Castor lo ordenó. Es nuestro patrón, Emmy. Le debemos todo lo que tenemos. ¿Cómo puedes ser tan desagradecida? Si no fuera por

él, ¿dónde estaríamos? Estaríamos acurrucados en el bosque con los olvidados por el viento.

—Tú le permitirías… tú le… —Ella estaba llorando.

La voz de Padre se volvió más suave, sosegadora: —Emmy, no va a pasar nada. Tenemos que confiar en Castor. No tenemos otra opción.

—Pero ¡sucederá! ¡Va a suceder! ¡Y tú no lo verás! ¡Ninguno de vosotros!

—Emmy…

Jordan oyó que la puerta se abría de golpe y que unos pasos rápidos se perdían en la noche. Saltó de la cama y se acercó a la ventana. Una forma esbelta salía corriendo de la casa en dirección al bosque negro. A Jordan se le erizó el vello al ver a Emmy desvanecerse en las sombras de los grandes robles.

Su padre había oído crujir las tablas de encima de su cabeza: —¡Vuelve a la cama, Jordan!

Él permaneció de pie. Abajo, su padre y su madre hablaban en voz baja, pero él no podía oír lo que decían.

Jordan cayó de espaldas en la cama, su corazón le latía con fuerza. La conversación murmurada continuaba. ¿Por qué no la seguían? Escuchó, con una opresión en su pecho por la inacción de sus padres. Después de unos minutos notó que ambos estaban orando.

Había morfos en el bosque, y tal vez cosas peores. Jordan sintió la súbita certeza de que Emmy iba a caer en sus brazos. Ella probablemente intentaba ahora llegar a la iglesia, pero el sendero era arduo incluso a la luz del día. Por la noche, el bosque estaba tan oscuro que no podías ver el tronco de un árbol a centímetros de tu cara, y él sabía que todo sonido se amplificaba, por lo que el acercamiento de un ratoncillo de campo sonaba como si se acercara un oso.

Emmy nunca le había tenido miedo al bosque. Él tenía que haberle contado lo que le había pasado ese día. Jordan se llevó las manos a

la cara y entornó los ojos para contener las lágrimas. En ese momento se sentía fatal, terriblemente impotente y abandonado porque ella estaba abandonada. ¡Sus padres no estaban haciendo nada!

Y él tampoco. Fue a la ventana de nuevo.

—Jordan —La voz de su padre le inspiró una súbita repugnancia. Su padre le tenía miedo al bosque. No iba a seguir a Emmy porque le tenía miedo a la oscuridad y estaba seguro de que la inacción resolvería cualquier problema.

Jordan se sentó en la cama hirviendo de odio hacia sus padres. Aunque la opresión en su pecho estaba creciendo. Haced algo, les ordenó en silencio. Sentado en la oscuridad con los puños cerrados, trató de mover a sus padres con pura fuerza de voluntad.

La opresión lo hacía jadear. Al final se convenció a sí mismo de que ellos no iban a hacer nada, ni esta noche ni mañana ni nunca. El desesperado temor a una mínima perturbación en sus cuidadosamente ordenadas vidas los paralizaba por completo, como siempre los había paralizado.

Él se vistió rápidamente, sin importarle el ruido que hiciera, y bajó los escalones. Las velas iluminaban la cocina donde sus padres, arrodillados en el suelo de madera áspera, alzaron la vista al ver aparecer a Jordan.

Su padre abrió la boca para hablar, luego la cerró. Miró a Jordan a los ojos solo durante un instante, pues luego bajó la mirada. Su madre jugueteaba nerviosamente con el lacito de su camisón.

Algún hechizo había actuado, y Jordan pasó junto a ellos sin ninguna compulsiva intención de detenerse, de obedecer ni de prestar atención siquiera a lo que pudieran decir. Salió a la fresca noche de agosto y puso rumbo hacia el bosque.

Tomó la lámpara que siempre colgaba fuera de la puerta, buscó a tientas las cerillas metidas en una grieta cercana. Frunciendo el ceño, encendió la linterna mientras caminaba. Detrás de él escuchó un grito, pero lo ignoró. La acción de encender la linterna, de elegir

el camino probable que había tomado su hermana, absorbió su atención y no sintió ninguna emoción mientras caminaba. Ninguna emoción en absoluto.

Una vez que estuvo bajo los árboles, la linterna pareció crear un mundo en miniatura para él. Este pequeño universo estaba hecho de contornos de hojas, líneas verticales de hierba y grises losas de troncos, todo atrapado en la oscuridad de la noche. Sin la luz, él también estaría atrapado aquí. Era inconcebible que Emmy pudiera recorrer cualquier distancia aquí; pero tenía que admitir que ella conocía los senderos. Una vez le había preguntado a Allegri qué haría si perdía la luz aquí, y el sacerdote había dicho: —Sucede de vez en cuando. Pero los árboles dejan claros cerca del sendero, así que si miras hacia arriba, en lugar de hacia adelante, y mueves los pies, puedes conseguirlo—. Era como caminar hacia atrás usando un espejo. Emmy lo sabía.

Pero podía haberse caído, ella podía estar a dos metros de distancia y él ni siquiera la vería.

Abrió la boca para llamarla, oyó salir un graznido, y su propia voz, dando vueltas hasta sus oídos, rompió el dique de entumecimiento que había conservado al salir de casa.

—¡Emmy! —Su grito fue más fuerte de lo que esperaba, y su voz se quebró.

Unos metros allá en la oscuridad vio una huellecilla en el barro. Ella había pasado por aquí. Emmy debía de estar intentando llegar a la iglesia. No acudiría a los vecinos, quienes la llevarían de vuelta a casa sin más. Y ella no iría a la mansión. La iglesia era el único otro refugio.

—¡Emmy! —empezó a decir él, regresa, pero lo que salió fue: —¡Espérame!

Caminó durante mucho tiempo, gritando de vez en cuando. No hubo respuesta, aunque una vez oyó un golpe distante en la maleza que lo congeló en silencio un largo tiempo.

¡Ella no podía haber ido tan lejos! ¿La había perdido en la

oscuridad? Tal vez ella no había venido por este camino al fin y al cabo, sino que había rodeado el bosque y ahora estaba de regreso en casa, esperándolo con los demás. Esa idea hizo que se le erizara el pelo, como si él fuera el fugitivo... pero eso era una tontería.

La lámpara estaba empezando a fallar: —Mierda —Iba a terminar la noche acurrucado bajo algún arbusto. Sintió en la boca del estómago que había perdido a Emmy. Y que ahora estaba solo en el bosque.

Se inclinó, colocó la lámpara sobre la rodilla y abrió el cristal para comprobar la mecha. Probablemente había suficiente aceite para recorrer un kilómetro más o menos. Volver a la aldea iba a consumir mucho más. La iglesia probablemente estaba más cerca.

Así que tenía que seguir. Se sintió más tranquilo por ello. Se puso de pie para continuar.

Una estrellita se meció en la oscuridad frente a él. Jordan la miró fijamente, mordiéndose el labio y recordando los cuentos sobre las luces espirituales que conducían a los viajeros a los acantilados. Pero se suponía que esas luces eran verdes o blancas, y tintilaban y se movían en terrenos pantanosos. Esta luz era ámbar y se mecía como haría una linterna si alguien caminara con ella.

Levantó su propia luz y gritó: —¡Hola! —El sonido hizo un eco rotundo.

La lucecita se detuvo y luego se balanceó arriba y abajo. Él echó a andar hacia allí, por el sendero. Tal vez alguien había encontrado a Emmy y regresaba con ella. Ese pensamiento lo aceleró y puso su corazón en un puño.

Era una linterna, y era una persona común quien la llevaba. Pero... Jordan había esperado un hombre, un leñador o incluso Allegri, pero esta era una mujer que andaba con delicadeza sobre troncos cubiertos de musgo y juncos torcidos. No era Emmy. E iba sola.

Ella volvió a levantar la luz y él la reconoció. La había visto pidiendo agua en la puerta de la cocina señorial. Debía de ser la acompañante de Turcaret en el vagón de vapor. Cuando Jordan la

había visto esta mañana, ella llevaba un vestido largo, pero ahora vestía pantalones de piel de ante, como un hombre, y una camisa oscura y una capa sobre los hombros. También calzaba botas gruesas llenas de barro y tenía alrededor de las caderas una especie de cinturón, del que pendían varias bolsas de cuero. Llevaba el brillante cabello negro recogido hacia atrás, solo uno o dos mechones descuidados caían sobre sus cejas oscuras y arqueadas. Sus ojos brillaban a la luz de la lámpara.

—Qué feliz encuentro —dijo ella. Su voz era melódica y fuerte. Ella parecía saborear cada sílaba mientras la pronunciaba, sopesando cuál podría ser la mejor entonación—. ¿Qué haces tan lejos de la ciudad?

—Buscando a mi hermana. Ella... ella vino por aquí —Jordan sintió repentina suspicacia, recelo por admitir la vulnerabilidad de Emmy —. ¿La ha visto?

—No.. —Ella paladeó la palabra como si tuviera algún sabor especial—. Pero claro, acabo de aventurarme por este camino. Quizá ella pasó antes.

—No hace mucho —se oyó él gemir débilmente, sabiendo que debía de haber perdido a Emmy en algún lugar en la oscuridad—. Por favor —dijo—, ¿puede ayudarme? Temo por ella. No consigo encontrarla. Debería haber estado... por allá atrás —miró a su alrededor hacia las cortinas negras—. Tal vez la perdí.

—Está bien —Ella se acercó a él, y sus dedos tocaron levemente su hombro al pasar a su lado. Él se encontró girando como si ella lo hubiese agarrado con fuerza. Comenzaron a retomar el regreso por el sendero.

—Te he visto arriba en la mansión —dijo ella—. Eres el muchacho que fue más astuto que la madre pétrea, ¿no?

—Sí, señora. Jordan Masón.

—Sí —ella sonreía ahora, como encantada—. Es una suerte haberte encontrado justo ahora, Jordan. Eso me ahorra mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Porque quería hablar con alguien de la gente de Castor. Por mi cuenta, ya sabes.

Jordan lo pensó. ¿No confiaba ella en Castor?: —¿Por eso estaba usted en la iglesia?

—Sí —le dedicó una radiante sonrisa. Ella era, notó Jordan, notablemente más alta que él.

La linterna de Jordan parpadeó y al final se apagó: —Mierda —dijo él agitándola—. Disculpe.

—No tendrás miedo a la oscuridad, ¿verdad?— preguntó ella, reprendedora.

—No, señora. Tengo miedo a lo que hay dentro.

—Ya veo —Jordan oyó, más que vio, la sonrisa de la mujer en el sonido de las palabras.

La dama parecía estar pensando. Miró a su alrededor y luego dijo con firmeza: —Oí voces hace un buen rato. ¿Tu hermana iba a encontrarse con alguien?

—No.. —Pero ¿y si se había encontrado con Allegri, o con otra persona que venía de la casa del sacerdote?— ¿Dónde oyó las voces?

—Por aquí —Ella sostuvo la linterna en alto y caminó por donde había venido. Él la siguió, con la esperanza de que hallarían a Emmy si ella regresaba de la casa del sacerdote.

La señora se detuvo en una bifurcación del sendero. Jordan sabía que el sendero a la casa del sacerdote estaba a la derecha. El sendero de la izquierda se adentraba más en el bosque. Ella dio un paso hacia el sendero de la izquierda.

—¡Espere! —Se apresuró él hacia adelante—. Ella no habría ido por este camino. No lleva a ninguna parte.

—Pero una de las voces que oí fue la de una chica —dijo la señora, frunciendo el ceño—. Y venían de esa dirección —quedó en una pose con la cadera inclinada hacia un lado, irradiando impaciencia —. Me estás impidiendo que haga mis propios recados, jovencito. No tengo por qué ayudarte, ¿sabes?

—Por supuesto. Lo siento —Él la siguió por el menor de los dos senderos.

Este sendero estaba medio cubierto de maleza. La dama parecía no tener problemas para ver el sendero que tenían delante, pero para Jordan todos los senderos pronto se volvieron iguales. Miraba atrás y solo veía un techo de troncos de árboles y helechos, enmarcado en negro.

—¿Está segura de que de por aquí es de donde oyó las voces? —preguntó él después de unos minutos.

—Por supuesto. Mira, hay una huella —Bajó la lámpara para que él la viera. Jordan miró al suelo donde ella señalaba, pero no pudo ver nada.

—Yo no veo...

—¿Estás cuestionándome? —dijo la señora—. Me retrasas de mis deberes. ¿Qué dirán Cástor y Turcaret de mi tardanza?

—¡No debe decírselo!

—Bueno, entonces deja de gandulear.

Jordan quedó en silencio un instante, pero su ánimo estaba decayendo. ¿Podría Emmy haber tenido problemas con un bandido, o peor aún, con un morfo? ¿Qué otra cosa iba a haber en esta oscuridad?

—¿Qué hacía usted aquí sola, señora? —preguntó él con descaro—. ¿Estaba visitando a los sacerdotes?

—Sí, por supuesto —respondió ella con prontitud. Continuaron por el terreno irregular hasta que los matorrales y los troncos los rodearon estrechamente y ya no hubo indicación alguna de un

sendero bajo los pies.

La señora tenía un pie sobre un tronco caído y estaba a punto de pasar por encima cuando Jordan dijo: —Alto.

—¿Qué? —Ella avanzó un paso y se equilibró precariamente en el tronco cubierto de musgo.

—Esto es de locos. Ella no puede haber venido por aquí. El sonido es engañoso en el bosque. Tal vez el sonido provino de otro lugar.

—Tal vez —sonó dubitativa.

—Tenemos que volver y buscar ayuda —dijo él—. Despertaré a mi cuadrilla de trabajo. No hay necesidad de que usted se preocupe, señora. Tiene sus propios asuntos que atender.

—Cierto —Ella empezó a bajar del tronco, pero resbaló. Jordan vio la linterna volar en un arco, luego la oscuridad total cayó a su alrededor.

—¡Maldita sea! —Oyó decir a la dama, que buscaba a tientas la linterna.

Jordan extendió las manos y se dirigió vacilante en la dirección de los sonidos. La oscuridad era total: —¿Está bien, madam?

—Estoy bien. Pero no encuentro la linterna.

Ahora que estaba completamente inmerso en la oscuridad, Jordan supo que Emmy nunca podría haber llegado tan lejos. Era imposible dar dos pasos en cualquier dirección sin toparse con un muro de incertidumbre más sólido que el tronco de un árbol.

—Hmmf. Bueno, se acabó —dijo la señora—, no la encuentro. Dame la mano —Él extendió la mano tentativamente, sintió unos cálidos dedos entrelazados con los suyos.

—Ven. Por aquí.

—¿Qué está haciendo?

—Íbamos colina arriba. Solo voy a bajar. Estoy segura de que encontraremos el camino de nuevo.

—Disculpe, pero deberíamos quedarnos aquí. No se debe seguir caminando si está uno perdido en el...

—¡No estamos perdidos! —la voz expresó indignada ira—. ¡Y no voy a faltar a mis citas de esta noche!

—Pero...

—Ven —ella tiró de él y, aunque el instinto de Jordan era quedarse quieto, la siguió para no perder el contacto. Despacio, caminaron cogidos de la mano por el irregular sendero.

Jordan iba totalmente a ciegas y estaba seguro de que chocaría contra un árbol en cualquier momento, pero el tirón de la dama era constante. Jordan luchó contra sí mismo y estiró el cuello hacia arriba, buscando pequeñas franjas de luz de las estrellas sobre su cabeza en lugar de esforzarse por distinguir los troncos y las piedras bajo los pies. Trató de sentir el camino. Y parecía saber adónde iba, porque no tropezó en absoluto.

Parecía muy extraño eso de posar los pies por fe, viendo solo una estrella ocasional y sintiendo nítidamente el tacto de la mano de esta extraña. Era a la vez íntimo y solitario. Se aclaró la garganta y dijo: —¿Cuál es su nombre?

—Soy la dama Calandria May. Turcaret fue mi compañero de viaje, pero no estoy a su servicio.

—Oh —Entonces ella podría ser igual a Castor. Jordan se sintió incómodo al sostener esa mano. Ella era su superior, por lo que ella podía tomar la suya, pero él nunca podría haberla tocado antes.

—Cuidado —Ella lo pasó por encima de otro tronco caído. Él no había sentido ni oído que ella hubiera chocado con el tronco, pero estaba concentrado en mirar hacia arriba. No recordaba haber pasado por este tronco unos minutos atrás, y dar un paso resultaba mucho más difícil ahora. Rodaban piedras redondas bajo los zapatos y largas y resbalosas frondas de hierba le mojaban los muslos. Olía

el metálico aroma de la tierra mojada, mezclado con muchos olores herbáceos y fétidos.

La franja de luz de las estrellas estaba desapareciendo. Se reprendió a sí mismo por no haber mirado hacia arriba cuando había pasado por aquí la primera vez, y así poder juzgar ahora dónde estaban. No estaban en el sendero: —No vamos por el camino —le dijo él.

—Sí que vamos —dijo ella con el mismo tono tranquilo y uniforme con el que había pronunciado su nombre. Jordan tropezó con una raíz, la mano de ella tiró de él hacia la izquierda, luego hacia atrás, y él sintió que las altas zarzas pasaban a su lado. Por instinto, había mirado hacia adelante y extendido la mano libre ante él como precaución. Cuando volvió a mirar hacia arriba, las estrellas habían desaparecido.

Estiró el cuello para intentar ver detrás de él... en vano, naturalmente. Abrió la boca para protestar porque en verdad se habían desviado del sendero, pero ella lo agarró con más fuerza y tiró de él con renovada velocidad. Con la mano que llevaba extendida rozó algo resbaladizo, el tronco de un árbol, notó él mientras retiraba su mano con un resuello ahogado.

—Con calma ahora, Jordan —dijo ella.

—Pero...

—Ahora ven —dijo ella. Él oyó cierto humor leve en el tono—. Estamos en el sendero. Después de todo, no hemos chocado contra ningún árbol, ¿verdad?

En realidad él no estaba en posición de cuestionar a una dama. Su mano era su única línea de vida; ella, su único recurso aquí. Pero ¿cómo podía ver ella en la oscuridad? ¿Era ella un Viento? La idea casi lo hizo separar el contacto. Ella sintió algo y le dio un apretón tranquilizador.

—¿Cómo puede ver en la oscuridad? —soltó él.

—Soy tan humana como tú —dijo ella.

¿Cómo iba a encontrar a Emmy ahora? —Deberíamos parar y

esperar aquí hasta mañana —insistió él.

Ella le soltó la mano.

Jordan gritó sorprendido.

La voz de la dama salió desde muy cerca: —Tú puedes esperar aquí si quieres —dijo enfadada—, pero yo voy a volver a la mansión y a un cálido fuego y a buena compañía. Puedes sentarte aquí en la humedad y atormentarte con tus propios miedos o puedes venir conmigo. ¿Qué va a ser?

Luego, silencio. Él no podía oírla alejarse, no podía oír su respiración ni ningún moviento. El silencio se prolongó incómodamente. Jordan podía oír su propia respiración, áspera, y los sonidos de los grillos y el viento en las copas de los árboles. Nada más. ¿Lo había dejado solo?

—Por favor —dijo él.

Unos dedos se entrelazaron con los de su mano extendida. Su tacto, en la oscuridad, le evocó la noche anterior, cuando una mujer de cabello oscuro se había acercado a él mientras dormía y le había puesto la mano en la frente.

—Ven —dijo ella.

3

El amanecer los encontró caminando. Jordan tenía frío y estaba cansado hasta casi el delirio. Durante horas había dejado que hojas mojadas resbalaran por su rostro sin levantar la mano para defenderse. La mano de la Dama había seguido aferrada a la suya, y una extraña pasividad le había instado a seguirla. Durante la primera parte de la caminata, ella le había hablado constante y pausadamenre. La voz, junto al tacto de esa mano, habían sido las únicas realidades, hasta el punto en que él había llegado a perder por completo el contacto con su cuerpo. Habían parecido un par de espíritus vagando por el inframundo.

La mañana en Memnonis, el país de Jordan, comenzó con la gradual revelación de las formas en la oscuridad del bosque. Si Jordan alzaba la vista veía los contornos de las ramas de los árboles, que más bien parecían grabados en un medio tan oscuro como ellos mismos. Y a medida que estos se hacían más visibles, el frío de la noche se asentaba en su fondo absoluto. En la distancia, él oyó el canto de un pájaro, luego de otro. El nuevo sonido era señal de que, durante horas, lo único que él había oído era el ruido sordo de sus pies en la maleza y las leves respiraciones de la mujer que tenía delante. Ahora podía verla, la espalda de una capa meciéndose mientras ella caminaba sobre hojas apelmazadas y una cama de helechos. Estaba muy próxima a él, la mano que él sujetaba caía a un lado, una mano aferrada ante él. Él sentía los dedos entumecidos, los de ella eran cálidos.

Su autoconciencia regresaba con la luz. No es que hubiera una línea nítida que separara su pasividad de la memoria y la decisión, sino más bien que el día llegaba como el encendido de una lámpara. Él era más consciente de su situación a medida que podía ver a su alrededor. Estaba lejos de casa. Su hermana seguía perdida y quizá en algún peligro del que él no había podido salvarla. Él había corrido tras ella en parte para salvar su propia conciencia, y se sentía mejor por haberlo intentado, pero mientras caminaba se preocupaba por lo inadecuado de la respuesta de sus padres, y de la suya propia porque, ¿qué había planeado hacer cuando la encontrara?

Ahora, a medida que el color regresaba a las hojas y ramas a su alrededor, consideraba lo que había hecho Emmy y la decisión que él se había visto obligado a tomar. Aunque ambos regresaran a casa ahora, nunca podrían volver a ser la hija y el hijo que él siempre había imaginado que eran. Él y Emmy estaban ahora separados de sus padres, y eso significaba que tendrían que estar juntos.

Pero solo podrían hacer eso si podía encontrarla. Él y la dama Calandria May estaban ahora muy perdidos dentro del bosque. ¿Había vuelto Emmy a casa, sigilosamente, tras una fría noche en el bosque, y descubierto que él había partido y que no había nadie con quien hacer frente común contra Madre y Padre, contra Castor y Turcaret? Jordan conocía las consecuencias si un convocado grupo de búsqueda la encontraba sana y salva: la ira de toda la aldea dirigida contra ella.

Los primeros rayos del sol caían en ángulo entre las copas de los árboles y le decían a Jordan exactamente en qué dirección caminaban él y la dama. Iban hacia el Noreste.

—Este no es el camino —dijo él—. Sabía que caminar era una mala idea. ¿Quién sabe hasta dónde hemos llegado?

—Este es el camino —dijo la dama quedamente. Sus pasos no vacilaron.

Jordan abrió la boca para objetar, pero se detuvo. Sabía que iban por el camino equivocado. Emmy no había tenido intención de volver a la mansión. Y, de alguna manera, la dama lo había hipnotizado para que él la siguiera. Las últimas horas habían sido borrosas y, aunque él se había dado buena cuenta de ello, había seguido a la dama paso por paso.

Jordan dejó de caminar: —¿Qué me ha hecho?

Ella se giró con rostro serio: —Necesito tus servicios, Jordan Mason. Anoche estabas demasiado absorto en tu búsqueda para atender lo que tenía que decirte. Ahora, a la luz de la mañana, tal vez podamos hablar como adultos.

La luz de la mañana proporcionó a Jordan su primer buen vistazo a

la dama. Ese rostro ovalado era hermoso y fuerte: las oscuras cejas y las líneas en torno a la boca sugerían autoridad, al tiempo que la piel suave y los delicados huesos de la mandíbula se oponían con una impresión de fragilidad.

—Voy a proponerte un trato —continuó ella. Él permaneció quieto, mirándola. May se cruzó de brazos y suspiró: —Mira, puedo salvar a tu hermana de Turcaret. Lo único que tengo que hacer es enviar un mensaje a uno de los míos y ella estará a salvo.

Con cautela, Jordan se acercó más: —¿Por qué quiere hacer eso?

—Porque a cambio vendrás conmigo. Si no, no enviaré el mensaje, mi hombre no la encontrará y Turcaret sí. ¡Y aun así vendrás conmigo! —Se giró bruscamente, expulsando las hojas de su capa. Lo miró por encima del hombro—. Considérala mi rehén —y siguió andando.

Jordan estaba dolorido y rígido, y emocionalmente abatido: —¿Por qué hace esto? —murmuró mientras la seguía.

—Porque tienes información que necesito —dijo ella—. Información muy importante.

—Yo no… —protestó él débilmente.

—Vamos, vamos —dijo ella con voz ya no suave, sino perentoria—. Si prometo proteger a tu hermana, ¿prometes venir conmigo?

—¿Cómo sé que puede usted protegerla?

—Astucia —Ella señaló entre los árboles hacia una zona más iluminada—. Ese claro de ahí. Acamparemos y recuperaremos el sueño —le indicó con la mano que se adelantara—. ¿Sabes lo de la guerra entre Ravenon y los Senescales?

El asintió.

—Yo trabajo para Ravenon —dijo ella—. Al menos en este mismo momento. Busco a un renegado de las fuerzas de Ravenon.

—Pero la batalla… —protestó él—. Los Vientos los mataron a todos.

—A todos no. No estoy sola en este viaje, Jordan, y Turcaret está en deuda con mi gente. Él hará lo que yo le diga, al menos en cuanto a tan nimio asunto como el de tu hermana.

Probablemente ella estaba mintiendo, pero no hacía mal que ella lo tomara por un crédulo. Entretanto, él avanzó a través de la maleza hasta un área donde jóvenes y blancos abedules sobresalían de los deteriorados tocones de un incendio muy antigua.

May miró hacia el cielo abierto: —Las seis en punto —dijo con naturalidad—. Bueno, ¿tenemos un trato?

—Sí —dijo él—. Resolvió escapar más tarde, mientras ella durmiera. Ella no era de la familia de Castor. No tenía verdadero control sobre él, a menos que él lo decretara.

—Bien —Ella dio una patada a un tronco viejo, a juzgar por lo podrido que estaba, y se sentó bajo el único y ambarino rayo de sol que se abría paso casi horizontalmente a través del claro. Unos mechoncillos de negro cabello brillaban a la luz—. No estabas bien preparado cuando saliste de la casa anoche —dijo ella. Jordan no tenía nada más que su ropa y la linterna que había llevado golpeándole la cadera durante las últimas horas. Él se echó un indolente vistazo, luego observó el suave musgo y las flores silvestres que se habían apoderado del suelo. La necesidad de dormir era abrumadora.

—Adelante —dijo ella. Erguida, se desabrochó la capa y se la ofreció—. Aún hace frío, tápate con esto. Yo voy a enviar un mensaje sobre tu hermana.

Él aceptó la capa: —¿Qué me impide huir mientras está fuera haciendo eso? ¿Me va a atar?

—Enviaré el mensaje desde aquí —Sin comprender, Jordan se arrodilló antes de dejarse caer de lado sobre una estera de musgo verde vívido y diminutos helechos finamente tallados. Empezó a taparse con la capa, pero se quedó dormido antes de terminar el movimiento.

§ § §

Calandria administró una inyección sedante al joven. Probablemente no era necesaria, a juzgar por su estado, pero no quería correr ningún riesgo.

Se recostó y dejó que la invadiera el cansancio que había resistido durante las últimas horas. Encontrar a Mason esa noche había sido una suerte increíble. La desaparición que ella había estado tramando durante días ahora sería vista como una desgracia, una indudable tragedia familiar, pero improbable de que hubiera sido causada por algún juego sucio. Aunque, dado que los grupos de búsqueda entrarían en acción al mediodía, había tenido que alejarlo lo más posible de la aldea, y había eligido lo más profundo del bosque deshabitado para esconderse.

Se programaría a sí misma para un sueño de tres horas, pero primero tenía que adherirse a su parte del trato. No tenía ni idea de si tal trato iba a ayudar al chico, pero valía la pena intentarlo. Y él no necesitaba saber que, en cuanto ella había sabido del apuro en el que estaba metida su hermana, Calandria había decidido hacer lo que pudiera al respecto.

Cerrando los ojos, activó su Enlace: —Axel —subvocalizó. Manchas de color flotaron frente a sus ojos, luego se fundieron en la palabra LLAMANDO.

—¿Cal? —la voz de él sonó pura y fuerte en su cabeza, tal como había sonado en las varias ocasiones en que ambos habían hablado la noche anterior. Ella había estado en contacto con Axel Chan desde que se había encontrado con Mason en el camino. Si el joven se le hubiera escapado, Axel lo habría recogido.

—¿Cuál es tu estado, Cal? Te leo a unos diez kilómetros al noreste. ¿Todavía tienes a Mason?

—Sí. Pero tengo trabajo para ti, para ayudar a cubrir nuestras huellas.

—Adelante.

Ella le contó su arreglo con Jordan. Axel gruñó un par de veces mientras ella hablaba, pero no hizo ningún otro comentario: —

¿Crees que puedes cuidar de ella, Axel? Manteniéndola a salvo de ti también, debo añadir.

—¡Cal! —Él pareció herido—. Me gustan con experiencia, ya deberías saberlo. Sí, ella está a salvo, en cuanto la encuentre. ¿Qué hay de ti?

—Voy a llevar a Mason al este y luego al norte. Hay una mansión ubicada a unos veinticinco kilómetros de aquí, iremos allí primero. Luego al oeste de nuevo. ¿Qué dices si nos reunimos en la mansión Boros en una semana?

—A menos que consigas la ubicación de Armígero primero, ¿no?

—Exactamente.

—Servirá. Te llamaré cuando tenga a la chica.

—Bien. Adiós.

La conexión se cortó, pero Calandria no abrió los ojos. Accedió a la computadora de su cráneo y le dijo que iniciara un escaneo del área: —Comprueba si hay morfos —le dijo.

Poco a poco, de izquierda a derecha, un paisaje fantasma apareció detrás de sus párpados cerrados. El escaneo estaba registrando toda la evidencia de los Vientos en esta vecindad; sobre todo mostraba líneas como los fantasmas de los árboles, y la pálida y ondulante lámina del suelo. Pero aquí y allá, brillantes y oblongas formas serpentinas indicaban la tercera de las divisiones de la vida de Ventus: los mecas, distintos de la flora y fauna ordinarias.

El escaneo mostró evidencia de un morfo a unos tres kilómetros al sur de ella, pero se estaba alejando. Aún así, esa distancia era tan cercana como incómoda. Esperaba que el morfo no hubiera escuchado la transmisión con Axel.

Abrió los ojos. El escaneo había revelado una forma de vida meca muy pequeña casi a sus pies. May se puso en cuclillas y fue apartando a un lado las hojas hasta que lo vio, una forma de bicho indescriptible.

Verlo arrastrarse le trajo a la mente una extraña sensación de traición, como si el mundo que la rodeaba fuera falso. No lo era, pero de todos los planetas en los que había estado, Ventus era el más extraño. Maida había sido un mundo de glaciares y bosques helados. Birghila estaba envuelto en mares de lava, con cielos de llamas, y la gente de Hsing vivía en una franja de tierra artificial que flotaba en el estrés de las mareas a miles de kilómetros por encima del planeta mismo. Pero Ventus se parecía mucho a la Tierra. Arrullaba al visitante, de modo que cuando ella se topaba con un morfo o un desalador, o presenciaba el paso sereno de una luna errante o el zumbido y el humo de las formas de vida meca devorando el lecho de roca, se despertaba una especie de inquietud sobrenatural. Había sentido lo mismo al llegar por primera vez y, ver ese pequeño insecto sabiendo que la tierra y el aire estaban tan densamente llenos de nanotecnología como de vida, hizo que fuese desagradable la perspectiva de echarse a dormir aquí. Cuanto antes lograra su propósito y dejara atrás Ventus, mejor se sentiría.

No había indicios de que ninguno de los nanos a su alrededor la hubiese detectado. Aunque debería haber ocurrido. Este era el mayor enigma de Ventus, el porqué los Vientos no reconocían la presencia de los humanos que los habían creado. Descubrir ese porqué parecía haberse convertido en un pequeño pasatiempo para Axel, pero a Calandria le bastaba estar agradecida de poder pasar desapercibida.

Comprobó una vez más, para asegurarse, que el morfo se dirigía de veras hacia el otro lado. Luego se tumbó en la tierra húmeda junto a Jordan y se obligó a dormir.

§ § §

Jordan despertó en otro lugar donde sus manos estaban en llamas.

Él estaba gritando. Por un instante creyó estar de nuevo en el cielo, porque estaba rodeado de anaranjadas llamas que soltaban láminas por todos lados, una humeante alfombra bajo los pies y lametonas lenguas azules sobre su cabeza. Pero chocó contra un poste y se sacudieron los fuegos a su alrededor y largas lágrimas los atravesaron. Las paredes en llamas de la tienda en la que se estaba

comenzaron a desmoronarse.

Por alguna razón Jordan no sentía el dolor, aunque veía llamas emergiendo de sus manos, cuyo dorso estaba negro y ampollado. Y podía oírse a sí mismo gritar, solo que no era su voz. Era el peor sonido que jamás había escuchado.

El poste de la tienda se partió y la mitad inferior rota le arañó el costado. Jordan tropezó entonces, agitando los brazos como loco cuando, en una extraña caída en espiral, la pesada tela en llamas de la tienda le cayó encima. El impacto, como si estuviera envuelto en los brazos de un elemental, lo hizo caer de rodillas. Respiró humo y ya no pudo gritar. Su garganta se contrajo.

Desde algún lugar oyó voces gritando. Hombres. Tiraban de él con violencia de un lado a otro, y oyó el timbre de desenvainar espadas. Golpes por todos lados. Y los brazos y el pecho del elemental; dejándole marcas, quemándole el pelo, despellejándolo; apretándole la carne viva de los músculos en un horrible e íntimo masaje.

Le arrancaron a tiras la tela que le cubría la cara. Él intentó parpadear, podía ver con un ojo, y vio brillantes filos blandidos por hombres desesperados por rasgar el lienzo en llamas. Pero, aunque tenía la boca abierta, no podía respirar.

Y entonces quedó libre. Se puso en pie con tambaleante esfuerzo, con los brazos levantados para aferrar el mismo cielo, como si estuviera intentado trepar por el aire. Jordan oía la profunda y chasqueante respiración que escapaba de su interior. Vislumbró un semicírculo de hombres en pie, con expresiones de horror o de sombrío cálculo en sus rostros. Vestían casacas militares y gorras turbante de metal, un par de mosquetes. Tras ellos había un campo verde atestado de tiendas de campaña.

Oyó una voz profunda que dijo: —Él está muerto.

Él articuló las palabras. Luego murió.

§ § §

Jordan pugnaba por despertar. Extendió a ciegas las manos con la

esperanza de encontrar la cabecera de su cama. Sintió tela. Eso le hizo abrir los ojos. ¿Estaba envuelto en una lona? Pero no, era una capa verde hoja lo que él se apartaba de la cara.

Arqueó la espalda en un esfuerzo por respirar. Rodando hacia atrás, parpadeó hacia un techo de hojas pálidas, cielo azul y nubes blancas más allá. Podía oír sus propios jadeos.

Intentó incorporarse, pero era como si alguien muy pesado estuviera sentado en su pecho. Luchó hasta mitad del camino y volvió caer, con los brazos extendidos a los lados y las manos en alto para agarrar el aire. Durante unos segundos, se debatió por respirar.

Esta no era la pesadilla del fuego y la muerte, pero tampoco era mejor. Jordan quiso estar en su cama y despertar a un día cualquiera. El muro cortina aún no estaba restaurado, ¿y qué iba a pensar el equipo de obra si él no se presentaba al trabajo? Anhelaba desesperadamente estar allí, picando el mortero.

Cuando su respiración se estabilizó, se concentró en levantar el brazo derecho. Lo movió como si éste fuese un objeto de plomo, con las manos colgando. Lo cruzó sobre el pecho e intentó en vano darse la vuelta. ¿Qué le pasaba? El cuerpo nunca lo había traicionado así.

Tenía la cabeza caída hacia un lado. A un metro de distancia, una mujer dormía de costado, con las manos cruzadas ante ella como en oración. Al verla, Jordan supo lo que le pasaba, o al menos por qué. La bruja lo había paralizado para que no escapara. Ella tramaba algo malo para él, eso era seguro.

Jordan soltó un lamento y le temblaron los párpados. De repente, con más miedo por sentirse indefenso con ella despierta, contuvo la respiración. Su visión empezó a agrisarse después de unos momentos y él retomó el jadear de nuevo. Ella no advertía nada.

Estaba atrapado, su elección era despertar en una realidad de pesadilla donde su familia estaba perdida, o dormir y abrir los ojos en un infierno. Gimió y cerró los ojos, y ese mero acto lo propulsó a un vertiginoso girar que acabó en la inconsciencia.

§ § §

Calandria se despertó renovada. Estaba de lado frente al chico, quien yacía torpemente como si hubiera estado peleando con su capa. El sol estaba más alto y el calor de la mañana era muy bueno. Ella se incorporó, se sacudió las hojas y los trozos de corteza de la mejilla y sonrió. El aire era fresco y los sonidos del bosque, relajantes. Su trabajo estaba yendo muy bien. Sintiéndose animada, se limpió, colocó al chico en una posición más cómoda y se dispuso a hacer una pequeña fogata. Cuando ésta quedó a su satisfacción, buscó en sus bolsas, considerando la situación de las raciones. Iban a necesitar más que la comida concentrada que llevaba encima. Mejor reservarla para una emergencia.

El chico Jordan Mason estaría dormido un rato. Mientras tanto, ella prepararía la cena.

Primero se sentó en posición de completo loto, luego cerró los ojos y escudriñó los alrededores. Había conejos al otro lado del claro. La estaban vigilando y ella nunca sería capaz de atraparlos. Por suerte tampoco tendría que hacerlo.

Con fluidez, pasó de la posición de loto a la agachada. Del cinturón sacó las piezas de un arco compuesto. Lo armó en silencio, lo tensó y, metiendo la mano en otra bolsa, sacó uno de varios hilos enrollados. Estos tenían una punta de flecha en un extremo y plumas en el otro, pero eran blandos como una cuerda. Desenrolló el que había seleccionado y le dio un fuerte tirón. Inmediatamente quedó derecho y rígido.

Armada ahora, Calandria se deslizó muy lentamente sobre el tronco junto a Mason, bajo el dosel de un pino joven y hacia un círculo de juncos junto a un charco estancado donde revoloteaban los mosquitos. Desde ahí ella veía la cúpula de helechos bajo la cual comían los conejos. Eran invisibles a la vista normal, pero cerrando los ojos y escaneando la zona podía detectarlos fácilmente.

Con los ojos cerrados, se irguió lentamente y tensó la flecha. Un momento para apuntar, una pugna contra el impulso de abrir los ojos, y luego la dejó volar. Un fino chillido sonó desde el otro lado del claro.

Caminó por el suelo irregular y apartó el dosel de helechos. El conejo yacía retorciéndose, bien ensartado. Ella sonrió y deshizo el arco mientras esperaba que su presa dejara de patalear.

—Transmisión —dijo una voz en su cabeza.

Calandria sonrió: —Adelante, Axel.

—La tengo. Estaba escondida cerca de un arroyo a unos cientos de metros bosque adentro. Parece uno de esos fuertes que hacen los niños. El escáner la detectó justo a tiempo: hay un morfo merodeando por aquí que también la había localizado. Ahora que la tengo, ¿qué hago?

—Contrátala.

—¿Qué?

—Axel, está comprometida donde está. Puede estar en condiciones de avergonzar a Castor o Turcaret, lo que la hace vulnerable. Su familia no quiere ayudarla. Mejor será independizarla de ellos durante un tiempo. Nómbrala encargada de correos de Ravenon para esta área. Puede encargarse de los despachos entre los mensajeros de Ravenon. Ella es mayor de edad y vemos a todas horas mujeres en cargos como ese. Es una buena oportunidad para ella porque es un trabajo liviano que no durará más que un par de años. Una vez que termine la guerra, podrá regresar a su comunidad, porque ella habrá estado allí todo el tiempo. Mientras tanto, es independiente de su familia y Castor no la tocará porque es de los nuestros.

—Sí. Ya veo. Entonces, ¿quieres que irrumpa en casa de Castor y la instale?

—¿Por qué no? Mira si hay alguna casa que puedas comprar para ella. Y envía un despacho a Ravenon para abrir una ruta aquí.

—Podrían no queren hacer eso.

—Eso no importa. Son las apariencias las que cuentan ahora mismo. Tenemos el dinero en efectivo y los sellos de autoridad, bien podríamos usarlos —Observó al conejo patear por última vez y

quedar inmóvil. Se agachó y lo recogió por la flecha que le atravesaba el vientre.

—Eso suena bastante complicado, Cal.

Ella sonrió —Solo controla tu lengua y tus apetitos, Axel, y finge que trabajas de verdad para Ravenon. Haz de caballero indignado que descubre a una asustada damisela a la luz del amanecer. Hazte legendario. ¿No es para eso que viniste a esta expedición?

Él gruño: —Haces que suene como algo malo —rió—. ¿Qué hay de tu chaval? —agregó.

—Dormido. Veré qué puedo sacarle hoy. Tal vez saber que su hermana está a salvo lo haga más razonable.

—Razonable —Axel se tragó lo que fuera que iba a decir—. Sé suave con él, Cal —Cortó la conexión.

Ella soltó el conejo a los pies de Jordan y se sentó en el tronco para contemplar al chico. Parecía lo bastante fuerte. ¿Qué había querido decir Axel?

Suave con él. Miró con el ceño fruncido la suave piel de su mano y la comparó con la musgosa corteza del tronco. Ella era tan suave como el agua, lo sabía. Sólo que hoy, y con respecto a este joven, estaba tan decidida como un río en crecida.

Se puso a trabajar en el desollado del conejo.

§ § §

Jordan despertó con el olor a cocina. La dama le había preparado una comida fuerte. Él evitaba sus ojos mientras comía. Ella lo miró inexpresivamente un instante y luego dijo: —Tu hermana está a salvo.

Él se incorporó, mirándola con recelo: —Cuéntemelo.

Ella explicó que había ido a un camino cercano e interceptado a un mensajero que ella sabía que estaba programado para pasar. Ella le había contado al hombre la difícil situación de la chica y él había

ido a buscarla. Más tarde, el hombre había enviado a otro mensajero con la noticia de que la habían encontrado.

—¿Cómo pudo pasar todo eso en tan solo unas horas? —se preguntó hoscamente.

—No tienes por qué creerme. Axel dijo que la encontró en una especie de fuerte para niños a unos cien metros en el bosque. ¿Te suena familiar?

Jordan bajó la vista. Le sonaba familiar. No se le había ocurrido buscar en ese lugar. Los otros niños lo habían usado más que él, debido a su miedo al bosque. Probablemente Emmy tenía más recuerdos del fuerte que él.

Eso significaba que él había pasado casi al lado de ella anoche.

Comió en silencio durante un rato, con la mente paralizada en un catálogo de "si hubiese..." Finalmente dijo: —Quiero verla.

—Cuando hayamos terminado nuestro trabajo —dijo ella.

—¿Qué trabajo? —Sintió una leve chispa de esperanza. Ella no había sugerido antes que lo iba a dejar ir.

—Tienes que ayudarme a encontrar al hombre que busco —dijo ella —. a Armígero. ¿Lo conoces?

—No. ¿Por qué debería?

—Él te conoce —Se inclinó hacia adelante, entornando un poco los ojos mientras parecía examinarlo sobre la pequeña fogata—. Te visitó hace años y te dejó algo de él. Ahí dentro —Le señaló la frente.

Jordan retrocedió, con los ojos muy abiertos. ¿Había alguna cosa en su cabeza? Se imaginó un gusano en una manzana y se tocó la sien con dedos repentinamente temblorosos.

Esto tenía que tener alguna conexión con las visiones. ¿Era esa cosa su origen? Pero, si eso hubiera estado ahí durante años, habría tenido visiones durante años, ¿no?

—Usted está loca —dijo Jordan—. No hay nada en mi cabeza salvo yo. ¡Más el dolor de cabeza que me dio! —agregó.

Ella frunció el ceño, pero él la había visto hacer eso antes y ella no lo había golpeado entonces, por lo que probablemente no lo haría ahora. La mujer se puso de pie, estirando sus delgados brazos sobre su cabeza: —Eso lo resolveremos más tarde —dijo ella—. Apaga el fuego, ¿quieres? Tenemos que andar un poco.

Él quedó en obstinado silencio durante unos segundos, hasta que ella abandonó su posición y espetó: —Puedo cargar contigo si es necesario. Estarás a salvo y volverás a ver a tu hermana, pero no hasta que yo termine contigo.

A regañadientes, Jordan se movió para obedecer, por ahora.

§ § §

Jordan avanzaba chocando a través de los árboles, su corazón latía con fuerza. Era imposible correr en silencio entre aquella maleza. Aunque de todos modos no importaba, sabía que ella estaba justo detrás de él.

La primera vez que había tratado de escapar, lo había hecho mientras la dama May estaba ocupada en su aseo tras un arbusto. Ella lo había alcanzado medio kilómetro después. Esa vez, ella simplemente había aparecido frente a él y fruncido el ceño ferozmente con las manos en las caderas. Él había tratado de reírse y la había seguido durante un tiempo. Sin embargo, era obvio que ella era más rápida que él, y Jordan ya no creía que hubiera un momento en el que ella durmiera mientras él no.

Luego, cuando había visto una rama, fuerte pero muerta, justo en su camino, Jordan había alargado su mano libre y la había partido. May no había mirado hacia atrás.

Él había intentado trascender su cansancio y había reunido toda la fuerza posible en el golpe que él le había asestado en la nuca. Ella había caído y él había quedado libre.

Sentía las piernas como gelatina de caminar toda la noche por un

terreno irregular y; ahora, solo unos minutos después haberla golpeado; solo podía tambalearse de árbol en árbol sin seguir ninguna dirección particular, solo intentando escapar.

De repente, las piernas salieron de debajo de él y Jordan quedó boca abajo entre las hojas: —¡Uff —Lady May estaba en cuclillas sobre su columna y le torcía dolorosamente el brazo derecho a la espalda.

Ella escupió una palabra en un idioma que él no reconoció y luego dijo: —Buen intento —con su manera lenta y mesurada. Su voz estaba llena de amenaza.

—¡Suéltame, bruja! —gritó él al suelo—. ¡O me matas o me sueltas, porque no voy a ir contigo! ¡Déjame encontrar a Emmy! ¡Me alejaste de ella!

La escuchó mascullar con enojo en ese idioma extraño. Ella dijo: —Casi me rompes la cabeza, muchacho.

—¡Lástima que no lo hice —Trató de luchar, pero ella lo tenía completamente inmovilizado.

Ella susurró: —De acuerdo, supongo que me lo merecía —Sin soltarlo, se bajó de su espalda en cuclillas y lo hizo rodar. Con la mano libre le quitó la arena de la cara. Jordan aún tenía la muñeca atrapada en un ángulo incómodo. Si se movía demasiado, estaba seguro de que se rompería.

Ella le soltó la muñeca. Tenía un hilo de sangre en el centro de la frente que le daba un aspecto temible, pues parecía apuntar a los ojos, que estaban acusadoramente entornados hacia Jordan.

—Te he hecho un flaco favor, Jordan. Lo sé. Pero debes entender que es por una cuestión de vida o muerte, para todos los que conocemos, tu familia incluida. Tus amigos te llamarán héroe cuando terminemos. Y solo voy a necesitarte unos días. Por favor, confía en mí sobre lo de tu hermana. ¿Podrías esperar un día, más o menos, hasta que pueda probarte que ella está a salvo? Todas estas fugas no nos hacen ningún bien a ninguno de los dos.

Él lo pensó: —Esperaré un día.

Ella asintió fatigadamente, frotándose la frente, e hizo una mueca: —Pues arriba. Solo hay que caminar un poco más hoy. Yo también estoy cansada. Un descanso nos vendrá bien a ambos.

§ § §

Pronto ella estaba sonriendo a su manera enigmática, pidiéndole que nombrara los diversos árboles y pájaros al pasar, y permitiéndole hacer una pausa para respirar cuando quería. Su ira era rápida y volátil y, aunque él la había lastimado, ella dejó remitir su enfado rápidamente. Él esperaba el ardor implacable que siempre había visto en sus padres y que había temido, pues siempre había sentido que cada maldad que hacía disminuía su amor por él de forma permanente. Esta mujer se había enfurecido, lo había arrastrado de vuelta a su camino invisible y luego había olvidado su ira. Él la odiaba por lo que le había hecho, pero ella parecía incapaz de odiarlo, y esto lo confundía. Decidió sentirse insultado por ello.

El campo por el que pasaban estaba densamente poblado de robles negros con rastros de musgo y que apagaban el trinar de los pájaros. El sotobosque era un crepúsculo verde secreto, interrumpido por motas de polvo que brillaban con esquivos rayos de sol. El aire era cálido, pero conservaba la expectante plenitud del final del verano, como si estuviera reposando la Vida. Ambos estaban lejos de los habitáculos de los hombres.

Cuando cayó la noche, Lady May decidió acampar de nuevo. Jordan estaba tan agotado como agradecido por la pausa. Ella encendió un fuego rápido y asó un poco más de conejo, y él se comió el suyo y se durmió inmediatamente. Su mente había estado funcionando todo el día chocando contra muros de hechos y recuerdos, y fue el agotamiento mental más que el físico lo que lo sometió.

Lo último de lo que fue consciente fue de que Lady May lo miraba con algo parecido a la simpatía en los ojos mientras alimentaba lánguidamente el fuego.

§ § §

Le abrieron el vientre y le sacaron los órganos. Él no protestó. Sus ojos permanecieron fijos en el techo de la tienda. Voces murmuradas por todas partes, fuerte olor a incienso y, afuera, los plañideros profesionales gemían hipócritamente.

Los dos hombres que estaban preparando su cuerpo eran ancianos. Tenían el largo cabello gris recogido hacia atrás y atado con mechones de cabello de los cadáveres en los que habían trabajado. Vestían túnicas de terciopelo negro cosidas con muchos bolsillos, y de estos extraían una variedad de viales llenos de sustancias químicas nocivas. Con estas gotearon sobre y dentro de su cuerpo, y pintaron sobre su piel con pinceles.

El techo era un juego con sombras de los espíritus del inframundo, de estatuas colocadas alrededor del perímetro de la tienda. Las sombras se alargaban y doblaban, se acortaban y se desvanecían, como si los espíritus estuvieran librando una guerra con algún enemigo invisible a través del cielo ambarino de lona.

Un mango de metal resonó. El balde que contenía su sangre fue sacado de la tienda para ser quemado. Uno de los asistentes se inclinó sobre él, sosteniendo un mazo y una punta larga con cabeza en forma de T. Colocando la punta debajo de su barbilla, el hombre la martilló, clavando su lengua en su paladar, atravesando el paladar y el paladar nasal e incrustando el hierro profundamente en su cerebro. La T mantenía cerrada su mandíbula floja.

—No hables más —dijo el asistente y, dejando el martillo, le hizo un gesto con la cabeza a alguien en la puerta de la tienda.

Seis hombres entraron con aspecto solemne. Algunos lo miraron fijamente, otros miraron cualquier otra parte. Levantaron el jergón sobre el que yacía y él salió de debajo del cielo de lona hacia el cielo de la noche.

Diadema, la única luna de Ventus, estaba en lo alto y brillando como una lágrima. El resto del cielo estaba despejado y salpicado de estrellas, hilera tras hilera, gasa sobre gasa de finísimos puntos blancos. El río de la galaxia corría por el cénit. Los plañideros humanos quedaron en silencio, dejando solo los sonidos de los grillos que parecían provenir de las mismas estrellas.

El aire de la noche disminuía el olor a carne quemada que había invadido la tienda.

Antorchas a la izquierda, derecha, delante y detrás. Espirales de gris ascendieron para disolverse entre las estrellas. Voces en murmullos y el sonido de pasos arrastrando los pies, mientras lo llevaban a través de la llanura hacia una oscura colina.

La ladera se elevaba abruptamente y bloqueaba las estrellas. Las antorchas iluminaron una profundo grieta en un lado, donde se había alisado una pared de roca desnuda, quizás siglos atrás. Se tallaron profundas letras sobre una estrecha entrada cubierta por una enorme losa de piedra. La losa había sido inclinada hacia un lado y ahora se apoyaba pesadamente en un andamio hecho con trozos de catapultas. Rudos soldados se sentaban en el andamio, pasándose botellas de un lado a otro. Observaban impasibles cómo pasaba él por debajo de ellos.

Otro cielo se dibujó en lo alto, este de piedra amarilla. El techo estaba a centímetros de distancia. La arenisca profundamente picada estaba pintada con nubes abstractas de gris y negro por el paso de muchas antorchas. El humo de las que ahora ardían se arremolinaba en derredor, convirtiéndose en una capa de calor tembloroso.

Dobló una esquina y ahora lo llevaban por un empinado tramo de escaleras. Sus portadores hablaban de un lado a otro mientras lo bajaban con cuidado. Diez metros más abajo, luego veinte, en una región de aire muerto, frío y penetrante donde achaparrados pasillos con columnas conducían a ambos lados. Sus porteadores se movían ahora con más rapidez y la luz de las antorchas se reflejaba en un techo irregular y en unos nichos oscuros en las paredes donde se amontonaban objetos largos o redondos.

Lo bajaron al suelo frente a una abertura negra y fue deslizado dentro sin contemplaciones. El techo aquí estaba justo encima de su nariz. Los ladrillos caían con un ruido sordo justo detrás de su cabeza. Desapareció la poca luz que había; y el sonido, sólo el de las piedras siendo colocadas con la argamasa. Después de unos minutos, incluso ese cesó.

No había ningún nombre tallado sobre el nicho. Entonces, después de un rato, él levantó una mano, la pasó por su pecho abierto, los nudillos rasparon la piedra y él tanteó detrás de la cabeza. Allí, en una franja de mortero húmedo, escribió las letras:

ARMÍGERO.

§ § §

Jordan se incorporó gritando. Calandria estuvo a su lado al instante, sosteniendo sus hombros mientras él se estremecía.

—¿Qué pasa? ¿Un sueño?

—Él, él otra vez... Lo vi... —Parecía no saber dónde estaba.

—¿Viste a quién?

—¡A Armígero!

Calandria lo volvió a colocar en su jergón y, cuando él cerró los ojos y se quedó dormido de nuevo, ella sonrió.

4

Por la mañana despertó sintiéndose dolorido y frustrado. Esperaba que Lady May sacara el tema de su sueño de esa noche, pero no lo hizo, como si la luz del día no fuera el momento adecuado para tales cosas. Sin embargo, ella parecía aún más alegre que el día pasado. Cuando Jordan despertó ella ya había cazado, pues había dos faisanes cerca de su cabeza, los cuales le indicó que los atara a su cinturón. También había recogido varios puñados de setas y algunas otras raíces que él reconocía como comestibles. Al menos no se morirían de hambre a corto plazo.

—Vamos —fue todo lo que ella dijo, y partieron de nuevo.

Se contentó con no hablar durante la mayor parte de la mañana, pero la cálida luz del sol y el esfuerzo compartido de la caminata terminaron por soltarle la lengua. Puede que ella hubiese estado contando con eso. Aun así, Jordan buscó durante mucho tiempo un tema que no fuera la oscura visión que había tenido la noche anterior, y al final preguntó: —¿Por qué vamos por este camino?

Lady May miró atrás y alzó una ceja con aparente diversión: —Eso habla —le dijo—. Esa es una pregunta que deberías haber hecho ayer, Mason.

Él miró al suelo.

—Estamos evitando a las personas que te buscan. Hice que mi hombre dijera que te había visto yendo hacia el sur, pero aún así puede que te busquen hacia el norte. Aunque no tan lejos dentro del bosque.

—¿Emmy oyó eso?— preguntó él bruscamente—. ¿Cree ella que escapé?

—No sé lo que le dijo —dijo ella—. Es un hombre bastante compasivo, si acaso un poco libertino. Estoy segura de que no habría querido lastimarla diciéndole eso si creyera que podía confiarle la verdad.

Jordan digirió eso. ¿Hasta qué punto se podía confiar en Emmy con algo así? Tuvo que admitir que no lo sabía, ella guardaba bastante bien los secretos, pensaba él, pero ¿y el secreto secuestro de su hermano? Tenía más sentido dejar que ella creyera la misma mentira que ya había oído todo el mundo.

En cuyo caso ella creería que él la había abandonado.

Después de un rato preguntó: —¿Cómo puede saber dónde estamos? Usted afirma no ser un morfo, pero no usa brújula ni nada. Y puede ver en la oscuridad —Y eres bastante fuerte, aunque esa parte no la dijo.

Estaban caminando a través de un área de nuevo crecimiento ahora. Esbeltos sauces y abedules blancos se erguían en sobresaltadas hileras por todas partes y el sol tenía pleno acceso al suelo. Muy altas en el cielo, montañas de nubes blancas se acumulaban unas sobre otras.

Lady May las miró con los ojos entornados: —Viene tormenta —dijo.

—¿Qué vamos a hacer cuando llueva? Nos empaparemos.

—Sí —se encogió de hombros—. Deberíamos estar bajo techo a tiempo.

—¿Cómo sabe eso?

Lady May suspiró: —Es bastante difícil de explicar —le dijo—. Y en verdad no quería entrar en eso todavía. Pero tú y yo vamos a tener que llegar a un acuerdo para trabajar juntos, quiero decir trabajar juntos de verdad, y yo te contaré algunas cosas y tú me contarás otras. ¿Entendido?

El asintió. No quería hablar de Armígero. Incluso a la luz del día recordaba vívidamente la tienda de embalsamamiento y la grieta en la ladera, y la inquietante implicación de que había estado mirando a través de los ojos de un cadáver.

§ § §

Calandria consideró cuánto decirle al joven. No había ninguna ley en contra de revelar noticias galácticas a la gente aislada y atrasada de este mundo. En el peor de los casos, los diversos grupos antropológicos que estudiaban Ventus estarían furiosos con ella por enturbiar sus datos.

Sin embargo, había poco que Jordan Mason pudiera hacer con todo lo que ella podía decirle sobre el resto del mundo. Era un prisionero de este lugar, como todos sus compatriotas. No había perspectiva de rescate ni escape para la gente de Ventus. La compasión dictaba que ella ni siquiera insinuara que la vida de Mason podría ser diferente de lo que era.

Pero iba a tener que decirle algo. Bien podría ser la verdad, hasta donde él era capaz de entenderla.

Siguieron el borde de un acantilado durante un rato. Este camino daba una gran vista del interminable y sinuoso bosque, y de las altísimas nubes de tormenta que se abalanzaban sobre ellos. Calandria olfateó el aire, sintiendo que cambiaba de seco y quieto a cargado, anticipatorio. No había modo de llegar a la mansión a tiempo.

Era irónico, pensó ella. En el tiempo de inactividad antes de aterrizar se había parado en la ventana de su nave la Voz del Desierto y había contemplado este mundo. Al otear Ventus el ojo humano se perdía en detalles finos como joyas. Su ojo había seguido el barrido del terminador de polo a polo, obteniendo un indicio de las variedades de crepúsculo de las que este mundo era capaz. Los sombríos grises polares se fundían en bosques moteados de color marrón verdoso, a lo largo de una franja de costa enrojecida por el clima local, y en un rápido salto más allá de las aguas ecuatoriales, su mirada podía posarse en esta o aquella isla, cada una dibujada con detalles increíblemente finos y resplandecientes de ámbar, verde y azul. Cada uno, si miraba lo suficiente, convocado hacia la noche.

Se había preguntado entonces si los colonos originales se habrían sentido como ella. Cuando contemplaron a Ventus por primera vez y supieron que un capítulo de su vida estaba terminando y comenzando uno nuevo, ¿habían sentido la misma inquietud? ¿Y la

misma anticipación?

Ella había intentado rescatar lo que su imaginación traía de las hermosas islas pequeñas que le habían llamado la atención. De pie sobre este lienzo, cada una debía de haberse pintado con sus propios colores, dibujando los límites de nuevos estados y provincias. Sería irresistible, en un mundo nuevo, preguntarse cómo se vería el bosque desde abajo, cómo olía la lluvia, cómo sería dormir bajo las estrellas aquí.

En ese momento los cielos no estaban tan vacíos como ahora parecían. Los Vientos aún eran visibles, como criaturas aladas bailando sobre la atmósfera. Todas las frecuencias estaban vivas con su canto y recitativo. Eran casi tan hermosos como el planeta mismo, como se pretendía, y adoptaban formas humanas para comunicarse con las naves coloniales. Esto era de esperar, habían sido diseñados de esa manera.

Los Vientos cantaban y bailaban en órbitas lentas al compás de su canto. En esos últimos momentos antes de que comenzara la pesadilla, los ojos de los colonos debieron de contemplar un mundo perfecto, una encarnación exacta de sus sueños.

Un trueno se quejó. Era tan diferente cuando estabas aquí abajo, ahora lo sabía. La invulnerabilidad del espacio era un sueño. Calandria notó que sus pasos se aceleraban, no tanto por la lluvia que se avecinaba, sino porque una vez más recordó que Ventus no era el entorno natural que parecía ser.

Doblaron otro arco de escarpe y allí estaba, justo donde la Voz del Desierto había dicho que estaría: una mansión. Jordan aún no había visto el largo techo, oscurecido como estaba por los árboles. Calandria sonrió ante la perspectiva de la calidez y el confort que prometía la rectoría.

Jordan estaba ignorando la vista. De hecho, parecía estar olfateando algo. Ella levantó una ceja y se aclaró la garganta: —¿Qué estás haciendo?

—Muerte —dijo él—. Algo está muerto. ¿No lo huele?

Maldita sea si no tenía razón. Debería haber estado más alerta. Jordan había caminado varios pasos fuera del sendero de los ciervos y, ahora con cautela, separaba un as ramas: —Lady May, mire esto.

Ella miró por encima de su hombro. En un hueco oscuro, sombreado por ramas de marga y agujas de pino, yacía un objeto gigante, hinchado. No parecía nada más que una gran bolsa de piel sarnosa. En la parte superior había una especie de flor de carne que, según notó ella con inquietud, tenía dientes. Como si…

—¿Qué es eso?

—Parece que antes fue un oso —susurró Jordan. La boca del animal s había plegado hacia atrás hasta devenir en una especie de flor de labios rojos sobre la bolsa de carne, y los ojos se habían hundido en la piel. Ella buscó en vano signos de sus cuatro extremidades, salvo por la cabeza vestigial, ahora era poco más que un saco de piel.

Un saco en el que algo se movía.

Ella dio un paso atrás. Por una vez, Mason pareció imperturbable. De hecho, miró hacia atrás, captó su evidente angustia y sonrió.

—Un morfo ha estado aquí, tal vez hace dos o tres días —dijo Jordan—. Encontró este oso y lo cambió. No sé qué saldrá del cascarón, pero… parece que hay varias cosas. ¿Tejones, tal vez, o zorrillos? Lo que sea que el morfo pensara que faltaba en esta parte del bosque.

Por supuesto. Le habían informado sobre los morfos, ella sabía de lo que eran capaces. Muy diferente era presenciar el resultado.

—Saldrán grandes —dijo Jordan mientras se alejaba del claro.

El trueno clamó directamente sobre su cabeza. Calandria oteó por el acantilado a tiempo de ver un muro de lluvia de aspecto sólido que venía hacia ellos.

—¡Vamos! —gritó ella—. Solo falta un poco más.

Jordan miró la lluvia y rió: —¿Para qué apresurarse? —preguntó él —. Nos vamos a mojar en dos segundos.

Tenía razón: en unos momentos, su cabello estaba aplastado sobre su cabeza y gotas frías le corrían por la espalda. Aún así, Calandria los alejó rápidamente de esa cosa inquietante que había sido un oso. Continuaron bordeando la cima del escarpe durante cien metros, luego llegaron cerca de lo que normalmente podría haber sido un buen sendero para ciervos cuesta abajo; era un torrente de agua fangosa.

—¿Qué es eso? —Jordan señaló. Tal vez a dos kilómetros de distancia, luces cálidas brillaban a través del gris cambiante de la lluvia.

—Nuestro destino. Vamos —dijo antes de adentrarse en el sendero de bajada. Resbaló y Calandria se vio cayendo en picado por la ladera de barro.

§ § §

Jordan observaba a Calandria May ponerse de pie al pie de la colina: —¡Estoy empapada! —gritó ella riéndose. Era la primera vez que él la oía reír de forma genuina.

Ella estaba cien metros por debajo de él, sin una forma obvia de volver a subir. Jordan consideró dar media vuelta y correr, pero no tenía idea de adónde ir. Sin duda, ella sería capaz de localizarlo, aunque tuviera media hora de ventaja. Suspiró y comenzó a bajar la colina.

Casi a mitad del camino, miró detenidamente las luces que ardían a lo lejos y sintió que un escalofrío mayor que la lluvia se apoderaba de él. Corrió los últimos metros con un poco de imprudencia, pero llegó junto a May, todavía de pie.

—¿No sabe lo que es una mansión de los Vientos? —dijo él señalando las luces lejanas—. ¡Si entramos allí, nos matarán!

Ella volvía a tener esa mirada serena y despreocupada: —No, no moriremos. Tengo protección —dijo ella. Ante ellos, altos y majestuosos arces rojos se erguían en filas uniformes. La maleza era escasa, como si alguien la cortara regularmente.

Jordan negó con la cabeza. Ambos avanzaron a través de alta hierba mojada y se refugiaron bajo los árboles. Calandria señaló un área más brillante adelante: —Un claro. Supongo que hay amplios terrenos alrededor de este.

Ella lo guió. Después de un minuto, Jordan dijo: —¿Así que ya ha estado en otras mansiones?

—Sí. Tengo una manera de entrar —Ella se detuvo y hurgó en una de las bolsas de su cinturón—. Esto —Sacó un paquete grueso de un material diáfano, que sacudió en un cuadrado de unos dos metros de lado—. Nos ponemos esto encima, como si estuviéramos jugando a Fantasma.

Se lo tendió y él lo tocó. El material era bastante áspero y brillaba como el metal. Crujía un poco cuando al doblarse.

—Acércate —A regañadientes, Jordan lo hizo. Ella tiró de la sábana para colocarla sobre las cabezas de ambos. Era fácil ver a través, pero un poco incómoda para caminar, ya que tendía a hacer bolsa rígida. Tenían que agarrar puñados de la tela y mantenerla cerca del cuerpo—. Pon el brazo alrededor de mi cintura —le indicó ella cuando se hizo evidente que no caminaban con ritmo. Jordan lo hizo con la desgana de quien toca una serpiente.

Él olvidó su cautela cuando salieron de debajo de los árboles. Él le apretó la mano y jadeó. Calandria también se detuvo y sonrió.

El bosque estaba despejado aquí en un rectángulo perfecto de casi un kilómetro de largo. Estaban de pie en el extremo de un césped verde y recortado salpicado aquí y allá de árboles ingeniosamente retorcidos. Charcos cuadrados de agua temblaban ahora bajo la embestida de la lluvia, bajo cielos despejados serían espejos perfectos. Ablandada por la bruma de la lluvia, sin sombras de nubes, una gran mansión se alzaba en el otro extremo del césped. Sus pilares y paredes eran de un blanco puro y los tejados de pizarra gris. Las ventanas eran altas y tenían paneles de vidrio, que se iluminaban cada cierto tiempo con el reflejo de los relámpagos. Detrás de algunas de las ventanas brillaba una cálida luz ámbar.

Jordan señaló con la barbilla las ventanas iluminadas: —Están en

casa. ¿Cómo vamos a entrar con los Vientos dentro de la casa?

—No están en casa —afirmó ella sabiamente—. Eso es parte del secreto. Los Vientos nunca visitan estos lugares. Tienes mucho que aprender, Jordan.

—Todo el mundo sabe que aquí viven los Vientos —dijo él hoscamente.

—Yo sé que no. Puede que tengas mucho que aprender, pero lo aprenderás, no temas. Digamos que esta es una buena primera lección. Por allí —Salió al césped y lo condujo por el borde—. No me gustaría que me cayera un rayo al entrar —le dijo.

No había caballos atados en la parte delantera del enorme edificio. Aunque la luz brillaba desde sus ventanas, Jordan no podía ver ningún movimiento en el interior. Los escalones de mármol que conducían a las altas puertas estaban bien barridos, pero no había criados a la vista. Jordan se quedó atrás mientras May subía los escalones al trote. Ella lo tomó del brazo y tiró de él, suave pero inexorablemente, para que la siguiera.

Jordan contuvo la respiración cuando ella se acercó a la manija del portón y la giró. Luego empujó el portón para abrirlo, dejando salir un abanico de luz dorada a la tarde azul grisácea. Ven —dijo ella antes de entrar.

Él dudó. No pasó nada, no había ningún sonido desde el interior. Reluctante, asomó la cabeza por el marco de la puerta.

—¡Estoy empapada! —Lady May tiró de esa sábana con gemas de agua y la arrojó—. Mira esto —Sus piernas y espalda estaban cubiertas de barro.

Jordan miró inquieto detrás de ella. Aquí hacía calor y estaba seco. La luz provenía de un gran candelabro de cristal en lo alto. Eso significaba que debía de haber sirvientes que atendendieran las luces. Era obligado que aparecerieran en cualquier momento.

—Cierra la puerta, por favor, Jordan —él entró y cerró el portón, pero mantuvo la espalda hacia éste.

Aquel lugar era más grande que la mansión de Castor. Ambos estaban en un vestíbulo con frontal en arco de al menos dos pisos de altura. Un par de anchas escaleras de mármol se curvaban a ambos lados. Delante había una arcada que conducía a la oscuridad. Al pie de cada escalera había altas puertas de madera. Todo parecía limpio y ordenado, pero el estilo era antiguo, como si hubiera salido de uno de los grabados del libro de manierismo arquitectónico del padre de Jordan.

Él alzó la vista hacia lo que había detrás del candelabro. Arabescos dorados sobre las ventanas. El techo estaba pintado con una tórrida escena mitológica con orlas de espirales doradas.

Lady May siguió su mirada: —Derivativo —dijo ella—. Venus sujetando a Marte.

Jordan no había oído hablar de ninguno de ellos. Miró hacia abajo. Ambos estaban goteando en el suelo de mármol pulido. De repente, horrorizado por su aspecto mojado, embarrado y deshonorable, dijo: —Tenemos que salir de aquí.

—Busca el lavatorio —dijo ella.

—No, ¿qué está diciendo? ¡Nos atraparán! —Pugnó contra una creciente oleada de histeria que chasqueó en su garganta.

—Jordan —dijo ella bruscamente—. No hay nadie aquí. Al menos nadie que se fije en nosotros mientras tengamos esto —levantó el cuadrado de gasa plateada—. Esto interfiere en sus sensores.

Él sacudió la cabeza: —El candelabro...

—No necesita atención —dijo ella—. Y no lo atiende nadie. Aquí hay cosas, y supongo que son sirvientes de los Vientos, pero solo son seres meca. ¿Sabes lo que es meca?

Él asintió con cautela: —Flora, fauna y meca. Como la madre pétrea. Pero las madres solo son bestias.

—Y esto es como una colmena para algunas de ellas. Parece una casa humana por razones que llevaría horas explicar. No es un hogar de Vientos, solo una casa meca.

—Entonces, ¿por qué matan a las personas que intentan entrar?

Ella suspiró: —Por la misma razón por la que las personas mueren cuando entran en la guarida de un oso. Protegen su territorio.

—Oh.

—Venga. Vamos a buscar el lavatorio —Recogió la gasa, se envolvió a medias con ésta y subió goteando las escaleras. Jordan corrió detrás.

Los pasillos de arriba estaban lujosamente alfombrados. Lady May arrastraba con indiferencia sus embarradas pasos a través del montón rojo. Jordan siguió los pasos para no ensuciarlo aún más. Su corazón latía con fuerza.

Lady May encontró una enorme sala revestida de mármol y llena de accesorios y electrodomésticos algo familiares para Jordan, pero más ornamentados y absurdamente limpios. Cuando entró, la luz brotaba de lámparas ocultas cerca del techo. Jordan se sobresaltó y dio un paso atrás, pero ignoró la indicación de que su presencia había sido reconocida y se dirigió a una gran tina negra: —Aaah —jadeó ella dejando que su capa cayese por sus hombros—. Esto es lo que necesitaba —Empezó a dejar entrar agua a la tina desde algún lugar.

—Usted ya ha estado aquí antes —acusó él.

—No. Pero este es un plano de construcción muy familiar —ella empezó a desatarse la camisa—. Estoy a punto de bañarme —dijo con su acento lento—. Ambos debemos permanecer cerca de la sábana para los sensores, así que no salgas de la habitación; pero te agradecería que te dieras la vuelta mientras me desvisto.

Avergonzado, Jordan se dio la vuelta: —Lo que podrías hacer —dijo ella— es limpiarme la ropa. Yo haré lo mismo por ti mientras te bañas —Un bulto de tela y cuero empapado golpeó con un plaf el mármol junto a Jordan—. Solo echa la tela en esa tolva de ahí, y pon el cuero en la que está al lado para hacer una limpieza en seco. Las botas también pueden ir allí. El meca nos los limpiará.

—¿Por qué iban a hacer eso? —preguntó él mientras iba a cumplir con la tarea.

—Los mecas mantenían esta casa para habitantes como nosotros. Lo han hecho desde el principio del mundo. Las mansiones eran las haciendas de los primeros pobladores aquí, así como las bibliotecas y los centros de poder. Sus inquilinos nunca llegaron o, en todo caso, los mecas no los reconocieron cuando llegaron. Así que esperan. Pero están más que felices de cumplir con sus funciones domésticas siempre y cuando no piensen que somos intrusos.

—¿Y esta tela los engaña?

—Sí. Esa tela es una máquina —Él la oyó meterse en el agua—. Aaah. ¿Conoces las máquinas?

—Sí. Las máquinas son un tipo de meca.

—En realidad es al revés. Los mecas son un tipo de máquina.

Él quedó perplejo ante eso mientras se sentaba con las piernas cruzadas frente a la puerta aún abierta. El pasillo estaba oscuro; se oía el sonido de la lluvia cayendo contra las ventanas distantes.

—Cuando nos hayamos bañado y comido, Jordan, te explicaré por qué tuve que alejarte de tu familia y qué significan tus sueños con Armígero.

—¿Sabe por qué los tengo?

—Sí. Y puedo acabar con ellos. Si cooperas. Por eso acudí a ti.

—Pero... —Empezó a decir él, por décima vez, que no sabía nada que pudiera ayudarla, pero un sonido del pasillo lo detuvo. Retrocedió gateando sobre manos y rodillas: —¿Qué fue eso? —susurró él.

Lady May estaba sentada dentro de la bañera con un brazo tapando los pechos. El vapor la envolvía: —Probablemente algún meca. Apuesto que limpiando la alfombra. Ven, acércate y métete debajo de la sábana. Ella la levantó del suelo y se cubrió con un extremo.

Jordan se apresuró a obedecer. Ahora oían un delicado tintineo, como copas de vino chocando entre sí, y luego un sonido lento y prolongado, como si se deslizara una tela áspera por el suelo. Jordan estaba aterrorizado y se acurrucó junto a la bañera. Lady May se hundió de nuevo bajo el agua, mostrando solo su rostro. La gasa cayó al agua y formó un plano sobre ésta.

Algo se movió en la puerta. Jordan contuvo la respiración, con los ojos muy abiertos. Le pareció vislumbrar unas varillas doradas que subían y bajaban, esferas de cristal con relámpagos reflejados, y luego esa cosa pasó tintineando pasillo abajo.

Dejó escapar el aliento en un silbido. Lady May suspiró, y elevó una mano mojada para agarrarle el hombro: —Estás a salvo, Jordan, mucho más a salvo de lo que crees. Más a salvo de lo que estabas en esa aldea después de que empezaras a soñar.

—No la creo —dijo él.

—Tu peor enemigo eres tú mismo —dijo ella, y su mano volvió a hundirse en el agua.

§ § §

Comieron bien en un comedor de proporciones monárquicas. Jordan había pasado la media hora más lujosa que recordaba bañándose en la bañera de mármol. Su ropa estaba ahora limpia y seca, y Lady May había encendido un fuego ahí, en el vestíbulo, en una gran chimenea con gárgolas de piedra sobre la repisa. Parecía que nadie había encendido nunca un fuego allí. Con el calor en sus espaldas, contemplaron la oscuridad de las ventanas surcadas por la lluvia, y Lady May le nombró algunas de las personas del techo pintado.

—Las historias que cuentan esas pinturas son historias tradicionales, más antiguas que el propio Ventus.

—¿Cómo puede una tradición ser más antigua que el mundo? —preguntó él.

—La humanidad es más antigua que este mundo —dijo ella con esa

voz mesurada y confiada—. Los Vientos crearon Ventus para que lo usáramos, pero luego nos rechazaron. ¿Nunca han oído esa historia?

—Sí —dijo Jordan bajando la mirada a su plato—. Nosotros creamos los Vientos, los Vientos nos traicionaron y nos atraparon. Nos enseñan eso en las lecciones de capilla —Sus dedos trazaban el círculo perfecto de la porcelana; estaba aquí, y vivo, en un hogar de los Vientos—. Siempre pareció muy alejado de la vida real.

—Tienes mucha suerte de poder decir eso —dijo ella—. Escucha, ¿cuándo empezaste a soñar con Armígero?

—Hace un par de días... un día antes de que Emmy se escapara, creo. ¿Fue usted quien me hizo eso?

Ahora era el turno de Lady May fingir que examinaba su comida: —Sí, pero no tenía ni idea de que iba a ser tan traumático para ti. Y nuestro plan original no era secuestrarte de esta manera. Pero retrocedamos un par de pasos. ¿Cómo crees que pude hacer que soñaras con Armígero?

—Usted dijo que me puso algo dentro de la cabeza —dijo él—. Pero ¿por qué debería creer eso? Nunca me había sentido así antes. Creo que usted lo puso ahí esa noche.

—Tú puedes creer lo que quieras —dijo ella con una sonrisa—. Mientras tanto, yo te contaré mi versión. Fue Armígero quien lo puso ahí, probablemente hace seis años, cuando llegó por primera vez a este mundo —él miró hacia ella rápidamente—. Sí —dijo ella —. Armígero no es de este mundo.

—¿Qué otro mundo podría haber?

—Ya llegaremos a eso —dijo ella—. Armígero vino de otro mundo. Y, cuando llegó a Ventus, te convirtió a ti y a otras personas en sus catalejos. Ha visto a través de vuestros ojos, ha oído a través de vuestros oídos, todos estos años.

Jordan perdió el apetito de repente. Se llevó una mano a la frente, pensando en todo lo vergonzoso y criminal de su juventud.

Lady May prosiguió con indiferencia: —A él no le importabas tú, ni

tampoco lo que hicieras, por supuesto. Estaba buscando algo.

—¿El qué?

Ella se reclinó en el asiento, su dinámico rostro quedó compactado en una especulativa mirada: —No estoy segura. Pero creemos que vino aquí para conquistar los Vientos.

Jordan le lanzó el tipo de mirada que reservaba para las bromas menos exitosas de Willam.

—Mmm. Supongo que esto te parece una locura. Dime, ¿qué soñaste sobre Armígero específicamente?

Toda reluctancia anterior sobre revelar sus sueños se había desvanecido. Jordan ahora confiaba en que May pudiera quitárselos de la cabeza; cuanto más rápido, mejor. Así que, satisfizo esa curiosidad. Comenzó con el primer sueño y ella escuchó pacientemente mientras él describía la muerte y el entierro de Armígero.

—¿Lo recuerdas escribiendo su nombre en el mortero? ¿Fue de verdad, no un sueño real? —Jordan asintió, sentía que podía diferenciar estas visiones de los sueños.

—Qué extraño. Ha fingido su propia muerte. Me pregunto por qué.

—¡Dígame qué significan!

—Está bien —Lady May giró su pesado asiento de madera para quedar frente al fuego, hacia el cual acercó las botas. Ambos quedaron escuchando mientras algo pasaba grillando por el pasillo exterior, y May mantuvo la mano sobre la tela protectora hasta que el sonido desapareció—. En el primer sueño, dices que viste una gran batalla, batalla que los Vientos interrumpieron.

May continuó: —Si esa fue una visión real, él ha sido derrotado tanto aquí como en el espacio. Tal vez Armígero sólo acaba de recibir una transmisión sobre la mayor derrota del mundo exterior. Verás, hace poco tiempo se libró una batalla entre las estrellas. Yo estuve allí. Y ayudé a destruir a una criatura parecida a los Vientos. Una cosa que no tenía nombre, solo un número: 3340 —La luz del

fuego acariciaba esas facciones mientras ella hablaba—. Esta criatura había esclavizado un mundo entero, un lugar llamado Hsing. Hay otros mundos, Jordan. Otros lugares además de Ventus por donde caminan los hombres —sacudió la cabeza—. Bueno, como decía, 3340 ha sido destruido, pero algunos de sus sirvientes aún viven. Uno de estos sirvientes es Armígero.

—Armígero fue enviado aquí hace seis años por 3340, quien esperaba encontrar un modo de esclavizar a los Vientos y así tomar todo Ventus como propio. Y Armígero envió sus máquinas para encontrar el talón de Aquiles, la vulnerabilidad secreta, de los Vientos.

—Estoy segura de que sabes que los Vientos destruyen todas las máquinas que no son de su propia invención. Ellos hicieron esto con las primeras sondas de Armígero. Él intentó esconder algunas sondas dentro de algunos animales, pero los morfos descubrieron esas sondas y las sacaron. Pero él descubrió que los Vientos no cambian a los humanos como cambian a otras formas de vida aquí. Los morfos pueden matar, pero no cambian a las personas, ¿verdad? Solo a los animales. Entonces él se dio cuenta de que podía ocultar sus sondas en las personas. Y así lo hizo. Una de esas personas fuiste tú.

—Me acordaría —protestó él.

—No, poque eso se hizo mientras dormías usando un meca muy pequeño. Eso es todo lo que es la sonda, una infección meca en tu cerebro. Nanotecnología, lo llamamos. Y durante seis años Armígero vagó por Ventus lanzando una amplia red para aprender todo lo que pudiera sobre este mundo. Para aprender a conquistar los Vientos.

—No se pude conquistar los Vientos —dijo—. La idea es absurda. Armígero no debe de ser muy inteligente.

—Quizá sí, quizá no —May se encogió de hombros—. Su amo tenía suficiente poder excedente como para poder permitirse enviarlo a una misión sin garantía de éxito. Pero ¿y si él encontraba un modo?

May dejó la pregunta en el aire. Jordan miraba fijamente el fuego e intentaba imaginar a los Vientos soberanos inclinándose ante otro

poder, ante esa cosa que había grabado su propio nombre en el interior de su tumba.

—Armígero —dijo Lady May—, quería convertirse en dios de este mundo. Pero tenía un amo, de quien procedía todo su poder. Armígero es solo un espía, posiblemente un asesino. Y se ha enterado ahora de que su amo está muerto —May juntó las manos y miró fijamente al fuego—. Así que, ¿ahora qué? ¿Queda él libre para seguir el plan por su cuenta? Tu historia sugiere que se ha vuelto loco, pero puede que solo se esté escondiendo, que quiera desaparecer de la vista, lo cual tendría sentido si sospechaba que iríamos tras él.

Jordan parpadeó hacia ella. Esto era demasiado extraño para cuestionarlo, no podía conciliar nada de aquello con su comprensión del mundo.

Lady May pareció sentir su confusión: —El resto es sencillo —le dijo ella—. Todos los agentes de 3340 están siendo perseguidos y asesinados. Axel Chan y yo hemos venido a buscar a Armígero para destruirlo. Destruir a eso; Armígero no es un ser humano como tú y como yo.

—Pero murió.

—¿Y seguiste recibiendo información de él después de muerto? No está muerto, aunque es posible que él mismo no sea consciente todavía si se ha vuelto loco. Cuando Axel y yo vinimos aquí no pudimos encontrar a Armígero, pero te encontramos a ti. Y descubrimos que tal vez había una manera de usarte para encontrarlo. Nuestra intención era contratarte como aprendiz apartado de tu padre. Viajé con Turcaret por motivos de credibilidad, para negociar eso con Castor. Sin embargo, Castor no quiso aceptar eso. Tal vez fue Turcaret quien le envenenó la mente sobre tu hermana, se dio cuenta de que no podía romper a toda la familia y eligió a Emmy. Axel y yo estábamos bloqueados hasta que tu hermana huyó hacia el bosque. Verás —le lanzó una sonrisa cómplice—, era la oportunidad perfecta, y de veras qye yo no tenía tiempo para explicaciones.

—Entonces, usted me hizo soñar.

—No estoy segura de por qué está pasando eso. Parece que él está emitiendo una señal a sus figurados ojos y oídos. Tal vez trata de convocarlos para que regresen con él. Una conveniente casualidad, ya que aún no podemos rastrear a Armígero directamente a través de tus implantes. Pero sí puedes decirnos dónde está. Mejor que mejor.

—Mejor para ti, tal vez —Él se puso de pie y se alejó del fuego para mirar por la ventana mojada por la lluvia. En lugar de decirle algo que él podía entender, le había contado una historia de locos—. Me está diciendo que viene usted de las estrellas también.

—Así es —May rió—. Oh, Jordan, lamento que tuviéramos que encontrarnos de esta manera. Nuestra intención era contratarte y que recibieras todos los beneficios de nuestro conocimiento y habilidades. Te íbamos a pagar mejor que con moneda por tu servicio, e ibas a regresar a casa con igual sabiduría que Castor o que cualquiera de los monjes. Verás, planeábamos contarte cosas sobre el mundo en el que vives: la verdad, no los mitos con los que creciste.

La oyó ponerse de pie y acercarse. Detrás de él, ella dijo: —Y yo seguiré honrando esa intención. Tenemos más que compensar por ahora, pero te prometo que lo haremos. Pagar con dinero es lo más fácil, yo puedo pagarte con conocimiento y sabiduría.

Jordan había perdido la seguridad de su aldea y de su familia. Calandria May le había contado una historia que, en el curso normal de las cosas, habría despertado su imaginación. Era una buena historia, gente allá arriba en el cielo luchando contra dioses sin nombre y acechando a un asesino demoníaco a través de las llanuras y montañas del mundo. Ahora, sin embargo, solo podía sacudir la cabeza como un tonto y tratar de no pensar en absoluto.

Durante un rato se quedaron mirando la tormenta. Cuando él volvió a mirar a Lady May, esos ojos estaban velados, esos rasgos tallados parecían una máscara. Pero ella captó su mirada y sonrió, no con su habitual diversión áspera, sino con simpatía. En ese momento ella era hermosa.

—Déjame mostrarte algo —dijo ella.

§ § §

Ella lo condujo desde el comedor hasta otra habitación gigante. Aunque no había fuego, se estaba igual de cálido allí, casi demasiado. Jordan había visto que unas luces se encendían al entrar en otras habitaciones, por lo que estaba preparado cuando esos puntos de iluminación extrañamente estables iluminaban mesas y sillones dispersos. No estaba preparado para la vista de las paredes que los rodeaban.

—¡Libros! —Castor tenía una biblioteca, pero aquella debía de representar una vigésima parte de esta generosidad. Los estantes con ornamentos de madera se elevaban hasta tres veces su altura, y cubrían toda la superficie de la pared—. ¡Debe de haber miles!

—Sí —dijo ella—. Una diminuta porción del conocimiento de la raza humana desde hace mil año, cuando Ventus fue colonizado — Paseó por los estantes, pasando una mano por los lomos—. Ah, prueba con éste —sacó un tomo grueso—. Tú sabes leer, ¿no?

—Un poco —El libro que ella le entregó estaba bien hecho, sólido y encuadernado en cuero. Tenía un título escrito con letras que él conocía, pero las palabras no tenían sentido: Calisto de Baedeker, decía. Abrió el libro por una página al azar.

—¿Qué idioma es ese? —preguntó ella.

—No estoy seguro. —Se quedó perplejo ante el texto, que estaba perfectamente inscrito. En realidad, reconocía muchas de las palabras y, con un poco de perplejidad, podía entender lo que decía —. ¿Es una descripción... de algún lugar donde se puede comer?

Ella miró por encima de su hombro: —Ah, sí, la franja de restaurantes de Korolev. Creo que eso ya no existe, pero la ciudad de Korolev sí —Pasó la página por él. Jordan se encontró mirando un colorido mapa de carreteras y pueblos, todo en una superficie salpicada de formaciones circulares.

—Esto es una guía turística —dijo Calandria—. Para otro mundo. Está escrita en una versión arcaica de tu idioma. Ahora, ¿por qué los Vientos tienen libros? ¿No son omnipotentes y omniscientes?

—No sé.

—Los libros son para lectores humanos —dijo ella—. Al igual que los sillones y las lámparas. Esta mansión fue hecha para ti, Jordan. Pero los fabricantes y conservadores ya no lo saben.

Jordan pasó a otra página. Ésta tenía un cuadro, de mucha mejor calidad que los que colgaban en el gran salón de Castor. Mostraba un paisaje blanco bajo un cielo negro. Había una luna en el cielo, pero se veía mal: naranja, con bandas, y enorme.

—Hay mucho en el mundo —dijo Calandria May—. Y hay muchos mundos. Venga, es hora de dormir.

Jordan permaneció despierto mucho tiempo después de que ambos se acostaran en una habitación frente al lavatorio de mármol. Se quedó mirando el dosel de la gran cama que se los había tragado a ambos. Tenía miedo de dormir por temor a abrir los ojos en una fría tumba, pero también era consciente de una profunda corriente dentro de sí mismo, una que trajera un cambio que él no estaba preparado para enfrentar. La dama le había contado una historia fabulosa y él no quería saber nada de ella. Quería su casa, su trabajo, incluso Ryman sería una buena compañía en este momento.

Había sido despojado de eso, y despojado de la única otra cosa que conocía, que era la seguridad de su propia mente. Y, sin embargo, todavía respiraba, caminaba y comía. Entonces, ¿quién era él? Ya no lo sabía.

Había Vientos demoníacos, en la mitología conocida por Jordan, que daban y quitaban. En una historia que conocía, tal criatura concedía la inmortalidad al generalísimo que la ansiaba, pero solo después de quitarle la vista y el oído. Estos Vientos muchas veces daban y quitaban, pero a veces sólo daban, y el tormento del que recibía el don tomaba la forma de la duda: ¿por qué el demonio me da esto si los demonios sólo dañan? En algunas historias, el destinatario del obsequio llegaba a odiar y temer el obsequio porque no había resultado dañino, cuanto todo lo que había oído era que debía resultar dañino. La sospecha se comía a esta gente desde dentro.

Era fácil ver a Calandria May como un Viento dador de regalos. Estaba claro lo que ella se había llevado; al mismo tiempo, sus palabras colocaban a Jordan en medio de una historia tan chiflada y fabulosa que él no podía creerla. Aunque cuando cerraba los ojos, éstos se abrían en el rostro de Armígero, y ella había sido quien le hacía sentir esa experiencia.

Jordan daba vueltas y más vueltas, y también se tumbaba a ratos mirándola. Ekla parecía dormir como una piedra, ¿el sueño de los justos? Su habilidad para dormir profundamente era otra señal de su arrogancia, pensó él. Pero mientras ella dormía esas facciones se suavizaban, y él se dijo a sí mismo que tal vez ahora se revelara el verdadero carácter, tal vez ella era gentil en el fondo, tal vez podía confiar en ella.

Ella parecía confiar en él, porque esa noche no estaba drogado ni atado. Aunque, ¿hacia dónde iba él a huir?

Finalmente, todavía completamente despierto y con urgencia por hacer sus necesidades, rodó hasta el borde de la cama y buscó a tientas un orinal debajo. No había ninguno. Tal vez estaba del lado de ella. Se arrastró fuera de la cama hacia un aire sorprendentemente cálido y hurgó más allá de sus botas. No había orinal debajo de la cama. ¿Qué hacían estas personas si tenían una necesidad?, se preguntó, y luego recordó que aquí no vivían personas reales.

Casi se había acostumbrado a este lugar. No había nada amenazante en la habitación, y la tela que cubría las mantas garantizaba la seguridad de ambos. Aún así, no estaba dispuesto a aventurarse fuera de la habitación sin ella. El baño estaba justo al otro lado del pasillo. Lady May no iba a sufrir ningún daño si él caminaba desde un lado hasta el otro con la tela. podía vigilar la entrada desde el baño. Suavemente, quitó la tela de la cama y la dobló una vez alrededor de sí mismo. Luego caminó hasta la puerta y se asomó.

Nada. Rápidamente se apresuró a cruzar la habitación de mármol y buscó a tientas el retrete en la oscuridad. Orinó apresuradamente, sintiéndose expuesto como uno se siente en el bosque.

Escuchó un débil jadeo. Frunció el ceño y se volvió para mirar hacia

la puerta y, al hacerlo, Calandria May gritó.

—¡No, no, no! —Él salió corriendo al pasillo, pero se detuvo en la puerta del dormitorio. Una cosa estaba sobre la cama, y sus grandes extremidades doradas rebotaban en el dosel y volvían a caer mientras intentaban apuñalar a Lady May. Ella sujetaba las cuchillas amarillas al final de los brazos de la cosa, y era levantada y arrojada hacia abajo repetidamente mientras la cosa intentaba evitar las manos de May para apuñalarla. La sangre corría negra por las muñecas y el cuello de May. Ella aún estaba gritando.

Jordan se quedó helado de horror. Esa cosa podía haber pasado sigilosamente junto a él mientras él estaba de pie en el baño, lo habría visto u oído. Eso significaba que había estado en la habitación todo el tiempo, encima del dosel o… debajo de la cama.

Él retrocedió. Tenía la tela, ahora podía escapar y nada en ese lugar podría tocarlo. Si Lady May no estaba muerta, lo estaría en unos momentos. Él podía escapar.

¿Y huir hasta que tuviera que dormir? ¿Y luego despertar junto a Armígero en su tumba? ¿A qué, ahora, podía escapar?

Una de las piernas de la cosa dorada estaba justo al borde de la cama. Jordan trató de gritar, le salió como un sonido ahogado, y corriendo hacia adelante, pateó esa pierna. La cosa perdió el equilibrio y cayó junto a él al suelo.

Luego la cosa se alzó en una ráfaga de miembros sibilantes y zumbantes. Jordan esperaba que lo atacara, pero no lo hizo, sólo se movió a su alrededor para volver a subirse a la cama.

—¡No! —Él se tiró a la cama, levantando la tela sobre sí mismo. Aterrado, mirando las curvas de vidrio y el metal blanco, aún oía a Lady May moverse detrás de él—. La tela —graznó ella.

El brazo de la cosa meca pasó junto a él. Levantó a Calandria May y la arrojó por la habitación con un solo movimiento, como si no pesara nada. May rompió una mesita ornamentada en su caída y resbaló contra la pared. La cosa fue tras ella.

Antes de que la alcanzara, ella estaba de pie, con los ojos y los dientes brillando a la tenue luz de la ventana: —¡Bastardo! —siseó, y Jordan no supo si se lo decía en serio a él por haberla abandonado.

La cosa golpeó, pero ella se agachó y se acercó con un trozo de mesa, que balanceó como un garrote. Lo golpeó y el trozo de mesa se hizo añicos. El asesino meca retrocedió.

—¡La tela! —gritó ella. Jordan saltó de la cama y corrió hacia ella. Ambos se acurrucaron debajo de la fina tela. A Jordan le pareció una maniobra suicida, como cerrar los ojos ante el peligro. Y la cosa se agachó y recogió parte de la mesa destrozada, y otra parte más, y otra, amontonando pedernales de madera en los brazos. Estaba limpiando.

Lady May gimió y se desplomó contra la pared. Jordan le tomó las manos y las abrió, esperando verla cortada hasta los huesos y con los tendones amputados. Ella tenía numerosos cortes, largos y delgados, en las palmas de las manos y en las muñecas, pero nada muy profundo. Y la herida en el cuello también era superficial, casi había dejado de sangrar, aunque la fina camisa que se había puesto para acostarse estaba empapada.

—¿Cómo…? —Jordan apartó la mano examinada. Ella abrió los ojos y le sonrió levemente.

—Sin magulladuras, sin cortes profundos. Lo sé. Llevo armadura, Jordan, pero debajo de mi piel, no sobre ella. No me pueden hacer cortes profundos. Y en mi sangre hay una sustancia que se tensa durante un instante si se estresa. Que te lanzon volando hasta el otro lado de la habitación no es… nada —tosió—. Casi nada.

—Vámonos de aquí —dijo él.

Ella miró a la criatura dorada que ahora estaba ordenando la cama maniáticamente: —A decir verdad, sí, vámonos.

Recogieron los zapatos y la ropa de debajo de la cama. Mientras salían tambaleándose de la habitación, ella dijo: —La próxima vez que tengas que irte, usa el orinal.

Él empezó a protestar que no había ninguno, luego pensó en la cosa dorada escondida debajo de la cama. Incongruentemente, le vino a la mente la imagen de esa cosa poniéndole el orinal en los dedos palpitantes. Para su propio horror, Jordan se sonrió y, maravilla de las maravillas, también lo hizo ella, y luego ambo rieron a carcajadas, y eso estuvo bien.

5

Armígero trató de abrir los ojos. Algo había cambiado. En lo más profundo de su ser, todas sus voces aún chillaban. Pero algo lo había llevado de vuelta a este cuerpo, adonde nunca había esperado regresar.

Sus ojos no se abrían por completo. Los párpados se estaban secando hasta convertirse en cuero duro, y los orbes dentro se habían marchitado. Lo único que veía era destrozada negrura. Él aún seguía en su nicho, cerrado con piedra por todos lados como era debido. Sus vecinos eran los muertos y ahora él debía sentir parentesco con ellos. Él también estaba muerto.

La vida para él había sido mucho más que este único cuerpo, su propia supervivencia no significaba nada. Él era un dios, compuesto de átomos vivos y que envolvía en sí mismo el poder de un sol. La suya no había sido una sola conciencia, sino la coordinada sinfonía de un millón de mentes. Cada cosa que había tocado la había sentido de todas las formas posibles; y cada cosa que había visto, la había visto completamente, y él se acordaba de todas las cosas. Todo estaba en todo para él, y había actuado con decisión a lo largo de los siglos.

Había sido derribado por un ejército de criaturas tan irreflexivas en comparación con él como las bacterias. Las había conducido una mujer para quien él era secundario, simplemente un obstáculo que había que eliminar. Y cuando ella lo había matado, no había sabido que había muerto algo cuya experiencia superaba a la de toda su especie. Todas las preguntas que ella podría haber hecho alguna vez, él las había respondido hacía mucho tiempo. Ella era ignorante, por lo que toda su sabiduría se había perdido.

Este cuerpo no tenía ningún propósito sin ese Ser superior. El hecho de que aún se moviera y respirara era irrelevante; el alma motivadora se había extinguido.

Pero yaciendo allí, con los sentidos bloqueados, embalsamado y marchitándose como era debido, Armígero había seguido pensando.

Estaba encerrado en el ciclo paralítico del dolor, todos sus pensamientos se habían vuelto hacia el Yo superior, predicado por su existencia, y con él desaparecido, cada pensamiento llegaba a un camino cerrado y se bloqueaba forzosamenre. No podía tener noción, ningún recuerdo, que no chocara contra esa barrera, por lo que la mente de Armígero ahora era un caos donde ningún pensamiento terminaba de formarse, ningún propósito cristalizaba por completo. Imágenes irregulares de pesadilla, recuerdos a medias y monótonos fragmentos de impulso resonaban una y otra vez. La carne del cuerpo se convertiría en polvo, pero el cuerpo real de Armígero era una red de filamentos de nanotecnología, y eso duraría siglos. También lo harían los ecos del dolor.

Y nada debe importar, ni perturbar su descanso. Pero sus ojos se habían abierto.

Sonó una débil vibración: pasos. El sonido de alguien caminando en las catacumbas lo había despertado. Lo que fuese que caminaba era bípedo, con el mismo período en sus pasos que un hombre, pero aun así podría ser cualquier cosa. Tal vez uno de los guardianes mecas de Ventus venía a diseccionarlo.

No importaba. Intentó cerrar los ojos, pero ya no le obedecían en absoluto.

Tampoco podía dejar de oír mientras los pasos se acercaban, se detenían cerca y se acercaban aún más. Se acercó un segundo conjunto de pasos, luego un tercero. Luego oyó voces. Los hombres estaban justo fuera de su nicho.

La ira surgió del caos en el corazón de Armígero. Se le debía dejar en paz. Los humanos no tenían idea de su dolor, lo habían matado, ¿y ahora venían aquí para profanar los restos, para jugar con su cadáver? Su garganta se trabó en un gesto que habría formado un gruñido si aún hubiera tenido pulmones para respirar. Sus puños se alzaron a los costados, golpearon la piedra por encima de su cabeza y volvieron a caer, temblando.

La ira lo poseyó. Aquietó las voces del luto. La atención de Armígero se volvió hacia la pared detrás de su cabeza cuando el primer golpe del martillo cayó afuera.

§ § §

—Es un general, no va a tener joyas —murmuró Choltas. Miró a su alrededor con inquietud.

El mayor de los ladrones de tumbas, Enneas, lo miraba con buen humor. Choltas había estado en un par de montículos cerca de la ciudad de Barendt. Las operaciones habían consistido en agrimensura y excavación de túneles, basándose en la suposición de que la cámara funeraria estaba en el centro de cada montículo. Habían acertado una vez, pero la cámara se había derrumbado hacía mucho tiempo. Habían tamizado arcilla y piedras en un sofocante túnel a la luz de luciérnagas, atadas con pelos de caballo. La operación había durado semanas, pero había valido la pena cuando encontraron un poco de metal sinterizado, un poco de oro y un colgante de jade en forma de máquina.

Choltas se había asustado entonces. Tanto más como lo estaba ahora en su primera catacumba. Esta cámara era baja y ancha, de modo que la lámpara de Choltas iluminaba un punto del suelo y del techo, y solo insinuaba el resto del espacio. Él no dejaba de sobresaltarse y mirar alrededor porque, de vez en cuando, la luz de la linterna brillaba en la resbaladiza superficie de uno de los pilares que bordeaban el lugar. Enneas sabía que la luz podían engaña al ojo. Él había estado aquí antes. Si dejaba volar su imaginación, los pilares parecían hombres, inmóviles y silenciosos, a su alrededor.

—Podría tener cualquier cosa —dijo Enneas—. Nunca se sabe con qué elige un hombre ser enterrado. Como poco, si es de alta cuna, ahí estará el oro en sus dientes.

Choltas gruñó. Corrés, el tercer miembro del grupo, hacía señas con impaciencia desde un lado de la galería. Choltas sabía que su impaciencia no se debía al miedo, sino al simple deseo de terminar con un trabajo desagradable. Corrés no tenía imaginación ni sentimientos aparentes, y rara vez hablaba. Enneas no tenía ni idea de lo que hacía con el dinero que ganaba de estas tumbas.

Se unieron a él cerca de una pared del pasaje: —Eso está en alguna parte de aquí —dijo Corrés. Hizo girar su linterna, haciendo que las sombras se inclinaran arriba y abajo del pasillo. Corrés simplemente

intentaba obtener una buena vista, pero Choltas observaba con creciente alarma la oscuridad en movimiento.

—Tranquilo —dijo Enneas dándole una palmada en el hombro. Elevó su voz a un volumen de conversación—. Este es nuestro lugar de trabajo. Podemos estar aquí —Choltas lo miró con los ojos muy abiertos. Enneas rió en silencio.

Bueno, eso era casi cierto. El miedo luchaba contra la ira en el estómago de Enneas cada vez que entraba en una tumba como esta. El miedo era natural, él nunca se había reconciliado con la muerte. Sin embargo, la ira era más poderosa y tenía que ver con el legado de Enneas: su familia había caído de una de las posiciones más altas de la república. El momento decisivo en su vida había sido el día en que su madre lo había llevado a visitar los túmulos funerarios de algunos antiguos señores de la guerra. —Tus ancestros están enterrados aquí —había dicho ella, señalando las colinas de tierra, cada una coronada por un abanico de pilares. Él se había imaginado a hombres y mujeres con los rostros de su familia bajo esas colinas, mirándolo. Con ojos que habían acusado: —eres pobre —habían dicho—. Ya no eres uno de nosotros.

Enneas había creído ingenuamente que las fortunas perdidas podían recuperarse. Su juventud había sido una comedia de fracasos; no podía entrar en gremios, no influía en los inspectores con sus minuciosas cartas políticas escritas. Las empresas comerciales que comenzaban con orgullo y fe en su prójimo terminaban en la traición de sus clientes y amigos. Un día se encontró vagando sin dinero cerca del campo de montículos. Que le condenaran si iba a rezar. Y los ojos de sus antepasados lo habían seguido mientras él caminaba entre ellos. Decidió cerrarles los ojos de una vez por todas, y se puso a cavar.

Y ahora era rico. Choltas también era de una casa caída, aunque era demasiado joven para amargarse. Enneas se había encargado de evitarle al joven los desvíos que lo habían llevado a él mismo a este punto. Incluso ahora Choltas no estaba seguro de querer vivir de esta manera, pero Enneas se había mantenido con él. Esta noche era una prueba importante para el chico.

La pared estaba llena de nichos. No eran poco profundos ni anchos,

como en la mayoría de las catacumbas, sino agujeros profundos en los que se podía insertar un cuerpo con los pies por delante. Los constructores de este lugar habían planeado usarlo durante muchos siglos, pero su nación había sido invadida en algún momento del oscuro pasado. La ciudad a la que había servido esta cripta ya no existía, por lo que rara vez se la visitaba. El ejército del general había acampado cerca, de lo contrario lo habrían enterrado en otro lugar. Buena suerte para los ladrones, pues aunque la pesada piedra que cubría la entrada principal no podía ser movida por menos de treinta hombres, había otra forma de entrar que Enneas sabía. Había sido fácil convencer a Corrés para que viniera aquí, casi imposible convencer a Choltas.

—Esto no me gusta —dijo Choltas. Su cara redonda se balanceaba pálida a la luz de la linterna. Miró con franco terror los nichos tapiados por los que Corrés pasaba las manos.

—Silencio —dijo Corrés—. Busca mortero nuevo.

—Cuanto antes lo encontremos, más rápido podremos salir de aquí —le recordó sensatamente Enneas al muchacho. Se unió a Corrés en la pared. El piso alrededor de toda esta área estaba rayado. El grupo del entierro había venido directamente a esta sección de la pared. Ningún par de pasos se aventuraba en ninguno de los otros pasillos, como era de esperar. Los soldados supersticiosos que habían puesto al general aquí querían hacer el trabajo lo más rápido posible y salir. Enneas imaginó que habían mirado a su alrededor con miedo, tal como lo hacía ahora Choltas.

Y su propio pulso estaba acelerado. Quería irse, pero cada vez que pensaba eso, recordaba la pobreza y la decepción, y sus pies permanecían plantados aquí.

—Ninguna de estos, todos son viejos —se quejó Corrés—. Y las letras forman otros nombres, creo.

—Sí —El general no había sido enterrado en ninguno de los nichos superiores o medios. Enneas bajó su propio farol y examinó la hilera de aberturas bajas al nivel del suelo. Varios habían sido tapadas con ladrillos, y dos habían caído en el centro del área arañada—. Es uno de estos.

Choltas retrocedió: —No deberíamos estar haciendo esto —dijo.

Ambos lo miraron. Corrés estaba descolgando el martillo de herrero que llevaba para este tipo de trabajo: —¿Te estás poniendo tradicional con nosotros? —preguntó.

—Esto... esto está mal —dijo Choltas—. Debe de haber un modo mejor de...

—¿De vivir? —Enneas se molestó. Choltas temblaba, esto no iba a funcionar: —Puedes ser un mendigo, Choltas, puedes hacer eso. Y cada vez que una moneda de cobre tintinee en tu taza, recuerda que, por cada una de esas, cien soberanos de oro penden dentro de la bolsa de un hombre muerto y enterrado, oro bajo tierra donde nunca comprará a ningún niño un año de comidas, y menos a ti .Y cuando te escupan y te llamen inútil, piensa en lo inútiles que son esos soberanos. Ahora no seas tonto. Tenemos trabajo que hacer —Esto era un discurso ensayado, pero su pronunciación tenía verdadera pasión detrás, y parecía funcionar. Choltas dejó caer los hombros.

Corrés golpeó cada nicho: —El de la derecha parece más nuevo —dijo—. Es difícil de saber.

—Lo abriremos primero, luego probaremos con el otro —dijo Enneas. Corrés hizo retroceder el martillo y luego miró a Choltas. Se puso de pie y le entregó el martillo al joven: —Dale.

Respirando entrecortadamente, Choltas se inclinó y agitó el martillo con ambas manos. Los golpes huecos que hizo no resonaron, aunque toda la piedra a su alrededor debería haber promovido ese efecto. Enneas imaginó los cadáveres en sus nichos de ladrillo absorbiendo el sonido, moviéndose un poco y asentándose con cada golpe. Miró a su alrededor con inquietud.

Uno de los ladrillos se abolló hacia adentro, y al siguiente golpe de Choltas desapareció, dejando una ventana negra: —Mierda —dijo Choltas como si quisiera que la pared se mantuviera firme.

—Bien —Corrés se arrodilló y, metiendo las manos en la abertura, tiró. Los ladrillos que rodeaban la abertura se retorcieron y luego

cayeron con estrépito. Choltas dejó caer el martillo.

El propio miedo de Enneas llegó a su punto máximo. Esta siempre era la parte más difícil para él: afrontar al cadáver. Sin embargo, sabía lo qué hacer debido a una larga experiencia: usar su ira para burlarse del miedo, mofarse de éste y así extinguirlo por completo.

—Déjame a mí —dijo. Corrés gruñó y se puso de pie, limpiándose las manos meticulosamente. Deliberadamente, Enneas no enfocó su lámpara en el nicho abierto. Se arrodilló y metió el brazo en él.

No había olor real proveniente de este nicho. Luego no podía ser del general. Bueno, era posible que aún tuviera algunos objetos de valor. Enneas mantenía una sonrisa casual fija en el rostro mientras buscaba a tientas. Su corazón casi se detuvo cuando su mano cayó sobre una superficie redondeada cubierta de pelo lacio.

Bién podría divertirse un poco: —Aquí está —dijo. Agarró bien el cabello y tiró. El cráneo salió con un chasquido quebradizo. Se puso de pie y arrojó el cráneo a Choltas, sin mirarlo él mismo—. Te presento al general Armígero —dijo.

El otro nicho a nivel del suelo explotó hacia afuera.

Corrés estaba parado justo en frente de él. Por un momento miró desconcertado el polvo de ladrillo que cubría sus botas. Entonces sus ojos se abrieron imposiblemente y su cabeza se inclinó un poco, un poco hacia abajo, hasta que se quedó mirando la abertura negra que había aparecido a sus pies.

Una mano negra salió a la luz de la lámpara. Agarró el borde de un ladrillo y lo empujó hacia el pasillo.

Choltas comenzó a gritar. Enneas dio un paso atrás, levantando el cráneo contra su pecho como un débil escudo. En realidad no estaba pensando, y más tarde no pudo recordar el miedo. Pero recordó a Choltas gritando. Y siempre recordaría a Corrés de pie, impotente, mirando unos brazos negros como el carbón, medio secos, que ensanchaban la abertura que ellos habían hecho y que se aferraban a los costados para arrastrar una cosa que olía mal y se balanceaba hasta el suelo, a sus pies.

Una de las manos negras tocó la bota de Corrés, y él finalmente se movió, alejándose rápidamente: —Martillo —dijo, pero Enneas apenas lo oyó debido a los gritos de Choltas.

El general se levantó. Su casaca estaba abierta y mostraba su torso partido; no había órganos adentro, solo oscuridad. Sus ojos se habían secado medio abiertos. Se balanceaba vacilante, como una marioneta sostenida en alto sin el uso de sus piernas. Su brazo derecho se balanceó ampliamente, luego volvió a agarrarse la garganta. Los dedos se cerraron alrededor de una barra de metal allí, y tiraron.

Corrés había encontrado el martillo. Dio un paso adelante, gritando el nombre de un Viento que Enneas nunca le había oído defender, y atacó. El martillo se derrumbó en el pecho partido de Armígero y lo golpeó contra la pared de piedra. La cabeza del general rodó sin poder hacer nada.

No emitió ningún sonido cuando dio un paso adelante. Su mano se movió hacia abajo, sacando una punta larga con mango en T de su mandíbula. Ahora tenía la boca abierta, pero seguía sin emitir ningún sonido.

A la luz de la lámpara, Enneas vio las quemaduras negras que le cubrían la cabeza y los brazos, y una carne blanca pálida como el marfil en otras partes. La imagen quedó grabada en su memoria en el instante en que Armígero se puso de pie con la punta en la mano, luego el general se movió, casi demasiado rápido, para seguirlo.

Dio un paso hacia Corrés, y su brazo subió y clavó el clavo en el hueco en la base de la garganta de Corrés. Los ojos de Corrés se hincharon y sus labios se torcieron hacia atrás. No salió ningún sonido, sólo sangre.

Armígero dio otro paso, con el brazo rígido delante de él, y la fuerza los llevó a él y a Corrés fuera del círculo de luz de la linterna.

Choltas dejó de gritar y echó a correr. Camino equivocado. Y eso fue demasiado para Enneas, quien también corrió. Golpeó la jamba de piedra de la puerta de la cámara y giró alrededor de ella para

salir tambaleante en la oscuridad total hacia el pozo de entrada. Cualquier cosa podría estar esperando por delante, pero él sabía lo que estaba esperando por detrás. Oyó que Choltas empezaba a gritar de nuevo.

Tropezó con una piedra suelta y cayó, golpeándose la barbilla y torciendo el brazo. El dolor atravesó su cuello. Se puso de pie de todos modos y se tambaleó hacia la abertura que sabía que estaba allí. Esperaba que los dedos rodearan su tobillo mientras agarraba cada asidero en el tosco eje de piedra.

Enneas salió de un pozo a la luz de las estrellas en la cima de la colina. Hizo caso omiso de sus sacos y suministros, y corrió hasta que tropezó y rodó una y otra vez por la pendiente. Llegó a descansar en el fondo, no gravemente herido, pero magullado y sacudido. Cuando se puso de pie, continuó cojeando, con los ojos fijos en el horizonte donde faltaban horas para el amanecer.

Y aunque el miedo no desaparecía, con el paso de las horas, Enneas volvió a sentir toda la ira de la injusticia y la traición que creía haber superado años atrás. Cuando lloraba era de frustración, al final del único capítulo de su vida que había tenido algún éxito.

§ § §

Los ojos de Armígero se habían secado, pero podía ver. Las orejas se le habían marchitado en el cráneo, pero podía oír el susurro del viento en la parte superior del pozo mientras se acercaba. Las estrellas brillaban sobre el borde del pozo.

Ya se había olvidado de los humanos. Una profunda pasión que ellos no habrían entendido lo movía ahora. Subió rápidamente, como si persiguiera algo, pero lo que perseguía era su propio significado.

§ § §

Choltas había oído alejarse los pasos del diablo. Sabía que volvería a menos que se quedara muy quieto. Este era el hogar de la cosa; nunca se aventuraría en el mundo de arriba. Así que, aunque no

podía oírlo, sabía que estaba allí. Si permanecía completamente inmóvil, envuelto alrededor de sí mismo en este rincón en total oscuridad, quizá no lo encontrara. Pero si estornudaba, sabía que el demonio caería sobre él al instante.

Incluso ahora podría estar acercándose sigilosamente. Se envolvió con más fuerza alrededor de sí mismo y trató de no respirar.

Pasó el tiempo, pero Choltas no se movió. Cuando la sed comenzó a torturarlo, se quedó quieto. Se orinó y se cagó en los pantalones en silencio. Y finalmente, el delirio se apoderó de él; oyó la voz de su madre, vio imágenes flotantes de su casa.

Mantuvo sus brazos alrededor de sus rodillas, y su cara enterrada allí contra su propia carne. Y respiró cada vez más débil, al fin consciente únicamente del murmullo de su propio corazón y del tormento del frío y la sed, dominado por un miedo que ya no podía identificar.

Quédate quieto, quédate quieto.

Su mano cuelga sobre mí.

6

Jordan se dio cuenta de que las sacudidas del carro en el que viajaban se habían detenido. Parpadeó y miró hacia arriba. No recordaba mucho del día anterior; lo único que pudo ver fue la cara de asombro de ese hombre en la tumba, mientras un brazo que parecía ser el del propio Jordan empujaba la punta a través de su garganta. Y luego el tictac de los pasos hacia el pozo de piedra y subir hacia la brillante luz de las estrellas.

Armígero caminaba de nuevo por el mundo. Jordan oía ahora el crujido de sus secas articulaciones, como si los sueños hubieran comenzado a infectar su vida de vigilia. Si cerraba los ojos, incluso podía ver la imagen residual de algún otro lugar, un campo o un claro. Los pasos de Armígero sonaban como el ritmo de un metrónomo, mucho más allá de la confianza humana. Firme y rápido, día y noche, se dirigía a alguna parte.

No le había dicho mucho a Lady May. Sabía que Armígero estaba ahí fuera y en movimiento, y que todavía parecía estar muerto. En el sueño, Jordan se había visto a sí mismo y se había abotonado torpemente la chaqueta para tapar el agujero en el pecho. La piel de sus dedos estaba tensa y negra, pero en el último día se había vuelto de un amarillo espantoso y más flexible.

Un pensamiento horrible había asaltado a Jordan esta mañana. Seguramente Armígero había podido ver lo que veía Jordan; ¿No sabría él que Calandria May iba detrás de él ahora? Le había preguntado a Calandria, y ella le había dicho: —Se supone que los cambios que hice en tus implantes evitan que te reciba, lo único que Jordan había oído de eso había sido la parte de se supone.

Estaba seguro de que Armígero venía tras ellos. Si Armígero tenía poder sobre la vida y la muerte, ¿cómo iba a destruirlo Lady May? Ella parecía alegre y tranquila. El único consuelo que tenía era el recuerdo de su aparente invulnerabilidad durante la pelea con el mayordomo meca en la mansión.

Él estaba entumecido por el miedo y el horror, por lo que no dijo

nada. Solo había hablado una o dos veces, cuando Lady May lo presionó para que le diera detalles del campo por el que se movía Armígero, y cuando él le había preguntado: —¿Es usted como él?

—No —había respondido ella con vehemencia—. Yo soy de carne y hueso como tú —había tomado su palma y se la había puesto en la mejilla—. No he vendido nada de mí misma para obtener los poderes que tengo. Recuerda eso — y había sonreído con esa tranquila confianza.

Ahora sonreía de la misma manera, mirando los postes de piedra de una gran puerta a la que habían llegado. El camino continuaba, pero el camino a través de esas puertas estaba bien surcado, como si hubiera habido mucho tráfico reciente. Esto contradecía la impresión que daba la hiedra muerta apiñada sobre los postes y las verjas de metal verdigris, que parecían abiertas por el hielo.

—¿Dónde estamos? —preguntó él débilmente.

Ella lo rodeó con un brazo para reafirmarle rápidamente: —Refugio —dijo ella—. Nos encontraremos con Axel aquí. Luego decidiremos cómo eliminar a Armígero.

Luego sacudió las riendas y el caballo giró obediente cruzando las puertas. Ayer habían comprado el carro y el caballo en un pueblo. Lady May había pagado bien al asombrado mozo de cuadra, prescindiendo del habitual regateo sobre el precio y la calidad. Aunque había tratado bien al caballo, Jordan tenía la sensación de que ella se tomaba a la ligera su propiedad y que lo abandonaría alegremente junto con el carro en el momento en que dejara de necesitarlo. Jordan tendría que trabajar dos años en la hacienda de Castor para permitirse semejante bestia.

Pasaron por una avenida de árboles. Los huecos a la derecha mostraban terrenos bien cuidados, mucho más extensos que los de la casa de Castor. Al principio no se veía a nadie, luego Jordan vio a tres niños con ropa brillante corriendo por el césped. El camino serpenteaba hacia abajo, y Jordan revivió un poco al ver los cálidos rayos de sol que atravesaban las marquesinas verdes, uno iluminaba un canal de piedra junto al camino tallado con imágenes gastadas de los Cisnes Diadema.

Dos robles gigantes señalaban el final de la arboleda. Más allá, a la brillante luz del sol, Jordan podía ver hierba verde y la piedra beige de una gran mansión al fondo. Pero más cerca, unos metros más allá de los robles, habían plantado una mesa en el césped. La cubría un paño, blanco y limpio, sujetado por tazones de fruta y carne, platos, tazas y jarras. Tres personas con librea blanca estaban de pie recogiendo platos llenos de comida. Ahora oía un continuo murmullo de voces, risas y el ruido de cascos, atravesando la cortina de árboles que quedaba.

Cuando pasaron por debajo de los robles gemelos, dos asistentes aparecieron detrás de ellos. Hicieron una reverencia y uno tomó la brida del caballo.

Jordan apenas los notó. Estaba mirando los hermosos jardines donde se estaba llevando a cabo una fiesta.

Había altos postes, adornados con cintas, plantados en el suelo a amplios intervalos. Al menos seis mesas había esparcidas por el campo, cada una llena de comida. Los sirvientes corrían de un lado a otro entre grupos de personas; y la gente, cuando Jordan los miraba, era increíble. Eran de piel morena, de piel blanca, de vestidos con colores brillantes, o de un negro sombrío, o apenas vestidos. La luz del sol destellaba en joyas en el cuello de una mujer que reía. Cerca de allí, un hombre de pelo gris acero se palmeaba los pantalones de terciopelo y trataba de montarse de nuevo en un par de zancos que le sostenían dos malabaristas de rostro alargado. Un grupillo de hombres de piel roja estaba teniendo una competencia de tiro con arco, su objetivo era un melón en lo alto de uno de los postes.

Calandria May miraba desconcertada: —¿A qué se debe la ocasión? —le preguntó al sirviente que conducía su caballo.

El hombre miró atrás, arqueó una ceja y dijo: —¿No son ustedes de la familia?

Ella vaciló casi imperceptiblemente: —Invitados —dijo ella—. Del Inspector Boros. Nuestro arreglo se hizo hace algunas semanas, pero nos retrasamos, me temo. Parece que hemos llegado en un momento desafortunado.

El sirviente sonrió con arrogancia: —Tenemos sitio de sobra —Hizo un gesto hacia la mansión.

Este lugar avergonzaba al de Castor. Enormes pilares estriados enmarcaban la entrada, con lámparas de hierro colocadas sobre sus capiteles. No sostenían un techo, sino que estaban abiertos al cielo. La fachada del edificio, de piedra tostada, estaba llena de ventanas, cada una enmarcada por pilares. Unas estatuas posaban en las esquinas de los techos, y había más en nichos en las paredes. Las ventanas indicaban tres plantas, y por la anchura del lugar debía de extenderse alrededor de un patio central lo bastante grande como para albergar la mansión de Castor.

Detrás de la profusión de chimeneas en el techo, una torre de fortaleza gris y desolada se elevaba incongruentemente. Sus lados no se curvaban suavemente, sino en salientes y ángulos agudos: parecía haber sido construida con triángulos de piedra. Manchas negras como huellas de lágrimas surcaban sus costados.

Cuando el carro pasó cerca de un grupo de fiesteros, una mujer alta vestida de negro y escarlata se excusó y se acercó. El sirviente los detuvo cuando ella se acercó, y Lady May saltó del carro y le hizo una reverencia.

—Dios mío, ¿eres un chico o una mujer? —rió la dama con voz profunda. Calandria aún iba vestida con pieles de ante. La dama hizo un gesto de aleteo con la mano cerca del pecho. La cadena de plata en su cabello brillaba mientras ella ladeaba la cabeza—. ¿Y de qué lado de la familia eres?

Lady May volvió a hacer una reverencia: —De ningún lado, me temo, señora. Soy Lady Calandria May, y este es mi cargo, Jordan Mason —Jordan se sobresaltó al escuchar su propio nombre. Se puso de pie torpemente e hizo una reverencia—. Escribí pidiendo la hospitalidad de la casa hace unas semanas, y la recibí —prosiguió Lady May—. Si hemos llegado en el momento equivocado, por favor háganoslo saber.

—Tonterías —dijo la señora—. Sentíos como en casa. Soy Lady Marice Boros. Mi esposo está, ay… —sonrió por primera vez mientras miraba a su alrededor—, desaparecido. Verás, estamos

celebrando la primera reunión familiar en una generación completa, y el clan ha crecido hasta proporciones inmanejables. Estos son todos mis parientes —Movió la mano para indicar la multitud, luego se giró y frunció el ceño ante la vista—. Oh, Dios mío, lo son, ¿no? Bueno, no importa, os acomodaremos. Alex —le dijo al hombre que sostenía sus caballo—, ponlos en la torre —asintió bruscamente a Lady May—. Confío en que te unirás a nosotros para la cena. Me temo que hoy no podremos prestarte mucha atención. Todavía no he hablado con algunos miembros de nuestra familia y lo haré durante la cena.

—Lo entendemos. Aunque espero que podamos conversar en algún momento, tus obligaciones son claras —dijo Lady May—. Oh, íbamos a encontrarnos aquí con un conocido. Lord Axel Chan. ¿Ha llegado por casualidad?

—Chan. Ah, por supuesto —Lady Marice entornó los ojos—. Creo que puedes encontrarlo justo allí.

Jordan y Lady May siguieron el dedo indicador de Marice. En una zona despejada de hierba, dos hombres se daban vueltas uno al otro. Uno vestía un uniforme de seda azul cielo con charreteras de plumas en forma de alas. El otro hombre, más bajo, vestía cuero negro. Estaban rodeados por una pequeña multitud de jóvenes que bebían de delicadas copas de vino o negociaban apuestas entre ellos. De repente, el hombre de negro dio un paso adelante, tomó la muñeca de su oponente y, sin parecer moverse, lo volteó para que aterrizara con un ruido sordo audible en todo el camino hasta el carro. Se oyó risas dispersas y abucheos.

Lady May suspiró: —Me estaba temíendo eso. Te lo quitaré de las manos, Lady Marice.

—Gracias —Marice hizo una reverencia y se alejó. Lady May se dirigió en dirección a la pelea y Jordan se apeó para seguirla.

El joven que había sido volcado se puso de pie enojado: —¡Me resbalé! —gritó. Dos de sus amigos sacudieron la cabeza mientras pagaban a los que habían apostado.

El hombre de negro sonreía como una gárgola. No era alto, era más

delgado de lo que su chaqueta negra y sus calzas intentaban sugerir, pero tenía el pecho ancho. Sus facciones eran extrañas: chatas, con una ancha nariz triangular y ojos oscuros semicerrados. Su cabello era una maraña negra sujeta atrás en una coleta rebelde. Pero cuando sonreía, sus dientes eran perfectos, y sonrió muy ampliamente al ver a Calandria.

—Milady —exclamó abriendo los brazos y adelantándose para abrazarla.

Lady May cambió ligeramente de posición y e inclinó el hombro. Axel Chan salió volando por encima de la rodilla doblada de Lady May y cayó al suelo de bruces.

La multitud estalló en carcajadas. El joven a quien Axel había humillado sonrió e hizo una reverencia a Lady May mientras Axel se levantaba.

La atención de Jordan vaciló entre Axel y Calandria May. Como ella había hecho antes, ahora cambiaba ante los ojos de Jordan, ese rostro dinámico adquirió una desenfadada sonrisa mientras ella bromeaba con el joven derrotado: —Querido señor —dijo ella—. Nuestro amigo no os es muy conocido, aunque sí lo es para mi. Por lo tanto, se os puede perdonar no estar preparado para él. Yo, sin embargo, estoy más que preparada para cualquier encuentro con Axel Chan —Puso una mano en el hombro de Axel y lo zarandeó levemente. Axel sonrió estúpidamente.

—Axel, le enseñarás a tu digno oponente lo que le hiciste, pero más tarde. Ahora necesito tu oídos. Lávate y me reuniré contigo en tus aposentos.

Axel guiñó un ojo a los jóvenes: —Ni en tus sueños, Axel —añadió Lady May mientras se giraba para irse.

Jordan se quedó donde estaba. Después de un momento, Axel lo notó y la expresión se volvió seria. Hizo caso omiso de las preguntas de los otros hombres y se acercó a Jordan, con las manos en las caderas. Olía a vino y sudor.

—Bien. Mason, ¿no es así? —le tendió una mano mugrienta— Soy

Axel, conocí a tu hermana.

Jordan no estaba seguro de que le gustara la idea de que este granuja estuviese cerca de Emmy: —¿Cómo está ella?

—Bien —Axel miró a Lady May, quien volvía a subir al carro—. No se lo diga a su señoría, pero le conté a Emmy lo que pasa. Tengo una carta que ella te escribió —sonrió al ver cómo se iluminaba el rostro de Jordan—. ¡No hagas eso! O ella lo descubrirá. Esto es entre tú y yo. Te la entregaré más tarde, siempre que podamos escapar de sus garras durante un par de minutos.

Jordan abrió la boca, incontables preguntas se agolpaban para expresarse. Axel le dio un amistoso empujón: —Sigue andando, muchacho. Ella te espera. Hablaremos más tarde.

Jordan asintió y prácticamente volvió corriendo al carro. Volvió a montar junto a una Calandria de ceño fruncido: —Casi tan discreto como una tarta en una comunión —murmuraba ella—. Nos va a matar a todos.

Fueron conducidos hasta las puertas principales de la mansión, donde desmontaron. Otro sirviente los precedió hasta la gigantesca rotonda del lugar y a través de un amplio salón de bienvenida a una cámara con paredes de vidrio que daba al patio central.

La mansión envolvía casi todo el patio, que estaba repleto de estatuas como un bosque de piedra. La pulcra procesión de ventanas con columnas y paredes beige se interrumpía en el otro extremo por los extraños ángulos de la vieja torre. La mansión parecía haber surgido de una de sus esquinas.

Jordan se maravilló de la mano de obra de las estatuas. Representaban a hombres y mujeres, mecas y desas y otras criaturas fabulosas, y unas cuantas eran intentos de modelar los propios Vientos. Se detuvo ante una de ellas, que era una forma humana hecha de torturados pliegues de tela tallada en mármol. Parecía realísticamente soplada por el viento. El sirviente lo vio mirando y dijo: —Lady Hannah Boros, hace ahora seis generaciones. Este era su taller de trabajo. Ella hizo todas nuestras estatuas —añadió con orgullo.

A una estatua cerca de la oscura entrada de la torre le faltaba la cabeza. La piedra rubia de la herida estaba fresca. Jordan vio algunas astillas medio cubiertas por la hierba a sus pies—. ¿Qué le pasó a esa? —preguntó.

—Silencio —dijo Lady May—. Sé discreto —El sirviente fingió no haberlos oído.

Jordan aún seguía desconcertado por ese intercambio de palabras cuando se les mostró su alcoba. Era cuadrada y de unos seis metros de lado, pero el techo era una maraña de contrafuertes. Una estrecha ventana daba al patio. Solo había una cama, pero el sirviente les dijo que subirían otra. Aparte de eso, el lugar solo albergaba una cómoda, un armario y un pequeño escritorio. Unas pieles de oveja estaban esparcidas por el suelo de piedra y allí olía a alcanfor y a humo de leña.

Lady May dio las gracias a su guía: —Necesito ropa —le dijo al salir —. ¿Puedes enviarme un sastre?

—Aquí tenemos lo mejor, milady. La cena es a las seis.

—Gracias —El sirviente se fue, y ella se desplomó de espaldas sobre la cama—. Uf.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Jordan. Estaba admirando la mampostería. Aquel lugar era muy sólido, mucho más que la mansión misma. Puede que incluso fuese lo bastante fuerte como para mantener alejado a Armígero.

Lady May se había quitado la bota izquierda y se masajeaba los dedos de los pies. Ella lo miró a través de la ventana que formaban sus piernas: —Nos quedaremos aquí hasta que sepamos exactamente dónde está Armígero. Tienes que controlarte ahora, Jordan. Necesitamos que nos digas exactamente dónde está y hacia dónde va. Cuando lo localicemos, atacaremos.

—¿Por qué debería seguir ayundándola? —preguntó—. Cuando les cuente a los Boros lo que me usted me hizo…

—¿Quieres que cesen las pesadillas? —preguntó ella rápidamente

—. Cuando Armígero ya no exista, cesarán —continuó—. Pero, de todas las personas en Ventus, solo Axel y yo podemos destruirlo. Sí, bueno, seguro que puedes escapar de nosotros, Jordan, pero al hacerlo garantizas que nunca podrás escapar de Armígero.

—¿Y bien? —preguntó ella después de que se miraran el uno al otro durante un largo momento.

—Él viene hacia aquí —dijo Jordan malhumorado.

Ella dejó caer el pie y se sentó: —¿Estás seguro?

—¡Sí, me persigue!

—¿Cómo sabes eso?

—Yo... simplemente lo sé.

Ella hizo una mueca: —Eso no me parece probable. Al menos, no hemos visto evidencia de que él sepa que su conexión contigo aún está abierta. Como te dije, hemos tomado medidas para desactivarla y que él ya no pueda ver a través de tus ojos. Pero determinaremos todo eso pronto. Este es nuestro cuartel general ahora, Jordan. También somos invitados aquí, y espero que te comportes en consecuencia.

—¿A qué se refiere? —preguntó él con desconfianza.

Ella dio una palmada en la cama junto a ella. Él se sentó en el lino, era más suave que cualquier cama que hubiera conocido, excepto quizás por la de la mansión. Lady May se inclinó y le masajeó los hombros con delicadeza: —Voy a ir a hablar con Axel. Cuando venga el sastre, quiero que le pidas que te vista. No con ropa de sirviente, ahora no eres el sirviente de nadie, eres igual a cualquiera en este edificio. Así que, chaleco, vestido de gala, todo. ¿Entiendes? —Él asintió con la cabeza—. Y no te alejes demasiado, pero, por favor, no entres en ninguna de las áreas de servicio, cuando camines, caminarás por los pasillos principales como los propietarios. Creo que esto podría ser difícil para ti, pero es necesario.

Él frunció el ceño. No había pensado en eso, pero definitivamente

sería difícil. Jordan nunca en su vida había caminado por los pasillos de una mansión como si ésta fuera su hogar. Estaba acostumbrado a agacharse de una escalera a otra, sin desviarse nunca más allá de las áreas donde podía justificar su presencia. Ella tenía razón: su instinto sería encontrar los pasillos traseros, comer en las cocinas y abandonar el edificio cuando llegara la noche. Sacudió la cabeza: —Lo intentaré.

—Bien —ella se bajó de la cama—. Me voy a enfrentar a Axel. Deséame suerte.

Él la observó salir y echó el cerrojo a la puerta tras ella. Luego fue a examinar el mortero alrededor de la ventana y trató de medir su resistencia.

§ § §

Axel se había abierto paso hasta el edificio principal, naturalmente. Calandria no tuvo dificultad para obtener indicaciones para llegar a su habitación, todos los sirvientes lo conocían. Él sólo había estado aquí dos días.

May subió de dos en dos los escalones hasta el tercer piso. A pesar de sí misma, sonrió al recordar a Axel lanzando por el aire a ese vanidoso. Fuera de la puerta se detuvo a examinarse a sí misma. Todavía vestía ropa para harapientas actividades al aire libre. Habría sido mucho mejor si ella y Jordan hubieran llegado primero, entonces ella podría haber recibido a Axel con un vestido apropiado y pendientes de perlas. Suspiró y llamó a la puerta.

—Entra —May entró a un lujoso dormitorio. Era enorme y tenía una perfecta vista de los jardines. Cortinas de terciopelo colgaban por todas partes, sobre las ventanas y enmarcando la cama. Los postes de la cama estaban tallados con motivos de hojas y pintados de oro. O tal vez eran en verdad de oro. Una zapatilla de mujer yacía medio escondida debajo de la cama. Sí, esta era la habitación de Axel.

Él se levantó de un escritorio. Se había quitado la chaqueta y vestía una ondulante camisa de seda azul: —¡Oh! —Abrió los brazos mientras se acercaba a ella—. ¡Y no me pegues esta vez!

Ella le devolvió cálidamente el abrazo. Él aún olía a vino, pero ella lo conocía, habría tomado un reconstituyente antes de reunirse con ella. Él la abrazó un segundo más de lo que a ella le hubiera gustado, pero eso también era normal. Mientras se separaba, Axel hizo un gesto hacia la habitación: —Menudo sitio, ¿eh?

—No esperaba menos de ti —dijo ella mirando la zapatilla.

Constantemente la asombraba lo bien que se desempeñaba Axel en situaciones como esa. Después de todo, él no era un profesional como ella. Calandria había sido entrenada en espionaje y reunión de inteligencia por personas que hacían una religión de tales cosas. La habían sacado del tosco reformatorio en el que ella había terminado después del arresto y la muerte de su madre, y habían borrado todos los vínculos con su pasado y su mundo natal. Después le habían dado no una nueva identidad, sino un repertorio de identidades. Calandria había pasado actuando cada momento de vigilia desde entonces. Sólo después de haberse vuelto rebelde con sus jefes, pudo ella comportarse como algo parecido a su verdadero Ser, y sólo con amigos cercanos como Axel.

Había conocido a Axel en el espacio profundo, en un remoto planeta helado sin estrella madre. Él era contrabandista. Ambos hicieron tratos varias veces para satisfacción mutua, y cada vez ella había sido una persona diferente. A Axel le tomó bastante tiempo darse cuenta de la jugada y, para cuando lo hizo, ella ya le había tomado cariño. Cuando él la confrontó, ella aprovechó la oportunidad para reprenderlo por su falta de atención: —Si me hubieran contratado para atraparte, ahora estarías en proceso de despenalización —le había dijo ella—. Considérate afortunado —Él había reído tras oír eso.

Calandria necesitaba sus disfraces para moverse por las distintas sociedades y subculturas que demandaba su trabajo. Axel parecía hacer amigos por donde quiera que iba, sin cambiar ni un ápice su apariencia ni su estilo.

—Por aquí, mira estos cuadros —decía él ahora mientras la arrastraba hacia una pared. De las paredes colgaban grandes imágenes descoloridas, aparentemente de antiguos miembros del clan Boros—. Impresos en porcelana —dijo—. Para que no se

deterioren. Buena idea, ¿no?

Ella arqueó una ceja: —Supongo —Los Vientos permitían la fotografía, junto con otras formas delicadas de química. Pero Axel lo sabía, así que, ¿por qué se interesaba por estos ejemplos? No eran nada comparados con el más primitivo holograma.

Axel había recogido una botella de vino: —Oh, detente —dijo ella —. Aún no es la hora de la cena.

—Creo que estas fotos son fascinantes —dijo él—. Especialmente ésta, está impresa en vitela—. Dejó el licor sobre un ornamentado tocador debajo de una foto, y se estiró para agarrar ambos lados del marco. Lo levantó de la pared.

Se reveló un agujero irregular. Incrustada en el yeso estaba la boca verdín de un gran cuerno. Calandria parpadeó. Axel se llevó la mano a la oreja. Adoptó una postura de escucha exagerada. Luego le hizo un gesto de hablar con la otra mano.

Ella se aclaró la garganta: —Me pregunto cómo hicieron eso.

—¿La porcelana o el velo? —Axel tomó la botella e hizo un gesto hacia el cuerno. Ella negó con la cabeza.

Él se encogió de hombros y volcó el licor en el cuerno. El vino tinto gorgoteaba mientras se escurría por alguna tubería en la pared y, imaginó ella, directamente dentro del oído de quienquiera que pudiera estar escuchando al otro lado.

Axe rió de alegría y, agarrando el tapete de seda de la mesa, lo metió por el cuerno después del vino. Luego recolocó la imagen y se sacudió las manos: —Ese es el único que hay —dijo—. Ahora podemos hablar.

—Oh, vamos —dijo ella—. ¿Por qué iban a estar espiando? Sólo estamos de visita.

—Por el momento de la visita —dijo él. Dio la vuelta a una silla blanca con mullidos cojines y se sentó en ella, apoyando los brazos en el respaldo—. Todo el clan Boros está aquí, y eso es malo. Puede que el viejo Yuri piense que somos espías.

—¿Por qué? Parecen un grupo bastante amigable. Tampoco es que yo haya tenido tiempo de hablar con ninguno de ellos, pero...

—Ah, lo harás. Tú eres mejor que yo en esto. Te sugiero que asistamos a la cena, así podrás decirme quién intenta matar a quién. Todos son un montón de asesinos, ¿viste cierta estatua en el patio? —Ella asintió con la cabeza—. Ocurrió ayer por la noche. Un duelo. No vi quién ganó ni quién perdió, principalmente porque no fue anunciado previamente. Emboscada tal vez, quién sabe.

—En realidad —Ella se sentó en el escritorio y miró hacia los jardines—, nunca he estado en ningún lugar como este.

—Es positivamente medieval —dijo Axel asintiendo—. Pero, claro, mira su historia. Hace seiscientos años estas personas aún seguían escarbando en el estiércol y viviendo en chozas de barro. Solo unos cuantos señores de la guerra tenían cierto poder. A decir verdad, es bastante sorprendente lo lejos que han llegado como sociedad, considerando los antepasados de personas como los Boros.

Axel hizo un gesto hacia los jardines: —Todo esto es muy de estilo europeo. Estoy seguro de que la gente debe de haber saqueado bibliotecas de mansiones aquí y allá a lo largo de los siglos. ¿Cuánto crees que se necesitaría para construir una nación? ¿Un libro de economía? ¿Otro de jardinería? Salvaron muy poco del desastre inicial, por lo que deben de haberlo complementado con las mansiones, pero obviamente ese era un conocimiento ganado con esfuerzo, o habría más.

Calandria imaginó a un grupo de soldados armados con picas tratando de enfrentarse a varias de las criaturas doradas que ella y Jordan habían visto, abriéndose camino hacia la biblioteca de una mansión, agarrando algunos libros al azar y luego corriendo con cosas cristalinas pisándoles los talones.

Eso era interesante, pero no era sobre lo que ella había venido a hablar aquí: —¿A qué se debe la ocasión de esta reunión? —preguntó ella.

—Yuri la convocó, el patriarca. Tú conociste a su esposa al llegar. Marice. Buen nombre. Hay una especie de lucha de poder dentro

del clan y él quiere resolverla. Los Boros simbolizan dinero antiguo en tres naciones: Memnonis, Ravenon y Iapysia. La revuelta del parlamento en Iapysia ha inclinado la balanza del poder de alguna manera, y Yuri quiere asegurarse de que ese poder se filtre directamente a la familia. A los iapisios no les importa, pueden pedir favores para consolidar su posición en casa. El problema es que hay dos facciones representadas allí: los parlamentarios y los monárquicos. Si miras ahora, probablemente puedas distinguirlos en los extremos opuestos de los terrenos.

—Hmm —Calandria miró afuera—. La cena será divertida.

—Y esto se pone mejor. Hay cierta disputa sobre la posición de Yuri como patriarca. ¿A qué bando apoyará en el asunto iapisiano? Esa es una pregunta delicada, porque el perdedor podría decidir abrir la vieja herida de su legitimidad. Y todo eso está sucediendo ahí abajo mientras hablamos.

—Vaya —Ella sonrió hacia él—. Elegimos hoteles de lo más interesante.

—Sí. Bueno, tendremos que tener cuidado de no involucrarnos. Ahora, ¿cómo está Mason?

—Ya lo viste. ¿Qué opinas?

Axel se encogió de hombros: —Parece duro. ¿Sabe dónde está Armígero?

—Si lo supiera, podríamos enviarlo de vuelta a su casa —dijo ella —. No, no lo sabe. Ese será nuestro trabajo durante un par de días: localizar a Armígero. Jordan está un poco afectado por su propia miseria en este momento, así que tendremos que mostrarle las ventajas de su posición. Tiene miedo de que Armígero venga aquí.

Axel frunció el ceño: —¿Es que está viniendo aquí?

—No lo sé. Eso sorprendería a los Boros, ¿no? Supongo que Armígero es un cadáver andante en este momento, aunque puede que se esté recuperando. Tenemos que saber cuán poderoso es antes de enfrentarnos a él. Me pregunto cómo podemos hacer que Jordan

lo averigüe por nosotros.

—Sí, sí.. —Axel se mordió un nudillo distraídamente—. Necesitamos más poder.

—¿Político?

—No, armas, maldita sea. No me gusta este planeta, Cal. Los malditos Vientos siempre están vigilando. Si traes aquí cualquier tecnología más avanzada que un reloj de pulsera, se abalanzan sobre ti y te la roban. No podemos enfrentarnos a Armígero sin armas de verdad... un cañón de plasma bastaría.

Ella se rió brevemente: —Nos apegaremos al plan. Cuando lo tengamos en la mira, la Voz del Desierto lo alcanzará desde la órbita.

—¡Y luego los Vientos volarán en pedazos tu nave estelar!

Ella frunció el ceño sobre la parte superior de la mesa: —Mi entendimiento de los Vientos es que tienen un tiempo de reacción abismal. Nos permitieron aterrizar en el cúter, y luego volvió solo a la Voz sin problemas. Nada tecnológico se quedó en la superficie, que ellos supieran.

—Sí, pero se opondrán a que Armígero sea bombardeado. Tengo otra idea.

A ella no le gustaba mucho el plan actual tampoco, así que dijo: —Adelante.

—Nosotros mismos nos ponemos en contacto con los Vientos. Les hablamos sobre Armígero. Los Vientos como el sistema inmunológico de todo el planeta, todo cuerpo extraño se elimina tarde o temprano. Como nos eliminarán a nosotros si nos quedamos aquí demasiado tiempo. No sé cómo Armígero duró tanto. Tecnología superior, supongo-

—Pues por eso precisamente —señaló ella—. Él es más sofisticado que los Vientos. Aunque supiéramos cómo mantener una conversación racional con los Vientos, ¿crees que nos creerían? Estoy segura de que Armígero ha sido totalmente invisible para

ellos. Y dudo de que eso vaya a cambiar.

—Ventus es mucho más complicado de lo que pensábamos —dijo él —. Algunas personas hablan con los Vientos. Oí nuevos relatos en los últimos días...

—¿Relatos? ¡Axel, este planeta engendra mitos como hongos! Ninguno de los lugareños tiene idea de qué son los Vientos, y aunque la tuvieran no podrían hacer nada que afectase a un Viento lo más mínimo.

—Pueden, hay maneras. ¿De verdad crees que los humanos han podido cohabitar con los Vientos en este mundo durante tanto tiempo sin haber encontrado formas de lidiar con ellos?

Calandria volvió a mirar los jardines. Esta mansión tenía siglos de antigüedad, y la civilización que la había construido era aún más antigua. Y los Vientos eran tan constantes como su homónimo en la vida de estas personas. Axel podría tener razón: —Entonces, ¿cómo lo hacen?

—En realidad es bastante simple. Un par de sus principales religiones tienen una base ecológica, ¿verdad? La doctrina interior parece ser la emulación de los Vientos. Si actúas como los Vientos, te tratarán como a uno de ellos. Y luego te hablarán.

—Suena demasiado fácil —dijo ella—. Y sospechosamente místico.

Axel alzó las manos y se puso de pie: —¡Cree lo que quieras! Pero tiene sentido, Cal. Para empezar, los Vientos están confundidos acerca de los humanos. No saben si somos alimañas o parte de su gran diseño. ¿Cómo crees que se hace la agricultura en este mundo? La gente los aplaca. Funciona. Creo que deberíamos investigarlo.

—Está bien —dijo ella—. Investiga eso. Mientras tanto voy a trabajar en Jordan y averiguar adónde va Armígero.

Axel frunció el ceño: —¿De verdad está en movimiento?

—Tal vez. La Voz del Desierto localizó el sitio de la batalla que dijo Jordan, pero las fuerzas que sobrevivieron están dispersas en cientos de kilómetros de territorio. Voy a tratar de obtener algunas

descripciones más lúcidas de Jordan.

—¿Y si Armígero se dirige hacia aquí?

Calandria miró hacia el bosque más allá de los terrenos de la mansión: —Entonces será mejor que Jordan pueda avisarnos con tiempo cuando llegue ese momento.

7

Jordan alisó nerviosamente las solapas de su chaleco. Nunca había usado ropa como esa. Su extraño ajuste e incomodidad en los lugares más extraños era un recordatorio constante de su papel esa noche como pupilo de Calandria May. La rigidez de la tela y el corte de la camisa y los pantalones lo hacían arquear constantemente la espalda y levantar los hombros. Todos los demás hombres se ponía en pie y caminaban igual, en una orgullosa postura, casi exagerada. Siempre había asumido que eso iba con su posición. La idea de que sus ropas estaban hechas para que alzaran las narices lo asombró. Ya no podía mirarlos con el mismo asombro que antes.

Estaba de pie entre un remolino de jóvenes, que en su mayoría hablaban entre ellos, justo fuera del comedor. Él conocía el idioma, pero no tenía ni idea de lo que estaban hablando: derechos, obligaciones y sutiles detalles del orden jerárquico, al parecer. En la medida de lo posible, Jordan trataba de mantenerse al margen de todo diálogo, sólo asintiendo y sonriendo cuando era necesario. Sabía que su acento era propio del gremio y, aunque Calandria afirmaba poder corregirlo, todavía no lo había hecho. Daba su nombre cuando se le pedía, pero nada más.

—¡Ah, ahí estás! —tronó una voz familiar. La mano de Axel Chan descendió sobre su hombro como una mordaza—. ¿Dónde está la dama?

—Cambiándose —dijo Jordan escuetamente. Axel había hablado tan fuerte que las cabezas giraron por toda la cámara. Jordan quería encogerse en el suelo para evitar todas esas miradas de clase alta.

—Bueno. Si ella no está, te tomaré prestado un rato —Axel lo alejó de los hombres y más allá de las damas, que se acicalaban y hablaban detrás de sus abanicos de plumas, y lo sacó de la antecámara. Condujo a Jordan hasta la mitad del pasillo inferior, con suelo de piedra, que discurría entre la antecámara y las escaleras, y luego se detuvo bajo una alta ventana. La luz del atardecer inundaba el corredor, dorando las piedras en las que se apoyaba Axel, quien sonrió, se encorvó y metió las manos en los

bolsillos.

—¿Cómo estás, muchacho? —preguntó.

—Esto no me gusta —dijo Jordan tirando de su chaqueta.

—Es un buen uniforme. Rojo y dorado, ¿lo elegiste tú? —Jordan asintió con cautela—. Muy bonito. De buen gusto. Te haremos inspector todavía.

—Calandria dice que me puede enseñar a hablar como ellos.

—Eso no es ningún truco. Tú sólo habla despacio y aletea un poco los labios, como si —cambió a un acento exagerado de la clase alta —, apenas te importara hablar en absoluto—. A pesar de sí mismo, Jordan sonrió ante la imitación.

Axel se levacercó: —No te preocupes. Aquí todos estamos fingiendo, de eso tratan eventos como este.

—¿Por qué vamos al evento?

—Para encajar. Es mejor asistir y que hablen con nosotros que ausentarse y que hablen de nosotros —Axel se alejó de la pared y sonrió maliciosamente cuando pasaron dos damas. Ellas lo ignoraron. Él volvió a encorvarse y dijo: —Ey, prometí mostrarte la carta de tu hermana. ¿Sabes leer?

—Un poco. Puedo entender números y términos arquitectónicos, y poco más.

—Yo te la leeré. Tu hermana me la dictó —Axel sacó una hoja de papel de su bolsillo. La abrió y comenzó a leer.

—Oh, Jordan, te extraño tanto. Ojalá estuvieras aquí ahora mismo, pero Sir Chan dice que primero tienes que terminarle un trabajo. Luego volverás y traerás mucho dinero.

—Siento haberme escapado. Mamá y papá están muy enojados con nosotros, aunque jamás lo admitirían. No hablan de esa noche y rezan a todas horas para que vuelvas. ¡No puedo hablar con ellos! Ojalá estuvieras aquí para tener a alguien con quien hablar.

—Sir Chan me dijo que escribiera algo para que supieras que fui yo. ¿Recuerdas ese giro en las escaleras de la mansión, donde encontramos la grieta? ¿Recuerdas la nota que escondimos allí antes de que papá la tapara con mortero? Sé lo que dice la nota, solo tú y yo lo sabemos. La primera palabra es ¡Buu!. ¿Recuerdas eso?

Jordan dejó salir su tensión con un gran suspiro y se apoyó pesadamente contra la pared junto a Axel. Sonrió a Axel.

—Así que, es ella de verdad, ¿eh? —preguntó Axel.

El asintió.

—Después de que Sir Chan me encontrara, me entregó cartas de nombramiento para el rey de Ravenon. No puedo creerlo, tampoco nadie más, pero Castor sí. Y Turcaret, deberías haber visto su rostro cuando Sir Chan le mostró las cartas. Quería matar a Chan, me di cuenta, pero tenía miedo de hacerlo. Pero Castor... casi sonrió, creo. De todos modos, le dijo a Turcaret que no discutiera y firmó las cartas, y Sir Chan me prestó dinero para mudarme con los Sangler, que es donde estoy ahora. Esperando despachos de Ravenon, que vendrán a mí antes de que lleguen a Castor. Estoy tan orgullosa, y asustada al mismo tiempo. Y solitaria. Espero que vuelvas a casa pronto. Sir Chan dice que estás bien y que estás teniendo una aventura. Escríbeme y cuéntamelo todo.

— ¿Puedo? —preguntó Jordan.

Axel asintió: —Pero no puedes hablar de lo que estamos haciendo, tampoco puedes mencionar a Armígero —Miró algo por encima del hombro de Jordan, y sonrió—. Y hablando de damas, ¡aquí está ella! Eres una visión, querida.

—Gracias, Axel —dijo Calandria sonriendo. Llevaba una falda larga verde esmeralda, un corpiño trabajado con cuentas de oro y una blusa blanca de mangas sueltas. El peinado era recogido y sujeto con horquillas con puntas de perlas. Un collar de oro completaba el conjunto. Ese rostro resplandecía con inhumana perfección, la cual Jordan había intuido, pero que hasta entonces había estado oculta bajo una capa de mugre y cabello desordenado. Seguramente

llevaba maquillaje, pero él no podía ver ninguna señal de ello. A pesar de todo lo que le había hecho, en ese momento Jordan pensó que era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Jordan tartamudeó algo y se sonrojó. Calandria bajó sus largas pestañas y sugirió una sonrisa: —Pareces el justo caballero, Jordan. ¿Nos unimos a la cena? —Ella sacó los codos a ambos lados. Axel inmediatamente salió al quite para tomar uno de los brazos. Jordan se apresuró a colocarse en el otro, y sintió una explosión de orgullo cuando entraron en la antecámara y las conversaciones murieron a izquierda y derecha. La sonrisa de Calandria se volvió aún más sutil, y el rostro de Axel se había endurecido en una máscara imperiosa. Jordan no tenía idea de qué aspecto tenía él mismo, pero se sospechaba óbice para el efecto. Trató de incorporarse como lo había hecho Axel y adoptar un adecuado talante despectivo.

La sala estaba brillantemente iluminada por lámparas de gas. Jordan veía toda la extensión hasta las bóvedas de crucería de piedra rubia del techo, a unos buenos quince metros por encima. El salón era tan ancho como alto, y el doble de largo. Los tapices pendían entre los estrechos contrafuertes, y representaban escenas de la larga e industriosa historia de los inspectores generales de Boros: la recaudación y los impuestos ocupaban un lugar destacado, pero en lugar de gloriosas victorias, como presumía la verdadera nobleza, las pocas escenas de batalla mostraban a la milicia de Boros barriendo a las turbas de ciudadanos amotinados. Una enorme chimenea rugía en un extremo del pasillo, en perfil a las sillas y a la mesa elevadas de Yuri Boros y su familia, y llenando la habitación con el olor a humo de leña. Había dispuestas largas mesas a los lados del salón, cada una de ellas rematada por arcos de hierro forjado que sostenían una lámpara y flores colgantes. La gente se estaba sentando ahora con la ayuda de sirvientes de libreas negras que paseaban de un lado a otro en el espacio despejado, desde las puertas principales al pie de la sala hasta la mesa elevada y la chimenea en la cabeza. Un bajo murmullo de voces se elevaba y resonaba desde los arcos.

Cuando Jordan era muy joven, una vez había visto una reunión como esta a través de una rendija en las puertas de la cocina en el salón de Castor. No recordaba nada de la lógica de la ocasión, solo

el brillo y la risa, y la asombrosa variedad de comida que pasaban frente a él. Todos los adultos habían sido como dioses para él, los controladores e inspectores aún más. Anhelaba encontrar alguna puerta detrás de la cual esconderse, algún lugar seguro desde el cual observar las mesas. Al mismo tiempo, deseaba estar allí sentado con sus superiores, como si tuviera derecho a ello; porque, al menos en la noche presente, el aura de Calandria lo protegía. Así, cuando los tres tomaron asiento en una mesa oscura al fondo de la sala, Jordan se sentó en su lugar con asombro y deleite, y deseó fervientemente poder estar también mirando a través de la rendija de la puerta de la cocina, con su Yo de allí tirando de los hilos de su Yo de aquí.

Observó el perfecto rostro de Calandria y tuvo un destello de intuición: ¿estarían ella y Axel en algún otro lugar, apartados de sí mismos en momentos así, tirando de los hilos de sus imágenes públicas?

Su hechizo contemplativo fue interrumido por el rebuzno de un cuerno. Todos estaban sentados ahora. Axel y Calandria se habían colocado a ambos lados de Jordan, aislándolo así de la conversación, lo cual a él le pareció bien. La idea le vino justo donde estaba, tuvo uno de esos momentos que luego quedan grabados para siempre en la memoria. Su dedo trazaba el borde de un plato de porcelana azul como el que había visto, pero nunca tocado, en casa. La manga de su brazo era roja y hermosa a la luz blanca que destellaba en el cuchillo y los tenedores junto al plato. Miró hacia arriba y, mientras lo hacía, las puertas principales a su derecha se abrieron y entró una procesión.

También habían hecho esto en casa de Castor, recordó, y la familiaridad mezclada con la extrañeza le envió un escalofrío por la espalda. Sirvientes vestidos como hombres y mujeres de alta cuna entraron en el salón, caminando tranquilamente en parejas. Cada uno llevaba una máscara finamente elaborada: las máscaras mortuorias de los antepasados Boros. Estas máscaras probablemente las guardaban en una habitación propia, en algún lugar cerca del frente de la mansión. Las de la mansión de Castor estaban colgadas en la pared por parejas, con líneas pintadas en la pared entre los ganchos, mostrando claramente el árbol genealógico.

En ocasiones festivas se sacaban y se llevaban como ahora. Los

antepasados Boros habían venido a visitar a sus descendientes.

El cuerno volvió a sonar. Todos se pusieron de pie. La procesión enmascarada avanzó por el pasillo dentro del espacio entre las mesas, y cada figura se inclinó o hizo una reverencia cortés hacia la mesa principal antes de volverse. Se esperaba que los invitados educados ya hubieran aprendido los nombres y las historias detrás de estas máscaras. Jordan nunca había pensado en hacerlo, pero claro, nunca antes había sido un invitado de una persona de alta alcurnia. Resolvió visitar la sala de máscaras y aprender el pedigrí de Boros tan pronto como pudiera.

Lady Marice se levantó: —En nombre de mi esposo, les doy la bienvenida. Tenemos muchas cosas serias que discutir entre nosotros, pero les ruego que primero disfruten de esta excelente comida que les hemos traído y que olviden sus preocupaciones durante un rato.

—¿Qué quiere decir con cosas serias? —susurró Jordan a Calandria.

—Algo se cuece aquí —respondió Axel crípticamente. Casi imperceptiblemente, hizo un gesto hacia la mesa de enfrente. Jordan miró, pero no vio nada extraño o inusual, solo dos grupos familiares sentados uno cerca del otro, cada uno atento a Marice. De vez en cuando se intercambiaban miradas dentro de cada grupo, pero no entre los grupos.

Axel asintió al patriarca de la familia más cerca de la mesa principal: —Ese es Linden —susurró—. Heredero directo de Boros. No por sangre, según parece, sino por algún tipo de tradición —Linden era un hombre delgado y estirado de cabello claro recogido en una coleta. Sus ojos estaban fijos en Marice mientras ella hablaba—. Y ese —Axel señaló al cabeza de cara cuadrada de la otra familia— es Brendan Sheia, hijo bastardo de Yuri y de una dama de Iapysia. Por las leyes de Iapysia, él es el heredero.

—¿No hay una guerra civil en Iapysia? —susurró Jordan. Axel asintió.

Calandria le tocó el brazo: —¿Puede decirme quién de aquí es monárquico y quién parlamentario?

Jordan miró de una familia a otra, luego a las filas de las mesas, donde se sentaban muchos más. Marice había terminado su breve discurso y, cuando se sentó, el murmullo de la conversación comenzó de nuevo. Ahora Jordan estaba ansioso por ver quién hablaba con quién, pero no había una línea divisoria fácil.

—Chico listo —dijo Axel detrás de Jordan—. Ya está buscando las líneas de batalla —Calandria asintió.

Los camareros pululaban llevando bandejas de comida. Comenzó un servicio muy complicado. Jordan sabía vagamente que había un protocolo respecto a qué platos se aceptaban y en qué orden, pero no tenía ni idea de cuál era tal protocolo. En un ataque de inspiración, decidió observar a los pupilos de las casas opuestas y elegir lo que ellos eligieran. Una vez le llegó un plato a él antes que a cualquiera de los demás, y sintió un momento de pánico. Apeló en silencio al camarero, quien sonrió y asintió levemente. Aliviado, aceptó el plato.

Y así prosiguió, a través de dos agotadoras horas de cuidadosa alimentación, seguidas de otra agotadora hora de discursos ambiguos y circunloquios. Jordan alternaba entre el disfrute relajado y la incomodidad extrema. Pronto comenzó a contener los bostezos y, para mantenerse despierto, dejó que sus pensamientos vagaran hacia su hermana. No quería pensar en sus padres más allá de reconocerse a sí mismo que todavía estaba enojado con ellos. Pero, como directora de correos, ¿Emmy asistiría a banquetes como este? Tendría que contarle lo de la velada y asegurarle que ella podía hacer lo mismo en la casa de Castor.

Si no fuese porque Castor no había aprobado el nombramiento de Emmy…

Cerró los ojos, cansado y preocupado de nuevo por Emmy. Su posición oficial era flaco escudo, lo sabía. Tenía que cumplir lo que Calandria le exigía y volver con Emmy. Esta noche o mañana, pronto.

Mareado de repente, abrió los ojos. A la luz del sol.

Jordan parpadeó y volvió a ver las mesas y a los invitados bajo la

luz de la lámpara. Estiró el cuello hacia atrás. Saetas de luz vespertina aún brillaban a través de los óculos en lo alto, pero no habían sido éstas lo que él había visto. Durante un mero instante, había visto la luz del bosque, las hojas y el cielo.

Sacudió la cabeza y se sentó un poco más derecho. Debe de ser el vino, pensó esperanzado. Con esfuerzo regresó su atención al banquete.

Linden y Sheia seguían comiendo con cara de piedra, aunque sus esposas parecían bastante animadas. En la mesa principal, Yuri parecía más relajado, su pálido rostro de mandíbula relajada relucía a la luz del gas. Pero Jordan notó que su cabello estaba pegado a su frente debido al sudor, y no hacía calor allí. Por supuesto, Yuri estaba justo al lado del fuego.

Y en más de un sentido, pensó Jordan, y sonrió: —No te gustaría tener los problemas de los nobles —había dicho el padre de Jordan más de una vez—. Ahora mismo, Jordan estaba de acuerdo.

Se reclinó en la silla y cerró los ojos.

Su destrozada mano apartó las ramitas, dejando al descubierto un sendero forestal. Con un suspiro, se acercó a él. Por un momento se tambaleó y extendió una mano para sostenerse en un árbol. Luego se sentó.

Armígero miró hacia el cielo. Se acercaba la noche. Llevaba dos días caminando sin pausa. La noche lo retrasaba. Al principio la marcha había sido una actividad mecánica, sin rumbo fijo. Aunque a medida que caminaba el aire brillante y el zumbido de la vida a su alrededor habían despertado algo en su interior: una suerte de reconocimiento, una identificación con las cosas que crecían y medraban a su alrededor. Si miraba al cielo con los ojos entornados, sus ojos curativos podían percibir los débiles hilos de los Cisnes Diadema que se agitaban en sus altos asientos. Los Vientos aún no sabían que él estaba aquí, pero aunque la visión de los mismos lo llenaba de una profunda punzada de pérdida; porque eran de su propia especie, aunque lejanamente emparentados; eran los insectos zumbantes y las llamativas flores de las que él drenaba fuerzas. Los cisnes, como su Yo superior, eran inaccesibles.

Según caminaba, Armígero contemplaba por primera vez lo que significaba ser mortal.

Ahora, mientras se detenía en este tenue camino, se obligaba a hacer un balance de su cuerpo. Hasta ahora el cuerpo había sido sólo un recipiente, resistente pero desechable al final. Hoy, mientras caminaba, había comenzado a aceptar la idea de que ahora este era su único cuerpo, que sus recursos eran finitos y que estaban concentrados en una cáscara ruinosa.

Sus heridas estaban sanando. Si lo intentaba, podía articular palabras con su lengua dividida, y sus dedos podían agarrar de nuevo. La terrible herida de su pecho se había cerrado y grandes trozos de piel se habían desprendido para revelar una carne nueva y rosada. Mientras caminaba, se había metido hojas en la boca para compensar la masa que había perdido, vagamente consciente de las protestas de la biología humana de su cuerpo. Él las anulaba para comandar la digestión y la asimilación. Después de todo, él no era humano; era Armígero, agente de un dios.

O lo había sido. Lo que examinaba ahora a la menguante luz del día era un hombre gravemente herido, deshidratado y tambaleante sobre unos pies llenos de ampollas. En su experiencia de campo había visto a hombres así gritar al derrumbarse en un flanco de sus columnas en marcha. Esos hombres tendían a no volver a levantarse.

Cuando cerró los ojos y escuchó ese cuerpo humano, Armígero supo por qué. Ayer, mientras caminaba, se había preguntado cómo experimentaban la existencia las pequeñas vidas que lo rodeaban, sin saber que solo necesitaba prestar atención a su propio cuerpo para saberlo.

Mientras pensaba en sí mismo como Armígero el semidiós, los problemas de este cuerpo parecían triviales, pues había tratado como triviales las lágrimas de esos hombres moribundos. Después de todo, eran tan estúpidamente inconscientes de sí mismos como parte de los sistemas del ejército, la ecología y la acción planetaria como Armígero se sentía en lo más profundo de su ser. ¿Qué era un cuerpo, o incluso una mente? Deshazte de eso, había más, lo importante era el sistema. Armígero había sido la conciencia de los

sistemas, ellos también lo habían sido, pero nunca lo habían sabido.

Mientras había tenido su vínculo con el poder omnisciente que lo había creado, Armígero rara vez había usado el cerebro de ese cuerpo humano en el que estaba, excepto cuando necesitaba comprender las acciones irracionales de sus soldados. Este cuerpo pensaba y sentía como cualquier ser humano, pero no necesitaba usar esa mente, porque él tenía acceso a la mente mucho mayor de su amo, cuyos mismos pensamientos podían ser entidades conscientes.

Anteriormente, Armígero había existido como dios y mente, con el cuerpo como una mera herramienta. Ahora solo era mente y cuerpo. Pasó sus manos sobre este cuerpo, encontrando las tensiones y las infecciones. Apestaba. Los instintos humanos que había ignorado durante tanto tiempo se acobardaban ante el daño, ante la humillación de su estado. Por primera vez, Armígero se abrió a esos instintos.

Esto era lo que habían sentido sus hombres al luchar y morir. Esta era la experiencia esencial de los ciervos y zorros que él había visto mientras caminaba: dolor y soledad.

Armígero ya no tenía al dios que lo centrara, que lo completara. Los humanos y los animales de este mundo habían existido sin tal dios. ¿Cómo? ¿Quién eres?, le preguntó a su lado humano.

Asombrado, Armígero se dio cuenta de que había caído de rodillas, se agarraba a sí mismo y lloraba lágrimas desgarradoras. Y ahora conocía el sentimiento de la miseria humana que tanto había escuchado en este mundo.

—¡Calandria! —Jordan se aferró a su hombro.

—¡Shh! —Ella le puso enojada una mano en los labios.

Él comenzó a protestar, necesitaba ayuda, las visiones habían regresado, luego se percató del silencio.

Jordan volvió la cabeza. Algunas personas lo miraban fijamente. El resto tenía los ojos en la mesa principal, y solo una voz en todo el

salón hablaba. Era Yuri, que se había levantado y ahora estaba de pie con los brazos cruzados mirando al vacío mientras hablaba. Jordan no lo había oído hablar antes, esa voz era de alto tenor, muy educada y difícil de oír, incluso en este atento silencio.

—...Son conscientes de la tragedia de Iapysian. El clan Boros tiene la obligación, como nobleza en ese estado, de no hacerse a un lado y permitir que continúe. También tenemos la obligación, como nobleza en otros estados, de evitar toda acción que pueda parecer una injerencia extranjera. Esa es la razón por la que no he actuado antes. Esa es la razón por la que les he convocado aquí. Las tres naciones saben que los Boros nos estamos reuniendo, y que nos estamos reuniendo en nuestro hogar ancestral porque es nuestro hogar, y por ninguna otra razón política.

—Ahora bien, hay muchas historias circulando sobre la naturaleza de la catástrofe en Iapysia. Se considera popular que ésta es un castigo de los Vientos, quienes, para empezar, se cree que instalaron a la Reina Galas. Aunque en primer lugar, ella era la legítima heredera, por lo que habría heredado sin tal ayuda. Y segundo, ha estado cometiendo todo tipo de atrocidades en nombre de la denominada reforma, muchas de las cuales han golpeado el corazón mismo de nuestro orden social.

Brendan Sheia miró a Yuri: —¿Es que reforma es una palabra vulgar por aquí? —exclamó.

Yuri levantó una mano, ladeó la cabeza y dijo: —En absoluto. Pero tenemos que enfrentar la perspectiva de una nación gobernada sólo por la chusma, y en la forma parlamentaria de Iapysia. Independientemente de los crímenes de la reina Galas, ni hombre ni mujer sensato querría ver el estado sin cabeza. Todos tendríamos que lidiar con las consecuencias y creo que los Vientos no verían con buenos ojos a Iapysia. Y nosotros, los Boros, somos parte de Iapysia.

Calandria puso su mano en la manga de Jordan: —¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

Él quería hablarle sobre las visiones, pero hacerlo seguramente daría por terminada la noche. No era que Jordan estuviera

disfrutando de esta asamblea, pero era algo muy importante estar aquí. Quería quedarse hasta el final.

Negó con la cabeza: —Estoy bien —Pero estaba empezando a sudar.

Yuri continuó: —La reina se ganó la ira del parlamento y de gran parte de la nobleza al crear una serie de aldeas experimentales en las que las leyes de la tierra fueron reemplazadas por leyes simuladas de su propia invención. En una de ellas, cada ciudadano tenía derecho tanto a un esposo como a una esposa, hombre y mujer —Yuri asintió sabiamente ante las expresiones de asombro de su audiencia—, en otra derogó la ley por completo, reemplazándola con la ominosa opinión pública, y en otra, ella invirtió todo las leyes de la tierra, de modo que nadie fuera castigado por ningún acto: en lugar de ser castigado por actuar injustamente, las personas eran recompensadas por actuar con justicia. En resumen, ella lanzó un desafío a la cara de la decencia en todas sus formas, en nombre de alguna nebulosa reforma —Yuri miró por encima del hombro a Brendan Sheia—. Todos estamos avergonzados de las acciones de esta Reina y ninguna condena sería suficiente.

—Pero ella es la Reina, y si hay que ocuparse de ella, debe ser por los terratenientes, no por la chusma. Así que, mi querida familia, nos encontramos frente a un dilema porque el ejército levantado y gobernado por el parlamento está ganando la guerra contra la Reina.

¿A quién le importaba eso? Jordan tenía que salir de aquí. Hizo ademán de ponerse de pie, pero sintió la mano de Axel sujetando su hombro, obligándolo a bajar de nuevo. Jordan giró para morder al hombre, pero una oleada de mareo se apoderó de él.

Extraño, qué tranquilizadoras eran las lágrimas. Eran adecuados para este cuerpo, una acción curativa. Armígero nunca había sabido eso de las lágrimas, siempre las había tomado como una reacción refleja de sus hombres al dolor. Pero liberaban la pena, y este cuerpo suyo, ahora el único, le agradeció por permitirlas.

Ahora se puso de pie, se secó los ojos y miró a uno y otro lado del camino. ¿Qué más necesitaba este cuerpo? Parecía que debería tenerlo en cuenta ahora que su Yo superior se había desvanecido.

Necesitaba comida adecuada, sí, y cobijo, calor y descanso. Descansar…

No sabía que su cuerpo estaba tan cansado. Toda la energía que había puesto en él durante el último día se había derramado de nuevo mientras caminaba. Estaba sanando a pesar de su gran gasto de energía, no por éste. Si no tenía cuidado, el cuerpo volvería a ceder, esta vez de forma permanente. Tendría que encontrar otro o existir sólo como la red fantasmal de filamentos con los que había llegado por primera vez a este mundo. Si bien podía sobrevivir de esa manera, Armígero temía la pérdida de su cuerpo humano: era su ancla. Sin él, se hundiría en la locura de su propia sensación de pérdida.

Su cuerpo quería la comodidad de su propia especie para curarse. Él vería adónde conducía este camino.

Axel quitó la mano del hombro de Jordan. El chico se había calmado. Ahora parecía estar concentrado en el discurso de Yuri. Bien, no podía dejar que saliera corriendo a la letrina en este momento. Yuri obviamente estaba a punto de anunciar qué barco respaldaba, el parlamento o la Reina. No sería bueno llamar la atención en este momento.

Jordan no podía moverse. Sus percepciones parecían duplicarse: sabía que estaba sentado en la mesa del salón de banquetes, incluso sintió que Axel le quitaba la mano del hombro. Pero al mismo tiempo estaba muy lejos observando a través de otro par de ojos. Su otra mano apartó las hojas, tropezó con algo y Jordan trató de extender la mano derecha para estabilizarse. ¡Funcionó!, agarró una rama. Pero entonces la mano volvió a soltarse antes de que él lo deseara. No, él no estaba controlando este cuerpo, solo reaccionaba en sincronía con él.

—Así que es con desgana, y con plena conciencia de que esta decisión no complacerá a nadie, que tengo que decirles la posición oficial de la casa de Boros —Yuri frunció el ceño hacia los miembros de la familia reunidos—. En aras de devolver de una vez por todas una verdadera monarquía a Iapysia, debemos apoyar al parlamento en este momento.

El camino serpenteaba por la ladera de una colina, y allí, en una loma de la colina, bajo árboles altos, había una cabaña. Extensos jardines habían sido podados en las zarzas al pie de la colina, donde un regato serpenteaba a través de ese barranco boscoso.

Armígero hizo una pausa, respiraba agitadamente. Sentía impulsos contradictorios: evitar este lugar, ya que él no era fuerte y su cuerpo podría no sobrevivir a un encuentro hostil, o buscar ayuda ahora. Estaba desesperadamente enfermo, cansado y herido.

Permaneció de pie, moviéndose de un pie a otro, consciente de las punzadas de dolor cada vez que se movía. ¿Dónde podría ir? ¿Caminaría hasta el fin del mundo? ¿O hasta que los Vientos lo encontraran y lo envolvieran en su propio e indeseable abrazo? Esa perspectiva era desalentadora.

Un grito ahogado detrás de él tomó a Armígero por sorpresa, e intentó girar, pero perdió el equilibrio. Con un grito ronco cayó por la pendiente, completamente indefenso. En el fondo yació preguntándose por su debilidad. Nunca, ni siquiera en la tumba, se había sentido así. Sus energías estaban fallando por el esfuerzo que requería restaurar su cuerpo a la vida. Tosiendo, parpadeó hacia las pálidas hojas en lo alto.

—¡Diosa! —La voz era de mujer—. ¿Estás bien?

Una sombra se inclinó sobre él. Oyó otra respiración: —¡Diosa, no lo estás!

Armígero intentó levantar la mano: —Por favor —graznó—. Ayúdame —Sus dedos negros se cerraron en fino cabello.

—¡No —Jordan apenas fue consciente de que su plato estaba resbalando por la mesa y se hacía añicos en el suelo. Él había caído hacia adelante en la lucha por contener el cuerpo distante de Armígero. ¡Corre! ¡Aléjate de él!

Nadie le estaba prestando atención. Brendan Sheia estaba de pie moviendo un dedo hacia Yuri: —¡Eso es una calumnia! —gritó—. Todos sabemos la verdadera razón por la que apoyas al parlamento, padre. ¡Es para quitarme mi derecho de nacimiento!

Un jadeo recorrió la habitación. Después todos estaban gritando a la vez.

Nadie podía oír a Jordan, ni los que estaban en el salón del banquete, paralizados como estaban por el drama que se desarrollaba allí, ni la mujer distante, demasiado cerca de Armígero. Jordan sintió las manos de la mujer sobre él, ¿o eran las de Calandria?

Un torrente de voces indignadas lo envolvió: —Tu ira no te honra, Brendan. —Silencio, Linden, traidor— Sillas se derrumbaron, las damas se apresuraron a ponerse a cubierto cuando los dos herederos Boros se enfrentaron abajo de la mesa principal.

Nada de esto le importaba a Jordan. Él intentaba con toda su voluntad tomar el control del cuerpo de Armígero, pero era en vano. Esa mano en el cabello de él... Notaba vagamente que Axel lo tenía inmovilizado en una llave y que, junto con Calandria, lo estaban sacando del salón de banquetes.

Él luchaba contra los cuerpos equivocados y, aunque éstos se resistían, en aquel lugar lejano el que debía resistir, el que debía huir, no lo hacía. Esos suaves brazos de la mujer recogieron a Armígero del suelo.

8

Calandria sirvió un poco de vino y le entregó la copa a Jordan. Él la aceptó agradecido y se encorvó aún más bajo la manta junto al fuego que Axel había encendido en la chimenea. Axel ahora caminaba enojado hacia la puerta de su habitación en la torre. Había atrancado la puerta. Varias veces la gente había llamado a la puerta, pero él había gritado que todo estaba bajo control, que Jordan estaba bien.

Al parecer, Jordan los había deshonrado en el banquete. Él aún sentía un poco el gusto a vómito. Bebió el vino para enmascararlo. Le temblaban las manos y quedó mirándolas en silencio.

—¿Qué le pasa? —exigió Axel.

—Parece estar cada vez más sintonizado con el implante. Antes sólo podía recibir cuando estaba dormido. Jordan, ¿puedes oírme?

Él se acercó más al fuego. Reluctantemente, dijo: —Sí.

Ella puso los dedos en su hombro: —¿Estás bien?

—Sí —Jordan apuró el vino, de cara al fuego.

—Esto es demasiado para él —dijo Axel—. Deberíamos parar.

—¡Aún no sabemos dónde está! —replicó May—. El avatar es una amenaza hasta que lo encontremos y lo neutralicemos. Ya sabes cómo son los dioses. No tenemos forma de saber si 3340 escondió una semilla de resurrección en Armígero. Si lo hizo y la semilla brota... entonces todo lo que hemos hecho está en peligro.

—Hay otras formas de encontrarlo.

—¡No! —Ambos giraron la cabeza. Jordan los estaba mirando. En ese momento los dos le recordaban a sus padres, pronunciando palabras inútiles en lugar de actuar—. ¡Tenemos que hacer algo ahora! Él está lastimando a la gente.

Calandria vino a sentarse a su lado: —¿Qué quieres decir?

—Tenemos que averiguar dónde está ahora mismo —insistió Jordan —. Prometió que me quitaría las visiones cuando le dijera dónde está Armígero. Bueno, hagámoslo. Después de salir de aquella mansión pensé que las cosas iban a ser más fáciles, ya que usted dijo saber lo que estaba pasando y pensé que usted podía hacer algo al respecto. ¡Pero no esperaba lo que pasó esta noche, y está empeorando! —Él se encorvó, tratando de atraparla con el reproche de la mirada.

Calandria y Axel intercambiaron miradas. Axel se encogió de hombros, pareciendo casi divertido: —Ahora somos tres en esta empresa, Cal. El argumento del chico es bueno.

—¿Dónde está la sabiduría que me iba usted a dar por decirle dónde está Armígero? —señaló Jordan—. No tengo nada de eso. ¡Usted me secuestró y me metió visiones en la cabeza hasta casi volverme loco! —Él estaba ligeramente asombrado por su propio arrebato. Por supuesto, había tomado algunas copas de vino esa noche, pero en realidad ya estaba harto. Un eco de la fuerza que lo había impulsado aquella noche a seguir a Emmy lo impulsaba a hablar ahora.

—A veces se parece usted a los Vientos —dijo Jordan—. pero usted no ha hecho nada por mí. Solo dijo que lo haria.

Calandria se levantó: —Lo siento —dijo ella—. Prometo compensarte. Y soy consciente de que cometí un error al traerte al banquete. No pensé que iba a ser tan estresante para ti

—Espera un segundo —dijo Axel—. Así que estaba bajo un estrés extremo esta noche. Y empezó a tener visiones. ¿Es el estrés el desencadenante?

Ella asintió y suspiró: —Lo siento, Axel. No estaba segura de eso antes, así que no lo mencioné. Pero el banquete lo demuestra. Hay una relación entre el estrés y su receptividad.

—Tal vez si puede controlar sus reacciones de estrés, pueda controlar las visiones —dijo Axel. Jordan alzó la vista de nuevo al

oír esto.

Calandria parecía apenada: —Sí, pero no queremos eliminarlas por completo. Por otro lado, no podrá aprender a controlarse lo suficientemente rápido como para evitar que averigüemos lo que necesitamos saber.

—Al menos podemos enseñarle a evitar ese tipo de... lo que sea que acaba de pasar —Axel asintió con los brazos cruzados y los ojos fijos en Jordan—. Enséñale algunos de tus trucos. Juegos de relajación. Control mental. Le debemos mucho, y dijiste que le pagaríamos con sabiduría. Pues empecemos a pagar.

Calandria miró de Axel a Jordan antes de asentir fatigada: —De acuerdo —Se volvió a sentar—. Jordan, comenzaremos tu educación ahora mismo, si quieres.

—¡Sí! —Jordan giró hacia ella. Por fin.

—Esto llevará tiempo y mucha práctica. Puede que ni siquiera funcione al principio, pero con la práctica comenzarás a entenderlo. ¿Bien? Bien. Lo primero que debes aprender es que no puedes hacer nada si no puedes controlar tu propia mente, tus emociones ni tus reacciones. Así que, eso es lo primero que aprenderás. Comenzando con cómo relajarse.

Jordan olvidó el calor en su espalda y el vino en su copa, y escuchó.

§ § §

Pasaron dos días de ansiedad. Armígero no se movía, por lo que Jordan no tenía nada nuevo de lo que informar a Calandria. Sabía que ella estaba frustrada por la demora. Habían repasado sus visiones anteriores una y otra vez, pero él no había podido proporcionarle nada nuevo. A menudo la veía meditar con los ojos cerrados, y muchas veces después de estas sesiones ella tenía nuevas preguntas sobre los paisajes que él había visualizado: —¿Había una colina alta y redonda en la distancia? ¿Se extendía el bosque tres lenguas cerca del horizonte? —Él no tenía respuestas.

Al tercer día, en uno de sus infrecuentes descansos, Jordan subió al

tejado a estirarse. La finca Boros se extendía debajo. La gente iba y venía por tareas que le eran familiares. Podía saber lo que estaba pasando con sólo observar a los sirvientes, aunque los propósitos de los mismos Boros eran imposibles de descifrar.

Aunque la política como tal estaba más allá de su entendimiento, Jordan podía leer la historia de la casa de la familia Boros a partir de las piedras mismas. Podía saber qué se había agregado, cuándo y con qué estilo. Si te guiabas por los alardes de los miembros visitantes de la familia, el clan siempre había sido prominente. Pero esta torre era antigua; y la mansión, nueva; y en el medio había rastros de edificios y muros con estilos de varios períodos. Jordan podía imaginar cada uno por turnos, y veía grandes huecos entre la aparente demolición de un conjunto de edificios y el crecimiento de la mansión. Si este era el hogar ancestral de los Boros, había permanecido desocupado hasta durante un siglo en cada caso.

Este ejercicio era un buen modo de distraer la mente. Y, tenía que admitirlo, estaba empezando a relajarse a pesar de todo. En los últimos días había practicado constantemente las habilidades que Calandria May le había enseñado. Nunca había sabido que debía respirar desde el vientre, no desde el pecho, ni que su cuerpo tenía tensión en los músculos aunque su mente estuviera relajada. Examinaba su cuerpo cada uno o dos minutos y, cada vez que lo hacía, encontraba que alguna parte de él se había tensado, generalmente los hombros. Se concentraba durante un segundo, los relajaba y volvía a lo que estaba haciendo. La sensación de ser perseguido que lo había acosado estaba desapareciendo.

Lo mejor de todo era que las visitas de Armígero ya no eran arbitrarias e incontrolables. Aún soñaba con el semidiós, pero a la luz del día notaba cuando se le acercaba sigilosamente un ataque visual. Usando los ejercicios de relajación que Calandria le había enseñado, por lo general podía detenerlas de golpe. Calandria lo animaba a pensar en las visiones como un talento que él podía dominar, y no como una intrusión exterior.

Él sabía que esto servía para los fines de Lady May, pero estaba preparado para aceptarlo porque, en definitiva, los fines de ambos eran paralelos. Podía pensar en las visiones con cierta objetividad e informar a May en detalle de lo que veía y oía.

Y lo más importante, lo que veía y oía había cambiado. Armígero yacía en la cama en una cabaña en algún lugar al sur. Lo cuidaba una mujer solitaria, una viuda que vivía sola en el bosque. En su convalecencia, Armígero parecía un hombre corriente. Sus terribles heridas se estaban curando y los pequeños fragmentos de diálogo que Jordan captaba entre él y su benefactora eran mundanos, incómodos, casi tímidos. Armígero no se la había comido ni la había sometido a sus órdenes. Había aceptado su ayuda y se lo agradecía amablemente. Su voz ya no era un ahogado gruñido, sino un tenor suave.

Jordan no dudaba de la capacidad de Armígero para el mal. Él no era humano. Pero lo que Jordan veía ya no era una pesadilla, y eso también era un alivio.

—¡Ey, ahí estás! —Axel Chan asomó la cabeza por la trampilla abierta del tejado de la torre. Salió, se sacudió el polvo y fue a unirse a Jordan en la almena—. ¿Qué haces aquí arriba? Los jardines están bien hoy. ¿Tomando el sol?

Jordan asintió: —Me gusta subir aquí. Puedo ver todos los edificios —Los jardines no le interesaban, procedían de jardineros, no de canteros como él.

Dudó, luego preguntó algo que había estado en su mente: —No vamos a quedarnos aquí, ¿verdad?

—Nos iremos en cuanto tengamos una localización de Armígero —Axel se asomó con cuidado y escupió—. Hm. Veinte metros hasta abajo —miró con picardía a Jordan—. No te estarás escondendiendo de Calandria aquí arriba, ¿verdad?

—No —Era la verdad, aunque Jordan sabía muy bien a qué se refería Axel—. Ella me hace trabajar muy duro —Si se la dejara a su aire, Jordan pasaría dieciséis horas al día practicando sus ejercicios.

Axel se encogió de hombros: —Intenta que asimiles la mayor cantidad de información posible en poco tiempo.

—Pero ella no quiere resoonder a todas mis preguntas.

—¿En serio? ¿Cómo qué?

—Le pregunté qué son los Vientos. Ella dijo que probablemente yo no lo entendería.

—Ah. No, eso es probable que no lo entiendas. Pero eso no significa que no debamos decírtelo —añadió Axel con una sonrisa—. ¿Tu quieres saberlo? ¿La versión íntegra?

—¡Sí!

—De acuerdo —Axel juntó las manos mirando hacia la finca—. ¿Te ha dicho qué son los dioses?

—Espíritus primigenios —dijo Jordan—. Superiores a los Vientos.

Axel frunció el ceño: —Verás, ese es uno de esos puntos donde las preguntas no terminarían nunca. Bien, antes que nada, los dioses no son espíritus, son mortales. Segundo, los humanos existieron antes que los dioses. En tercer lugar, nosotros creamos a los primeros dioses, hace siglos ya. Eran experimentos para crear conciencia en los mecanismos. Nadie sabe de dónde salió 3340, pero era lo mismo que los Vientos, y estaba igual de fuera de control.

—¿Cómo podría un dios ser un mecanismo?

—Hmmf. Míralo de esta manera. Una vez hace mucho tiempo convergieron dos tipos de trabajo. Descubrimos cómo hacer máquinas que pudieran hacer otras máquinas. Y descubrimos cómo hacer que las máquinas... no pensaran exactamente, pero hicieran algo muy parecido. Entonces, un día, algunas personas construyeron una máquina que sabía cómo construir una máquina más inteligente que ella misma. Esa construyó otra y esa otra y, pronto, acabaron construyendo cosas que los hombres que habían hecho la primera máquina ni siquiera reconocían. Algunas de estas cosas se conocieron como mecas, que es el tercer orden de vida aquí en Ventus. Lo meca es tan sutil como la vida biológica, pero construido de manera totalmente diferente.

—Y algunos de los meca siguieron desarrollándose con tremenda velocidad, y se volvieron más sutiles que la vida. Más inteligentes

que los humanos. Conscientes de más cosas. Y a veces más ambiciosos. Tuvimos pocas opciones salvo etiquetarlos como dioses después de ver lo que podían hacer, es decir, cualquier cosa.

—La mayoría de las veces los dioses se dedican a sus propias preocupaciones. 3340 decidió que su preocupación éramos nosotros. Afortunadamente, nosotros, los humanos, sabemos cómo crear cosas de igual poder que nos sirvan. Los Vientos estaban destinados a ser vuestros esclavos, no vuestros amos. Al parecer hay historias aquí en ese sentido.

Jordan asintió.

—El diseño exacto de los Vientos se ha perdido —dijo Axel—, ya que fueron un proyecto único de la Unión Europea, y la universidad que supervisó el proyecto fue bombardeada junto con Hamburgo en 2078. De todos modos, los Vientos fueron creados y se les encomendó la tarea de transformar Ventus de un páramo sin vida a un paraíso donde la gente pudiera vivir. Lo hicieron, excepto que cuando llegaron los colonos, los Vientos no os reconocieron.

—Parece que no había manera de comunicarse con ellos. Una de las cosas que no sabemos hasta el día de hoy es cuál se suponía que era la cadena de mando dentro de los Vientos. No parece haber un "cerebro" central que gobierne el planeta. Y las comunicaciones entre los Vientos parecen irregulares y confusas. Es como si todos hubieran seguido su propio camino.

—Mucha gente piensa que esto es lo que pasó. Todos los Vientos se preocupan por la ecología del planeta, pero a diferentes niveles. Las lunas errantes se preocupan por la distribución general de minerales y nutrientes del suelo, por lo que recogen de aquí y tiran allá, quieren hacer en siglos lo que la evolución y la tectónica tardarían miles de millones de años en lograr. Los mecas integrados en la hierba son defensores de la hierba, y pueden oponerse a que las lunas arrojen basura sobre ellos, por ejemplo. No hay un cerebro central que les diga a ambos lo que es una buena idea, pero tal vez se suponía que originalmente había un plan central al que todos tenían acceso. Conociendo este plan, la hierba aceptaría morir salada o ahogándose en un nuevo lago formado por los desaladores. Luego, aunque ninguno de los Vientos fuera responsable ante los

demás, todos serían responsables ante el Plan, porque esa era la única forma de garantizar la terraformación adecuada de Ventus.

—No parece que se mencione a los humanos en la programación de los Vientos. Se suponía que éramos el vértice del Plan, representado como su propósito final. Eso fue lo que salió mal: no había plan, no había arreglos para la llegada de los colonos.

—Así que, un extraño mundo doble se ha desarrollado en tu planeta. Cada objeto parece tener su espíritu residente: el meca microscópico, o lo que nosotros llamamos nano, coordina el lugar de tal objeto en la ecología. Originalmente, se suponía que estos espíritus residentes tenían un objetivo común más allá de la supervivencia de sus anfitriones. Debían ponerse a nuestra disposición, ser nuestras herramientas. Pero ahora es la anarquía. Guerra en el mundo de los espíritus. Los únicos que quedan al margen de esta guerra son los Vientos más grandes, los Cisnes Diadema, los Garfios Celestiales y similares.

Jordan solo había entendido un poco de ese discurso: —Pero algunas personas sí hablan con los Vientos —dijo—. Así es como los inspectores y los controladores saben cuál debe ser el rendimiento de los cultivos o dónde pueden construir una rueda hidráulica. Los Vientos les dicen lo que está permitido.

—Hm.. —Axel alzó una ceja—. También yo había oído eso de otras personas aquí. Allá arriba —señaló las nubes con el pulgar—, la gente no se lo cree. Dicen que vuestros inspectores son una banda de charlatanes que se aferra al poder fingiendo que pueden hablar con los Vientos.

Jordan se cruzó de brazos: —Eso no lo sé. Sólo sé cómo hacemos las cosas.

—Bien. Eso es justo.

—Entonces, ¿qué es Calandria May? —preguntó Jordan—. ¿Es un Viento, o algo como Armígero? ¿O simplemente una persona?

—Ella es... solo una persona. Pero una persona con habilidades especiales y mejoras en su cuerpo, como la armadura debajo de su

piel. Yo también tengo eso —dijo frotándose la muñeca—. Y sigo siendo humano, ¿no? —Le sonrió.

—Entonces, ¿cómo llegaron ustedes aquí? Sé que siguieron a Armígero, pero... —Jordan tenía demasiadas preguntas, no sabía por dónde empezar.

Axel frunció el ceño hacia los jardines distantes: —Estábamos en guerra contra 3340, toda la humanidad lo estaba. Eso nos quería a todos como esclavos. Tenía todos sus poderes divinos, nosotros teníamos nuestro supermeca y algunos agentes que eran más que humanos, pero menos que dioses, como Calandria May. El año pasado ella se infiltró en un mundo llamado Hsing, que 3340 había esclavizado, para intentar hallar un modo de poner a la población en contra de su dios no elegido. Ella descubrió que 3340 había estado transformando a la gente común en semidioses; Cisnes Diadema o morfos, si lo prefieres; al infectarlos con mecas que los devoraban desde dentro, reemplazando toda su biología con mecalogía. 3340 los esclavizó mucho más brutalmente que a los humanos incluso. Cal encontró una manera de volverlos contra 3340, y lo hizo durante nuestro ataque hace seis meses.

—¿Cómo?

—Cal tuvo que convertirse brevemente en uno de ellos. Ni tú ni yo podríamos haberlo hecho, pero Calandria pudo dejar atrás su humanidad. Se convirtió en una diosa, solo por un día más o menos. Y ella mató a 3340.

—Si se convirtió en una diosa, ¿por qué no se quedó así?

Axel negó con la cabeza: —No lo sé. Podría haber conservado poderes fabulosos, habría vivido durante miles de años si hubiera querido. Ella no quiso. Creo que estaba loca por renunciar a eso. Yo no lo entiendo, de veras que no.

Jordan estaba pensando: —Así que después de que 3340 muriera, ustedes vinieron aquí. Para matar a su sirviente, Armígero.

—Exacto —Axel se apoyó en la almena y entrecerró los ojos al sol —. ¿Qué implica todo esto sobre los Vientos ahora?

Jordan dudó. Lo que venía a la mente era imposible.

Axel asintió con aire de suficiencia: —Eres inteligente. ¿No está claro? Los Vientos están hechos del mismo material que los mecas. Están vivos. Y también son mortales.

Jordan le dio la espalda: —Bobadas. Si los Vientos son mortales, entonces todo podría serlo. El cielo o el sol o la tierra misma.

—Empiezas a entender —dijo Axel—. Ahora entiende esto: lo que es mortal puede ser asesinado.

§ § §

La puerta de la habitación de la torre estaba cerrada con cerrojo. El fuego estaba encendido y las velas estaban sobre la mesa. Jordan, Calandria y Axel estaban sentados en imitación de una escena doméstica, cada uno inclinado sobre una tarea vespertina. Salvo por que Calandria no estaba zurciendo, sino estudiando un mapa sobre la mesa; y Axel no estaba reparando herramientas ni sus botas, sino puliendo el acero de una amenante espada; y Jordan no estaba jugando ni limpiando, sino que estaba sentado con las piernas cruzadas en el centro de la alcoba, con las manos sobre las rodillas y parpadeando. Intentaba contar hasta tres, un número por cada respiración, sin permitir que ningún pensamiento perdido se entrometiera en el camino. Esta noche sentía que por fin estaba empezando a entenderlo.

A las dos respiraciones y media, le sorprendió un pensamiento: ¡Ey, puedo hacer esto! Alto. Vuelve a uno.

—Mierda —Se dio una palmada en la frente. Calandria rió.

—Lo estás haciendo bien —dijo ella—. Puedes descansar ya.

—¡Pero lo tuve una o dos veces!

—Bien. No presiones, o empeorarás en lugar de mejorar.

Jordan separó las piernas y se levantó. Dos respiraciones profundas, tal como le había enseñado. Se sentía genial, relajado y capaz de

lidiar con las cosas. Nunca antes se había sentido así... oh, tal vez cuando era muy joven y no sabía cómo era el mundo. Todas sus preocupaciones y problemas parecían distantes, y podía prestar atención al aquí y al ahora. Sonrió y se dejó caer en el borde de la cama.

—Axel me dice que tienes bastante seso —dijo Calandria—. Me dijo que descubriste por tu cuenta la historia del clan Boros leyendo su arquitectura.

—Sí —dijo Jordan con suspicacia. Él y Axel habían llegado a hablar de eso esa tarde, después de que su conversación sobre los Vientos y 3340 terminara en un callejón sin salida. Axel desconocía por completo la contradicción entre la historia oficial de los Boros y lo que sugerían las piedras.

—¿Quieres pasar a un nuevo estudio? Debes continuar practicando lo que te he enseñado, por supuesto.

—¡Claro! —Se sentía preparado para cualquier cosa—. ¿Qué hacemos?

Calandria dobló su mapa y lo dejó a un lado: —Podemos construir sobre lo que ya has aprendido. Si puedes relajarte, puedes concentrarte. Si puedes concentrarte, puedes hacer maravillas.

—¿Cómo qué?

—Memoria perfecta, por ejemplo. O el perfecto control de tu cuerpo, incluso de los latidos de tu corazón. Esta noche te mostraré algo para ayudarte a controlar tus visiones.

—Pensé que eso era lo que estaba aprendiendo.

—Has estado aprendiendo cómo detenerlas. Ahora aprenderás cómo hacer que sucedan.

Axel alzó la vista con la sorpresa escrita en su dinámico rostro: —¿Nosotros sabemos hacer eso?

—Todo es consistente —dijo ella—. Me sorprendería mucho si esto no funcionara —Le indicó a Jordan que se sentara en el suelo y ella

se sentó frente a él—. Ahora, cierra los ojos.

Jordan no estaba seguro de querer controlar el suceso de las visiones, estaba contento con poder expulsarlas. Pero obedeció. Armígero ya no era tan aterrador y, si podía detener una visión una vez que comenzara, la perspectiva era menos desalentadora.

—Ahora —dijo Calandria—, sin llegar a hacerlo, imagina que levantas la mano frente a tu cara —Así lo hizo él—. Examina tu mano imaginaria. Gírala de un lado a otro. Cierra el puño —Obedeció—. Fíjate bien en tu mano. Imagínala tan claramente como puedas.

Jordan hizo lo mejor que pudo: —¿Sigues perdiendo la imagen? —preguntó ella. Él asintió con la cabeza— ¿Recibes pequeños destellos de otras imágenes?

Desconcertado, Jordan quedó en silencio un rato. Luego se dio cuenta de lo que ella quería decir: la mano era reemplazada durante una fracción de segundo aquí y allá por imágenes de cosas sin importancia, como el lavatorio en la esquina o una vista de árboles que no pudo identificar. Ya lo veo —dijo.

—Esto es lo que nos pasa a todos detrás de los ojos —dijo ella—. Un constante parpadeo de visiones. A medida que practiques el ejercicio de contar y tu concentración mejore, podrás atenuarlas y ver lo que quieres ver durante más y más tiempo.

—Ahora, tal y como has imaginado tu mano, imagina que puedes ver todo tu cuerpo. Mantén los ojos cerrados y mírate a ti mismo —Jordan movió la cabeza, imaginando sus rodillas dobladas y sus pies descalzos sobre las losas—. Bien. Ahora, mantén los ojos cerrados y no te muevas. Imagina que este segundo cuerpo tuyo te pertenece y ponte de pie sobre él.

Él lo hizo —Mira a tu alrededor —Jordan fingió estar de pie y mirar alrededor de la habitación. Era difícil mantener las imágenes, no paraban de desaparecer. Él explicó eso.

—Esta bien. Ahora finge dar la vuelta. ¿Ves el banco donde está sentado Axel?

Se concentró: —Sí.. —Seguía viéndolo como un recuerdo, desde la posición en la cama donde se había sentado antes. Trató de imaginar que lo veía como si estuviera de pie en el centro de la habitación.

—¿Ves su mochila en el suelo junto al banco?

—Sí.

—Ve hasta la mochila. Ábrela. Mira dentro. ¿Qué ves?

Él fingió hacer lo que ella decía: —Hay… un cuchillo, un libro, una botella de cristal con licor.

—¿Está muy llena la botella?

Jordan fingió sostenerla. Parecía estar un cuarto llena: —Un cuarto —Eso era solo una fantasía, por supuesto, él no tenía ni idea de lo que había en la mochila de Axel.

Calandria dijo: —Axel, abre tu mochila. ¿Hay una botella dentro?

—Sí.

—¿Cómo de llena está?

—Un cuarto llena, pero bueno, eso solo es un truco de memoria. Yo estaba bebiendo de ella antes, vosotros dos me visteis.

—Jordan, ¿recuerdas haber visto antes a Axel beber de la botella?

—Yo… no lo sé. Tal vez.

—Tal vez. Pero no estás seguro. Y, sin embargo, ves la botella y sabes lo llena que está y dónde está. Qué extraño, ¿mmm?

Un fuerte júbilo se apoderó de Jordan. ¡Lo había visto! Lo que veía con su imaginación era real.

—Un truco de salón —murmuró Axel.

—¡Guarda silencio! —ordenó ella—. Ahora prueba esto. Vuelve a sentar tu cuerpo donde se sienta tu cuerpo real. Cierra tus ojos

imaginarios —Él lo hizo—. Imagina la negrura. Ahora…

La mano de ella le tocó el hombro. Jordan luchó por mantener los ojos cerrados: —Practica tu respiración profunda. Cálmate y mira más y más profundamenre en la negrura. —Él sintió que el centro de su conciencia descendía a través de su cuerpo hasta descansar finalmente en su vientre, donde una gran fuerza lo impulsaba a inhalar y exhalar lentamente.

La voz de Calandria había adquirido su tono más hipnótico: —Volverás a abrir tus ojos interiores, pero esta vez, la mano que ves ante ti no será la tuya, sino la de Armígero. ¿Lo entiendes?

El asintió.

—Abre esos ojos.

Así lo hizo.

§ § §

El techo era bajo y con vigas. Podía ver el patrón cruzado del techo de paja parpadeando a la luz del fuego.

Armígero se incorporó. El esfuerzo fue más fácil esta vez. Miró a su alrededor, abriendo y cerrando los dedos sobre la tela suave que cubría su cuerpo desnudo.

La mujer estaba sentada junto al fuego. Megan, como se había llamado a sí misma, costenía un saco de tela sobre las rodillas y estaba colocando el segundo de dos baldes a sus pies. Probablemente había sido el sonido del roce los baldes lo que lo había despertado.

Todas las posesiones de Megan eran visibles dentro de la única habitación de esta cabaña. Ella tenía tres sillas, un juego completo de ollas, utensilios de cocina y fuego, dos hachas junto a la puerta y una rueca. Los cofres estaban encajados en las esquinas. Hierbas secas y astillas colgaban de las vigas. Todo estaba toscamente tallado, excepto tres muebles: la cama con postes en la que ahora estaba sentado Armígero, una fina mesa de comedor de madera de

roble y, en la pared detrás de Megan, un armario de madera con diseños de hojas talladas. Ayer él se había acostado un rato, demasiado exhausto para moverse, y había examinado el patrón en ese armario desde su posición.

Megan estaba en la treintena. Su cabello era gris; su cara, curtida y gastada por el viento. Aunque ella era muy fuerte y todavía era esbelta bajo el vestido rojo de campesina que llevaba. Ahora ella metía la mano en uno de los baldes y sacaba un puñado de plumas marrones y blancas. Empezó a repasar la masa con los dedos de la otra mano.

—¿Qué estás haciendo?— preguntó él. Su voz sonaba más fuerte.

Megan levantó la vista rápidamente y sonrió: —¿Cómo estás?

—Mejor —Mivió la cabeza en círculos, sorprendiéndose cuando le crujió el cuello. Nunca solía hacer eso. Se tocó la parte inferior de la mandíbula. La cicatriz casi había desaparecido—. Hoy me gustaría intentar caminar.

—Mañana. Ahoea es de noche

—Oh —Megan empezó a meter plumas en el extremo abierto del saco, y él se percató de que ella estaba haciendo una almohada—. He estado usando tu cama. Yo.. —No estaba seguro de lo que iba a decir. ¿Gracias por eso? Pero él había estado enfermo. Sabía que el gesto era algo humano por parte de ella, tampoco es que uno de sus hombres hubiera hecho lo mismo voluntariamente—. ¿Dónde has estado durmiendo tú?

—Oh, dormí ahí contigo la primera noche —dijo ella atenta al trabajo. El cabello le ocultaba el rostro—. Tenías tanto frío que pensé que no sobrevivirías hasta la mañana. Las últimas veces he dormido en la mesa. Con algunos edredones, está bastante bien. De todos modos, el colchón de la cama es solo paja.

Armígero la imaginó tendida sobre la mesa, como un cuerpo en estado. Apartó deliberadamente la imagen de su mente.

—Siento ser una carga para ti —dijo él con rigidez.

Megan frunció el ceño: —No hables así. No es problema, lo que me resta de ocuparme es de mí. Y yo estoy bien. Y además... ¿qué otra cosa podía hacer?

—Me estaba muriendo —dijo él, asombrado ante el pensamiento—. Me salvaste.

—Ya he atendido a moribundos antes —dijo ella—. La última vez sin esperanza de recuperación. Tampoco tenía esa esperanza esta vez. Así que me alegra, ves, que pudiera salvar a alguien —Ese rostro se descompuso al pensar en algo—. Al menos por esta vez...

—¿Perdiste a alguien cercano a ti? —Él miró en derredor, notando la fina mesa de madera y el marco de la cama—. Tu esposo.

Megan asintió mientras buscaba más plumón: —Verás, sé lo que es perder cosas. Y lo que es tratar de mantenerlas —Ella lo miró, casi con fiereza—. Al final siempre pierdes lo que quieres conservar. Cuanto más te esfuerzas por mantenerlo, más se va. Así que ahora sé cómo mantener las cosas bien.

—¿Cómo es eso?

—No puedes quedarte con una cosa entera, pero puedes quedarte con una parte de cualquier cosa —ella miró con tristeza el armario de madera—. Ya sea sólo un mueble. Y si puedes aprender a contentarte con eso, entonces puedes dejar pasar cualquier cosa —Megan se puso de pie y caminó hacia el armario. Pasó la mano sobre la fina veta de la madera—. Yo me sentaba y lo observaba mientras él hacía esto. Pasó mucho tiempo en eso. Estábamos enamorados. Cuando pierdes a tu esposo, crees que lo has perdido todo, que ya nada tiene valor. Curioso, cuánto tardé en saber que esto seguía aquí, y otras cositas. Las partes de él que podía conservar.

Ella se encogió de hombros y se volvió hacia Armígero: —¿Y tú qué has perdido?

Él sintió una oleada de rabia ante la insensata presunción de la pregunta. ¡Como si ella pudiera comprender lo que él había perdido! Bueno, tal vez para ella perder a su marido era el

equivalente a su propio desastre: —Perdí mi ejército —dijo él.

Megan rió: —Y casi tu vida. Pero los soldados no se preocupan por ese tipo de cosas, ¿verdad? Yo admiro eso.

Él se rascó distraídamente la parte posterior del brazo: —Buena señora, los soldados no se preocupan de otra cosa.

Ella vino y se sentó en el borde de la cama. Olía a acre plumas de pollo: —Ahora —dijo ella con seriedad—, tal vez yo sí crea eso. Porque has perdido algo. Más que tu camino.

Armígero la miró fijamente. No había forma de que él pudiera hablar de esto, las palabras no podían abarcarlo, eran demasiado pequeñas. La parte de él con la que se había comunicado estaba más allá de las palabras o de cualquiera de los cinco sentidos humanos. Él había inventado sentidos, y sentido, a la medida de sus intimidades.

Él quería hablar con ella en trueno, en terreno desgarrado y en aire conmocionado. Y lo habría hecho si tan sólo hubiera tenido la fuerza.

Al recordar que ella le había dado la fuerza que tenía, bajó la mirada.

—Creo… que morí —dijo él. Ese fue la única análogía humana en la que pudo pensar—. Yo morí cuando… Ella murió —La palabra Ella era completamente erónea para describir su Yo Superior, pero la gente de Megan creía que las almas eran femeninas. Luchó por encontrar las palabras, envolviéndose con los brazos, mirando más allá de ella—. Más que una esposa. Más que una reina. Mi dios murió, quien dio significado a algo más que mi vida, quien lo infundió todo, las piedras, el aire, con mi vida.

Megan asintió: —Lo sabía. Por las cosas que dijiste mientras dormías. Por tu mirada —suspiró—. Sí, ya ves, estamos juntos en eso.

—No. No como tú —Se incorporó enojado, sintiendo agudas punzadas de dolor en el costado. Megan lo miró fijamente, paciente

e impertérrita.

Él quería perforar esa calma, esa certeza de que su propio dolor era tan grande como el de ella—. Ella no era un ser humano —dijo él —. Ella era… un Viento.

Megan parpadeó. Su frente se arrugó, luego se espejó: —Mucho se hace claro —dijo ella. Fue el turno de Armígero de parecer sorprendido. Megan extendió la mano, lentamente, y le tocó la cicatriz curativa bajo la barbilla—. Conozco los ritos de la muerte —dijo—. He tenido que realizarlos yo misma.

Armígero se recostó. Su ira se desinfló. Por alguna razón, se sentía insatisfecho, como si ella le hubiera mentido y no sólo dicho lo que ella entendía.

Todo se estaba volviendo gris: —Duerme —dijo ella—. Mi morfo.

Él se recostó, escuchando cómo se movía ella por la cabaña. Justo antes de volver a quedarse dormido, la oyó decir, tal vez para sí misma: —¿Y qué parte de esto te vas a quedar?

9

—Esta puede ser nuestra última noche cálida del año —dijo Megan la noche siguiente—. Me complace verte disfrutarla.

Armígero le sonrió. Estaba de pie en el centro del claro al lado de la cabaña. El sol acababa de ponerse y dejaba una franja rosa en el horizonte occidental. La luna Diadema estaba saliendo. La luna recibía su nombre por la dispersión de brillantes cráteres blancos en su superficie, lo que la convertía en un tenue óvalo salpicado de motitas de luz con el brillo del diamante. En otras noches, Armígero había elogiado o maldecido esos puntos brillantes, según si la visibilidad nocturna era ventajosa o no para su ejército. Esta noche, posiblemente por primera vez, podía admirar la vista por sí misma.

Se sentía contento. Sabía que eso era porque estaba libre de toda responsabilidad durante esta convalecencia.

—Qué extraño —murmuró él.

Megan miró a la luna y luego a él: —¿Qué?

—Debería estar muerto —dijo él.

Ella le tocó el hombro: —Tus heridas eran terribles. Pero se están curando rápido. ¿No es eso lo normal para un morfo?

—No soy exactamente un morfo —dijo él con ironía—. Solo lo parezco. Pero sí, tienes razón —La mentira salió fácilmente a sus labios. Luego lo pensó. ¿Podría explicarle esto a un mortal? Nunca habría pensado que tuviera la obligación de intentarlo.

Armígero dejó de mirar la luna y estudió a Megan a la pálida luz. Ella era una criatura que él no entendía. Sus planes rara vez habían incluido mujeres. Pero ella estaba ahí de pie junto a él ahora, tranquila en el canto del grillo y la oscuridad, y no jugaba ninguno de los juegos de dominación que jugaban los hombres. Ella daba por sentada su propia obligación para con él, el soldado herido.

—Mi vínculo con mi Yo superior... —comenzó, luego se detuvo—.

Era más que amor. Compartíamos una identidad. Cuando... Ella murió, yo también debería haber muerto. Porque solo existía uno de nosotros. O al menos eso es lo que yo creía.

Megan asintió: —Todos pensamos eso del amor de nuestra vida. Pero uno sigue adelante.

Al principio, Armígero pensó que ella no lo había entendido. Luego pensó en otra posibilidad: que Megan sabía que sus experiencias no eran como las de ella, pero aún así estaba haciendo un esfuerzo por traducirlas en términos que ella pudiera entender.

Le sorprendió pensar que ella podría estar invirtiendo tiempo en él para llevar a cabo un tipo de trabajo tan extraño. Porque sería un trabajo encontrar puntos en común con la experiencia de un extraño. El mismo Armígero lo había hecho únicamente como un medio de anticipar el siguiente movimiento de un oponente.

Si se hubiera guardado sus conclusiones para sí misma, él podría haber creído que ella también estaba haciendo lo mismo. Pero ella los compartía.

—¿Moriste en la guerra? — preguntó Megan.

Él empezó a decir que no, ya que este incendio forestal local en el que había estado involucrado no tenía nada que ver con el conflicto interestelar que había resultado en la desaparición de su Yo superior. Pero él podía jugar el mismo juego que ella: ¿qué tendría sentido para ella, a nivel emocional?

Sí —dijo él .

—No volverás a ser soldado, ¿verdad?

Apenas la escuchó. ¿Por qué estoy vivo? Cuando su Yo murió, debería haber sido extinguido, o al menos convertido de nuevo en una máquina sin rumbo.

—Pensé que sabía lo que yo era —dijo él. Armígero había fingido ser humano desde su llegada a Ventus. Antes de eso, recordaba una luz brillante y un vacío profundo, una visión que abarcaba 360 grados, una canción de radio en su cabeza y también los

pensamientos de los demás. En esa existencia, no había distinguido su propia mente de la de sus compañeros, los otros sirvientes de 3340. Y la voluntad del dios era la misma que la de ellos. La parte de esa vasta identidad que era Armígero se consideraba a sí misma como una extensión del todo mayor. Había asumido que cuando pensaba, era 3340 quien estaba pensando, y cuando actuaba, era el dios quien actuaba. Siempre había sido así.

No, no siempre…

De pronto, la presencia de esta mujer a su lado resultaba amenazante. Algo antiguo, un recuerdo tal vez, lo hacía alejarse de ella. Necesito estar sólo ahora —dijo él. El tono áspero de su propia voz lo sorprendió.

—Pero… —empezó ella. Luego pareció pensarlo mejor, dio media vuelta y se alejó rápidamente.

Armígero miró atrás. Los humanos eran criaturas biológicas, animales mortales. Durante un segundo allí, sin embargo, él había tocado algún sentimiento profundamente enterrado dentro de sí mismo. Megan había aparecido en la oscuridad tan real como el mismo 3340. Durante un instante, él había… ¿recordado? Recordaba haber estado con alguien, un ser humano, que era igual a él en todos los aspectos. Una criatura como él.

Una mujer.

Y en ese mismo momento un recuerdo se desplegó dentro de Armígero como una flor largo tiempo dormida: un recuerdo de sí mismo caminando y riendo, un hombre joven con una mujer joven en su brazo, en un mundo con dos lunas. En una noche como esta.

Ese recuerdo tenía mil años.

¿Él mismo había sido humano alguna vez? Eso podría explicar por qué 3340 lo había elegido para este trabajo. Por otro lado, el dios podría haber creado su personalidad a partir de los restos de mentes humanas capturadas. Después de todo, un recuerdo no era más que un holograma sináptico. Estaba seguro de que 3340 podía fabricar cualquier tipo de memoria para sus agentes.

Armígero avanzó a través de la hierba alta y húmeda, acariciándola distraídamente con las manos. La luna y el calor de la noche habían quedado en el olvido ahora. Llegó a la linde del bosque y dio media vuelta para caminar por donde había venido, con el ceño fruncido.

Si ese había sido un recuerdo fabricado, ¿por qué había permanecido sumergido durante tanto tiempo? Habría esperado que el dios creara solo recuerdos útiles y los proporcionara todos a la conciencia de su agente.

Este recuerdo... la mano de ella en la suya... era algo extraño. Él no podía hacerlo encajar en su propósito ni identidad tal y como 3340 se los había dado.

Se dio cuenta de que había estado pateando la hierba mientras caminaba, arrancándola de raíz. Armígero se detuvo y miró hacia la cabaña. La figura de Megan se perfilaba en la puerta.

Él se pasó la mano por el pelo. Bien. Evidentemente había en él algún fragmento de mentalidad humana. 3340 no lo habría enviado a esta misión si no fuera ese el caso. Eso podía explicar por qué seguía vivo todavía: por alguna razón, 3340 le había dado los mismos instintos autónomos de autoconservación que tenían las criaturas biológicas.

Se dijo a sí mismo que no sacara conclusiones precipitadas. Todavía tenía que hacer un balance de sí mismo. Hasta ahora, el hecho abrumador de su duelo le había impedido explorar lo que le quedaba. Tal vez era hora.

Caminó de regreso a la cabaña. Megan seguía de pie en la puerta, con el ceño fruncido en su rostro: —No puedo decir que no haya hecho eso yo misma —dijo ella—. Lo siento si te recordé cosas en las que no querías pensar.

Armígero se sentía cansado, en cuerpo y mente: —Tengo que darte las gracias, en realidad —dijo él—. Me has proporcionado un refugio tan seguro aquí que por fin puedo enfrentar algunas de esas cosas.

Megan sonrió. Parecía luchar por hallar algo que decir: —Oh —

logró decir por fin. Luego, astutamente: —Entonces, ¿puedo tomar tu destrucción del jardín como una buena señal?

—¿Jardín? —Volvió a mirar el campo oscuro.

—Atravesaste uno de ellos hace un minuto.

—Oh —¿Qué decir?— Repararé el daño en la mañana.

Ella rió: —Sólo haz lo que puedas. No te imagino como jardinero, seas lo que seas.

Torpemente, él intentó una sonrisa en respuesta. Megan se pasó los dedos por el pelo y golpeó con el hombro el marco de la puerta un par de veces.

—Caliento un guiso si quieres —dijo ella por fin.

—Gracias. Voy a sentarme aquí y a meditar un rato.

—Está bien —Megan volvió a entrar, dejando la puerta abierta a las fragancias de la noche.

Armígero se sentó rígidamente en las tablas irregulares del pequeño porche de la cabaña. Había suficiente espacio junto a la mecedora de Megan para que él se sentara en posición de loto. Miró por encima de la hierba acariciada por la brisa. La luz de la Diadema proyectaba sombras como figuras que asentían bajo los árboles. Armígero cerró los ojos.

Decidió evitar un examen neurofisiológico completo por el momento. No era lo bastante fuerte psicológicamente para observar de manera objetiva cuánta inteligencia, memoria y voluntad había perdido con 3340. Aunque podía tratar su cuerpo desapasionadamente, así que comenzó con eso.

Sus recursos estaban muy bajos. La filamentosa nanotecnología que constituía su cuerpo real se había desplegado desde su posición habitual, en la columna vertebral, y se había extendido, por toda la forma humana, hasta las extremidades. Casi toda su energía se dedicaba a apuntalar el devastado sistema inmunológico del cuerpo. Había fabricado nanos para moverse y reparar las células muertas

de su propio cadáver, y hasta hace un día o dos había estado caliente y respirando únicamente porque los nanos habían reemplazado los procesos celulares normales con su propio y severo metabolismo. Ahora los nano estaban saliendo de las células revividas y estaban siendo reabsorbidos en su cuerpo filamentoso. Su fuerza estaba creciendo, pero muy lentamente. A este ritmo, pasarían muchos meses antes de que se recuperara por completo.

Lamentó haber sido tan derrochador con su energía cuando había llegado a Ventus. Y pensar que había separado partes de su propia filamenta y las había implantado en humanos sólo para usarlos como ojos y oídos remotos...

Armígero abrió los ojos. Se había olvidado por completo de los controles remotos. Eso no era sorprendente con todo lo que había pasado. Esos remotos siempre habían sido una parte menor de sus planes, el equivalente mental de apostar centinelas alrededor de un campamento. Aunque contenían valiosos nanos. Él podría acelerar considerablemente su recuperación si recuperara algo de eso.

Si no hubiera resultado demasiado dañado por la catástrofe, aún debería tener enlaces con cada remoto. Operaban con resonancias superlumínicas, indetectables en el espectro electromagnético. Había configurado así los enlaces para evitar que los Vientos se dirigieran a su posición. Todavía era posible rastrear la señal de uno de los controles remotos, pero eso requeriría una comprensión de la fisiología y la psicología humanas que él sabía que los Vientos no poseían. Los enlaces superlumínicos eran siempre bidireccionales: lo que afectaba a uno, afectaba al otro. Armígero no conocía ningún Viento capaz de explotar el hecho de convertir uno de sus mandos a distancia en un receptor, por lo que él se había sentido seguro al fabricarlos.

Cerrando los ojos, invocó sus perspectivas. El sistema estaba débil por el daño y el desuso, pero después de unos segundos los controles remotos comenzaron a responder.

Debería haber doce. Para cuando el sistema había estado completamente operativo, Armígero sólo había podido ver a través de seis pares de ojos.

Incluso eso había sido casi abrumador. En algún momento de la catástrofe había perdido la capacidad de procesar múltiples entradas sensoriales. Lo que le llegaba ahora era un caos de sensaciones: tela azul ondeando cerca de un fuego, agua corriendo por el flanco de un caballo, la sensación de la piedra en su espalda desnuda, una cálida mano en su vientre...

El corazón palpitante y la respiración entrecortada en un pecho apretado y doloroso.

Retrocedió de dolor. Demasiado para asimilar todo eso a la vez. Después de abrir los ojos y respirar en silencio durante un minuto, continuó, esta vez destacando la perspectiva de un único remoto.

Las manos de este otro alisaron el flanco de su caballo castaño por última vez y se alejaron. Armígero vio que se hallaba en un pequeño establo, de esos que se encuentran junto a las posadas rurales por todo Ravenon. Esta perspectiva pertenecía a un ingeniero que viajaba por el país reparando y actualizando los heliógrafos de las torres de señales reales. Veía mucho del país en sus viajes y más de una vez Armígero había usado su perspectiva para recabar información.

Esa noche estaba ocioso y salía lentamente del establo, bajo una ligera llovizna, hasta la puerta de una posada con techo de paja. Armígero lo acompañó sólo el tiempo suficiente para verlo deslizar una cortina y pasar hacia una alcoba privada. Una vela ya ardía junto al pequeño catre.

Armígero dirigió su atención a la siguiente perspectiva. Este hombre ya estaba en la cama, pero no solo. Varias personas estaban sentadas en duras sillas de madera junto a la cama en ese pequeño dormitorio de paredes de yeso. El remoto de Armígero les estaba hablando.

—...vinieron hacia mí así de la nada. ¿Por qué? ¿Qué hice para merecer esto? —Hizo un gesto hacia su pierna, expuesta sobre la ropa de cama y envuelta en gruesos vendajes ensangrentados.

—¿Cuántos dijiste que eran? —preguntó un hombre que vestía las cintas carmesí de un sacerdote.

—Cinco o seis. ¡No lo sé! Todo sucedió muy rápido.

—Bueno, debes de haber hecho algo para ofenderlos.

—No necesariamente —dijo otro hombre—. Tal vez lo hizo otra persona. Mateo pasaba por allí. Él fue solo un blanco conveniente.

—No entiendo —lloriqueó el hombre en la cama—. ¿Cómo voy a trabajar ahora?

—No te preocupes. Te ayudaremos.

Armígero dejó esta perspectiva para ir a la siguiente.

Todavía de espaldas. Piedras frías y guijarros rechinaban contra sus caderas. Sus piernas estaban envueltas alrededor del amplio torso del hombre que se movía contra ella. Más allá de su hombro, Armígero podía ver estrellas brillantes.

Pasó al siguiente remoto.

Tropezando en la oscuridad, cayó a cuatro patas. Su propia respiración era un áspero estertor en sus oídos. Este hombre se puso de pie, renqueando un poco debido a un rasguño en la pierna, y echó a correr.

Corrió a través de las danzantes hojas y ramas, ladera abajo de una colina, imprudentemente, apenas manteniéndose en pie, saltando por encima de las piedras hasta llegar a un huerto. Las ramas de árboles bien cuidados se extendían hacia el cielo como los brazos de los suplicantes. El hombre apenas los veía. Después de abrirse camino por una trocha entre los árboles, se permitió reducir la velocidad y luego hizo una pausa, para mirar detrás de él.

Nada lo perseguía en la oscuridad. El hombre miró hacia arriba.

La noche aquí estaba nublada, lo que hacía que la oscuridad fuera casi total. Pero más allá de la cima de la colina por la que acababa de descender, por encima de las nubes, la luz brillaba como si hombres con faroles cabalgaran allí por alguna calzada. Las luces se acercaban con aparente lentitud.

Dio un grito, que fue más un punzante jadeo, y dio media vuelta para correr de nuevo. Ahora veía una cabaña al final de las hileras de árboles. Una cabaña pequeña de piedra, con un corral de cabras adosado, resplandecía con la luz de un fuego interno, cálido y acogedor. Reanudó su carrera de ardua respiración.

Armígero sintió que las tablas debajo de él se hundían cuando Megan salió al porche. Ella dijo algo. Él levantó una mano para calmarla.

El corredor había llegado a la cabaña: —¡Lena! —gritó, y luego se arrojó para subirse a la valla que rodeaba el corral de cabras. El hombre estaba temblando.

—¿Perce? —Una mujer joven apareció en la puerta de la cabaña, extrañamente perfilada como lo había estado Megan antes—. ¡Perce! ¿Qué sucede?

—¡Ya vienen! Justo como el anciano dijo que harían.

—No. Eso no puede ser. El anciano está loco, todos lo sabemos...

—¡Mira! —El hombre rodó sobre la espalda y señaló el cielo resplandeciente.

Ella gritó.

—¿Qué está pasando aquí? —Un hombre mayor y una mujer aparecieron detrás de la joven.

—¡Perce! —Ella corrió hacia él. Perce se estiró encima de la cerca mientras ella lo abrazaba—. ¿Qué va a pasar?

—El viejo dijo que me querían llevar —rió Perce vertiginosamente —. Nosotros nunca creímos que él podía hablar con ellos, ¿recuerdas? Todos esos años... dijo que me llevarían. Y ahora nunca te volveré a ver.

Enterró la cara en el cuello de la joven, y lloró. Podía ver a sus padres parados cerca en una incómoda confusión. Estaban mirando al cielo.

—Vine a despedirme.

—No —dijo ella con voz ahogada—. Puedes esconderte aquí. Cuidaremos de ti. Se irán.

—Ya intenté esconderme —dijo el hombre—. Me encontraron, ¡empezaron a derribar los establos a mi alrededor! Corrí hacia el río, me sumergí y dejé que los rápidos me llevaran un rato. Solo así he podido llegar tan lejos. Si me quedo, te matarán para llegar a mí. Pero no podía irme sin despedirme.

Ella negó con la cabeza.

—Hay tantas cosas que quiero decirte —murmuró él—. Algo, quería decir algo para hacerte saber lo mucho que significas para mí.

Él se apartó de ella, dejándola con los brazos extendidos por encima de la cerca—. Lo único en lo que podía pensar era cuando teníamos doce años. ¿Recuerdas cuando jugamos al escondite en el huerto? ¿Ese día? Sueño con eso todo el tiempo. Siempre, desde entonces.

Volviéndose hacia la oscuridad, el hombre dijo: —Eso es todo… recuerdo ese día. Adiós, Lena.

Ella gritó tras él, pero él corría con energías renovadas. Armígero dedujo que quería alejarse lo más posible de la cabaña antes de que lo que fuera que se avecinaba lo encontrara.

Perce corrió rodeando del corral de cabras y salió a un sendero que conducía entre más huertos. Bajos muretes hechos de cantos se alineaban en el callejón y, en la oscuridad, se cerraban claustrofóbicamente. Pero Perce no dejaba de mirar al suelo, parecía saber lo que temía ahí en la oscuridad, y no era nada que pudiera acecharlo con él detrás de esas paredes.

Había recorrido tal vez medio kilómetro. Estaba empezando a avanzar con desesperados tambaleos cuando oyó un sonido de desgarro en lo alto. Era un sonido casi como el de una bandera en el viento, casi como el ruido acelerado de una espada en un golpe descendente, pero que seguía y seguía, llegando a un crescendo ensordecedor. Polvo saltó del callejón alrededor de Perce, y él tosió

y se detuvo, impotente.

Garras gigantes lo aplastaron. Él gritó sangre cuando lo arrancaron del suelo y lo alzaron hacia el cielo.

Perce vio sus manos extendidas hacia las menguantes hileras de piedras del callejón, luego vio la oríbica perfección de la cabaña de Lena brillando bajo él. Estaba intacta. Las gotas de sangre dejaban un rastro desde sus dedos y caían hacia ésta.

La oscuridad cayó sobre él como una manta.

Armígero maldijo y abrió los ojos. Megan estaba de pie sobre él, con expresión burlona.

Algo había cortado su enlace con el remoto.

—¿Qué está pasando aquí? —se preguntó él.

Megan rió levemente: —Estaba a punto de preguntarte eso mismo. ¿Qué estás haciendo?

Él sacudió la cabeza y frunció el ceño en la noche. De repente, las sombras que Diadema proyectaba sobre el claro ya no parecían tan benignas.

Tengo que irme, pensó. Pero al alzar la mirada hacia Megan descubrió que no quería decirle eso. En cierto modo, eso era tan perturbador como la visión que acababa de tener.

Se apretó la frente con el talón de la palma de una mano, un gesto que uno de sus lugartenientes había favorecido.

—Estás hecho un desastre —dijo Megan con simpatía.

Armígero lo pensó. Luego la miró con los ojos entornados: —Querida dama —dijo—. Creo que tiene razón.

§ § §

Al volver tras explorar la ciudad local, Axel encontró que el camino a la finca Boros estaba bloqueado por varias carretas. Estaban

ociosas bajo el sol abrasador, en espera de que se despejara algún obstáculo más adelante.

Su yegua resopló y giró la cabeza para mirarlo. Axel se estiró y sonrió: —Odias tener que esperar, ¿eh? —le dijo. Ella volvió a mirar adelante.

Axel había ido a la ciudad en busca de discreto alojamiento para August, y a comprar un buen par de caballos para Calandria y Jordan. Había encontrado alojamiento, pero no los caballos. Había sido un buen comienzo.

Caminó a medio galope hacia las carretas: —¿Van a acampar? —le preguntó al conductor de la carreta a medio camino del paso por el portón. El hombre lo miró con cansancio.

—Hay comediantes en todas partes. Señor —añadió el hombre al notar la forma en que Axel iba vestido.

—En serio, ¿qué retiene la marcha? —Una carreta muy grande bloqueaba las puertas de hierro forjado de la propiedad. Axel supuso que podría cabalgar entre la maleza. No lo hizo, pero se inclinó hacia adelante mientras el otro hombre señalaba el camino.

—Una avería más adelante.

Axel rió: —Algunas cosas nunca cambian. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas mover este carro uno o dos metros y dejarme pasar?

—Sí, señor —El cochero espoleó un poco a sus caballos. El corcel de Axel se resistió a entrar la estrecha abertura entre el poste del portón de piedra y el lateral del carro, por lo que él tuvo que desmontar y conducirlo a pie.

Seis o siete carretas esperaban en el camino por delante. Axel no se molestó en montar de nuevo cuando pasó junto a ellas.

Qué curioso, pensó, aunque esos carromatos parecían terriblemente familiares. Luego miró más allá de éstos y entendió por qué.

El vagón de vapor de Turcaret estaba parado envuelto por el humo y la niebla un poco más allá en el camino. El controlador mismo

estaba de pie junto al vagón hablando a un hombre con túnica de terciopelo grasiento. Axel dejó atrás el carro principal y caminó por el centro de la carretera hasta encontrarse con Turcaret.

Cuando vio a Axel, Turcaret se volvió y saludó casualmente. Era un hombre alto que siempre parecía estar posando para su propio retrato. Llevaba una chaqueta de montar de terciopelo rojo y botas negras impecables. Se mantuvo erguido y mantuvo la barbilla en alto para poder mirar a Axel por encima de su nariz larga y puntiaguda.

—Ah, el agente errante de Ravenon —dijo Turcaret—. Veo que hicieron uso de mi sugerencia para visitar a los Boros. ¿Cómo está Lady May?

—Mejor que nunca, señor —Axel se asomó a la cortina de humo que rodeaba el vagón de vapor. Odiaba a Turcaret: —¿Tiene un pequeño problema mecánico?

—Nada que no podamos arreglar. He enviado a un hombre por delante para decirle a Yuri que estamos llegando. Confío en que hayan encontrado complacientes a los Boros.

—Eso hemos —¿Qué hacía Turcaret aquí? El controlador había esbozado detalladamente su itinerario de viaje en varias conversaciones aburridas durante la cena antes de su llegada a la hacienda de Castor. Cal había decidido aceptar la hospitalidad de la familia Boros precisamente porque no se esperaba que Turcaret viniera aquí. Cuantas menos personas compararan notas sobre ellos, mejor.

Bien podría admitir sorpresa, pensó Axel: —¿Y qué lo trae por aquí? Pensé que el señor se dirigía directamente a la capital después de salir de la casa de Castor.

—Oh, y así era —Turcaret sonrió con una de sus sonrisas extrañamente exasperantes y engreídas—. Pero luego me dieron cierta información que pensé que Yuri debía conocer. Así que opté mejor por venir aquí directamente.

Axel sintió que su propia sonrisa se volvía un poco rígida: —

¿Información? ¿Qué información?

—Oh, revelarla sería indiscreto —dijo Turcaret.

—Sí, bueno… ¿Espero verlo en la cena entonces? —Axel volvió a montar en el caballo.

—Oh, me verá, señor Chan, cuente con ello —Turcaret sonrió de nuevo y volvió a inspeccionar su vagón de vapor.

Esto no puede ser bueno, pensó Axel mientras espoleaba a su caballo al trote. Lo había pasado muy bien aquí en la finca Boros, pero ahora el gusano estaba en la manzana. ¿Qué pasaría si Turcaret y Yuri comparaban notas? Tal vez nada...

Pero, de todos modos, empezaría a hacer las maletas, decidió, en cuanto le hubiera dado la noticia a Calandria.

10

La noche de la llegada de Turcaret, Jordan se despertó alrededor de las tres de la mañana. Por un momento pensó que debía estar de vuelta en la mente de Armígero, porque el sonido que lo había despertado era el sonido de metal golpeando metal, el de espadas chocando. Se incorporó y miró a su alrededor. Esta era definitivamente la habitación de la torre, con su extraña mampostería triangular. El sonido procedía de la ventana. Afuera estaba el patio de las estatuas.

El sonido era débil e intermitente. Por unos segundos pensó que podría estar imaginando cosas. Luego lo oyó de nuevo.

Y de nuevo, silencio. Jordan imaginó dos figuras dando vueltas una alrededor de la otra, en un acuerdo tácito de que no se debía dar ninguna alarma. ¿A menos que uno estuviera ya muerto?

Se levantó y caminó silenciosamente hasta la ventana. Le llegó el olor de la lluvia, que había caído en aguacero toda la noche. Calandria dormía en su estado comatoso habitual, con los brazos en jarras y el cuerpo enredado en las sábanas. Jordan se puso de puntillas y miró hacia el pozo oscuro del patio.

Le picaba la cabeza. Nunca había visto el patio después de apagar las luces. Ni siquiera el brillo de un farol se filtraba desde las altas ventanas de la mansión. Las estatuas de Lady Hannah Boros posaban como bailarinas en una danza subterránea de luz innecesaria, cuya música era el murmullo del asentado lecho rocoso y cuyos pasos de baile tardaban siglos en completarse. Jordan no tuvo ninguna duda, después de ver la mansión, de que tales lugares existían.

Una de las estatuas saltó fuera de su lugar y se ocultó detrás de otra. Jordan oyó una forzada respiración y el deslizar del metal sobre la piedra. La sombría oscuridad cercana a una pared tembló mostrando otra figura en movimiento. Jordan contuvo el aliento y se asomó un poco más para mirar directamente hacia abajo.

Esos dos parecían estar solos. Si había padrinos en ese duelo, debían de observar invisibles desde algún portal oscuro. Jordan dudaba de que hubiera presente un galeno de servicio; el slencio y el movimiento rápido de estos hombres suscitaba la severidad de la venganza.

Aferrarse al borde de la ventana era difícil. La abertura era poco mayor que la de una saetera, destinada a proporcionar luz y un buen punto de tiro si uno acercaba una silla donde subirse. Las sillas de la mansión Boros eran enormes, pesadas y viejas, y Jordan se vería obligado a despertar a Calandria si intentaba arrastrar una. Se aferró tan fuerte como pudo, captando frustrantes destellos de movimiento debajo. Luego cayó hacia atrás y flexionó los brazos con frustración.

Si despertaba a Calandria, ella le ordenaría que se quedara aquí mientras investigaba. De ninguna manera iba a dejar que eso sucediera.

Probablemente todo el asunto no era de su incumbencia... pero el vagón de vapor de Turcaret había entrado en la finca esa tarde. Allí donde iba Turcaret, siempre lo seguían malas noticias; eso había decidido Jordan. Y él sabía que Axel y Calandria habían engañado a Turcaret; ambos estaban preocupados por la llegada del controlador. Siempre era posible, se dijo mientras se dirigía a la puerta, que una de las sombras en batalla fuera la de Axel Chan.

Bajó corriendo los escalones, reduciendo la velocidad a un sonoro salto al llegar al primer piso, y asomó la cabeza por la esquina de la arcada. Justo enfrente estaba la puerta del patio. A ambos lados, largos pasillos conducían a la oscuridad entre ópalos de luz en forma de ataúd que entraban por las ventanas. Estos pasillos conectaban a nivel del suelo la torre con la mansión principal.

Una figura negra apareció a la vista en uno de esos espacios iluminados. Cruzó el haz de luz inclinada y luego desapareció de nuevo en la sombra. Jordan observó durante casi un minuto hasta que apareció de nuevo en un rombo de color gris lunar más adelante en el pasillo.

Aunque el vigilante nocturno debía de estar a treinta metros de

distancia y dándole la espalda, Jordan contuvo la respiración y caminó de puntillas, muy silenciosamente, hacia la puerta. La abrió y dejó entrar una bocanada de frío y brumoso aire nocturno.

Jordan se sentía expuesto con tan solo espiar alrededor de la jamba de la puerta. Las estatuas parecían estar mirándolo. Aparte de éstas, no había ningún sonido en absoluto ahora.

Los dos hombres aún podían estar dando vueltas en la oscuridad, a solo unos metros de distancia, que él supiera. Ahora que Jordan estaba aquí, no tenía ni idea de lo que iba a hacer. ¿Sonar la alarma? Eso sería lo más sensato, pero sin duda aquello eran asuntos de disputa política y, por muchos juegos de disfraces de Lady Calandria, él seguía siendo solo el hijo de un albañil y no le correspondía interferir. Ya había llamado la atención y la ira de la casa por haberse desmayado durante la cena. No estaba dispuesto a agravar eso despertando a toda la hacienda, especialmente porque el patio parecía vacío ahora. Tal vez los duelistas habían perdido los nervios y huido, o uno había capitulado.

El silencio se prolongó, y el frío exterior comenzó a penetrarle a Jordan los huesos de un modo que lo hacía estremecerse mientras él seguía aferrado a la puerta. Luego oyó una tos seguida de un leve gemido.

El duelo había terminado, entonces, pero el desenlace no había sido pacífico. ¿Ahora qué? ¿Despertar a la familia? ¿Regresar corriendo con Calandria y decirle que un hombre se estaba desangrando en el patio?

¿Y qué?, diría ella. Ella era demasiado despiadada y parecía pensar que lo mejor era que Jordan desaprendiera la empatía, como hacía ella a veces. Pero él no podía hacer eso.

Salió al aire de la noche y se detuvo medio esperando que una figura oscura saliera corriendo del bosque de estatuas. Nada se movió.

Volvió a oír el gemido, y esta vez pudo localizar su origen. Acurrucado cerca de una pared de la mansión había un hombre. Se sostenía el estómago con ambas manos y tenía la boca abierta

mientras luchaba por respirar. Su espada yacía abandonada en la hierba cercana.

Jordan corrió hacia él y se arrodilló. El hombre se apartó de él: —Cálmese —dijo Jordan—. Voy a ayudarlo.

—Demasiado... demasiado tarde para eso —jadeó el hombre. Era alto y espigado, con cara en forma de hacha. El pelo negro y lacio le caía sobre la frente. Vestía la librea de la casa de Linden Boros—. Yo... yo perdí. Déjalo estar.

—¿De qué está hablando? Necesita ayuda, o morirá.

—Lo sé —Un líquido negro brotaba de entre sus dedos apretados—. Me venció... uno bueno —Apretó los dientes y giró la cabeza para mirarse la barriga.

—Sí, perdió en buena lid, pero él no lo mató, ¿cierto? Tiene otra oportunidad.

El hombre sacudió la cabeza: —No puedo... hacerles frente. Ahora. Demasiado humi... humilla... —no tenía aliento para la palabra.

—¿Qué? —Jordan estaba desesperado por que el hombre muriera frente a él. Se sentó sobre los talones, repentinamente enojado—. ¿No puede enfrentarlos? ¿Se supone que eso es ser valiente o algo así?

El hombre lo miró fijamente.

—Siempre he admirado a los soldados por su valentía —prosiguió Jordan a toda prisa—. Estar dispuesto a morir por tu orgullo parecía honorable. Pero supongo que algunos hombres están dispuestos a morir porque son lo suficientemente valientes como para enfrentar la derrota, y otros porque tienen miedo a enfrentarse a sus amigos después de ser derrotados —cruzó los brazos y trató de mirar al hombre—. Parece que usted es del segundo tipo.

El hombre cayó hacia atrás con un gemido, cerrando los ojos con fuerza: —Yo... yo te mataría —jadeó—. Si pudiera levantarme.

—Sí, así no tendría que escucharme. Cobardía otra vez. ¿Va a dejar

que lo ayude?

—Vete al infierno.

—¿Cuál es el problema? —casi gritó Jordan exasperado—. ¿Dónde están todos? ¿Dónde están sus amigos? ¿Qué hay de horrible en mirar que le cosan las heridas? ¿A quién va a matar?

—Re... reglas de la casa —El hombre volvió a abrir los ojos, y miró las estrellas y las nubes desgarradas por el viento—. Reglas de los Boros. El duelo... no está permitido. Si pido ayuda... Linden pierde. Pierde prestigio. Quizá más.

—Lo llevaremos al médico de los Linden. Él puede encubrirlo, ¿cierto?

—Le fue ordenado... no tratar... a los... duelistas —El hombre comenzó a temblar violentamente.

—Oh —Jordan volvió a mirar hacia la torre, que destacaba como una silueta negra ante el cielo revuelto—. Así que su cirujano no lo tratará porque se lo ordenaron, y el de Yuri no lo hará por la misma razón. Supongo que fue uno de los hombres de Brendan Sheia quien lo apuñaló, por lo que su cirujano ciertamente no ayudará —El hombre asintió en un gesto fatalista.

—Por suerte para usted, yo no soy miembro de esta casa ni de la suya, ni de la de Sheia —prosiguió Jordan—. No he recibido órdenes de no ayudarlo.

—¿Es usted... cirujano?

—No, pero —Jordan especuló—, mi dama sí lo es.

El hombre trató de sentarse. Jordan le deslizó un brazo bajo los hombros y lo ayudó: —Cómo puede... ser dama.. —Un violento escalofrío se apoderó del hombre—. F-f-frío.

—Venga, nos pondremos en pie. Luego ya veremos... — Despacio y con cuidado, ayudó a que el hombre se pusiera en pie.

§ § §

Calandria maldijo en un idioma que Jordan nunca había oído. No necesitaba traducción.

—¡Mira el rastro de sangre! —le espetó ella—. ¿Cómo vamos a ocultarlo como sugiere? ¿Y si muere? ¡Tendremos un cadáver en nuestra habitación!

—No... es... idea mía —susurró el hombre ensangrentado.

—Recuéstate —le dijo ella. Luego se arrodilló, se envolvió enfadada con el camisón y avivó las brasas del fuego—. Va a entrar en colapso. Voy a encender bien el fuego, luego nos ocuparemos de su herida —Jordan se sentó, apretando fuerte las manos en el estómago del hombre. La sangre fluía por todas partes, pero no más que en el lugar de la carnicería. Jordan estaba más preocupado por la asombrosa palidez del hombre y la frialdad de su piel.

—Olvídese de ella —dijo Jordan para no pensar en estas cosas—. ¿Cómo se llama?

—A-ugust. Establero —Ese Establero podía aludir a su apellido o a su profesión. Jordan no insistió en el tema.

—Yo soy Jordan Mason. Ella es Lady Calandria May.

—¡Jordan, para! Estás desperdiciando su fuerza —Calandria golpeó dos troncos sobre las brasas revueltas. Saltaron chispas y ella empujó la madera en su posición para que se enganchara. Jordan se había dado cuenta antes de que a ella no se le daba muy bien atender fuegos, una extraña carencia en alguien con tanto talento. Por suerte, esos troncos no necesitaban estímulo para que prendieran.

—Trae aquí a Axel —dijo ella—. Yo me encargo de esto —Sacó su mochila de debajo de la cama, derramó el contenido en el suelo y sacó dos tubos de metal blanco. Sin levantar la vista, agregó: —Luego limpia la sangre de los escalones, y de tu ropa también.

Jordan salió a la carrera.

Ahora se alegraba de que hubieran tomado la habitación de la torre. Estaba separada de la mansión principal, por lo que las idas y

venidas como esta serían mucho menos notorias que dentro de la casa. Aún así, Jordan redujo la velocidad a un paso cauteloso al llegar a la galería de abajo, y se detuvo cada pocos pasos para escuchar a la guardia nocturna.

Lámparas a intervalos iluminaban tenuemente los pasillos de la mansión. Los pies descalzos de Jordan no hacían ruido sobre el frío suelo de piedra. Él tomó los caminos de la servidumbre. La idea de caminar por los pasillos principales aún lo incomodaba, especialmente ahora que nadie debía estar levantado. Esto también le permitió detenerse en la cisterna fuera de la cocina. Voces leves venían del interior. Cautelosamente, echó agua en un balde y se lavó. Llevó el balde con él por las altas y estrechas escaleras hasta el último piso. Si alguien lo detenía, podía dar muchas explicaciones plausibles como sirviente que acarrea agua a las dos de la mañana.

Incluso con este accesorio en la mano, el corazón le latía con fuerza. Cuando llegó a la parte superior de las escaleras, oyó voces de nuevo. Dejó el balde en un rincón y buscó rápidamente un lugar para esconderse. Al final se ocultó detrás de la puerta del fondo pasillo. Estúpido, pero ¿qué otra opción había?

Las voces se hicieron más fuertes: un hombre y una mujer conversaban en voz baja en algún lugar cercano. muy cerca de la puerta. Jordan contuvo la respiración y esperó a que abrieran la puerta.

No pasó nada. Debían de estar justo al otro lado de la puerta. Jordan esperó varios minutos, pero las personas no se movían. Pero él tenía que llegar hasta Axel. Hora de ponerse de evidencia. Respiró hondo, recogió el balde y abrió la puerta rápidamente.

No había nadie al otro lado.

Las voces continuaban. Jordan dejó el balde y se tapó las orejas con las palmas de las manos. El diálogo continuaba dentro de su propia cabeza.

—¡Mierda! ¡Ahora no! —Trastabilló hacia atrás, casi volcando el balde. Toda la emoción de esta noche lo había vuelto vulnerable y Armígero había vuelto a su mente. Ahora que él sabía como

funcionaba aquello, las voces eran obviamente las de Armígero y Megan.

Se quedó parado un minuto en silencioso pánico, esperando que la visión lo cubriera todo por completo. Se iba a perder aquí, justo cuando Calandria y Axel lo necesitaban. Tal vez alguien lo encontraría deambulando como un idiota, manchado de sangre. Si August moría, lo tomarían por el asesino.

Mientras pensaba esto, el descansillo de la última planta donde él estaba comenzó a desvanecerse. Creyó ver el interior de la casa de Megan, iluminada por una sola vela. Ella y Armígero estaban sentados juntos y hablando con seriedad. La visión se hacía más nítida con cada segundo que pasaba.

Jordan extendió la mano y palpó la barandilla en la parte superior de la escalera. La sostuvo con fuerza con ambas manos para anclarse. Era el pánico contra lo que tenía que luchar. No había otra manera de detener la visión.

Puso su atención en la punta de la nariz y respiró despacio, inhalando y exhalando, contando sus respiraciones mientras lo hacía. Durante los siguientes minutos usó todos los trucos que Calandria le había enseñado para generar calma y, gradualmente, las voces se fueron desvaneciendo. Cuando estuvo seguro de tenerlas bajo control, soltó la barandilla. Ahora podía ver de nuevo.

Jordan no perdió más tiempo, tomó el balde y fue directamente a la habitación de Axel. Dudó entre tocar o entrar, sabiendo que Axel podría estar con alguien. Se agachó para mirar por el ojo de la cerradura, por si acaso.

Una vela ardía en la mesa junto a la ventana. Axel estaba allí sentado con una túnica suelta y las manos entrelazadas. Estaba hablando en voz baja con alguien fuera de la vista. Jordan estiró el cuello para ver con quién estaba hablando.

—...Los humanos locales no parecen muy impresionados con los Vientos con los que tratan todos los días —estaba diciendo Axel—. Saben que los morfos y los desas moderan la poblaciones animales. La gente trata a los morfos como si fueran osos o alces, con

precaución pero sin miedo. Pero mitifican a los Vientos porque los conocen menos; se puede ver esto en los nombres que dan a los Vientos geofísicos, como Garfios Celestiales y Cisnes Diadema. No consiguen relacionar las actividades de estos Grandes Vientos con su vida cotidiana.

Jordan aún no podía ver quién más estaba ahí. Bueno, tampoco había nada que hacer al respecto. Llamó suavemente a la puerta. Axel dejó de hablar inmediatamente. Jordan lo oyó acercarse y luego la puerta se abrió un poco.

—¿Qué diablos quieres? ¿Sabes qué hora es?

—Venga rápido —dijo Jordan—. Necesitamos su ayuda.

Axel abrió la boca, lo pensó mejor y fue a vestirse. Dejó la puerta abierta de par en par, y Jordan pudo convencerse de que, efectivamente, no había nadie más en la habitación.

§ § §

No le sorprendió encontrar a August dormido y respirando con facilidad cuando llegaron él y Axel. Calandria le había quitado al hombre la chaqueta y la camisa manchadas de sangre y estaba examinando un corte profundo debajo del esternón. Sorprendentemente, la herida no sangraba.

—Tuve que usar nanos con él o habría muerto —dijo ella sin preámbulos—. Jordan, ve a lavar las escaleras.

Él lo hizo a pesar de la feroz curiosidad. Cuando regresó, August estaba envuelto en varias mantas. El fuego rugía muy bien. Calandria y Axel parecían estar discutiendo acaloradamente sobre algo. Ambos detuvieron la charla cuando Jordan entró, y se quedaron mirándolo.

—Mal movimiento el salvarlo —dijo Axel. Calandria no dijo nada.

—¿Qué se suponía que debía hacer, dejarlo morir?

—¿Qué estabas haciendo ahí fuera en primer lugar? —replicó Axel.

—¿Qué tiene eso que ver con eso? Yo estaba allí. Él estaba en problemas —Jordan alzó la barbilla—. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—La pregunta es —dijo secamente Calandria—, ¿qué se supone que debemos hacer nosotros, ahora que lo tenemos? Dejé que los nanos actuaran el tiempo suficiente para suturar la herida. Creo que los saqué todos, pero puede que este hombre despierte mañana sin ninguna herida. Eso va a ser difícil de explicar. Nuestra discreción en este lugar parece estar evaporándose. Y una vez más, tú eres la causa del problema, Jordan.

—Es difícil pensar en el futuro cuando alguien se está muriendo frente a ti —dijo Jordan en voz baja.

Axel y Calandria se miraron: —De acuerdo —dijo Axel—, vamos a tener que manejar esto con cuidado. Él no se puede mover ahora mismo, obviamente, pero hay que moverlo mañana por la noche. Tú —señaló a Jordan—, serás su niñera mañana. Luego me ayudarás a escamotearlo hasta la ciudad mañana por la noche. ¿Entendido? —Jordan asintió—. Tenemos suerte de que se sienta personalmente humillado. El hecho de que no debía estar peleando jugará a nuestro favor. No volverá aquí durante un tiempo si, como dice Cal, no está totalmente curado por la mañana.

—¿Cómo podría ser?— preguntó Jordan.

—Ciencia —dijo Axel con suavidad—. Aunque no del tipo que te estamos enseñando.

—Nano, ¿verdad? —preguntó Jordan.

Calandria volvió a maldecir en ese otro idioma y Axel se echó a reír: —Sí, nano. Mierda, Cal, fue idea tuya secuestrar a Jordan en primer lugar. Vive con eso—. Ella lo miró con enojo un segundo, luego se compuso. La ira pareció drenarse por completo y ella volvió a mostrar la misma calma y serenidad de siempre. Esa repentina calma era más inquietante que la ira.

—¿Cómo le vamos a explicar a August su milagrosa recuperación? —preguntó ella.

—Él no estaba precisamente en condiciones de juzgar lo grave que estaba —dijo Axel—. Lo único que sabía era que le habían hecho un agujero. Si resulta ser menos agujero de lo que él pensaba, bueno, simplemente se lo agradecerá a los Vientos, supongo. Lo vendaremos bien y, si mañana no hay ningún agujero, yo le pondré uno; cosmético, por supuesto, no me mires así.

Calandria negó con la cabeza. Axel sonrió: —Tú eres la mejor planificando —dijo él—. Yo lo soy improvisando. Por eso nos llevamos bien.

—Cuando nos llevamos bien —dijo ella con una sonrisa de esfinge.

Jordan se sentó en su cama, muy cansado de pronto. En el fondo de la mente oía que Armígero y Megan seguían hablando. No importaba. En ese momento se preguntó qué era más real, si el diálogo tranquilo y ordinario que se desarrollaba en su cabeza a mil kilómetros de distancia o la loca conversación que mantenían Calandria May y Axel Chan, apenas a un metro de él.

—¡Jordan! —Él levantó la vista—. ¿Limpiaste la sangre de los escalones? —preguntó Calandria.

Él negó con la cabeza y se levantó para hacerlo. Había dejado el balde afuera, listo para eso.

—Te ayudaré —dijo Axel inesperadamente. Después de salir y cerrar la puerta, él dijo: —¿Estás bien?

—Sí.

—Hiciste lo correcto —dijo Axel mientras ambos se arrodillaban para mojar trapos en el balde.

—Ella no parece pensar así.

—Oh, claro que sí. Es que se enfada cuando sucede algo que no puede controlar.

Jordan suspiró y comenzó a frotar la sangre de August: —¿Por qué? —Fue todo lo que se le ocurrió preguntar.

—Cal tiene sus propios problemas —dijo Axel en voz baja—. Nunca ha sido una persona feliz. ¿Por qué debería serlo? Ella nunca tuvo una verdadera infancia.

—¿Qué quieres decir?

—Cal fue incluida en una organización militar a una edad temprana, después de que enviaran a su madre a prisión. A lo largo de los años, la convirtieron en una herramienta, en una asesina que podía servir a las causas por las que se la pagaba. Ella puede cambiar su cara, su altura, su voz... En verdad no sé lo que ella no puede hacer. Puede leer un libro y memorizar cada palabra a la primera, o aprender un idioma en días. Probablemente sea la mejor luchadora de este planeta. Tiene poderes asombrosos, pero en realidad nunca ha tenido su propia vida. Se escapó de sus amos, los que la hicieron, y durante años ha usado sus talentos para ganarse la vida. Luego se enredó en la guerra contra 3340.

—La gente ya había intentado destruir 3340 desde fuera —continuó Axel—. Cal encontró el modo que de verdad funcionó: lo mató desde dentro.

—Usted ya me lo contó.

Axel negó con la cabeza: —Te conté la versión saneada. Sabes que 3340 tenía la costumbre de "ascender" a los humanos, de convertirlos en semidioses casi al azar, de hacerlos inmortales reemplazando con nanos sus células biológicas, ese tipo de cosas. 3340 había sometido a esa perversa lotería a toda la civilización humana de Hsing. Sin embargo, una vez que te convertías en un semidiós, 3340 tomaba el control de tu mente usando algún tipo de sofisticado programa de virus. Uno de sus "pensamientos conscientes", supongo. Aquel planeta era un verdadero infierno, no había moral allí, todos luchaban para intentar volverse inmortales, y no les importaba lo que tuvieran que hacer para conseguirlo.

—3340 parecía imbatible. Pero nosotros no dejábamos de oír rumores sobre que un semidiós, y solo uno, había vencido el pensamiento del virus y se había liberado de la esclavitud de 3340. Calandria lo rastreó y obtuvo el secreto. Luego se las arregló para ser ascendida por 3340.

—¿Cómo hizo eso? —Jordan había estado limpiando las manchas de sangre una por una. Axel volcó el balde y vertió el contenido por los escalones—. Estará seco por la mañana —dijo Axel.

Axel miró sus pies ahora mojados: —Había que impresionar mucho a 3340 para ser ascendido. Así que Calandria nos traicionó —Axel levantó la vista y, al parecer satisfecho por la mirada de asombro de Jordan, asintió—. Traicionó a toda la resistencia que Choronzon y el Archipiélago habían acumulado sobre el planeta. Ella nos hizo arrestar, nos metió en la cárcel... nos sentenció a ser devorados por los recolectores de datos de 3340.

—Funcionó —La voz de Axel se había vuelto inusualmente plana—. El dios se fijó en ella. Él la ascendió al estado de semidiós en el acto. Ella se volvió suprabiológica, capaz de cambiar de forma, de dividir sus pensamientos en unidades autónomas, de inventar nuevos sentidos para sí misma. Me han dicho que eso es la experiencia máxima, sin llegar a la deificación real, pero ya no eres ni remotamente humano. Y, por supuesto, ella deslizó el pensamiento viral dentro ella, y dejó que éste tomara el control.

Jordan había olvidado los escalones mojados: —¿Su plan no funcionó?

Axel sonrió a medias: —Nuestro dios aliado Choronzon había llegado con refuerzos, pero su armada estaba siendo volada en pedazos. Calandria fue directamente al corazón de la batalla. Pero una vez que llegó allí... luchó contra el virus y voló a través de las filas de 3340 para mostrar a todos los demás semidioses el modo de liberarse.

—Así que, de repente toda la armada de 3340 se volvió contra él. Ambas armadas lo persiguieron hasta una montaña en Hsing, y Calandria y Choronzon se ennfrentaron allí a él y lo mataron.

Jordan negó con la cabeza. Eso sonaba a un mito, pero Axel lo estaba contando de una manera pura y práctica.

—Debe de haber sido abrumador para ella —Jordan se movió con inquietud, tratando de imaginar lo que se necesitaría para elegir deliberadamente convertirse en Armígero—. ¿Pero dices que ahora

es humana?

—Ella se deshizo de todos sus poderes—hizo que su nanotecnología se suicidara, que se reconstruyera en células humanas normales. Lo hizo públicamente para mostrarle a la gente de Hsing que ser humano era mejor que ser un dios —Él sacudió la cabeza—. Yo habría elegido ser inmortal. Piensa en lo divertido que debe ser eso.

—¿Por qué lo hizo ella?

Axel se encogió de hombros: —Como dije, ella tiene sus propios demonios, metafóricamente hablando, quiero decir. Creo que esos demonios seguían persiguiéndola incluso en la divinidad. Ella halló un modo de llegar a un acuerdo con ellos volviendo a ser humana. No conozco los detalles, a ella no le gusta hablar de ello. También es la persona más fanáticamente moral que he conocido —añadió—. Ella pensó que hacerlo era lo correcto.

—La cosa es —añadió Axel en voz baja—, que la impresionaste esta noche al salvar a August. Ella tampoco lo habría dejado morir, no importa lo que te dijera. Simplemente no entiende que en el fondo ella no es diferente de cualquiera de nosotros.

—Y eso, amigo mío, es una cicatriz que yo no sé curar.

11

Cuando Jordan despertó de nuevo, fue con el sonido de una bandada de gansos graznando hacia el sur. Se levantó rígido de la cama y se acercó a la ventana para observarlos. Calandria ya se había levantado, o bien no había vuelto a la cama en toda la moche.

Se acercaba el otoño. El olor a humo de leña invadía la hacienda y el frío del amanecer le recordaba depertar en el hogar y encontrar nieve en sus mantas. Arrastraba su ropa hasta la cama, helada y rígida, lo hacían temblar de inmediato. Era mejor calentarla bajo las sábanas que salir al aire frío del desván y ponérsela allí. Rápidamente bajaba las escaleras, llevando su orinal como una lámpara que colocar cerca del fuego si su contenido se había congelado, de lo contrario, junto a la puerta. Y luego a los quehaceres, y al desayuno.

Invierno soñoliento. Sintió una tristeza punzante, recordando y sabiendo que las cosas nunca volverían a ser las mismas. Descansando su cabeza en sus manos, miró hacia el cielo amenazador.

Oyó movimiento cerca del fuego donde había estado August. Él estaba despierto, mirando al techo con una expresión de perplejidad en su estrecho rostro.

Cuando Jordan se acercó a él, August dijo en voz baja: —No me duele.

—Le dolerá si se mueve —advirtió Jordan. Axel lo había persuadido en ese punto. August estaba casi completamente curado. Tendrían que engañarlo para que pensara que seguía herido.

—Tengo sed —Jordan asintió y fue a buscar un poco de agua a la mesa. Acercó una taza a los labios de August y el hombre bebió torpemente.

—¿Dónde estamos?

—En la Torre. Vamos a llevarlo a la ciudad esta noche. Puede

recuperarse allí, fuera de la vista de los Boros.

—Ah —August pareció considerar esto—. ¿Tendré una comisión a la que volver? Los duelos están mal vistos.

—¿Qué tal defensa propia? Puede decir que lo atacaron mientras meaba —Jordan se encogió de hombros—. Ya pensaremos en algo.

Los ojos de August se cerraron por un segundo: —Gracias —dijo—. estoy en deuda.

—No lo creo —Jordan se recostó en el suelo de madera—. ¿Por qué peleaba?

August suspiró: —Vi a Adré, un hombre de Sheia, actuar de manera sospechosa. Creo que estaba robando. Como fuese, lo seguí y lo desafié, y él me enfrentó. Tal vez debería haber dado la alarma, pero... Los Linden tienen toque de queda, y yo lo estaba infrigiendo. También yo tendría que explicarme. ¿Y qué hay de usted? ¿Qué hacía fuera de su habitación?

Jordan señaló la ventana: —Usteded me despertaron.

—Oh. ...Lo siento —August sonrió irónicamente—. Pensamos que estábamos siendo muy discretos.

Jordan frunció el ceño: —El duelo es una estupidez.

—Lo sé —August se puso muy serio ahora—. Mi hermano mayor murió en un duelo.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

August miró al techo pensativo: —Arriesgar la vida se hace más fácil a medida que envejeces. Creo que las mujeres entienden eso cuando tienen hijos. De pronto saben que darían la vida por su hijo, y no les importa. Con los hombres es diferente, pero nosotros... intercambiamos nuestra lealtad de la misma manera. En algún momento, si has crecido, tienes que decidir que algo fuera de ti es más importante que tú. De lo contrario serás un miserable bastardo y morirás gritando —Cerró un ojo y miró fijamente a Jordan—. ¿Tiene eso sentido?

—No lo sé —dijo Jordan incómodo.

—Uno capta la perspectiva. Puedes separarte de tu propia muerte, un poco. Aunque no mientras te estás muriendo —frunció el ceño —. Mierda, estaba asustado. Asustado.. —Cerró los ojos.

—Debería dormir más —incitó Jordan.

—No. Me gusta estar despierto. Vivo, ¿sabe? —Su rostro se arrugó; por un instante pareció que iba a llorar. Jordan quedó en silencio, sentado en el suelo de madera, parpadeando sorprendido.

August juró: —¡Estupido estupido estupido! Las cosas están llegando a un punto crítico entre mi señor y Sheia. Él me necesita ahora mismo y yo lo he defraudado.

—Yuri decidió a favor de su señor —dijo Jordan.

—Sí, pero sabemos que Sheia no lo tolerará. Va a perderlo todo, porque su reina va a perder su guerra. Su única esperanza era cobijarse bajo el título de Boros. Ahora no puede hacer eso. No sabemos qué va a hacer, pero tendrá que hacerlo pronto. Yuri está viviendo una fantasía si cree que Sheia va a aceptar su decisión sin más.

Jordan negó con la cabeza, desconcertado: —Pero, ¿qué puede hacer Sheia al respecto?

—No lo sé —August frunció el ceño—. Es diabólicamente inteligente, el muy bastardo. Probablemente esté celebrando mi muerte en este momento. Un hombre menos para defender a Linden.

—Los Linden deberían irse.

—¿Y dejar a Sheia solo con la familia de Yuri? No. Nos quedamos.

Una llave traqueteó en la puerta. Ésta abrió y Axel asomó la cabeza: —¿Está ella aquí? —preguntó.

—No.

—Ah —La puerta se cerró de nuevo.

Jordan suspiró: —Será mejor que descanse —le dijo a August—. Yo tengo que ir a estudiar.

§ § §

Axel encontró a Calandria en el tejado de la mansión. Había pensado que ella podría estar ahí, ese era un buen lugar desde el cual captar señal de su nave. La Voz del Desierto mantenía una órbita alta esperando la orden de aniquilar a Armígero, y Calandria subía aquí todos los días para escuchar el pulso del radiofaro. Cal parecía necesitar la tranquilidad de tal presencia, que era uno de esos rasgos de improbable carácter que las personas que no la conocían bien encontraban difícil de acreditar.

—¿Cómo estás? —le preguntó él al sentarse en una de las almenas junto a ella. Ella miraba malhumorada la propiedad.

—Bien —Cal se encogió de hombros—. Las cosas se están complicando cada vez más, eso es todo. Confiaba en que pudiéramos salir de aquí sin impactar la cultura local en absoluto. Eso parece poco probable ahora.

—Esta gente está acostumbrada a los milagros —dijo Axel—. Son parte del orden natural aquí. Mira —Señaló el Este, donde una media luna pálida se suspendía en lo alto del cielo: una luna errante. Otra luna era un puntito sobre el horizonte del Sur—. No estamos haciendo nada sobrenatural en lo que respecta a esta gente.

—No me gusta esto —dijo ella—. Especialmente después de anoche. La herida de August está casi curada del todo. Eso ya es un milagro. La Voz del Desierto va a bombardear a Armígero, eso ya son dos.

—Bueno, me temo que tengo que añadir más complicaciones —dijo él con tristeza.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado ahora?

Axel infló los mofletes: —Esta vez te juro que estaba ocupándome de mis propios asuntos. Fui a dar un paseo por los jardines. Ya me

conoces, pienso mejor andando, siempre ha sido así. El caso es que ahí están los conspiradores habituales, sentados en glorietas a la sombra aquí y allá por parejas. Todo muy tonto. Y voy caminando, ¿y a quién crees que veo venir por el camino, sino al bastardo en persona?

—¿Turcaret?

—El mismo —Axel puso los ojos en blanco—. Y entonces me llama como si yo fuera una especie de perrito faldero, ¿sabes? —Gesticuló con una mano como para traer algo a su lado— y me dice: Necesito hablar con usted. Encuéntreme en mis aposentos a las ocho en punto esta noche.

—¿Hablar? —Ella frunció el ceño.

—Sí —Axel se encogió de hombros con inquietud. La historia de su tapadera aquí podía arruinarse—. Así que le dije que sí —terminó, infeliz.

—Nos obliga a actuar —dijo ella.

—¿Y qué hacemos? Le dije que iría.

—Sabia decisión, pero obviamente no podemos reaccionar sin más a estas alturas. Yo quería solo uno o dos días más para identificar a Armígero, pero… —Cal asintió con decisión—. Creo que ya tenemos suficiente.

—¿Sabes dónde está?

—A unos cien kilómetros de la frontera iapysiana —dijo ella—. Casi al sur. Y aun más importante, creo que hemos descubierto adónde va.

—¿La reina?

Ella asintió: —Parece estar interesado en la guerra. Si puede usar sus poderes para salvar a la reina Galas, podría apoderarse de Iapysia. Antes pensaba que la batalla donde habían intervenido los Vientos había sido una prueba. Que era posible que él hubiera querido averiguar qué era necesario para llamar la atención de los

Vientos. Pero podría ser que lo que realmente quiere es conquistar un reino. Tal vez necesita una gran cantidad de hombres que lo ayuden a buscar el talón de Aquiles de los Vientos, o algún otro recurso que esté buscando —Ella se encogió de hombros—. Todo es especulación.

Él sonrió vagamente: —A ver si lo he entendido bien: salimos corriendo ahora, Turcaret envía a los guardias del rey detrás de nosotros y... ¿hacia dónde corremos, sino directamente a una zona de guerra?

Ella sonrió a medias: —Esencialmente, sí. El problema es qué hacer con Jordan.

—No podemos dejarlo aquí así —dijo Axel.

—Tampoco podemos llevarlo con nosotros así. Y no sólo porque nos vaya a retrasar. Tú y yo estamos preparados para el peligro, pero él no.

—Ahí es donde entra August —dijo Axel alegremente.

—Ni lo pienses. Ya hemos involucrado a demasiadas personas.

Axel levantó las manos: —¡Puedes dejar de quejarte de eso! Este mundo es de esta gente, no puedes tratar a estas personas como niños. Y qué si algunos de ellos descubren lo que está pasando, ¿qué tipo de crimen es ese?

—No se trata de eso. No paramos de añadir preocupaciones adicionales que únicamente enturbian el problema principal, el cual se reduce a cómo lidiar con Armígero lo más rápido posible y salir de este planeta.

—¿Es el trabajo lo único que te importa? —Axel bajó de un salto de la almena—. Esta gente no va a dejar de existir cuando nos vayamos. Secuestramos a Jordan. ¿Qué va a hacer él cuando lo soltemos? ¿No has pensado en eso? ¿O sólo estabas planeando alejarlo de Turcaret y luego soltarlo?

Ella lo fulminó con la mirada. Obviamente, Cal había estado pensando precisamente en eso.

—No estás jugando con todas las piezas, Cal, nunca lo haces. No estamos aquí solo para eliminar a Armígero, estamos aquí para actuar como seres humanos decentes. ¿Qué hay de malo en conocer a las personas y ayudarlas a vivir sus vidas? ¿Y en dejar que nos ayuden a vivir la nuestra? Me cae bien Jordan. Hizo lo correcto anoche. Será un hombre de carácter sólido una vez que sea capaz de valerse por sí mismo.

—Bueno —dijo Cal con frialdad—, ya has decidido el bien y el mal de todo esto, por lo que veo. Así que mi opinión ya no importa.

Axel se mesó el negro cabello: —¡Tu opinion importa! La de Jordan también. ¡La de August también! ¡No somos sólo asesinos, eso es todo! ¿Por qué no intentas llegar a conocer a estas gente? Quizás te gusten. ¡Tal vez —se rió— tú y August hagáis buenas migas! ¿Qué tiene eso de malo?

Ella se alejó andando: —Nos iremos esta noche, y con Jordan —fue todo lo que ella dijo mientras tiraba de la trampilla revestida de plomo.

Axel vio cómo se cerraba la trampilla y luego maldijo. Ella no había entendido una palabra de lo que él estaba diciendo.

§ § §

Armígero se levantó y se secó el sudor de la frente. Había intentado toda la tarde reparar el daño que había causado en el jardín de Megan la noche anterior. Aparte de usar algo de su propios nanos, no había nada más que pudiera hacer.

—Está muy bien —dijo ella. Él se giró. Megan se apoyó en el alto tocón que marcaba el final del jardín. Ella le sonrió: —Pero pocas veces he visto a un hombre tan mugriento.

—Te dije que lo arreglaría.

Ella rió: —No se "arreglan" las cosas que crecen, Armígero. Pero... con práctica, podrías convertirte en un buen jardinero. Puedo dejarte la tarea durante un tiempo.

Él se peinó el cabello hacia atrás. Ella parecía feliz ante la idea y él no quería decepcionarla. Aún así..: —No puedo quedarme —dijo él.

La alegría en el rostro de ella de decayó: —¿Por qué no? No irás a volver a tu condenable ejército, ¿verdad?

—Este es otro ejército, y otra guerra —él se encogió de hombros, incómodo—. Quiero hablar con la Reina Galas. Ella es la única en este mundo inexplorado que parece saber lo que son los Vientos. El único ser humano en Ventus con visión. Naturalmente, la van a matar por eso. Por eso tengo que llegar a ella de inmediato.

Megan cruzó los brazos bajo el pecho: —¿Conoces a esta reina?

—No. Nunca la he visto.

Megan lo vio salir cuidadosamente del jardín. Él no había dicho estar enamorado de la reina. Aun así, estaba dispuesto a abandonar a Megan para verla.

Él se detuvo junto a ella, esperando a que ella siguiera el paso mientras él se dirigía a la cabaña. Su recuperación había sido anormalmente rápida, por lo que ahora no mostraba signos de haber estado al borde de la muerte. Todo lo contrario, su rostro resplandecía de salud y él se movía con una gracia felina que a veces él la había sorprendido admirando. Nada de esto sorprendía a Megan, él era un morfo o algún espíritu muy parecido, por lo que tales poderes eran de esperar. Pero aún era un hombre herido, ella lo sabía, independientemente de su fuerza física. Caminaba y comía como alguien en colapso, y las conversaciones habían sido siempre breves e incómodas. Algunos hombres pisoteaban con fuerza su propia herida, cuanto peor era, más fuerte la empujaban hacia abajo, pero eso se notaba en la edad temprana, en las arrugas del cansancio y de la ira en la cara. Y ella bien sabía que un hombre que no cura su propio dolor a menudo pone todas sus energías en sanar el de los demás. Para Megan, tal brutalidad contra uno mismo combinaba lo más noble y tonto que los hombres eran capaces de hacer, y los hombres de este tipo la atraían como imanes. Su propio Matt había sido así. Ella creía que solo una mujer podía aliviar la intolerable presión que estos hombres ejercían sobre sí mismos.

De modo que, Armígero se iba. Pero ella iría con él, aunque él todavía no lo sabía, pues ella lo había decidido en este mismo momento.

—Tengo dinero —dijo ella—. Suficiente para un caballo, tal vez dos. Palafrén de monta.

—Solo necesito un caballo —dijo él. Los hombres eran tan obtusos a veces. Ella sonrió a medias.

Él caminaba con facilidad a través de la espesa hierba, moviendo los músculos en esa fascinante sincronía que ella solo veía en caballos y hombres: —No te dejaré entrar en la casa hasta que estés limpio —dijo ella con picardía.

—Puede que tengas que esperar mucho, entonces —Él le devolvió la sonrisa—. Tu pequeño pozo solo saca una taza a la vez. ¿Propones lavarme el ancho de una palma a la vez?

—Eso podría ser una delicia —dijo ella—. Pero espera y verás.

Cuando llegaron a la cabaña, él rió de sorpresa: —¿Cuánto tiempo tardaste? —Ella había llenado una tina entera mientras él estaba en el jardín.

—Bueno.. —Megan puso las manos detrás de la espalda y se sacudió la tierra con patatida al suelo—. Más bien pensé que la necesitarías. Así que empecé justo después de que te fueras.

—Sí la necesito —sin pensar, él se quitó la camisa. Los ojos de Megan se abrieron al ver que él tenía la intención de hacer lo mismo con los pantalones.

Armígero sólo se había bañado en presencia de otros hombres, oficiales y soldados rasos, en la orilla del río o en un campamento. Le tomó un momento notar el repentino silencio, luego cayó en la cuenta de que podría estar incomodándola. Para entonces estaba desnudo y ya se había metido en el agua.

Se giró y sus miradas se encontraron. Ya cuando ella avanzó un paso hacia él, Armígero sintió que su sexo despertaba. Desde que se había encarnado no había hecho el amor, no era necesario. Aun así

había visto a otros hacerlo muchas veces, aunque las violaciones cometidas por sus hombres eran desagradables, nada parecido al acto sexual en el que él había visto entregarse a sus remotos.

Megan tomó una toallita y, sin decir palabra, la pasó por la pierna de él. Ella no lo miraba mientras le lavaba las pantorrillas y los muslos, pero la excitación de él era visible y ella alzó los ojos hacia los suyos mientras llevaba la tela ahí.

Él extendió la mano para tocarla en la nuca. Ella suspiró profundamente y le pasó las puntas de los húmedos dedos por su miembro. Megan lo besó en la parte plana del estómago, luego se detuvo en su abrazo.

Una parte de él se preguntaba por qué estaba haciendo esto. Un lado antiguo e inhumano cuya voz había estado perdiendo fuerza y confianza en los últimos días. Otra parte de él, joven y anciana al mismo tiempo, casi lloró de deseo y alivio cuando él le bajó el vestido para descubrirle los hombros y hundió la cara en su cabello.

Megan dejó caer el vestido por completo y se metió en la bañera con él—. Ha pasado tanto tiempo —susurró ella.

—Sí —Él la cargó sobre él. El sentimiento despertó un torrente de recuerdos, falsos o reales, ya no importaba. Él la rodeó con sus brazos—. Demasiado tiempo —murmuró. Sus bocas se encontraron y ninguno volvió a hablar.

§ § §

Jordan volvió en sí de repente. Calandria estaba de pie frente a él, bañada por la luz oblicua del atardecer. Ese rostro estaba enmarcado por una corona de fino cabello negro, cuyos zarcillos le acariciaban la frente y la nuca. Ella le sonrió. Jordan se aclaró la garganta.

—¿Cómo está nuestro paciente? —preguntó ella asintiendo a August—. ¿Lo bastante bien como para viajar?

—Me siento bien —dijo August—. La herida no parece tan grave. Creo que incluso podría arreglármelas para ocultársela a Linden.

—¿En serio? —Calandria se pasó distraída una mano por el pelo—. Puede que eso no sea tan mala idea después de todo.

Jordan estaba sorprendido. La noche anterior ella había insistido en quitarse de en medio a August para que no llamara más la atención sobre ellos. Después de todo, el estado de su herida seguramente sería motivo de comentarios. Por supuesto, si él mismo se la ocultaba a sus amos...

—Jordan, ¿puedo hablar contigo a solas un momento? —preguntó ella. Él asintió, sonrió a August, quien se encogió de hombros, y la siguió al pasillo.

Ella cerró la pesada puerta y dijo: —Nuestros planes han cambiado —Jordan sintió una creciente emoción, pero no dijo nada—. Nos vamos esta noche —continuó. Mientras hablaba, ella observaba su rostro con atención—. Quiero que empaques nuestras pertenencias y esperes a que yo regrese, prepárate para moverte rápido —dijo Cal.

—¿Qué hay de Armígero? Pensé que nos quedábamos aquí porque no sabíamos dónde estaba.

—Bueno. Tenemos suficiente para empezar, ¿no es así? —dijo ella alegremente. Luego se alejó, aparentemente confiada.

Jordan volvió a entrar en la habitación y cerró la puerta: —¿Qué pasa? —le preguntó August. El hombre estaba tendido, aparentemente relajado, sobre su catre junto al fuego.

Jordan negó con la cabeza: —No tengo ni idea —dijo.

§ § §

Axel levantó el puño, luego relajó con cuidado sus agarrotados músculos y llamó cortésmente a la puerta de la torre. Había sido una subida difícil hasta aquí, más allá de los guardias de Turcaret y luego por una estrecha escalera de caracol sin ventanas. Apenas podía distinguir los destellos de luz que entraban por las rendijas de la puerta. Después de un momento oyó un arrastrar de pies y la puerta se abrió hacia adentro.

—Pase, pase —el controlador Turcaret le hizo señas para que entrara.

Axel se sorprendió al descubrir que el controlador estaba solo. La habitación de la torre que le habían dado era preciosa. Las altas ventanas emplomadas en las cuatro paredes dejaban pasar largos rayos de luz vespertina que brillaba sobre las hojas de cientos de plantas que adornaban cada superficie. La cámara era alta, de unos seis metros, y tenía el suelo de piedra. Quienquiera que vivía allí normalmente había confiado en la solidez del lugar y había plantado en macetas varios árboles jóvenes de tamaño respetable. Uno, un sauce, enroscaba sus largas ramas sobre una cama de armazón de hierro. Otro eclipsaba un escritorio. Un guardarropa, varios armarios y una mesa estaban medio escondidos detrás del follaje. Junto a la cama había una chimenea. La alcoba podía ser bastante acogedora en invierno.

Axel se cruzó de brazos e intentó esbozar una sonrisa diplomática: —Bien. ¿Cómo está usted? —preguntó. En realidad debía estar Calandria en esta reunión, pero Turcaret había preguntado por Axel en particular, por lo que Cal quedó preparando los caballos y él tenía que fingir durante unos minutos que este hombre lo agradaba. Fabricó una sonrisa.

Turcaret apartó algunas hojas y un escarabajo de la mesa y le indicó a Axel que se sentara: —Entra, Chan —dijo al tiempo que rebuscaba en un armario—. Ponte cómodo —Sacó una botella de vino y dos copas.

Axel miró la botella: —¿Estamos celebrando algo?

Turcaret rió sombríamente y descorchó la botella: —Podría ser. Eso depende de cuán cooperativo seas.

—¿Tiene que ver con sus motivos para visitar a los Boros? —preguntó Axel. Lo que realmente quería preguntar era: ¿Nos seguiste hasta aquí?

—Todo a su debido tiempo, hombre —Turcaret hizo un gesto con la palma hacia la copa de vino—. Prueba. Creo que sabrás apreciarlo.

Axel frunció el ceño, pero levantó la copa. Tomó un sorbo. Instantáneamente sus nanos de diagnóstico se pusieron a trabajar. No detectaron venenos comunes, aunque el líquido estaba lleno de sustancias extrañas a ellos. Eso en sí mismo era normal para el vino ventusiano, según había descubierto Axel.

—Hmm —Desestimó el paranoico pensamiento de que Turcaret intentaba envenenarlo y tomó otro sorbo. Era una sustancia deliciosa, tan fuerte que parecía disolverse en el paladar antes de llegar al fondo de la garganta.

Sonrió a Turcaret y levantó su copa: —Muy bien —dijo—. Ahora, ¿de qué quería hablar?

—Ah, eso —Turcaret juntó las manos y sonrió—, tiene que ver con el pequeño asunto de que eres un impostor.

§ § §

La luz del día se filtraba afuera. Jordan estaba bastante seguro de que Calandria esperaría a que oscureciera antes de hacer cualquier movimiento, pero saber eso no hacía que el tiempo pasara más fácilmente.

El tiempo se hacía eterno. Jordan había lo empacado todo en los diez minutos posteriores a la partida de Calandria, y después de eso lo único que podía hacer era esperar. August había estado observando mientras Jordan trabajaba, pero no dijo nada. Parecía contentarse con dejar que Jordan hablara si así lo deseaba, pero Jordan estaba distraído y demasiado alterado para prestarle mucha atención.

Lo que confundiía aún más a Jordan era que Armígero y Megan estaban haciendo el amor junto a la chimenea. Si cerraba los ojos por un segundo, él estaba allí, al parecer tocándola él mismo, y la visión era tan fascinante que no quería apartar la mirada. Era poderosamente excitante, y no podía permitírselo, no esta noche, y no con August en la habitación.

August giraba el cuerpo, flexionaba los brazos y se tocaba el costado herido. Parecía desconcertado. Obviamente, intentaba

hallar algún movimiento que le doliera lo suficiente como para localizar la herida. Jordan aprovechó la distracción.

—Se lo dije, le hemos puesto algo para quitarle el dolor. Se abrirá la herida si se mueves.

—No —dijo August—. Puedo sentir en todas partes por ahí. Parece que... —Retiró las sábanad.

—¡Alto!

August se levantó: —Que me aspen —dijo. Se presionó el costado con la mano—. Lo siento... —alzó la mirada de repente.

Jordan oyó algo: —¡Calle! —siseó.

August levantó la vista sorprendido: —¿Qué…? —Jordan le hizo un gesto para que callara. Se deslizó hacia la puerta y apoyó la oreja contra ésta.

August se subió los pantalones y se acercó también: —¿Qué pasa? —susurró.

—Oí pasos. Se detuvieron justo afuera de la puerta —susurró Jordan.

August plantó su oreja contra la puerta: —Oigo voces. Apague la vela, ¿quiere?

Jordan corrió a obedecer. August se aplastó contra la pared junto a la puerta y Jordan apenas tuvo tiempo de agacharse detrás de la cama cuando alguien abrió la puerta y dos hombres entraron en la habitación.

12

Turcaret miró por la ventana para comprobar el ángulo de la luz. Estaba casi oscuro. Casi la hora.

—Envié un mensaje por semáforo al rey de Ravenon —le dijo a Chan—. Poco después de que dejaras la mansión de Castor. El rey nunca había oído hablar de ti, ni de la dama que se hace llamar Calandria May. No sois mensajeros de Ravenon. No sabemos lo que sois; pero, si os volvía a encontrar por casualidad, recibí permiso para arrestaros y enviaros con grilletes de vuelta a la capital.

Chan tomó otro sorbo de su vino, su expresión era suave: —Estamos solos en esta habitación —señaló—. Si quisiera arrestarme, ya lo habría hecho.

—Cierto —Al menos Chan no era el idiota que parecía—. Tuve una idea mejor —admitió Turcaret.

—Soy todo oídos —dijo Chan. Turcaret nunca antes había escuchado esa expresión, la imagen era tan extraña que se rió.

—Originalmente tenía la intención de entregarte —dijo—. Después de todo, presentaste un tremendo insulto.

Chan se enderezó: —¿En qué manera? Estoy seguro de que no pretendíamos ninguno.

—¿No pretendías ninguno? —Turcaret no podía creer lo que escuchaba—. Bueno, para empezar, me robaste mi propiedad bajo un pretexto.

—¿Qué propiedad? —El tonto parecía desconcertado ahora.

—La chica Mason.

Una mirada de disgusto se extendió lentamente por el rostro de Chan. Inclinó la copa, derramando el vino en el suelo. Eso estaba bien, decidió Turcaret, probablemente ya estaba suficiente bebido.

—Las personas no son propiedad —dijo Chan en voz baja—. Tienen derechos, incluso en este país olvidado de Dios.

—¿Derechos? Sí, hablemos de derechos, veamos —dijo Turcaret—. Esa chica era sólo algo sin importancia, y nadie protestaría por su destino porque nadie puede hacer nada al respecto. Ella era mi derecho, era el pago de una deuda, y ese era el principio y el final de todo el asunto. ¡Pero tú! Tienes el descaro de indignarte por esa pequeña ramera cuando tú mismo no eres más que un ladrón, ¡el ladrón de un título de Ravenon! Tú eres quien ensucia el decoro aquí, y yo estaría en mi derecho de ejecutarte sumariamente aquí y ahora.

—¿Tú y qué ejército? —preguntó Chan. Luego sacudió la cabeza estúpidamente, el extracto de la planta que los sacerdotes habían preparado para Turcaret debía estar haciendo efecto.

—Te refieres al hecho de que estamos solos. Tal vez creas que podrías vencerme en una pelea justa. Tal vez. Pero no llegarías muy lejos, incluso si evitaras a mis hombres y escaparas de los terrenos.

—¿Es-assí? —Chan pareció darse cuenta de pronto de lo que le estaba pasando. Trató de ponerse de pie, sin éxito.

—Oh, sí, te han drogado —dijo Turcaret—. Pero no es por eso que nunca saldrás de aquí. Los Vientos te han elegido para que desempeñes un papel en los acontecimientos que están a punto de desarrollarse. Los Vientos están de nuestro lado. Sabemos que nos favorecen. Para cuando termine esta noche, todos lo sabrán.

—Vete al infierno —mascculló Chan. No parecía tener miedo en absoluto. Enojado, tal vez. Turcaret supuso que, después de todo, era más estúpido de lo que parecía.

El controlador sonrió, sin tratar de ocultar su presunción: —Nos has sido entregado, señorito. Puedes que creas que eres el autor de tus propias acciones, pero no lo eres. Un poder superior te ha entregado.

Chan negó con la cabeza torpemente: —Tú deliras —Volvió a intentar ponerse de pie, sin éxito.

—¿Te sientes un poco débil? —preguntó Turcaret—. Bien. Quédate ahí, quiero mostrarte algo.

Buscó detrás del naranjo y sacó los paquetes envueltos que su hombre le había entregado justo antes de la llegada de Chan. Apoyó el largo bulto de tela en su propia silla y puso el paquete más pequeño sobre la mesa. Desenrolló la tela que lo envolvía. Chan parpadeaba como un búho mientras lo hacía.

Turcaret echó un vistazo al exterior. El sol estaba bajo. Era hora.

—¿Reconoces alguno de estos? —Turcaret desenrolló el paquete más pequeño para revelar una daga, un alfiler de capa y un cinturón ancho y adornado.

—¡Ey! —Chan cayó sobre la mesa—. ¡Son míos! ¿Los robaste?

Bueno, esa era por fin una reacción satisfactoria. Turcaret desenrolló casualmente la tela del paquete más grande. Levantó la espada y dejó caer las últimas vueltas de tela de su punta: —¿Y qué tal esto?

Chan se quedó mirando la hoja. No dijo nada. Obviamente esperaba ver su propia espada revelada debajo de la envoltura, asumiendo correctamente que también había sido robada de su habitación. Esta no era su espada, sino una espada mucho más ornamentada y finamente forjada: —La espada favorita de Yuri —dijo Turcaret—. La guarda en su dormitorio. Solo la he tomado prestada, no te preocupes. Va a estar de vuelta allí en un par de horas.

Sacudiendo la cabeza, Chan trató de levantarse: —Ey, espera. Sólo espera un... —Cayó hacia atrás, con la cabeza colgando.

—Deberías verte —dijo Turcaret—. Tu aspecto es patético. Esa no es forma de morir, Chan. Había esperado más de un "agente de Ravenon".

Levantó la espada, apuntándola directamente al corazón de Chan: —Me han dicho que te mate limpia y rápidamente —dijo—. Y lo haré. Pero no antes de que me digas algo.

—¿Eh? —Chan se levantó impulsándose con los brazos; no le

respondían las piernas. Turcaret dio un paso adelante y le dio una patada detrás de las rodillas. El hombre cayó despatarrado de su silla.

Turcaret alzó en vertical la espada y la hizo girar para que brillara a la luz de la lámpara. Los ojos de Chan estaban fijos en él.

—Dime esto, o haré que sea una muerte lenta y no rápida —dijo Turcaret.

—¿Por qué vienen los Garfios Celestiales a llevarse a Jordan Mason?

§ § §

La espada de August destelló en la penumbra. Uno de los hombres que había entrado en la habitación gritó y cayó agarrándose la pierna. El otro se abalanzó hacia August echando mano a su propia espada. Esto hizo que August se retirara hasta la cama.

Jordan alzó la vista hacia los sorprendidos ojos de un hombre que vestía la librea de Turcaret.

—¡Corre, Jordan! —La estocada de August cortó el aire donde el segundo hombre había estado hace un instante. Jordan rodó hacia un lado y terminó en medio de la habitación. Vio a August y al otro hombre luchando, ambos se agarraban mutuamente las muñecas. El primer hombre se arrastraba hacia la puerta, el muslo izquierdo chorreaba sangre, August lo había desjarretado.

—¡Corre!

Jordan se levantó tambaleante y echó a correr. Estaba impactado por la inesperada violencia y ni siquiera se molestó en comprobar si había más hombres en el pasillo. Bajó los escalones a trompicones, sin pensar, hasta que lo detuvo un fuerte golpe sobre él. Una silueta oscura con una espada apareció en lo alto de la escalera.

—¡Jordan! —Se detuvo y dejó que August lo alcanzara. El hombre se agarraba el costado donde había sido herido la noche anterior.

August agarró a Jordan por el hombro y lo zarandeó: —¿Qué está sucediendo?

—¿Qué quieres decir?

—No intentes juegos conmigo —dijo August con tono letal—. ¡Mi herida de espada!

—¿Qué pasa con ella?

—Hay un corte superficial ahí que parece reciente, pero no siento nada más profundo. ¡Está curada!

—Ah...

—¿Y por qué dos hombres del Controlador General Turcaret estaban invadiendo tu cámara?

—¡No lo sé!

—¡Vosotros! ¡Alto! —Varios hombres con espadas habían aparecido en lo alto de las escaleras.

—Más tarde, entonces. ¡Vete! —August empujó a Jordan por los últimos escalones. Esta vez Jordan no dudó, sino que corrió. El tintineo del acero resonaba detrás de él cuando abrió la puerta del patio con el hombro, y luego estaba esquivando entre las estatuas, mientras los sonidos de la pelea se desvanecían detrás de él.

§ § §

Axel intentó levantarse por quinta vez: —¡Vete al infierno! —murmuró. Concéntrate, se dijo a sí mismo. Piensa en un modo de salir de ésta.

El maldito controlador le dio una patada en las costillas. No le dolió mucho, pero perdió el equilibrio otra vez. Fuera lo que fuera lo que habían añadido a su bebida, había superado sus inmunidades habituales y, hasta el momento, los nanos de diagnóstico no lo había detectado. Hardware barato. Nunca debí haberlo comprado en Choronzon.

Había dejado la espada y la daga en la habitación, donde todo su equipo estaba empacado para su huida de este lugar más tarde esa noche. La etiqueta le había impedido usarlos para lo que le habían dicho que era una simple reunión con Turcaret. Ellos sabían que él no las llevaría a la cita, por lo que debía de haber sido fácil para cualquiera colarse en la alcoba y tomarlas.

Intentó usar su enlace de radio para llamar a Calandria. Necesitaba algunos comandos mentales bastante específicos para operar, y no podía concentrarse lo suficientemente bien como para darlos: —¡Maldición!

—¡Dímelo! —insistió el controlador—. ¿Por qué vienen los Garfios Celestiales a por Mason?

—No sé de qué me hablas —dijo Axel.

—Los Garfios Celestiales se llevarán esta noche al joven Mason —dijo el controlador—. Lo sé todo sobre él, aunque tratasteis de ocultármelo. Pero los Vientos no me han dicho por qué lo quieren. Lo único que dijeron es que amenaza la "taliencia". ¿Qué significa eso? ¿Qué es la taliencia?

Axel nunca había oído esa palabra. Así lo dijo: —¿Quién tira realmente de tus hilos, eh? Dime eso y te diré lo que los Vientos quieren con Jordan.

Turcaret levantó la espada, su rostro estaba blanco. Luego se lo pensó mejor: —Si te fijaras en algo más que en las damas de limpieza y la ubicación de los mejores vinos, sabrías lo que está pasando —dijo Turcaret—. Vamos a poner la máscara de Yuri en la sala de desfiles. Apoyó al hombre equivocado.

—¿Te han encamado con Brendan Sheia? —Axel se echó a reír—. ¡Eres un idiota! ¡Él se está hundiendo en las llamas! La reina va a perder su guerra y luego él será un apátrida. Él no es tan buen orador para convencer a la familia de que es el legítimo heredero.

El controlador se había calmado. De hecho, ahora parecía demasiado tranquilo: —Bueno, señor Chan, tal vez yo sepa algo que usted no sabe. A diferencia de Yuri, nosotros contamos con el

respaldo de los Vientos. Conocemos la Verdad sobre ellos, ya ve que —Axel estaba seguro de que Turcaret había puesto una uve mayúscula en Verdad— los Vientos están destinados en última instancia a ser nuestros sirvientes.

Blandió la espada en un brillante arco por encima de la cabeza y la descargó sobre el cuello de Axel.

§ § §

Jordan estaba a medio camino de la habitación de Axel cuando comenzó la nueva visión.

Sintió a Armígero en algún lugar del fondo de su mente. Sabía que el hombre seguía en la cama con Megan, aunque él había logrado mantenerse estoicamente alejado de ellos. Los sentidos de Armígero eran seductores, peligrosamente seductores.

Esto era algo nuevo, otra voz o voces. A su pesar, Jordan se detuvo desconcertado.

Estaba de pie en uno de los salones principales de la mansión. Podía escuchar claramente voces provenientes de uno de los salones. Una superposición de sonidos resultante en una confusa mezcla de susurros cuyo origen no podía ubicar. Parecían venir de todas partes a su alrededor.

Muchos de los susurros estaban en idiomas que no conocía. Otros estaban en su idioma. También captaba fragmentos extraños de cosas: cielo negro, el lateral de un edificio por la noche, algo que semejaba un diminuto modelo de la finca Boros visto desde arriba.

Sacudió la cabeza tratando de mantener la calma. Como había hecho la última vez, ahora tendía que hacer una pausa y atenuar las visiones, de lo contrario no podría llegar a la seguridad de la habitación de Axel. Si iba a hacer eso, tendría que encontrar un lugar apartado o los hombres de Turcaret lo encontrarían.

Se movió tan silenciosamente como pudo hacia la puerta del cuarto de máscaras. Nadie estaría aquí a esta hora. Mientras empujaba la puerta para abrirla, se apoyó en el dintel de piedra y el contacto le

produjo una eléctrica sensación de conciencia.

—¿Qué...? —Retiró la mano de golpe. Los murmullos se callaron de nuevo. Podrían haber venido de las máscaras alineadas en la pared, pero sentía que era más que eso. Aún así, los ojos vacíos de las máscaras le daban escalofríos, así que Jordan les dio la espalda.

Tentativamente, extendió la mano y tocó con la punta de los dedos la pared de piedra. De nuevo sintió una sensación de conexión, como si hubiera pasado de un pasillo silencioso a un luminoso salón lleno de gente.

—¿Qué es esto? —susurró.

La voz era fuerte esta vez. Soy piedra, dijo el muro de piedra.

§ § §

Calandria había visitado las cocinas y llenado un par de alforjas con comida. Luego fue a los establos y supervisó el aprovisionamiento de los caballos de Axel y August. Salir de noche seguramente daría que hablar, pero con suerte eso no ocurriría hasta la mañana, cuando ellos ya estuvieran a muchos kilómetros de distancia.

Cuando todo estuvo a su gusto, volvió a su habitación para decirle a August Establero que debería prepararse para viajar.

Pudo saber que algo iba mal desde la parte inferior de las escaleras. La puerta de su habitación estaba abierta. Calandria subió los escalones en silencio, atenta a cualquier movimiento. La habitación parecía vacía, pero vio sangre fresca en el suelo.

Maldijo por lo bajo y entró. No había nadie aquí. ¿Había atacado Establero a Jordan? La sangre manchaba el interior de la habitación, pero vio gotas que se alejaban por el pasillo. Quienquiera que había resultado herido, lo habían dejado a su suerte, o se lo habían llevado.

Nada de esto tenía ningún sentido, y no saber cuál era la situación la alarmaba más que si hubiera tenido alguna certeza.

Abrió su enlace de radio con Axel: —¿Axel? ¿Dónde estás?

No hubo respuesta. Ahora, alarmada del todo, pasó por delante de las mantas desechadas junto a la chimenea y comenzó a meter sus pocas posesiones en una bolsa. Frunció el ceño ante el hermoso vestido que llevaba puesto, sería muy difícil montar usando esta dulzura. Aunque sus instintos le decían que saliera corriendo de la habitación, se detuvo el tiempo suficiente para quitarse el vestido y ponerse su resistente ropa de viaje. Luego levantó su equipaje y dio media vuelta para salir. Estas pocas cosas tendrían que servir.

¿Ahora qué?: — ¿Axel? —Aún nada. Él no había activado su transpondedor, por lo que ella tampoco podía localizarlo de ese modo.

Las pocas cosas de Jordan estaban sobre su cama, y ella las examinó. El chico no se había llevado nada consigo, señal de que no había salido voluntariamente.

Se suponía que Axel estaría visitando a Turcaret en este momento. Podía ir por ese camino o seguir las manchas de sangre hasta donde Jordan podía estar en peligro.

Axel podía cuidar de sí mismo, pero Jordan solo estaba aquí porque ella lo había secuestrado y obligado a estar.

Maldiciendo groseramente, Calandria luchó por ponerse la capa en su sitio, se echó las bolsas al hombro y fue a seguir el rastro de sangre.

Cuando salió de la habitación, una voz surgió de la oscuridad frente a ella.

—Tiene mucha prisa para ser una viajera inocente, Lady May.

§ § §

Turcaret se quedó mirando el lugar por donde la espada de Yuri se había partido limpiamente por la mitad.

Las manos de Axel Chan estaban en su garganta. Él gorgoteó. Luego

rodó hacia un lado, escupió y jadeó.

—La espada se rompió —susurró Turcaret—. En tu cuello...

Axel se impulsó con las manos y se puso de rodillas con cuidado. Luego agarró el borde de la silla volcada y lo usó para sostenerse mientras se levantab. Intentó hablar, pero solo salió una tos.

Tenía la garganta roja y lacerada donde Turcaret la había golpeado con la espada. Manaba poca sangre. La herida parecía superficial.

Obviamente, Turcaret había golpeado el suelo de piedra con la punta de la espada antes de que el resto de la hoja hubiera tocado el cuello de Chan. Algo así debía de haber pasado.

No había tiempo para preocuparse por eso, Chan estaba de pie. Turcaret agarró de la mesa la propia daga del hombre. Chan hizo un torpe intento de agarrarla, pero Turcaret se colocó dentro de alcance y lo apuñaló justo debajo del corazón.

La daga atravesó la camisa de Chan y le laceró las costillas. Él se tambaleó hacia atrás, tosiendo. La sangre fluía abundante de la herida. Turcaret vio claramente que había levantado un trozo de piel del tamaño de su palma, pero la hoja no había penetrado.

Sorprendido, pero no preocupado, Turcaret saltó detrás de Chan, quien intentaba llegar a la puerta: —¡Muere, maldito seas! —Invirtió la daga, agarró a Chan por el hombro y lo apuñaló una y otra vez. Era como apuñalar una mesa. Cada golpe tajaba la camisa de Chan mientras la hoja atravesaba la piel, y claramente él no llevaba armadura, pero la hoja no penetraba más que unos pocos milímetros y, al final, también ésta se partió contra el hombro del hombre.

Turcaret retrocedió: —¿Cómo has hecho esto?

Chan se acurrucó junto a la puerta cerrada, jadeando. Toda la parte superior de su cuerpo estaba cubierta de sangre. Esta no iba a ser la muerte limpia que Brendan Sheia había exigido. No había forma de que pareciera que Chan había sido asesinado por el golpe mortal de Yuri. Tal vez se pudiera simular que había tenido lugar una pelea,

pero querían evitar esa opción porque levantaría la pregunta de por qué nadie había escuchado nada. Pero ¡el hombre no moría!

Chan se giró ahora y se destapó los ojos. Podía haber quedado vulnerable, pero Turcaret no lo había pensado a tiempo. El rostro de Chan se había transformado. La piel alrededor de su boca era de un blanco puro y sus ojos estaban muy abiertos. Él estaba temblando; pero, al parecer, no de miedo.

—Ayuda —dijo Turcaret por lo bajo. Luego gritó—. ¡Entrad aquí y ayudadme!

§ § §

Jordan ya no estaba seguro de dónde estaba. Cuando la pared le habló, salió disparado y se recuperó brevemente para encontrarse aquí afuera, en el jardín delantero de la hacienda. Trató de seguir adelante para escapar de alguna manera del ruido en su cabeza, pero solo dio cincuenta pasos antes de volver a quedarse ciego. Podía ver, con una claridad que en sí misma era aterradora, pero ya no a través de sus propios ojos.

Los espíritus que lo rodeaban estaban pasando la visión de un lado a otro como una pelota. Parecía que todas las partes de la propiedad Boros tenían sus espíritus, y cada uno percibía el mundo de una manera diferente. Todos hablaban a la vez, mirando a su alrededor, como si despertaran de un largo sueño y se encontraran sobresaltados por el mundo.

Algo los había despertado. Algo venía.

Los árboles hablaban de un peso gigantesco que descendía por el aire y de una sombra entre ellos y el cielo crepuscular. Las piedras podían sentir una electricidad extendiéndose en una especie de oleada, proveniente del Este. Jordan entendía estas cosas porque las piedras, los árboles y el agua hablaban en términos comunes de referencia, algunos de los cuales eran palabras y frases que él podía entender, otros eran imágenes, otros sensaciones físicas.

Se detuvo tambaleante, sin saber si seguía de pie. No, ahora parecía estar por encima del suelo, muy alto. Podía ver los tejados de la

mansión, y las fachadas con ventanas (con los últimos rayos de sol dorados) y él sentía la corriente de aire del paso de los cuerpos humanos a través de los pasillos interiores. La conciencia de la hacienda parecía atraer un foco más estrecho, mostrándole imágenes de personas. Parecía tocar las leves estelas de calor que dejaban los cocineros en la cocina, según lo informado por un arco allí. Las losas del patio sentían la presión de los pies y medían el paso de cuatro personas. El sonido de las voces resonaba extrañamente, como si proviniera de una gran distancia.

Los espíritus estaban buscando a alguien, un hombre o una mujer en algún lugar de la hacienda.

Jordan sabía que él no estaba realmente en el aire, esto era solo una visión. Comenzó a caminar de nuevo, deseando que los espíritus lo notaran, porque entonces podría saber dónde estaba, aunque solo fuera a través de esos ojos. Puso las manos delante de él como un ciego y caminó.

Los cielos... algo estaba bajando del cielo. La propiedad lo sabía, y cada vez más los fragmentos de visión que captaba Jordan eran imágenes de una gran altura, muy por encima de los árboles más altos.

Si no era capaz de luchar contra estas visiones, bien podía darse por muerto. ¿Iba a quedarse aquí y dejar que lo que fuese que venía se lo llevara?

Enojado por su propia impotencia, Jordan dejó de caminar, dejó caer los brazos a los lados y respiró profundamente. Una vez. Dos veces. Invocó todas las cosas que Calandria le había enseñado y trató de dominar el pánico. Todo para poder recuperar sus propios ojos durante un momento.

Sintió que el caleidoscopio de visiones se aclaraba e inclinó la cabeza hacia atrás. Vio el cielo sin nubes, salpicado de las primeras estrellas del atardecer como joyas sobre seda azul.

Y vio los Garfios Celestiales.

§ § §

Linden Boros mostró a Calandria una familiar sonrisa. La cual no era más encantadora viniendo de él que viniendo de Yuri o Marice. Linden iba vestido con pantalones de montar oscuros y una chaqueta roja bordada, como si acabara de llegar de las cuadras. Tenía diez hombres con él, todos armados. August Establero estaba cerca de él con aspecto de sentirse incómodo.

—August me dijo que hubo una pelea —dijo Linden—. ¿Fue usted testigo de ello, señora? —Sus guardaespaldas tenían las espadas desenvainadas.

Calandria miró las espadas con los ojos muy abiertos: —¿De qué se trata esto?

—Parece que mi hermano bastardo ha cruzado el límite —dijo Linden secamente—. Mediante su amigo Turcaret —Hizo un gesto para que ella subiera los escalones. Cal caminó hasta quedar frente a él.

—¿Dónde está mi aprendiz? —preguntó ella—. Debería estar aquí con tu hombre —señaló a Establero.

Las cejas de Linden se fruncieron ligeramente. Miró a Establero, quien se encogió de hombros: —Eso no es asunto mío —dijo Linden —. Pero creo que nos debe una explicación.

Calandria inclinó la cabeza hacia un lado: —¿Explicación? ¿En relación a qué? Que hayamos salvado a uno de sus hombres, aquí presente, de la muerte no requiere explicación, a menos que usted sea de los que no beneficirían una vida salvo que esa vida le beneficie. ¿Que lo escondimos? Fue por petición propia. Él estaba un poco avergonzado después de transgredir las normas de la casa.

—¿Y por qué está vestida para cabalgar a estas horas de la noche, señora?

—Teniendo en cuenta la cortesía que he tenido con su hombre, señor Boros, creo que también tengo derecho a reservarme esa respuesta para mí.

Él frunció el ceño: —¿Debo recordarle que es usted una invitada en

esta casa?

—No por mucho tiempo —dijo ella—. Y no soy la invitada que transgredió las reglas —añadió asintiendo significativamente hacia August, quien retrocedió.

Linden se cruzó de brazos. Bajo esa luz parecía bastante amenazador, delgado y sereno, con su espada suelta a su costado. El cabello rubio que caía en cascada por un hombro estaba atado con una cinta negra. De pie y así de cerca de él, Calandria percibió un olor a cuero, caballos y sudor: —Hablando de transgredir las reglas —dijo él con cierta ironía—, puede que los Vientos se molesten al saber cuánta ciencia lleva consigo, Lady May.

Ella no respondió a eso: —Nuestro pobre amigo August, aquí presente, estaba acabado, por su propia admisión —continuó Linden—. Alguien trató de disimular una herida de espada recién cicatrizada con un corte nuevo y menos profundo, pero hizo un torpe trabajo. Especialmente porque hay una cicatriz correspondiente en su espalda. Nunca antes había visto un par de cicatrices como esa... la mayoría de las personas con ese tipo de herida no duran ni un día. Ahora August me asegura que su sangre en realidad es bastante líquida, lo que le dificulta la coagulación un dedo cortado. Dice que le hizo usted algo... algo científico, que lo trajo de vuelta desde el borde de la muerte. La última persona en intentar tal cosa fue el general Armígero, cuyo ejército fue destruido por los Vientos.

—Pero... —comenzó ella.

—Pero —interrumpió Linden—, resulta que usted tiene razón. Salvó la vida de mi sirviente, según él mismo admitió. No estoy seguro de qué es lo que está haciendo, pero aquellos que atacaron a August aquella primera vez han regresado para terminar el trabajo. Eso me dice que usted no es uno de ellos. No sé quién es usted, pero...

Fue detenido a mitad de palabra por gritos y alaridos que surgieron de debajo de ellos. Un hombre subía corriendo las escaleras, gritando: —¡Señor! ¡Señor! ¡Está muerto!

Calandria se había agachado e iba a recoger sus mochilas, pero

dudó cuando el hombre que tropezó en el último escalón se arrodilló y gritó: —¡Han matado a Yuri!

Los ojos de Linden se abrieron como platos: —¡Brendan! ¡Lo sabía! —Se giró hacia Calandria—. Si tiene usted algo que ver con esto, señora, no vivirá para ver el juicio. Pero si salvó a August y si ama nuestra casa, ¡venga conmigo! —Linden corrió escaleras abajo.

Calandria fue a tomar sus mochilas, pero August ya las tenía: —¿Dónde está Jordan? —le preguntó ella mientras los hombres corrían a su alrededor como un río desbordado.

—¿No lo sabe?

Ella negó con la cabeza. Luego se giraron al mismo tiempo y corrieron tras la multitud.

§ § §

Axel echó mano a lo primero que tenía cerca. Era una planta de anchas hojas en un maceta.

—B-bastardo —logró croar. Le ardía el cuello como si hubiera sido marcado a fuego. Cada vez que se movía, brazos y hombros gritaban de dolor. La armadura subcutánea había funcionado tal como había anunciado Calandria, de lo contrario ya estaría muerto, pero había sido suficiente para evitar la pérdida de sangre y los profundos moretones. Tenía que confiar en que Turcaret no se percatara de lo muy cerca que estaba del colapso.

Lanzó la maceta. Turcaret la esquivó fácilmente. Los reflejos de Axel seguían siendo patéticos, pero el mareo estaba remitiendo.

—Te mataré —dijo Axel al controlador, intentando sonar confiado. Dio un paso hacia el centro de la habitación. Turcaret retrocedió hasta la ventana. Axel examinó con la vista sus posesiones robadas, dispuestas en un trozo de tela sobre la mesa como si estuvieran a la venta. Las iban a dejar dondequiera que encontraran muerto a Yuri, por si atrapaban al mismo Axel. Buen plan.

Turcaret se acercó a la ventana y gritó fuerte: —¡Hombres! ¡Subid

aquí!

—Oh, cierto... —comenzó Axel, pero en ese momento la puerta detrás de él se abrió de golpe. Cuatro hombres grandes con espadas entraron en la habitación. Detuvieron su embestida al ver a Axel, ensangrentado junto a la mesa, y a Turcaret apoyado en la ventana.
.

Las cejas del líder se levantaron y el hombre sugirió a Turcaret: —¿Acabamos con él, señor? Ya es buena hora de...

El líder había bajado la guardia, por lo que Axel le dio una patada lateral. El hombre salió despedido por la habitación y destrozó un fino armario lacado. Axel se levantó tambaleante, y casi se cae.

Un fuerte golpe en el hombro lo hizo caer de rodillas. Esta vez tuvo el sentido común de rodar hacia delante y ponerse en pie en el otro extremo de la mesa. El hombre que había tratado de cortarle la cabeza miraba su espada con sorpresa.

Dos de ellos rodearon los lados opuestos de la mesa. Axel saltó sobre ésta y dejó que uno lo apuñalara en el pecho. Axel e tendió la mano y asió la muñeca del hombre, la giró para arrebatarle la espada de la mano mientras el otro guardaespaldas observaba confundido.

No podía dejar que estos hombres lo atraparan. Se giró hacia una buena vista de la espalda de Turcaret, quien se debatía por salir por la ventana.

Axel golpeó con el pomo de la espada en la cara de su dueño y se bajó de la mesa. Pateó una silla entre él y el otro guardaespaldas y corrió hacia la ventana. Turcaret había logrado salir y estaba aferrado a la corsina, a unos tres metros por encima del tejado de la mansión.

No había tiempo para mirar: los guardias estaban convergiendo hacia él. Axel se agarró al marco de la ventana y se impulsó para cruzarlade un salto mientras se aullaba un ataque detras de él.

La caída le habría roto algo si él no hubiera estado blindado. Como

lo estaba, sólo quedó aturdido un instante. Cuando se puso de rodillas en el tejado, al principio no pudo ver a Turcaret.

Pero sí, allí estaba el controlador luchando con la trampilla de metal de acceso al tejado. Por detrás de Tucaret salía la luna, enorme y blanca. Axel soltó una carcajada y se puso en pie despacio.

Turcaret alzó la vista con miedo en los ojos, y Axel tardó un momento en notar que el controlador no lo miraba a él, sino al cielo.

Ventus solo tenía una luna y Diadema era pequeña. Aquello que se perfilaba sobre la silueta de Turcaret era enorme, más grande que la luna de la Tierra, y crecía por segundos. Brillaba desde dentro.

Turcaret miró entonces algo que había detrás de Axel. Él mismo se dio la vuelta y miró hacia arriba... y hacia arriba.

—Oh, gracias —dijo Turcaret.

§ § §

La disputa de la familia Boros en realidad no era asunto de Calandria, pero en este momento estaba rodeada de voceantes hombres para quienes nada podía ser más importante. Cal se dejó llevar por ellos pensando que así podría encontrar a Jordan.

Linden levantó una mano: —¡Silencio! —tronó— ¿Dónde? —le dijo al hombre que les había hablado de la muerte de Yuri.

—¡En su dormitorio!

—Oh, rezad para que no haya sido asesinado mientras dormía —Salieron rápidamente al patio lleno de antorchas ardiendo. El cielo estaba iluminado por el resplandor crepuscular de una luna errante, enorme y descendiendo sobre la hacienda. Los sirvientes se apiñaban por todas partes, boquiabiertos. Los hombres de Linden se estaban reuniendo bajo las puertas principales de la mansión: —¿Dónde está Sheia? —rugió Linden.

—¡Tenemos a sus hombres atrincherados en sus habitaciones! —gritó un teniente—. No sé dónde está él, sin duda ha huido como el canalla que es.

—¿Dónde está Marice?

—Con Yuri.

—Ve, entonces —Linden se apresuró a entrar en la mansión. Los demás lo siguieron. August siguió junto a Calandria, aunque sin decir nada.

El dormitorio de Yuri estaba en el tercer piso, al frente de la casa. Tenía una vista imponente a través de muchas ventanas de vidrio emplomado de suelo a techo. Había dos chimeneas enfrentadas al otro lado de la habitación. La cama gigante con dosel de Yuri se alzaba cerca de la de la derecha. Los hombres de Linden se apiñaron detrás de toda una multitud de personas que balbuceaban y gemían incoherencias.

Todo había sido derribado en el curso de la batalla final para Yuri. Las mesas estaban volcadas, las sillas destrozadas. Era asombroso que nadie hubiera oído la pelea, pero claro, las paredes eran de piedra gruesa y la puerta era de roble de cuatro centímetros de espesor.

Yuri yacía de espaldas sobre la cama. Tenía el vientre rajado y los intestinos sobresalían en azul de la herida. Los ojos aún estaban abiertos, mirando al techo.

Lady Marice estaba junto a la cama. No había ninguna expresión en su rostro, era como si la mujer estuviera tallada en piedra. Observaba a la gente correr de un lado a otro gritando.

—El asesino huyó —le dijo alguien a Linden. Él se acercó a Marice y le tomó la mano. Ella la retiró rápidamente y se alejó de él.

—Pero dejó su espada —El hombre señaló el suelo junto a la cama.

—¿La dejó? —Linden se arrodilló y empujó la hoja que yacía allí—. ¿Y de quién es esto, me pregunto?

Calandria suprimió una maldición. Era la espada de Axel.

13

La bóveda del cielo se estaba tapando. Jordan solo podía ver estrellas cerca del horizonte, el resto del firmamento lo ocupaba la masa oscura de una luna errante. Él nunca antes había visto una tan cerca del suelo, nunca se había percatado de lo grande que era, como una tormenta. Parecía a punto de caer sobre él en cualquier momento.

Desde la distancia, las lunas parecían difusas, pero de cerca se podía distinguir diminutos patrones en su oscura piel, como las venas de una hoja. Y justo encima de Jordan, en el centro de la cuenca de cielo que la luna hacía, vio aparecer una abertura estrellada, de un negro profundo y desde la que descendían silenciosamente unas motas de luz.

Garfios Celestiales. Jordan podía verlos entre las luces ahora: filamentos negros como hilos de araña, con luces colgando a lo largo de ellos como farolillos de papel en una feria. Todo el mundo sabía que los Garfios cabalgaban sobre las lunas errantes, y que descendían entre las nubes como las manos de un dios para llevarse campos enteros. Jordan nunca los había visto antes, nadie que él conociera los había visto. Pero conocía las historias.

La entrada a la mansión estaba a solo cien metros de distancia. Jordan agachó la cabeza y corrió hacia las puertas.

§ § §

Linden Boros recogió la espada de Axel Chan. La hoja estaba manchada de sangre. El señor la giró en sus manos, pensativo: —Marca extranjera —dijo—. ¿Podría ser iapysiana? —Una nueva conmoción estaba estallando en el pasillo fuera del dormitorio de Yuri. Toda la propiedad, al parecer, había empezado a gritar.

—Qué importa —dijo el teniente a su lado—. Sabemos que Brendan Sheia está detrás de esto.

—¿Es eso así?

El silencio cayó como un manto sobre la habitación. Calandria se puso de puntillas para ver qué había pasado.

Brendan Sheia estaba de pie en la puerta. Tenía una mano en el pomo de su espada, por lo demás parecía tranquilo: —¿Es sabio llegar a tales conclusiones, hermano?

—¡Yo no soy tu hermano! —Linden caminó hacia él—. Fue muy estúpido de tu parte venir aquí, Brendan. Aunque supongo que te ahorra la humillación de ser apresado.

—Eres demasiado rápido sacando conclusiones precipitadas —dijo Brendan. Se acercó a Marice y se inclinó gravemente—. Milady, no sé qué decir. Esto es terrible —De nuevo, Marice se apartó del hombre.

Brendan Sheia dio vueltas como un actor en el escenario. Sabía que tenía la atención de todas las personas en la habitación. Era un hombre corpulento y de rostro cuadrado, pelo negro y cejas juntas. Llevaba una bata bordada con el escudo de armas de la familia y unos sencillos calzones grises, en un intento, sin duda calculado, de parecer recién salido de su propio dormitorio, apariencia que la espada desmentía.

Habría tenido que estar loco para entrar en esta habitación sin el arma, a juzgar por la forma en que la gente lo miraba.

—¿Qué es eso? —Asintió hacia la espada que sostenía Linden—. ¿El arma homicida?

—Sí —dijo Linden—, y en cuanto sepamos a cuál de tus hombres pertenece, lo clavaremos con ella en la pared sur, justo delante de ti.

—¿Uno de mis hombres? —Sheia frunció el ceño—. Eso no es probable. Esa espada pertenece a uno de nuestros otros invitados... el de piel rojiza, ya sabes, el irritante.

—Sir Chan —dijo el lugarteniente de Linden.

—Sí, ese es. ¿Dónde está Sir Chan mientras ocurre toda esta conmoción?

Linden miró a Calandria. Ella no tenía nada que decir, simplemente negó con la cabeza.

—Tal vez deba decirnos el motivo de su ropa de viaje —le dijo Linden a Cal.

—Pues bien —Sheia se cruzó de brazos y frunció el ceño a Calandria—. Eso parece sencillo.

—No necesariamente —dijo Linden—. Ella no tienen motivo. Todo lo contrario.

—Tal vez fueron contratados por Sheia —dijo el teniente.

Sheia soltó una carcajada: —Son agentes de Ravenon, ellos mismos lo admiten. Con este golpe han sembrado el desorden tanto en Memnonis como en Iapysia. Teniendo en cuenta los problemas que tiene Ravenon, les encantaría que peleáramos entre nosotros. Si no puedes ver eso, Linden, es que eres idiota.

Linden dio un paso hacia él, con el rostro pálido. Sheia lo ignoró y se volvió hacia Calandria: —Así que Lady May estaba subiendo las escaleras de los sirvientes, ¿verdad?

—Si el asesino escapó —dijo Calandria con voz clara y firme—, ¿por qué se dejó la espada? Ese parece un descuido bastante grande.

—Tal vez estaba abrumado por lo que había hecho. O tal vez estaba herido —Sheia pareció considerar esa idea. Parece que aquí ocurrió una gran pelea. Siendo ese el caso, hermano —dijo Sheia—, ¿no estarías de acuerdo en que deberíamos estar buscando a Chan?

Linden parecía haber recuperado su compostura. Chasqueó los dedos a dos sargentos, quienes se cuadraron y salieron corriendo de la habitación: —Ya está —dijo Linden—. Ahora volvamos a la pregunta que nos ocupa: a saber, la conexión de Chan contigo. Asintió con la cabeza a otros dos hombres, quienes avanzaron para flanquear a Brendan Sheia.

—Antes de que cometas un grave error —dijo Sheia—, considera tus opciones. ¿A quién vas a cuestionar aquí? Yo no maté a Yuri. Sin él, la familia nos necesita unidos, eso es imperativo para nuestra

supervivencia. Si mis hombres saben que me has encarcelado, habrá un baño de sangre, y nadie quiere eso. Puedes averiguar con seguridad quién mató a Yuri. Cuestiónala a ella.

Linden rió sin humor: —Lo haremos. Pero tú no irás a ninguna parte hasta que terminemos. Traedla —Se giró para irse.

—¡Espere! —August saltó entre Calandria y los Boros—. Ella no es una asesina. Yo puedo responder por ella.

—¡Y traedlo a él también! —gritó Linden. Se enrolló enojado la capa sobre los hombros mientras salía de la habitación. Sheia reía a carcajadas mientras lo seguía.

—¡Esperen! —gritó August. Un soldado lo golpeó en un lado de la cabeza y él cayó de rodillas. Otro hombre tomó el brazo de Calandria y la empujó bruscamente hacia las puertas.

Ella se giraba para decir algo grosero al hombre cuando el techo se derrumbó.

§ § §

Turcaret rió con despecho: —Llegas muy tarde. Los Garfios Celestiales han venido para llevarse a tu joven aprendiz. Sin duda te llevarán a ti también.

Axel miró al cielo: —Oh, mierda —susurró.

El aerostato más grande que jamás había visto flotaba sobre la mansión. Eran una vista bastante común en los cielos de Ventus, y muy similares a las ciudades aerostáticas que él había visto en gigantes gaseosos y planetas de atmósfera densa. Aquello era solo una esfera geodésica hueca de unos dos kilómetros de diámetro. No importaba mucho con qué material lo construyeras, con ese tamaño permanecía en el aire a pesar de su masa porque, debido a su alta relación superficie-volumen, la luz del sol acumulaba suficiente calor en su interior para crear flotabilidad. En otros mundos vivían ciudades enteras sobre las bases de estas cosas, aquí en Ventus, le habían dicho a Axel, servían como transporte a granel de minerales y otros suministros de terraformación. Ningún ser humano había

entrado en una y vuelto a salir, por supuesto. Los aerostatos eran herramientas exclusivas de los Vientos.

El vientre de este aerostato se había abierto como los pétalos de una flor, o más siniestramente, como la picuda boca de un pulpo. Cientos de cables entretejidos con pórticos y contrafuertes pendían al aire desde esta abertura. Axel los veía descender en espiral hacia él por los destacados destellos de la luz de Diadema, la única luna verdadera de aquel mundo.

—¡Te reclamarán, Chan! —gritó Turcaret—. Iba a suceder si vivías. Tú y los tuyos habéis ofendido a los Vientos. ¡Se han fijado en ti! La muerte que yo iba a darte era un acto de bondad. ¿No lo ves? ¡Te habría ahorrado esto!

—Calla —dijo Axel distraídamente. ¿Qué diablos estaba haciendo ese chisme aquí? Esto no podía ser un evento aleatorio. Sus informes sobre Ventus no mencionaban ningún ataque como este. Pero los Vientos trataban toda tecnología ajena a su propia creación como una patología que eliminar. Axel creía que él y Calandria habían logrado ocultar de los gobernantes de Ventus sus nanos y sus implantes. Tal vez no había funcionado.

Axel tenía que llegar hasta Calandria y Turcaret estaba delante en la única puerta: —Quítate de en medio, bastardo —dijo Axel. El rostro de Turcaret estaba oculto en la oscuridad, pero Axel pudo ver que el hombre estaba negando con la cabeza.

—Te entregaré a ellos —dijo el controlador—. Será un placer —Gritó algo al cielo en algún idioma antiguo. Más allá de su oscuro contorno, Axel vio algo parecido una garra enjaulada, grande como una casa, caer directamente sobre ellos. Justo antes de que ésta golpeara, grandes lámparas oculares cobraron vida desde los travesaños.

El tejado desapareció con un gran golpe que Axel sintió en los huesos. Polvo y restos de tejas y vigas de madera volaron por los aires, y él también estuvo en el aire antes de poder siquiera pensar en ello. Aterrizó de costado en el tejado, que se meció y se inclinó como la cubierta de un barco. Algo brillante como el sol, y aullando como un millón de sierras, se plantó en el tejado junto a él y se

retorcía de un modo u otro. Olía a hierro caliente y a ozono.

Axel rodó sobre el estómago. Turcaret estaba agachado a dos metros de distancia, también mirando hacia arriba. Axel se obligó a levantarse, pero le falló la fuerza en ese momento. Mientras luchaba con los codos por incorporarse, Turcaret le lanzó una silenciosa y despectiva mirada antes de saltar por el agujero del tejado.

Una torre de metal que se erguía hasta el cielo movía su base de un lado a otro a través de las ruinas de la mansión. Solo la parte de un ala del edificio se había derrumbado, de momento, pero aquella cosa tenía cientos de brazos, y estos saltaban hacia afuera y abajo dentro del pasillo y de la cámara y, a través del polvo, Axel vio que algunos de estos brazos pasaban junto a huidizas formas humanas para llevarlas hacia el centro de la cosa-jaula. Horrorizado, Alex se apartó rodando de la escena.

Se topó con la puerta, que se había abierto. Las escaleras descendentes parecían bastante ilesas. Una última mirada atrás le mostró a Axel que otros brazos gigantes habían aterrizado en los terrenos junto a los establos, formando un círculo irregular alrededor del edificio principal. Se estaban comiendo los árboles.

Axel gimió y bajó por la puerta abierta.

§ § §

Calandria salió de la maraña de triángulos de plomo y vidrioso pedernal en la que había aterrizado. Nunca antes había leído, visto ni oído ni vivido en realidad virtual sobre alguien saltando a través de una ventana de vidrio emplomado. Había resultado ser mucho más difícil de lo esperado.

Le había tomado dos intentos, pero ahora ella estaba en el suelo. El pobre August seguía arriba, pero no había mucho que él pudiera hacer. Cal rodó en el suelo hasta quedar en pie y se apartó la sangre de los ojos.

La locura había caído del cielo. Cal tenía una vista perfecta de los terrenos desde aquí, entre los arbustos junto a los escalones de la entrada de la mansión. La gente corría de un lado a otro, tratando

en igual número de entrar y salir de la casa. Un aerostato flotaba sobre la hacienda, visible a la luz de los fuegos que brotaban por todas partes. Calandria lo observó durante un momento, luego sacudió la cabeza para despejar el lío de pensamientos que la inundaban. Trozos de cristal le cayeron del pelo.

Un grave estruendo sonó desde el interior de la mansión. Las puertas delanteras se abrieron de golpe y salió una bocanada de polvo. No había vuelta atrás una vez ahí dentro, pero tenía que encontrar a Axel. Cal rebotó sobre la punta de los pies durante un momento, considerando si usar la radio para contactar con él.

Un gigantesco brazo de metal se clavó en la tierra a cien metros de distancia. Quedó hundido allí durante uno o dos segundos, luego se dividió en cien filamentos brillantes que se desenrollaban hacia el exterior. Cada filamento, que debía de ser un cable móvil tan grueso como un cuerpo, se flexionaba y palpaba el suelo que tenía delante mientras se movía. De pronto Cal se percató de que esa cosa podía ser capaz de olerla a través de las ondas de radio, y el miedo repentino le puso los pelos de punta. Había estado a punto de contactar con Axel. Los cables seguían desenredándose y alargándose, y algunos se dirigían hacia ella.

Con un tremendo estruendo desgarrador, un muro de la mansión salió despedido en pedazos. Calandria gritó cuando el aire a su alrededor se llenó de piedras voladoras. Al menos diez personas habían estado corriendo por el tramo de tierra que el muro había golpeado.

Ella se retiró unos pasos y ahuecó las manos alrededor de la boca: —¡Axel! —A veinte metros de distancia, una brillante sierpe de metal se elevaba en el aire y su extremo mandibulado se abría y se cerraba. Se abalanzó deliberadamente en dirección a Cal.

Una mano le cayó sobre el hombro. Era Axel, que tosía cubierto de sangre y polvo gris de la cabeza a los pies.

—¡Estás herido! —Ella apartó a un lado y con cuidado la pegajosa camisa.

—Es superficial —dijo él—. Parece que tú también has tenido lo

tuyo. ¿Estás bien?

—De momento. ¡Mira eso! —Cal señaló a la inquisitiva serpiente.

Axel la miró brevemente: —Sí. Tenemos que salir de aquí.

—¿Por dónde?

—Necesitamos nuestros suministros. ¿Dónde están tus cosas?

—Las tiene August. Él está... bueno, nos separamos. ¿Qué hay de las tuyas?

Axel señaló en silencio el montón de escombros que incluso ahora estaban siendo recogidos por los chatarreros de metal.

—¡Vamos adentro! —Ella fue a agarrarlo del brazo, pero lo pensó mejor. No sabía dónde estaban todas sus heridas—. Oh, Axel, ¿qué pasó? —Ella le hizo un gesto para que la siguiera por la escalersa de pilares. Esa cosa serpentina estaba ahora a solo unos metros de distancia.

—¿No podemos simplemente huir de esa cosa? —dijo Axel tambaleándose ligeramente, mirando a la cosa.

¡Vamos! —Abandonando todo cuidado, ella lo arrastró adentro. El vestíbulo de la mansión era un caos de gente que gritaba. Una escalera se había derrumbado. Una llorosa mujer excavaba frenéticamente los escombros, gritando: —¡Espera! ¡Ya voy! —Algunos soldados con las espadas en las manos se habían agrupado y miraban alterados el techo en sombras. Otros hombres arrastraban heridos y cadáveres desde uno de los corredores laterales.

—No hay lugar adonde ir —dijo Axel.

—¿Qué está pasando? —Cal tiró de Axel para que él la mirara de frente. Él tenía la expresión perdida en la oscuridad, ya que la única luz provenía de un par de lámparas de aceite y de los fuegos que ardían afuera.

—Turcaret dice que esas cosas van a atrapar a Jordan —dijo Axel—. Supongo que sus implantes los activaron de alguna manera. El

bastardo me hizo esto —dijo él levantando los brazos y haciendo una mueca—. Intentaba acusarme del asesinato de Yuri.

Ella dijo enojada: —Sí, ya vi el resultado. ¿Dónde está Jordan?

—Ni idea —Una de las puertas de entrada se cayó de sus goznes. Con todo que estaba pasando, esto no parecía muy trascendente, pero intensos conos de luz eléctrica perforaban el polvo desde el exterior. Calandria oyó un fuerte zumbido acompañado de sinuosos movimientos en la puerta.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo ella.

—Nada —dijo Axel mirando fijamente a la luz.

— ¡Nada no! —Cal soltó el aliento rápidamente, tosió por el polvo y dijo: —¡Derribemos el aerostato!

Los ojos de Axel se abrieron como platos: —¿Con qué?

—Llamando a la Voz del Desierto. Aterrizándola aquí y diciéndole que quite el aerostato de en medio.

—Pero Jordan...

—¡Axel, hemos terminado aquí! Tenemos que eliminar a Armígero y salir de aquí. Axel... —Ella no pudo evitar que su voz se elevara mientras hablaba-- ¡Están matando a todo el mundo aquí! ¡Por culpa de Armígero!

Los labios de Axel trazaron una tensa mueca. Él apretó los puños y la miró fijamente mientras la gente gritaba a su alrededor: —¡De acuerdo! —dijo finalmente— ¡Hazlo!

Calandria cerró los ojos y abrió el enlace.

§ § §

Turcaret se agachó por acto reflejo cuando algo cayó cerca con un gran estrépito. La mansión se estaba derrumbando a su alrededor, pero él no podía salir hasta que se hubiera ocupado de su gente.

Se abrió camino entre los sirvientes que corrían hacia los aposentos de sus amos. Las criadas y los lacayos estaban agrupados en las ventanas, mirando hacia afuera con incredulidad: —¡Corred! —les gritó Turcaret—. Rápido, ahora. Salid afuera antes de que el resto venga abajo.

—¿Qué pasa? —gimió uno—. ¿Es la guerra?

Turcaret negó con la cabeza: —Marchaos.

Todos.ellos se dirigieron a la puerta.

Él suspiró. El deber quedaba cumplido, ahora a buscar a Jordan Mason.

No tenía ni idea de si el asesinato de Yuri se había llevado a cabo con éxito, pero eso parecía no tener importancia ahora. Los Garfios Celestiales estaban furiosos. Él podía oírlos, un profundo coro susurrante en su mente.

Nunca en su vida Turcaret había estado en presencia de Vientos tan poderosos. Había escuchado voces cuando era niño y, mucho antes de encontrar a alguien que pudiera explicarlas, había decidido que eran Vientos. Las cositas le hablaban, árboles y piedras, y a veces él podía responder. Por lo general discutían sobre temas que él no entendía, pero de vez en cuando traían noticias de los Garfios o de los Cisnes Diadema, y un par de veces le habían hablado de las actividades de los desa. Recordaba claramente el día en que supo que los desaladores habían elegido poner a la dama Galas en el trono de Iapysia. Ella había sido bendecida por los Vientos, y fue este hecho lo que por fin motivó a Turcaret a unirse a Brendan Sheia, porque la reina de alguna manera había enojado a los desa, y él temía lo que los Vientos podían hacer si eso sucedía.

Ahora las voces discutían la búsqueda de un hombre. Los Vientos estaban actuando para eliminar una amenaza, pero ¿cómo podía ser eso? En todos sus años, Turcaret nunca había oído a los Vientos hablar de ningún tipo de peligro para ellos o para el mundo. Eran todopoderosos.

A veces, cuando los Vientos estaban muy cerca, Turcaret podía ver

secretos dentro de las cosas. Eso estaba sucediendo ahora, pero en una escala que nunca podría haber imaginado. Dondequiera que mirara, palabras e imágenes fantasmales parecían flotar frente a los objetos: las sillas, las paredes, las ventanas y los titilantes candelabros tenían cada uno su séquito orbital de diminutas visiones. Él sabía que si tenía tiempo para detenerse y examinarlos, cada uno revelaría algún secreto sobre el objeto que había detrás. Podías aprender todos los oficios de esta manera, desde albañilería hasta encuadernación.

Él siempre se había sentido exaltado por tales dones. Eran la prueba de que él era especial, de que estaba destinado por alguna razón a ser un gran líder y maestro, tanto del Hombre como de la Naturaleza. Cuando oyó anoche los rumores sobre la llegada de los Garfios Celestiales, Turcaret supuso que sabían de su complot con Brendan Sheia, que se estaban preparando para llamar a filas a las fuerzas del cielo y respaldar su intento de tomar el control de la familia Boros. Sheia no le creyó cuando Turcaret se lo dijo, por lo que ambos habían optado por el enfoque conservador: acusar del asesinato a los impostores visitantes. Pero Turcaret había sospechado que tan detallada labor resultaría innecesaria frente a lo que estaba por venir.

¡Ahora los Vientos habían llegado y estaban destruyendo la propiedad! Él habría pensado que desaprobaban el asesinato de Yuri de no ser porque podía oír claramente que ellos solo querían una cosa: a Jordan Mason.

Turcaret mismo no significaba nada para ellos. Este conocimiento había sido un duro golpe, peor que cualquier ofensa que Chan había infligido.

Al pie de las escaleras la gente salía al patio. Turcaret vio a Linden Boros tratando de organizar a sus hombres entre estatuas torcidas. Los aterradores brazos de los Garfios se alzaban sobre sus cabezas.

Turcaret los ignoró, no eran una amenaza para él. Examinó los rostros en el patio. Había visto a Mason una vez, cuando el chico había sido izado en el patio de Castor debido a una pequeña victoria. Y de hecho, allí estaba él saliendo del vestíbulo principal. Parecía más un muchacho que un hombre, con el pelo oscuro

alborotado y los ojos muy abiertos.

—Dame tu espada —exigió Turcaret a un soldado que pasaba. Aturdido como estaba, el hombre se apresuró a obedecer. Turcaret levantó la espada y caminó entre la multitud, con los ojos fijos en Mason.

¿Qué era este chico para los Vientos? No era más que un rudo comerciante y, sin embargo, los Garfios Celestiales estaban dispuestos a matar a todo el mundo en la hacienda para llegar hasta él: —¡Tú! —Turcaret apuntó a Mason con su espada—. ¿Qué hiciste para enojarlos?

—¡No lo sé! —gritó el muchacho. Se rebeló y miró a Turcaret—. ¿Y quién es usted para acusarme?

La ira siempre calmaba a Turcaret, le daba enfoque. Ahora sonrió al chico: —Has pasado demasiado tiempo con Chan. ¡Respóndeme! ¿Qué has hecho para ofender a los Vientos?

La incertidumbre volvió a aparecer en los ojos de Mason. Los destellos intermitentes de los relámpagos lo iluminaban de un modo que él parecía estar moviéndose en el sitio. Si intentaba huir, Turcaret estaba preparado para matarlo.

—No sé por qué están haciendo esto —dijo Mason sin más. El chico parecía inocente, lo que fuera que había hecho, probablemente Mason era demasiado estúpido para recordarlo o conectarlo con los eventos de esta noche.

Los Garfios Celestiales seguirían destrozando la propiedad hasta que encontraran a Mason. Él era el cáncer en el corazón de la noche, y solo su extracción restauraría el orden correcto de las cosas.

Matarlo también haría que los Vientos se fijaran por fin en Turcaret.

—Quieto donde estás —instruyó al joven. Dio un paso adelante y levantó la espada.

Un relámpago volvió a brillar y Turcaret vislumbró los ojos de Mason. En ellos Turcaret vio algo que no había creído que vería jamás.

Palabras e imágenes parpadeaban como relámpagos de calor en esos ojos. Por alguna razón, este joven era tanto Hombre como Viento. Las voces susurrantes de la naturaleza hablaban desde su interior. Toda la gente de esta hacienda, toda la gente de todas partes se aparecía a Turcaret como ausencias, como siluetas ante el resplandor de los Vientos. Todos excepto Mason, que brillaba como la naturaleza misma.

Mason miró hacia el cielo. De pronto todos en el patio estaban gritando.

Mason saltó hacia atrás. La gente corría hacia los muros, por lo que Turcaret al final apartó la vista del joven.

Apenas tuvo tiempo de contar las garras de esa mano gigante antes de que ésta cayera sobre él, lo apresara y le aplastara la vida.

§ § §

Jordan halló a August Establero en el pasillo de un sótano lleno de polvo y de gente aterrorizada. El soldado parecía aturdido, y Jordan tuvo que agarrarlo por los hombros y gritarle en la cara para llamar su atención.

August parpadeó. A pesar de la cálida luz roja de las antorchas, el rostro de August estaba mortalmente pálido: —Han llegado los Garfios Celestiales —dijo el hombre.

—Lo sé —dijo Jordan con impaciencia—. ¿Dónde está mi dama?

Una serie de golpes sordos sonaron en lo alto, como los pasos de un gigante confundido. La multitud quedó de pronto en silencio. Los brillantes ojos rodaban y miraban de un lado a otro.

Jordan, curiosamente, se sentía desconectado de los eventos. Él sabía que estaría en el mismo estado que estas personas de no ser porque sabía a quién buscaban los Garfios Celestiales. Pero, dado que lo buscaban a él, saber eso hacía que su mente se aclarara de forma prodigiosa. Estaba seguro de tener tanto miedo como cualquiera de los presentes, pero su miedo estaba concentrado y era definido. Él sabía que los pasos de arriba eran los toques de un dios

decidido a destruir la mansión piedra por piedra hasta encontrarlo.

August tartamudeó: —La última vez que la vi la retenían los hombres de Linden. ¡Sospechan que ella mató a Yuri!

—¿Que matóla retenían a Yuri? ¡Eso no tiene sentido!

Un rugiente y gigantesco colapso tuvo lugar en algún lugar arriba. Caía polvo del techo. La gente había comenzado a hablar de nuevo y esto los hizo callar.

Jordan se esforzó por recomponerse. Parecía que todo lo que salía mal en su vida lo hacía cuando perdía el control. Cruzó los brazos sobre el pecho, cerró los ojos y probó sus ejercicios de respiración. Con esfuerzo, comenzó a recitar mentalmente uno de los irracionales mantras que Calandria le había enseñado.

Tendría que abandonar el edificio. No había duda de que los Garfios Celestiales lo atraparían, pero eso iba a ocurrir en cuestión de minutos, de todos modos, cuando excavaran una vía hasta donde él estaba ahora.

Una vez que llegó a esta decisión, se sintió más tranquilo. Abrió los ojos.

August estaba cerca de él, con los ojos bajos. Solo ahora Jordan se dio cuenta de las mochilas que llevaba.

¡Son de Calandria! —Tocó la correa de una.

—Sí, las llevaba porque... bueno, no importa.

—¡Dámelas!

August lo hizo sin rechistar. Pareció aliviado, de hecho, de pasar la responsabilidad a otro.

Jordan se sentó en las frías losas y comenzó a hurgar en las mochilas. Su mente estaba acelerada, no cesaba de barajar la terrible sensación de que él era tanto responsable de este desastre como la esperanza de poder arreglarlo.

—August, ¿qué te parecen los Garfios Celestiales?

August negó con la cabeza en silencio.

—¡Vamos! ¿Qué es lo que parecen? ¿Animales?

—No.

—¿Árboles?

—Casi… no. Son lo que son, Jordan.

—¿Te parecen mecanismos?

August frunció el ceño, luego asintió.

Jordan había encontrado lo que estaba buscando: —Escucha, August, cuando Calandria y yo íbamos de camino aquí, nos detuvimos una noche en una mansión de los Vientos. Dormimos allí sin ser molestados.

—Imposible.

—Yo también pensé lo mismo. Yo no quería entrar —Jordan se levantó a medias y empujó a August en el lugar donde el hombre había sido atacado: —¿Recuerdas esto? ¿La herida que casi te mata anoche? ¿Acaso no ha desaparecido? Calandria May tiene otros trucos como ese. Y uno de ellos es éste—. Levantó la tela que él y Cal habían usado para evitar aquel meca en la mansión y le dijo a August cómo la habían usado.

Ahora tenía la atención del hombre: —¡Te juro que —dijo Jordan— los Garfios Celestiales vienen a por mí! Yo soy el sirviente de Calandria ni el aprendiz de Axel. Solo soy un obrero. Pero he sido maldecido y los Vientos me persiguen. ¡Están destrozando la mansión porque yo estoy aquí! Si yo me voy, se detendrán.

—Si eso es cierto.. —August no terminó, pero Jordan sabía lo que el hombre estaba pensando. August lo creía. Lo mejor para Jordan era salir ahí fuera, y si no lo hacía voluntariamente, debían obligarlo. Y, sin embargo, por la expresión en el rostro de August, al hombre no le apasionaba la idea.

¿Podría ser que August sintiera algún tipo de lealtad hacia Jordan porque el chico le había salvado la vida? Ridículo. Otras personas eran dignas de tanta admiración, pero Jordan sabía que él no.

No tenía tiempo para pensar en eso ahora. Sobre ellos sonaban nuevos golpes, tremendos y profundos, que parecían estar más cerca: —Escucha —gritó Jordan por encima del estruendo—, Lady May dice que los mecas son una especie de máquina. Si los Garfios Celestiales son como los mecas, tal vez esto me oculte de ellos.

—Entonces seguro qud se volverán locos —dijo August—. Aunque los Vientos son diferentes de las cosas vivas y de las máquinas.

Jordan negó con la cabeza: —Tal vez sí y tal vez no. En cualquier caso, no tengo intención de desaparecer —le contó a August su plan.

§ § §

Miles de kilómetros por encima de Ventus, algo similar a un pájaro esculpido en metal líquido oía la llamada de Calandria. La Voz del Desierto se llamaba así por esa voz de la conciencia que había alejado a Calandria de los jefes que la habían entrenado. La Voz conocía el origen de su nombre y estaba orgullosa tanto de él como de su ama. Cuando oyó la llamada de Calandria, la nave había estado casi sobre el horizonte siguiendo su órbita, y ahora invertía los impulsores. Una reluciente estrella apareció en los cielos sobre Ventus.

La Voz había estado surcando un cielo muy tranquilo. No había tráfico de radio en la superficie de Ventus, a excepción de estrechss bandas localizadas entre las lunas errantes y los Cisnes Diadema. Los Cisnes mismos eran invisibles, pues estaban envueltos en capas antirradar. Sabían que la Voz estaba allí, pero la nave estelar había sido discreta después de haber dejado a Calandria y Axel.

Aunque estaban a punto de interesarse mucho en Voz del Desierto.

La nave interrumpió la órbita por completo y descendió para flotar directamente sobre la hacienda Boros, a una altitud de doscientos kilómetros. El fuego de su escape atravesaba la ionosfera y creaba

un pico auroral visible en el horizonte. Para los superviventes que se acurrucaban dentro de las ruinas de la hacienda Boros, la luna errante que eclipsaba el cielo brilló débilmente por un momento.

—Ya está aquí —dijo Calandria.

La Voz evaluó la situación. El aerostato entre ella y su ama era grande: dos kilómetros de diámetro, y estaba compuesto de un fino esqueleto de filamentos de carbono recubierto de una piel casi biológica. Lo rodeaba una neblina de aire ionizado, que creaba y dirigía a su alrededor para controlar su movimiento. Estaba completamente vacío, a excepción de un anillo de tanques de almacenamiento y unos pórticos en el vientre, el cual tenía una masa insignificante en comparación con la sustentación que proporcionaba el aire calentado por el sol en su interior.

El aerostato se hallaba a quinientos metros por encima de la posición de Calandria. La Voz veía el esfuerzo requerido por el aerostato para mantenerse en vuelo estacionario: relámpagos disparados desde su cintura y un vasto potencial eléctrico pululando por su piel, tirando del aire en derredor. Estaba creando su propio clima, y tendría que elevarse pronto o las inestabilidades lo arrastrarían hasta el suelo.

La Voz revisó sus opciones. Eliminar el aerostato sin que cayera sobre Calandria iba a ser complicado. Podía bombardear el centro de esa cosa y hacerlo estallar en pedazos, pero muchos de los escombros caerían sobre la ama. Lo mejor era abrir un agujero en un lado, pero un cálculo rápido le dijo que el aerostato podía permanecer en operación durante muchos minutos a pesar de los enormes daños estructurales, pues el aire caliente del interior tardaría un tiempo en ser reemplazado por aire exterior.

Podía bombardear un lugar a varios kilómetros por encima del aerostato. La corriente ascendente lo elevaría hacia la estratosfera, pero también podía partirlo por la mitad.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando, por todo el cielo, los Cisnes Diadema se quitaron las capas y fueron a por ella.

§ § §

—Adiós, August —dijo Jordan. Se dieron la mano. August parecía triste.

—Creo que te volveré a ver, Jordan —dijo el hombre—. Eres un loco insensato y esa gente siempre encuentra una forma de sobrevivir.

Jordan rió. El corazón le latía con fuerza: —¡Espero que tengas razón! —Dio media vuelta y salió por la puerta de los sirvientes.

Los fuegos y los erráticos haces de luz que arrojaban las lámparas de los Garfios iluminaban los terrenos de la hacienda. Jordan corría con la tela mágica de Calandria envuelta a su alrededor y, aunque pasó cerca de varios de los vastos armazones, ninguno se movió en su dirección. Éstos seguían golpeando las ruinas de la mansión. Jordan veía muy pocas personas. Sólo supervivientes aquí y allá acurrucados bajo el refugio de los árboles o los arcos. Observaban con creciente apatía la aproximación de los brazos metálicos de los Garfios.

Jordan tropezaba con los profundos agujeros mientras corría alrededor de árboles arrancados de raíz y bloques caídos. Llegó al centro del campo, donde se había detenido por primera vez para mirar a los Garfios. Había escombros hasta ahí, a cien metros de la casa.

No invirtió tiempo en pensar, retiró la tela a un lado y gritó al cielo: —¡Aquí estoy, bastardos!

No pasó nada durante unos segundos. Luego vio que los grandes brazos que se habían enterrado en la mansión se levantaban y se extendían. Y encima de él, un puntito de luz comenzaba a convertirse en un faro, mientras algo nuevo caía hacia él.

—Oh, mierda —susurró. Había confiado en estar equivocado, en que los Garfios estuvieran aquí para vengar la transgresión de otra persona.

Una brisa sopló de pronto, trayendo consigo un fuerte olor a aire después de una tormenta eléctrica. El polvo y el humo se arremolinaban y comenzaron a envolver la base de la luna errante.

Seguro de haber captado su atención, Jordan se envolvió de nuevo en la tela y corrió hacia los árboles.

Una gran grúa de metal se estrelló en el lugar donde él había estado. El impacto tiró a Jordan al suelo, pero un segundo después él estaba de pie y corriendo de nuevo. Oyó que la cosa se retorcía y se hundía detrás de él y, aunque le picaban los hombros por la expectación, nada lo agarró. Llegó al borde del bosque y se detuvo para mirar atrás.

Varios brazos ahora cazaban sobre la hierba. Ninguno venía tras él. Mejor aún, esas extremidades que habían estado demoliendo la mansión se habían ido, se habían elevado hacia el vientre de la luna. El olor a tormenta, sin embargo, era más fuerte, y feroces y contradictorias ráfagas de viento soplaban sobre las copas de los árboles. La luna parecía estar flotando cada vez más baja en el cielo.

Jordan había corrido hacia la hilera de árboles que separaba el camino de los terrenos. Se paró en la entrada de un camino que sabía que conducía al abrevadero de piedra al costado del camino.

Desenrolló la tela: —¡Ey! —gritó agitando los brazos por encima de la cabeza—. ¡Por aquí!

Los inquisitivos brazos se elevaron en el aire y se retorcieron silenciosamente en su dirección.

Él se cubrió con la tela y entró al refugio de los árboles.

§ § §

—Se está alejando —observó Axel. Él y Calandria se habían quedado con algunos otros que observaban la partida de las armas que habían acosado la mansión. En el repentino silencio se oían los gritos y alaridos de las personas atrapadas y heridas. Aún caían a intervalos bloques de piedra del cielo, por lo que la atención de todo el mundo se dirigía hacia arriba. Pocas personas se movían para ayudar a los heridos.

Parecía que el aerostato se estaba alejando y que los fuertes vientos

quizá eran el motivo. Junto con el humo, Axel olía a ozono. ¿Propulsión electrostática? Probablemente.

—¿Crees que la Voz lo asustó?

Calandria negó con la cabeza: —Lo dudo. En cualquier caso, no hemos visto ninguna señal, excepto ese débil destello. Tal vez decapitó el aerostato, es posible que no lo sepamos hasta que la nave toque tierra. Tan pronto como el aerostato esté lo bastante lejos, llamaré a la Voz y lo comprobaré.

Axel asintió. Volvió su atención al nivel del suelo. Una pena. Una verdadera pena: —Nuestra primera prioridad es ayudar a esta gente —dijo—. Todavía hay gente atrapada entre los escombros.

—Yo excavaré —dijo ella—. Tú será mejor que te sientes.

Él se examinó. Estaba cubierto de sangre, con cortes abiertos arriba y abajo por el torso. También le dolía todo.

—Sí —dijo él antes de dejarse caer sobre una piedra—. Creo que es mejor.

§ § §

Jordan llegó a la carretera. Estaba sin aliento y cubierto de sudor, pero los Garfios aún no lo habían atrapado. A partir de aquí había campo abierto, lo que podía suponer un problema, pero recordó al monstruo dorado en la mansión, que había extendido las extremidades alrededor de Jordan para recoger la madera partida después de que Jordan se hubiera tapado con la tela. El meca no lo había visto a pesar de que él había estado justo frente a él. A estas alturas Jordan estaba convencido de que los Garfios no podrían verlo ni siquiera en campo abierto, siempre que tuviera esta protección.

Iría al bosque. Eso estaba a uno o dos días de viaje, pero él no creía poder descansar hasta que estuviera bajo los árboles, con o sin tela. Y luego, si sobrevivía, intentaría encontrar el camino a casa.

¿Era sensato eso? Había comenzado a caminar y ahora se detuvo.

Podía perderse de la vista de los Garfios Celestiales durante un tiempo, pero otra cosa lo perseguiría con el tiempo. Los Vientos estaban por todas partes. Él únicamente había retrasado lo inevitable, a menos que tuviera que usar la maldita tela durante el resto de su vida y evitar toda comunidad que los Garfios pudieran destrozar para alcanzarlo.

Jordan se percató de que, si sobrevivía, sería como un proscrito, a menos que estuviera dispuesto a arriesgar la vida de todos a su alrededor. ¿Era así como iba a terminar sus días? ¿Escondiéndose en el bosque de Dios y del hombre por igual?

Bajó la cabeza y lloró mientras corría.

§ § §

Unos minutos más tarde hubo un brillante destello de luz en el cielo, como un relámpago pero tan brillante como el sol. Unos segundos más tarde, sonó un violento estruendo y un trueno.

La luna errante se había encendido como una linterna en el destello. Después del trueno, Calandria y Axel se levantaron de las ruinas para observar la luna hundirse hasta que la base desapareció tras los árboles. Luego pareció arrugarse como el más fino de los tejidos, aun cuando seguía moviéndose hacia el Este. Durante los siguientes minutos atravesó los campos dejando un rastro de vigas y piel desgarrada de muchos kilómetros de largo. No hubo incendios ni explosiones, y solo se oyó un leve retumbar distante durante la caída.

La luna caía acercándose a Jordan, y él vio que el anillo inferior con la boca llena de ganchos tocaba la tierra y se hacía pedazos, derramando bloques de piedra, árboles y figuras humanas. Muchas de esas figuras vivían, y se debatían para liberarse de los escombros. La luna no había caído en línea recta, sino que se arrastraba en ángulo por la tierra lentamente. La mayoría de los vivos en el momento del impacto seguían vivos después.

Jordan vio esto, pero no podía detenerse, pues no estaba seguro de que no siguiera tras ello un nuevo horror. Continuó caminando, desarrollando una punzada en el costado. Si no podía ir a casa

debido a las voces en su cabeza; y si Calandria May estaba equivocada respecto a Armígero, como él había empezado a sospechar, y si ella no podía evitar que los Garfios Celestiales vinieran tras él; entonces tendría que buscar ayuda en otra parte.

Ya no caminaba hacia el Este. Su objetivo ahora estaba al Suroeste.

§ § §

Cuando el aerostato terminó de caer, Calandria May se arrodilló, cerró los ojos y envió señales a su nave. Axel la vio arrugar la frente y fruncir el ceño. Ella permaneció arrodillada más tiempo que el que él creyó necesario. Cuando ella abrió los ojos, lo miró con una expresión de cansada aceptación.

—La Voz del Desierto no contesta —dijo Cal—. Me temo, Axel, que puede que estemos varados.

Parte Dos

La Esposa del Mundo

14

...ganaremos nuevos sentimientos, superiores al amor y a la lealtad, en el campo del corazón humano.

El general Lavin dejó el libro y se frotó los ojos. Era tarde. Debería estar durmiendo, pero no dejaba de volver a esas malditas páginas, tanto para mirar palabras escritas por una mano familiar como por una mente ajena.

Los sonidos distantes del crepitar de los fuegos, el aleteo de las lonas y las tranquilas conversaciones entre murmullos lo sosegaban. Su ejército se extendía a su alrededor, miles de hombres dormidos o, como él, inquietos en la oscuridad. Lavin sentía una tensión en el aire. Los hombres se sabían cerca de la batalla y, aunque nadie estaba feliz, al menos estaban satisfechos de que la espera terminaría pronto.

Había cerrado el libro cuatro veces esta noche, y cada vez había empezado a caminar de un lado a otro por los estrechos confines de su tienda hasta que, atraído por el desprecio y la esperanza en igual medida, había regresado al libro. Las cosas que decía la reina Galas en éste, una colección de cartas privadas liberadas de una de sus ciudades experimentales, eran peores que herejías: atacaban la decencia humana básica. Sin embargo, los recuerdos que Lavin tenía de ella en la corte eran tan fuertes, y tan discordantes con la imagen que sugerían estos escritos, que él estaba casi convencido de que eran de otra persona, atribuidos a ella.

Ésta era la esperanza que lo hacía regresar al libro: descubrir alguna prueba en la escritura de que los escritos no eran de la reina de Iapysia. Quería creer que ella permanecía aislada, tal vez incluso encarcelada en su palacio, y que alguna otra cábala malvada estaba dirigiendo el país.

Pero los giros de la frase, la extraña autoseguridad de la voz que hablaba en estas páginas, eran innegablemente suyos.

Él suspiró y se sentó en una silla de campaña plegable. Iba a tener

más noches como esta, ya que el asedio se alargaba y Galas continuaba negándose a rendirse. La tensión era evidente en el rostro de Lavin. En el espejo iluminado por la lámpara tenía los ojos hundidos y destacaban las arrugas alrededor de la boca. Esas arrugas no habían estado allí el verano pasado.

Algún tipo de discusión comenzó frente a su tienda. Lavin frunció el ceño hacia la solapa de la tienda. Iban a despertar a los muertos con esas voces. Él se preocupaba por sus hombres, pero a veces se comportaban como bárbaros.

—¿Señor? Lamento molestarlo, señor.

—Entra —La puerta se abrió y entró el coronel Hesty. El coronel vestía ropa de montar y tenía el cuello de la casaca abierto al aire otoñal. Parecía demacrado. Lavin trató de encontrar algo de satisfacción en eso: no era el único al que le costaba dormir esta noche.

—¿Qué pasa? —Lavin no hizo ademán de levantarse ni ofreció asiento a Hesty. Notó que había hablado con cierto acento de clase alta que normalmente se esforzaba por disimular a sus hombres. Parece que pensaban que era decadente. Con una mueca, se enderezó.

—Han encontrado algo. En la cantera... —Algo en la forma en que lo dijo captó toda la atención de Lavin.

—¿Qué quieres decir con "encontrado algo"? ¿Un espía?

Hesty negó con la cabeza: —No. No es un... hombre. Bueno, un tipo de hombre.

Lavin giró la cabeza lentamente y fue recompensado con un crujido del cuello: —Sé que es tarde, Hesty, y que el vocabulario de uno se vuelve torpe en esos momentos. Pero ¿podrías explicarte un poco? —Alcanzó su abrigo, que había colgado descuidadamente en el respaldo de una silla.

Hesty alzó una ceja: —Es difícil de explicar, señor. Prefiero mostrarlo —Estaba casi sonriendo.

Lavin se unió a él afuera. El aire era fresco, pero aún no frío. El otoño se retrasaba y era suave al borde del desierto. En el sur, en el corazón de la tierra, el otoño no llegaba nunca.

Al sur y al oeste se encontraban las ciudades experimentales, ahora en su mayoría arrasadas. A Lavin le vinieron espontáneamente destellos de los recuerdos, y los suprimió con un escalofrío: —Me cuesta dormir ahora que estamos tan cerca —dijo.

Hesty asintió: —A mí también. Por eso creo que un poco de misterio podría hacerle bien. Quiero decir, un tipo diferente de misterio.

—¿Tiene esto que ver con la reina?

—No. Al menos, sólo muy indirectamente. Venga —Hesty sonrió y señaló a dos caballos que esperaban pacientemente cerca.

Lavin negó con la cabeza, pero montó. Podía ver el palacio por encima de lo alto de la tienda. Apartando la mirada de éste, trató de encontrar el camino hacia la cantera. El valle era un mar de tiendas, algunas iluminadas por el débil resplandor de las hogueras. Columnas de humo gris se elevaban de ese mar y desaparecían entre las estrellas.

Hesty guiaba. Lavin observó cómo se balanceaba la espalda del coronel sobre el caballo y reflexionó sobre el sueño. Algunas noches luchaba contra el agotamiento como un enemigo y no conseguía nada. Quizá a Hesty le ocurría lo mismo, un pensamiento sorprendente. Lavin respetaba al hombre, incluso lo temería un poco si sus rangos no estuvieran tan firmemente establecidos; él, el líder; Hesty, el ejecutor. Recordaba que una vez, después de una batalla, el brazo de la espada de Hesty había quedado empapado de sangre. Lavin había matado a un hombre, y se había sentido orgulloso y avergonzado, como uno se siente, hasta que había visto a Hesty. Hesty había sido siniestro, con la mente concentrada en la tarea de asegurar la ciudad, despreocupado de sí mismo. Había cierta lección en ello.

Era posible que el hombre estuviera actuando de ese modo ahora, simplemente cumpliendo con su deber de tratar de asegurar una noche de distracción para su oficial al mando. Lavín sonrió. La idea

bien podía funcionar. A veces, la única manera de ganar la lucha contra el insomnio era dejar que el mismo insonmio te llevara durante un rato, montarlo como él montaba este caballo.

Cuando salieron del campamento, descubrió que sus pensamientos divagaban. El movimiento del caballo lo arrullaba, aunque era un balanceo brusco de un lado a otro, nada sutil, que no mecía el cuerpo como se mece un bailarín. Lo cual le hizo pensar en bailarines. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había asistido a un baile? Meses. ¿Años? No podía ser. Ya nadie parecía organizarlos. Ninguno como aquel donde él había visto por primera vez a la Princesa Galas, al menos. No era difícil creer que eso hab8a sido hace veinte años, más fácil creer que habían sido cien.

Meciéndose había sido como la había visto por primera vez. Ella estaba terminando un baile. En ese momento ella no podía tener más de diecisiete años, uno o dos años menos que él. Se había retirado a un rincón con unas amigas, pellizcándose el collar. Todos habían estirado los cuellos para localizar a esta famosa princesa loca en el laberinto en movimiento de las parejas de baile. Cuando ella apareció, estaba muy cerca, cuando la canción se interrumpió: ella hizo una reverencia y rió a su pareja de mayor edad. Él hizo una reverencia y ella le habló brevemente. Se separaron cuando comenzó el siguiente baile.

Ella estaba cerca, milagrosamente sola. El salón de este barón albergaba fácilmente a mil personas, y todos tenían que conocerla o ser vistos para intentarlo por el bien de la etiqueta. Los espías del padre de la princesa sabrían quién le presentaba sus cortesías y quién no. Ella, como toda princesa, fue muy receptiva al favor de Lavin. Él la veía suspirar ahora y cerrar los ojos brevemente. Quiere recuperar la compostura, había pensado él.

Sus amigos formaron un corrillo: —.¡Vamos a conocerla! —y— Lavin, ¿no deberíamos?

—¡No lo haremos! —Él lo había dicho demasiado alto, y ella había alzado la mirada y abierto un poco los ojos. Por primera vez, Lavin se había dado cuenta de que ella quizá había ido a descansar allí porque el suyo era el único grupo de personas de casi la misma edad que ella. Todos los demás eran de mediana edad o mayores,

un hecho que había estado inquietando al grupo de Lavin.

Entonces él había sonreído, se había inclinado ante ella y dicho: —No nos encontraremos con la princesa. Si ella lo desea, la princesa nos encontrará.

Ella había sonreído. Galas era esbelta, con grandes ojos oscuros y una barbilla decidida. Se mantenía bien en su vestido de baile formal. Lavin envidiaba su aplomo. Pero ella era de sangre real, después de todo. Él era simplemente noble.

Sus compañeros se habían congelado como conejos atrapados en un jardín. Lavin había estado a punto de dar un paso al frente, de decir algo más ingenioso (aunque parecía haber agotado su ingenio con esa sola afirmación) cuando de repente Galas se había visto rodeada de cortesanos, que habían roeado, sin aparente prisa, el borde de la pista de baile y se habían dirigido a ella como halcones.

Galas quedó atrapado en una maraña de ingeniosas frases iniciales. La condujeron, sin parecer que la conducían, a las mesas del almuerzo. Lavin la había seguido con la mirada, sin prestar atención al decoro.

Cuando casi habían llegado a las mesas, ella se había girado para mirar atrás. Para mirarle a él.

Siempre recordaría ese momento, lo feliz que había sido. Algo había comenzado.

Severos gritos por delante. Lavin abrió los ojos. Hesty los había conducido a un profundo corte en una de las colinas cercanas a la ciudad. Aquí, bajo la siniestra luz de las hogueras, grupos de prisioneros trabajaban toda la noche para crear proyectiles para sus cañones de vapor.

Lavin y Hesty desmontaron, y el coronel lo condujo al foso, donde los monárquicos capturados maldecían y lloraban sobre las piedras que estaban tallando, mientras los hombres de Lavin los azotaban.

A lo largo de los años, los trabajadores habían dado un gran mordisco a la ladera. Las capas de abajo habían resultado estar

hechas de sal. Lavin no había estado aquí antes, y se maravilló de la limpieza de las paredes talladas. A la luz del día probablemente brillarían de color blanco. Todo el lugar apestaba a mar. El olor lo hizo sonreír.

La sal era preciosa, y todo el sitio estaba bajo vigilancia porque sus hombres querían irse con el material. Habían intentado extraer piedra adecuada, pero la misma estaba a una buena distancia bajo tierra. Lavin quería un montón de rocas del tamaño de una casa cerca de su cañón cuando llegara el momento de disparar contra la ciudad. Si la sal estaba disponible; preciosa o no, él la usaría. Sus hombres podían recoger los fragmentos en la calle más tarde y comprar sus propias recompensas con ellos. Lavin no podía comprar lo que quería, por lo que la sal era indiferente a su atractivo.

¡Está por aquí! —Uno de los supervisores los saludó con la mano desde el otro lado del foso. Una gran multitud se había reunido allí, contando a ambos soldados. Los prisioneros no mostraban miedo, pero miraban a Lavin con ojos francos cuando él pasó andando a grandes zancadas. Su actitud lo hacía sentirse incómodo, eran sus creaciones, y él no las entendía.

—¡Señor! —saludó apresuradamente el capataz. Su ancha barriga brillaba de sudor a la luz de las antorchas. Estaba de pie sobre una gran losa de sal blanca, tal vez del doble del largo y el ancho de un hombre, y de al menos medio metro de espesor. Dos fornidos soldados estaban cepillando delicadamente su superficie con pinceles.

Lavin ladeó la cabeza con escepticismo y miró a Hesty y luego al supervisor—. ¿Me despertaste en medio de la noche por esto?

—Señor. ¡Mire! —El supervisor señaló. Lavin se acercó a la losa.

Había un hombre enterrado en ella. El contorno de un hombre, al menos, borroso y distorsionado, visible a través de los pálidos cristales de vidrio lechoso. Lavin dio un paso atrás en estado de shock, luego se acercó de nuevo, repelido pero fascinado.

—¿Dónde...?

—Toda la losa se desprendió de la cara de allí —señaló el capataz —, hace como dos horas. Mató al hombre sobre la que cayó. Cuando fueron a sacarlo pensaron que la había escalado y se había muerto encima de la cosa. Vieron el contorno, ¿ve? Pero la pierna sobresalía por debajo —Rió ricamente—. Tres piernas era un poco improbable, ¿eh? Así que lo examinaron con atención. Luego me llamaron. —el hombre pareció quedarse sin fuelle— Y yo llamé al coronel.

Hesty trazó el contorno de la figura con la punta del dedo: —Llamamos al capataz de cantera. Él cree que las capas en las que estamos trabajando se formaron hace ochocientos años, por los desa.

Lavin se llevó los dedos blanqueados a la cara. El mar: —Entonces, en aquella época, si esta área era un salar llano, ¿cómo se volvió montañosa?

—Principalmente escorrentía, pero esto es más una montaña de sal subterránea que un llano. De lo contrario, el área entera habría estado minada por kilómetros. Pero, señor, mire esto.

Debajo, y un poco a la derecha del cuerpo, una línea oscura atravesaba el bloque de cristal: —¿Qué es?

El soldado, veía Lavin, vestía una especie de uniforme. Podía distinguir las bandoleras y, asomando por encima de su hombro, había sin lugar a dudas el cañón de un mosquete.

Lavin contuvo el aliento. Los mosquetes eran propiedad de la guardia real. Siempre lo habían sido, que él supiera... y él tenía razón. Incluso hace muchas generaciones, Iapysia había sido exactamente como cuando Lavin era un niño. Y luego había venido Galas para romper todas las antiguas tradiciones y llevar a su pueblo a la ruina.

Algo más brillaba a la luz de las antorchas. Lavin se inclinó más cerca para examinar lo que podía ser la mano del soldado: —Más luz. Traed aquí algunas lámparas huracán. Quiero verlo —La gente se apresuró a obedecer. Lavin oyó la risa de Hesty detrás de él.

Sí, tu distracción funcionó, Hesty, pensó Lavin. Presume al respecto si quieres.

Cuando trajeron las lámparas, Lavin volvió a mirar bien. Tenía razón: conservado en la sal, envuelto alrededor del dedo atrofiado del soldado, había un anillo de plata.

Dio un paso atrás, se restregó los ojos y fue recompensado con un picor salado: —Quiero eso.

—¿Señor?...

—El anillo. Sácalo del cadáver. Tráemelo —parpadeó hacia los hombres, quienes parecían uniformemente incómodos.

—No soy saqueador de tumbas —dijo Lavin—. Se lo devolveremos después del asedio y le otorgaremos todos los honores como miembro de la guardia del rey cuando lo enterremos. Pero ese anillo es un poderoso símbolo de la continuidad de la dinastía. Pensadlo. Lo quiero en mi mano cuando cabalgue hacia la batalla.

Dicho esto, dio media vuelta para volver a montar en su caballo.

De vuelta en su tienda se preparó para acostarse. Algo le decía que dormiría esta vez. Su lámpara aún ardía sobre la mesa de campaña, y mientras ataba la camisa para usarla como almohada, su mirada fue atraída por el libro de Galas, que aún estaba abierto en el pasaje que había leído antes.

Lavin se maravilló de haber estado tan hipnotizado por las palabras. Ahora el libro lo atraía de nuevo, y se preguntó si la distracción de Hesty había sido suficiente para romper el hechizo que éste había lanzado sobre él. Él dudó, luego, cuando cayó en la cuenta de que estaba actuando como si le tuviera miedo, se acercó rápidamente y se inclinó para leer:

Un antiguo sabio sostenía que, en diferentes épocas, los humanos habían conservado los sentidos en diferentes proporciones, según el medio por el cual se comunicaban y expresaban. Por lo tanto, antes de escribir, el oído era el sentido real. Después de escribir, el ojo.

Decimos que proporciones similares se dan entre las emociones.

Cada civilización tiene su afecto real y sus sentimientos ignorados u olvidados. O mejor dicho, no hay emociones distintas. Habéis aprendido que en el corazón humano reside el amor en tal círculo, el odio en tal otro, y entre el orgullo, los celos, todas las emociones reales y plebeyas. En cambio, decimos que la emoción es un campo ilimitado. Nuestra forma de vida nos hace cruzar este campo; ora en una dirección, ora en otra; una y otra vez en nuestro camino hacia las metas a las que nuestro mundo nos ha limitado. Los caminos se entrecruzan y, al final, el campo tiene intersecciones muy transitadas y áreas en blanco donde nunca hemos caminado.

Nombramos las intersecciones como lo hacemos con las ciudades, pero no los campos vacíos entre ellas. Llamamos a estos lugares cruzados a menudo amor, odio, celos, orgullo. Pero nuestros destinos fueron hechos por las condiciones de nuestras vidas, no son eternos ni inevitables.

Sabemos que la respuesta al sufrimiento humano se encuentra en cambiar la proporción de las emociones para que queden olvidados el dolor y la pena, incluso sin nombre, en una naturaleza virgen.

La tarea de una Reina es gobernar verdaderamente a un pueblo. La tarea de la Reina de Reinas es gobernar la Verdad misma. Sabemos que el acto supremo de la creación es crear emociones nuevas, superiores a las que, sin guía, nos han llegado de la Naturaleza. Y esto haremos.

Así como hemos ganado nuevos campos y pueblos de la Naturaleza, ganaremos nuevos sentimientos, superiores al amor y a la lealtad, del campo del corazón humano.

Lavin cerró el libro.

Hesty le había hecho mayor favor del que podría imaginar. A pesar de todo lo que sabía sobre los excesos de la reina, e incluso después de todas las atrocidades y el odio que había visto durante la guerra, Lavin todavía tenía sus dudas. Ella había sido su reina… y más.

Las estrellas nocturnas y las redondeadas colinas le recordaban ahora la permanencia. Pensando en el antiguo soldado que habían encontrado, recordó que esas mismas estrellas habían mirado a sus

antepasados y sonreirían a sus descendientes, quienes por su culpa hablarían la misma lengua y vivirían sus vidas como él preferiría vivir la suya. Las cosas volverían a ser como antes. Él tenía que creer en eso.

Un mensajero tosió cortésmente en la solapa de la tienda. Lavin tomó un pequeño bulto de tela del hombre y lo desdobló para revelar el anillo del soldado. Tenía la forma de una corona tallada, con diminutas flores aún incrustadas de cristales de sal como joyas sin brillo. Lavin se sentó en su catre un largo rato, dando vueltas y vueltas al anillo en sus manos.

Luego se lo puso y apagó la luz. Se sintió tranquilo por primera vez en días. Mientras se quedaba dormido, Lavin sintió que volvía a tener confianza, que fluía a partir del inconmensurable peso de las edades que yacían en su mano.

§ § §

Debajo y detrás de ellos, un caballo relinchaba en la oscuridad. Armígero miró hacia atrás, aunque Megan no podía comprender cómo podía ver algo en ese hueco sombrío. Sus caballos sin duda estaban a salvo, pero Armígero tenía que asegurarse de todo.

Estaban agazapados en la cima de una colina con vistas al palacio de verano sitiado de la reina de Iapysia. El palacio estaba oscuro, era una mancha de torres perfilada en el cielo, muros sinuosos que abrazaban la tierra. Las chispas punzantes de las fogatas rodeaban la ciudad por todos lados. Miles de hombres esperaban en la oscuridad debajo de esta colina, y Armígero también había señalado anteriormente piquetes en las colinas circundantes. El centinela de esta colina vigilaba el palacio a cien metros por debajo del lugar donde se escondían Armígero y Megan.

—Cuento diez mil —dijo Armígero. Avanzó arrastrado a través de la arena, obviamente divirtiéndose. Megan se echó hacia atrás, sacudiendo la arena húmeda de la capa en la que estaba sentada.

—Aquí hay arena —dijo ella.

—Estamos justo en el borde del desierto —dijo Armígero

distraídamente. Ladeó la cabeza para mirar las colinas a ambos lados.

—¿Quién construiría una ciudad en un desierto?

—Los desa inundan el desierto cada primavera —dijo él—. Los Iapysianos lo siembran en previsión del evento y cosechan lo que sale. Los desa están usando el desierto como una trampa de sal, y no les importa si los humanos introducen vida allí. Probablemente les ahorre algunos problemas, de hecho. Un buen acuerdo, por eso Iapysia ha prosperado durante siglos.

—Entonces, ¿por qué se está desmoronando todo? —Trató de nuevo de contar los fuegos, pero parpadeaban tanto que rápidamente perdió el rastro.

—Galas.

Allí estaba ese nombre otra vez. Parecía un nombre con el que conjurar. Si Megan lo respiraba demasiado alto, ¿se mantendrían esos diez mil hombres como uno solo? ¿Diez mil miradas hostiles vueltas contra ella? La reina estaba encerrada en ese palacio de allá abajo, y en días u horas iban a asaltar sus muros y matarla. Megan articuló el nombre, pero no pareció pasar nada.

—¿Es un rescate lo que estás planeando? —preguntó Megan—. ¿Qué harás? ¿Entrarás y preguntarás por ella? Disculpe, déjeme pasar, ¿podría pasarme a la reina, por favor? —Ella sonrió.

—¿Rescatarla? No, estoy seguro de que morirá cuando tomen el lugar.

—Entonces ¿para qué estamos aquí?

—No tan alto.

—Disculpa —Puso un dedo sobre su boca, y susurró al pasar—. ¿Para qué estamos aquí?

Armígero suspiró: —Solo quiero hablar con ella.

—¿Antes o después de que la maten?

—Tienen el palacio bien cercado —dijo—. Aun con todo, estoy seguro de que podría llegar a los murallas. Después de todo, están atentos a la aproximación de una gran fuerza armada, o a las salidas desde el interior. El problema es cómo entrar.

—¿Una vez que estés allí?

Él dio la vuelta para mirarla. Estaba demasiado oscuro para ver, pero él se imaginó una expresión desconcertada en ese rostro: —¿Por qué quieres entrar en el palacio?

—Eres un patán desconsiderado.

—¿Qué?

—¿Me vas a dejar aquí donde me puedan encontrar los soldados?

—Ah —Él miró al cielo durante un momento—. Quizá sea mejor que vengas conmigo, entonces.

Megan gruñó su frustración y se puso de pie. Agarró su capa y bajó la colina. Después de un momento, ella lo oyó seguirla.

Armígero era sin duda el hombre más insensible que jamás había conocido. Trató de perdonarlo, porque no era una persona ordinaria, pero siempre había asumido que los Vientos eran mejores que las personas. Armígero, por extraño que fuera, era peor la mayor parte del tiempo.

Los hombres, después de todo, generalmente estaban envueltos en sus propios esquemas y rara vez pensaban en las cosas que importaban, si es que llegaban a hacerlo. Ella estaba acostumbrada a tener que presionarlos para que recordaran los deberes básicos de la vida. ¡Aunque Armígero! El día que lo acogió, Megan había asumido una responsabilidad y una carga mayores de las que cualquier mujer debería soportar. Porque pronto se hizo evidente que Armígero no era realmente un hombre. Era un espíritu, quizás un Viento, uno de los creadores del mundo.

Muchas veces durante el viaje de una semana hasta aquí, él había pasado de parecer abstraído a estar totalmente ajeno al mundo. Se había apoyado en la silla de montar, con los ojos en blanco,

boquiabierto. Este tipo de cosas la aterrorizaban. Se olvidaba de comer, se olvidaba de dejar descansar a los caballos. Era ella quien tenía que pensar por él.

Megan había llegado a comprender que Armígero necesitaba el cuerpo como ancla. Sin él, su alma se perdería en alguna abstracción de rabia. Ella tenía que recordárselo constantemente, ser su enfermera, cocinera, madre y concubina. Cuando se redescubrió a sí mismo, literalmente volviendo en sí, mostró una pasión y un conocimiento tremendos, una percepción asombrosa e incluso, sí, sensibilidad. Era un amante maravilloso, el acto nunca se convertía en rutina para él. Y él le estaba agradecido por su devoción.

Pero, ¡oh, el trabajo que había tenido que ella hacer para llegar a ese punto! Era casi demasiado para soportar.

Ella había echado su suerte con él, y esto seguía siendo infinitamente mejor que la soledad de la viudez rural que ella había abandonado. Echarle humo a él era una mejora con respecto a cavilar sobre ella misma o sobre el pasado. Él estaba empezando a apreciarla, y los vastos muros de su autocontrol comenzaban a desmoronarse. Estaba orgullosa de estar marcando la diferencia para él.

Sorprendentemente, sentía celos de esta reina, como si la gran dama pudiera robarle a su misterioso soldado. Bien; cualquiera podía ser robado, y tan probablemente por un campesino como por una princesa. Megan se encontró frunciendo el ceño y apartó resueltamente el pensamiento.

Llegó hasta los caballos y les susurró palabras tranquilizadoras. Esta noche no habían encendido fuego y la oscuridad era inquietante. Megan estaba acostumbrada a la presencia de árboles, pero habían visto lo último del bosque hacía días. Se sentía desnuda entre toda esta hierba amarilla y húmeda.

Lo oyó acercarse detrás de ella y Megan sonrió al girarse. Armígero era un movimiento negro sobre negro, su cabeza una ausencia de estrellas.

—Necesitamos ayuda desde el interior. Tenemos que hacerle llegar un mensaje a la reina —dijo él.

Megan se cruzó de brazos con escepticismo. Sabía que él podía verla. Ella solo se quedó mirándolo, sin decir nada.

—Hay una manera —dijo él—. Me debilitará.

—¿A qué te refieres? —Ella se estiró rápidamente para tocarle el brazo.

—Puedo enviar un mensajero —dijo él—. Tomará algo de mi... fuerza vital, por así decirlo, con ello. Con suerte, podemos recuperar eso más tarde. Si no, me tomaré un tiempo para sanar.

—Entonces, ¿mis cuidadosas atenciones se van a la basura con el agua de los platos? ¡No lo entiendo! ¿Por qué es esto tan importante? ¿Qué puede darte ella que importe? Ella está condenada, y su reino también.

Él dio un paso hacia el abrazo de ella y le pasó las manos por la espalda con torpeza. Armígero todavía no era muy bueno tranquilizando.

—Ella es el único ser humano en Ventus que tiene una idea de lo que son los Vientos de verdad —dijo él—. Ha pasado su reinado desafiándolos, y creo que ha hecho preguntas y ha recibido respuestas en las que nadie más ha pensado. Ella puede tener la clave de lo que estoy buscando.

—¿Qué es?

Él no respondió, lo cual no era menos de lo que ella esperaba. Armígero tenía un propósito más allá del que le había dicho. Por alguna razón, él no confiaba en ella, lo cual dolía. Si fuera algo que pudiera alejarlo de ella, debería preocuparse, pero Megan estaba segura de que mientras él pudiera abrazarla, sus otros propósitos importaban poco. Cerró los ojos y se aferró a él con fuerza durante un rato.

—¿Qué tienes que hacer? —preguntó ella cuando finalmente la soltó.

—¿Vas a velar por mí? Esto requerirá toda mi concentración.

—Está bien.

Él se sentó y desapareció en la sombra.

—No veo nada. ¿Cómo puedo hacer guardia?

Él no respondió.

Durante un rato, Megan se movió, luchando contra su propio agotamiento y preocupándose por lo que estaba haciendo. Se puso de pie y miró las estrellas durante mucho tiempo, recordando cómo había hecho eso de niña. Las constelaciones tenían nombres, ella lo sabía, y todos conocían los obvios: el labrador, la lanza. De otros no estaba tan segura. Su hermano los sabía, pero ella no lo había visto en años. Él nunca había salido del pueblo de sus padres y todavía vivía allí con su poco amistosa esposa y cuatro niños exigentes y poco curiosos.

Qué extraño estar aquí. Megan reprimió el impulso de saltar y reírse de los extraños giros que tomaba la vida. El día en que ella había encontrado a Armígero medio muerto en el camino cerca de su casa, había comenzado como cualquier otro. Antes de darse cuenta, era enfermera de un soldado herido y demacrado, escuchándolo delirar sobre los Vientos y los dioses en la noche... y tres días después se había despertado asombrada por el hecho de que él era mucho más que un soldado, más que un hombre.

Y él la había dejado ir con él. Eran, al menos por ahora, una pareja. Era como si de repente estuviera viviendo la vida de otra persona. Ella sacudió la cabeza con asombro.

Un destello rojo en uno de los ojos del caballo devolvió su atención al nivel del suelo. Al principio pensó que Armígero había encendido un fuego, pero el resplandor era demasiado pequeño y débil para eso. Se acercó a él y se agachó.

Armígero estaba sentado con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Sus manos estaban juntas frente a él, y el brillo salía de entre sus dedos.

Al ver esto, Megan se puso de pie y retrocedió: —. No —susurró—. Por favor. Todavía estás demasiado débil.

Él no hizo ningún movimiento. El brillo se intensificó y luego se desvaneció lentamente. Cuando desapareció por completo, él se puso de pie con las manos todavía ahuecadas. Luego, con un movimiento rápido, levantó los brazos y los volvió a bajar con holgura. Sus hombros se hundieron.

—Hecho —dijo él—. Ahora esperemos.

—¿Qué has hecho? —Ella le tomó una de las manos. Sintió la piel caliente, y había largos cortes sin sangre en las palmas.

—He llamado a la reina —dijo Armígero—. Ahora veremos si contesta.

15

Galas esperaba en su jardín. Era una noche fresca, con el aire cargado de agua después de las tormentas de esa tarde. Las nubes aún subían por el horizonte, alas gigantes iluminadas por ocasionales destellos de los relámpagos. El resto del cielo estaba despejado y las estrellas lo cruzaban en muestras aleatorias. La luna aún no había salido, pero las flores nocturnas se abrían en derredor con gigantescas bocas moradas y azules que asomaban desde los setos alrededor de los estanques. El jardín se había cultivado alrededor de profundos estanques, aislado cada uno. Algún artificio de crecimiento, que hacía el jardín parecer un mundo en sí mismo, y mil años de tradición habían dictado tantas reglas para tan aparente desorden como la Reina las había dictado para su corte.

Ella había elegido detenerse junto a un largo estanque rectangular. Diadema, la luna, se alzaría directamente sobre este estanque esa noche. Esa era la función de este estanque, atrapar los rayos de su luz, en ésta y las dos noches siguientes del año, y demostrar que el tiempo de la cosecha había terminado. Durante el resto del año lo cuidaban con esmero hombres y mujeres, cuyas vidas dedicaban al jardín pero que nunca verían esa visión nocturna. Todas las flores de la noche se inclinarían ante Diadema, todas transformadas en el momento crítico en una mágica corte, con la reina misma como pieza central. Ella amaba este estanque y este jardín como pocos otros lugares en su tierra.

Se arrebujó en su camisola y se sentó con delicadeza en el banco de piedra donde ella, y sólo ella, podía sentarse. Sus doncellas le habían tejido diamantes en el cabello claro, como anticipación a la luz lunar. Su camisón era del blanco más puro, ceñido con cuadrados de ónix, y ella llevaba en la mano derecha su breve bastón de oficio, tallado en jade verde.

La reina Galas sonrió al agua plácida. Un silencio total cubría el jardín. Sabía muy bien que Lavin estaba acampado y a la vista desde los muros del jardín, pero él tenía prohibido atacar esa noche y las dos siguientes por una antigua costumbre más estricta que la ley. Era la Afirmación de Otoño y la guerra estaba prohibida

mientras durase. Una fina ironía, pensaba ella, que tuviera este tiempo de preparación para la llegada de Lavin. Sonrió ante la belleza de la piscina. Consciente de que la muerte y la ruina acechaban fuera de sus puertas, se maravillaba de que tal paz se conservara dentro.

—En tu tumba también crecerán flores —se dijo—. La luna también sonríe a los esclavos y lisiados.

Dejó de sonreír y bajó los ojos.

Durante mucho tiempo quedó sentada así. Cuando volvió a alzar la vista, Diadema era completamente visible, como una joya brillante suspendida en lo alto por los brazos de árboles laboriosamente cuidados. El reflejo de la luna bajaba lentamente por el agua hacia ella, iluminando las curvas de troncos y tallos, y creando esa hermosa ilusión de animación que ocurría solo una vez al año. Ella se había perdido el comienzo del evento. Frunció el ceño como autocastigo y se enderezó.

Pero había aparecido una falla en la plena blancura de la luna. Ella se puso de pie rápidamente cuando la falla devino en una gigantesca polilla nocturna negra de dos palmos de ancho, del tipo que habitaba las montañas muchos días al este del palacio. Había caído de la luna y revoloteaba sobre la superficie del estanque directamente hacia la Reina Galas. Se detuvo en el aire ante ella.

Ella se sentó: —¿Qué quieres, pequeña?

Ésta voló bajo, luego subió y luego, pareciendo reunir coraje, se posó en su rodilla. Ella nunca había temido a los insectos, se sentaba a admirarlos imaginando que eran algún tipo de presagio. Sin embargo, éste no era bueno: ella había superado con creces la etapa en la que los presagios podían decirle cualquier cosa que no supiera. Lavin venía y nada iba a cambiar eso.

La polilla batía las alas, pero no levantaba el vuelo. De pronto brotaron otro par de alas, y luego dieron un aleteo y... la polilla se desplegó.

Galas parpadeó ante la hoja de papel que ahora estaba sobre su

regazo.

Los dedos de Galas temblaron cuando se estiraron para tocar el papel. La hoja era cuadrada, suave y seca, y ligeramente cálida. La escritura era vagamente visible en ella.

A Galas se le erizó la piel del cuello. Nunca había visto algo así, nunca había oído hablar de tal suceso. Los morfos podían cambiar animales, ella sabía eso, pero no entendían la escritura. ¿Podía ser ésto un mensaje de algún Viento nuevo, uno que ella no había conocido aún? ¿O es que los desales, los Vientos que la habían ayudado a subir al trono, habían decidido intervenir de nuevo en su vida?

Tomó la carta por una esquina y la giró hacia la luz de la luna. La carta rezaba.

¿Puedo suplicar humildemente a la reina Galas, esposa de este mundo, que conceda audiencia a un viajero? Porque no he descansado en tierra verde desde antes de que se colocaran las antiguas piedras de su palacio ni he hablado con un alma gemela desde antes de que naciera su lengua, oh, Reina.

Vine como una estrella fugaz por su cielo, y ahora siento de nuevo lo que es respirar. ¿Hablaría su alteza con alguien como yo, cuyos ojos abarcan todo este mundo, porque estoy solo y tengo una pregunta que ni siquiera los cielos pueden responder?

Firmado: Maut.

Debajo de esto había otra línea de texto. Ella la leyó y sacudió la cabeza con asombro. Aquí había instrucciones claras sobre cómo podía encontrarse con este ser que le había escrito la carta. Sobre cómo reunirse con él o ella esa noche.

Galas levantó la vista, preguntándose si vería un rastro de luz en el cielo. Miró el papel que tenía en la mano. Por supuesto que hablaré contigo.

Reprimió el impulso de saltar del banco y correr adentro. ¿A quién podía contarlo? El corazón le latía con fuerza y ella se sintió

mareada de pronto. Enterró la cara entre sus manos durante un momento. Aspiró un ligero olor a lluvia del papel que aún sostenía.

Galas se ordenó calma. Volvió su atención al estanque. A lo largo de su borde ahora esperaban apuestos y gráciles cortesanos, hermosos, revestidos de gotas de rocío y hiedra. Las plantas del jardín habían sido cultivadas para que aparecieran así solo durante unos momentos en esa noche. Desde que era una niña, Galas se había maravillado del ingenio humano que podía crear tal arte, y en el pasado la vista había servido para fortalecer su determinación de cultivar su tierra como si también fuera un jardín.

Todas las figuras sombrías miraban hacia la luna creciente, y el estanque parecía un flujo de cristal entre ellos, un camino reflejado por el cual el reflejo de Diadema se movía para encontrarse con la Reina.

Esta contemplación era edificante, pero triste esta vez. Galas imaginó los rostros de sus verdaderos cortesanos en estas formas efímeras y se imaginó a sí misma como el reflejo de la luna. Todo breve, un mero juego de sombras que pronto terminará con las espadas y las armas del insolente general que espera afuera. Una sombra superando a otra.

El miedo hizo aparición y ella cerró los ojos. Detente, se dijo a sí misma. Yo no soy el reflejo. Soy la misma Diadema. Todas las cosas me quitan su luz. Incluso el general que viene a matarme.

Miró el papel y rió con un poco de vértigo.

Luego se puso en pie para entrar.

§ § §

La habitación donde había elegido esperar era en realidad un viejo pozo de aire construido para enfriar la Mansión Hart, la cual se hallaba en el centro del palacio. Originalmente, varios otros pisos tenían aberturas hacia el pozo, pero algún paranoico antepasado las había tapiado. Galas había descubierto ese lugar de niña, pero éste había cobrado un nuevo y simbólico significado para ella después de que los desaladores la colocaran en el trono.

A veces venía aquí para pasear por el suelo de tres por tres metros cuadrados, o para garabatear insultos en las paredes, o gritar a las nubes enmarcadas por ladrillos color canela en lo alto. Se había rasgado la ropa aquí, había llorado y hecho todo tipo de cosas innombrables. Ahora yacía de espaldas y miraba las estrellas.

Su visitante debía de estar acercándose ahora a los muros. Sus instrucciones habían sido simples: dejar caer una cuerda en el punto central de la almena sur y estar lista para tirar. Ella había querido encontrarlo allí abajo ella misma, e incluso ahora sus manos presionaban la fría piedra debajo de ella, ansiosas por empujarla para que se pusiera de pie. Pero, pasara lo que pasara, ella no debía equivocarse como una torpe ingenua. Si se trataba de un Viento lo que venía a verla, debía enfrentarse a él como un igual. Ella esperaría.

Pero ¡ella no estaba vestida para esto! Con un gemido, se puso en pie y abandonó el pozo. Una de sus criadas hizo una reverencia afuera. Galas la saludó: —Nuestro vestido negro. El de terciopelo. ¡Sé rápida! —La chica hizo una reverencia de nuevo y salió corriendo.

Galas volvió a entrar en el pozo y cerró la sólida puerta que había hecho construir para el mismo: —¿Por qué ahora? —dijo ella.

Pateó la puerta con el talón: —¡Estoy casi muerta! Un día, dos días —cruzando los brazos, caminó por la habitación—. ¡Bastardos! ¡Me colgasteis, después de meterme aquí dentro en primer lugar!

Bueno, tampoco es que no haya hecho todo lo que estaba a mi alcance para desobedecer a los Vientos, se recordó a sí misma.

Había estado atormentada por la tensión durante semanas. También lo habían estado todos aquí. Sus cortesanos y sirvientes eran verdaderos yapisianos y no tenían idea de cómo descargar tales emociones. Galas les daba el ejemplo: reía, lloraba, paseaba y gritaba y, cuando llegaba el momento de tomar una decisión, estaba tranquila y actuaba correctamente.

Pero ya era demasiado tarde. Lavin había venido a matarla. De todas las personas, ¿por qué él? ¡Ella lo había amado! Podrían

haberse casado si no se hubiera interpuesto entre ellos todo un laberinto de atentos cortesanos y antiguos protocolos. Se preguntó, no por primera vez, si esta era la forma de Lavin de poseerla por fin. Ella hizo una mueca ante la ironía.

—Vamos, vamos —se apresuró a volver a la puerta. Ah, aquí venían las doncellas, con vestido y joyería.

—Entrad aquí —Ellas vacilaron, nadie salvo Galas entraba nunca en este lugar. Ella estaba segura de que habían surgido al respecto todo tipo de leyendas—. ¡Entrad! No hay nada que muerda aquí dentro.

Las tres mujeres se apiñaron dentro con ella: —¡Vestidme! —Extendió los brazos. Las mujeres se pusieron manos a la obra, pero no dejaban de intercambiar miradas como si trataran de dar sentido a lo que veían. Galas a veces pasaba noches enteras en este lugar. A menudo salía con nuevas ideas o sólidas decisiones. La reina sabía, por los leves arañazos alrededor de las bisagras de la puerta, que al menos una persona había cedido a la curiosidad y había entrado por la fuerza. Ni libros de magia ni siquiera una silla o una vela, sólo un poco de suciedad en las esquinas y el cielo por techo.

Habían estado haciéndose preguntas sobre Galas toda su vida. Que se preguntaran un poco más.

—¿Se ha preparado la suite de invitados? —preguntó ella.

—Sí, su Majestad.

—¿Cómo están aguantando los suministros?

—Bastante bien, dicen.

—Recompensa a los soldados que traigan a nuestro invitado por encima de las murallas. Dales a cada uno una ración doble. Transmite también nuestro agradecimiento.

—Sí, su Majestad... ¿Madam?

—¿Sí, qué pasa? Tráeme un espejo.

—¿Quién es esta persona? ¿Un tipo de espía?

—Un mensajero —dijo ella bruscamente. Satisfecha con su apariencia, se recogió las faldas y salió de la habitación. Ellas la siguieron, lanzando miradas finales al pozo.

Por un malicioso capricho, Galas decidió dejar la puerta abierta por primera vez. Ocultó una sonrisa mientras caminaba hacia la sala de audiencias.

De niña se inventaba historias sobre las figuras pintadas en el techo de la sala de audiencias. Más tarde supo que esos hombres y mujeres de extravagantes batallas y poses eran alegorías de eventos históricos. Para entonces ya era demasiado tarde. Ella conocía a la mujer directamente sobre el trono como la Bailarina Enamorada, no como una idealizada Reina Delina. Los dos hombres que luchaban en las nubes cerca de la ventana oeste eran para ella los Amantes Secretos, no el Rey Andalus derrocando al Falso Regente. Cada vez que entraba en esta habitación, levantaba la vista y sonreía a su panteón, y sabía que todo aquel que la observaba suponía que ella estaba sacando fuerzas de la historia de su familia, y saber eso la hizo sonreír de nuevo.

Se compuso en el trono y esperó. ¿Cuándo había tenido un visitante que no hubiera estudiado atentamente la historia de Iapysia? Si este extraño viniera en verdad de los cielos, ¿sabría a quién representaban los frescos? ¿O caería en el mismo estado de inocencia que Galas cuando ella había escrito su propia mitología sobre ellos?

¿O conocería todas las historias, como los desales? Ella frunció el ceño y se enderezó.

El portero se tensó. Parecía cansado y confundido, habiendo sido expulsado de la cama hacía un momento: —Su Majestad —leyó con evidente perplejidad la tarjeta que le habían entregado—. Lord Maut y Lady Megan.

Maut? Megan se detuvo al instante: —¿Qué nombre es ese? —le susurró a él.

—Mi nombre —dijo Armígero simplemente—. Uno de ellos, al menos —Sonrió y entró como si fuera el dueño de la amplia cámara

iluminada por lámparas.

Galas contuvo el impulso de levantarse. Ahora que él estaba frente a ella, no tenía idea de lo que había estado esperando. Este no era un monstruo ni, por las apariencias, un dios.

Parecía maduro, tal vez de unos cuarenta años, con el pelo largo y trenzado hasta el hombro derecho, el rostro finamente tallado con una frente alta, una nariz recta y una boca fuerte. Era un poco más alto que ella y vestía polvorientas ropas de viaje, calzaba suaves botas de montar y llevaba una vaina vacía atada a la cintura. Cuando se detuvo a cuatro metros por debajo del trono, ella vio las ligeras trazas de carácter alrededor de sus ojos y boca, indicios tanto de humor como de cansancio.

Detrás de él, como una sombra, estaba de pie una campesina. Su rostro brillaba con una mezcla de timidez y desafío. Cuando Maut se inclinó, ella hizo una profunda reverencia, pero cuando Lady Megan alzó la vista, miró a Galas a los ojos. Allí no había hostilidad, ni respeto, sólo, al parecer, inconsciente curiosidad. A Galas le gustó de inmediato.

Galas levantó la carta doblada: —¿Sabes lo que dice ésto? —preguntó al hombre.

Él se inclinó de nuevo: —Lo sé —dijo él. Su voz era potente y grave, bastante convincente. Él sonrió brevemente—. ¿Puedo suplicar humildemente a la reina Galas, esposa de este mundo, que conceda audiencia a un viajero? Porque no he descansado en tierra verde desde antes de que se colocaran las antiguas piedras de su palacio ni he hablado con un alma gemela desde antes de que naciera su lengua, oh, Reina.

Galas vio a la mujer Megan sobresaltarse y mirar fijamente a Maut mientras él hablaba. Interesante.

—¿Qué eres? —preguntó ella—. Y, tal vez más pertinente, ¿por qué hablas de mí como un alma gemela?

Maut se encogió de hombros: —En cuanto a lo que soy, no tiene Su Majestad palabras para ello. No soy un hombre, a pesar de las

aparien…

—¿Qué prueba tienes de eso?

Por un instante él pareció enojado por la interrupción. Luego pareció considerar lo que ella había dicho: —¿No fue convincente mi polilla?

—Hay gente que se gana la vida engañando a los demás, Maut. Tu polilla fue muy convincente, pero el hecho de que algo sea convincente no implica que sea cierto. Es sólo convincente.

Él movió una mano con desdén: —Me costó energía realizar ese pequeño prodigio. Me queda muy poca y no tengo tiempo para recuperar nada de la que pierdo ahora.

Galas se echó hacia atrás. Se sintió traicionada, y de repente cínica: —Entonces, ¿no te quedan más trucos? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—¡No soy un mono de feria!

—¡Y yo no soy tonta!

Se miraron el uno al otro. Entonces Galas notó que Lady Megan se estaba tapando una sonrisa con la mano.

Galas forzó una siniestra sonrisa por su parte: —Conoces nuestra situación. Este no es momento para frivolidades o mentiras. ¿Tan extraño es que exija pruebas?

Reluctante, él negó con la cabeza: —Perdóneme, Reina Galas. Me hallo muy degradado de mi rango anterior, y eso me hace mostrar mal genio y carencia de tacto.

—Pero no miedo —dijo ella—. No me tienes miedo.

—No le tiene miedo a nada —dijo la acompañante de Maut. Su tono no era jactancioso. De hecho, tal vez era tono de un poco de disculpa. O de resignación.

Maut volvió a encogerse de hombros: —Parece que hemos tenido un

mal comienzo. Estoy muy cansado, demasiado cansado para los prodigios. Pero soy lo que digo que soy.

—Pero ¡no has dicho qué es eso!

Él frunció el ceño: —-Hay una palabra antigua en su idioma. Hoy en día no se usa mucho. La palabra es dios. Soy, o era, un dios. Deseo volver a serlo, y he acudido a Su Majestad porque, de todos los humanos en Ventus, usted es el único que ha vislumbrado el funcionamiento interno del mundo. Puede que tenga el conocimiento que necesito para convertirme en lo que una vez fui.

—Intrigante —dijo Galas. Todavía resultaba increíble, a juzgar por las apariencias. Pero... ella acariciaba con los dedos la carta en su regazo. Ella había visto lo que había visto.

En cuanto a los halagos... bueno, ella sabía con absoluta certeza que nadie en el mundo tenía el conocimiento que ella poseía. Quizá había cierto encanto en que él lo reconociera.

—¿Y por qué debo decirte lo que deseas saber, aun asumiendo que tuviera el conocimiento que necesitas?

Maut se llevó las manos a la espalda. Parecía estar reprimiendo el impulso de caminar: —Usted ha mirado al cielo —dijo—. Todos los humanos han hecho eso, en un momento u otro. Y usted ha hecho preguntas. Quiere interrogar al cielo. Y usted más que nadie, Reina Galas, interrogaría a la naturaleza misma, a todo lo demás, en su humana búsqueda de entendimiento. Todo lo que ha hecho lo prueba. Es humana, Galas, y su locura es muy humana: desea oír el habla humana brotar de lo inhumano, de las rocas y de los árboles. Si una piedra pudiera hablar, ¿qué diría? Los de su especie siempre han inventado dioses, gobiernos, categorías e incluso los mismos sexos como medios para interrogar esa otredad.

—¡Que el mundo hable, como tú hablas! Qué deseo ése. Ese deseo informa de cada aspecto de tu vida. Niégalo si puedes.

—Permíteme mi reverencia irónica. Estoy aquí, Majestad, para realizar este acto por usted. Soy todo lo que usted no es. Fui átomos resplandecientes en una estrella artificial, he sido resonancias de

fuego electromagnético, y frío hierro y máquinas reticulares en vastas redes lanzadas entre las nebulosas. Soy piedra y organismo, vivo y muerto, entero y desgarrado. Soy el sin voz al que se le ha dado una lengua para hablar. Y hablaré.

§ § §

Y, sin embargo, Armígero no pasaba por alto la ironía de que, en este mundo, las piedras sí hablaban, que el mismo aire le susurraba sus voces al oído. Eran los humanos los sordos al lenguaje de los Vientos. Armígero, aunque oía ese idioma, no lo entendía. El sonido de sus propias palabras era rápidamente absorbido por la piedra de las paredes, los tapices antiguos, los armarios de madera lacada. Y en todas estas cosas residían los Vientos.

Armígero sabía que ellos podían escucharle si querían. Sospechaba que no les importaba lo que decía. Los maestros de Ventus continuaban con sus tareas incomprensibles, susurrando y murmurando a su alrededor.

Él les había dicho la mitad para su beneficio, pero lo habían ignorado, como lo habían hecho desde que él había llegado a Ventus. Entonces, pensaba, sus palabras se disolverían en la piedra, en las alfombras, en la madera. Excepto por las dos mujeres que estaban con él, nadie escuchaba su valiente jactancia.

Aunque nadie en el palacio lo escuchara, aun así salió su voz. Y la voz penetró en las cámaras y salas del antiguo edificio, y atravesó la arena y la piedra de la tierra como si fueran un centímetro de aire. En las altas nubes, desde las cuales los Vientos Precipitación que moraban en las gotas de lluvia miraban hacia abajo, la voz de Armígero resonó en una frecuencia inatendida como un ilegible relámpago de calor. Incluso los Cisnes Diadema, que giraban en una danza milenaria entre los cinturones de van Allen, podrían haberla oído si hubieran sabido escuchar.

Ningún Cisne escuchó, ni ningún Viento de montaña devorador de piedras, ni ninguno de los espíritus elementales e inmortales del mundo. Pero un joven solitario y triste junto a una fogata solitaria articuló las palabras de Armígero y se sentó derecho para escuchar.

16

Tamsin Germaix fue la primera en ver al hombre junto a la carretera. Su tío estaba ocupado hablando de un gran baile al que había asistido en la capital. Ella habían mantenidos ocupados ojos y manos toda la mañana en una nueva pieza de bordado, mucho más difícil que la última que el tío le había pedido. Pero de vez en cuando (y ella se lo ocultaba) tenía que parar porque le empezaban a temblar las manos. Ahora era un momento de esos: frunció el ceño hacia las manos, revelando como estaban, y alzó la vista para ver al hombre.

La figura estaba sentada en una roca junto al camino, encorvada. Tardarían unos minutos en pasarla, ya que el tío estaba más interesado en su historia que en la velocidad, y además, cada sacudida del carro provocaba punzadas de dolor en el tobillo torcido de Tamsin. Ella tenía la espinilla entablillada y envuelta en almohadas, y llevaba una manta sobre el regazo para protegerse del aire frío de la mañana; aun así, estaba lejos de sentirse cómoda.

Ciertamente se habían cruzado con granjeros y otras personas de baja alcurnia que caminaban por el camino. Esta vía era lo más parecido a una carretera principal en esta parte abandonada de la atrasada Memnonis. ¡Vaya, solo el día anterior se habían encontrado con tres vacas y todo un rebaño de ovejas!

—...sujeta bien el cuchillo, no como lo hiciste anoche en la cena —decía su tío—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, tío.

—Habrá otras fiestas como esa una vez que estemos de vuelta en casa. Solo serán unos días ahora —el tío se rascó incierto la incipiente barba en la barbilla—. Las cosas no pueden haber cambiado tanto.

Observó la figura sentada sobre la redonda grupa de uno de sus caballos. El aspecto era extraño. No parecía un granjero en absoluto. En primer lugar, parecía ir vestido de rojo, un color raro

para los de baja cuna. En segundo lugar, podía ver una pelusa dorada alrededor del cuello y la cintura.

—Tío, hay un hombre extraño en el camino ahí adelante.

—¿Eh? —Él se puso alerta al instante—. ¿Sólo uno? ¿Nos está saludando con la mano? Ah, ya lo veo.

El tío Suneil le había hablado sobre los bandidos y sobre cómo identificarlos. Esta aparición ciertamente no encajaba en ese molde.

Cuando se acercaron, Tamsin se puso de pie y miró al hombre. Parecía joven, con cabello negro y elegantemente vestido. Su ropa, sin embargo, estaba rota y salpicada de barro, y tenía una gran mochila de cuero sobre un hombro. Sostenía un cuchillo en una mano y un trozo de palo a medio tallar en la otra. Estaba tallando.

El hombre puso de pie de repente como si estuviera alarmado, pero no miró en su dirección. Se le había caído el cuchillo, y ahora lo recogió de nuevo y comenzó a alejarse por el camino. Parecía estar hablando solo.

—Sigo pensando que es un bandido. ¡O un loco! Debe de haberle quitado esa ropa a una víctima.

Su tío negó con la cabeza: —Una joven decente sabe de sastrería fina. Mira, verás que su ropa ha sido confeccionada para que le quede muy bien. Ahora siéntate, antes de que te caigas del vagón.

Ella se sentó. Ciertamente el hombre parecía misterioso, pero después de todo, no sabían quién era. Ella sabía que lo más maduro sería pasarlo de largo. Entrelazó las manos en el regazo y confió en que su tío azuzara a los caballos para que caminaran más rápido.

El tío Suneil levantó una mano: —¡Ay, viajero! ¡Bienvenido en el camino a Iapysia!

§ § §

Lo único que Jordan había hecho durante dos días era caminar. Estaba exhausto ahora y comenzaba a pensar que su viaje para

encontrarse con Armígero podría ser imposible. Calandria había metido en sus alforjas comida para varias personas, pero pesaba mucho. Él descansaba cuando lo necesitaba y encendía cuidadosamente un fuego antes de acostarse cada noche. A pesar de eso, le dolían los pies y tenía los hombros tensos de llevar las pesadas bolsas. Así que, cuando a media mañana había quemado el frío de la noche anterior, se sentó a descansar en una piedra a la vera del camino.

Habría dejado de caminar de no ser porque, cada vez que se detenía a descansar, veía visiones de lugares distantes y sabía que eran reales. Saber eso alimentaba su determinación de seguir adelante.

Necesitaba una actividad para bloquear las visiones. Le había dado por tallar, y ahora sacaba un palo que había comenzado esta mañana y siguió tallando con los labios fruncidos.

La noche anterior, Jordan se había sentado absorto en su exiguo fuego mientras Armígero había estado hablando con la reina Galas.
—Deseas oír el habla humana brotar de lo inhumano, de las rocas y los árboles —había dicho el general—. ¿Podría una piedra hablar, qué diría? —Era casi como si el general supiera que él estaba escuchando.

Armígero no había seguido contando su historia. Era tarde y la reina había aplazado la audiencia hasta el día de hoy. Jordan no estaba decepcionado; había estado despierto durante horas pensando en las palabras de Armígero. Había dejado a un lado su autocompasión y agotamiento, y se había obligado a tomar una decisión. Era hora de dar el paso que él había estado evitando.

A pesar de sus miserias y soledades privadas, Jordan no había olvidado ni por un momento que la de Armígero no era la única voz que podía oír. La noche en que habían descendido los Garfios Celestiales, Jordan supo que también podía oír las voces de los Vientos. Hasta esta mañana, los había desconectado deliberadamente, porque temía que en cualquier momento los Garfios Celestiales aparecieran del vacío del cielo y lo atraparan.

Había atado la tela dorada de Calandria May en una especie de poncho y luego se había abotonado encima la chaqueta. El material

dorado le sobresalía por detrás como la cola de un pájaro, y le subía alrededor del cuello como la gorguera de un dandi. Pero estaba convencido de seguir haciendo su deber. Los Vientos no sabían dónde estaba.

Cuando los Garfios Celestiales habían descendido sobre la propiedad Boros, Jordan había aprendido que podía oír las vocecitas de las cosas animadas e inanimadas. Cada objeto dentro de su vista tenía una voz, él lo sabía ahora. Cada cosa proclamaba su identidad, una y otra vez, del mismo modo que un pájaro llama su nombre todo el día sin más motivo que la alegría de su propia voz. Ahora que sabía que estaban allí, Jordan podía sintonizarse con el sonido de ese murmullo interminable. La noche anterior y esta mañana, había trabajado para sintonizar y desconectar esa postura de escucha mientras caminaba.

Si cerraba los ojos, podía ver un paisaje fantasmal, compuesto principalmente de palabras que se cernían sobre objetos indistintos. No encontraba mucho sentido en eso, así que dejaba ese lugar en paz.

Parecía que podía enfocar su oído interior en objetos individuales si se concentraba lo suficiente.

Levantó el cuchillo con el que había estado tallando y se concentró en él. Después de unos minutos comenzó a escuchar su voz: —Acero —le dijo—. Una hoja de acero. Acero al carbono, un cuchillo.

En la finca Boros, Jordan le había hablado a una pequeña alma como esta, y le había respondido. Soy piedra, le había dicho el arco de un portal. Esta habilidad de hablar con las cosas no lo sorprendió tanto, considerando todo lo que había sucedido. Según el sacerdote Allegri, algunas personas tenían visiones de los Vientos, y los Vientos no los castigaban por ello. Allegri le había dicho que Jordan podía ser uno de esos con tal talento, se había equivocado en ese momento. Lo que Jordan había estado experimentando entonces eran visiones de Armígero, y eso, a los Vientos si duda no les gustaba.

Pero ¿ésto? Esta comunión con un simple objeto no parecía tener nada que ver con Armígero. Tal vez había sido habilitado por lo que

fuese que Calandria May le había hecho a Jordan en la cabeza. Pero ¿estaba eso prohibido por los Vientos?

Bueno, tenía la tela protectora de Calandria. Jordan confiaba en que podría oír aproximarse a los Vientos mayores a tiempo para ponérsela y escapar.

Todo se reducía, entonces, a una cuestión de coraje.

—¿Qué eres —le preguntó al cuchillo.

—Soy cuchillo —dijo el cuchillo.

Aunque lo esperaba, Jordan estaba tan sorprendido que dejó caer el objeto.

Lo recogió y comenzó a caminar nerviosamente: —Cuchillo, ¿de qué estás hecho?

La voz en su cabeza era clara, neutra, ni masculina ni femenina: —Soy una combinación de hierro y carbono. El carbono es un agente endurecedor.

Él asintió, preguntándose qué más preguntarle. La pregunta obvia era: —¿Cómo es que puedes hablar?

—Estoy transmitiendo una señal fractal combinada en frecuencias visibles de radiación.

La respuesta no tenía sentido: —¿Por qué otras personas no pueden escucharte?

—No están equipadas para recibir.

Eso era una especie de reafirmación de la pregunta, pensó. ¿Cómo llegaré a algún lado si no sé qué preguntar?

Pensó por un momento, se encogió de hombros y dijo: —¿Quién te hizo?

—¡Ay, viajero! ¡Bienvenido en el camino a Iapysia!

Por una fracción de segundo pensó que el cuchillo había dicho eso. Luego Jordan miró atrás. Un gran carro cubierto tirado por dos caballos venía por el camino. Dos personas iban sentadas al frente. El conductor lo estaba saludando.

De repente, muy cohibido, Jordan deslizó el cuchillo dentro del cinturón. Sabía que la tela dorada le sobresalía del cuello y la cintura, pero no había tiempo para hacer nada al respecto.

—Uh, hola —El acento del hombre era extranjero. El hombre era de mediana edad, casi anciano, con una franja de cabello blanco alrededor del cráneo bronceado por el sol. Iba vestido con ropa nueva de ciudadano.

El otro pasajero era una mujer. Parecía tener la edad de Jordan. Iba vestida con volantes y llevaba un sombrero ancho, pero debajo de él tenía el rostro bronceado y un mechón de cabello suelto decolorado por el sol. Sostenía un anillo de bordado en manos fuertes y callosas. Ella le estaba frunciendo el ceño a Jordan.

—¿Adónde vas, hijo? —preguntó el hombre.

Jordan hizo un gesto: —Al sur. A Iapysia.

—Ah. Como nosotros. ¿Volviendo a casa?

—Oh, sí.

—Pero tu acento es memnoniano —dijo el anciano.

—Eh, eh. Tenemos casas en ambos países —dijo Jordan, recordando el ejemplo de Boros. Estaba ansioso por escuchar las voces de nuevo. Tenía que saber si su diálogo con el cuchillo había alertado a los Vientos. En la mansión Boros, todo el paisaje se había puesto en alerta, casi abrumando sus sentidos. Eso no estaba pasando ahora, pero no podía estar seguro sin comprobarlo.

—Mi nombre es Milo Suneil —dijo el hombre—. Y ella es...

—Disculpe —gritó la joven. Se levantó bruscamente y se subió a la parte trasera cubierta del carro.

—...mi sobrina, Tamsin —terminó Suneil—. Que no es ella misma hoy. ¿Y usted es?

—Jordan Mason —Afectó la media reverencia que los nobles Boros habían usado unos con otros. Aunque era más difícil actuar mientras caminaba.

—Encantado de conocerte —Hubo un silencio momentáneo. El carro se movía al mismo ritmo que Jordan, por lo que él mantuvo el paso con el de Suneil. Desde la parte trasera del carro llegó el sonido de cosas siendo sacudidas.

—Tiempo tranquilo, para el otoño —dijo Suneil. Jordan estuvo de acuerdo en que lo era—. Sin embargo, las nubes se están acercando. No es bueno, las nubes podrían ocultar cosas en el cielo, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir?

—¡Las noticias viajan lentamente, por lo que veo! —Suneil rió—. ¡Vas vestido como un muchacho de alta alcurnia, seguramente has oído las noticias sobre la destrucción de la casa Boros!

—Ah, eso. Sí. Me enteré —dijo Jordan, incómodo.

—Tengo muchas ganas de saber qué pasó realmente —dijo Suneil —. Hemos oído diez versiones de la historia de diez personas diferentes. Cuando te vi andando por el camino desde la dirección de la finca, pensé, ¿será acaso un refugiado de nuestro pequeño desastre?

Jordan, inseguro de sí mismo en esta situación, simplemente se encogió de hombros.

Suneil se quedó en silencio por un rato, mirando al frente: —El hecho es —dijo por fin— que la curiosidad me ha vencido. Si nos encontráramos con alguien que en verdad supiera lo que ha sucedido en la finca o, ¡no lo quiera el viento, alguien que de verdad hubiera estado allí!, entonces podría estar inclinado a llevar a esa persona con nosotros, siempre que contara su historia.

—Ya veo —dijo Jordan en tono neutro.

—Mi sobrina se ha torcido un tobillo —añadió Suneil—. Y yo no soy tan joven como solía. Necesitaremos a alguien para recoger leña el próximo día, más o menos.

Jordan estaba muy sorprendido. La gente no confiaba en los extraños en un camino abierto. Por otra parte, uno nunca viajaba solo tampoco.

¿Parezco tan inofensivo?, se preguntó.

—Tranquilo —dijo Suneil razonando—. No soy un Garfio Celestial ni estoy aliado con ellos. Acabo de deducir que estuviste en casa de los Boros porque vienes caminando de esa dirección y vas bien vestido, excepto por las manchas de barro y el pelo despeinado. En realidad, pareces haber huido a algún lugar a toda prisa. Nosotros pasamos a un par de personas con el mismo aspecto, solo que ninguna quiso hablar con nosotros.

Jordan miró el carro con avidez. Estaba muy cansado. Un viaje de unos días a cambio de una narración cuidadosamente editada no podía empeorar las cosas. De hecho, podía ser ésta la única forma de llegar a Iapysia.

—De acuerdo —dijo—. Soy tu hombre.

§ § §

Tamsin seguía escondida atrás en el carromato. ¡El tío debía de estar loco! Estaba recogiendo a extraños en la carretera. Seguramente acabarían robados y violados por este loco que hablaba solo y tenía un paño dorado metido en la camisa.

Ella sintió que el carro se hundía profundamente cuando el hombre subió al asiento delantero. Luego el carro comenzó a rodar adelante. Ella estaba sentada en un fardo de tela, hurgando desconsoladamente en su bordado. Finalmente lo tiró al suelo.

Algunos días estaban bien. Hoy había comenzado de esa manera. Otros días podía despertarse por la mañana y las nubes eran solo nubes, el agua solo agua. De hecho, podía oler el desayuno mientras lo cocinaba y sentir hambre. Otros días podía escuchar los planes

del tío y despertar una pequeña chispa de entusiasmo que él parecía saber que ella tenía. Podía aspirar a ser una ingenua en Rhiene o en alguna de las otras grandes ciudades de Iapysia. Y también había días en los que ella practicaba sus reverencias, sus bordados y recitaba los poemas épicos en los que el tío la había entrenado.

Y luego había días… Le temblaban de nuevo ls manos cuando se agachó para masajearse la pierna. No podía recordar por qué había estado corriendo. Lo único que recordaba era la abrumadora desolación del paisaje. Árboles desnudos, hierba amarilla. Aire frio. Sus propios pensamientos y sentimientos le eran inaccesibles. Una cosa era segura, ciertamente no había estado mirando por dónde iba esa mañana. Con razón se había torcido la pierna.

A veces, la más mínima molestia la desencadenaba en un ataque de mal genio que hacía que los ojos de su tío se abrieran de par en par con incredulidad. ¡Una vez fue porque se le había caído un punto! Él no hizo nada para calmarla, sino que la dejó desahogarse. Después, siempre estuvo apática y avergonzada.

No explotaré, se dijo a sí misma. Aunque el tío intente que nos maten.

Ellos estaban hablando ahí, charlando como viejos amigos. Por supuesto, él siempre hacía eso con extraños, pero normalmente era cuando se detenían en los mercados al borde de la carretera o cerca de los pueblos. El tío era un insaciable adicto a las noticias, y estos últimos dos días había estado deteniendo a todo el mundo para obtener información sobre el horrible incidente en la finca Boros. No era propio de él recoger a la gente del camino para hablar.

Tamsin apretó los dientes y miró fijamente la solapa de lona del carro. Era cierto que un par de manos extra estaría bien en este momento. Racionalmente, ella lo entendía. Eso no detenía su furia.

Se quedó en la penumbra durante un rato con los brazos cruzados, tratando de no pensar. Pensar era malo, conducía a cosas peores que la ira.

Todo esto terminará pronto, se dijo a sí misma. Cuando lleguemos a Rhiene todo será diferente. Mientras tanto, tendría que hacer

ajustes y poner a prueba su paciencia. Luego, después de un rato, se arregló el cabello, plantó una sonrisa en su rostro y abrió la cubierta delantera del toldo del carro.

—Hola —dijo alegremente al joven sobresaltado que estaba en su asiento. Ella le tendió la mano—. Mi nombre es Tamsin. ¿Y el tuyo?

§ § §

Calandria May se colgó la bolsa de patatas al hombro y salió del mercado. El lugar todavía hervía de rumores sobre la catástrofe de los Boros. El consenso era que los Vientos por fin habían acudido para castigar a la familia por excesos pasados no especificados. La asistencia a la iglesia aquí en la ciudad de Geldon definitivamente había aumentado.

Había una confusa discusión sobre el asesinato de Yuri. Se achacaba la muerte a Brendan Sheia y a dos espías de Ravenon actuando como cómplices. Eso explicaba por qué Calandria estaba actualmente disfrazada de muchacho. Se había cortado el pelo y cambiado la voz y los gestos. En este momento, usaba la bolsa de patatas para agregar balanceo a sus hombros mientras caminaba, pues de lo contrario, su centro de equilibrio más bajo era más difícil de disimular.

La gente también hablaba de Jordan Mason. Nadie sabía su nombre, pero algunas personas habían presenciado un enfrentamiento entre Turcaret y un joven. El controlador había acusado al joven de atraer los Garfios Celestiales sobre la casa.

A Cal le dolían los hombros mientras caminaba, una sensación familiar de que estaba siendo observada o seguida. No tenía nada que ver con la gente del pueblo que pudiera verla al pasar, era un temor más antiguo y más fundamental.

Si cerraba los ojos, Calandria podía invocar sus sentidos interiores: la vista infrarroja y el radar galvánico que informaba de la presencia de mecas o Vientos. No podía evitarlo: cada pocos minutos hacía una pausa, cerraba los ojos y miraba a su alrededor usando estos sentidos.

Desde la noche en que habían caído los Garfios Celestiales, Calandria se había negado a dejarse llevar por el pensamiento de que Ventus era un lugar natural. Estaba atrapada en los engranajes de una máquina gigante que abarcaba todo el mundo, un sistema de terraformación mediante nanotecnología que apenas toleraba a los humanos. Parecía tierra corriente sobre lo que ella caminaba, pero había sido fabricada. Había tomado más de los mil años hacer Ventus habitable para que un suelo como este se formara naturalmente. El aire parecía fresco y limpio, pero eso también se moderaba por fuerzas invisibles.

Esas fuerzas invisibles eran una amenaza. Todavía podrían matarla. Por eso ella se mantenía alerta.

Calandria dobló por un estrecho callejón y entró por una puerta toscamente tallada, con pestillo pero sin cerradura. Subió un tramo de escaleras, atravesó otra puerta y llegó a casa.

Esta era la habitación segura donde habían tenido intención de esconder a August Establero. La habitación tenía unos cuatro por seis metros. Había una ventana que daba a la calle, lo cual no era una ventaja porque más que nada dejaba entrar el olor de la cloaca al aire libre que corría por el centro de la calle. El lugar estaba construido de yeso y listón. Calandria oía los ronquidos de la casera en la habitación de al lado. Pero la sala estaba apartada de los elementos y era cálida por la noche. Eso era lo único que importaba.

Todo lo que Cal tenía actualmente estaba en esta habitación o en su persona. Sus caballos habían muerto durante la destrucción de los establos Boros, y ella no había recuperado su mochila con sus suministros de tecnología extraterrestre. Eso había complicado las cosas en los últimos días.

Axel Chan gruñó algo y se movió en sueños. Todavía tenía la cara enrojecida por la fiebre que se había apoderado de él desde el ataque de Turcaret. Se suponía que sus nanos de diagnóstico podía tratar infecciones de rutina, pero no parecían estar funcionando. Sin el equipo adecuado, Calandria no podía determinar por qué, aunque sospechaba que los mecas locales estaban suprimiendo la tecnología extraterrestre.

¿Podían los meca contactar con los Vientos y advertirles de la presencia de extraterrestres aquí? Cada noche, cuando se acostaba, Calandria se encontraba imaginando los ásperos armazones de los Garfios Celestiales extendiéndose para desgarrar esta pequeña habitación.

No era propio de ella tener miedo. Pero claro, nunca había tenido miedo de las amenazas meramente físicas. Esto era otra cosa.

Dejó las patatas en la única mesa de la habitación. Axel tosió y se sentó.

—¿Cómo te sientes? —Calandria sirvió un poco de sopa fría y la puso al lado de Axel. Él la bebió con entusiasmo.

—Como le gusta decir a la buena gente de Memnonis, me siento como un sapo en un balde de meado. ¿Esta porquería salobre es lo mejor que pudiste encontrar?

Ella suspiró: —Axel, ¿alguna vez has estado enfermo de verdad en tu vida?

—No.

Ella asintió.

—¿Por qué? —preguntó Axel después de un momento.

—Porque, por tu forma de comportarte, seguramente tus enfermeras te habrían estrangulado en la cama.

—Ajá —dijo él—. Pues márchate. Me irá mejor por mi cuenta —tosió débilmente—. Me las arreglaré como sea... Comeré insectos y ratas, y buscaré un lugar apartado para morir donde nadie tropiece con mi marchito cadáver.

Ella rió: —Ya suenas mucho mejor.

—Bueno.. —Levantó los brazos y los examinó—. Ya no siento que voy a gotear por todas partes si me pongo de pie. Creo que podría montar en uno o dos días.

Ella negó con la cabeza: —Tardarás más tiempo que un par de días. Te necesitamos en plena forma cuando persigamos a Armígero.

Él asintió y se hundió en la cama de paja: —¿Alguna noticia sobre Jordan?

—Nadie sabe qué le pasó, y ahora no tengo medios para rastrearlo. Usamos los sensores de la Voz del Desierto para localizar los controles remotos de Armígero la primera vez. Al faltar la Voz, no tenemos esa opción. Probablemente Jordan esté de camino a casa. No hay razón por la que no debería estarlo.

Axel se movió incómodo: —No me gusta eso. Aún me siento responsable.

—Lo sé —dijo ella—. Pero nuestra primera responsabilidad es encontrar a Armígero y destruirlo. Si no lo hacemos, Jordan no estará a salvo, sin importar dónde esté.

Axel pareció aceptar esta lógica: —Supongo que no vamos a enfrentar a Armígero nosotros solos en este momento. Solo rastrealo.

Ella asintió y se sentó a su lado. Con la pérdida de la Voz del Desierto, ya no tenían la potencia de fuego para destruir a Armígero. Necesitarían ayuda. Al mismo tiempo, tener la potencia de fuego no era suficiente: tenían que encontrar a Armígero y retenerlo. Calandria quería estar segura de dónde estaba antes de abandonar Ventus en busca de refuerzos.

Axel tenía mejor aspecto, pero aún estaba pálido. Había perdido peso: —En cuanto recibamos una señal de una nave pasajera, intentaremos salir del mundo —prometió ella—. Mientras tanto, no podemos darnos el lujo de perderle la pista.

—Puede que ya lo hayamos hecho —Axel cerró los ojos, hizo una mueca mientras trataba de ponerse de lado—. No sabemos con certeza si va tras la reina.

—Sí. Bueno, eso es lo único que tenemos —Axel no respondió y, después de un momento, ella se levantó y se acercó a la ventana.

Detrás de ella, la respiración de Axel se hizo más profunda con el sueño. Calandria miraba hacia un cielo azul lleno de nubes blancas. Luchó contra el impulso de mirar detrás de esa fachada, de mirar hacia la maquinaria alienígena que la mantenía.

Perder la Voz del Desierto había sido una catástrofe. Ella había amado esa nave, pero más que eso, habían necesitado su poder para destruir a Armígero. En algún lugar más allá de los tejados y del aire puro, él estaba tramando sus planes. Cal debería poder verlo como una mancha en el paisaje. Era horrible que Armígero fuera invisible para las personas a las que él se disponía a esclavizar.

Calandria se abrazó recordando cómo había sido allí, en el único mundo de 3340 que ella había visitado. La gente de Hsing había quedado traumatizada hasta el punto de la locura, su único objetivo en la vida, más bien una obsesión, había sido ganar la atención y el favor de 3340 por cualquier medio posible para evitar la destrucción y ganar la inmortalidad en calidad de uno de sus esclavos semidioses. La gente había hecho cualquier cosa, incluido el asesinato en masa, para llamar su atención. Y una vez esclavizados, habían devenido en encarnaciones de sus más básicos instintos, esclavizando a su vez a cientos o miles de inocentes o sacrificándolos sin más como potencial competencia no deseada.

Y mientras tanto, 3340 había devorado los cielos y la tierra, volviendo al planeta cada vez más tóxico para los pocos humanos intactos que luchaban por sobrevivir entre las ruinas.

Armígero podía encontrar la llave que buscaba en cualquier momento. Un cambio irrevocable vendría barriendo el horizonte como un tsunami, y esta vez Calandria no sería capaz de detenerlo.

Ella se sentó junto a la ventana y obligó a sus manos a permanecer quietas en su regazo. No había nada que hacer más que esperar. Esperar y observar los cielos en busca de una señal de que el mundo se estaba acabando.

17

Megan nunca había visto tantos libros. Estaban apilados en altos estantes alrededor de todas las paredes de una gran sala en el tercer piso del palacio. Todos los estantes tenían puertas de vidrio con dibujos de diamantes. Ella observaba a Armígero caminar de estante en estante, abrirlos uno por uno y mirar su contenido. Este era su segundo día aquí, pero hasta el momento la reina no había encontrado tiempo para habla con ellos. Armígero estaba cada vez más inquieto.

A Megan n le interesaban los libros, pero la sala en sí era suntuosa. Contenía una serie de sofás y sillones forrados en cuero, con mesillas y muchas lámparas de aceite altas. Todo el suelo estaba cubierto con alfombras superpuestas y brillaban con los rayos de luz de la mañana que caían de los altos ventanales a lo largo de una pared. Ella estaba acurrucada en uno de los sillones, con los pies debajo de ella, para observar los merodeos de Armígero.

Esta habitación y las demás en los aposentos de la reina ofrecían un sorprendente contraste con las otras partes del palacio que ella había visto. Debajo de esta torre, los terrenos del palacio estaban llenos de tiendas de campaña para refugiados. Los niños y los heridos lloraban por doquier, se hablaba de cólera. Los pasillos inferiores y las dependencias estaban repletos de hombres armados, y la conversación allí era tensa y poco frecuente. Aquí, sin embargo, era como otro mundo: lujoso y tranquilo.

Megan sabía que siempre recordaría su entrada en estos muros. Su primera visión del interior del Palacio de Verano había sido la luz de las antorchas que brillaba en los yelmos de un mar de hombres. Estandartes andrajosos colgaban de las fachadas de edificios medio destrozados por los cañones de vapor del Parlamento. El lugar apestaba a miedo y a desechos humanos. Ella había andado encogida, y del brazo de Armígero, mientras los habían conducido a lo largo de avenidas acordonadas entre las tiendas y hacia la enorme torre que albergaba las cámaras de audiencia de Galas. Y en el momento en que estuvieron dentro de sus muros, estuvieron en un pequeño paraíso.

Este contraste la había perturbado más que la miseria misma. Todavía la inquietaba, tanto más cuanto que se encontraba respondiendo a la comodidad de este sillón, al calor del fuego cercano.

—Asombroso —dijo Armígero.

Ella sonrió: —¿Tú? ¿Asombrado? Lo dudo.

Levantó la mano para tomar un volumen muy grande, pesado y de aspecto escrofuloso: —He estado buscando éste desde que llegué —dijo él. Lo agitó ante a ella mientras se sentaba en el borde de un escritorio—. Historias tempranas que relatan algunos de los eventos inmediatamente posteriores al aterrizaje.

—¿En serio? —Ella no sabía de qué estaba hablando, pero era bueno verlo entusiasmado por algo, algo que no fuera esta reina Galas, de todos modos.

Armígero hojeó las páginas rápidamente: —Mmm. ah. Hay distorsiones importantes, como cabría esperar de un paso de tiempo tan largo.

—¿Cuánto de largo?

—Mil años. No muy largo. Es recuerdo vivo para mí, la mayor parte. Y en la Tierra hay registros diarios completos de prácticamente todo lo que sucedió allí desde antes de ese momento... pero la Tierra nunca cayó como lo hizo Ventus. Milagroso —Cerró el libro, éste hizo un ruido sordo satisfactorio y una ráfaga de polvo se elevó ante su rostro.

—Supongo que te alegras de que hayamos venido —dijo ella—. A pesar del ejército afuera.

Él agitó la mano, restando importancia al polvo o la fuerza de asedio: —Sí. Lo más probable es que aquí descubra lo que quiero saber. En caso de que quemen esta biblioteca, voy a leerla.

—¿Leerla? ¿Toda? ¿Esta noche? —Ella no ocultó su incredulidad.

—Bueno... tal vez no todos. La mayoría, al menos —Sonrió, algo

cada vez más común últimamente.

—Pero ¿por qué? Esta reina es importante para ti por lo que puede decirte. Veo eso ahora. Pero ¿por qué es tan especial? Quieres hablar con ella. Su pueblo quiere matarla. ¿Qué ha hecho?

Armígero inspeccionó otro estante: —Está claro que no recibirías muchas noticias viviendo sola en el campo como lo hacías. Sin embargo, ¿por dónde empezar? Galas siempre ha sido diferente, al parecer.

—Fue instalada en el trono a una edad temprana por los Vientos. Nadie sabe por qué. Lo que fuese que querían, aparentemente ella no se lo proporcionó, porque no han movido un dedo para evitar que el Parlamento marche sobre ella. Pero ella ha hecho cosas extraordinarias.

Él se allegó a ella y se sentó en el brazo de un sofá: —Galas es el tipo de monarca-filósofo que surge una vez en un milenio —dijo—. Ella puede clasificarse con los gobernantes de la Tierra, como Mao en términos del alcance de sus logros. Las personas como ella no se contentan solamente con gobernar una nación, quieren reinventar tanto a la nación como a las personas que viven en ella.

Megan estaba desconcertada, pero ahora interesada: —¿A qué te refieres con reinventar?

—Nuevas creencias. Nuevas religiones. Nueva economía, nueva ciencia. Y no sólo como un proceso de reforma o construcción nacional. Más bien como un todo artístico único. Durante su reinado, Galas ha visto a su nación como un medio artístico a moldear.

Ella se movió incómodamente: —Eso es horrible.

Armígero pareció sorprendido: —¿Por qué? Su impulso ha sido mejorar las cosas. Y casi nunca ha usado la fuerza, ciertamente no contra la gente común. Sus acciones recuerdan a las de los gobernantes de Amarna del antiguo Egipto… lo siento, no dejo de referirme a cosas que no puedes saber.

—El caso es que, lo que ella hizo fue darle a su gente una visión del mundo completamente nueva y global. Nada se ha dejado sin cambios: el arte, el comercio, incluso ha intentado reformar el lenguaje mismo.

Megan rió: —Eso es una bobada.

Armígero se encogió de hombros: —Ella ha fallado en muchas cosas. En cuanto al lenguaje, trató de prohibir el uso de posesivos al hablar de estados emocionales, motivos y personas. Para que no pudieras decir: "él es mi esposo", por ejemplo.

Ella frunció el ceño: — Eso es malvado.

—Pero tampoco podías decir que algo es culpa de él, o culpa de ella. Ella quería eliminar las asignaciones de culpa del habla y la escritura, y reenfocar la expresión en contextos de comportamiento. Eliminar los delitos sin víctimas, los delitos de ostracismo, por ejemplo, el "delito" de ser homosexual. También quería llevar el énfasis de la Justicia de la culpa y del castigo hacia la gestión del comportamiento. Demasiado ambicioso para una sola generación. Así que, no funcionó. Pero nadie en Ventus ha pensado antes en estas cosas. Galas es completamente original en su forma de pensar.

—Entonces, ¿por qué están ahí afuera? —Megan señaló las ventanas.

—Oh, las razones de siempre. Ella empezaba a amenazar la estabilidad de las clases dominantes, al menos ante sus propios ojos. Ningún gobernante que hace eso permanece en pie por mucho tiempo. Ella había construido ciudades experimentales recientemente, en el desierto. Cada una operaba sobre alguno de los nuevos principios que ella propugnaba. Naturalmente, la mayoría de ellos iban en contra de las costumbres ortodoxas. ¡Por supuesto que los barones de la sal se van a rebelar si muestras interés en eliminar el dinero del comercio!

—Me haces sonar como una tonta.

Galas estaba de pie en la puerta, con un chaqué azul y el pelo recogido con horquillas doradas. Megan se apresuró a ponerse de

pie e hizo una reverencia. Armígero se inclinó lánguidamente, sacudiendo la cabeza.

—Es solamente la voz de la experiencia, Majestad. Los humanos se vuelven violentos cuando sienten amenazados sus intereses.

Galas frunció el ceño: — ¡Nunca estuvieron amenazados! El Parlamento es una fábrica de rumores atendida por tarugos alimentados en comederos de abuso de la lengua natal cada vez que abren la boca. Todos parlotean a la vez y se confunden enormemente, y cuando esta confusión se plasma en el papel se refieren a ella como "política".

—No voy a discutir eso, nunca he estado presente —dijo Armígero.

La reina entró en la habitación. La seguían dos miembros de la guardia real, que tomaron posiciones a ambos lados de la puerta. —Tenía que intentarlo —dijo Galas con amargura—. ¡Durante siglos nadie ha probado nada nuevo! Entonces, ¿qué sería una vida más al servicio de la tradición? ¿Adónde nos llevaría, excepto donde empezamos cuando la rueda de esta vida haya vuelto a girar? Alguien tenía que hacer las preguntas que los hombres han temido hacer todo ese tiempo. Siempre ha sido obvio para mí que ninguna otra persona iba a hacerlo, ni ahora ni en el futuro. Tuve que hacerlo yo todo, incluso las cosas que llamas tonterías. Si no, ¿cómo podríamos saberlo todo? ¿Algo en absoluto?

Armígero no dijo nada, pero asintió con la cabeza.

—A veces la responsabilidad de uno va más allá de la propia generación —dijo Galas. Se sentó en la silla junto a la de Megan y le sonrió cálidamente—. Confío en que haya dormido bien, madam.

—Sí, gracias, Su Alteza.

—¿Y usted, Lord Maut? ¿Duerme alguna vez? —Su voz tenía una nota burlona.

Él inclinó la cabeza: —Cuando me conviene —Luego frunció el ceño —. Espero que no nos vea como un par de bufones que ha venido aquí para distraerla de lo que la espera fuera de sus puertas. Mi

propósito es bastante serio, tan serio como su propia situación.

Los ojos de Galas brillaron, pero ella solo dijo: —Aún me resta ser convencida. Eso es todo.

—Está bien —Armígero se movió de su posición en el brazo del sofá para sentarse correctamente—. Entonces, ¿quién soy y qué quiero de usted? Eso es lo que le gustaría saber.

Galas asintió. Megan vio que la nota polilla que Armígero le había escrito estaba pegada, doblada, en el cinturón del vestido de Galas. Tal vez la había estado releyendo durante el desayuno. ¿Para tranquilizarse?

Megan no podía ni imaginar siquiera lo que debía de ser para ella, con esos hombres acampados afuera, esperando permiso para brutalizar y destruirlo todo. Sirvientes asesinados, posesiones atesoradas robadas... pero Galas era fría exteriormente.

Debe de estar llorando por dentro. Es cruel por parte de Armígero darle alguna esperanza ahora.

—Pregúnteme cualquier cosa —dijo Armígero—. Pídame algo para poner a prueba mis conocimientos, si lo desea.

—¿Todos mis errores fueron obvios? —espetó la reina—. ¿Acaso aquello por lo que he luchado toda mi vida es trivialmente simple en cualquier otro lugar? ¿Soy una primitiva, al lado de las personas que viven en otras estrellas?

—Es posible que así lo crean —dijo Armígero—. Yo no.

—Si eres lo que dices ser, entonces todo el dolor que he sufrido, e inflingido, no tiene sentido —Galas no los miraba directamente, sino solo a media distancia—. He estado muy ocupada desde que llegaste haciendo los preparativos finales... el asalto llegará pronto. Pero no ha habido un instante en el que no me preguntara por qué me estaba molestando si todo lo que he intentado descubrir se había aprendido ya hace milenios... Siento que los dioses se ríen de mí. Me siento como una hormiga, hinchada de orgullo por haber trazado laboriosamente los límites de un jardín. No creo que puedas

decirme nada para cambiar esa impresión.

Armígero sonrió: — Entonces, el tonto debo de ser yo, para perder mi tiempo hablando con una hormiga.

—¡No tomes esto a la ligera! —Galas se levantó y caminó hasta quedar sobre él. Megan estaba sorprendida de cómo Galas parecía sobresalir por encima de Armígero, aunque la diferencia en sus alturas era tal que incluso con él sentado, casi nivelaban sus miradas.

Armígero no se inmutó: —No lo tomaba. Es usted quien se está menospreciando a sí misma.

Galas dio media vuelta y caminó hacia las ventanas: — ¡Pues dime que estoy equivocada! Háblame de los cielos, ¿quién vive allí, cómo son? ¿Has caminado en otros planetas? ¿Has hablado con su gente? ¿Son omniscientes, sabios, o son tontos como nosotros?

La sonrisa de Armígero se hizo más amplia: — Son omniscientes, pero no más sabios que los demás. De hecho, como lo saben todo, creen que poseen la sabiduría de las edades. Por tanto, tendría que decir que son más tontos que vosotros.

—Pero yo tampoco quiero oír eso —dijo la reina—. Porque eso significa que no hay progreso. Si educo a mi gente y siguen siendo tontos, ¿para qué me he molestado?

Armígero se cruzó de brazos, se encogió de hombros ante Megan, pero no dijo nada.

—Está bien —dijo Galas. Se dio la vuelta y se apoyó en el alféizar de la ventana—. Háblame sobre los cielos, por favor. yo sí quiero saber

§ § §

A muchas leguas de distancia, Jordan Mason dejó de tallar y cerró los ojos. Había estado disfrutando de la pálida luz del sol otoñal y escuchando a Armígero y Megan a medias. Estaba sentado en un tronco junto a los restos del fuego de la noche anterior, apartado de

la carreta, donde la chica llamada Tamsin se escondía de nuevo.

Jordan había contado ayer una versión cuidadosamente editada de la historia de la catástrofe de Boros. Tanto Suneil como su sobrina habían escuchado con atención. Él había excluido toda mención de Axel y de Calandria, y nada dijo sobre el duelo de August o del ataque de los hombres de Turcaret. Aparentemente, se había corrido la voz de que Yuri y Turcaret habían sido asesinados. Jordan sólo se encogió de hombros y dijo no haber visto eso. Su historia era que había entrado en pánico y huido. Como había estado de visita en la casa por su cuenta, había seguido caminando al llegar el amanecer. Suneil pareció aceptar esto. Después de todo, no era del todo inverosímil que quisiera alejarse lo más posible del lugar.

Suneil se había levantado temprano esa mañana, pero había dicho poco. Jordan caminó por los límites del pequeño campamento, pateando la tierra y preguntándose si su presencia aquí ponía en peligro a estos dos.

Cuando escuchó a Galas preguntarle a Armígero sobre los cielos, se olvidó por completo de sus problemas. Megan nunca había preguntado sobre eso, y Jordan tenía una intensa curiosidad. Cuando cerraba los ojos podía ver lo que veía Armígero y, si se quedaba quieto, las voces se hacían cada vez más claras hasta que parecía estar allí con ellos.

Las palabras parecían salir de su propia boca. Cada vez que eso sucedía, Jordan sentía casi como si fueran sus propios pensamientos lo que estaba diciendo, e invariablemente los recordaba con perfecta claridad más tarde. Justo ahora estaba diciendo: —Las estrellas en el cielo nocturno tienen su séquito de planetas. Millones están habitados, pero si los miras esta noche, debes saber que sólo uno de cada mil que ves tiene gente viviendo en él. Muchos millones han sido visitados y explorados, pero por cada uno de ellos, otro millón sigue siendo un misterio.

—Humanos como tú se mudaron a la galaxia hace mil años. Su antiguo mundo natal ahora es un parque donde pocos pueden ir excepto con un permiso especial. Todos los demás mundos del sistema natal fueron colonizados hace siglos y ahora están

desbordados. Incluso han desmantelado los planetas menores y las lunas más pequeñas y han construido nuevos hábitats con ellos. La población de ese sistema estelar ahora supera los setenta billones.

—Muchas otras estrellas tienen civilizaciones igualmente grandes. Agregue a eso las docenas de especies alienígenas, humanos genéticamente alterados, ciborgs, semidioses y dioses, y la paz que ve en el cielo parece cada vez más una ilusión.

—¿Qué son estas cosas? —preguntó la reina—. ¿Ciborgs? ¿Semidioses?

—Mecas —dijo Armígero secamente: — Pero diseñados por personas en su mayor parte. Algunas personas se han transformado en seres mecánicos para poder vivir en entornos hostiles, como el espacio abierto o las profundidades aplastantes de las atmósferas de los planetas gigantes. El límite entre humanos y no humanos comenzó a desdibujarse hace siglos, y ahora ha desaparecido por completo.

—¿Y tú? ¿Qué eres tú?

Jordan sintió que las manos de Armígero formaban puños en su regazo: — Semidiós. Antaño humano, creo, pero ya no lo recuerdo. Soy anciano, Su Alteza, pero mortal. Incluso los dioses son mortales. Y moriré a menos que pueda encontrar un secreto conocido solo por los Vientos de Ventus.

Armígero mentía, según le había dicho Calandria a Jordan cuando viajaban juntos. Ella le había dicho que el semidiós había venido a Ventus para subvertir los Vientos y tomar el control del mundo entero. Sin embargo, sabía que Armígero se estaba debilitando y Jordan no sabía si podía confiar en Calandria May.

—¿Cuál es este secreto?

—Es el secreto de por qué los Vientos ignoran o abusan de la humanidad —dijo Armígero.

Galas rió: — Incontables generaciones se han preguntado eso. Yo también. ¿Crees que yo tengo el secreto?

—Creo que puedes saber más de lo que crees.

—Viniste a verme por las leyendas —acusó ella—. Dicen que los Vientos me colocaron en el trono, así que se supone que conozco sus secretos. Para ser un dios, eres bastante ingenuo, Maut.

Él agitó una mano con desdén: — Las leyendas me llamaron la atención, pero incluso si están equivocadas, tomé la decisión correcta al acudir a usted. De eso estoy seguro.

—Ahora hablas como un cortesano.

—Mis disculpas.

Galas volvió a su asiento. Jordan la admiró a través de los ojos de Armígero. No era tan vieja como aparentaba en la sala del trono, tal vez cerca de los treinta. Esta guerra la estaba envejeciendo prematuramente, pensó. Quería tocarla, pero no había aprendido el truco de hacer que las extremidades de Armígero se movieran a instancias suyas.

—¿Por qué no preguntarle a los Vientos de otro mundo? —preguntó la reina.

—No hay otros Vientos. No hay otro lugar como Ventus.

Jordan vio los ojos de Galas agrandarse. Recordó con simpatía cómo había reaccionado cuando Calandria le había dicho lo mismo: — Pero —empezó Galas—, acabas de hablar de millones de mundos, de billones de personas.

—Hay un millón de principios organizadores en el espacio humano. Ninguno se parece a Ventus. Su mundo es único, y los registros del diseño de los Vientos se perdieron en una guerra hace siglos. La mayor parte de la humanidad vive en algo conocido como el Archipiélago, una región inmensa cuyos límites son tan vagos que gran parte de su ciudadanía ni siquiera sabe de su existencia.

—Ahora estás diciendo locuras —sonrió la reina—. Tampoco es que nada de lo que hayas dicho hasta ahora sobreviva al debate en la Cámara.

—Archipiélago es la única respuesta para gobernar una población de trillones, que poseen un millón de culturas, costumbres e historias diferentes —se encogió de hombros—. Es simple: existe una inteligencia artificial, un cerebro mecánico, por así decirlo, que media las cosas. Conoce personalmente a todos y cada uno de los ciudadanos y organiza sus encuentros con los demás, comunicaciones, etc. para evitar conflictos irreconciliables. Más allá de eso, permanece fuera de la vista porque no tiene valores ni deseos propios. Es como si cada persona tuviera su propio espíritu guardián y estos espíritus nunca pelearan entre sí, sino que actuaran en concierto para mejorar la vida de las personas.

—Una tiranía de la condescendencia —dijo Galas.

—Sí. Antes te importaba que todo se supiera. Bueno, pues sí y no. El gobierno del Archipiélago tiene la suma del conocimiento humano y puede hablarlo directamente a la mente de las personas. Pero es sólo la suma del conocimiento humano. Es solo una perspectiva. Aquí en Ventus ha llegado a existir algo bastante diferente. Una nueva sabiduría, se podría decir. La suma del conocimiento de todo un mundo consciente, inmaculado por la perspectiva humana. Ventus, ya ves, es infinitamente precioso.

—Entonces, ¿por qué no están ellos aquí? ¿Un billón de turistas del cielo?

—Los Vientos no permiten visitas. Aunque hay ciertos investigadores, supongo, que intentan en vano descifrar el código de los Cisnes Diadema. Se esconden de los Vientos, por supuesto.

—Pero tú te colaste.

—Sí. Los Vientos saben algo que debo aprender si quiero sobrevivir. Yo no puedo hablar con ellos. Así que debo pedirle, como la única persona en Ventus que los conoce bien, que me ayude.

—¿Y por qué debería ayudarte?

Armígero se puso de pie y caminó hacia una de los ventanales: —Fuera de tus puertas hay un ejército. Ese ejército no necesitaba venir aquí. Nunca debiste haber emprendido el camino que te

condujo hasta aquí. Y sabías que las cosas terminarían de esta manera, ¿no? Fue inevitable desde el momento en que comenzaste a intentar cambiar las creencias fundamentales de tu pueblo.

Debajo de ese ventanal él podía ver un patio lleno de gente agitada. Más allá de éste, las murallas, y más allá el confuso e increíble poder del ejército invasor.

—Al final tuvieron que matarte —dijo él.

—Sí —dijo la reina en voz baja—. Pero tenía que intentar… poner fin a esta larga noche que se ha tragado al mundo entero.

Él se giró y Jordan sintió que los ojos de Armígero se entornaban y su boca se endurecía. —Entonces, ayúdame. Si sobrevivo, es posible que yo pueda hacer lo que tú no pudiste.

§ § §

—Dije hola.

Jordán levantó la vista. Tamsin, la sobrina de Suneil estaba de pie frente a él con los brazos cruzados y la cabeza inclinada hacia un lado.

Él estaba molesto por la interrupción, y casi le dijo que se fuera, pero después de todo, él era un invitado de esta gente: —Estaba meditando.

—Ajá. Parecía más como dormir con la boca abierta.

Jordan abrió la boca, la volvió a cerrar y luego dijo: —¿Querías algo?

—El tío quiere cargar en la carreta una buena provisión de leña antes de que lleguemos a la frontera. ¿No es para eso que estás aquí, para hacer esas cosas por nosotros?

Jordan se levantó y se estiró: — De hecho, lo es—. No vio la necesidad de decirle nada más a esta arpía.

—Pues bien —dijo ella mientras lo seguía por la hierba—. No

queremos gorrones en este viaje.

Jordan notó que Suneil estaba observando este intercambio desde la vecindad del vagón: —Trabajaré mi torreón —dijo Jordan, mientras aumentaba su paso para dejarla atrás.

—¡Ve que lo haces! —gritó ella. Luego, aparentemente satisfecha, regresó cojeando a la carreta y comenzó a discutir con su tío sobre algo.

Tan pronto como estuvo fuera de la vista del campamento, Jordan se sentó y trató de restablecer su vínculo con Armígero. Esta vez necesitó toda su concentración para captar las voces. Tamsin parecía una mala influencia para su concentración. Cuando las voces regresaron, descubrió que Armígero y la reina ahora estaban discutiendo logística militar. Los términos no significaban nada para Jordan, así que se levantó con un suspiro y fue a recoger la leña.

Cuando Jordan volvió tambaleante con su primera carga de palos, Suneil estaba sentado en el escalón trasero de la carreta, pero Tamsin no estaba a la vista: —Pido disculpas por mi sobrina —dijo Suneil—. Ella perdió a sus padres y a su hermana recientemente. El trauma saca todas sus emociones a la superficie.

—¿La guerra?

Suneil asintió: — La guerra. Huimos de Iapysia hace tres meses para escapar de ella. Ahora estamos en camino de regreso. Dicen que la reina está derrotada... tal vez las cosas se hayan calmado.

—No lo sé —dijo Jordan—. Sé que no puedes huir para siempre — Él añoraba su hogar. Una vez que hubiera logrado que Armígero levantara esta maldición que caía sobre él, regresaría a la mansión de Castor.

—Bien dicho —dijo Suneil—. Fuiste paciente con ella hace un momento. Me alegro. Ella golpea, pero si le devuelves el golpe, se hará añicos como el cristal. Sólo recuerda eso. Sé que es una imposición, pero...

Jordan agitó una mano: — No, esta bien. Estas cosas pasan.

Tenemos que ayudarnos unos a otros.

Suneil sonrió: — Gracias. Y gracias por la madera. Aunque vamos a necesitar mucha más cuando lleguemos a la frontera.

—¿Por qué?

Suneil lo miró, levantó una ceja: — Bueno, dijiste que eres de Iapysia, entonces sabes que no hay árboles en el desierto, ¿no?

—Ah... sí, claro.

Suneil le dedicó una extraña sonrisita antes de alejarse.

18

Dos días de viaje los llevaron a las profundidades de las yermas colinas que marcaban la frontera de Iapysia. Ahora Jordan estaba seguro de que los Vientos no sabían dónde estaba. La tela seguía protegiéndolo y, por lo tanto, a las personas con las que viajaba. Eso estaba bien, pero no iba servirle el resto de su vida. Tendría que encontrar pronto a Armígero o Calandria lo haría y, en cualquier caso, esto terminaría.

Iba al frente con Suneil cuando el carro llegó a la cima de una colina particularmente extensa y Suneil detuvo a los caballos. De pie para otear la vista, Suneil suspiró y dijo: —Hogar.

Jordan también se puso de pie. El sol se había abierto paso a través de una brecha en las nubes otoñales, iluminando el valle de abajo dentro de un vasto rectángulo dorado. Dentro de este marco, la tierra descendía en una serie de escalones verdes hacia un paisaje de hierba y bosque que acunaba un largo y sinuoso lago. El camino serpenteaba hasta el suelo del valle y desaparecía más allá del marco iluminado por el sol en el otro extremo del lago, donde el valle parecía desembocar en una llanura.

Jordan veía algunos cuadrados y líneas de color gris azulado cerca del lago: — ¿Eso son ruinas?

Suneil asintió: —Ese valle se encuentra en Iapysia. El desierto comienza más allá.

—Es hermoso. ¿Nadie vive aquí? —No veía ninguna señal de asentamiento, aunque fácilmente podía imaginar docenas de granjas cerca del lago.

—Sí, los Vientos. Está bien para visitar, pero nadie se queda.

Volvieron a sentarse y Suneil sacudió las riendas. Durante los dos últimos días habían hablado mucho sobre el campo local, y Suneil había interrogado a Jordan extensamente sobre la guerra entre Ravenon y los Senescales. Jordan había inventado una larga historia sobre la destrucción del ejército de Armígero y la muerte del

general, fingiendo que la había oído de otros viajeros.

Su propio espionaje había arrojado pocos resultados, ya que la reina no se había reunido con Armígero desde su primer encuentro. Estaba ocupada con los preparativos para el asedio y parecía que Armígero se contentaba con esperar.

Jordan había admitido reluctantemente a Suneil no ser de Iapysia. Su acento de Memnonian no coincidía con su historia. Suneil no había hecho más preguntas, pero tampoco había ofrecido nada sobre su propio pasado. Jordan dejó que la curiosidad lo guiara ahora, ya que parecía un momento natural para preguntar: —Háblame de la guerra y de la reina. Lo único que he oído es que está loca y que las grandes casas se rebelaron.

Suneil asintió: —Supongo que tus compatriotas piensan que es un escándalo que estemos deponiendo a nuestra reina —Frunció el ceño al camino que rodaba ante ellos—. Nosotros también. Incluso los soldados del ejército del Parlamento. Pero las cosas se salieron... fuera de control.

Jordan esperó más. Después de un rato, Suneil dijo: —Iapysia es un país muy antiguo, pero fue uno de los últimos lugares asentados. Al comienzo del mundo, dicen que los Vientos crearon Ventus, y aún no han terminado de hacerlo. Pero ellos no hicieron al Hombre. Algunos dicen que nos hicimos a nosotros mismos, otros que venimos de las estrellas y otros dicen que los Vientos renegados nos crearon como un acto de desafío. Eso es lo que yo creo. ¿De qué otro modo se puede explicar lo que ha hecho la Reina Galas?

—Las primeras personas se extendieron por todo el mundo a partir de una tribu original. Tenían grandes poderes y querían Ventus como propio. Lucharon contra los Vientos, porque los Vientos seguían esculpiendo Ventus y no permitían que la gente construyera ciudades ni cultivara la tierra. Los hombres los desafiaron, pero los Vientos los derrotaron hasta que al final solo quedaron comunidades dispersas que aprendieron a llevarse bien con los Vientos obedeciendo sus leyes. Aprendimos a apartarnos del camino de los Vientos y a apaciguarlos cuando íbamos demasiado lejos. Tu general Armígero fue demasiado lejos: se fijaron en él y lo aplastaron como a un insecto. Hay una lección en ello.

—En los primeros días después de nuestra derrota, algunas personas vagaron hasta el borde del desierto. Allí encontraron a los desalinizadores trabajando duro, inundando las arenas para filtrar la sal del agua del océano que entraba por las Puertas de los Titanes, que son las presas construidas por los Vientos en la costa. Los desales bombeaban el agua profunda y fresca de la tierra. Ahora sabemos que el agua resurge a través de manantiales en todo el continente. En aquel entonces, era solo otra actividad milagrosa e incomprensible de los gobernantes del mundo. Nuestra gente se asentó en la frontera y observaba las inundaciones con asombro.

—Iasin el primero, antepasado de todos los reyes de Iapysia, fue el hombre que notó de que los desaladores eran completamente indiferentes a las plantas y animales que pugnaban por sobrevivir dentro de las llanuras aluviales. El agua del océano traía nutrientes del mar, las arenas del desierto colaban la sal y el agua dulce brotaba y salía por mil canales hacia ríos que desembocan en vuestras tierras o que se acumulaban en lagos sin fondo. Mil tipos de vida prosperaron durante la inundación y, cuando las Puertas de los Titanes se cerraron para sacar fuerzas para otro gran proyecto, se marchitaron y murieron. Iasin condujo a su gente al corazón de las tierras inundadas y comenzaron a cultivar enormes cosechas allí, en abierto desafío a los Vientos.

—Nuestro pueblo siempre ha creído que tenemos un pacto de silencio con los desales. Todas nuestras leyes fueron hechas para preservar el pacto. Por lo que podemos ver, los desaladores siempre usarán el desierto para purificar agua para el continente. Lo que fue en el principio, será siempre. Así debe ser con nuestras leyes, nuestros reyes y nuestras tradiciones.

—Las leyes son duras. Lo dictan todo, desde nuestras profesiones hasta el tamaño de la familia. Nuestras ciudades han crecido tanto como lo toleran los desales, y no pueden crecer más. No podemos desviar los ríos de los Vientos para satisfacer nuestras necesidades. La nobleza remonta su linaje a la época de Iasin, al igual que la gente en los gremios y oficios. Toda la vida es fija. Si bien sus naciones han estado en un alboroto constante de cambio y crecimiento durante todos estos siglos, sabemos que tarde o temprano llegarán al mismo punto. La humanidad no puede

gobernar Ventus. Simplemente se nos tolera. En mi país, la gente cree que la vida siempre será como lo es ahora, durante toda la eternidad.

—Debo decir que eso es lo creíamos. Luego vino la Reina Galas para trastornar mil años de tradición.

—¿Qué hizo la reina? —preguntó Jordan. La franja de luz solar que había cubierto el valle había desaparecido, dejando el paisaje azulado debido a las nubes bajas. Se avecinaba más lluvia.

Suneil señaló a lo largo del camino que conducía más allá del extenso lago: —Nuestras vidas están ligadas a las inundaciones. Prosperamos en la medida en que podamos predecirlas. Siempre nos hemos basado en la observación y en nuestros registros para hacerlo. Galas no necesitaba tales medios indirectos. Ella negociaba con los desaladores y el desierto se inundaba cuando, donde y cuanto ella decía. Ningún soberano ha tenido nunca tal poder sobre la naturaleza. Prosperamos como nunca lo hemos hecho.

—Pero eso no era suficiente para ella. Galas desprecia a los Vientos. Ella ve a la humanidad como los legítimos gobernantes del mundo y a los Vientos como usurpadores. La gente encuentra impactantes esos puntos de vista, pero ¿quién podría discutir su éxito? Ella se ganó muchos seguidores y comenzó a borrar mil años de leyes y tradiciones, reemplazándolas con sus propios, osados e inquietantes edictos. Ella quería rehacer el mundo a su propia imagen.

—Se pasó de la raya. Hace unos cinco años, los desaladores se volvieron en su contra. Las predicciones de la reina para las inundaciones de ese año fueron trágicamente incorrectas. Miles murieron en las aguas o en la hambruna que vino después. A pesar de lo que fuera que ella había hecho para alienar a los Vientos, tal reprimenda simplemente endureció el corazón de la reina. Y siguió adelante con sus reformas, aunque para nuestra propia supervivencia ahora teníamos que recurrir a nuestras antiguas formas de predecir las inundaciones.

—Tú la apoyabas —aventuró Jordan.

—Al principio sí. No voy a fingir que no me beneficié de ello. Pero

para cuando los Vientos se volvieron contra ella, yo ya había cambiado de idea. No soy tonto, sabía ver lo que venía, pero no había nada que pudiera hacer para detenerlo. El Parlamento presentó un documento exigiendo a Galas que cesara toda su intromisión y rescindiera los edictos que habían interrumpido siglos de tradición. Ella lo rechazó. La guerra... Creo que nadie creía de verdad que iba a pasar, o que estaba pasando, hasta que iba de visita al propio pueblo o a casa de sus familiares. Yo creí. Corrí para luchar y... bueno, ella perdió. Probablemente ya esté muerta. Ojalá lo supiera, eso es todo.

Jordan podía habérselo dicho, pero una nueva cautela, quizás aprendida de su experiencia con los Boros, le hizo guardar silencio.

§ § §

Acamparon cerca de los grabados contornos de edificios y calles desaparecidos. Jordan examinaba el lugar con la mirada perdida mientras encendía el fuego y atendía a los caballos. Tamsin estaba sentado en el escalón trasero del carromato, mirando trabajar a los hombres.

Jordan sabía que en su país, una pequeña aldea podría contener un puñado de edificios hechos de piedra y docenas de casas de madera. Las estructuras de madera no dejaban una huella permanente en la tierra después de ser derribadas o quemadas. Los edificios de piedra dejaban una especie de cicatriz, y eran éstas las que formaban una elevación cerca del final del lago. Si había diez casas de madera por cada piedra, y cada casa albergaba a ocho personas, entonces medio millar de personas habían vivido aquí alguna vez.

Suneil lo confirmó: —Una vez fue una ciudad fronteriza. Comerciaban con Memnonis. Pero los Vientos la arrasaron hasta los cimientos hace cuatrocientos años.

—¿Por qué?

—Porque los Vientos usan este lugar —Suneil hizo un gesto hacia el lago—. Es un punto de transferencia o algo así. A decir verdad, no lo sé. El caso es que no dejan que la gente construya aquí.

La idea hizo que Jordan se sintiera incómodo. Como las nubes, y la amenaza de lluvia de éstas, se habían desvanecido, después de cenar bajó andando hasta la orilla del lago. Usando su nuevo talento, escuchó la presencia de los Vientos.

El agua estaba perfectamente clara, el fondo estaba cubierto de una fina arena amarilla con vetas rojas. Recordó que alguien le dijo una vez que el agua clara no era saludable para ningún lago o río fuera de las montañas. Las aguas oscuras contenían vida, esa era la regla. Jordan metió la mano en el lago, maravillado. Era el segundo lago que había visto de cerca. El agua reía en silencio a lo largo de la orilla y la vista plana brillaba hipnóticamente a la luz del día. Era sorprendentemente pacífico.

Podía escuchar la canción del lago. Era profundo y poderoso, contradiciendo la tranquilidad de la superficie. Allí crecía hierba fina, pero el suelo bajo sus pies era poco profundo y pronto se convertía en arena. Debajo de eso... ¿roca? No podía distinguirlo del todo, aunque sentía como si hubiera algo más allá debajo, una presencia única en las profundidades de la tierra.

No había indicios de que algo sobrenatural habitara aquí.

Se sentó, con la mente vacía por primera vez en días, y observó el agua durante un rato. Gradualmente, sin intentarlo realmente, comenzó a oír las voces de las olas.

Trinaban como pajaritos cuando se acercaban a la orilla. Cada una tenía su propio nombre, pero por lo demás eran imposibles de diferenciar. Avanzaban tarareando hacia Jordan, luego se quedaban en silenciosa fanfarria cuando lamían la arena. Era como música sólida que convergía en él, ahí donde estaba sentado. Nunca había oído algo tan hermoso ni delicadamente frágil.

Ni siquiera se percató del frío ni de la luz que se apagaba mientras estaba paralizado. Aunque su mente no podía permanecer enfocada para siempre y, después de un tiempo, inventó un pequeño juego que consistía en intentar seguir las ondas individuales tanto con los ojos como con su sentido interno.

Trató de seguir los remolinos de una ola en particular cuando ésta

rompía alrededor de una roca cercana, y al hacerlo descubrió algo nuevo. Parecía un detalle muy inocente al principio: cuando la ola se dividía, también lo hacía su voz. De una devenía en muchas, luego cada individualidad más pequeña se desvanecía en la turbulencia. Mientras lo hacían, gritaban, no parecían asustadas, sino tonos casi de… deleite. Urgente deleite, como si en el último segundo hubieran descubierto algo importante que necesitaban contarle al mundo.

Si él cerraba los ojos, ahora podía ver las olas y el lago finamente perfilados como en un grabado, gris sobre negro. Muchas palabras y números se cernían sobre el paisaje fantasma, unidos por líneas o por lo que parecían flechas hacia las características vagamente esbozadas de la costa o la superficie del lago. Si se enfocaba en una de ellas, instantáneamente se expandía y se rodeaba de un torbellino de números: gráficos, cifras matemáticas, formas geométricas. Era hermoso y absurdo.

La parte más importante, decidió, era que esta visión fantasmal al parecer le permitía ver con los ojos cerrados. ¿Era así como Calandria May había visto el bosque cuando lo había atraído lejos del camino, tantas noches atrás?

Observó las ondas, oyó la cadena de identidades anidadas: lago, oleaje, ola, cresta y ondulación. Cada una cantaba su identidad sólo mientras existía. En el agua la conciencia surgía y se desvanecía, se fusionaba y se dividía tan libremente como el medio mismo.

Jordan había sido educado para pensar que él mismo y otras personas tenían alma. Las almas eran indivisibles. Lo que escuchaba que sucedía en el lago eran voces que no podían vincularse a las almas, porque las identidades mismas detrás de esas voces cambiaban libremente, se fusionaban y se anidaban unas dentro de otras. Ni siquiera se les podía aplicar la palabra seres, porque eso implicaba una estabilidad imposible para ellas.

—¿Qué eres? —susurró Jordan mirando fijamente el lago de voces.

Soy agua.

Durante la hora siguiente, Jordan hizo algunas preguntas tentativas

sobre el lago, la arena y las piedras. Pocas de las respuestas tenían algún sentido. La mayor parte del tiempo escuchaba en silencio, con la cabeza inclinada, voces que solo él podía oír. Si Tamsin o Suneil se acercaban sigilosamente para mirar y sacudían tristemente la cabeza, no le importaba, porque había cogido un gran secreto por la esquina y no iba a dejar que nada le impidiera agarrarlo por completo.

Cuando por fin regresó a paso lento al campamento, los demás estaban dormidos. Suneil se había ofrecido a dejarlo dormir en la carreta esa noche, pero Jordan estaba demasiado cansado para tal esfuerzo y no veía ningún sentido en molestarlos. Se echó cerca del fuego y se durmió al instante.

Soñó con delfines, de los cuales había oído hablar pero nunca había visto. En el sueño nadaban en la tierra misma, y saltaban y chapoteaban en ella como si ésta fuera un líquido. Él los perseguía a través de un paisaje accidentado y rocoso y, en ocasiones, casi los atrapa, pero ellos se reían mientras se alejaban danzando fuera de su alcance. Al final hizo un último esfuerzo y se zambulló tras uno que entraba en el suelo, y lo siguió hasta la oscura tierra líquida. Nadó entre las rocas y los tendones del mundo sólido con perfecta facilidad, sabiendo ahora adónde iban los delfines: a encontrar un secreto enterrado en lo profundo de la tierra.

Despertó. Yacía de espaldas junto a las frías brasas del fuego, y parecía como si algún sonido se cerniera sobre él. Alguien había hablado.

Jordan se dio la vuelta. Era temprano en la mañana y fantásticamente brumoso. Parecía que el campamento había sido puesto dentro de una perla. Directamente arriba estaba brillante, en los horizontes aún reinaba la oscuridad. No había ningún sonido en absoluto ahora. La niebla lo absorbía todo, lo que le hizo toser tentativo para comprobar que podía oír algo.

Mientras Jordan se sentaba a avivar el fuego, Tamsin salió de la carreta. Iba vestida con pantalones de lana, varias camisas blancas a capas y algo que le había dicho ayer que se llamaba poncho. Ella miró a su alrededor una vez, y una gran sonrisa apareció en su rostro. Era la primera vez que Jordan la había visto sonreír, y eso la

transformaba por completo. Se volvía a la vez fea y eléctricamente exuberante cuando sonreía.

—¡Es genial! —Señaló la niebla—. Nunca la había visto tan espesa. Voy a ver cómo está el lago.

—Vale.

Ella caminó resueltamente hacia lo gris sin dirección, deteniéndose cuando su cuerpo devino en una forma bidimensional ante el color.

—¿Señor Mason? —La voz de Tamsin sonó tímida, no había ecos, y ningún otro sonido.

—¿Sí?

—También puede venir si quiere —Jordan negó con la cabeza, pero la siguió. Tenía frío y dolor, pero sabía que la caminata lo calentaría más rápido que si se quedaba junto al fuego.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él a Tamsin.

—Bien —Ella se masajeó la espinilla—. Todavía me duele, pero es bueno que siga caminando—. El carro había desaparecido detrás de ellos, pero el fuego permanecía como un punto de referencia naranja difuso.

Mientras caminaban, él intentó pensar en algo más que decir. Por alguna razón, su mente se había quedado en blanco. Tamsin parecía tener el mismo problema. Ella caminaba con las manos a la espalda, la cabeza gacha, excepto a intervalos en los que fingía mirar a través de la niebla.

Las líneas bajas y grises de las ruinas se unieron frente a ellos. Tamsin estaba de pie sobre un bajo murete que antaño debió de haber soportado una gran casa. Ella levantó los brazos, haciendo caer el poncho malva en una amplia media luna que le cubría el torso.

—Tu tío no está acostumbrado a viajar —observó Jordan.

—Era comerciante de telas en casa —dijo ella. Tamsin bajó los

brazos y bajó un paso del muro—. Era muy rico, creo. Antes de la guerra. Cuando tuvo que salir de casa, se llevó algunas de sus mejores telas. Las hemos estado vendiendo para comprar comida y esas cosas. Pero nadie hace eso ahora.

—¿Vivías con él antes?

Ella negó con la cabeza. Él quiso preguntarle sobre su familia, pero no se le ocurrió ninguna forma de hacerlo.

—Él me salvó. Cuando… la guerra llegó a mi pueblo, los soldados estaban quemándolo todo. Fue un ataque sorpresa. Yo intentaba llegar a casa, pero los soldados estaban en el camino. El tío… apareció de la nada y me llevó. Me salvó la vida —se encogió de hombros—. Eso es todo.

—Oh —Ambos siguieron caminando.

—Gracias —dijo ella de repente.

—¿Por qué?

—Por venir con nosotros. Por ayudarme —dudó y luego agregó— y por aguantarme.

Jordan descubrió que él mismo estaba sonriendo. Ella se alejó unos pasos, con el rostro y la forma suavizados por la niebla, sin mirar a Jordan.

—Tu tío me dijo que pasaste por una tragedia hace muy poco —dijo él tan amablemente como pudo—. Es comprensible.

—Sin embargo, todo irá bien —dijo ella demasiado animada—. Cuando lleguemos a Rhiene, el tío me presentará a la sociedad de allí. Habrá bailes, cenas y todo lo demás. Así que, ya ves, ya estoy preparada para emprender una nueva vida. El tío me está ayudando a hacer eso.

—Eso es bueno —dijo él con cautela.

Ella respiró hondo: —Siento el pie mucho mejor.

—Bien. Pero no deberías forzarlo demasiado todavía.

Tomaron un camino suave por una larga pendiente hasta una playa de guijarros. El sonido de las olas estaba extrañamente silenciado aquí.

Un vasto dosel translúcido de luz se suspendía sobre el lago, y en el corazón del mismo. Jordan y Tamsin se detuvieron en la orilla, a observar. Imposiblemente alta en el aire había una media luna de oro y rosa, tan ancha como el lago bronceado en el sol de la mañana. La media luna perfilaba la parte superior de un profundo círculo gris nube que parecía haber sido perforado en la niebla que se cernía sobre el agua. Jordan vio un largo túnel de sombra casi horizontal que se extendía hasta el infinito detrás aquello.

La sensación de felicidad gratuita que Jordan había sentido hacía unos momentos se derrumbó. Él retrocedió, oyó su propia respiración rugiendo en sus oídos y era consciente de que Tamsin estaba diciendo algo, pero era incapaz de concentrarse en qué.

La luna errante estaba completamente inmóvil, con su quilla meros metros por encima de las crestas de las olas. No había forma de saber cuánto tiempo había estado aquí, aunque debió de haber llegado en algún momento después de que Jordan se durmiera.

Tamsin lo miró con la boca abierta: —Es una luna —dijo ella—. Una luna de verdad.

—Calla —dijo él—. No deberíamos estar aquí.

—Esto... ¿fue esto lo que destruyó el...?

—La familia Boros —Jordan asintió mirando hacia arriba y arriba, al kilómetro de casco curvo teselado sobre ellos. Aquello era tan ancho que su fondo parecía plano sobre las crestas de las olas. Sólo siguiendo el ojo a lo largo de la curva durante muchos metros se podía comenzar a ver la curva, y luego sus dimensiones casi desaparecían en la niebla antes de que el círculo comenzara a cerrarse. De no ser por el sol, que hacía incandescente su parte superior, casi podría haber pasado por alto su presencia, simplemente porque era demasiado grande para asimilarla sin

volver la cabeza ni pensar en lo que estaba viendo.

La pregunta importante era qué estaba pasando debajo de su quilla. Nada, aparentemente. Ahora no había boca abierta allí, no había pórtico de brazos que se extendieran hacia la orilla.

Cual fuese la razón por la que aquello estaba aquí, no debía de tener relación con Jordan. Después de todo, aquello podía haber sacado a Jordan del saco de dormir en cualquier momento durante la noche.

La niebla se estaba disipando, pero a Jordan no se le ocurrió que esto lo iba a dejar más visible para la luna. No tenía dudas de que la cosa podría ver a través de la noche, la niebla o el humo para encontrarlo, si así lo deseaba.

—Es hermosa —dijo ella después de un minuto en el cual la luna permaneció perfectamente inmóvil—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Parece que está esperando algo —A Jordan se le erizó el vello de la nuca. ¿Podía estar esperando refuerzos? No, eso era una tontería. Jordan no era una amenaza para este gigante. No sabía que él estaba aquí, se decía Jordan a sí mismo aun cuando luchaba por frenar el ritmo acelerado de su corazón.

—El tío me dijo que había oído que lo que atacó la casa Boros estaba buscando a alguien —dijo Tamsin.

—¿En serio? —Jordan sintió que se le calentaba la cara—. No había oído eso.

El sol naciente se inclinó hacia el interior de la luna errante, y toda la forma pareció incendiarse. Desde un difuso centro ámbar, los colores y las intrincadas sombras entrecruzadas se esparcieron hasta un perímetro de llamativos reflejos arcoíris que brillaban como joyas sobre la piel de la luna. Jordan notó que eso era hielo, hielo escarchado en el dosel superior más alto. Debía de hacer frío allá arriba.

Un leve crujido llegó a sus oídos. Al mismo tiempo, vio una pequeña cascada de blanco caer desde el lado iluminado por el sol

del casco de la luna. La nube que caía se convirtió rápidamente en un torrente de hielo y nieve que golpeó el agua con un sonido parecido a un distante aplauso.

—Tal vez deberíamos irnos —dijo Tamsin.

El asintió. Tenía miedo, pero deseaba no tener que tenerlo. La luna errante era casi dolorosamente hermosa, como lo eran los lobos y otras cosas salvajes. Cómo deseaba él hacer las paces con criaturas tan hermosas y peligrosas.

Podría hablarle, se dio cuenta. Una idea de locos, su ira descendería sobre él con seguridad si lo hiciera.

—Vámonos —Tamsin lo tomó de la mano.

—Espera —Él se zafó de ella, tropezando con las palabras que quería decir, para expresar lo que estaba sintiendo. Entonces pensó en lo que Calandria le había dicho sobre los Vientos, y su asombro se profundizó aún más.

—Nosotros hicimos eso —susurró él.

Ninguno dijo nada más mientras caminaban de regreso al campamento.

Llegaron y encontraron a Suneil enganchando frenéticamente los caballos. No hablaron, pero ambos cayeron a acampar junto a él. Fue agradable contar con la ayuda de Tamsin esta vez, ya que ella sabía adónde iba todo. Mientras trabajaban, cada uno se detenía de vez en cuando para mirar la gigantesca esfera que se alzaba sobre el lago. Ahora que la luz del sol la llenaba, comenzaba a ascender lentamente.

Los otros dos parecían cada vez más asustados, pero Jordan estaba tranquilo, más aún cuando la niebla se disipó por completo y los dejó expuestos a la mirada de los Vientos. No tenían ningún interés en él, a diferencia de Tamsin y del tío, estaba seguro de que al menos hoy él no era una amenaza. Luego, cuando hizo una pausa, fue para admirarla más que para preocuparse.

El camino conducía a lo largo del borde del lago, bajo la sombra de

la luna. Suneil quería ir por el otro lado, retrocediendo hasta que fuera seguro. Jordan hizo todo lo posible por calmar al anciano y al final lo convenció de que siguiera adelante. Aún así, no pudo evitar una sensación de inquietud cuando pasaron por debajo de la pared, ahora azul celeste, de la luna. Tal vez la luna no había actuado porque no había modo de que Jordan pudiera escapar. Quizá cuando se alejara demasiado, podría flotar tras él y capturarlo.

Estaban a unos dos kilómetros por la curva del lago, comenzando a relajarse, cuando un trueno rugió detrás de ellos. Se acabó, pensó Jordan, y se volvió para mirar.

Las puertas en la parte de abajo de la luna errante se habían abierto. Lo que debían ser miles de toneladas de grava rojiza y cantos rodados caían en el lago, levantando espumas blancas en un anillo que se ensanchaba. Mientras miraba, las olas llegaron a la orilla y borraron el distante rastro de pasos que él y Tamsin habían dejado en la arena. El agua lavó la ladera casi hasta las ruinas y retrocedió solo cuando la última de las piedras de grava hubo caído al agua.

Los relámpagos actuaban alrededor de la corona de la luna, que comenzó a elevarse y, en unos minutos, se convirtió en el cenit en un disco del tamaño de una moneda. Los caballos, nerviosos, siguieron trotando y nadie habló.

19

Armígero cerró la mano sobre el pecho de Megan. Ella sonrió ante el contacto y se recostó sobre satén.

Una vela ardía fuera de su cama con dosel. Su luz tornaba la piel de ella de un dorado profundo. Él acarició con los dedos la clavícula y besó el vientre suavemente. El estómago se onduló ante el tacto: —Mm —murmuró ella—. Cada vez te estás convirtiendo en mejor amante, ¿lo sabías?

Él sonrió, pero no dijo nada. Sintiéndose fuerte esta noche, había conjurado fresas frescas y le aplastado algunas sobre los senos a modo de salsa. Todavía podía saborearlas, un poco.

Él le había dicho que las fresas procedían del jardín privado de la reina. Megan se habría molestado al saber que él estaba desperdiciando sus preciosas energías en un capricho.

cuando é! se levantó para respirar, ella lo envolvió con las piernas y se apretó contra él. Ambos rieron, terminando el sonido con un profundo beso. Entonces la penetró, por tercera vez esta noche.

La brisa nocturna agitaba las cortinas, este era el único sonido aparte del de ellos. Una parte de él se asombrada por el silencio, pero nunca había estado sitiado. Tal vez el silencio era la respuesta inevitable a estar atrapado durante tanto tiempo. Era el silencio de la espera.

Ella observó mientras él llegaba, luego lo atrajo hacia ella: —He terminado —dijo ella—. ¡Me has acabado del todo!

Él todavía estaba jadeando: —Um —fue todo lo que él logró decir. Megan se rió.

Durante unas pocas horas, él podía intercambiar a Armígero el motor por Armígero el hombre. En momentos como este, él sabía atesorar esos momentos. También sabía que en un minuto o en una hora, la fría racionalidad se apoderaría de él, como el apego del rocío, devolviéndolo a su profundamente atesorado Yo y

expulsando la calidez que Megan le hacía sentir.

Espontáneamente, la abrazó con fuerza. Ella jadeó.

—¿Qué pasa?

—Nada —Durante unos momentos él no pudo decidirse a soltarse. Cuando lo hizo, se dejó caer hacia atrás y se quedó mirando el dosel bordado. Era una de las pocas piezas de ropa de cama del palacio que no había sido hecha trizas para las mil y una necesidades de una ocupación militar: vendajes, amarrar vigas rotas, amortajar a los muertos. La reina, pensó él distraídamente, era injusta. Ella nunca sería un general decente si no era consistente con sus sacrificios.

—¿Nada qué?

Él parpadeó. Lo que fuera que había estado sintiendo, ya se había ido: —No sé —susurró él.

—¿Qué es lo que no sabes? —Ella se apoyó en un codo, mirándolo a la tenue abundancia luminosa de las velas.

Armígero agitó una mano vagamente: —Quién soy —dijo por fin— en momentos como este.

—Tú mismo —dijo ella. Megan le puso una mano en el pecho—. Eres tú mismo —desvió la mirada—. Es prácticamente la única vez.

Él olía fresas. Extraño, apenas recordaba haber hecho eso. Algo se le escapaba, momento a momento. Recordaba otras veladas con ella, cuando después de darle la espalda había sentido que algo volvía a él.

Para evitar el cambio, él rodó sobre el costado, acercando su nariz a la de ella: —¿Estoy muy frío?

—No ahora.

Él le pasó la mano por el flanco: —¿Por qué te quedas conmigo, entonces? No sé como complacerte…

—¿Qué crees que has estado haciendo las últimas tres horas?

—Ah —Pero él no sabía lo que él había estado haciendo. Algo que se sentía en el cuerpo exactamente como cuando la ira se había apoderado de él, pero era lo opuesto a la ira en las cosas que eso lo obligaba a hacer, y en la pureza de la liberación que le proporcionaba. Rabia, según entendía él. Armígero había llegado a identificarlo últimamente como la única emoción que podía recordar de su época subsumida en la superior identidad del dios 3340. Si esa ira era del dios o era la suya, ¿quién podía saberlo? No había modo de saberlo, como tampoco podía distinguir dónde había dejado su propia conciencia y dónde empezaba la de 3340.

Esto, como casi todo sobre sí mismo, no podía explicarlo a Megan.

Ella lo zarandeó por el hombro: —¡Para!

—¿Eh?

—¡Estás pensando otra vez! Es medianoche. No tienes por qué estar pensando ahora.

—Ah —rió él entre dientes, y le agarró un pecho—. Lo lamento. Pero no tengo sueño.

—Tú no duermes de todos modos —ella bostezó extravagantemente —. Pero yo necesito dormir.

—Adelante. Yo leeré —Señaló la gigantesca pila de libros junto a la cama.

Ella se rió y se recostó. Durante un rato, observó cómo el montón de pelo revuelto se acurrucaba más profundamente en las almohadas. Luego dijo, casi inaudiblemente: —¿Cuál prefieres?

Armígero se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla: —¿Cuál prefiero de qué?

—¿Prefieres hacer el amor o leer? —Su voz tenía un tono burlón, pero él había aprendido que, con frecuencia, había necesidades ocultas detrás de sus preguntas burlonas.

—Leer es hacer el amor al mundo —dijo él—. Pero hacer el amor con una mujer es sentir que el mundo te está leyendo.

Ella sonrió, sin comprender, y se durmió.

Dejando atrás a Armígero, el hombre, o eso imaginó, él se puso de pie para vestirse. Liberado de la necesidad de diálogo, su mente recayó sobre sí misma, y la miríada de los otros lados de Armígero el dios despertaron.

Durante toda la noche, mientras había estado haciendo el amor con Megan, estos otros lados de su Yo habían estado pensando, planeando, rugiendo y debatiendo en los ecos superiores de su conciencia. Había leído dieciséis libros el día anterior, y había estado revisando sus opiniones sobre Ventus y sobre los Vientos mientras asimilaba el conocimiento. Ahora quedó de pie durante varios minutos, tocando con los dedos la cubierta de cuero del siguiente volumen que pretendía absorber. No estaba tanto contemplando como observando cómo el vasto edificio de su comprensión de Ventus cambiaba, se asentaba y le crecían nuevas entradas y alas.

Había descubierto algo: los Vientos no estaban locos. Estaban tramando algo.

Armígero maldijo en voz baja. Ya no veía la llama de la vela, ni sentía la tapa dura del libro, pues todo estaba allí en las historias y en las investigaciones filosóficas si uno sabía leer los signos. Los Vientos actuaban caprichosamente, pero todos sabían que, en última instancia, actuaban en interés de la Naturaleza. É! sabía que eran los guías del proceso de terraformación. Terraformar un planeta no era un proceso rápido, y tampoco es que tuviera un final. El clima de Ventus nunca alcanzaba el equilibrio. Sin la constante intervención de los espíritus gobernantes del planeta, el aire se enfriaba y los ciclos de oxígeno-carbono oscilaban fuera de control. El mundo experimentaba fases alternas de hiperoxigenación y asfixia, junto con bloqueos de circulación atmosférica desastrosos. Partes del globo estarían bajo una lluvia casi constante, otras nunca recibirían lluvia. Todo moriría a la larga.

Los Vientos ejercitaban una gran inteligencia y paciencia. Tocaban

las nubes y las olas del océano de Ventus como los más grandiosos y complejos instrumentos. Su sinfónico trabajo en equipo era perfecto.

Puede que los Vientos fuesen caprichosos, pero no carecían de propósito. Todo el mundo dentro y fuera de Ventus lo sabía. Aunque, cuando se trataba de tratar con otras entidades inteligentes, al principio parecían locos. Las historias que él había estado leyendo, que eran más extensas que las disponibles en el mundo exterior, hablaban de masacres y bendiciones que, sin seguir un patrón aparente, los pobres residentes humanos de este mundo habían luchado durante siglos por justificar y predecir. La teoría aceptada era que los Vientos veían la actividad humana como un ataque al ecosistema y actuaban para defenderlo. Armígero ya había leído suficiente como para saber que simplemente no era así.

A lo largo de la historia del mundo habían aparecido hombres y mujeres que habían afirmado poder comunicarse con los Vientos. A veces los ahorcaban como brujas. Otras veces pudieron probar sus afirmaciones y luego fundaron religiones.

Los Vientos eran entidades difíciles de adorar porque tenían la molesta característica de poseer mentes propias. Los dioses, había comentado un bromista filosófico, deberían permanecer convenientemente en el altar, en lugar de arrasar la tierra indiscriminadamente.

Los Vientos eran completamente inconsistentes en hacer cumplir sus reglas ecológicas, en lo que se refería al Hombre. Él mismo lo había visto. Había fundiciones, en algunas de las ciudades más grandes, que expulsaban humo negro a la atmósfera, mientras que una diminuta bocanada de dióxido de azufre, que él había utilizado como guerra química en una batalla, le había costado a Armígero todo su ejército. Los Vientos habían aniquilado a todos los hombres involucrados en el enfrentamiento. Armígero se había quedado impotente en la cima de la colina desde donde había comandado a sus tropas, y había visto cómo habían muerto todos.

No había sentido nada en ese momento. Al recordarlo ahora reprimió el impulso de recoger el libro que tocaba y tirarlo por la ventana.

Algo estaba pasando aquí. Los Vientos no eran ni maliciosos, ni locos, ni eran indiferentes a la humanidad. Estaban obedeciendo una maraña de reglas que él simplemente no había visto todavía. Si pudiera averiguar qué era...

Algo lo hizo girar. No había nadie en la habitación y Megan no se había movido. Sin embargo, sintió a alguien cerca.

Una mujer lloraba en el pasillo.

Armígero se vistió y luego apagó la vela, lo que en sí mismo había sido una extravagancia. En su tiempo aquí había escuchado más llantos que risas. No había nada inusual en ello. Pero, sin saber exactamente por qué, se encontró caminando vacilante hacia la puerta.

Ésta se abrió silenciosamente a un pasillo oscuro como la boca de un lobo. Había ventanas en ambos extremos del corredor, pero no iluminaban, solo servían como contraste de la oscuridad del interior.

Por un momento, Armígero se quedó ciego como cualquier hombre, sorprendido por la impotencia de ese sentido. Entonces recordó que podía ajustar la frecuencia de su visión, hacia arriba o hacia abajo, hasta que encontrara una longitud de onda visible. Unos meses atrás esa acción habría sido automática. Frunció el ceño mientras miraba a su alrededor en busca de la fuente del sonido.

La mujer estaba acurrucada en el suelo en la mitad del pasillo. Acunaba algo en su regazo. ¿Un bebé, tal vez? Armígero abrió la boca para hablar, luego se lo pensó mejor. Se aclaró la garganta.

Ella se sobresaltó visiblemente y levantó la vista: —¿Quién está ahí? —Su cabeza se balanceaba de un lado a otro mientras ella trataba de ver. Era de mediana edad, matrona, vestida con un atuendo de campesina. Es extraño que ella esté en esta parte del palacio... no, tal vez sea más extraño que estos salones aún no se hayan convertido en un cuartel.

—Te oí —dijo él—. ¿Estás herida?

Eso era lo que él le habría preguntado a un hombre. No sabía qué preguntar cuando una mujer lloraba. Pero ella asintió: —Mi brazo —gimió ella asintiendo hacia un brazo—. Roto —Como si la admisión del hecho le costara más que la lesión, comenzó a llorar con más fuerza.

—¿Te has ocupado de eso? —Él se arrodilló a su lado.

—¡No!

—Déjame ver —se estiró suavemente para tocarle el codo. Ella hizo una mueca. A tientas, encontró la fractura, limpia, en la tibia. Los huesos se habían desprendido un poco y habría que colocarlos. Él le dijo todo esto.

—¿Puedes hacerlo?

—Sí —Llevaba un chal andrajoso sobre los hombros—. Usaré esto para inmovilizarlo. Un momento —Necesitaba algo para una férula. El lugar habían sido completamente despojado de muebles aquí, pero las paredes eran de madera, con una buena cantidad de paneles ornamentales y listones. Armígero encontró un borde biselado en uno de los paneles y, con varios tirones rápidos, retiró la tablilla de madera de la pared. El trozo gimió como un alma en pena al salir. Él lo quebró sobre la rodilla y volvió con la mujer.

Él no la advirtió antes de tomar el antebrazo y estirarlo. Ella gritó, pero todo terminó antes de que tuviera tiempo de tensarse o sentir mucho el dolor. Armígero alineó la tablilla con la muñeca y la envolvió rápidamente con tiras de su chal. Luego ató todo el conjunto en un cabestrillo alrededor del cuello.

—¿Por qué no se entablilló el brazo antes? —A juzgar por la hinchazón, la mujer se había roto el brazo muy temprano ese día.

—No debería estar aquí —dijo ella.

—Eso no es lo que pregunté.

—Sí, es porque, ves, los soldados, ellos, algunos, están heridos, muy graves, y no hay bastante gente para atenderlos. Yo fui allí, pero un hombre tenía el estómago abierto y se estaba muriendo, y no

querían dejarlo, y otro se había quemado los ojos, no sé cómo. Y yo me paré en la entrada y todos estaban tan malheridos que yo no podía entrar allí sólamente con mi tontería de un brazo roto. No pude... —Ella lloró, aferrándose a él con la mano buena.

Lo que dijo Armígero no lo dijo para consolarla, sino porque lo había observado en los hombres humanos: —Pero los soldados le habrían cedido de buena gana sus catres a una mujer.

—Sí, y los odio por eso —ella lo empujó—. Es la arrogancia de los hombres la que los lleva a sacrificarse. No es una consideración real.

Armígero se recostó, confundido: —¿Cómo entraste aquí? —preguntó finalmente.

—Soy amiga de una de las sirvientas. Mi amiga se ofreció a darme cobijo cuando, cuando llegaran los soldados. Yo... yo no sabía adonde ir, no podía regresar y decirle que no había ido a la enfermería. No tenía adonde ir.

Él sabía que la habitación contigua a la suya estaba vacía: —Ven —La levantó y la guió hasta allí. Allí dentro había suficiente luz para distinguir la cama con dosel y los tocadores, así como las finas cortinas doradas.

—No puedo dormir aquí —Su voz contenía conmoción.

—Lo harás.

—Pero por la mañana... si la reina se entera...

—Si preguntan, diles que Armígero lo autorizó. Duerme bien —Sin otra palabra, cerró la puerta. Su última visión fue de ella de pie, insegura, en el centro de la habitación.

Durante mucho tiempo estuvo la mujer de pie, con los brazos cruzados. Él la oyó subirse a la cama por fin. Solo entonces él dio media vuelta y caminó hacia las escaleras.

§ § §

Se había ocupado un establo para albergar la enfermería. A pesar de lo avanzado de la hora, estaba de todo menos tranquilo cuando entró Armígero. Los hombres gemían o lloraban abiertamente. En una alcoba acortinada alguien gritaba cada pocos segundos con breves jadeos de incesante agonía. Nadie podía dormir con ello, aunque un buen número de hombres yacían muy quietos sobre la paja con los ojos cerrados, con el pecho subiendo y bajando superficialmente.

Había hombres y mujeres, veinte, aquí atendiendo a los heridos. Parecía que ninguno de ellos había dormido en días.

Estos heridos sólo eran las bajas durante la retirada de las defensas en las laderas de Galas. Cuando Lavin irrumpiera por las murallas, este establo se desbordaría.

En realidad, se quemaría, pensó él mientras caminaba entre las filas de hombres, evaluando las heridas.

—¿Busca a alguien?

Él giró y halló a un hombre de ojos rojos, con ensangrentada ropa de bufón, observándolo desde una mesa auxiliar. La mesa estaba llena de frascos e instrumentos médicos. Los brazos del hombre estaban tostados de sangre rancia hasta los codos.

—Puedo ayudar —dijo Armígero.

—¿Está capacitado?

—Sí —Conocía bien el cuerpo humano, y podía verlo por dentro si así lo deseaba. Armígero nunca había intentado curar.

—Es difícil —dijo el bufón.

—Lo sé —Armígero había notado que la misma falta de empatía que le permitía enviar por razones tácticas a un escuadrón de jóvenes a una muerte segura, le permitía actuar y tomar decisiones para salvarlos, donde la compasión de otros hombres los paralizaría.

Él asintió hacia la alcoba con cortinas: —Cuál es su problema.

El bufón se pasó una mano por el pelo: —Pelvis destrozada —dijo brevemente.

Armígero lo pensó: —Echaré un vistazo —miró a su alrededor—. Aunque, veamos a los demás primero.

El bufón lo guió y Armígero recorrió las filas de hombres mientras realizaba el triaje.

§ § §

Cerca del amanecer, Galas miraba por la ventana de su dormitorio. Tras ella se hallaban árboles tallados y la fauna de una fantástica escena boscosa. No se trataba de un patrón regular de columnas ingeniosamente disimuladas, ni de una pared tallada al fresco y cubierta con imágenes, el arquitecto había rehusado aquí el privilegio del espacio rectilíneo. Como un bosque real, las ramas más bajas oscurecían la visión e impedían el movimiento entre las diferentes partes de la cámara, y las grandes raíces de los árboles de piedra se extendían por el suelo sin tener en cuenta el culto a la superficie plana. No había orden en las formas escalonadas, ni ninguna simetría salvo la estética, lo cual convertía esta habitación en un grupo de glorietas dentro de la torre del castillo de bordes rectos.

La ventana en sí parecía un hueco en el follaje de un seto tallado en jade. Cada diminuta hoja había sido fielmente reproducida en piedra y, a la luz del día, brillaba con un fulgor verdoso que normalmente calmaba el corazón de la reina.

Rara vez había estado aquí durante el día. Mientras trazaba el contorno de una hoja con la punta de un dedo, supo que tal vez nunca tendría tiempo para estarlo ahora. Era extraño que la posibilidad de no volver a ver esta ventana a la luz del día fuera lo que ahora la azotaba con el horror de su cercana muerte.

Pensó en el extraño Viento, Maut, mientras se sentaba junto a la ventana para ver la puesta de la luna. Él la estaba permitiendo mirar directamente dentro del laberinto de la eternidad, en el momento en que la muerte era inevitable e inminente. Ella lo odiaba por eso.

Se volvió hacia su doncella, Ninete, quien estaba sentada en un diván cercano. Ninete estaba obligada a permanecer despierta tanto tiempo como Galas, y esta noche la reina no había dormido nada: —Él sabe que no hay nada que yo pueda decirle —dijo Galas con intensidad. Ninete se sorprendió de que se dirigieran a ella como persona. Ella no dijo nada en respuesta.

Galas fijó su mirada en la doncella: —Él es cruel, para decirlo claramente. ¿Por qué me dice estas cosas? Sé que únicamente está diciendo la verdad. Eso es lo que lo hace tan terrible. Dice la verdad respecto a las cosas sobre las que se debe mentir correctamente.

Ninete se recuperó: —Déjeme peinarla —dijo ella. La Reina se levantó asintiendo y se dirigió a su tocador. Ninete se paró detrás de ella y comenzó a soltarle el cabello en oscuros rizos que caían por la espalda.

—Tal vez cree que no me hará daño saberlo, saber que toda mi vida ha sido en vano. Yo quería cambiar las cosas, eso era lo que me regía. Quería cambiar lo que no se podía cambiar, lo que nunca había sido visto como otra cosa que absoluto. Yo quería disolver el absoluto. Maut... Maut dice que ésto ya se ha hecho antes.

—Él sabía que todo lo ahora absoluto había sido antaño una fantasía. Lo que es bueno una vez fue malo. No se da cuenta de lo devastador que es para los seres humanos darse cuenta de ello. De hecho, en realidad no se molesta en hablar de eso. Lo toma como punto de partida. Da por sentado que este trastorno que ha sido mi vida es como la danza de las motas de polvo a la luz del sol: sólo una alternancia y un cambio de altura de esas motas en la galaxia de relaciones visibles para nosotros. Se olvida de que yo misma soy una mota...

Preocupada, Ninete peinaba en silencio. En el espejo Galas veía esa mirada de incomprensión: —Podríamos morir en dos días —dijo Galas.

—Lo sé —dijo Ninete simplemente. Galas esperó más, pero no llegó.

—¿No tienes miedo?

—Mi Reina, estoy aterrorizada —la expresión de Ninete pasó del silencio neutral que había mantenido a una tirantez cenicienta. Sus labios se afinaron, sus ojos perdieron el foco—. No quiero morir ahora.

La reina Galas la observó, sus propios ojos adquirieron cierta frialdad que Ninete había visto con mucha frecuencia en ellos. Pero la mano de Galas tembló al buscar entre peinetas, horquillas y botes de maquillaje sobre el tocador.

—No quieres morir. Pero entiendes lo que es la muerte.

—Los soldados nos van a matar, señora. He visto morir gente.

—Continúa —Ninete volvió a levantar el cepillo—. Ninete, tendrás una buena muerte. Ves la muerte muy simplemente. La muerte para ti son los hombres del General asaltando el castillo. Son misiles desde el aire, espadas, vengativa violación y humillación. Sobre todo, no volver nunca más a ver a los que amas, no tener esas charlas, hacer el amor… Tú entiendes la muerte, la has estudiado como todos y, por tu comprensión, recurres a las enseñanzas religiosas, a los rituales, a los trágicos amantes en los cuentos. La comprendes en el lirismo del miedo que te han enseñado.

La mano de Galas se cernía ora sobre ese peine, ora sobre ese alfiler, con incertidumbre: —Yo no la comprendo en absoluto. No veo a esos amantes, no puedo imaginar el cuerpo puesto en su tumba, esos poemas de sombras pardasp… no me hablan. La muerte no me dice nada. Ojalá lo hiciera. Ojalá pudiera ver lo que me ha de pasar, a dos o tres días vista.

—Maut mismo es la muerte, pero no me lo puede decir —se giró para mirar a Ninete a la cara—. Se niega a convertirlo para mí en una señal. Eso es lo que es tan cruel.

Su mano descendió sobre una larga horquilla dorada: —¡Ninete, déjame! Trabaja en mi desayuno. Procura que sea lo mejor que has orquestado. No te necesito ahora.

Hosca, Ninete se fue. Galas observó las emociones actuando a través de esos hombros, bajando por esas caderas al caminar. Ninete leía

este rechazo incluso como una escena de alguna obra tradicional, percibió Galas. La habían despachado. Y justo cuando estaba escuchando hablar a la reina de corazón.

Agarrando el alfiler, Galas se levantó y fue hasta la ventana. Un pájaro de piedra observaba desde las ramas talladas sobre su cabeza.

—De dónde viene esto — preguntó ella mirando el temblor en su mano. Lo que acababa de decir no tenía sentido para ella. Su miedo no tenía sentido. Estaba enojada con Maut, pero no sabía por qué. Su mente daba vueltas y más vueltas a las cosas sobre las que él había hablado hoy. Detrás de esas palabras ella sentía una especie de... desconcierto en él, como si el motor del habla humana siguiera siendo incapaz de transmitirle su experiencia, por muy precisa que fuera la mente del dios que lo impulsaba.

Sin embargo, nada explicaba su furia en este momento, ni siquiera las fogatas del general en el valle exterior. De hecho, eran bastante hermosas.

Levantó el largo alfiler y se lo clavó en el hombro izquierdo. El dolor la obligó a levantarse. Siseó y sacó el alfiler, arrojándolo furiosamente por la ventana.

Ahí estaba, la agonía del terror y la furia. Salía hirviendo de alguna fuente oculta dentro de ella, tomando la forma de cegadoras lágrimas mientras se acurrucaba sobre sí misma sujetándose el hombro. Trató de escapar del dolor, girando, girando, pero se movía con ella. Dejándose caer sobre una raíz de piedra, comenzó a llorar con grandes sollozos. Ahí estaba: confusión, caos. Quería correr, correr a cualquier parte, y era su cuerpo el que se lo decía. Corre, escapa.

Su cuerpo tenía miedo, era su cuerpo el que hablaba en su ira contra Maut y en su miedo a la muerte. Lo había estado descuidando, viviendo en su comprensión y dentro de ese reino que acababa de acusar a Ninete por habitar: el reino de la historia. ¿Cómo no podía ver en su mente los jinetes que cruzaban la puerta, las expresiones en los rostros de su gente mientras huían de ella, para unirse al otro lado? Era la historia de su muerte lo que se

había estado contando a sí misma. Aun cuando intentaba escuchar a Maut, aun cuando intentaba ver las imágenes de Maut, la vida de Maut.

No podía escapar hacia esa vida más de lo que podía darse la muerte aquí, ahora, por su preocupación.

Observó la línea de sangre que bajaba por su pecho. El dolor era intenso. Se deleitó con él, pues con él habían huido los fantasmas del día posterior al mañana, y la historia de Maut volvía a ser meras palabras.

En lágrimas, la maravilla de la desesperación y la liberación brotó de ella con la sangre. Recordó que antaño había amado su vida.

Temerosa de que Ninete la oyera y viniera corriendo, Galas asomó la cabeza por la ventana. Se permitió gritar una vez y luego bajó la cabeza.

—¿Su Alteza?

La voz venía de abajo. Ella parpadeó para quitarse las lágrimas y miró hacia las almenas cinco metros más abajo. Allí había un hombre, su forma se perfilaba en la plata, rosa y negro de la luz previa al amanecer. Era Maut.

Ella se aclaró la garganta: —¿También tú estás sin dormir? —Sus palabras sonaron inestables, aterradoras para ella misma.

—Sí —Parecía fresco como el aire de la noche, como siempre—. Estaba ayudando en la enfermería.

—¿En serio? —Galas se secó los ojos—. ¿Cómo están mis hombres?

—Aguantando con valentía.

—¿Y tú?

Él no respondió, pero se volvió para mirar hacia los patios del palacio.

—Maut —dijo ella en un impulso—, acompáñame en mi habitación.

La silueta asintió. Desapareció de la vista como un fantasma y ella se metió dentro, con una mueca de dolor.

Primero, debía vendarse. Galas rasgó un trozo de lino bordado y vendó torpemente la herida. Luego seleccionó un vestido negro de cuello alto y se envolvió en él. Sin una sirvienta que la ayudara, no podría arreglar la parte de atrás. Así que se recostó en el diván, sintiendo el frío terciopelo contra su espalda. La sensación hizo que su piel hormigueara.

Se mordió la uña del pulgar, un hábito del que su madre nunca la había curado, y esperó.

En ese momento se oyó un cortés golpe en la puerta: —Entra —dijo ella.

El cabello de Maut estaba despeinado y alrededor de los ojos y entre las cejas habían grabadas tenues arrugas. Él se había quitado la chaqueta y se había arremangado la blusa blanca. Asintió hacia ella como un amigo cercano y se sentó en la silla junto a la cama. Ella vio a Ninete asomándose por la esquina de la puerta y le hizo señas con impaciencia para echarla. La puerta se cerró.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Afuera se oía el primer canto de un pájaro matutino.

—¿Te unirás a mí para desayunar? —dijo ella finalmente.

—Sería un honor para mí.

—No, Maut. No digas eso. ¿Quieres?

Él sonrió débilmente: —Me gustaría, sí.

—Bien —Gesticuló con impaciencia—. No tengo tiempo para ceremonias.

Maut encogió una rodilla y la rodeó con las manos, como un niño. Sólo falta para verse más como en casa, pensó ella, que se sentara de lado en la silla.

Él ladeó la cabeza y la miró apreciativamente: —La ceremonia

nunca te ha sentado bien, ¿verdad?

Ella se rió brevemente: —No. Es sólo la familiaridad lo que me ayuda a superarlo. Las palabras vienen automáticamente. Incluso si son tan a menudo como cenizas en mi boca.

—Me cuesta creer que esto solo sea la raíz de tu pasión. Porque tu pasión irradia desde alguna fuente profunda. Atrapa a todos los que te rodean. Por eso te siguen, ya lo sabes. No porque seas reina.

—Ah —Ese era un cumplido que ella no había oído antes—. Estoy segura de que conoces mi historia. ¿No soy yo el escándalo del reino?

Él se encogió de hombros: —He oído algo. Eran distorsiones obvias. Vine a ti porque quería saber la historia desde la fuente.

—¿Por qué?

Él lo consideró, mirando el cielo ámbar: —He estado leyendo los libros de tu biblioteca. Todos apuntan a algo... un misterio. Me refiero a un misterio en el sentido religioso, o casi. Un significado. Cuando vine aquí pensé que estaba buscando hechos, pero ahora veo que estoy buscando más que eso. Quiero respuestas

—¿Tú? ¿El hombre cuya mente es una fortaleza inexpugnable de la historia? —Ella se rió—. Me impresionas.

Serio, él dijo: —En los fragmentos de la historia que he escuchado, capto ecos de ese misterio. Creo que sabes más de lo que crees. Tienes sabiduría que se ha ocultado a sí misma.

—¿Y puedes tú mostrarme esta sabiduría? —Sus manos temblaban, como lo habían hecho en el jardín cuando su mensajero había bajado revoloteando para posarse sobre sus rodillas.

—No lo sé.

— ¡Juegas conmigo! —Ella se había inclinado hacia adelante con ira, y sintió que los pliegues de su vestido se deshacían en su espalda. Galas se volvió a sentar rápidamente.

—No.

—¿Y qué me darás a cambio de mi historia? Creo que ya no deseo escuchar tu propia historia.

Él la miró durante un largo momento. Algo como una sonrisa le bailó alrededor de los labios. Galas notó que su corazón se aceleraba ante su examen, y sus ojos recorrieron los músculos de sus brazos, la forma de sus hombros.

Luego sonrió, bastante traviesamente: —Me sorprendería mucho si para el mediodía no tuvieras la respuesta a esa pregunta —Fue todo lo que dijo.

—Bien.

Maut se inclinó hacia adelante, el cansancio volvió a sus ojos: —Cuéntame tu historia —dijo él.

Galas cerró los ojos. En su vida, solo otra persona le había pedido esto, no la historia, sino su historia. El dolor la ahogó momentáneamente.

—Está bien. Trataré de contarla como un cuento, como siempre he querido. Yo... a veces me imaginaba a mí misma poniendo a mi hijo en mis rodillas y contándosela. No habrá niño. Pero aquí está la historia.

20

Primero, debes entender que de niña me consideraban loca, incluso como se me considera hoy. Sin embargo, las razones no eran las mismas: en mi infancia fue mi sentido de la justicia lo que me fue en contra. Traté a los campesinos y sirvientes con el mismo respeto que a los reyes y príncipes, y esto provocó una gran ira en mi madre, con quien guerreaba constantemente. Ella se esforzó por inculcarme la guerra entre clases y la justicia divina de tal guerra. No era que yo me pusiera del lado de la gente menor en contra de los míos, lo que, por muy reprobable que fuera, tendría sentido para ella, era que yo no veía ninguna diferencia entre nosotros.

Y luego, cuando tenía doce veranos, sucedió algo sin lo cual podría haber crecido hasta convertirme en una princesa ordinaria, ¡ja! Sí, existe tal cosa.

Verás, mi padre llevaba un libro, como lo había hecho su predecesor y todos los reyes que se remontan a la antigüedad. Este libro contenía varias proclamas de los Vientos realizadas a lo largo de los siglos, junto con interpretaciones y augurios. Y sucedió que el clima insólito de la primavera y un incendio desastroso en Belfonre coincidieron con algunos de los augurios del libro, y la única interpretación que mi padre y sus sabios pudieron hacer de tal augurio fue que la reina debía morir.

En años posteriores llegué a comprender que ésto era un pretexto: él tenía los ojos puestos en otra mujer, con quien con el tiempo se casó. Ella resultó ser estéril, aunque él no quiso admitir ese hecho durante muchos años. Lo importante es que, en ese momento, yo no entendía nada, excepto que los Vientos habían ordenado la muerte de mi madre.

Yo estaba en los jardines con mi dama de compañía favorita cuando llegó la noticia del arresto de mi madre. Mi dama prorrumpió en llanto inmediatamente, cayendo de rodillas ante mí y agarrándose a mi falda. Ella, siendo mayor, comprendió de inmediato lo que estaba ocurriendo, pero yo aún no lo había entendido. Habíamos estado discutiendo ociosamente algún aspecto de la naturaleza

humana; creo que su rigidez, que ella daba por sentado y yo en mi celo juvenil rechazaba absolutamente. —Nada en nosotros se fija — había dicho yo. Sin embargo, la ejecución de mi madre ahora se había fijado, y esta dama gritó: —¡Oh princesa, su juventud se ha ido para siempre ahora! ¿Dónde está la niña con la que yo jugaba en estos jardines de verano? Pronto será una afligida mujer de venganza contra la conducción de la vida. ¡Dejará de reír, llorará por la vida y me despedirá por recordarle los tiempos perdidos en los que era feliz!

—Dama, estas palabras tuyas no tienen sentido —le dije. Pude sentir las emociones desbordándose, el temblor del mensajero, el llanto de mi amiga mayor, y vi cómo se cerraban las ventanas que daban a los jardines, una tras otra, cómo encerraban dentro los aires de dolor. Durante ese momento yo era la única piedra tranquila en la creciente inundación. No me dejaré llevar, resolví. En momentos todo lo que poseía al mensajero y a la dama saldría en ataque para poseerme a mí; la naturaleza humana de ambos, del mismo orden, yo sentía como las artificiales distinciones entre clases que incluso ellos apoyaban.

Fue un momento de supremo misterio. ¿Cómo podían el brillo de las flores, la frescura del aire, mi propia felicidad ser barridos de tal manera por un acontecimiento que, de rumor, sería un mero hecho contra el cual yo nada podía hacer? Yo amaba a mi madre y sabía que eso nunca cambiaría, pasara lo que pasara. Miré hacia el futuro y me vi llorando sola en mi dormitorio, y fue como la figura en un drama como yo me veía a mí misma, moviéndome a las órdenes emitidas por algún dramaturgo olvidado. En ese momento sentí la certeza de que así era, que la conmoción de mi dama, mi dolor venidero eran papeles que nos había otorgado alguien, alguien muy lejano en el pasado. Yo podía estar de otra manera, no afligida, si así lo decidiera. Podía volverme loca, en otras palabras.

Elegí volverme loca. En ese momento decidí que, aunque no podía cambiar el destino de mi madre, no había una ley inmutable en los cielos que decretara cómo debía reaccionar yo ante ello. Solo mucho, mucho más tarde en la vida puedo mirar atrás y ver que, lo supiera o no, yo estaba entonces bajo el dominio de una emoción: la furia, la cual oculté tan hondo que no pude experimentarla hasta...

oh, hasta muy recientemente.

—Ven —le dije a la dama—. Levántate y practiquemos un rato con nuestros salterios. El día sigue siendo hermoso y los próximos no lo serán —E!la me miró con un nuevo horror en los ojos, y yo me supe perdida. Me pregunté qué vendría de aquello, qué sucedería ahora que yo ya no representaba mi papel en el drama iniciado por mi padre.

A partir de entonces ella me tuvo terror. Los sirvientes me trataban con gentil respeto, como se hace con los locos. Sabían que yo estaba tan abrumada por el dolor; aunque no presencié la ejecución de mi madre y la había visto algunas tardes a la semana, desde que yo era un bebé, nunca más de unas pocas horas seguidas; que ya no podía sentir nada. El rey, sin embargo, creía que yo me entrenaba en el odio, guardando dentro de mí un deseo de venganza que él estaba dispuesto a esperar. Pensó que tal vez lo mataría en su vejez, cuando no pudiera ya levantar una mano para defenderse. A medida que me convertía en mujer, él comenzó a buscar formas de deshacerse de mí. Porque yo era soleada y alegre, le dije que lo perdonaba por haber matado a mi madre y fui amable con su nueva reina. De hecho, no albergué ningún instinto de venganza; el día en que me informaron del arresto de mi madre, embarqué en un gran viaje, en el que sigo hasta el día de hoy, y no había nada más que gratitud en mi corazón por haberme dado la oportunidad de estar viva y, aún así, haber dejado la raza humana detrás de mí.

Bailaban a mi alrededor, mientras yo soñaba despierta, las figuras de todos esos amantes, traidores, ladrones, reyes y santos, y a todos los veía como actores incluso para ellos mismos. Si había una naturaleza humana, estaba enterrada muy por debajo de invenciones como el dolor y el amor, de eso estaba segura, y el atrevimiento de esta visión embriagó mi juventud.

No se esperaba que me volviera una erudita porque yo era una mujer. Decidí no creer que hubiera diferencia entre hombre y mujer, así que contraté tutores. La indulgencia me fue concedida porque los augurios de mi padre no decían nada sobre cómo se trataba a los locos, así que se me permitía hacer lo que otros no podían.

Oh, yo podía ser encantadora, y tan sutil en mi entendimiento, como cualquier cortesano de la intriga, más aún incluso, pues estaba aprendiendo los verdaderos límites de la naturaleza humana. Sin embargo, a medida que crecía, mis deseos eran cada vez menos los de la niña que yo había sido, me alejé bastante de la corte y de todas las ambiciones que reinaban allí. Porque yo veía a través de eso también.

A veces, no lo niego, sí que estaba loca. Me encerraba en mi torre y le cantaba a las lechuzas. Me quedaba acostada en la cama durante días mirando al techo, sin propósito ni comprensión y, a veces, llorando por lo que había perdido: el dolor mismo lo había perdido, y el amor y la inocencia del romance. Los hermosos príncipes y el amor verdadero no significaban nada para mí en el viaje que había emprendido, pero todos los que me rodeaban creían en ellos. Yo anhelaba un entendimiento de esta gente que ya no era posible. De todos los que estaban en la corte, seguían siendo los humildes sirvientes y los trabajadores a quienes yo más amaba, porque ellos me amaban a mí. Ellos sabían que yo no estaba loca, sino que era osada de un modo que ni siquiera los reyes lo eran. Los pobres no aman los roles, por lo que parecen insensibles incluso con los suyos propios; sin embargo, pueden amar mejor que nosotros porque son honestos en lo que sienten. Ellos vieron que yo había rechazado en un instante todo el mundo en el que me había criado si ese mundo conducía a una muerte sin sentido y de allí a órbitas fijas para todos los involucrados para siempre. Además, yo defendía sus causas ante el rey, y a menudo él me complacía cuando ningún otro solicitante tenía éxito.

Al final, al darse cuenta de mi poco femenino interés por las ciencias y los estudios históricos, mi padre dio con una forma de deshacerse de mí. Si quería ser una erudita, él me daría el reinado completo para serlo. De hecho, me permitiría comandar una expedición que estaba organizando la Universidad de Rhiene para medir los cambios sísmicos causados por el movimiento profundo de los desales.

Los desales desencadenan en ocasiones cargas termonucleares en las profundidades de las montañas o en las fosas oceánicas. Desde que existen registros, los Vientos han estado realizando este tipo de

explosiones, una o dos por siglo en diferentes lugares. Tradicionalmente, hemos prohibido toda minería en la región afectada durante diez años después de la explosión, después de lo cual dejamos que la gente excave como quiera. Cuando lo hacen, el resultado siempre son hallazgos ricos en minerales o metales. Yo sabía por mis estudios que las explosiones no eran solitarias, sino que se desencadenaban vastas cadenas coordinadas para acercar materiales preciosos a la superficie de la tierra, para nuestro beneficio. No es más que uno de los servicios que los Vientos nos prestan.

—-Sí, Maut, que nos prestan. Simplemente no se dan cuenta. Si me dejas continuar, entenderás lo que quiero decir.

Yo bien sabía de las intenciones de mi padre. Él me deseaba lejos, políticamente impotente y probadamente incasable. Pero a mí no me importaba cuáles eran sus planes. Asentí a su propuesta por mis propias razones. En verdad, estaba ansiosa por ver nuevas tierras y experimentar, al menos durante un tiempo, la vida como lo haría un hombre. Y me complací como lo hacían los hombres. Recuerdo que el día señalado para zarpar bajé tranquilamente a los muelles con pantalones de cuero y una túnica masculina, un pesado cofre a la espalda, que contenía todos mis libros e instrumentos científicos, y dos damas revoloteando a mi lado sin preparación para la vida en el océano e inseguras de qué entender de mi nuevo rumbo.

Los eruditos hereditarios de la universidad estaban aún menos contentos de verme. Consideraron mi presencia como una imposición, con toda razón, y a mí misma como un escándalo. Me dejaron claro desde el momento en que pisé la cubierta que no recibiría ayuda de ellos, que no obedecerían ninguna de mis órdenes ni me considerarían de ninguna manera seria como el líder de la expedición. Me resultó imposible razonar con ellos.

Esa fue quizás la primera vez desde la infancia que mis deseos no se me concedían al instante. Yo me puse furiosa y corrí a mi camarote. Creo que eché humo durante seis horas antes de darme cuenta de que, una vez más, yo estaba reaccionando a la forma. ¿Qué tipo de reacción debía haber esperado de esos hombres? Eran astutos en la conservación de sus posiciones y no sabían nada sobre la composición del mundo real. Yo ya era consciente de eso. ¿Por qué

debía sorprenderme su rechazo?

Yo había estado romantizando con la esperanza de que aquí al menos podría haber gente que me entendiera. ¿Había esperado poder proseguir con estos hombres los estudios que pretendía? Seguramente no, por lo que a mí respectaba, estos hombres no tenían cabeza. Así que me reí y decidí hacer lo mejor que pudiera. Esto resultó difícil, pues eligieron ser crueles en los días siguientes.

No sé cómo habrían ido las cosas si no hubiéramos tenido la buena fortuna de naufragar. Para probar el alcance del efecto de la explosión, habíamos navegado a lo largo de una cadena de islas que se adentraban en el océano vacío. Debíamos llegar a una en particular, una isla en forma de U que supuestamente representaba el final del archipiélago, y plantar allí nuestros sismógrafos. Iba a ser un viaje de una semana. Al tercer día, justo después de ser expulsada del comedor por haber comido con los marineros (ellos me habían invitado y, que le zurcieran a la tradición, yo había accedido), yo estaba hirviendo en la proa tan lejos del capitán y su arrogante oficial como pude cuando se levantó una borrasca. La mar estuvo a punto de inclinar el barco sobre un costado, pero eso fue solo el presagio de una tormenta peor que ya se cernía sobre el horizonte, negra y terrible. Me pidieron que bajara y yo me negué hasta que el capitán perdió la paciencia y me encerraron abajo.

Mientras yo aporreaba la puerta de mi cabina, llegó la tormenta. Creo que durante horas estuvimos dando tumbos como cerillas en un bolsillo. Mis damas estaban mareadas y aterrorizadas. Yo perseguía mi baúl de instrumentos mientras éste resbalaba de un lado a otro del camarote. Al caer la noche, el barco se estremeció extrañamente y oí a los marineros gritar que habíamos chocado contra una roca. Yo no sabía adónde nos habían conducido, pero la bodega se estaba inundando rápidamente y el capitán, incapaz de controlar el barco, decidió salvarse.

Había un único bote y él lo requisó con su acompañante y algunos de sus compinches. Yo no le importaba, por muy princesa que fuese, porque él entendía muy bien la intención de mi padre al enviarme en esta expedición. No había ningún valiente caballero para salvarme. Mis damas se aferraban a sus cojines bordados y se negaban a moverse. Yo forcé la puerta de la cabina y me dirigí a la

cubierta.

La tripulación se había percatado de que su capitán los estaba abandonando. Bajo un cielo salvaje, con una luz azul que recorría los mástiles, y las velas y los cabos azotándolo todo como látigos, todos se apiñaron junto a una baranda con todo tipo de armas y herramientas en las manos, luchando por llegar al bote que ahora estaba volcado pero aún no se ha liberado. Yo salía a la puerta bajo el timón, que giraba como loco, y observé cómo se mataban unos a otros. La cuerda se cortó repentinamente y el bote comenzó a alejarse, y los que quedaban a bordo se lanzaron hacia él en su frenesí por escapar de lo que estaban seguros era un barco condenado.

En unos instantes, la cubierta quedó vacía salvo por los muertos, que con extraña animación resbalaban de baranda en baranda. El bote desapareció detrás de enormes olas. Solos los dos, excepto por mis acobardadas doncellas, el barco condenado y yo nos adentramos en mar abierta.

La roca con la que habíamos chocado formaba parte de un saliente del archipiélago que pocos navegantes conocían. Estaba en una dirección por la que ningún hombre en su sano juicio tendría necesidad de aventurarse. Pero antes de que el barco pudiera hundirse, encalló. A la terrible luz de la tormenta, la costa en la que estábamos era visible solo como un torbellino de negros fragmentos. Mis damas se negaban a abandonar la familiaridad del camarote, a pesar de que la cubierta se sacudió debajo de ellas cuando el barco corcoveó para liberarse de las rocas que lo sujetaban. Las maldije por tontas y, amarrándome el pelo largo en una coleta y tomando un cuchillo y fósforos, trepé por el trinquete y salté a la oscuridad.

Me desperté a una hermosa mañana por encima de la marea, medio enterrada en la arena. Cuando me incorporé y miré los tristes restos del barco, lloré. No me detuve a pensar por qué; en ese momento, sin audiencia humana; hice eso. El barco estaba sumergido; excepto por los mástiles, que se inclinaban cada uno en una dirección diferente. Nadie se aferraba a ellos. Yo estaba segura de que mis doncellas habían perecido en la tormenta.

Cuando me senté, dejé en la arena mojada una muesca de mi propia

forma. Tiró de mí el cabello, que rehusaba ser liberado de su prisión en la tierra. Estaba trenzado de algas y terriblemente enredado. Tomé el cuchillo y lo corté, luego me levanté con cuidado. Yo no estaba herida. Había nadado con fuerza y rapidez hasta la orilla, pero sin poder hallar un modo de remontar este tramo arenoso hasta la tierra más arriba. Busqué con atención ese camino y, cuando por fin lo vi, renqueé hasta un área de hierba frente a un frondoso bosque.

Pronto se hizo evidente que no iba a estar sola tras el naufragio.

Hombres cetrinos emergieron del bosque, y yo, de espaldas al borde del acantilado, no tuve escapatoria. Los naufragados restos los habían atraído y procedieron a saquearlos, mientras yo, atada a un tronco y custodiada por un anciano, observaba.

Estos hombres vestían una extraña parodia del estilo de mi patria. Llevaban calzones, pero en forma de muchas pieles pequeñas juntas; evidentemente, en esa isla no había ganado. Sus camisas eran de una hechura similar, con una especie de armadura de caña entretejida a través. Parecían carecer de metal. Ciertamente carecían de refinamiento.

Después de zambullirse y nadar con entusiasmo alrededor de los restos del naufragio, y de pelear en la orilla por lo que encontraban, me ayudaron a levantarme y marchamos por una trocha que atravesaba el bosque. Ellos comparaban sus premios: uno tenía un arpón de pescado, otro un alfilete de seguridad, mientras que un tercero había soltado el timón del barco y se lo había cargado al hombro. Desconcertados por mis instrumentos, los conservaron sólo porque eran de metal y lo bastante livianos para transportarlos. Hablaban este idioma, aunque toscamente y con un acento verdaderamente criminal. Los tomé por piratas náufragos o descendientes de tales, mientras que a mí me tomaron por un muchacho.

Podría haber pensado que mi virtud, si no mi vida, estaba a salvo en este malentendido, pero algunos me miraban con lascivia a pesar de ello. Procuré hacerme el mudo para que no oyeran mi voz, y también para que, si me tomaban por extranjero e ignorante de su lengua, hablaran más libremente entre ellos.

En cualquiervaso, dudo de que hubieran pensado en la precaución. Discurrieron alegremente sobre sus premios y discutieron cómo deberían ocultar la mejor parte a los sacerdotes, que al parecer los gobernaban. Con mi estrategia establecida yo no podía preguntar nada acerca de estos sacerdotes, pero ese detalle despertó mi curiosidad. Aparentemente, estas personas se entregaban al tipo de proscrita idolatría de las tierras como la mía, aunque prosperaban bajo la prohibición. En resumen, adoraban a los desales, los desalinizadores.

Yo no podía imaginar qué podían saber ellos sobre los desaladores en un lugar tan atrasado, aunque pronto lo sabría y me asombraría de mi propia ignorancia. Me llevaron a un descuidado poblado donde me tiraban mucho de los cabellos y me enseñaron los alrededores, alardeando de los grandes tesoros del naufragio, algo de lo más imprudente, de modo que la mayoría de la población de la aldea corrió de inmediato a reclamar su parte. Luego me llevaron frente a una mejor casa donde vivían sus sacerdotes.

Cuando salieron los sacerdotes, vi hombres embarrados y harapientos de rostros demacrados. Me hicieron desfilar de nuevo ante los seis y discutieron mi destino, al tiempo que yo me esforzaba por aprender tanto como fuera posible observando a mi alrededor y escuchando. Divisé en la oscurecida puerta de la casa a una mujer, mucho más limpia, de aspecto altivo y finamente vestida con abalorios y con lo que parecían joyas. Ella a su vez me estaba evaluando. Yo no podía entender lo que había en aquellos ojos, pero su mirada era penetrante.

Fue decidido encarcelarme hasta que se supiera mi origen y posible uso. Me llevaron a una destartalada choza en las afueras del poblado. Tenía una sola entrada y estaba construida en una ladera. Arrojada a la oscuridad claustrofóbica, observé con una mezcla de desesperación y desconcierto por mi repentina caída cómo se cerraba la tosca puerta de madera. Dudé sobre si revelarme como mujer y afirmar que mi fragilidad requería un trato más amable, pero me abstuve al descubrir que tenía un compañero en esta prisión.

Era un anciano, tan excéntrico como yo, del que los demás se habían cansado y habían echado aquí. Sus primeras palabras para

mí, y nunca las olvidaré, fueron: —¿Te gustan los tenedores con dientes largos o los tenedores con dientes cortos?

Consideré esa pregunta cuidadosamente antes de responder. Después de todo, nuestra amistad podía basarse en mi respuesta. Finalmente dije: —Prefiero un tenedor con dientes largos, ya que uno puede ser más delicado con él.

Él quedó encantado. Me estrechó la mano y se presentó, luego, en un monólogo ininterrumpido, pasó el resto del día describiéndose a sí mismo, este lugar y su situación. No tuve necesidad de interrumpirlo, ya que se anticipaba a todas mis preguntas o hablaba con tanto detalle enciclopédico que no me fue menester hablar.

Este lugar era, de hecho, un asentamiento de piratas proscritos. Esta muchedumbre no tenía habilidades en la construcción de barcos. En realidad no tenían ninguna habilidad aparte de recoger lo que traía la marea. Había algunas mujeres y, después de casi treinta años aquí, se estaban convirtiendo en una comunidad.

Cuando llegaron habían encontrado la isla ya habitada por un grupo muy pequeño que parecía descender de un lote de náufragos anterior. Este primer grupo se estaba extinguiendo, al parecer porque los perseguía un Viento.

Esto me asombró. De hecho, había un desalinizador en la isla. Más tarde me enteré de que había incluso desales en el fondo del océano y, al parecer, bajo los perpetuos glaciares en los polos norte y sur. Sus acciones son siempre misteriosas. Éste, desde antes de la memoria viva, se había encargado de matar personas al azar. Cuando no mataba, dejaba estériles a hombres y mujeres.

Con la llegada de estos nuevos náufragos, pareció cambiar ligeramente su comportamiento. Dejó de matar, pero ahora no permitía que ninguna mujer se acercara a él, excepto una en el momento de su elección. Esto lo tomaban los llegados y los indígenas como un signo de importancia religiosa. La llegada de nuevas personas se tomaba como una bendición y se recibían con los brazos abiertos. Se estableció un nuevo orden por el cual se elegía a una mujer como mediadora para el desalador. Nadie podía acercarse a ella, salvo bajo su protección.

Mi curiosidad sobre el método de matar del desalador quedó satisfecha cuando el anciano me habló sobre las nubes miasmáticas y las extrañas enfermedades que se extendían desde la ubicación del desalador. Los desales no se mueven como tales, como sabrás, aunque algunos tienen mandatarios que cumplen su voluntad. Este no tenía tales agentes, sino que disponía de una sensibilidad sobrenatural al viento y a otras corrientes. Envenenaba a distancia.

La gente había aprendido a interpretar al desalador a través de su mediadora. Se interesaba principalmente por los asuntos domésticos, el matrimonio y la herencia. Esto me pareció extremadamente extraño y lo atribuí a que el desalador en realidad estaba en silencio y que la sacerdotisa confiaba en su propio juicio para gobernar los asuntos locales.

Los desales, como todos los Vientos, no son mudos. Se sabe que actúan espontáneamente, hablan incluso, pero por lo general lo que dicen es incoherente o totalmente irrelevante para los intereses humanos. Yo creía que esta gente se gobernaba por sus supersticiones sobre el desalador, más que por las verdaderas acciones del mismo.

Al día siguiente me sacaron de la prisión y me dijeron que era propiedad de uno de los hombres que me había encontrado por primera vez. Debía ayudarlo con su agricultura, más bien con la jardinería, ya que él no tenía la habilidad para cultivar más que unas pocas raíces y arbustos de bayas. Yo accedí.

Aunque esta situación no podía continuar. Mi intención no era ser un esclavo aquí. Si no podía escapar de ninguna manera, resolví gobernar y convertir a estos salvajes en personas más dóciles a la civilización. Había mucho que yo podía enseñarles. Empecé con mi jardinería, mostrándoles los beneficios de sembrar dos tipos de cultivos juntos para que se fortalecieran mutuamente, manteniendo alejadas las plagas y enriqueciendo las raíces. Mientras hacía esto, me preguntaba cómo podría llegar a controlar la comunidad.

Ellos seguían tomándome por un hombre joven. Yo hablaba poco y me las arreglaba para permanecer al menos un poco sucio —no es que esto fuera difícil en tareas de jardinería— para ocultar la suavidad de mi piel. Como la ilusión era tan grande, comencé a

notar que las mujeres jóvenes de la comunidad me lanzaban miradas. Esto me dio una idea.

Recordé la mirada que me había echado su sacerdotisa y me percaté de su significado. Aunque ella era poco vista, me las ingeniaba para que ella me viera a mí. También sabía que se acercaba el día señalado por el desalador para explotar su carga nuclear debajo del continente. Yo no estaba segura, pero confiaba en que su efecto se notara algo aquí.

Pude comprobar que esta mujer era muy supersticiosa y que creía en su papel de mediadora del Viento. Yo me dejaba ver por ella y, cuando ella lanzaba una mirada, yo se la devolvía. Nos separaba su requisito de permanecer en todo momento en la casa del sacerdote o en la del desalador, pero esto para mí era una ventaja.

Teniendo algo de libertad, más cuando yo instruía a mi amo y él veía mayor provecho en mi buena voluntad, logré demorarme varios días seguidos detrás de la casa del sacerdote, dejando claro mi deseo a la sacerdotisa sentada junto a la ventana. Cuando amaneció el día en que el Viento provocaría su explosión, me levanté temprano y fui hasta la casa. Golpeando suavemente su persiana hasta que la abrió, me di a conocer. Ella inmediatamente me invitó a pasar, pero me negué y susurré sobre los ancianos que la retenían ahí. ¿Y si nos descubrían?

Ella asintió, frustrada. La restricción de permanecer ahí o en la casa el Viento era, me dijo, meramente una artimaña por medio de la cual los viejos se la quedaban. Nunca había tenido las atenciones de un joven y las deseaba mucho. Ella accedió de inmediato cuando le sugerí que se retirara esa noche para consultar con el desalador y se reuniera conmigo en el bosque.

Yo no tenía ni idea de qué esperar. La tradición decía que el Viento mataba a todas las mujeres que entraban en sus límites, excepto a la que elegía como mediadora. Yo pensaba que esto era una superstición, pero una de la que podía servirme. Trabajé duro ese día para que mi amo no pudiera encontrar ninguna falta y, cuando me dio permiso para irme, recogí mi cuchillo y las cerillas y me dirigí al bosque.

Cuando caía la noche ella apareció caminando vacilante hacia el bosque, perfumada como en su mejor momento. Yo aparecí en el camino ante ella y le hice una reverencia, pero cuando ella corrió hacia mí me retiré y le dije que estábamos demasiado cerca de la ciudad y temía que me descubrieran. Después de todo era una isla pequeña.

Ella estuvo de acuerdo, pero ¿adónde podíamos ir? Había un lugar, avancé yo, donde nadie nos molestaría, donde de hecho nadie estaba a salvo. La casa del desalador.

Ella objetó. La idea de tener relaciones en su propio santuario la horrorizaba. Pero yo no me desanimé y, con algunas caricias y súplicas murmuradas, dejé que me persiguiera y se adentrara en el bosque hasta que estuvimos cerca del desalador mismo. Entonces renové mis peticiones, pues, para ese momento, ella de ninguna manera me rechazaría.

Nos acercamos a la casa del desalador cuando el sol se ponía detrás de ésta. Parecía como la mayoría de las casas de los desales: una amplia extensión, de material blanco similar a la piedra, elevada a lo largo de muchos metros hasta una aguja que se erguía casi cincuenta metros por encima del bosque circundante. Agujas más pequeñas hacían de centinelas alrededor de las afueras del pavimento, donde el bosque hacía tímidas incursiones, pero sólo hasta ese límite. Más allá de las torres centinela, el material estaba limpio y libre de escombros, incluso de guijarros. La mayoría de los desaladores aparecen así, ya sea hundidos en un lago, en la cima de una montaña o (como en las tierras orientales) en el centro de una ciudad.

Su principal característica discriminatoria es el tenue grabado en su superficie: rectángulos, octágonos u otras formas, siempre en una configuración diferente. Estas líneas representan aperturas o, al menos, potenciales aperturas. Algunas se abren en respuesta a condiciones particulares, otras pueden abrirlas seres humanos si son emprendedores y si poseen la inteligencia o la tecnología para hacerlo. En Iapysia siempre estudiamos los desaladores con la vista puesta en abrir todas sus puertas, pero siempre es motivo de especial ocasión cuando se desbloquea una. También hay puertas que a veces se vuelven a cerrar y luego no se pueden abrir de

ninguna manera.

Siempre ha sido así. Los desales son anteriores a nuestros primeros registros, y se remontan a mil años atrás. Parecen provenir del mismo comienzo del mundo. No sabemos cuál es su origen, aunque creo que tú sí lo sabes. ¿Cómo no vas a saberlo? Dices que eres más viejo que ellos incluso.

Ellos nos han guiado en el desarrollo de nuestra civilización. Como describí, encuentran minerales para nosotros, y también curan plagas y se sabe que cultivan nuevas especies de plantas para nuestra alimentación. Nosotros tomamos todo eso como regalos. Se nos dan fuera de esas puertas, cuando hombres o mujeres con coraje entran a buscar lo que pueden. Cada puerta suele revelar una cosa, pero algunas tienen muros donde aparecen frescos y otras expresiones simbólicas. Es mediante estos diseños que se comunican.

Como dije, a veces emplean agentes. Puede verse que una puerta se abre en el vértice de una aguja y de ella sale una bandada de pájaros. O las bestias nocturnas pueden anidar en puertas abiertas demasiado pequeñas para la entrada humana. Los Vientos ministran no sólo al Hombre, lo sabemos. Esas culturas que los adoran afirman que son los creadores de este mundo y de todo lo que hay en él. Los Vientos lo niegan. Aunque lo niegan, no nos iluminan en cuanto a su verdadera naturaleza, más allá de la simple afirmación de que son exactamente lo que parecen ser. Son ellos mismos, son Vientos.

Cuando la sacerdotisa tomó mi mano y me llevó a la blanca y vacía planicie, yo casi esperaba ser abatida de inmediato. La misoginia del Viento podría no ser solo una leyenda. Al no morir, me animé, incluso reí y corrí con la sacerdotisa, sin dejar de mirar la abertura hexagonal a la que ella se dirigía.

Tenía unos dos metros de ancho y se abría justo donde la pendiente del Viento se volvía demasiado empinada para escalar. Me detuve un momento para mirar atrás y orientarme. Me encontraba al nivel de las copas de los árboles, con toda la isla extendida debajo. Sólo se me permitió echar un vistazo, ya que la sacerdotisa tiraba de mí.

Me abrazó allí mismo, pero luché por liberarme y encendí una cerilla. Ella mostró una expresión triste, quedando muy cerca de mí, pero me dejó echar un vistazo. Esta habitación era como otra que yo había visto en mi propio país, redonda y con techo y suelo abovedados, de unos diez metros de ancho. En el centro había un pilar elevado con una abertura en la parte superior. Bajé hasta esa columna y miré por la abertura. Un negro insondable. ¿Quién sabía lo que podía surgir de ahí? No era de extrañar que despertara temor religioso en estas personas.

—Ven —Ella era ahora muy insistente, me agarró del brazo para llevarme a su lado. Yo me estaba quedando sin tiempo.

Di un paso atrás, rodeando el otro lado del estrado abierto. Encendiendo otro fósforo y aplicándolo a una pequeña antorcha que había traído, le dije: —Lamento haberla engañado, señora, pero me fue ordenado.

—¿Ordenado? —Ella se puso en pie—. ¿De qué estás hablando?

—No soy lo que parezco. Yo no vengo del barco naufragado —Esta declaración la detuvo cuando comenzaba a rodear el estrado. En su lugar, se movió para ponerlo entre nosotras otra vez. Ella me preguntó con la mirada.

La hora era la adecuada. Asentí hacia ella: —Ha servido bien al desalador. No dudo que se haya enorgullecido de ello, pero también sé que a veces desearía usted ser normal y vivir como las demás con un marido, quizá con hijos.

—¿De dónde eres? —susurró ella con los ojos muy abiertos en la temblorosa luz.

Dejé la antorcha y me desaté el jubón, mostrándole mis senos: —soy como usted. Estoy aquí y vivo. El Viento me ha elegido como su sucesora. Yo estaba segura de poder manejar a esos viejos que la habían gobernado. Serían los primeros en irse una vez que yo estuviera al mando. Sonreí: —Estás libre.

—¡No! Este es un truco barato —su deseo se había extinguido, pero ahora estaba enojada. Yo ya había anticipado eso.

—Sabíamos que no lo creería fácilmente, lo cual es bueno —dije—. No fue elegida por ser crédula. Siendo así, sin embargo, ¿necesita una demostración de que lo que digo es verdad?

Ella asintió con cautela.

—Bien. Tendremos una—. Si la manifestación no llegaba y si no podíamos resolver nuestras diferencias, yo podría verme obligada a asesinar a esta chica. Luego simplemente esperaría a los sacerdotes aquí por la mañana y tomaría el relevo de ella de esa forma. Yo no tenía coraje para este método y contaba con el hecho de que, cuando un desalinizador actúa, todos los demás en un radio de cien kilómetros reaccionan.

No tuvimos que esperar mucho. Primero se oyó un débil retumbar debajo de nuestros pies. La chica gritó y se alejó del estrado abierto. Aunque ella había estado esperando algo, ahora tenía mucho miedo. Nunca se sabía lo que un Viento podía llegar hacer.

De repente hubo un violento estremecimiento del sólido lecho de roca. Afuera, un vendaval sopló de la nada, y oímos el crujido de los árboles y el rugido de las hojas. Un débil resplandor blanco se instaló en lo alto de una aguja centinela visible a través de la entrada.

Ella gritó: —¡Detente, por favor! ¡Te creo!

—Está bien —dije, aunque en verdad no tenía idea de cómo cesaría, si acaso cesaba, esta manifestación.

Entonces la puerta se cerró.

Ella y yo corrimos hacia la puerta al unísono, agitando la antorcha, como si fuera un talismán, para abrirla de nuevo. No quedó ni un rastro de que hubiera habido antes una puerta allí, excepto por la mitad de un palo arrastrado por la brisa que había quedado atrapado y se había partido durante el cierre. Ambas nos miramos y ella supo en ese momento que yo no tenía más control sobre el desalador que ella.

El estrado en el centro del suelo desapareció de pronto, dejando un

agujero negro. El suelo del desalador se distorsionó y descendió para formar un embudo. No había nada a lo que aferrarse. Primero cayó ella, con un grito desesperado, luego resbalé yo hacia abajo y hacia el interior de esa oscura abertura.

Abrí los ojos hacia una extraña visión. Me hallaba en el fondo de un pozo de tres metros de ancho. La parte superior era invisible en la oscuridad. El fondo era curvo, de la misma sustancia blanca y resbaladiza que el anterior, pero suave. A mi alrededor, en las paredes del tubo, aparecían y desaparecían extrañas imágenes, como frescos en movimiento.

Lloré, traté de no mirar y escondí la cara entre las manos, temerosa de no sabía qué. Me sentí obligada a examinar mi alrededor, al menos a mirar hacia arriba en caso de que algo me cayera encima desde ese pozo. Me imaginé todo tipo de terrores cayendo desde arriba: pistones gigantes, agua, brazos monstruosos que bajaban para atraparme. No ocurrió nada, excepto la contínua panoplia que se desplegaba en las paredes a mi alrededor. No pude evitar durante mucho tiempo mirar las imágenes en movimiento.

Hipnotizada, observé cómo se desarrollaba un catálogo pictográfico del mundo. Imágenes incompletas de miles de cosas rodando hacia adelante y hacia atrás. Las imágenes giraban hacia una conclusión apocalíptica. El movimiento vertiginoso y las luces parpadeantes fueron demasiado para mí. Extendí la mano y grité: —¡Alto!

Mi palma abierta se estrelló contra la pared. Milagrosamente, las pictografías que había golpeado se paralizaron en su lugar, como si estuvieran pintadas. El resto continuó moviéndose alrededor de esta pequeña isla repentina.

Retiré la mano. Los pictogramas permanecieron inmóviles.

¿Había visto la sacerdotisa lo que yo estaba viendo? Quizá así había elegido el desalador a sus ministros en el pasado. Bien podía imaginarme a esas otras mujeres acobardadas como yo, mirando sin comprender cómo pasaban volando esas imágenes, tal vez para ser arrojadas más tarde por el desalador hacia los brazos de la asombrada gente que la esperaba. Los aldeanos habrían exigido saber qué significaban las imágenes. Sería como si te dieran un libro

en un idioma desconocido y te amenazaran con matarte a menos que explicaras su significado.

Tal vez ninguna de esas otras mujeres había tenido el coraje o la ira de intentar tocar las imágenes. Por tanto, nunca habrían descubierto que podían detenerlas o, como descubrí yo en los minutos siguientes, moverlas.

Primero alargué la mano para tocar tentativamente otro pictograma. Éste se detuvo al instante. Envalentonada, probé algunos más. Pronto obtuve un pequeño conjunto de rocas en un flujo de imágenes en movimiento. Cada una parecía significativa: un árbol, una nube, un castillo, una casa. La mayoría eran imágenes de la naturaleza, pero también había hombres y mujeres, aunque iban vestidos de forma extraña. ¿Cómo? Bueno, principalmente como si sus ropas hubieran sido pintadas. Algunos tenían halos de rayos de sol alrededor de la cabeza y mochilas en la espalda. La mayoría de estas pictografías tenían un fondo de negrura y estrellas.

Una imagen que toqué pareció desencajada cuando se detuvo. La toqué de nuevo y se movió en su lugar. Toqué la pared con el dedo y lo pasé lentamente. Para mi asombro, el pictograma lo siguió.

Probablemente sería dudoso que alguien desde esa posición no organizara las pictografías. Incluso sólo a nivel estético tenía sentido agruparlas, de modo que pudieran verse todas sin tener que darse la vuelta. Pronto tuve diez o más de ellas alineadas frente a mí. El resto seguía dando vueltas, pero yo tenía menos miedo ahora que sabía que podía controlarlas.

Inmediatamente hice otro descubrimiento. Si dos o más imágenes se superponían, ambas parpadeaban durante unos segundos y luego desaparecerían y eran reemplazadas por otras diferentes.

Estas nuevas imágenes eran la respuesta del desalador.

Verás, cuando moví el pez pictográfico sobre el río sinuoso, fila tras fila de formas de peces aparecieron en la pared por encima de mí. Reconocí algunos que yo había comido o visto dibujados en libros ilustrados. Cuando arrastré la pictografía de una carpa sobre la de un ojo, me encontré mirando un dibujo muy detallado del ojo de

una carpa, completo y con pequeñas líneas de texto encima y debajo, escrito que usaba nuestro alfabeto, pero en un idioma que yo no sabía reconocer.

Me emocioné mucho. Muy posiblemente nunca saldría de ese lugar, pero casi no importaba. Durante largas horas, hasta que la sed y el agotamiento me abrumaron, arreglé imágenes y observé cómo respondía el desalador.

Me desperté medio delirando por la sed. El deseo de agua me consumía y, durante un rato, grité y golpeé las paredes, medio convencida de que algún agente humano observaba al otro lado. No hubo respuesta.

Había una serie de representaciones de agua en las paredes. Junté el animal y la gota de lluvia. Los pictogramas desaparecieron y luego reaparecieron sin cambios. Esto sucedía, según había llegado a creer yo, cuando el desalador no entendía la pregunta.

Junté una calavera, una forma humana y una imagen del sol. Otra vez nada. Esto continuó durante bastante tiempo, pero yo estaba obstinadamente determinada, ya que la sed no es una necesidad que puedas ignorar. No recuerdo la combinación exacta que funcionó, pero de repente oí un ruido metálico en lo alto y, al mirar arriba, recibí una bocanada de agua helada.

Cuando cesó el aguacero, estaba hundida hasta las rodillas. Aún así estaba agradecida. Es más, sentí un resplandor triunfal. Después de todo, había hablado con un Viento, le había pedido un favor y me lo había concedido.

Las otras mujeres probablemente habían sido expulsadas al no comprender que el desalador quería hablar. A mí me mantuvo, mientras pasaban varios días y yo adquiría fluidez en su extraño discurso visual. No parecía haber nada que no me dijera, siempre que supiera cómo preguntar. Esa fue la parte más frustrante, porque yo quería conocer su historia y la de mi pueblo; Quería saber de dónde había venido el mundo y hacia dónde se dirigía. Mi imaginación fracasaba por completo cuando se trataba de formular tales preguntas en figuras de palitos y glifos.

Pero podía hacer que el desalador actuara por mí. Insistí en el sol hasta que la parte superior del pozo desapareció y la luz del día cayó sobre mí. Pedí que se llevaran mis desechos y el suelo se los tragó mientras yo dormía. Pedí comida y recibí frutas y bayas.

Aprendí dos cosas que me convirtieron en la reina de Iapysia. La primera fue que podía pintar mis propias imágenes y congelarlas en la pared. Lo segundo que descubrí fue un tesoro de información sobre los propios desales.

Me encontré con ello cuando toqué un globito giratorio y éste se aplanó en un mapa del mundo. Los continentes estaban claros, y pronto tuve mi propia nación extendida ante mí, con intrincados colores y formas que mostraban accidentes geográficos y vegetación. Desde entonces nunca he visto algo así. Estaba salpicado de diminutos glifos cupulares, que al principio tomé por ciudades, de no ser por que estaban en todos los lugares equivocados y, al final, me percaté de que eran desales.

Estaban unidos por finas líneas en una especie de telaraña. Los desales están unidos por un sistema de calzadas subterráneas, algo que la tradición dice ser cierto, pero de lo que no teníamos pruebas. En ese momento yo podía verlo. Y pude ver el camino que unía mi desalador con otros en el continente.

Yo había pintado un autorretrato, y me llegó una inspiración. Arrastré ese retrato a la isla en el mapa donde yo pensé que estaba. El retrato se desvaneció y reapareció en miniatura junto a la pequeña figura de la cúpula. El desalador me había dicho que yo estaba en lo cierto. Esa era la isla en la que estaba.

A continuación, arrastré mi pequeño retrato hasta la línea de la carretera que discurría bajo el mar entre la isla y el continente. Al instante, el retrato se movió de debajo de mis dedos y se deslizó a lo largo de la carretera para esperar destellando en la cúpula de un desalador del continente.

Toqué el retrato. Dejó de parpadear.

Y algo en lo alto bloqueó el sol cuando un sonido retumbante y profundo comenzó a formarse a mi alrededor.

Tuve tiempo de dar una orden más detallada antes de que el suelo cediera bajo mis pies y yo cayera en la oscura corriente ciclónica de la carretera.

§ § §

Me desperté con la luz del sol calentándome la cara. Escuché murmullos de asombro y miedo. Al abrir los ojos, vi los rostros de mis propios compatriotas. Hablaban con los acentos de la provincia de Santel, cuya ciudad tiene un desalador en el cerro que la domina.

Me incorporé en una cámara cúbica de tres metros de lado. Una puerta cuadrada se abría a la luz del sol, cuatro campesinos me miraban.

Habían visto una puerta abierta la noche anterior. A la mañana siguiente se armaron de valor para acercarse, y la gente del pueblo, alertada, no se quedó atrás. Una multitud estaba reunida cuando salí de este desalador, a cuatrocientos kilómetros del que había entrado días antes, y me enfrenté a mi silenciosa gente.

En las paredes de la cámara de la que venía había visiones que yo había creado con la ayuda del desalador. Estos frescos indelebles estaban dispuestos alrededor de mi retrato, la corona estatal de Iapysia flotaba sobre mi cabeza. A estos, el desalador había agregado su propio panorama, una especie de procesión que recorría toda la cámara.

Desde ese momento, cuando el pueblo vio que los Vientos me habían bendecido como reina, mi sucesión al trono quedó garantizada.

El panorama creado por el desalador, sin embargo, tiene un significado diferente para mí que para mi gente. La gente cree que es una cronología de mi linaje. Para mí muestra todas las etapas del desarrollo de la humanidad en este planeta, porque cada escena del panorama muestra algo de nuestra historia, algún punto de inflexión importante: la fundación de religiones, de dinastías, de leyes y filosofías.

Para mí, las figuras mudas hablan de la invención de la humanidad: de nuestra propia creación de las facultades que tomamos como divinamente ordenadas, nuestra razón, nuestra moral, nuestra ciencia, incluso el propósito de nuestro mundo. Todas son, creo, de nuestra propia generación.

Si hay algo que me pregunto ahora, es esto: si somos nuestra propia creación, ¿de dónde vienen los Vientos? No los entiendo, y me asustan.

De todas las cosas, sólo ellos me asustan.

§ § §

Galas estaba bebiendo una copa de vino frío, con un cuenco de frutas delante de ella en el parapeto más alto del palacio, cuando irrumpió el general Mattias. El líder de sus defensas normalmente estaba de mal humor, pero ahora estaba realmente furioso. Un grupito de hombres y sirvientas caminaba detrás de él como humo azotado por el viento. —¿Por qué no me lo dijo? —le rugió a la reina mientras se alzaba sobre ella.

Galas había desayunado con Maut después de contar su historia y, aunque no había dormido, se había sentido extrañamente en paz. Ella parpadeó a Mattias aturdida: —¿Decirle qué?

—¡Quién era él!

Con cuidado, tomó una pasa y la masticó por un rato antes de decir: —De verdad, Mattias, no sé de quién estás hablando.

—¿Ah, no? Ha estado encerrada con el bastardo durante dos días. ¿Soy tan viejo y débil que ya no se me puede confiar información estratégica? ¿O me lo iba a presentar todo como hecho?

Estaba muy enojado. Galas se enderezó: —Espera, espera, algo va mal aquí. Mattias, yo nunca haría nada para cuestionar tu mando. ¿Qué es lo que crees que he hecho?

—¡El general Armígero es su invitado! Acabo de enterarme por las criadas. ¡Y nunca me lo dijo!

Por un momento Galas lo miró boquiabierta. Luego se dio cuenta y recordó la noche anterior, cuando le había preguntado a Maut qué podía él hacer por ella, y él había sonreído y dicho que lo sabría al mediodía.

Miró el reloj de sol integrado en su mesa. Era mediodía.

Galas se echó a reír. Empezó como una risita, pero cuando vio que los ojos de Mattias se abrían de indignación, no pudo contenerse más. Arrojando descuidadamente su copa de vino a un lado, se recostó en su silla y dejó que el sonido de su deleite se elevara por encima del asedio, por encima del aire mismo, hasta los mismos cielos.

21

Por la mañana, Jordan despertó al oír a Suneil salir del vagón. Probablemente ha ido a mear, pensó al principio, pero el hombre no volvió.

Este era el tipo de cosas que impedía que uno se volviera a dormir. El sol aún no había salido y afuera estaba helado. Jordan ya había estado despierto la mitad de la noche, escuchando a la reina Galas contarle su historia a Armígero. Cuando ella terminó, él había caído en un sueño sin sueños, pero aparentemente breve. Luego probó varias posiciones diferentes, acostado de lado, boca arriba con un brazo sobre la cara, incluso acurrucado, pero no pudo volver a dormirse y Suneil tampoco volvía.

Finalmente se levantó, temblando, y llegó hasta la puerta trasera para mirar. El horizonte era de plata pulida, el color más frío que Jordan había visto jamás.

Suneil estaba muy quieto, mirando a nada en particular. Tenía las manos metidas en los bolsillos de un largo abrigo de lana. De vez en cuando miraba hacia abajo y pateaba un montón de tierra a sus pies.

Jordan pasó la lona y volvió a acostarse. La vista lo había perturbado, aunque al principio no podía decidir por qué. Cuando el sol se asomó por el horizonte y Suneil regresó para salvar su última media hora de descanso, Jordan se había dado cuenta de que rara vez había visto una imagen tan perfecta de un hombre que luchaba con una decisión importante; y era significativo que Suneil no les hubiera dicho nada en los últimos días a su sobrina o a Jordan sobre tales preocupaciones.

§ § §

En medio de la nada, con campos dispersos a izquierda y derecha, Suneil dijo: —Esta es la ciudad de Rhiene.

—¿Eh? —Jordan se quedó mirando la cabaña de un desaliñado

campesino atascado en su propia pocilga cerca de la carretera—. ¿Eso? —Había oído hablar de Rhiene toda su vida. Era una de las grandes ciudades de Iapysia, legendaria por sus jardines y universidad. Se suponía que también habría un desalador en Rhiene, y grandes colegios religiosos dedicados a su estudio.

Suneil se rió. Estaban sentados juntos en la parte delantera del carro. Tamsin había decidido caminar un rato y ahora estaba unos metros más adelante, inclinando la cabeza de un lado a otro al compás de una rima interna, con las manos siguiendo el rirmo a los costados.

Suneil señaló una caída de colinas bajas más adelante: —Allá.

Las colinas formaban un extraño arco en la llanura, por lo demás llana, y disminuían en ambas direcciones. Ninguna tenía más de veinte metros de altura, y ahora que miraba con más atención, Jordan vio numerosos edificios dispersos entre los más lejanos, y delgadas estelas de humo que se elevaban más allá de ellos. Una torre de piedra se levantaba cerca del camino por delante. El tráfico en la carretera había aumentado durante el último día hasta que ahora formaban parte de un flujo constante de carretas, caballos y gente caminando, todos en dirección a las colinas. A lo lejos, hacia el sur, vio otro camino parecido que convergía en lo que era una larga muralla de colinas onduladas.

Sin embargo, no había ciudad. Sólo esos edificios dispersos.

—No entiendo. ¿Es subterráneo?

De nuevo Suneil rió: —No. Bueno, sí, en partes. Ya lo verás —sonrió misteriosamente.

Siguieron el camino alrededor de varias curvas. La tierra aquí parecía como si se hubiera vuelto líquida en algún momento del pasado remoto, y hubiera volado en ondas que luego se habían congelado en el acto. Rocas gigantes sobresalían de la tierra aquí y allá; apenas parecían desgastadas.

Varias carreteras secundarias se unieron a la suya hasta que el flujo de tráfico se volvió denso y ruidoso. Los vendedores surgían

andando por el camino ofreciendo carnes dulces y pescado fresco. Todavía no había ciudad a la vista, pero Jordan oía gaviotas y vio varias elevarse por encima de la siguiente elevación.

Los constructores de Rhiene habían ensanchado el camino sabiamente después de esa subida, porque una buena mitad de todos los viajeros que venían aquí debían de haberse detenido en seco al llegar allí. Tamsin lo hizo, y Jordan se puso de pie y gritó con incredulidad. Suneil simplemente sonrió.

Primero vio el arco neblinoso azulado de una costa lejana y, por encima de él, unos acantilados blanqueados por el sol que se elevaban casi rectos sobre el agua reluciente. Luego sus ojos abarcaron toda la extensión del lugar: esos acantilados distantes eran similares a la cima a la que había llegado su carreta. De hecho, los acantilados formaban un vasto círculo que abarcaban una profunda cuenca de fondo llano en la tierra. Un lago llenaba la mayor parte de la cuenca. Desde aquí, Jordan podía ver veleros como diminutos trozos de plumas blancas punteándolo. En el mismo centro de la cuenca, una aguja de roca con motas verdes se alzaba sobre el agua. Edificios de color coral adornaban la aguja. Había muelles en su base.

—Rhiene —dijo Suneil señalando hacia abajo.

El camino serpenteaba por un conjunto de curvas hacia lo que al principio parecía una ruina cubierta de maleza. Rhiene estaba verde por la hiedra, por el bosque y por los líquenes, y Jordan no pudo distinguir los edificios hasta que percibió que los jardines que veía estaban todos en los tejados de las casas y las torres. Rhiene se extendía a lo largo del arco del acantilado a kilómetros en cualquier dirección, y las lenguas del malecón y el embarcadero convertían la orilla más cercana del lago en un enlazamiento de geometría.

Ver esto hizo que todo lo que le había pasado valiera la pena. Jordan sabía que estaba sonriendo como un idiota, pero no le importaba. Decidió en ese instante que Rhiene era donde quería vivir.

—¡Es el lugar más hermoso del mundo! —gritó Tamsin.

—¿Tal vez le gustaría una visita guiada? —dijo un joven elegantemente vestido que había aparecido como por arte de magia junto a su codo.

Tamsin lo miró de arriba abajo: —Largo, puerco trotón —dijo.

El joven se encogió de hombros y se alejó. Asombrado, Jordan se bajó de un salto y se acercó a Tamsin.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó él.

—Todo el mundo quiere ganarse unas monedas —dijo ella—. Dondequiera que vamos hay gente queriendo venderte esto o aquello —suspiró pesadamente—. Se pasean por lugares como éste, arruinándonos el momento a gente como nosotros—. El joven se había acercado a otro carromato y parecía estar regateando con su simplón conductor.

Suneil había puesto en movimiento a los caballos, por lo que ambos comenzaron a caminar: —¿Puerco trotón? —preguntó Jordan.

Ella se sonrojó: —Lo leí en un libro.

Caminaron por un rato, contemplando la vista que se expandía gradualmente. Tamsin dijo poco más, pero tampoco parecía importarle la compañía de Jordan. Después de un rato, Jordan volvió a la carreta y le preguntó a Suneil: —¿Qué harás aquí?.

El anciano asintió hacia la ciudad, que ahora se extendía alrededor y por encima de ellos: —Tengo algunos viejos socios comerciales aquí —dijo—. Quiero ver si puedo pedir algunos favores y empezar de nuevo. La guerra ha terminado, después de todo.

—¿Es aquí donde solías vivir?

—No. Esa es una de las ventajas del lugar —dijo Suneil con tristeza.

Jordan tenía una vívida idea de cómo sería una ciudad en guerra, basándose en lo que había visto en el palacio de verano de la reina. Por clara que pudiera ser esa idea, no podía imaginar soldados en las calles de Rhiene. A pesar de que era una gran ciudad, parecía soñolienta, y sus ciudadanos despreocupados. Tamsin tenía que

señalar los carteles aquí y allá, que estaban firmados con una insignia real. Jordan no sabía leer la escritura, así que ella tradujo: —Es un decreto del Parlamento que acaba con el toque de queda y los registros aleatorios. Supongo que la guerra ha terminado de verdad.

—No ha terminado —dijo él—. La reina sigue luchando. Está atrapada en el palacio de verano, pero tiene muchos suministros y su gente sigue siendo leal.

Tamsin lo miró extrañado: —Ya veo. ¿Tú arreglaste eso? ¿O te lo dijo un pajarito?

—Tengo mis fuentes.

—Ajá —dijo ella—. He aquí el gran vidente.

—¡Ey! —Suneil los saludó desde el carro—. Vamos por este camino.

Pasaron a través de altos muros de piedra hacia un caravasar lleno de gente. Aquí había soldados, muchos de ellos inspeccionando los cargamentos de las carretas entrantes. Mientras revisaban las posesiones de Suneil, con Tamsin chillando protestas, Jordan echó un vistazo a su alrededor. El lugar no era más que un amplio cuadrilátero de paja pulverizada con unos cuantos abrevaderos y cobertizos. Apestaba a estiércol y a humo de leña. Todos los visitantes de la ciudad que no tenían una posada o un amigo a quien visitar se apiñaban aquí. Se peleaban por el espacio para los carros, el agua y los baldes para los despojos. Era un maravilloso caos.

La reina había mencionado a Rhiene en su historia la noche anterior. Su relato no había aclarado mucho en cuanto a la naturaleza de los Vientos. Sin embargo, había algo en eso, como un misterio cuya solución estaba fuera de su alcance. Él había pensado mucho en ello y estaba seguro de que Armígero también sentía esa sensación de conocimiento cercano. A menos que el general ya hubiera visto la respuesta, Jordan, por su parte, no podía.

Pensaba en esto mientras ayudaba a Suneil a encajar el carro en un estrecho espacio cerca de una pared. Jordan fue a buscar agua y

alimento para los caballos y, cuando regresó, Suneil se había puesto ropa de seda fina.

—Voy a visitar a mi gente —dijo—. ¿Nos dejas aquí, jovencito?

Jordan se encogió de hombros: —Con su permiso, pasaré la noche y empezaré de cero por la mañana.

—Bien. Vigila a mi sobrina. Volveré antes de que oscurezca.

—¿Podemos ver la ciudad? —preguntó Tamsin.

—Si queréis. Pero no os perdáis.

Se fue con un paso saltarín. Jordan se volvió hacia Tamsin.

—¿Cómo está tu tobillo?

—Bien.

—¿Te animas a caminar un poco?

Ella le tendió la mano, sonriendo: —Guíe el camino, señor.

§ § §

Rhiene era mucho más grande de lo que parecía desde arriba, y mucho más sucia también. El omnipresente follaje escondía muchas cosas, y Jordan supuso que eso era parte de la idea. Aunque el propósito primordial de la vegetación era mantener a raya a los Vientos.

Una estatua antigua cerca de los muelles mostraba a un hombre y a una mujer levantando las manos hacia el cielo, sosteniendo ramas floridas. Tamsin leyó la placa en la base de la estatua: —La ciudad fue destruida por el desalador hace setecientos años —dijo—. Se reconstró en secreto usando madera recogida, no de la tala de árboles. Consiguieron un equilibrio entre la creación y la destrucción, y los Vientos les permitieron continuar hasta el día de hoy.

—Se supone que aquí hay un desalador —dijo Jordan. La estatua se

encontraba en una concurrida plaza rodeada de casas de comerciantes cubiertas de hiedra. La ciudad se extendía varios kilómetros en cualquier dirección, un hecho visible desde allí, pues esa plaza se hallaba en una rodilla de tierra que sobresalía de la pared del acantilado. El acantilado en sí se elevaba majestuosamente por encima, y su vasta extensión a ambos lados era embriagadora.

—Hay un desalador —dijo Tamsin—. Lo vi en el camino hacia abajo.

—¿Dónde está? —Jordan no estaba seguro de si quería visitarlo o no, después de lo que Galas había dicho sobre ellos. Sin embargo, sabiendo dónde estaba, podría evitarlo.

—Puedes verlo desde aquí —Ella se subió al pedestal de la estatua —. ¿Ves?

Él siguió la línea del brazo. Había algo en la bahía, ligeramente desviado de una línea que podría haber trazado para unir la ciudad con la torre en el centro del lago. Desde aquí solo era visible como un conjunto de púas blancas que sobresalían de la superficie del agua. No había barcos cerca, por lo que juzgar su tamaño no era fácil.

—Lo reconocí porque teníamos uno cerca de donde crecí —dijo ella —. Mi padre me llevó a verlo una vez, cuando yo era pequeña. Ese estaba solo en el desierto, como si estuviera abandonado, pero mi padre me dijo que estaba vivo y que no deberíamos acercarnos demasiado. Es extraño ver uno bajo el agua.

—Bueno, al menos no está en la ciudad —dijo él.

—¡Ey, bájate de ahí! —gritó una mujer que pasaba. Tamsin saltó desde la base de la estatua. Algunas cabezas se giraron, pero nadie los detuvo mientras ambos corrían cuesta abajo hacia los muelles.

En las historias que Jordan había leído, los muelles de una ciudad siempre eran el lugar donde los marineros de mala muerte y las prostitutas esperaban aprovecharse de los viajeros y los niños perdidos. Siempre se había imaginado los muelles de una ciudad

marítima llenos de hombres tuertos con espadas y malos modales, con cadáveres en los callejones y barriles de vino bajando de los barcos visitantes.

Rhiene no era así. Por supuesto, era un puerto interior; la mayor parte del tráfico aquí provenía de barcazas que simplemente viajaban entre la ciudad y el otro extremo del lago, una distancia lo suficientemente grande como para reducir en un día, más o menos, el tiempo de viaje de los carromatos que venían del sur. Supuestamente había un río que desembocaba en el lago en alguna parte, y los barcos también subían por él, pero al parecer no los barcos pirata. Los muelles estaban limpios y bien cuidados y, aparte de un disciplinado equipo de trabajo que descarga un barco de un solo mástil de poco calado, no había gran actividad.

—Esto está bastante rancio —dijo Tamsin—. Busquemos el mercado.

—Puede haber más de uno —señaló Jordan.

—Lo que sea.

Deambularon entre la multitud durante un rato y, aunque Tamsin parecía bastante indiferente, Jordan se sintió abrumado por la enorme cantidad de gente. Había centenares visibles en cualquier momento, y a la vuelta de cada esquina había un nuevo centenar. La mayoría de las personas vestía de manera similar, los hombres con chaquetas de moda de los habitantes de la ciudad, las mujeres con vestidos largos plisados, con los que recorrían la calle con gracia. Tuvo que concluir que todos vivían aquí. ¿Podía él vivir en un lugar así, con tantos vecinos?

Durante un rato se quedaron a las puertas de la Universidad de Rhiene, contemplando los terrenos al sol y los edificios cubiertos de hiedra. La reina Galas había caminado hasta aquí, pensó Jordan, y saber esto la hacía parecer de repente de la realeza de una manera nueva. Habían compartido algo, Jordan y Galas, aunque solo fuera el hecho de haber estado aquí.

En un flujo de turbadas emociones, se dejó llevar por Tamsin hasta que llegaron a un mercado.

Si Jordan había pensado antes que había mucha gente en las calles, este lugar estaba tan lleno como la casa de Castor durante una boda, con la salvedad de que la multitud aquí no acababa nunca, dividiéndose y subdividiéndose en callejones y calles laterales. Había cobertizos y carretas a lo largo de todas las paredes, y algunos hombres y mujeres emprendedores habían dejado sus bienes sobre mantas en la calle. Un rugido de voces brotaba de la multitud de personas, animales y niños corriendo. Olores a incienso, a estiércol, a madera recién cortada y a hierro candente inundaban la cabeza de Jordan, mareándolo.

Tamsin rió: —¡Este es el lugar! ¡Mira, Jordan, este es el lugar para estar en Rhiene! —Ella entró en la apretada multitud.

—¡Espera! —Sacudiendo la cabeza, pero sonriendo, Jordan corrió tras ella.

El caos tenía una energía contagiosa. No se podía caminar despacio en este lugar. Después de unos minutos, Jordan se encontró dando vueltas como Tamsin; hurgando en las mesas de adornos turquesas, luego revoloteando hacia un vendedor de frutas, casi tropezando con una mujer coja que vendía muñecas de tela en su estera; deseando tener más que las pocas monedas que había en sus bolsillos.

El único problema era que el rugido de las voces tendía a desencadenar sus visiones. De vez en cuando, Jordan tenía que detenerse y sacudir la cabeza porque oía la voz de Armígero que le llegaba desde el interior de su propio cráneo, o la de un galeno con quien hablaba el general. Esos momentos ya no lo asustaban, pero le dificultaban concentrarse en el aquí y el ahora.

Luego, en medio del mercado, otra voz lo detuvo en seco y resonó repentina y clara en su mente:

—Ve hacia la mujer de la mochila marrón. Dime qué hay dentro.

—¿Qué? —Miró a su alrededor, parpadeando.

—No he dicho nada —dijo Tamsin—. Oh, mira. Un mago.

Allí estaba él: un hombre delgado y bien arreglado de pie en un pequeño escenario en la parte trasera de un corto callejón. Una gran audiencia permanecía en silencio, escuchando mientras el hombre recitaba algo. Tenía los ojos cerrados y se tocaba dramáticamente la frente con una mano.

Una mujer joven con atuendo de campesina emergió de la audiencia. Vacilante, se acercó al mago y, ante la insistencia de éste, ella abrió el paquete que había estado cargando. Mientras la campesina mostraba cada uno de los objetos del interior, los murmullos y los aplausos recorrieron la audiencia. Poco después, una pequeña lluvia de monedas cayó a los pies del mago.

Jordan y Tamsin observaron durante un rato. El mago estaba adivinando el contenido de las bolsas de las personas, los bolsillos o simplemente lo que sostenían en sus puños cerrados. Siempre acertaba. La multitud estaba asombrada y muy dispuesta a pagar para ver continuar la actuación.

Cada vez que se le presentaba al mago un enigma, Jordan oía algo que nadie más parecía escuchar. Este hombre tenía el mismo poder que había poseído Turcaret, un poder limitado para hablar con los Vientos, o al menos con los mecas. Cuando Jordan se concentró, pudo ver, casi como si lo estuviera imaginando, algo así como una mariposa diáfana revoloteando sobre la multitud. Cuando el mago lo ordenaba, aquella cosa invisible flotaba sobre la cartera, el bolso, el estuche o la caja y penetraba en su superficie con finas antenas parecidas a pelos. Casi como un mosquito, pensó Jordan.

El corazón de Jordan latía con una emoción que no había sentido desde que se había sentado a la orilla del lago y aprendido cómo hablaban las olas. No había truco en lo que este hombre estaba haciendo, Jordán podría hacerlo. Lo sorprendente era que la cosita meca dejaba que le dieran órdenes y los Vientos no hacían llover su furia sobre el mago por hacerlo.

—Venga, vámonos —dijo Tamsin.

—Espera. Quiero probar una cosa.

—Ay, olvídalo, Jordan, perderás la camiseta. Tiene el juego

amañado de alguna manera.

—Sí, y yo sé cómo.

—Ve al joyero que sostiene el hombre de verde y dime su contenido —ordenó el mago.

Jordan cerró los ojos y, en su mente, dijo: —Ven aquí.

La mariposa era claramente visible ahora, como una llama viva sobre las oscuras ausencias de la multitud. No se parecía a ninguna bestia meca que él hubiera visto nunca; era más como un espíritu.El meca vacilaba ahora sobre el hombre que el mago le había ordenado, luego voló en dirección a Jordan y dio vueltas sobre la cabeza, como si lo inspeccionara.

—Vuelve —Era el mago, llamando a su sirviente.

¿Quién era más fuerte aquí? Jordan sonrió y dijo: —Quédate.

—¡Vuelve! ¡Regresa ya!

La multitud comenzó a murmurar.

—¡Ka! ¡Ven aquí de una vez!

—¿Qué eres? —preguntó Jordan a la cosa que revoloteaba.

—Soy Ka. Soy sonda de prueba de la infraestructura de terraformación de Ventus. Soy chasis de nanofibra con procesamiento distribuido y cables de elevación electrostáticos alimentados por energía solar. Soy...

Jordan se había estado preguntando durante días qué debía preguntar a lo siguiente que le hablara: —¿Hablas con los Garfios Celestiales?

—No. Informo a desalador 463.

Vagamente, Jordan oyó al mago anunciar que la actuación de hoy había terminado. La multitud estalló en carcajadas y abucheos. Alguien exigió la devolución de su dinero.

—Jordan —susurró Tamsin—. ¿Qué estás haciendo? ¿Nos vamos?

—Espera —Y luego a Ka, le dijo: —¿Le dirás a desalador 463 que hablaste conmigo?

—Sí.

—¡No, no hagas eso!

—Bueno.

Jordán abrió los ojos. ¿Bueno?

—Se acabó el espectáculo —dijo Tamsin—. Vamos.

—Estoy ocupado.

—No lo estás. Estás parado ahí como un idiota boquiabierto. Ahora vamos —Ella le tiró del brazo.

—¡Ka, dónde estás! ¡Por favor Ka, vuelve!

—Tú no estás vacío —dijo Ka.

Jordan tardó un momento en darse cuenta de lo que Ka quería decir. Cuando Jordan cerraba los ojos, podía ver al meca a su alrededor y un paisaje fantasmal de luz. La multitud, el mago e incluso Tamsin eran visibles solo como sombras, agujeros en la matriz.

—¿Soy un meca? —le preguntó a Ka.

—Hay meca en ti —dijo Ka.

—¡Ka! —gritó el mago, esta vez en voz alta. Estaba solo en el callejón, con los brazos en jarras. Parecía al borde de las lágrimas.

Jordan quería saber más, pero Tamsin estaba tirando de él y sintió lástima por el pobre mago, quien no sabía lo que estaba pasando: —Vuelve con tu mago —le dijo Jordan a Ka.

Ka se alejó revoloteando. Un momento después, Jordan abrió los ojos y vio al hombre levantar una mano en el aire como si

acariciara algo. Los hombros del mago se hundieron con alivio, luego comenzó a maldecir y a mirar a su alrededor.

La mirada del mago se posó en Jordan y se detuvo. ¿Qué podía hacer? Jordan lo miró a los ojos, sonrió irónicamente y se encogió de hombros.

El mago retrocedió como si Jordan lo hubiera abofeteado. Luego levantó un dedo para señalar a Jordan: —¡Aléjate de mí! —gritó—. Aléjate, ¿me oyes?

—¡Jordan! —Tamsin lo zarandeó—. ¡Vámonos!

Corrieron juntos hacia la multitud. Tamsin preocupada, Jordan aturdido con nuevas posibilidades. Quería preguntarle al mago dónde había encontrado a Ka, cómo había descubierto que podía comandar la cosa, por qué el desalador toleraba las manipulaciones de un Viento menor. Sobre todo, Jordan quería saber por qué los Vientos le hablaban a él y a este hombre, y a nadie más aquí.

Ah, pero esa es precisamente la pregunta que Armígero vino a responder aquí, se recordó a sí mismo. Armígero mismo no puede hablar con los Vientos.

Aunque ahora estaban a dos calles de distancia, se concentró y dijo: —Ka, ¿por qué me persiguen los Vientos?

La respuesta fue débil, pero estaba seguro de que Ka había dicho: —Tú no estás vacío. Así que puedes amenazar a Taliencia.

Ese era un nombre nuevo. ¿O lo había oído mal? —Ka, ¿quién es... Taliencia?

Escuchó un murmullo, pero no pudo descifrarlo. Tamsin lo había arrastrado hasta las puertas del mercado.

—¿A qué vino todo eso? —exigió ella mientras entraban en la calle tranquila. Jordan se rió, sacudiendo la cabeza.

—No estoy muy seguro —dijo—. Quizá sea mejor que volvamos a la carreta.

Ella le dirigió una larga mirada: —Quizá tengas razón —dijo ella.

§ § §

Suneil los estaba esperando en el vagón. Parecía molesto. Tamsin corrió hacia él y lo abrazó.

—¿Cómo fue tu reunión?

Suneil hizo una mueca y se soltó de sus brazos: —Tuve que hacer algunas... concesiones —dijo. Él no la estaba mirando, pero miraba a Jordan, luego se dio la vuelta—. En los negocios y... el poder... a veces tienes que hacer lo que sea necesario para conseguir lo que quieres.

Tamsin ladeó la cabeza hacia un lado: —¿Qué ocurre?

—Nada que vaya a importar a la larga —dijo—. Cuando seas mayor, Tam, entenderás por qué tomé esta decisión. Es por nuestro mejor interés.

—Cuéntame —dijo ella. Jordan dio un paso atrás, con los brazos cruzados, y observó. Algo andaba muy mal aquí.

—Sabes que fui un ministro importante en el gabinete de la reina antes de la guerra —dijo Suneil—. Por eso tuve que huir, tuvimos que huir. Tú eras lo único que podía salvar de la vida que Galas nos había dado: mi sobrina favorita. El parlamento inició una cacería de brujas, ahorcando a todos los que estaban involucrados en nuestro trabajo. Hice lo que tenía que hacer para asegurarme de que no nos persiguieran, pero era prudente dejar el país de todos modos. Y ciertos hombres saben lo que hice, y están dispuestos a olvidar nuestra vida de antes, ahora que la reina está muerta.

—La reina no está muerta —dijo Jordan sin pensar.

Suneil se sentó en el último escalón de la escotilla de la carreta y lo miró: —Lo sabes a ciencia cierta, ¿verdad, jovencito?

—¿A quién le importa eso? —dijo Tamsin—. ¿Qué hay de tu reunión?

—En realidad, es muy importante que Jordan Mason sepa con absoluta certeza que Galas está viva —dijo Suneil—. Porque mis socios necesitaban una garantía de mi lealtad hacia ellos, y si Jordan no fuera el hombre que finge ser, el trato que hice esta tarde no se concretaría.

Jordan lo supo en ese instante: —Me has vendido.

Suneil lo miró a los ojos: —Eres un hombre buscado, Jordan.

—¿Buscado? No por la ley —dijo Jordan—. Solo por…

—Mí.

Jordán dio media vuelta. La espada de Brendan Sheia estaba a centímetros de su garganta. El heredero Boros de cabeza cuadrada sonrió sombríamente cuando cuatro hombres emergieron de detrás del carro de Suneil, con sus propias espadas desenvainadas.

—¡Tío!

Suneil agarró a Tamsin por la muñeca cuando ella intentó correr hacia Jordan: —Esto no me gusta más que a ti —dijo el tío—. Esto es lo que tenemos que hacer para demostrar nuestra valía a los nuevos poderes de Iapysia. ¿No lo ves? Podemos ir a casa ahora.

—¡Bastardos! ¡Dejadlo en paz! —Tamsin luchaba contra su tío.

Brendan Sheia los ignoró. Paseó alrededor de Jordan, inspeccionándolo como si fuera un caballo de competición: —Ahora te recuerdo —dijo Brendan—. Estuviste en el banquete con esos espías extranjeros. Te pusiste enfermo, si mal no recuerdo. Casi arruinaste la cena.

Jordan lo fulminó con la mirada: —No he hecho nada malo.

La espada de Sheia brilló: —¡Trajiste a los Garfios Celestiales contra nuestra casa! ¡Destruiste nuestro hogar ancestral, incitaste a los Garfios a matar a mi aliado Turcaret, y cuando terminaste huiste hacia la noche y los Garfios te siguieron! Lo sabemos de nuestros testigos.

Su enfrentamiento con Turcaret en el patio de Boros había sido observado, se dio cuenta Jordan. Pero ¿habían arrestado también a Axel y a Calandria?: —¿Qué hay de..? —empezó Jordan, pero Sheia lo golpeó en la mandíbula. Él se tambaleó hacia atrás, dos hombres lo agarraron bruscamente y lo levantaron.

—¡Basta! —gritó Tamsin.

—Silencio —susurró su tío.

Sheia se inclinó ante Suneil: —Suerte que te topaste con Mason, viejo. Recuperarás tu honor y tu título. No puedo garantizar el dinero y las tierras, por supuesto... pero en esta nueva era, ¿qué garantía tenemos de nada? —Hizo un gesto despectivo con la mano hacia Jordan: —Llevaos al chico.

Los dos soldados que lo sostenían por los brazos empujaron a Jordan hacia una marcha rápida. Luego estaban en las calles y lo arrojaron sobre el lomo de un caballo, atado de pies y manos.

Los buenos ciudadanos de Rhiene observaron y comentaron, pero no hicieron nada para ayudar mientras se llevaban a Jordan.

22

—Tendrás que perdonarme si parezco un poco molesto —dijo Armígero mientras se sentaba frente al general Matthias—. Estaba charlando con uno de sus hombres en las almenas cuando una roca de uno de los cañones de vapor del Parlamento le cortó la cabeza.

Matthias hizo una mueca: —Lo he oido. Sucedió esta mañana. Lavin es un demonio, un auténtico demonio. ¡Y la reina lo admira! Esa es la parte más maldita. Escucha, tengo aquí un poco de cerveza de nuestra reserva de emergencia. ¿Te apetece un tazón?

Armígero asintió. Había hablado brevemente con Matthias dos veces, pero el hombre estaba comprensiblemente ocupado y, al parecer, cauteloso. Era esa cautela lo que había impulsado a Armígero pedir esta reunión: necesitaba a Matthias de su lado.

Se sentaron en la diminuta oficina de Matthias de una de las dependencias del palacio. Fuera de la única ventanita, una llovizna gris caía sobre las tiendas de los refugiados. Estaba opresivamente tranquilo hoy.

Matthias sirvió dos pintas de cerveza rubia y ambos la probaron. Armígero notó que le temblaban un poco las manos, el incidente en la muralla lo había conmocionado más de lo que hubiera creído posible. Después de todo, solo era un hombre lo que había sido destruido. Y aunque Armígero podría haber perdido su propia cabeza si hubiera estado un metro más cerca, podría haberle crecido otra, con el tiempo suficiente. No tenía ningún motivo racional para estar molesto. Pero lo estaba. Lo estaba.

—Lavin es un advenedizo —dijo Matthias—. Joven, brillante, ambicioso. Ha tenido la sutil ayuda de la reina durante toda su carrera. Y ahora se ha vuelto contra ella. Yo tomaría eso como oportunismo, pero Galas no está de acuerdo. Ella dice que él es un architradicionalista.

—¿Has intentado usar eso en contra de Lavin? —preguntó Armígero.

Matías asintió: —Algo de éxito hubo también. Él detesta lidiar con problemas de moral. Puedes hacerlo tropezar si consigues asustar a sus hombres. Aunque ese aprende rápido. Me temo que lo enseñé a presionar como lo hace con el cañón. No nos deja dormir. Tú mismo has visto el resultado.

Armígero asintió.

Matthias lo estaba mirando: —Debo decir, Armígero, que tienes nervios de acero. Tuve esa impresión cuando seguíamos los informes de tu guerra en el noreste. Estabas haciendo un trabajo magnífico. Luego nos enteramos de que estabas muerto, y aquí estás. Me sonó a que habías huido. ¿Por qué?

—¿Por eso me has estado evitando? —preguntó Armígero con una sonrisa—. ¿Porque crees que soy un desertor?

—No, un desertor no. Un mercenario —Matthias hizo una mueca: —Apareces aquí para ofrecer tus servicios a la reina... ¿por cuánto?

Armígero se enderezó: —En primer lugar, si fuera un mercenario pensarías que Ravenon me habría pagado. No me pagaron, al menos no con dinero.

—¿Qué quieres decir? ¿Con qué te pagaron?

—Con información. Era su correo y sus redes de espionaje lo que me interesaba usar. Aparecí aquí sin nada más que la ropa que llevaba puesta, ¿sabes? ¿Y cómo se espera que me salga con la mía si Galas me está pagando ahora?

—Simple —dijo Matías—. Has hecho un trato con Lavin.

Armígero se rió con dureza: —Tu sospecha está bien fundada y es sólida. Crees que soy un caballo de Troya, ¿es eso?

—¿Un caballo de qué?

Armígero tomó un largo sorbo de su cerveza: —Lavin no necesita mi ayuda para tomar este palacio, eso lo sabes —dijo—. Además, no he ofrecido mis servicios a la reina como comandante militar exactamente.

—¿No? Entonces, ¿como qué?

—Sacerdote. Confesor —Armígero vio la expresión en el rostro de Matthias y se echó a reír: —Mira ese hombre al que le cortaron la cabeza hoy, ya estoy harto de ese tipo de cosas. ¿Por qué crees que dejé la guerra en Ravenon? Los Vientos acabaron con dos divisiones de mis hombres. Me quedé indefenso y observé cómo sucedía. En ese momento pensé que no me importaba, pero me importó, y me importa. No he venido aquí para pelear, Matthias, no tienes que preocuparte por eso.

El viejo general se recostó en su silla, asintiendo lentamente: —Eres de los raros. Y si hubieras dicho algo diferente a lo que acabas de hacer, no te habría tomado en serio. ¿Sacerdote? ¿Confesor? No sé nada sobre eso, pero entiendo a un hombre que depone su espada. Los hombres que no tienen ese impulso de vez en cuando son malos comandantes. Galas me dice que Lavin tampoco tiene estómago para la guerra, pero mira lo bueno que es en eso.

Un ayudante llamó cortésmente a la puerta. Matthias asintió y se levantó.

—Ahora que sé dónde está tu corazón, Armígero, puedo recurrir a tus talentos. Después de todo, no hay mejor hombre para terminar rápida y limpiamente una guerra que uno que odia la guerra.

§ § §

Jordan se puso de pie con un grito. No iba a permitir que esto volviera a suceder.

Sacudió la cabeza y se obligó a respirar profundamente y mirar a su alrededor. Estaba en una pequeña celda en el sótano de la casa de Brendan Sheia. Una sola rendija de la ventana dejaba entrar la pálida puesta de sol, y un hilo de aire frío que lo molestaba, haciéndolo temblar ahora que lo había notado.

Le habían quitado sus pertenencias, incluida la tela dorada de Calandria. Era irrevocablemente visible para los Vientos ahora.

Las imágenes y los sonidos de la experiencia de Armígero

comenzaron a remitir. Él las expulsó por completo. No importaba cuán convincentes fueran. No importaba que él quisiera caer dentro Armígero como en un refugio, como lo había hecho en su larga caminata hacia el sur desde el desastre de los Garfios Celestiales. Deseaba tanto poder estar en otro lugar en este momento, ser otra persona.

—Lástima —dijo enojado. Jordan estaba furioso con Brendan Sheia, lo suficientemente furioso, por ahora, para no tener miedo. Aunque también estaba enojado consigo mismo, y ahora mismo eso era peor.

Después de todo, hubo un momento en su vida en el que había pensado que iba a dejar de lado todos los hábitos de negación y retraimiento que había despreciado en su padre. Cuando Emmy había huido hacia la noche, Jordan se había acostado en la cama durante un largo rato, esperando que alguien actuara con responsabilidad y fuese tras ella. Todavía recordaba esos pocos segundos; algo se había quebrado en él, liberándolo. Y así pensó después que nunca más volvería a caer en esos familiares paradigmas.

Se había estado engañando a sí mismo. Ahora se sentía como si hubiera sido una hoja en un río durante las últimas semanas. El secuestro de Calandria, su terror a las visiones, la visita relámpago a los Boros donde la intriga, el asesinato y el disfraz eran compañeros diarios: todos estos eventos le habían dado excusas para sentirse impotente. Se había dejado guiar por Calandria, había aceptado sus historias; había dejado que Suneil lo adormeciera hasta la complacencia. Era una página en blanco en la que otros habían firmado con su nombre, y así vivía su padre.

Era vergonzoso, pero si se revolcaba en su miseria, volvería a representar al niño perdido. Cuando murió la madre de Galas, la futura reina había renunciado a desempeñar papeles dictados por otros. Había una lección en ello.

Llevaba un día en esta celda. Alguien había deslizado algo de comida por debajo de la puerta esa mañana; salvo por eso, podría haber estado completamente solo en el edificio.

Esta residencia Boros no era tan grandiosa como la mansión que los Garfios habían destruido. Estaba en la calle principal de Rhiene, apretujada entre dos mansiones aún más grandiosas. No había terrenos, solo un patio empedrado al frente con un muro alto y una puerta. El edificio era alto, lo sabía, pero no estaba seguro de cuántos pisos tenía, pues su única vista del mismo había sido bocabajo cuando lo habían bajado del caballo ayer por la noche. ¿Cuatro, cinco pisos? No importaba, solo había un sótano y él estaba en él.

En las historias que solía leer, la gente malvada siempre tenía mazmorras en sus castillos. Emmy lo había asustado durante años con historias sobre un nivel secreto debajo de la mansión de Castor. No había tal cosa allí, por supuesto, como tampoco la había aquí. Él estaba en una especie de trastero en desuso. Le habían arrojado un catre, una manta y un balde, y habían deja do que él mismo los instalara, a su estilo de mazmorra.

Jordan no estaba muy seguro de lo que Brendan Sheia pretendía hacer con él. Ciertamente, el hombre tenía poder, tal vez suficiente para hacer desaparecer a un viajero inocente sin investigación.

Se estremeció de nuevo. Lo primero en la agenda era encontrar una manera de bloquear esa rendija.

Le habían dejado su capa, así que se envolvió con ella y pisó una piedra que sobresalía en la pared para meterla en la ventana. Mientras lo hacía, oyó pasos en el pasillo exterior.

—¡Ey, déjenme salir! —gritó él.

—Silencio ahí dentro —Los pasos se alejaron.

—¡Yo no hice nada, estúpidos bastardos! —espetó antes de dar una patada a la puerta.

Eso sentaba bien, y el impacto había sido satisfactoriamente fuerte, así que pateó de nuevo. Tamsin tendría un insulto adecuado para una ocasión como esta, estaba seguro. El único que se le ocurrió fue el que ella había usado hoy: —¡Puerco trotón!

Volvió a patear, pero la puerta se abrió repentinamente con un chirrido de bisagras oxidadas, y en su lugar había un hombre enorme con el ceño fruncido y un largo palo en la mano.

Antes de que Jordan pudiera reaccionar, el hombre lo golpeó en el estómago. El dolor explotó en su vientre y él se derrumbó.

Se acurrucó instintivamente y así evitó lo peor de las patadas que siguieron. Luego el hombre le escupió y se fue.

—Bastardos —gimió Jordan, mientras se quitaba las manos temblorosas de la cabeza—. Bastardos bastardos bastardos —Todos ellos, Calandria, Armígero y Axel, Suneil y todo el apestoso clan Boros—. Bastardos.

Y luego entró en el flujo de la Visión, escuchando el zumbido de la voz de Armígero en su propio pecho, y una superposición de corales identidades en las paredes, en la puerta sombríamente firme y en la misma tierra bajo su hombro. Era como si hubiera caído en un nido de serpientes, con mil cabezas alzándose y siseándole a su alrededor. Jordan se agarró la cabeza y se dobló de nuevo con un grito.

Se concentró. Esta es mi mano, se la acercó a los ojos. Esta es mi vista. Estoy aquí, no en el palacio, no en las paredes: aquí.

Jordan se puso de rodillas, jadeando. Los poderes susurraban y bailaban a su alrededor, pero él se había tallado una burbuja en el centro. Podía ver, oír y actuar. Con algo de dificultad, se puso de pie.

El aire frío le lamió el cuello. Casi se echa a reír: —Sois crueles —le dijo a los Vientos—. Ahora vas a escucharme vosotros a mí, para variar.

Se sentó en el catre y se envolvió la capa sobre los hombros. No había necesidad de respirar profundamente para entrar en el trance visionario ahora. Cerró los ojos y lo convocó.

Primero tenía que saber dónde estaba. Podía ver la mansión a su alrededor en un contorno translúcido. El sótano era de veras

extenso, y estaba al lado de un lugar con intrincados estantes que debían de ser de una bodega de vinos. Había varias escaleras que conducían arriba, e instintivamente eligió el camino angosto de los sirvientes como su objetivo. Ese conducía desde la parte trasera de la bodega, como era de esperar.

Allí abajo había una cisterna y una habitación alargada con un alto techo abovedado. La mansión de Castor tenía una sala de ejercicios y un campo de tiro con arco en el sótano, que probablemente era eso. Todas estas habitaciones daban al mismo pasillo que el de la celda de Jordan. Además, había varios pasillos laterales que discurrían hacia taquillas de varios tamaños.

El problema con esta forma de ver era que no parecía mostrar a la gente. Jordan sabía que había un perro en el piso principal, casi exactamente encima de su cabeza. Él podía verlo. El resto de las habitaciones de ese nivel también eran visibles, aunque en una confusión de perspectivas, como si estuviera de pie en la base de una enorme maqueta de cristal. Tenía que distinguir lo que estaba viendo, y si no hubiera tenido mucha experiencia leyendo planos de arquitectos en casa de Castor, quizás no habría sido capaz de distinguir vestíbulo de habitación, chimenea de guardarropa.

Solo tomó unos minutos encontrar la ruta más corta desde aquí hasta la entrada del comerciante. La noche estaba cayendo, en unas pocas horas la zona estaría tranquila. Entonces podría escapar, siempre que funcionaran las siguientes partes de su plan.

Necesitaba ver algo más que los contornos del lugar. Cuando los Garfios Celestiales habían descendido sobre la mansión Boros, la visión de Jordan se había expandido brevemente para incluir lugares distantes. Había podido ver lo que estaba sucediendo dentro de la mansión, a pesar de estar a cientos de metros de distancia. Sin embargo, por mucho que lo había intentado, no había podido repetir esa experiencia.

Había otra cosa que podía intentar. Jordan centró su mente en un nombre y lo arrojó a un cielo imaginario con todas sus fuerzas:

—¡Ka!

Esperó. No hubo respuesta, y no vio nada mientras revisaba el vago paisaje que se abría más allá de la mansión.

—¡Ka! ¡Ven aquí!

Nada. Esperó un largo rato, pero el pequeño Viento debía de estar demasiado lejos para oírlo. De acuerdo, a la siguiente idea.

Con cuidado de no interumpir su concentración, se levantó y se dirigió a la puerta. Pasó la yema del dedo por el ojo de la cerradura de la gran placa de hierro. De hecho, podía ver dentro de la cerradura si se concentraba, el mecanismo era sencillo. Lo único que necesitaba era algo con lo que manipular los pestillos.

Había otra cosa que quería probar. No tenía nada que perder ahora, mientras que antes había tenido miedo de alertar a los Vientos de su presencia al experimentar. Jordán volvió al catre recogiendo su capa por el camino. Estaba haciendo bastante frío aquí.

Hacía tiempo que sabía que podía comunicarse con el meca. Sin embargo, se había mostrado reacio a hacerse la siguiente pregunta lógica:

¿Podría comandar el meca como lo hacían los Vientos?

Cuando se había sentado junto al lago y vertido agua de un balde a un vaso y viceversa, Jordan había descubierto algo que en ese momento había tenido miedo de probar. Todos y cada uno de los objetos del mundo conocían su nombre; todos, es decir, a excepción de los humanos que vivían aquí, porque no tenían polvo de meca dentro de ellos.

Las olas en el lago habían conocido su identidad como olas, pero cuando lamieron la orilla desaparecieron como individuos. Jordan descubrió al experimentar que cuando cambiabas un objeto a otra cosa, su meca se daba cuenta y cambiaba su nombre para adaptarlo.

Eso lo hizo preguntarse: puedo ordenar a un objeto que cambie su nombre. y si cambiara el nombre de un objeto, ¿cambiaría el objeto mismo para coincidir con él?

El catre era un simple marco de madera con listones delgados

entretejidos para acostarse. Levantó uno de estos y lo sostuvo frente a él: —¿Qué eres? —le preguntó.

—Madera de cedro. Astilla de madera...

—Ahora estás encendiendo, ¿oíste?

—Consistente —dijo la astila.

—¡Entonces, arde!

Contuvo la respiración. Después de un momento, la astilla dijo: —La ignición de esta masa agotará todas las reservas meca. No serán posibles más transformaciones sin la infusión de una nueva esencia.

—Tú hazlo.

Abrió los ojos para mirar. No pasó nada... luego la astilla empezó a echar humo: —¡Ay! —La dejó caer, agitando los dedos para enfriarlos. Por alguna razón, Jordan había asumido que brotaría una llama de un extremo. En cambio, toda la astilla estaba en llamas.

—Astilla: mójate.

No respondió. Bueno... había dicho algo sobre agotar las reservas. Tal vez el meca en él había muerto al prenderse fuego. Cerró los ojos y lo examinó con su visión interior, y efectivamente la pequeña llama era una mancha oscura en el paisaje meca.

Jordan contuvo el impulso de ponerse de pie de un salto y gritar. Eso únicamente derribaría al guardia, pero luego, ¿no podía simplemente ordenar que la ropa del guardia se incendiara también? ¿Había algo que no pudiera hacer ahora?

Se quedó allí sentado un rato, mareado con las posibilidades. Recogió otra astilla y le dijo que volara.

—Eso no es posible para este objeto —dijo la astilla.

Mmm. Bueno, al menos sabía que ya no se congelaría. Recogió una roca y trató de convencerla para que se convirtiera en un cuchillo,

pero ésta objetó y enumeró una docena de condiciones que debía cumplir para la transformación: calor, presencia de carbono y significativos depósitos de hierro, etc.

Así que los mecas eran limitados. Eso no era muy sorprendente, ¡y tampoco es que Jordan pudiera quejarse! Podría ser capaz de salir de esta habitación, al menos, si podía forzar la cerradura. Incluso podría ser capaz de derrotar al guardia si era inteligente, pero sería mejor pasar sigilosamente junto a él, si era posible.

Sacó una buena astilla de la cama y le dijo: —¿Puedes hacerte más duro?

—A una tasa de agotamiento del 50%, es posible que...

—Hazlo.

La astilla pareció encogerse un poco en su mano. É! se inclinó, cerró los ojos y la aplicó a la cerradura.

—Ka —dijo una voz como un carillón.

Jordán se volvió. Revoloteando en la rendija del ventanuco estaba la mariposa fantasmal del mercado. ¡Lo había oído después de todo!

—Saludos, pequeño Viento —dijo Jordan respetuosamente—. ¿Puedes ayudarme?

§ § §

Ka vagó de una habitación a otra informando de lo que veís. Su costumbre era flotar al menos un metro por encima de las cabezas de los vacíos, porque un brazo al azar podría aplastarlo. Esto le había sucedido a más de uno de sus cuerpos anteriores. Ka estaba a su manera orgulloso de haber sobrevivido en éste durante treinta años.

A desalador 463 no le importaba la servidumbre de Ka hacia el mago. A Ka tampoco. De todos modos, su patrulla era el mercado, donde buscaba desviaciones ecológicas. La ciudad entera flotaba al borde de la abominación, pero los vacíos habían aprendido a lo

largo de los siglos a hacer una limpieza escrupulosa. De vez en cuando, sin embargo, algún visitante importaba algo fuera del mandato de terraformación —petróleo, dispositivos eléctricos, últimamente algunos alegremente brillantes radiactivos robados de un aerostato caído— y el trabajo de Ka era encontrar la sustancia ofensiva. Luego actuaban otros agentes del desalador y corregían la anomalía y, en general, acababan con los vacíos asociados a la misma. Los vacíos eran un buen fertilizante cuando morían, eso equilibraba perfectamente la ecuación.

El ser que lo había llamado desde el mercado era algo completamente diferente. Su voz tenía un poder de obligar que la del mago no tenía. En lo que a Ka respectaba, él era un Viento.

—Dime lo que ves —dijo Jordan ahora.

—Puedo transmitir la información directamente a tu sensorio si lo deseas —dijo Ka.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? Enséñame.

Ka transmitió una imagen del pasillo al Viento que la esperaba.

—¡Ay! ¡Para!

—Como desees.

—Um... ¿puedes hacer eso con la audición? ¿Puedo oír lo que sucede a tu alrededor?

—Sí —Ka comenzó a transmitir sonido mientras viajaba.

Vagó de una habitación a otra. Se detenía para espíar conversaciones y luego siguió adelante.

—...no sé por qué tengo prohibido entrar a los sótanos esta noche. Ese está tramando algo malo, seguro...

Al final del pasillo de esa habitación: —... No creo que esta carne esté bien cocida...

En otro lugar en el mismo piso: —Podría sernos útil, pero

obviamente no podemos confiar en un traidor como ese. Especialmente uno que ha pasado su carrera con los Pervertidos. ¿Cómo sabemos lo que quiere, al final?

—Entonces, ¿es un peón?

—Jugaremos un poco con él. Puede que sea un burócrata competente. Cuando llegue el momento, lo cambiaremos por algo más valioso.

—¿Y Mason?

—Mason nos va a salvar. Hay quejas de que nuestra casa está maldita, ¡maldita!, por lo que pasó en casa de Yuri. Tú y yo sabemos que no fue culpa nuestra. Tenemos que convencer al resto del mundo de que somos víctimas inocentes. Si Turcaret tenía razón y los Garfios Celestiales perseguían a Mason, lo único que tenemos que hacer es vigilarlo en un campo a la vista de la ciudad y esperar a que lleguen los Vientos. Cuanto antes mejor. No podemos permitir que los tribunales se encarguen de esto, nos retendrán en años de disputas. No. Mañana correremos la voz. Al día siguiente lo expulsaremos y si alguien se opone le pondremos una espada en la garganta. Se hará antes de que alguien pueda organizar una resistencia. Y después de que bajen los Vientos, nadie va a cuestionar por qué lo hicimos. Se nos verá como si hubiésemos cumplido las órdenes de los Vientos. Eso podría terminar a nuestro favor.

Alguien entró en la habitación y las voces se volvieron hacia una discusión sobre comida. Ka siguió adelante, subió la gran escalera y se dirigió hacia la parte trasera de la casa. Había voces que venían de detrás de una puerta allí, y él hizo una pausa para escuchar de nuevo.

—Se llama el Gran Juego, sobrina, y hay que jugarlo para sobrevivir.

—Así que era un juego que estabas jugando cuando guiaste a los soldados a nuestro pueblo.

—No, me malinterpretas...

—¡Ja! Podrías haberlos salvado. Me mentiste. ¡Y te creí!

—Uno hace lo que tiene que hacer para sobrevivir, sobrina. Y no puedes alterarte al respecto. Ese es el principio y el final del asunto. Si no fuera por mí, ahora estarías muerta. Te salvé.

—¡Los mataste! ¡Los mataste!

—¡Silencio!

—¡No! Ya no estaré en silencio nunca más. Ya no seré nada para ti.

—Lo estarás. Sí lo estarás. Escucha, ¿crees que tu vida tiene algún valor en este país si la gente descubre lo que eres de verdad? ¿De donde eres? No te mirarán y verán como yo a una joven llena de promesas, Tamsin, verán a un monstruo, nacido de monstruos. En el mejor de los casos una curiosidad, en el peor una abominación digna de ser apedreada. Ahora tienes dos opciones, jovencita. Puedes hacer lo que te digo, aprender tus frases y tus pasos de baile, y convertirte en la adecuada damisela de la sociedad aquí en Rhiene. O, si no haces eso, todavía puedo recuperar parte de mi inversión si te entrego al tribunal superior como una pervertida renegada. Si eso es lo que quieres, así es como lo haremos. Créeme, en este momento no me importa en un sentido u otro.

No hubo respuesta a esto, sólo silencio, que se prolongó hasta que finalmente Ka recibió la orden de retirarse.

§ § §

La cerradura hizo un clic muy fuerte al girar. Jordan contuvo la respiración con una sonrisa tensa. ¿Lo había oído el guardia? Aparentemente no. Empujó lentamente la puerta para abrirla.

El hombre musculoso que lo había golpeado antes estaba sentado en una mesa en el pasillo exterior. Estaba tallando diligentemente diseños de hojas en el capitel de lo que obviamente iba a ser la pata de una silla. Otras tres patas a medio terminar yacían sobre la mesa junto a él.

El cuchillo con el que estaba tallando era muy grande.

¿Qué haría Armígero?, se preguntó Jordan a sí mismo. El general sabía cuándo atacar y cuándo ser discreto. Éste era un momento para ser discreto.

Era interesante que Ka pudiera trasladar el sonido desde el piso de arriba hasta el oído expectante de Jordan. Eso implicaba todo tipo de cosas sobre el sonido que no había pensado antes: que era una sustancia, que podía empaquetarse y transportarse. Quizás también podrías optar por no llevarlo.

Enfocó su atención en las bisagras de la puerta, cada una a su vez, y dijo: —No hagas ningún sonido, con su voz interior.

Cada bisagra reconoció su orden, pero él no tenía idea de si obedecerían. Cautelosamente, empujó la puerta para abrirla. Podía sentir una leve vibración bajo sus dedos, como si las bisagras oxidadas chirriaran, pero no oyó nada.

Una vez fuera, volvió a cerrar lentamente la puerta. Manteniendo a raya un flujo de Visión, Jordan entró en el sótano con suelo de tierra detrás del guardia y retrocedió lentamente hacia los escalones de piedra que conducían arriba. Tenía el corazón en la garganta. Cuando llegó a los escalones dejó escapar el aliento que había estado conteniendo, pero aun así los subió de uno en uno, deteniéndose después en cada uno para mirar la espalda ancha del hombre con el cuchillo. Sabía que no recibiría una paliza si lo encontraban esta vez.

Arriba, se metió en un nicho cuando dos sirvientes pasaron con un montón de ropa blanca. Asomó la cabeza después de que se fueron; allí estaba la entrada trasera, a plena vista a menos de cinco metros. Lo único que tenía que hacer era salir por la puerta y sería libre.

De no ser por que no podía hacerlo. La conversación que Ka le había transmitido desde arriba le había resultado escalofriantemente familiar, si no en sus detalles, en su esencia. Así como el padre de Jordan le había ordenado a Emmy que accediera a las atenciones de Turcaret, el tío de Tamsin le ordenaba a su sobrina que se convirtiera en algo suyo, tal vez en un cebo que colgar frente al hijo de una familia de alta alcurnia. Y aunque Jordan no entendía qué amenaza tenía reservada Suneil,

obviamente era terrible.

En realidad él no le debía nada a Tamsin. Aunque Jordan sabía que no sería más capaz de vivir consigo mismo si la dejaba en esta situación que si él se hubiera quedado en la cama, muchas noches atrás, y hubiera dejado que Emmy huyera.

§ § §

Tamsin se estaba ahogando.

Aquí no había agua. Podía respirar, su corazón aún latía, podía caminar y sentarse e incluso comer. Aun así, se estaba ahogando.

La cosa con la forma de su tío se movía por la habitación. Él estaba hablando, pero ella ya no podía entender las palabras. Le llegaban como sonidos bajo el agua, distorsionados y toscos.

Lo que la ahogaba era el horror que sentía cada vez que lo miraba, sabiendo que dentro de ese cuerpo familiar había un alma que la había ayudado, cobijado y cuidado, reído con ella y asesinado a sus padres.

—-Prepárate para la cama —decía él ahora—. Mañana será otro día, sobrina.

Por propia supervivencia, ella necesitaba guardar silencio ahora, pero por dentro le estaba gritando: —¡Sabías que venían los soldados! Lo sabías y no avisaste a nadie, no avisaste a papá y los dejaste morir los dejaste morir...

Lo peor era que ella había sabido estas cosas todo el tiempo en algún lugar profundo de esa parte de ella que le había dicho, todas las mañanas, que se durmiera y mirara hacia otro lado.

Pensando que lo había sabido y que le había seguido el juego a este monstruo, su voz interior se apagó sin más. Ella quedó sentada en silencio, asintió sin calor y se levantó para ir a su dormitorio.

Mientras caminaba se ahogó un poco más.

—Tamsin —La voz tenía una vieja nota de preocupación que antaño

(¿ayer?) ella había creído ser genuina y de familia. Ella le devolvió la mirada, sabiendo que su rostro mostraba apatía, incapaz de formar una expresión.

—A veces… —Él la había mirado a los ojos, ahora mantenía la mirada en el suelo mientras decía—: A veces, tienes que bloquear el aquí y el ahora y no pensar en lo que estás haciendo. Por tu propio bien futuro.

Ella se imaginó riéndose de él, o gritando, golpeando... no pudo reunir la energía para hacer nada más que asentir otra vez. Luego se arrodilló para abrir su baúl de noche.

—No grites —dijo una voz de la nada.

Ella se congeló. La voz era extraña, diminuta, como un ratón susurrando.

—Soy yo, Jordán. Estoy libre, y me voy. Tamsin, no sé lo que sientes por mí. Espero que no me traiciones.

Ella miró detrás del baúl, arriba en la pared, en su propio cuerpo. No había nadie aquí.

— ¿Dónde estás? —susurró ella.

—Afuera de la puerta —Sin embargo, la puerta estaba al otro lado de la habitación, y ella escuchaba la voz aquí.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó su tío. Él se había acercado por detrás. Ella dio media vuelta, con las manos sobre el pecho.

—Con nadie —dijo ella. Su voz sonó tensa hasta para sus propios oídos.

Su tío entornó los ojos. Miró la puerta y luego caminó hacia ésta.

No. Todo se rompió dentro de ella como un dique y, antes de que supiera lo que estaba haciendo, Tamsin agarró un jarrón de latón de la mesa y corrió hacia su tío. Atacó con el jarrón en la cabeza de su tío con todas sus fuerzas. Se oyó un satisfactorio crujido y él cayó

sin un sonido.

Ella abrió la puerta y prácticamente cayó a través de ella en los brazos de Jordan: —Salgamos de aquí —dijo ella sin más antes de cerrar la puerta tras ella.

Ahora solo había un salvavidas para ella, y Tamsin se asió a él. Agarró la mano de Jordan con fuerza y corrió con él.

23

Estaban a diez callejones de distancia de la casa Boros antes de que ninguno de los dos hablara: —Espera —dijo Jordan, levantando la mano—. Tengo que descansar.

—Vendrán por nosotros.

—No por un tiempo —Tenía una extraña mirada distraída en su rostro. También lo había tenido en el pasillo. Perplejo, casi sublime —. Todo está tranquilo.

Ella no preguntó cómo sabía eso: —Tengo frío.

—Sí, tenemos que encontrar algún refugio.

Tamsin estuvo a punto de decir: —Acabamos de salir del refugio, pero eso habría requerido demasiada energía. No tenía ningún sentido ir a ningún lado; no había ningún lugar a donde ir ahora. Supuso que podría haberlo para él. Pero ¿por qué había venido? ¿por ella?

Jordan cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y sonrió: —Sí —dijo—. lo has hecho bien. Ahora, por favor, regresa con tu amo. Estoy seguro de que estará frenético sin ti.

Abrió los ojos y la miró. Sabía que él estaba anticipando una pregunta. Tamsin se limitó a mirarlo.

—¿Estás bien? —preguntó.

La pregunta era tan ridícula que se rió: —No, no, no lo estoy —Abrió la boca para decir más, pero las palabras se tropezaron unas con otras. Y no sabía por dónde empezar ni por qué decírselo iba a servir de algo.

Habló, le tocó el brazo, pero algo la distrajo, un matiz de emoción como algo visto por el rabillo del ojo. Dónde ir. Eso era todo.

Tamsin miró a su alrededor. Nada era familiar. No tenía idea de

dónde estaba. Los edificios que se alzaban en lo alto no se parecían en nada a los de su ciudad. Incluso el aire sabía diferente. Estaba perdida, confundida. Ahogándose de nuevo: —Yo... —dijo. Jordan la sujetaba por ambas muñecas ahora. Él la estaba hablando, en voz baja y urgente, pero ella no lo entendía. No tenía idea de quién era él.

—¡Tenemos que irnos! —Por fin palabras que ella entendió.

—Sí, sí —asintió ella, no a él sino a sí misma.

Jordan comenzó a guiarla por los callejones: —Fuera de la ciudad —dijo—. Llévame al desierto. Tengo que ir a casa.

—¿A casa? —Apretó su agarre sobre su brazo.

—A casa, tengo que irme a casa, tengo que... —Tenía muchas ganas de llorar y no podía. Era lo más horrible que jamás había sentido. Ella jadeó dn busca de aire.

—Tamsin, no me creas cruel por decir esto —dijo el joven que la conducía—. Pero tu familia está muerta.

—Lo sé —Pero ella se estremeció ante sus palabras; hasta esta noche, lo sabía, en realidad nunca lo había creído. Incluso ahora... si pudiera llegar a casa, descubrir la verdad—. Tal vez alguien sobrevivió. No pudieron haberlos matado a todos...

—Sí, podrían.

—Pero necesitas llegar hasta la reina de todos modos. Para encontrar a esta persona, Armígero. ¿Sabes el camino? No. El camino pasa por el desierto. Puedo guiarte. Tenemos que ir por ese camino de todos modos.

—Hablaremos de eso. Lo prometo. Por ahora tenemos que encontrar un lugar donde escondernos.

En realidad ella no estaba escuchando. Tamsin se sintió, si cabe, aún más sola. Esa sensación de ahogamiento volvió, como un rugido imparable en su cabeza.

Jordan se detuvo y le puso las manos sobre los hombros. Ella parpadeó, viendo de repente las medias lunas grises de esos ojos que miraban los de ella: —Estoy escuchando —dijo ella—. Y haré todo lo que pueda para ayudarte. Sólo tenemos que tomar las cosas un paso a la vez.

Esta vez ella lo siguió con atención y, para sorpresa de Jordan, después de haber dado diez pasos tras sus pasos, comenzó, por fin, a llorar.

§ § §

Jordan estaba de pie en la pared de un callejón cerca de las tierras altas verticales de la ciudad. Ahora era de noche profunda, pero la luna todavía estaba alta, y él veía su luz brillando en las agujas del desalador que esperaba medio sumergido en la bahía.

—¿Quieres hablar con un desalador? —Era lo primero que había dicho Tamsin desde que habían tumbado aquí abajo. Ella estaba debajo de él en el nido de basura que habían hecho. Todavía parecía aturdida, distraída, su cabello era un nido de pájaro y sus manos estaban sucias. Incluso una pequeña curiosidad de ella era ahora una señal alentadora.

—Suena loco, ¿no?

Ella no respondió durante un rato, simplemente se mordió los nudillos y miró a su alrededor sin rumbo. Jordan volvió su propia mirada al desalador fantasmal en el resplandor de Diadema, sus piñones se elevaban desde el medio del lago como algo descartado allí, un edificio hundido o, imaginó, el naufragio del cuento de la Reina Galas. Excepto que las torres estaban perfectas, sin daños por el tiempo ni por los elementos. Las olas golpeaban contra sus costados tan pacíficamente como lo hacían contra los muelles; no había ninguna señal de vida sobrenatural en esa cosa. Justo ahora, una barca ornamentada del templo estaba anclada cerca de la gigantesca torre central. Se veían las figuras de sacerdotes iluminadas con antorchas moviéndose en ella, pero no se podía saber qué estaban haciendo. Una especie de ceremonia.

—Pensé que estabas loco cuando te vi —dijo Tamsin, tan después

de su propia pregunta retórica que le tomó a él un momento conectar las dos. Él la miró; invocó una sonrisa, como un prestidigitador sin experiencia, y la ocultó igual de rápido—. Con, con tu ropa interior dorada y, y hablando con cosas y todo eso.

Mientras corrían, él le había dado una interpretación muy vaga de su historia: que podía hablar con los mecas por algo que Armígero había hecho, y que los Vientos lo perseguían. Se habría enterado en parte por boca de su tío, si Suneil se hubiera molestado en explicarle por qué Brendan Sheia lo buscaba. Jordan no sabía si creía algo de eso todavía.

—No se me ocurre otra forma de acabar con todo esto —dijo él—. No puedo ir a casa, porque esta maldición me seguirá hasta allí. Los Vientos me están persiguiendo debido al meca en mi cabeza; los Boros me quieren como chivo expiatorio. El único que puede hacer algo al respecto es Armígero.

—¿Qué puede hacer él? —Ella se cruzó de brazos y miró hacia otro lado; pero ahora escuchaba y hablaba.

—La primera vez que vi a Armígero; verlo a través de sus ojos, quiero decir; él estaba al mando de un ejército. Era muy extraño, pero parte de eso era que él era extraño. Las cosas que vio, escuchó y las cosas que dijo... no eran lo que yo habría hecho. No parecía importarle la batalla, o la gente que estaba al mando, solo daba órdenes, y siempre eran buenas. Cuando los Vientos enviaron a los animales para destruir su ejército, recuerdo que estuvo totalmente tranquilo durante la retirada. Escapó porque estaba tan confiado y tranquilo en medio de esa carnicería como lo había estado de pie en la ladera mirando desde la distancia.

—Lo he estado observando durante semanas y ya no es el mismo hombre. Creo que Calandria tenía razón, que él vino aquí para conquistar los Vientos. Era el agente de alguna otra criatura aún más poderosa. Pero esa está muerta y Armígero está libre.

Ella lo estaba mirando ahora. Sacudió la cabeza: —No puedo explicarlo. Tienes que estar allí, ya ves, para ver la diferencia. Pero ahora tiene una mujer y se preocupa por ella. Y ahora se ve afectado por las cosas que lo rodean, cuando antes eso no lo

afectaba. El asedio, le molesta de verdad. La gente se está muriendo, ¿sabes?, está hambrienta y herida, y él se da cuenta de que no puede hacer nada para ayudarlos. Ya no piensa en conquistar el mundo.

Tamsin frunció el ceño: —Entonces, ¿cómo puede ayudarte? ¿Podrá hacer que los Boros desaparezcan?

—Tal vez. Si puedo convencerlo de que me ayude.

—¿Cómo vas a hacer eso? ¿Dejando que eso —asintió hacia el desalador— te coma?

Jordan respiró hondo: —Bueno, esta es la parte loca. Él acudió a la Reina Galas para saber de ella por qué los Vientos son como son. Por qué persiguen a la gente. Ella le dijo lo suficiente como para darle una idea de dónde buscar, pero él no puede hablar con los Vientos y ahora está atrapado en el palacio con ella. Pero yo sí puedo hablar con los Vientos. Y puedo buscar en los lugares a los que necesita ir.

—¡Así que quieres ser su chico de los recados!

Hizo una mueca. Sin embargo, había un poco de su antigua altivez en su voz, y la idea lo animó: —El chico de los recados para un dios no es mal puesto —dijo—. Quiero intercambiarle la información a cambio de que me quite la maldición de encima.

—¿Por qué iba a comerciar? Tú mismo dijiste que ya no quiere someter a los Vientos.

Él dudó. Parecía interesada; se preguntó si lo que iba a decir haría que ella lo descartara por loco y le diera la espalda a su propia miseria.

—La cosa es que —dijo por fin— creo que debería.

Tamsin no respondió. Ella simplemente ladeó la cabeza y esperó.

—Esta es la parte loca, Tamsin, y tienes que prometer que lo pensarás antes de reírte de mí. Mira, creo que todos nosotros originalmente podríamos comandar los Vientos. Todo el mundo fue

una vez como yo soy ahora.

Tamsin resopló: —Si todos pudieran hacer lo que quisieran, ¡sería un caos! ¿Por qué pagar por algo, si puedes simplemente convocar a los Vientos para crearlo?

—El mundo empezó en caos —dijo él—. Calandria me dijo que Ventus se hizo originalmente para nosotros, no para los Vientos. Nadie en todas las edades ha sido capaz de volver a cambiarlo, ni siquiera las personas de las estrellas como ella. Pero Armígero podría hacerlo, si supiera cuál era su secreto. Antes, cuando estaba tratando de encontrar el secreto de su propio amo, habría sido un desastre que ganara. Ahora es diferente.

—¿Crees que arreglaría las cosas?

—Él podría. El hombre en el que se ha convertido, lo intentaría.

Ella no respondió, solo hizo un ruido extraño, y pensando que se estaba riendo de él otra vez, él se giró para dispararle una réplica. Ella no lo miraba a él, solo señalaba la entrada del callejón.

—¡Allí están! —Jordan vio una confusión de antorchas en la calle, y las figuras oscuras de varios hombres.

—¡Brendan Sheia! —Se arrodilló—. Rápido, agárrate —Tamsin se levantó y él la empujó contra la pared.

—Eso no te servirá de nada —dijo una voz engreída y familiar desde el suelo al otro lado.

Jordan miró hacia abajo, a los ojos del mago del mercado.

—¡Ladrón! Tendré tu cabeza por robar mi poder.

Por un segundo, los viejos hábitos se arraigaron: —¡Yo no lo robé! —gritó Jordán—. Lo tomé prestado y lo devolví —Entonces vio la luz de la luna brillar en la hoja en la mano del hombre.

Había seis hombres en el lado del callejón de la pared, y cuatro, incluido el mago, en el otro lado, que era el jardín de alguien. El muro en sí discurría entre dos edificios; no había salida corriendo a

lo largo de su parte superior.

Tres de los hombres del callejón tenían antorchas, al igual que el mago.

—Venga —dijo Jordan—. No quiero lastimarte.

El mago se rió: —Buen farol.

—Prepárate para saltar —siseó Jordan a Tamsin—. ¡Antorcha, rómpete!

Chispas y leña ardiendo volaron por todas partes cuando la antorcha en la mano del mago explotó. Él gritó y cayó, apagándose las brasas en el cabello.

¡Ahora! —Jordan y Tamsin aterrizaron en el suelo junto al mago, cuyos amigos lo estaban golpeando en la cabeza para apagarle el cabello. Había una puerta abierta en el otro extremo del jardín, por lo que Jordan se dirigió hacia allí. Tamsin lo siguió fácilmente.

Entraron en una calle iluminada por la luna. A lo lejos oyó pasos que corrían; los otros venían por el final del bloque: —¡Ka! Ven a mí.

—Ka —El fantasma de una mariposa flotó a través de la puerta abierta.

Tamsin tiró de su brazo: —¡Ya vienen!

—Lo sé. No podemos quedarnos aquí. Ka, necesitamos caballos. ¡Encuéntrame dos de ellos, ahora mismo!

—Por aquí —La mariposa revoloteó por la calle, afortunadamente lejos del sonido de pasos corriendo.

—Así que ahora soy el ladrón que me acusó de ser —jadeó Jordan —. Aunque se lo merece, el bastardo.

—¿Qué está pasando? —Entraron en otro callejón, éste ensombrecido por los altos muros de los edificios a ambos lados.

—¡Allá! ¡Fueron por ese callejón!

Estaba demasiado oscuro aquí para ver algo. Jordan cerró los ojos y miró con su otra vista: —Por aquí... —Siguió a Ka hasta la puerta de un establo; dentro podía ver los contornos de dos caballos dormidos.

—Ka, habla con los caballos. Los quiero despiertos y listos para ir con nosotros si puedes hacerlo.

—No tengo poder para obligar. Pero puedo presentarte ante ellos como un Viento, si ese es tu deseo.

—¡Sí!

Las antorchas aparecieron en la boca del callejón. Jordan las hizo explotar también, y sus perseguidores se retiraron consternados. Jordan procedió a ensillar los somnolientos caballos en completa oscuridad, confiando en el tacto y en la luz fantasmal de su visión meca. Los caballos eran dóciles y no parecían sorprendidos por esta intrusión.

Tamsin había asomado el cuello por la puerta para observar la boca del callejón; mientras él sujetaba el segundo caballo, ella dijo: —Están despertando a la gente en las casas. Esta casa también. Creo que saben lo que estamos haciendo. Tal vez olieron los caballos.

—Bueno, estamos listos. Vamos —Llevó los caballos afuera.

—Pero ¿adónde vamos? ¿Qué hay de tu plan de visitar el desalador en la bahía?

—Dijiste que había otro en medio del desierto —replicó él—. Querías ir a casa, Tamsin. Bueno, ahí es donde vamos a tener que ir.

Clavó los talones en el flanco del caballo y éste se abrió paso entre los hombres que gritaban, y cuando Jordan miró hacia atrás, Tamsin lo seguía, agazapada sobre su caballo, con una sonrisa que podría ser de terror o satisfacción, y tal vez fuese un poco de ambos.

§ § §

El general Lavin dejó su pluma con cansancio y miró al prisionero esposado que Hesty había llevado: —¿Por qué es esto de interés? —preguntó.

Hesty hizo una mueca: —Odio molestarlo con asuntos triviales. Este hombre es un saqueador, lo atrapamos merodeando en las ruinas de uno de los pueblos de las afueras.

—¿Sí? Pues ejecútalo —Lavin volvió a centrar su atención en sus planes.

—Afirma tener información valiosa para vender. Sobre el asedio.

—Tortúralo para sacársela.

—Lo intentamos.

Lavin levantó la mirada sorprendido. El prisionero era un hombre pequeño, nervudo y canoso. Estaba de pie, exhausto, temblando ligeramente. Su brazo izquierdo estaba roto y no lo habían colocado, y había marcas de quemaduras arriba y abajo de su torso desnudo, y quemaduras de cuerda alrededor de su garganta. Miraba a Lavin con ojos apagados, pero desafiantes con su ojo bueno; el párpado del otro estaba magullado e hinchado, al igual que sus labios.

Lavin se levantó y caminó alrededor de él. Le faltaba una gran parte de la piel de la espalda; la carne allí lloraba abiertamente.

—Desafió por completo al torturador —explicó Hesty—. Insiste en hablar sólo con usted. Y —sacudió la cabeza con incredulidad—, ¡quiere hacer un trato!

Lavin sonrió a medias y dio la vuelta para mirar al prisionero a los ojos: —¿Y por qué no? Obviamente ama su vida, Hesty. Pero no hay razón para creer que sabe algo.

—Escúcheme —susurró el prisionero. Se encorvó, como si esperara un golpe, pero su mirada permaneció fija en la de Lavin.

Lavin levantó las manos: —Está bien. Tus torturadores son incompetentes, o este hombre tiene más carácter que ellos —Se sentó en una silla de campaña y le hizo un gesto al prisionero para que se sentara enfrente. Torpemente, como si sus piernas no pudieran doblarse adecuadamente, el prisionero se sentó, encorvándose hacia adelante para no tocar el respaldo de la silla. Hesty se cruzó de brazos y miró divertido.

—¿Cómo te llamas?

—Enneas, señor Lavin.

—Te pillaron saqueando, Enneas. Lo castigamos con la muerte, pero no somos crueles. ¿Por qué elegiste que te torturaran en lugar de dejar que te ahorcáramos rápidamente?

Enneas respiró con dificultad y parecía a punto de desmayarse. Puso su brazo bueno sobre su rodilla para estabilizarse y dijo: —Sé algo que te hará ganar el asedio sin mucho derramamiento de sangre. Pero ¿por qué debería decírtelo si voy a morir de todos modos?

Lavin casi se rió. La respuesta era evidente: dejarían de torturarlo, por eso. Pero la tortura no había funcionado y, por su aspecto, el hombre no sobreviviría mucho más.

—No puedo creer que quieras negociar con nosotros.

Enneas trató de sonreír; parecía una mueca grotesca: —¿Qué tengo que perder?

—Tus testículos —dijo Hesty impaciente.

Lavin le indicó a su hombre silencio: —Estoy seguro de que todo eso se lo han explicado al señor Enneas. Y hecho, también, según el aspecto de las cosas.

—¡Quiero vivir! —Enneas miró ferozmente a Lavin—. Libérame y te diré lo que sé. Mátame y las cosas te irán mal en el asedio.

—Yo no regateo —se puso de pie Lavin—. Mátalo.

Hesty tomó a Enneas por el brazo roto y lo arrastró para que se

pusiera de pie: —Siento haberte molestado —gruñó Hesty mientras empujaba al prisionero a través de la puerta de la tienda.

Lavin se sentó cavilando después de que se fueron. Estaba preocupado por los planes para el asedio, y parecía que sería costoso. Había una opción aún por probar pero, por mucho que odiara admitirlo, eso podría no funcionar. Si no fuera así, un asalto frontal sería su única opción.

Enneas estaba hecho una figura lamentable, sentado en su tienda limpia. Era un hombre arruinado, y habría muchos más como él antes de que todo esto terminara. Lavin no tenía reparos en sentenciar a muerte a un hombre como él; preferiría que el dinero que Enneas había tomado se destinara a alimentar a los veteranos heridos, las viudas o los niños.

Pero a veces perdía de vista por qué estaba aquí. El asedio sería sangriento y peligroso, no solo para sus hombres, sino también para la Reina. Y eso no le sentaba tan bien.

Se puso de pie y salió de la tienda. Era el final de la tarde, fresca y nublada, pero seca. Una cortina de humo flotaba sobre las tiendas escalonadas del campamento. Los hombres iban y venían, cargando provisiones y marchando para hacer ejercicio. A lo lejos, en las afueras del campamento, se alzaba un andamio sencillo. Alguien estaba siendo colgado mientras miraba.

Con la esperanza de que no fuera el prisionero de Hesty, aceleró el paso, teniendo cuidado de asentir y reconocer los saludos de sus hombres a medida que avanzaba.

El andamio desapareció detrás de unas tiendas de campaña a medida que se acercaba. Se apresuró, pero justo cuando estaba a punto de abandonar el borde del campamento, alguien lo llamó.

—¿Sí? —Esperó con impaciencia mientras su jefe de máquinas se acercaba corriendo. El hombre tenía las piernas arqueadas y era hirsuto, y su casco estaba posado sobre su cabeza como un pájaro metálico. Hizo una reverencia torpe y señaló en dirección a las máquinas de asedio.

—¡General, señor! ¡Alguien perforó los barriles de agua anoche! ¡El suministro se disparó, es decir, se filtró! No queda suficiente para hacer funcionar el cañón de vapor.

Lavin siseó: —¿Sabotaje? ¿Es eso lo que estás diciendo?

El mecanicista retrocedió: —Sí. Sí, sabotaje. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué pasa con nuestras propias raciones?

Los ojos del hombre se abrieron: —¿El agua potable?

Lavin asintió: —¿Es seguro?

—Uh… no es mi departamento…

—Descubrir. Lo usaremos si es necesario. Vuelve a informarme en una hora y cuéntaselo a Hesty de inmediato. Ahora disculpe.

Rodeó la tienda a tiempo de verlos bajar un cuerpo del andamio. Dos soldados lo levantaron entre ellos y lo llevaron a un montón de cadáveres cercano.

La cuerda ya había sido puesta alrededor del cuello de Enneas. El otro extremo subía por encima del brazo del cadalso hasta el cabestro de un caballo aburrido. Para ahorcar a Enneas, lo único que tendrían que hacer sería caminar unos metros con el caballo.

Los ojos del ladrón estaban cerrados. Parecía estar rezando. Pero él no rogó, y se mantuvo de pie, aunque tambaleó.

Lavin estaba enojado por el sabotaje. Le costaría vidas si el cañón de vapor no funcionara. Casi se dio la vuelta y regresó a su tienda. Sin embargo, tal vez, solo tal vez, este hombre podría compensar esas bajas potenciales.

Aún así, esperó hasta que el caballo comenzó a caminar, solo para ver si el ladrón se derrumbaba. La cuerda se tensó alrededor de su cuello, pero no luchó cuando lo levantaron hacia el cielo.

—¡Alto! ¡Cortad la cuerda! —Lavin se dirigió hacia el andamio. Los soldados sorprendidos saltaron para desatar la cuerda del arnés del

caballo. Enneas cayó al suelo, ahogándose, con la tierra clavándose en su espalda ensangrentada.

Lo pusieron de pie y desenrollaron la cuerda. Tosió y jadeó, y parpadeó hacia Lavin con su ojo bueno.

—Tienes tu vida —le dijo Lavin—, si me dices lo que sabes, y si juzgo que me será de utilidad.

Las rodillas de Enneas se doblaron. Se las arregló para croar: —¡Trato hecho! —antes de que se desmayara.

24

A través de polvorientos días sin incidentes, el carruaje de pasajeros había recorrido su camino hacia el sur. Calandria May conocía ahora íntimamente la forma de los asientos. Sentía que su cuerpo se había modelado para adaptarse a ellos, ciertamente no era al revés. La primitiva suspensión del vehículo enviaba cada sacudida y traqueteo de las ruedas desde la columna vertebral hasta la jaquecosa cabeza. Y la cosa era lenta, deteniéndose con frecuencia en las entregas de correo o para cambiar caballos.

Aún así, era lo único que habían podido pagar con lo último de sus fondos. Esta ruta los llevaría discretamente a Iapysia, donde con suerte podrían adquirir un medio de transporte más rápido. El país estaba tan sumido en el caos que, con suerte, no echarían de menos un par de caballos robados.

—Vaya, te has convertido en un dechado de cautela —le había dicho Axel cuando le había contado este plan—. ¿Qué pasó con "bajemos de una maldita vez y encontremos a Armígero a toda costa"?

Ella se encogió de hombros: —¿Qué sentido tiene? Ya no tenemos las armas necesarias para destruirlo. Lo único que podemos hacer es observar hasta que podamos contactar con una nave que pase y solicitar un ataque.

Su última información fiable indicaba que Armígero se dirigía a visitar a la reina Galas, quien ahora estaba muerta o seguía escondida en su palacio, según con quién hablaras. En cualquier caso parecía poco probable que Armígero siguiera de camino allí, porque su causa estaba condenada al fracaso. Cal y Axel iban traqueteando en este carruaje porque la reina era su única pista. Pero ahora no había urgencia en el viaje.

Axel estaba casi recuperado ahora, aunque nadie lo diría por la forma en que dormía casi todo el día. Sin acción que lo motivara, se plegaba en sí mismo y se convertía en un peso muerto. Calandria no disponía de capacidad de combate para intentar sacarlo de ese

letargo.

En consecuencia, cuando en una noche completamente típica de sacudidas sobre caminos llenos de baches, su computadora craneal dijo sin previo aviso: —Transmisión entrante —Calandria May se enderezó y dijo: —¡Gracias a los dioses!

Los pasajeros sentados frente a ellos en el carruaje no levantaron la vista, los tres cabeceaban somnolientos. De todos modos, les habría resultado difícil oír a Calandria por encima del ruido de las ruedas.

Ella se giró hacia Axel y lo halló mirándola fijamente. Él estaba abriendo la boca para pedirle que le dijera que lo había oído, cuando una voz diferente habló en su mente.

—Al habla Marya Mounce desde la nave de investigación Pan-Hellenia. ¿Puede oírme alguien?

El rostro de Axel mostró una amplia sonrisa: —¡Un transporte! —dijo.

El otro pasajero de su lado del carruaje murmuró algo y golpeó a Axel con el hombro.

La voz continuó: —Estoy en trayectoria de reingreso. Me persiguen los Vientos. Los Cisnes Diadema se volvieron locos hace un par de días y están ahuyentando o derribando todas las naves en el sistema. Intenté escapar, pero ahora me persiguen. Voy a intentar aterrizar en las coordenadas de la última transmisión que recibimos de nuestro agente en la superficie.

—¿Agente? —susurró Calandria—. Entonces, ¿de verdad hay investigadores aquí abajo en este momento?

Axel parecía incómodo: —Bueno, sí, pero tal vez no como tú piensas —dijo.

Le tomó un minuto descifrar eso: —¿Eres tú el agente al que se refiere? —le dijo Calandria.

—Sí, sí. Mira, no vi por qué no ganar algo de dinero, así que cuando esos investigadores galácticos me preguntaron si podía enviarles

observaciones regulares mientras estaba aquí, no lo pensé. ¿Por qué no? No pensé que los Vientos se nos iban a echar al cuello con tanto entusiasmo.

Ella tuvo que reír: —Estás lleno de sorpresas, ¿lo sabías? —Por lo general, éstas eran desagradables, pero si esta Mounce estaba de camino a esta parte del continente...

Calandria extendió la mano y golpeó en la parte superior del marco de la puerta: —Conductor. Puede dejarnos salir aquí, por favor.

§ § §

Una hora más tarde se detuvieron en el centro de un campo oscuro en el medio de la nada. La vía láctea trazaba una amplia franja de luz en el cielo. Diadema se estaba poniendo, su luz brillaba oscura en un lago cerca del horizonte. No se veían casas por ninguna parte. Aparte de la carretera, la característica más cercana al paisaje era una oscura hilera de árboles a lo largo de un acantilado cercano.

—Ahí está —Calandria señaló una estrella que caía lentamente en el cenit—. Vamos a tener que romper el silencio de radio.

Axel asintió. Si la nave de Mounce aterrizaba en la mansión Boros, tardarían una semana en llegar, y para entonces seguramente habría despegado de nuevo. Particularmente si los Cisnes Diadema bajaban tras ella.

Vieron crecer la pequeña chispa en lo alto. El frío viento otoñal se burlaba del largo cabello negro de Axel. Ninguno habló. Axel no estaba seguro de lo que Calandria estaba sintiendo, pero ese punto de luz representaba una vía de escape para él si podían subir a bordo y evadir las cosas que perseguían la nave.

—Tal vez tengamos que actuar rápido —dijo Calandria—. ¿Dónde sería un buen lugar?

—Ningún lugar es bueno —dijo él—. Así que bien podríamos dar la señal aquí mismo. Al menos está nivelado y abierto.

—Ahí va —dijo Calandria. Luego su voz habló en su mente—. Al

habla Calandria May llamando a la Pan-Hellenia. ¿Puede oírme?

Esperaron en un tenso silencio. La estrella brillante había comenzado a alejarse sobre el lago, siguiendo a Diadema.

—¡Hola! Sí, soy yo, Marya. ¿Estás con Axel-chan?

—Sí.

—Están detrás de mí, así que bajaré a vuestra última ubicación en...

—¡No! ¿Puedes encontrarnos con esta señal? Estamos a un par de cientos de kilómetros al sur de donde Axel contactó contigo la última vez.

—Oh. No sé si puedo... Sí, la nave dice que puede hacerlo. ¿Tienes refugio?

Axel y Calandria intercambiaron una mirada. Él se puso en cuclillas y comenzó a arrancar tallos de hierba del suelo: —Mierda mierda mierda mierda.

—¿Para qué necesitas refugio? —preguntó Calandria—. ¿Es que intentas recogernos o…?

—¿Recogeros? ¡Intento seguir con vida! Los Cisne están detrás de mí, se están acercando. Han eliminado todas las naves que intentaron pasar Diadema. Me he mantenido por delante de ellos hasta ahora rozando la parte superior de la atmósfera, pero están por todas partes. ¡En todos lados! Yo... espera...

Axel miraba su sombra en la hierba. Alzó la vista a tiempo de ver que la estrella volvía a brillar con un fulgor blanco y se desvió rápidamente en su dirección. Alrededor de la nave, y por encima de él, había surgido un resplandor difuso, como una aurora.

Por todas partes, pensó Axel. Excelente.

—El bosque —dijo Calandria—. ¡Vamos! —Ella comenzó a correr. Él miró hacia arriba de nuevo, luego la siguió.

Se oían estruendos graves, como truenos, pero en lugar de

desvanecerse, crecían. A Axel el sonido le resultó familiar e inconfundible: algo se acercaba para aterrizar. El sonido tenía un matiz irregular. Años de exposición a naves espaciales le decían que era una nave pequeña. Las grandes cantaban con un bajo grave hasta el final.

Sus sombras se hacían más nítidas mientras corrían. Axel comenzó a sentir calor en la cara. El rugido se convirtió en un trueno constante y ensordecedor. Abajo, en la costa, la media luna de arena se iluminó de ámbar bajo un amanecer de medianoche. Axel sabía que no debía mirar directamente a la lanza de luz que se dirigía hacia ellos, aunque parecía que Mounce iba a aterrizar la nave justo encima de ellos.

El cielo empezó a brillar de horizonte a horizonte. Él nunca había visto ese efecto acompañar la llegada de una nave estelar.

Axel redobló su esfuerzo, aunque se había torcido el tobillo y el dolor le subía por la pierna a cada paso. Calandria avanzaba rápido, pero él no tenía aliento para decirle que redujera la velocidad.

De pronto, haces de luz como un rayo de calor atravesaron el cielo. Su centro era la nave en aproximación.

Un destello cegador sorpendió a Axel. El recuerdo de la infancia se apoderó de él y Axel contó. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Bum! La conmoción lo derribó al suelo. Se levantó con sabor a hierba y a tierra en la boca.

Lo que fuese que había sido ese destello, había ocurrido a menos de un kilómetro de distancia. Parpadeó para alejar los rombos del resplandor crepuscular, a tiempo para ver la brillante lengua de fuego sobre su cabeza vacilar y apagarse.

Una forma oscura cayó con majestuosa lentitud en el bosque. Mientras desaparecía, una cúpula blanca de luz perfilaba las copas de los árboles y Axel sintió en los piesnel profundo golpe del impacto.

Calandria estaba esperando en la linde del bosque: —¿Estás bien?

—Bien —masculló él—. Vamos —Se adentraron en la maleza. La oscuridad habría sido total bajo los árboles, pero se había iniciado un incendio en algún lugar más adelante y el cielo estaba lleno de remolinos de arcoíris. Axel los habría encontrado hermosos si no hubiera estado tan asustado.

Por supuesto, si habían testigos de esto en un radio de cincuenta kilómetros, ya estarían todos escondidos debajo de sus camas. Nadie en su sano juicio querría ser atrapado en campo abierto cuando los Cisnes tocaban el suelo.

Había demasiada oscuridad y Axel no podía detectar ramas y ramitas a tiempo de evitar que lo fustigaran por todas partes a medida que avanzaban. Con el pecho ardiendo, y con los pies tropezando en cada raíz y roca oculta, pronto perdió de vista a Calandria; quien, como de costumbre, se movía a través de la maleza como un fantasma. Él oía su propia respiración resonando en los pulmones y, en algún lugar cercano, el crepitar del fuego. Por encima de eso, sin embargo, se estaba formando una especie de vibrante silbido que parecía no tener origen, pero que él sabía que debía de provenir del cielo. Los pelos de la nuca se le erizaron, también los de los brazos. Habría preferido que fuese por efecto del miedo, pero sabía que era el efecto de una carga de un millón de voltios acumulada en el bosque.

—¡Axel! —Él se apresuró en la dirección de la voz. Más allá de una pared de troncos de árboles partidos y marga humeante, Calandria se hallaba en el borde del cráter que había excavado la nave de Marya Mounce.

La nave tenía forma ovoide de unos quince metros de ancho. Estaba medio enterrada en la tierra. El humo salía de su piel, que estaba ennegrecida y carbonizada. Ni el calor de la reentrada ni el choque podían haber carbonizado la piel de fullereno en ese grado: —Ella no puede haber sobrevivido a eso —dijo Axel mientras renqueaba hasta detenerse junto a Calandria—. ¿Qué hicieron?

—¿No puedes sentirlo? —preguntó ella. Mechones sueltos de su cabello estaban erizados. Pequeñas chispas danzaron alrededor de los dedos de Axel cuando él se los limpió en los pantalones—. La golpearon como un rayo.

—Pues están a punto de despedir otro —dijo él—. Será mejor que salgamos de aquí… —Lo interrumpió un relámpago y el ¡bang! de un trueno. Él se agachó instintivamente, aunque aquello había caído al menos a un centenar de metros de distancia.

—¡Allí! —señaló Calandria. Una cálida luz anaranjada brotaba de algún lugar alrededor de la curva del huevo. Se había abierto una escotilla.

Treparon por encima de los humeantes restos y rodearon la nave a tiempo de ver una pequeña figura salir delicadamente de la escotilla, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

—¡Hola! —gritó Marya Mounce—. ¿Hay alguien ahí?

La mujer revelada por el brillo de las luces de la nave no era la valiente salvadora que Axel esperaba. Marya Mounce era diminuta, de piel pálida y caderas anchas. Antes de verle la cara, notó el rizado de su cabello castaño, recogido con un pasador iridiscente. Vestía una falda negra y una blusa que refractaba la luz como el aceite. Evidentemente, iba a la moda de algún sistema interior afeada por las bandoleras caqui que le colgaban de los hombros.

Pero lo que hizo que su corazón se le cayera al suelo fue ver sus pies.

Mounce había sucumbido a una moda que arrasaba en los mundos internos y se había acortado los tendones de Aquiles. Se había aumentado los dedos y el talón de los pies, y los músculos de la pantorrilla, por lo que se mantenía erguida de puntillas en todo momento. Lo único que llevaba en los pies eran zapatillas metálicas para los dedos. Axel dudaba que ella pudiera correr, y mucho menos trepar por encima de los árboles caídos esparcidos por este nuevo claro.

—¡Ahí estáis! —gritó Marya mientras Axel y Calandria caían sobre un último tronco—. ¡Mira, sobrevivimos! Vosotros… vosotros sois May y Chan, ¿verdad?

—¿Quién si no estaría tan loco como para estar aquí? —dijo él— ¿Estás sola?

—Sí, yo sola —Mounce se giró y señaló vagamente a la nave—. Estaba haciendo una observación demográfica que requería algunas órbitas cercanas, por eso quedé atrapada en el...

—Ya nos lo contarás después —dijo Calandria con su voz más diplomática—. Vienen los Cisnes —señaló.

—Ah, claro —Mounce pareció decepcionada, pero no asustada.

El cielo estaba lleno de líneas incandescentes arqueadas. Se extendían en espiral hasta el cenit como escaleras al cielo. Axel había visto Garfios Celestiales cuando éstos acudieron para destruir la propiedad de los Boros, y esos también habían sido Garfios Celestiales de algún tipo, pero nada como esto. Mientras que los Garfios Celestiales habían sido de frío metal y fibra de carbono, los Cisnes parecían incorpóreos, criaturas hechas únicamente de luz.

Por su escasa lectura sobre el tema, Axel sabía que los Cisnes eran nanos, como la mayoría de los Vientos. Estaban constituidos por largas fibras microscópicas parecidas a bigotes. Con ellos los Cisnes podían manipular los campos magnéticos, y en su entorno natural en órbita los engranaban en trillones para formar madejas de cientos de kilómetros de largo. Obtenían energía del campo magnético planetario y la proyectaban en gigavatios a donde fuese necesario.

Axel sabía que podían separarse en un instante y recombinarse en nuevas formas. Aparentemente, algunas de estas formas podían atravesar la atmósfera misma, tal vez incluso aterrizar en la superficie de Ventus.

Calandria tomó a Mounce por los hombros: —¿Tienes algún material de supervivencia?

—S-sí, es norma del instituto llevar algo.

—¿Dónde están? —Calandria saltó al interior de la nave—. Necesitamos telas de camuflaje. ¿Tienes alguna?

—Yo no creo que... —comenzó Mounce. La voz de la nave la interrumpió. Axel no pudo oír lo que decía por encima del rugido

de un incendio cercano.

Con una maldición, Axel trepó por la escotilla detrás de Calandria. Ella estaba rebuscando en un casillero de trajes cerca de la esclusa.

Durante un segundo, Axel se permitió el deleite de la visión de suelos blancos y limpios, sofás acolchados y hiedra colgante que decoraba la nave. La Pan-Hellenia representaba la civilización, con todas las comodidades: inodoros, camas de aire, duchas de agua caliente y limpiadores sónicos, realidad virtual, buena cocina...

—¡Axel, ayúdame! —Él suspiró y alejó todo aquello de su mente.

Calandria estaba metiendo cosas indiscriminadamente en una bolsa de supervivencia. Axel vio un botiquín de primeros auxilios, equipo de diagnóstico, algunas raciones de emergencia, una linterna...

—¡Ajá! —Él se abalanzó sobre una pistola láser—. Ahora me siento completo de nuevo.

—Olvída eso, ayúdame con esto —Ella luchaba por soltar una caja pesada de la pared.

—¿Qué es eso? Cal, es demasiado pesado...

—Kit de personalización de nanotecnología. Nos salvará la vida, créeme.

—Está bien —Él la ayudó en la lucha para bajarla y meterla en la bolsa.

—Eh, ¿chicos? —Mounce se paró en la entrada, muy bien enmarcada por una visión de un bosque en llamas—. Será mejor que nos vayamos. Los Cisnes están aquí.

Calandria salió de un salto junto a ella, cargando dos cajas de metal. Axel nunca había visto a Calandria así. Eso lo inquietaba un poco, como si su propia imaginación vívida estuviera subestimando el peligro en el que se encontraban.

—¡Diablos! —Contagiado por la urgencia, Axel se colgó la bolsa de supervivencia al hombro y bajo tambaleante la carga tras Calandria.

Mounce lo siguió con un revoloteo de manos mientras intentaba visiblemente hallar un modo de ayudar.

Un extraño resplandor crepuscular impregnaba el destrozado claro. Calandria había tirado ambas cajas al suelo y estaba hurgando frenéticamente en una de ellas cuando Axel y Mounce la alcanzaron. Torrentes de humo de leña le picaban en los ojos a Axel, y el rugido y el calor de las llamas cercanas le mareaban la cabeza. Chispas de electricidad estática volaban por todas partes, y el limpio pelo de Mounce se hinchaba en la cabeza como un diente de león.

De repente, Calandria gritó y se derrumbó. Se hizo un ovillo en el suelo humeante, con las manos agarrándose la cabeza.

Axel también lo sintió: un dolor punzante en la cabeza. Estaba centrado en el lado izquierdo, justo encima de la oreja. Mounce maldijo en algún idioma extranjero y se quitó la horquilla en forma de media luna.

—¿Qué está pasando? —gritó Mounce por encima de un rugido imposible. El sonido del fuego quedó ahogado por la aproximación de los Cisnes. No era un único sonido, sino muchos, como un millar de cuerdas. Los Cisnes cantaban al unísono un único acorde mientras se extendían para tocar tierra.

Un relámpago trazó un arco desde la parte superior de la nave estelar: —¡Nuestros implantes! —gritó Axel—. Todos tenemos hardware en los cráneos. ¡Se está produciendo un cortocircuito debido a toda esta electricidad! Calandria tiene más que cualquiera de nosotros: está aumentada en una docena de formas—. Calandria estaba insensible en el suelo, convulsionándose junto a la tela dorada que había sacado a medias del estuche.

—¡Tenemos que sacarla de aquí! —Axel levantó a Calandria por los brazos y se la cargó al hombro—. ¡Trae las cosas!

Marya lanzó los estuches dentro de la bolsa de supervivencia y se agachó para arrastrarla tras ella. Axel no miró atrás para ver cómo estaba ella, necesitaba toda su concentración para navegar entre las ramas astilladas y la tierra excavada alrededor de la nave. Por fin

llegó a un bosque virgen y cayó sobre un arbusto espinoso con Calandria encima de él. El dolor que cantaba en su cabeza continuaba, pero no era tan fuerte como lo había sido justo al lado de la nave.

Marya Mounce se abría paso con dificultad a través de los obstáculos, el enorme bulto de la bolsa quedaba atrapado en cada rama que sobresalía. Ella parecía determinada, su boca formaba una línea sombría.

Casi había llegado a los árboles cuando una lluvia de luz blanca repiqueteó en la marga justo detrás de ella. El suelo chisporroteó y humeó bajo la marga.

—¡Corre! —Axel movía las manos frenéticamente—. ¡Olvídate de la bolsa! ¡Solo corre! —Sabía que ella no podía oírlo por encima del coro de los Cisnes.

La lluvia se intensificó. Era como si un embudo en algún lugar sobre sus cabezas estuviera vertiendo luz líquida. Donde aterrizaba, la luz se fusionaba, pulsando. La lluvia cesó abruptamente y comenzó de nuevo más allá del claro.

El resplandor que la lluvia había dejado atrás brilló intensamente una vez y se levantó.

La voz de Axel murió. Él se alegró de que Marya no supiese lo que había detrás de ella, porque lo habría paralizado si él hubiera estado en su lugar. Parecía un hombre, pero estaba completamente hecho de luz líquida. Largas serpentinas eléctricas salían volando de los dedos y de la cabeza. Mientras otro de esos seres crecía detrás de él, el primero comenzó a hacer piruetas de un lado a otro, como un bailarín, obviamente buscando algo.

Marya llegó junto a Axel dejando la bolsa en el suelo de golpe. La bolsa de supervivencia se abrió: —Jolín —dijo ella mansamente. Luego sonrió a Axel—. ¡Lo logré!

Calandria se incorporó impulsándose con los codos: —Tela camuflaje —graznó ella—. ¿Dónde está?

Axel agarró la filigrana dorada que ella había estado intentando desenrollar antes. Se arrodilló y la abrió permitiendo que los tapara a los tres, mientras Marya metía la bolsa de supervivencia debajo.

La criatura que se había construido detrás de Marya se volvió y miró en su dirección. Axel se olvidó de respirar. Sintió que ellas dos también quedaron quietas, el antiguo instinto se activaba para salvarlos de un depredador superior. Lenta, deliberadamente, aquella cosa caminó hacia ellos.

—Oh, mierda —Axel echó mano a la pistola láser. El tacto era caliente, y él se preguntó si también estaba en cortocircuito. Al parecer, lo descubriría en un segundo, cuando tuviera que usarla.

La cabeza de la cosa giró hacia la izquierda. Se detuvo, con la barbilla levantada como si estuviera olfateando el aire. Luego pasó por encima de un tronco y se alejó. La tela había funcionado.

Axel resopló el aliento contenido. Por supuesto que la tela de camuflaje había funcionado: estaba diseñada para engañar los sentidos de los Vientos. Aunque, en momentos como este, le resultaba difícil recordar que la tecnología de los Vientos, Cisnes incluidos, era mil años más antigua que la suya.

Antigua, tal vez., pero no primitiva. Aspiró una nueva bocanada de aire y trató de hacer que su disparado corazón se desacelerara.

Pronto seis formas humanoides caminaban por el claro. Todo lo que tocaban se incendiaba. Arrojaban árboles caídos a un lado y disparaban rayos de luz coherente hacia las copas de los árboles, buscando arriba y abajo, pero sin percatarse de las tres pequeñas formas acurrucadas justo en el borde del claro.

Una entró en la nave. Fuertes conmociones sonaron adentro y las luces se apagaron. Luego, zarcillos de luz en espiral descendieron desde arriba y se anclaron con suavidad, pero con firmeza, a los costados de la nave. Las cinco formas humanoides restantes se estiraron y se disolvieron dentro de las cuerdas de luz. Luego, con apenas un temblor, los Cisnes sacaron al Pan-Hellenia del suelo y se retiraron hacia el cielo con ella a cuestas.

El resplandor estelar se desvaneció, el grito desgarrado de los Cisnes remitió; pronto el claro estuvo iluminado sólo por fuego ordinario. Pero sobre el olor de las hojas otoñales quemadas yacía el fuerte olor a ozono.

Durante un rato los tres permanecieron donde estaban, cabeza con cabeza, viendo cómo la aurora en espiral se alejaba hacia el cenit, hasta que finalmente las estrellas salieron una a una, como tímidos grillos.

Marya Mounce se incorporó y se sacudió la suciedad de las mangas: —Bueno —dijo ella con energía—. Muchas gracias a los dos por rescatarme.

§ § §

Horas más tarde hicieron un alto, a mitad de camino alrededor del lago, bajo el alero de un granero abandonado. Axel no estaba acostumbrado a este nivel de actividad y había comenzado a tambalearse mucho. Calandria daba descanso a su brazo herido, por lo que sólo podía cargar hasta cierto punto. Marya se las había arreglado para caminar asombrosamente bien, teniendo en cuenta sus pies. Cualquiera que fuera el aumento que se había hecho para mantener sus tendones acortados, había endurecido inmensamente las puntas de sus pies y, de hecho, le permitían correr si ella lo necesitaba.

Mientras Axel se desplomaba de cansancio y Calandria se movía lentamente para juntar viejos tablones para el fuego, notó que Marya temblaba violentamente, con escalofríos por todo el cuerpo acompañados de un loco castañeteo de los dientes.

—Ropa térmica —murmuró ella—. Debe de haber algo de ropa térmica aquí —Se arrodilló y comenzó a hurgar en la bolsa —Ah. Aquí tenemos —Sacó un traje plateado de una pieza y se puso en pie. Axel esperaba que ella se alejara, o al menos que se diera la vuelta, para quitarse la falda, pero ella simplemente se puso el traje y la falda desapareció cuando lo hizo, dejando nada más que una nebulosa negrura que desapareció cuando ella se subió la cremallera del traje.

—¿Qué fue eso? —dijo él.

—¿Q-qué? ¿Qué fue qué? —Marya se puso en cuclillas, abrazándose a sí misma.

—Tu vestido… era holográfico —Él oyó a Calandria detenerse en mitad del movimiento de arrancar una tabla de la puerta del viejo granero.

—P-pues cla-claro —tartamudeó de frío Marya—. E-es un holounitardo. ¿Q-qué espe-perabas que vi-vistiera? ¿Ropa?

Calandria le lanzó a Axel una elocuente mirada que decía: tú te encargas de esto, y volvió a arrancar trozos de puerta.

Axel no estaba realmente tan sorprendido. Los holounitardos eran cada vez más comunes en los sistemas interiores. Permitían ilimitados cambios de vestuario y sin restricciones para el usuario, pero solo eran prácticos en entornos con clima controlado.

—Bueno —dijo él—. estás en Ventus ahora.

—Lo sé. De todos modos se supone que los holos no son visibles para los Vi-Vientos.

—No lo digo por eso —dijo Axel—. Morirás congelada con esa cosa.

—Bueno, tendrás que deshacerte de él —dijo Calandria—. No podemos arriesgarnos a que los Vientos lo vean.

—En la nave no había ropa. Y no tuve oportunidad de ponerme las térmicas antes de aterrizar —murmuró Marya—. Demasiado ocupada cayendo del cielo —Volvió a tiritar violentamente.

Ella tenía razón en eso: —Será mejor que encendamos este fuego —dijo Axel. Calandria dejó caer otra carga de madera a sus pies y él se inclinó para cortar palos. Marya lo observó ansiosa.

—Bastante irónico —dijo Calandria mientras se acercaba a sentarse al otro lado de Marya. Cal y Axel estaban a ambos lados de Mayra. Él podía sentir sus escalofríos mientras cortaba—. Hace un par de horas casi perecemos quemados. Ahora nos estamos congelando.

Típico.

—Listo —Axel tenía su leña—. Construyó una pequeña pirámide de palitos encima, dejando una abertura, y comenzó a colocar tablas más grandes encima y alrededor. Satisfecho, sacó el encendedor del equipo de supervivencia.

—Sé ganarme el sustento —dijo Marya—. Dame, déjame demostrártelo —Estiró una mano hacia el encendedor.

—Cualquiera puede usar un encendedor, Marya.

—Quiero hacerlo a la antigua. ¿Tienes pedernal y hierro?

—Sí... ¿Has pasado tiempo en Ventus, entonces?— preguntó Axel.

—No estoy en personal de inspección terrestre —Marya se levantó entre ambos, todavía temblando pero extrañamente decidida—. Pero soy antropóloga cultural. He estudiado más sociedades de las que has oído hablar. Conozco dieciséis formas de encender un fuego. Deberíamos reservar el encendedor para una verdadera emergencia.

Calandria intercambió otra mirada con Axel. Luego dijo: —Deja que lo intente.

—No quiero ser inútil —dijo Marya mientras le quitaba los pedernales a Axel. Comenzó a golpear frenéticamente el pedernal con el hierro. Se golpeó los dedos y lo dejó caer—. ¡Ay! —Antes de que Axel pudiera moverse, ella lo agarró de nuevo y continuó, con más cuidado y también con más precisión. Un chorrillo de chispas voló hacia las virutas.

Se inclinó hacia adelante para soplar suavemente sobre las brasas. Para sorpresa de Axel, la yesca prendió. Ella atendió el fuego durante unos minutos como una madre cariñosa, mientras Calandria y Axel observaban conteniendo la respiración.

Por fin, Marya se sentó, triunfante, mientras el fueguito comenzaba a arder por sí solo: —¡Mirad! ¡Lo hice!

Tanto Axel como Calandria expresaron su aprobación. Tal vez

Marya no iba a resultar tan inútil como amenazaba su llamativo exterior.

La antropóloga cruzó las piernas y sonrió ante su logro. Axel suspiró: —Bueno, Cal, veamos tu brazo.

—De acuerdo —dijo Calandria mientras Axel pinchaba y empujaba —. ¿Qué hacemos ahora?

Marya estaba empezando a entrar en calor y parecía estar recuperando su equilibrio también. Ella dijo: —Obviamente, tenemos que salir del mundo lo antes posible. Aquí está pasando algo, ¡nunca había visto a los Cisnes así!

Axel y Calandria intercambiaron una mirada. Armígero. Sólo podía ser él.

—Escuchad —continuó Marya—. Conozco Ventus como la palma de mi mano, aunque nunca haya estado aquí. Traemos agentes aquí abajo de vez en cuando desde hace décadas, gente como Axel que envía informes, que saca libros. Conozco la historia. Conozco la geografía, cada ciudad y cada aldea de este continente. Hablo seis idiomas locales, sin necesidad de implantar diccionarios. He estudiado las religiones de doce maneras diferentes —Se inclinó para calentarse las manos en el nuevo fuego—. Sé que no soy de los que les gusta la vida al aire libre, pero creo que puedo ayudaros.

Calandria asintió: —Gracias. Necesitamos la ayuda, en estos momentos. Pero, una cosa: deberías deshacerte de ese unitardo. Sé que afirmas que es invisible para los Vientos, pero ¿lo sabemos con seguridad? No creo que debamos arriesgarnos.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Marya. Señaló con el pulgar hacia el cielo—. ¡Sobre todo después de ver a los Cisnes de cerca, no es algo que quiera volver a hacer, deja que te diga! —Se puso en pie y, sin timidez, se desabrochó el traje.

—Espera —dijo Axel—. No estoy de acuerdo. Marya, creo que deberías quedarte con el unitardo.

—¿Por qué? —preguntó Calandria.

Axel sonrió: —Tengo una idea.

25

—¿Dónde está ella? Marya se esforzaba por ver a través de la oscuridad. Ella y Axel estaban agazapados en la maleza húmeda, mientras Calandria se acercaba sigilosamente a unos caballos de un potrero cercano.

—Ya casi llega —susurró Axel—. Calla o los perros te oirán.

Marya empezó a recostarse, luego recordó que estaban en un planeta lleno de suciedad asquerosa y recuperó su posición agachada. Sacudió la cabeza. Calandria May parecía dar por sentado que sus métodos eran los mejores y había insistido en ser ella quien robara los caballos.

—Tan pronto como descubran que han desaparecido, tendremos a una cuadrilla detrás de nosotros —dijo Marya por lo que parecía la décima vez.

—Ya nos habremos ido para cuando eso suceda —respondió Axel—. Confía en nosotros.

—Mi plan era mejor.

—Ya hemos hablado de eso. Tu unitardo no es de la talla de Calandria.

—¿Y qué? Yo...

Los perros empezaron a ladrar. Marya Mounce maldijo por lo bajo. Calandria se había estado acercando con el viento a favor y con un silencio casi sobrenatural, pero los malditos animales la habían sentido de todos modos. Ni siquiera había llegado a la puerta del potrero todavía.

Calandria corrió hasta la puerta del potrero y empezó a desenganchar el lazo de cuerda que la mantenía cerrada. Más allá, los caballos relincharon nerviosos en la oscuridad.

Marya negó con la cabeza, frunciendo el ceño. Ella había ideado un

plan que garantizaba etnológicamente que no los persiguieran tras llevarse los caballos. Calandria lo había rechazado. La mujer parecía pensar sólo en términos de artimañas, o tal vez no quería admitir que el plan de Marya era mejor que el de ella.

Ahí llegaban los perros, tres de ellos gruñendo a través de la hierba directamente hacia Calandria. Marya quedó sin respiración cuando Calandria se detuvo completamente, pero luego un brillante destello de luz deslumbró a Marya durante un momento.

La pistola láser estaba en modo flash. Marya oyó aullidos y abrió los ojos para ver que los perros se detenían, tocándose el hocico. Animalicos. Un momento antes habían sido todo dientes y garras, pero ahora Marya tenía ganas de acariciarlos.

Calandria abrió la puerta del potrero. Los caballos también estaban un poco deslumbrados y asustadizos.

La puerta de la cabaña se abrió, arrojando nueva luz sobre el claro. Dos hombres salieron. Uno gritó a los perros.

—¿Confianza? —dijo Marya—. Sí, confiaba en que esto iba a pasar.

—Calandria se encargará, ya verás.

De hecho, May caminaba con confianza por el potrero hacia los hombres. Uno la señaló y maldijo. Marya hizo un recuento mental de los juramentos de Ventus que conocía, tratando de identificar el idioma. Memnoniano, por supuesto…

Marya no supo qué planeaba hacer Calandria a continuación, porque su propia impaciencia y enfado la vencieron. Marya se puso de pie, desabrochándose su traje térmico: —Ey, ¿qué estás…? —comenzó Axel, deteniéndose cuando Marya desapareció de la vista. Ella había sintonizado en negro su holounitardo y, antes de que Axel tuviera tiempo de darse cuenta de lo que estaba haciendo, ella salió corriendo hacia el claro.

Los hombres eran corpulentos, pero bajos. Parecían rudos. Detrás de ellos había aparecido otra figura en la entrada de la cabaña, con las manos dentro de las faldas.

—¿Qué está haciendo? —bramó el primer hombre a Calandria. Puro memnoniano, Marya estaba maravillada. Una rica variedad, por el acento. Casi podía rastrear la ascendencia de este hombre por la forma en que pronunciaba las vocales.

Marya se interpuso entre los hombres y Calandria y dijo: —Cambia —en voz alta y clara. Mientras lo hacía, ajustó su ropa holográfica a otro traje.

Los hombres quedaron con los ojos como platos y retrocedieron varios pasos. Marya había pasado de la ropa de campesina a un disfraz de festival que era todo plumas y arcoíris. Marya sabía que su cara brillaba como la de un ángel. Ese era el diseño.

—Uh, hola —dijo ella con cuidado. Las palabras sonaron torpes en sus propios oídos—. Vengo a haceros daño..., no... daño no vengo a haceros.

Ambos se detuvieron al instante a un par de metros de distancia, y la miraron de arriba abajo. Detrás de ella, Marya oyó a Calandria murmurar algo. Ella optó por no escuchar.

Los hombres se sentían intimidados, pero se mantuvieron firmes: —¿Q-qué quiere usted? —preguntó el primero, que parecía mayor—. No tenemos nada. No hemos dañado a una sola criatura en este bosque. Mire, lo único que tenemos son caballos...

—Caballos —dijo ella asintiendo—. Necesitamos tres. Uno para mí y dos para mis sirvientes humanos.

Parecían tan trágicos que Marya quiso dar media vuelta y marcharse. Después de todo, los caballos eran lo único que tenían. Eran abyectamente pobres y ella les estaba robando. Tal vez había algo que ella pudiera darles... pero toda la parafernalia de otros mundos que tenía los pondría en peligro si se la quedaban. Lo siento —dijo ella.

Se miraron el uno al otro: —¿Necesitas sillas de montar? —dijo el hombre más joven. El mayor le lanzó una mirada asesina.

En realidad sí necesitaban sillas de montar, pero Marya no se

atrevía a ir tan lejos: —No —dijo ella.

—Marya —susurró Calandria.

—Sin sillas de montar. Solo caballos. Gracias.

Los perros recobraron la vista y aullaron y olfatearon los pies de los hombres. A regañadientes, los hombres dieron media vuelta para llevar tres palafrenes hasta ella. Marya no tenía medios para juzgar la calidad de las monturas, y probablemente habría rechazado las mejores si hubiera sabido que se las estaban ofreciendo. En silencio, los hombres embridaron los caballos y le entregaron las riendas: —Perdónanos —fue todo lo que dijo el mayor mientras sacaba a los caballos por la puerta del potrero.

Se podía oler a los animales, un olor especiado y tentador, pero de alguna manera... insalubre. Marya arrugó la nariz. Fue emitiendo sosegadores siseos mientras se acercaba a los caballos.

La caminata hacia el bosque parecía una eternidad, y Marya miró atrás varias veces. La mujer campesina se había unido a ellos, y los tres se quedaron allí con los hombros caídos viendo desaparecer parte de su sustento. Marya se sintió tan mal que casi lloró.

—Eso ha sido una maldita tontería —acusó Calandria—. Podrías haberte lastimado si nos hubieran atacado.

—Te dije que mi plan funcionaría mejor —replicó Marya—. Y te dije que el tuyo no funcionaría en absoluto, ¿recuerdas?

Por una vez, Calandria no tuvo respuesta.

§ § §

—Estás loca —dijo Axel Chan más tarde esa noche—. Él nos matará.

—Tenemos que intentarlo —Calandria pateó la tierra cerca del fuego en un intento de calentarse los pies—. Cada día que esperamos se hará más fuerte y estará más cerca de su meta.

—Pero sin la Voz del Desierto...

—Él no es invencible, Axel. Ninguno de ellos lo es.

—Pero no podemos garantizar su destrucción. Tú misma dijiste que cada molécula de ese cuerpo tiene que ser vaporizada.

Calandria dio unas palmaditas en el gran maletín que habían sustraído de la Pan-Hellenia: —Esto debería bastar para incapacitarlo. Luego lo sacaremos del mundo y nos ocuparemos de él de una vez por todas allí.

Marya los observaba discutir con cansancio. Esto había estado sucediendo durante horas ahora. Empezaba a preguntarse si no habría sido mejor ponerse a merced de los granjeros. Al menos los había estudiado. Estos dos eran ciudadanos galácticos, como ella, pero también eran mercenarios extranjeros con prioridades completamente extrañas.

Habían acampado en un hueco bajo una colina azotada por el viento. Hacía mucho frío otra vez esta noche, Marya podía ver su aliento. No había tenido tanto frío, durante tanto tiempo, en su vida. En privado, estaba asombrada y orgullosa de seguir viva, siendo mucho menos móvil. Todos los días luchaba contra el frío que le adormecía los huesos, la agorafobia por estar en la desprotegida superficie de un planeta y la avalancha de tantos inconvenientes físicos menores que estaba segura de que la iban a volver loca.

Para empeorar las cosas, Axel le había dicho que pensaba que iba a llover esa noche. ¿Dolería? Se había preguntado ella. La sola idea de innumerables y diminutos misiles de agua cayendo en picado sobre ella desde diez mil metros la hacía estremecerse. Aunque Axel parecía bastante despreocupado. Presumido.

Se rascaba por las pesadas e incómodas prendas de tela que Calandria había robado para ella el día anterior. Le habían enseñado que la ropa era principalmente un invento para la exposición sexual, pero las personas que le habían dicho eso, al igual que ella, se habían criado en un ambiente de perfecto control de clima e higiene. Ella no iba a abandonar la tela ahora, por incómoda que fuera, porque la necesitaba para mantenerse caliente.

La discusión frente al fuego había vuelto a si debían continuar con su misión e intentar detener a Armígero, o si debían intentar escapar del planeta. Axel quería usar su radio implantada para enviar señales a otras naves que pudieran estar en el sistema; Calandria se mantuvo firme en mantener el silencio de radio. Parecía temerosa de atraer la atención de los Vientos. Y sin embargo, fue ella quien les proponía enfrentarse a este Armígero, quien Axel dijo que podría estar escondido en las profundidades de una fortaleza sitiada. La discusión iba y venía y nada se resolvía.

Axel le había contado a Marya la historia mientras caminaban, aunque el había pulido el alcance de su interferencia y la de Calandria en los asuntos locales para, aparentemente, salvar el culo. La cosa es que este general Armígero era un semidiós de otro mundo y, no se sabía cómo, un joven llamado Jordan Mason había adquirido la capacidad de ver a través de sus ojos.

—Estuve al corriente de la guerra con 3340 —dijo Marya—. Entonces, ¿Armígero es de verdad uno de los sirvientes de ese monstruo?

Axel asintió: —Y diabólicamente peligroso por esa razón. 3340 corrompió sistemas planetarios enteros. Seducía a las personas ofreciéndoles la inmortalidad y un poder casi infinito —añadió con una mirada a Calandria May—. Luego absorbía las entidades resultantes. Armígero pudo haber sido una de las primeras víctimas.

—¿Él fue humano una vez? —Estaba sorprendida y perturbada por la idea.

—Si lo fue, no queda nada de esa personalidad —dijo Calandria. Se abrazó a sí misma mientras su mirada se posaba en el fuego—. 3340 absorbió a millones de individuos y luego mezcló y combinó esas concienciaz como mejor le pareció. Todo lo que absorbía se convertía en parte de la única entidad: él mismo. Era antiguo cuando los Vientos se estaban diseñando. Tal vez lo diseñaron los extraterrestres, pero 3340 afirmaba haberse creado a sí mismo.

Axel gruñó con escepticismo: —También Choronzon, nuestro empleador —añadió él en un aparte a Marya—. Un exhumano que se reconstruyó genéticamente y se convirtió en un dios. Tiene

algunos siglos. Fue su guerra con 3340 lo que nos involucró en todo esto.

Marya sacudió la cabeza con asombro: —Nunca he conocido a un dios, a menos que cuentes los Cisnes. Pateó la hierba marchita cerca del fuego por un segundo y luego agregó: —Los Vientos son una especie de dioses. Pero están dañados. Son plenamente conscientes, incluso si no están completamente despiertos, esa es la tragedia.

—No son dioses —dijo Calandria con extraña vehemencia—. Son sólo máquinas. Mecánica. Idiota. Basta verlo en todo lo que hacen.

—¿Qué piensas que hacen? —preguntó Marya.

—Cal piensa en los Garfios Celestiales —dijo Axel—. Actuaron como una horda enloquecida de robots de estiba. Por lo que pudimos ver, eso es lo que fueron también: los aerostatos sólo son grandes transportadores de carga para la operación de terraformación.

Marya asintió. Habían visto una esa tarde una luna errante, como la llamaban los lugareños, moviéndose tan lentamente a través del cielo como una luna real, pero de norte a sur. Había resplandecido con un rojo magnífico en la puesta de sol, y Marya casi había llorado al pensar que tal vez nunca la habría visto si se hubiera quedado fuera de su término aquí en órbita. Estar en Ventus la estaba afectando profundamente, en formas que no había comenzado a entender. Lo único que sabía era que ella estaba hecha un desastre emocional.

Miró a Calandria May. La mercenaria devolvía la mirada con ecuanimidad, pero era la mirada firme que Marya había visto en las prostitutas y los mendigos, la desafiante mirada de los emocionalmente dañados. Marya no podía descifrarla. Era formidable en sus talentos, pero increíblemente frágil en su carácter fundamental. ¿Por qué quería discutir, esta noche, sobre si los Vientos eran dioses?

—Los Vientos están en todo —dijo Marya, mirando atentamente a Calandria—. En el aire, las rocas, la tierra, el agua. Pero no están posados ahí sin más, están trabajando, contínuamente. Ventus es un

mundo terraformado: hace mil años no había vida aquí. Nuestros ancestros enviaron la semilla de los Vientos en una lenta nave sublumínica, y la semilla floreció aquí y convirtió un mundo muerto en uno vivo. Los Vientos no habrían podido hacer eso si únicamente fueran criaturas instintivas.

—Pero no reconocieron a los humanos cuando llegamos como colonos —señaló Calandria—. Cuando los colonos desembarcaron, los Vientos no pudieron identificar qué eran. No podían hablar ni interactuar con los colonos. Los dejaban en paz porque, como organismos, encajaban en la ecología artificial: ocupaban un nicho, según para lo que habían sido diseñados. Pero las máquinas de los colonos parecían una especie de infección para los Vientos, así que las destruyeron, todas las computadoras, radios, calentadores, máquinas de construcción. Devolvieron a golpes a la gente de vuelta a la edad de piedra. Mil años después, esto es lo más lejos que han llegado, y es lo más lejos que los Vientos les permitirán llegar —Sacudió la cabeza con tristeza—. Los Vientos no pueden ser conscientes. Actúan como una especie de sistema inmunitario global, eliminando posibles infecciones, como nosotros o como Armígero.

—Por eso —siguió Cal rápidamente justo cuando Marya abría la boca para hablar—, Armígero podría tomar el control de los Vientos. O bien fueron decapitados o nacieron sin cerebro. Hubo un error en el diseño de Ventus. Armígero está aquí para explotar eso.

Marya negó con la cabeza: —Eso no se puede hacer —dijo ella—. Tendría que reprogramar cada partícula de polvo del planeta. Y aunque pudiera, los Vientos son conscientes. Verían sus intenciones antes de que pudiera llegar demasiado lejos.

—¿Crees que es inofensivo? —espetó Calandria. Se levantó—. ¿Estás tan embelesada con tus hermosos terraformadores nanotecnológicos que no crees que haya cosas más sutiles ahí fuera?

—Yo no he dicho eso, lo que...

—Este sistema no se parece en nada a un dios real —dijo Calandria —. 3340 me dijo que incluso sus pensamientos eran entidades conscientes. ¡Pensamientos conscientes! —Se rió con dureza—.

3340 era como una civilización entera, ¡una especie entera!, en un solo cuerpo. Con una historia, no sólo recuerdos. ¡Él podría hacer un mundo como Ventus en un día! ¿Cómo sabes que no fue él quien puso el error en los Vientos en primer lugar? Podría haberlo hecho hace un milenio, con la intención de dejar que el lugar madurara para luego regresar y cosechar los frutos. Pero se distrajo con otro planeta antes de que pudiera hacer eso. Hsing era un juguete mucho mejor, podía forjarlo en su propio infierno privado mucho más fácilmente. Aún así, envió a Armígero aquí. ¿Cómo sabes que Armígero no es una semilla de resurrección? Puede que esté planeando convertir todo el planeta en un única máquina gigante para recrear 3340. Eso está dentro de sus posibilidades. Tus preciosos Vientos no son rival para Armígero.

Dio media vuelta y se alejó por la hierba.

Marya se volvió hacia Axel: —¡Bueno! —dijo ella.

Axel observó durante un momento la silueta de Calandria retroceder. Luego hizo una mueca y se volvió hacia Marya: —Pusiste el dedo en la llaga —dijo él.

—Obviamente.

—Fuimos a Hsing a destruir 3340 —dijo Axel—. Con la ayuda de Choronzon y el respaldo del Archipiélago —Axel le contó a Marya la historia de cómo Calandria había vencido a 3340 al convertirse voluntariamente en su esclava. Ella sacudió la cabeza con tristeza cuando él terminó.

Marya se movió y descubrió que se le había dormido el trasero sobre el duro tronco en el que estaba sentada. No lograba acostumbrarse a tales molestias físicas: —Aunque se equivoca con los Vientos —dijo ella.

—No insistas —le aconsejó él—. Nada de lo que hemos visto desde que llegamos aquí sugiere que los Vientos sean conscientes. Pequeños fragmentos de ellos aquí y allá, como los morfos, podrían serlo. No sé respecto a los Cisnes Diadema —levantó la vista, inquieto—. Pero ¿el sistema en su conjunto? No, es solo un sistema inmunológico planetario, como ella dice.

Marya negó con la cabeza: —Si Ventus no ha hablado contigo, es porque estás por debajo de su percepción. Te olvidas de que este mundo es mi especialidad. Yo sé más de esto que vosotros.

—Pero tú no has estado aquí —dijo él en voz baja—. Nunca lo has visto de cerca. Estás aquí ahora, ¿te parece que hay inteligencia en esto? —Agitó la mano hacia la inconstante hierba.

—No sé lo que tú ves cuando lo miras —dijo Marya—. Tal vez sea porque has estado en mundos donde la vida existe sin más, como la Tierra. Donde nada la mantiene. Pero todo lo que nos rodea aquí es artificial, Axel. El terreno: puede que haya mil años de mantillo aquí —ella dio una patada al suelo—, pero hay metros de terreno debajo, capa tras capa de tierra fértil bajo lo que se ha posado desde que Ventus nació. Cada grano de eso fue fabricado por los Vientos.

—¡Mira la hierba! Sé que se parece a la hierba de la Tierra, tiene una altura desigual, se ve dispersa al azar sobre la ladera. Tal vez en los últimos siglos las cosas se asentaron hasta el punto en que se puede permitir que se propague por sí sola. Pero lo dudo. La hierba ha sido pintada por los nanos. Mira las nubes. Se parecen a las nubes que veo en los videos de la Tierra, pero si los Vientos no estuvieran ocupados esculpiéndolas ahora mismo, ¿crees que se verían así? Axel, Ventus no es como la Tierra. Su sol tiene una temperatura diferente, es de un tamaño diferente, la composición de la corteza es diferente, por lo que el balance mineral en los océanos es, y fue, totalmente diferente. Como resultado, la composición de la atmósfera y su densidad son naturalmente muy diferentes. Este clima no es natural —Levantó la mano hacia la brisa—. El aire lo han hecho los Vientos, y Axel, tienen que seguir haciéndolo. En el instante en que dejen de funcionar, el planeta se revertirá porque no está en equilibrio. Se encuentra en un estado puramente sintético.

Marya continuó: —Tú no creerás honestamente que la distribución de insectos, ratones y pájaros por aquí sea natural, ¿verdad? Eso está planeado y monitoreado por los Vientos, en cada metro cuadrado del planeta. Unas partes se descontrolan constantemente y amenazan el equilibrio local y global. Los Vientos ajustan eso constantemente, pensando mucho en cómo mantener el lugar lo más parecido posible a la Tierra. Los hicimos para que hicieran eso.

Axel sacudió la cabeza: —Bueno, exactamente. Es un sistema complejo, pero sigue siendo solo una gran máquina.

—Seguramente te has preguntado por qué los Vientos no reconocen la presencia humana

—¿El Error? Claro, aquí existen religiones enteras que tratan de responder a eso —rió—. ¿Crees que lo sabes tú?

—Creo que sé cómo averiguarlo. Escucha, en el último informe que nos enviaste antes del incidente con los Ganchos Celestiales, dijiste que el controlador Turcaret afirmaba poder oír a los Vientos.

Él la miró: —Afirmaba, no. Los oía —Calandria aún no se creía esa parte de la historia, y obviamente eso molestaba a Axel.

—Hemos oído hablar sobre gente así —dijo Marya—. Pero nunca hemos podido verificar un caso. Si tuviéramos uno para estudiarlo, estoy segura de que podríamos resolver el problema.

Se rió brevemente: —Lástima que Turcaret esté muerto.

—No estoy segura de que eso sea un problema —reflexionó ella—. Mientras queden pedacitos de él…

Ella oyó el susurro de la hierba. Calandria regresaba. Marya vio los ojos de la mujer, brillando como dos carbones en la oscuridad, y se estremeció: —Vamos a buscar a Armígero —dijo Calandria—. Sabes que debemos.

—No —dijo Axel—. Podemos volver con refuerzos. Voy a seguir enviando señales para llamar una nave, Cal. No puedes detenerme.

Hubo un silencio durante un rato. Luego Calandria se encogió de hombros: —Tienes razón, no puedo detenerte.

La atmósfera alrededor del fuego de repente se tornó venenosa. Marya se levantó rápidamente.

—Creo que voy a acostarme —dijo Marya, sonriéndoles a ambos.

Al otro lado de la fogata, Calandria asintió con su rostro

perfectamente inmóvil, como piedra tallada a la luz del fuego. Sus ojos no revelaron nada, pero Marya creyó poder sentir la mirada de la mujer en su espalda cuando se arrodilló en su cama.

§ § §

Marya soñaba con su hogar. Por la ventana podía ver el paisaje, suavemente curvado hacia arriba, de Covenant, el cilindro de su colonia. La luz del sol se filtraba a través de miles de lagos y estanques, convirtiendo las colinas y las ciudades en un encaje translúcido, e iluminando a contraluz la espiral de nubes en el centro del cilindro. Como siempre, miles de figuras humanas aladas flotaban en el aire entre ella y esas nubes.

Caminó por las profundas alfombras de musgo de su hogar. Respiró el aire cálido y meloso, lo sintió deslizarse sobre sus extremidades, más suave que cualquier tela, mientras pasaba de una habitación a otra del apartamento de sus padres. Sabía que su familia estaba aquí, en otras habitaciones a las que ella aún no había llegado. Luego, en el fondo de su propio dormitorio, encontró una puerta que no había visto nunca.

Abrió la puerta con un gesto y jadeó al encontrarse en una biblioteca gigante. Reconoció libros de papel, había tenido algunos en su mano cuando era estudiante, sintiendo entonces la tremenda edad y dignidad del conocimiento preespacial. Había sido esta sensación de antigua dignidad lo que la había impulsado hacia la antropología.

Aquí había miles y miles de libros encuadernados, dispuestos en estantes que se elevaban hasta un techo invisiblemente distante. Marya caminó con reverencia entre ellos.

Tropezó y derribó una mesa auxiliar. Los ecos de su caída no cesaban, alcanzando casi visiblemente cada grieta distante entre los volúmenes. Cuando el eco murió al fin, oyó un creciente crujido, como si los libros despertaran de su sueño.

Habló una voz: —Lo has hecho ahora.

—¿Qué he hecho? —preguntó ella, trémula.

—Tienes que elegir —dijo la voz—. Nos despertaste. Ahora tienes que elegir si quieres que seamos parte de ti, como memoria, o si quieres que seamos personas con las que puedas hablar.

Levantó la vista hacia la imponente sabiduría y sintió un repentino amor por ella, como si estos libros fueran de la familia: —Oh, por favor, volveos personas —dijo ella.

Pero incluso mientras Marya hablaba, recordó que ya no estaba en Covenant. Que estaba en Ventus. Cuando hombres siniestros con espadas salieron de los muros, ella gritó porque había elegido mal.

§ § §

El sonido de Axel maldiciendo despertó a Marya. Ella gimió y trató de darse la vuelta. Sentía que tenía los ojos sellados, por todo lo mal que había dormido. Notaba la espalda como rehecha con la forma de las piedras sobre las que se había acostado, y el frío había entrado por todos los resquicios de la manta.

Axel estaba usando un lenguaje que Marya no conocía, pero que dejaba claro que él estaba molesto. Una lástima, pero ¿no podía ser más discreto al respecto?

—¡Maldición, levántate, Mounce! ¡Se ha ido!

Marya abrió los ojos. Nubes grises se habían apoderado del cielo mientras dormía. El fuego estaba apagado. Se incorporó sobre un codo, luchó contra una oleada de mareo y parpadeó hacia dos caballos donde debería haber tres. Las bestias miraban a un ojiplático Axel.

—¡Se ha ido! ¡No puedo creerlo! ¡Menuda perra! Hablaremos de ello por la mañana. ¡Ja! Nunca ha confiado en nada más allá de su propia nariz. ¡Maldición maldición maldición! —Axel dio una patada al tronco en el que se había sentado la noche anterior, luego lo pateó de nuevo con el doble de fuerza— ¡Le romperé el cráneo, la herviré viva! Maldita arrogante de... —Buscó las palabras.

Marya trató de decir: "Probablemente podamos alcanzarla", pero su voz sonó como un graznido. ¡Maldito sea el planeta! Le dolían todos

los hueso del cuerpo, como si fuera un árbol que se congela lentamente con la llegada del invierno. Y su piel, irritada por la tela que la rozaba como si mil hormigas de fuego la estuvieran picando.

Axel hizo un movimiento de corte con la mano: —Al diablo con ella. Encontraremos a Jordan. Sabemos adónde va. Que se enfrente a Armígero ella sola. No he visto persona más arrogante en... —De nuevo, pareció perder el vocabulario. Cambió de idioma, tal vez para disimular el tono herido que se había filtrado en su voz.

Marya se incorporó. Axel había comenzado a meter cosas en su mochila, deteniéndose de vez en cuando para mirar hacia el camino. Él bajó la vista y masculló: —Ella nunca confió de verdad en mí —En un tono incrédulo, y luego se sacudió para sacarse los demonios.

—Muy bien, Marya —dijo—. Vámonos.

Con un esfuerzo, e!la superó su incomodidad: —¿Adónde? —preguntó ella entornando los ojos.

—A encontrar a Jordan. El chico sigue huyendo de los Vientos, y eso culpa nuestra. La única forma en que estará a salvo es si lo sacamos del planeta.

¿Cómo decirle esto?: —Axel... Entiendo tu impulso de ayudar a este hombre. Pero Calandria tiene razón, a medias. Tenemos que hacer algo para atacar el problema más grande.

—¿Qué problema más grande?

—Los Vientos.

Él dejó de llenar el paquete: —¿Qué diablos podemos hacer?

Marya se estiró: —Seguir enviando señales a alguna nave, en eso tienes razón. Mientras tanto, sin embargo, volver.

—¿Volvef adónde?

—A Memnonis. Para robar el cadáver de este Turcaret.

§ § §

Calandria se detuvo en la cima de una colina y miró atrás por donde había venido. Sentía una vaga inquietud por haberse marchado así.

El sentimiento despertó viejos recuerdos. Recordó haber llorado durante días después de saber que los niños que ella creía sus amigos habían sido contratados por su adinerada madre como sus compañeros de juegos. Ahora sentía el mismo sentimiento, casi de culpa, que solía tener al salír temprano y sola de las fiestas residenciales en la Academia. Siempre llegaba a un punto en el que no podía aceptar más cercanía. Su alienación básica regresaba para perseguirla. Cuando eso pasaba tenía que irse, y hoy dejaba a Axel y Marya. Se decía a sí misma que no era por que tuviera miedo de los Vientos; si hubiese sido por eso, habría estado de acuerdo con el plan de dejar Ventus lo antes posible. No, había venido aquí con un propósito; su resolución era mayor que la de Axel, eso era todo.

Ella rumió las razones por las que lo había abandonado mientras cabalgaba. Era fácil suponer que estaba salvando a Axel y a Marya de un riesgo innecesario. También era cierto que cada día que dejaban solo a Armígero, éste se acercaba un paso más en su plan de apoderarse de la inmensa e invisible máquina que la rodeaba. Aunque al final todo se reducía a que ella y Axel nunca podrían trabajar juntos como equipo. A Calandria le gustaba pasar como un fantasma por los mundos que visitaba. Ella era el perfecto camaleón que adoptaba personalidades y apariencias a conveniencia. Al día siguiente habría cambiado y nadie, posiblemente ni siquiera Axel, la reconocería. Esta era la forma adecuada de hacer el trabajo que ella había venido a hacer: danzar alrededor de los límites del mundo humano y lanzarse hacia la cirugía rápida que extirpaba el cáncer que había venido a matar.

Axel quería casarse con todas las mujeres que conocía y emborracharse con todos los hombres. Probablemente ahora se dirigía a alguna posada para ahogar su ira hacia ella son un par de jarras. Bien. Cuando se volvieran a encontrar, todos se disculparían, seguro. Tendría que planear cómo llevar eso a cabo. Después de todo, no quería perder la amistad de Axel. Ciertamente no por su

trabajo.

Jordan... Una vez que matara a Armígero, el vínculo, y con él lo que hacía que los Vientos se interesaran en el chico, desaparecería. Él volvería a ser un hombre normal y, con un poco de suerte, usaría lo que ella le había enseñado para hacerse rico.

Ella estaba haciendo lo correcto.

Sus pensamientos se dirigieron fácilmente a Armígero. ¿Cómo perseguirlo, cómo matarlo? Ella parpadeó, su caballo siguió caminando y Calandria comenzó a abandonar la personalidad de Lady May, convirtiéndose una vez más en el cazador.

26

El paisaje era todo curvas. Suaves dunas ondulantes de un color tostado maravillosamente pálido se extendían hacia un horizonte brumoso. El cielo estaba lleno de bolas de nubes blancas y redondas. El sol brillaba, pero no hacía calor, lo que desbarataba un poco las ideas preconcebidas de Jordan sobre cómo eran los desiertos. Aunque las ondulantes colinas, el color y el sabor a arena en la boca eran tal como se los había imaginado.

Llevaban ya varios días de viaje. Para su propia sorpresa, Jordan se sentía bastante bien. Por una vez no estaba bajo el control de otra persona. Podía planificar el viaje del día, marcar su ritmo y admirar el paisaje como quisiera. Sus pensamientos parecían aclararse cada mañana que despertaba y se encontraba dueño de su propio destino.

Los hombros de Tamsin estaban hundidos como las dunas. Cuanto más se adentraban en el desierto, más abatida se volvía. Ella no había hablado de lo que esperaba encontrar aquí, pero Jordan tenía sus sospechas. Ninguno de esos pensamientos era bueno.

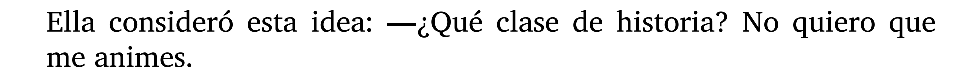
Llevó su caballo al lado del de ella. Los caballos estaban un poco nerviosos en este vasto vacío, pero Jordan tenía a Ka buscando sin pausa pozos de agua, y hasta ahora habían tenido suerte. En un agujero, el agua había mostrado un color rojo y Ka había dicho que era venenosa. Jordán había ordenado que el agua se purificara, y Ka lo había hecho.

Milagros como ese deberían haberlo inflado de orgullo, pero no servían de nada si no penetraban el aire de tristeza de Tamsin, y esa era su principal preocupación en este momento. Él no tenía ningún milagro para curarla de su dolor.

Ella lo miró fatigada mientras él igualaba su ritmo: —¿Cómo estás? —preguntó.

Ella se encogió de hombros: —No sé.

Jordan tomó un sorbo del odre que había comprado en una aldea en las afueras de Rhiene: —¿Te cuento una historia?



Ella consideró esta idea: —¿Qué clase de historia? No quiero que me animes.

—Bueno, entonces te podría contar algo deprimente.

—No.

—¿Qué tal algo que sea simplemente cierto?

—No quiero —tragó saliva—, escuchar una historia.

Cabalgaron en silencio durante un rato. Jordan estaba pensando. Finalmente preguntó: —¿Alguna vez has visto el palacio de verano de la reina?

—No.

—¿Quieres que te lo describa?

Tamsin se enderezó: —Mira, no tienes que... está bien, ¿por qué no? Pero no como ahora, todo cubierto de sangre. Dime cómo era antes de la guerra.

Por supuesto Jordan nunca lo había visto así, porque Armígero había llegado bien empezado el asedio. Sin embargo, podía imaginárselo con sus planos mentales y su ojo para los detalles arquitectónicos enterrados bajo los artificios de asedio. Y había muchos lugares dentro que no habían sido tocados.

—Lo construyeron en un valle donde hay un pequeño oasis, hace siglos. El primer edificio fue una especie de capilla, aún se pueden ver rastros de ella en la mampostería en la base de la alta torre. Todo está construido con piedra del mismo color que la arena sobre la que cabalgamos. Ahora hay un gran muro circular alrededor del oasis. Tiene cinco torres grandes y una más pequeña. La torre más grande, en el lado este, tiene una gran calzada que se extiende hasta la pequeña, y uno pensaría que esa sería la puerta, pero la entrada fue tapiada hace siglos. Es la torre oeste la que tiene la entrada principal.

—Si entras por la puerta principal, quedas canalizado entre dos paredes hacia la torre principal. ¡Esta torre es enorme, Tamsin!

Debe de tener seis pisos, por lo menos, y escalones en dos puntos. A veces la reina pasea alrededor de estos balcones y puede mirar hacia las colinas y ver la puesta de sol. Sus aposentos están en esta torre, muy por encima del suelo.

—Veamos… si entras por las puertas principales del torreón, quedas canalizado nuevamente a través de él hasta el gran salón, que es un gran edificio rectangular adjunto al torreón en su lado este. El gran salón es magnífico. Con contrafuerte, con tejado a dos aguas, con ventanas de arco con parteluz y una hermosa ventana de triple lanceta escalonada en la fachada este…

—¿Un qué? ¿Qué aspecto tiene?

—Oh. Una vez, cuando Armígero caminaba por el salón de banquetes, lo vio. Son tres ventanas arqueadas muy altas separadas por montantes delgados, pilares, ya sabes. El vidrio está emplomado en un patrón similar a una llama. Muy hermoso. Pero solo pude vislumbrarlo, porque Armígero no lo volvió a mirar.

—Bueno, el jardín de la reina se encuentra al sur del gran salón. Luego hay casas y tiendas alrededor del pie de la fortaleza en sus lados norte y sur. El resto del terreno dentro de la pared del gran anillo está ahora lleno de tiendas de campaña. El resto del ejército de la reina. Pero supongo que antes de la guerra eran terrenos para desfiles y demás.

No le dijo que el hermoso techo de cobre del gran salón estaba perforado en una docena de lugares por el cañón de vapor del Parlamento, o que las ventanas arqueadas estaban medio rotas, ni que el hermoso suelo de mármol rosa del salón de banquetes era casi invisible bajo un laberinto de provisiones apiladas.

Ella escuchó mientras él continuaba describiendo los jardines, que permanecían intactos, y las callejuelas empedradas concentradas al pie del torreón. Parecía agradecida por la distracción. Y mientras Jordan pintaba con palabras un cuadro del palacio en tiempos mejores, Armígero se sentaba como una gárgola en lo alto del parapeto más alto de la fortaleza y se preguntaba qué sucedería en los próximos días.

§ § §

Megan le tocó el codo. Armígero despertó de un profundo ensueño, era cerca del atardecer. Hacía horas que se había perdido en pensamientos trascendentes.

—¿Qué pasa? —preguntó ella. Él la examinó a la luz mortecina. El rostro de Megan estaba más delgado que cuando la había conocido, pero también parecía más joven. Él se encontró sonriendo.

—Siento haberte traído aquí —dijo él.

—¿Por qué? —Vio que ella estaba intentando no interpretar mal lo que él había dicho.

—El asalto comenzará pronto. Tiene que hacerlo. Sé que Lavin se está quedando sin suministros: la cantidad de carros que llegan todos los días se ha reducido drásticamente. Creo que el Parlamento se está ahogando con su presupuesto ahora que cree que lo tiene ganado.

—¿Vamos a morir? —preguntó Megan como quien hace cualquier pregunta razonable.

—Puedo protegernos contra los soldados. Pero los Vientos todavía me están buscando y el ataque seguramente llamará su atención. Si no intervienen directamente, es posible que aún así me vean. Entonces, sí, podemos estar condenados.

Ella le tendió la mano y él la tomó mientras bajaba de la almena: —Entonces vámonos —dijo ella—. Seguramente podemos escabullirnos de aquí.

Él dudó: —Podríamos.

—¡Pues vámonos!

—Hace una semana habría dicho que sí. Después de todo, aprendí todo lo que podía de la reina. O todo lo que me importa —añadió con tristeza—. Y ahí está el problema.

—¿Qué quieres decir?

Miró al ejército del Parlamento, una ciudad de tiendas de campaña extendida en un arco al suroeste del palacio. Cientos de finas líneas de humo se elevaban desde las fogatas allí.

—Una vez —dijo él en voz baja—, yo era un dios. Así que me pareció un deseo razonable gobernar el mundo. Eso es lo que vine a hacer aquí. Necesitaba aprender el Talón de Aquiles de los Vientos. Mis otros agentes no pudieron descubrir el secreto, así que acudí a la única persona en el mundo que, se decía, sabía más sobre ellos. Pero en el camino, mis objetivos… cambiaron.

Ella sonrió: —¿Me estás felicitando?

—Sí, pero no has sido sólo tú —la besó—. Empecé a recordar. Hubo un tiempo, antiguo ahora, cuando yo fui libre, simplemente un hombre como cualquier otro. Esos recuerdos están regresando y…

¿Cómo podría describírselo a ella? Tal recuerdo le llegaría como el viento después de una tormenta, lleno de dulce aroma y alerta alegría. Hubo un tiempo en que su mano era solo su mano, y no un instrumento de muchos al servicio de vastos e intrincados planes. Un tiempo cuando su mirada se posaba en una persona o un lugar hermosos, y simplemente descansaba satisfecho, sin calcular su utilidad. Cuando comenzó a recordar de esta manera, Armígero también había comenzado a reconocer esos momentos en quienes lo rodeaban. El momento que había desbloquedo este reconocimiento había sido ver, en el rostro de Megan, un simple momento de placer mientras saboreaba y luego tragaba un poco de caldo tibio de la cocina de la reina. Durante dos, tres segundos, Megan no pensó en nada, simplemente probó y disfrutó. Y se le ocurrió a Armígero que habían pasado setecientos años desde que había experimentado un momento así.

—Es algo que me conecta con toda esta gente —dijo él haciendo un gesto para incluir tanto al palacio como al ejército sitiador—. Antes eran fichas sobre un tablero. Ahora, de alguna manera, se han vuelto como yo. Sé que esto puede no tener ningún sentido para ti.

—Sí —espetó ella, tirándole del pelo para que se riera—. Por supuesto que tiene sentido, tonto. Eras un niño, y ahora estás creciendo. Todos esos años fuiste uno de ellos, eras como un

infante, todo carencias. ¿Y ahora te sorprendes cuando empiezas a ser como el resto de nosotros? A veces eres un hombre muy muy tonto.

Por un momento estuvo completamente desconcertado y solo la miró mientras ella se reía. Luego la agarró por la cintura: —A lo mejor sí lo soy. Hiciste que me preocupara por ti, y ahora he llegado a preocuparme por estas personas también. Y puedo ayudarlos.

Ella se puso seria: —¿Ayudarlos? ¿Cómo?

—Yo fui general una vez. Puedo volver a serlo —la besó en la frente y retrocedió—. Es hora de abandonar los planes del entidad que me esclavizó todos estos siglos —dijo él—. Y es hora de empezar a hacer los míos.

Megan dio un paso atrás: —Armígero--

—Galas es la gobernante más digna de este mundo —dijo él—. No puedo dejar que la destruyan. Ni a su gente.

Megan se dio la vuelta y se dirigió a la almena, desde donde contempló el mar de tiendas durante algún tiempo. Luego miró atrás, ese rostro era un juego de arcos iluminados de rosas en el ocaso —Debes tener cuidado —dijo ella—, puede que llegues a preocuparte demasiado, ¿sabes? Y eso podría costarnos más que toda tu despreocupación.

§ § §

Lavin abrió el libro de Galas una vez más, incapaz de resistirse, pero reacio. A la luz de la lámpara, leyó.

Aquí hay un dilema. Dudamos que alguien en la historia se haya enfrentado a un dilema como este. Porque cuando Uno se sienta en la ventana para ver a la gente hacer lo que hacen, Uno ve tal satisfacción y alegría en las cosas simples, expresadas en las rutinas del mercado y la calle. Y, de hecho, la mayoría de las personas encuentran formas de ser felices, casi siempre.

Pero Nos vemos también la plaza del pueblo con su patíbulo, y sabemos que sólo los sanos caminan por estas calles porque sólo ellos siguen vivos. Sabemos que sólo los valientes caminan sonrientes por estas calles porque solo ellos se han ganado la libertad de hacerlo. No vemos a las personas aisladas, fracasadas o victimizadas acurrucadas en las trastiendas de los comercios, encadenadas en dormitorios o esparcidas como polvo por los campos lejanos.

Si Nos proponemos crear algo mejor, entonces Nos proponemos acabar con este mundo. Así les parecerá a estas personas felices, al menos. Porque puede ser necesario convertir a los ricos en pobres y a los pobres en príncipes. En dos generaciones, o diez, todo estará bien. Por ahora, sin embargo, ¡miseria! Y más y más ¿No sería mejor dejar en paz lo suficientemente bien? Si mantenemos el rumbo, veremos esos rostros sonrientes, calles bulliciosas hasta el día de nuestra muerte.

Estamos seguros de que nadie se ha enfrentado nunca a semejante dilema. Así que estamos desconsolados.

Sin embargo, es cierto que Nuestra furia se eleva como una tormenta en el océano al pensar que incluso una pobre alma se afana en la miseria fuera de la vista, mientras que esta gente feliz se ocupa de sus asuntos. Cierto, no es su responsabilidad, y nadie debería envidiarles la poca felicidad que puedan encontrar. Sin embargo, es Nuestra responsabilidad. Es posible que nunca entiendan nuestros motivos ni que vean el alcance completo del gran plan que se desarrollará. Solo podemos confiar en que sus hijos crezcan para ser felices y libres, ya sea que insulten Nuestro nombre o no.

Lavin casi podía escuchar la voz de ella diciendo estas palabras. Se parecían tanto a ella, cuando en el rubor de la juventud ella casi había estallado de pasión idealista. En aquel momento, Lavin apenas había entendido lo que ella decía, más allá de sentir cierto malestar por sus extrañas herejías. Ella era más inteligente que él, ambos lo sabían, y él siempre había sentido que ambos aceptaban que no la entendía.

En estos diarios, sin embargo, encontraba tanta soledad que a veces

las palabras casi lo hacían llorar. Ahora lamentaba no haberse esforzado por comprenderla mejor cuando había tenido la oportunidad; tal vez podría haber cambiado el rumbo de sus planes, y si ella no hubiera estado tan sola, tal vez no habría elegido el fanatismo. Él sospechaba que ella por fin había estado a la altura de su reputación de loca, porque era el único papel que le quedaba en su aislamiento.

Se habían encontrado por segunda vez en la academia militar. Fue unos seis meses después del baile cuando él recibió su mirada de aprobación. Había algunas chicas jóvenes que asistían regularmente a los bailes de la academia, pero Lavin rara vez asistía; siendo el fiel hijo de un barón provinciano bastante adusto, desconfiaba de tales asuntos. En consecuencia, había vivido de los recuerdos de ese único momento de reconocimiento por parte de ella. Cuando escuchó en el patio de armas que la princesa loca había sido vista cabalgando por la ciudad vestida de hombre, su corazón comenzó a latir con fuerza y él se perdió la señal en la maniobra de caballo que estaba practicando. En el comedor de ese día había preguntado discretamente por el origen del rumor. Era cierto, parecía: Galas estaba aquí, hospedada en una posada a menos de un kilómetro de la academia.

Dos de los muchachos empezaron a bromear diciendo que la princesa estaba aquí buscando esposa, o al menos una concubina. Los modales varoniles de ella eran un escándalo popular, después de todo. Lavin arrojó sus cubiertos y los desafió a ambos a duelo en el acto.

Este altercado podría haber terminado en tragedia de no haber intervenido el intendente. Era un hombre enorme que imponía su autoridad por medios puramente físicos. Después de advertirlos a los tres que cualquier duelista podría ser expulsado de la academia, les dio una tremenda paliza a todos. Lavin no estaba muy molesto por esto, al menos la falta de respeto también había sido castigada.

El intendente quizás fue demasiado minucioso en su lección, porque Lavin pasó los siguientes dos días vomitando y tambaleándose debido a una lesión en el oído interno. Daño que volvería a perseguirlo en momentos críticos durante el resto de su vida. Esta vez, lo mantuvo en cama hasta que exigió incansablemente un

permiso para ausentarse. Le dieron una semana.

Mirando atrás supuso que nunca habría reunido el coraje para visitar la posada de Galas si no hubiera estado mareado y magullado a golpes, tanto literal como figuradamente. Su estado de ánimo era taciturno y despreocupado cuando entró en la posada y preguntó por el paradero de la princesa.

El tabernero le sonrió (Lavin tenía un ojo morado, una oreja de coliflor y caminaba con un evidente tambaleo) y señaló detrás de él. Se giró para encontrar esos mismos ojos oscuros de la memoria mirándolo.

Ella estaba sentada en compañía de seis de los guardias del rey. Estos eran su guardaespaldas habituales, hombres con los que ella se sentía cómoda; justo ahora estaban tratando de emborracharse unos a otros debajo de la mesa. Ella estaba perdiendo.

Lavin se plantó en medio de ellos y se presentó. Se habían conocido tan brevemente en un baile, dijo. Seguramente ella no lo recordaba.

Oh, pero ella lo recordaba.

Sus moretones impresionaron a los guardaespaldas. Más tarde ella le dijo a Lavin que, de no ser por ellos, lo habrían echado por la puerta, como hacían con los comerciantes y los hijos de los decadentes nobles locales que venían a rendir homenaje. Lavin no era un cortesano; no quería favores políticos. Así lo dejaron quedarse, pero solo si bebía para igualarlos.

Ni antes ni desde entonces en su vida Lavin había estado tan enfermo. Su único consuelo era un vago recuerdo de la princesa agachada junto a él, también vomitando los indeterminados restos del almuerzo de ese día o quizás de otros días.

En momentos así se forjan profundos y duraderos lazos.

Parecía que al lograr la peor náusea posible, había encontrado un estándar por el cual medir su insulto. Durante los siguientes dos días se recuperó notablemente, principalmente al descubrir en su compañía suficiente motivación para superar su mareo.

Últimamente, leyendo el diario secreto, había recuperado el recuerdo de esa voz. Recordaba ahora cómo habían debatido de política en aquellos primeros días. Ella se apasionaba y enojaba, y él estaba dispuesto a complacerla porque estaba descubriendo que ella no era la criatura loca que citaba su reputación, sino una joven dama maldecida con una inteligencia que no tenía salida dentro de la vida prescrita para ella. Lavin entendía la ambición. Quería liderar ejércitos, ser un gran general como los héroes cuyos rostros estaban tallados en las claves de bóveda de la academia. Así que él y ella se convirtieron en almas gemelas, aunque él censuraba de su propia conciencia la mitad de lo que ella le decía.

Él no había sido justo, veía eso en retrospectiva. Por eso, cuando ocurrió el desastre en la forma de coronación, él no había sido invitado a su lado. Ella sabía que aunque él entendía su corazón, nunca podría estar de acuerdo con su mente y que, como su consorte, él habría sido miserable.

¡Ay! Podía decirse esto a sí mismo, sonaba tan objetivo y perfectamente resumido; el dolor seguía ahí. Él no había ido al trono con ella.

Sin embargo, lo milagroso sucedió. Él fue el primero y, que él supiera, el único hombre al que ella invitó a su cama. La primera vez fue al final de la licencia de esa semana. Se había ganado a sus guardaespaldas a fuerza de ser encantadoramente franco acerca de su afecto por ella. No interfirieron cuando esa última noche ella le lanzó una mirada significativa y se retiró temprano, y él rápidamente se excusó y la siguió.

El asunto duró dos años. Se esforzaron por lograr la máxima discreción, por lo que los encuentros eran raros y apresurados. Por todo eso, o tal vez por eso, la pasión era casi insoportablemente intensa. Luego, ella concibió la expedición marítima que los separaría durante los siguientes dieciocho años. Él lo supo en una carta que ella envió el día antes de su partida. La siguiente noticia que tuvo fue de su entrada triunfal en la capital portando el sello de los Vientos para derrocar allí mismo a su padre el rey. Luego, nada, excepto una única nota garabateada que recibió seis meses después diciéndole que la Corte era peligrosa, que se encontraría con él tan pronto como pudiera escapar de sus enredos.

Volvieron a verse: una o dos veces al año en actos formales de la corte, y tres veces ella le había permitido visitarla en privado, pasear a solas con ella por sus jardines y salones durante una o dos horas. Nunca volvieron a compartir cama.

Ahora Lavin se levantó y se dirigió a la puerta de su tienda. El palacio de verano yacía en la oscuridad, rodeado por un océano de fogatas.

Mañana volvería a encontrarse con ella. Las cartas del acuerdo estaban ahora sobre su mesa, al lado de sus diarios. Ella quería hablar.

Él quería hablar.

Lavin se estremeció y cerró la puerta de la tienda para protegerse del frío. Deseaba poder dormir, pero era imposible. Deseaba... deseaba poder salir corriendo.

Tomarla y salir corriendo.

Se acercó a la mesa de mapas, donde estaban las cartas de los zapadores, y pasó su dedo recién anillado a lo largo de una línea que cruzaba la pared del palacio. Había recompensado al ladrón Enneas con su vida por permitir que se trazara esta línea. Si todo salía según lo planeado, colmaría de joyas al viejo ladrón de tumbas.

Tomarla y salir corriendo.

Tal vez lo hiciera.

27

—Tráeme un poco de agua, muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Cal —dijo ella.

El soldado gruñó: — Soy Maenin. Ese es Crouson, y el bastardo al otro lado del fuego es el Guiñador. Llevamos en esto desde el principio. Tú eres bastante flacucho —observó—. ¿Cuánto tiempo llevas en el ejército?

—No mucho —dijo ella brevemente. Su voz era una octava más baja de lo normal. Le gustaba la forma en que reverberaba en su pecho.

Maenin era un hombre enorme y peludo. Calandria pensó que olía como si algo se hubiera muerto dentro de sus botas. Ella le entregó una taza de agua y se recostó en la piedra que había elegido como asiento.

Una vista de fogatas y tiendas de campaña se extendía por la ladera y, en la distancia, los muros del palacio se extendían en franjas negras por la llanura. Diadema brillaba blanca, eclipsando la Vía Láctea. En algún lugar allá arriba, la Voz del Desierto era escombros o estaba aprisionada. Cal solo podía confiar en que alguien viniera a investigar cuando la nave no informara.

Mientras tanto, tenía que concentrarse en pensar y actuar como un hombre. Escupió al fuego y se rascó el pelo corto de la cabeza. En el camino hacia aquí había modificado su cuerpo de manera sutil; eso y una capa de mugre la hacían parecer un hombre joven. Con todo eso, Maenin todavía parecía ver feminidad en ella, así que todo se reducía a lo bien que pudiera actuar. Ella decidió que Shakespeare había sido extraordinariamente optimista acerca de la posibilidad de que una mujer se hiciera pasar por hombre.

—¡Ajá! ¿Has visto alguna pelea? No, ¿eh? Simple granjero. En una aventura, ¿verdad?

Cal se encogió de hombros: — Los soldados quemaron nuestra casa.

Padre no podía darse el lujo de alimentarnos a todos. Tuve que alistarme.

Maenin rebuznó una carcajada: — ¡Menuda manera de reclutar! Oye, no serás de uno de esos pueblos de pervertidos que quemamos, ¿verdad?

—No. Solo de un pueblo.

—Menos mal, porque si lo fueras serías carne de perro.

—Oí que son malos —dijo ella.

—Jo, no sabes ni la mitad.

—¿Has estado en uno?

—Vaya, he estado en todos. También los quemé todos. Los quemé hasta los cimientos. Lo mismo que vamos a hacer con ese montón de rocas de allí —Movió la mano en dirección al palacio.

—¿Todo porque la reina construyó esos pueblos?

—¡No! ¿Dónde has pasado todo este tiempo, chico? ¿No sabes nada?

Calandria fingió examinarse las botas: — No parecía tan importante saberlo antes de que llegaran los soldados.

—La reina sabía de estos oasis en el desierto desde hace años. Nunca lo dijo a nadie. Podríamos habernos mudado allí, ganarnos bien la vida. A ella no le importaba, los quería para dar cobijo a sus malditos pervertidos. Luego, cuando el Parlamento se enteró de ellos, le preguntaron qué estaba haciendo con ellos. ¡Y ella le dice al Parlamento que no es asunto nuestro! Al mismo tiempo está pidiendo todo tipo de dinero, impuestos extra, a los nobles. ¡Nos ha estado desangrando a la buena gente para alimentar a sus pervertidos! Luego el Parlamento le exige que devuelva los pueblos. Que deje hacer estas cosas pervertidas en el desierto. Y ella dice que no.

—Ella disolvió el Parlamento —dijo el Guiñador.

—¿Sabes lo que eso significa, muchacho? ¡Les dijo a todos los nobles que empacaran! Que ella dirigiría el país directamente — Maenin negó con la cabeza—. ¡Quería convertirnos a todos en pervertidos! Los pueblos fueron solo el comienzo. Después de ellos, las ciudades, ¿quién sabe qué tendríamos que decir? Lo único que sé es que nunca recibiré órdenes de ningún pervertido.

—Los nobles que componen la Cámara Alta formaron un ejército — dijo el Guiñador—. Llamaron al general Lavin para que lo comandara. Pero él no era un general entonces. Era de una de las antiguas familias, le dieron el trabajo porque tenía tirón.

Maenin se levantó: — ¡Callarse! El general es un buen hombre. Nos ha mantenido vivos hasta el palacio, y nos mantendrá vivos cuando entremos. Vamos a ganar, y es gracias a él.

El Guiñador levantó las manos a modo de disculpa: — Tienes razón, Maenin, tienes razón. Para empezar, el ejército de la reina era más grande que el nuestro. Los vencimos, y fue por el General.

—Bien cierto —Maenin se sentó.

—¿Cómo hicisteis eso?— preguntó Calandria, tratando de proyectar curiosidad juvenil.

Maenin y Guiñador contaron cómo Lavin había basado su campaña en el conocimiento de las reservas que la reina guardaba en el desierto. El verano era tradicionalmente el momento de hacer campaña; en el norte de Ventus, la guerra se detenía cuando llegaba la nieve. El desierto del sur de Iapysia permaneció cálido, pero la población se concentró principalmente a lo largo de la frontera norte del desierto y la costa.

Lavin lanzó una campaña falsa en verano y atrajo a las fuerzas de la reina en una larga retirada a lo largo de la costa. Tenía a la marina de su lado, por lo que las fuerzas de la reina no podían perseguir a su ejército demasiado lejos.

Luego atacó tierra adentro y capturó las reservas del desierto. Cuando llegó el final de la temporada de campaña, las fuerzas de la reina habían agotado sus suministros, pero las fuerzas de Lavin

tenían granos y pescado seco para varios meses. Msrcharon hacia el norte, ya que las fuerzas de la reina sufrieron deserción y desgaste. Para la primavera de este año, habían tomado dos tercios del país. La reina se retiró a su palacio de verano y Lavin marchó con una pequeña fuerza hacia el desierto para limpiar sus ciudades experimentales y atacar su palacio desde el sur. Esa fuerza no encontró resistencia y llegó aquí antes de lo esperado. Las fuerzas de la reina se enfrentaron al oeste del palacio contra la mayor parte del ejército de Lavin. No tenía tiempo para un asedio decente al palacio de verano amurallado. Lavin tendría que arrojarlos contra los muros en uno o dos días, o enfrentarse al ejército real en retirada.

—Está bien, sin embargo —masculló el Guiñador—. Él tiene un plan, como de costumbre.

Maenin entornó los ojos a través del humo de la madera: —¿Qué? ¿Qué plan?

—¿No lo has oído? Va a encontrarse con la reina mañana para conseguir que se rinda. Si lo hace, no tendremos que luchar. ¡La guerra habrá terminado!

—Mierda. ¿En serio? —Maenin negó con la cabeza—. Eso no sería poca cosa. Una pena, sin embargo, quería probar a una de esas damas nobles que se esconde allí. Las pervertidos no eran divertidas. No tenían espíritu. ¡Quiero una mujer que intente sacarme los ojos con las garras! —Él se rió y los demás se unieron. Calandria mostró los dientes.

Especularon por un rato sobre lo bien que se desempeñarían las damas nobles, e incluso la reina si la atrapaban. Se burlaron de Cal por ser virgen y prometieron mostrarle al chico cómo violar si tenían que asaltar el palacio.

Cal expresó su gratitud.

Maenin bostezó: — Bien. Hora de dormir. Los bastardos nos despertarán antes del amanecer, y los Vientos sabrán lo que pasará mañana. ¿Dónde estás durmiendo, chico?

—Junto al fuego —dijo ella rápidamente.

—Sabio —Maenin fulminó con la mirada al Guiñador—. Mantente a la vista, ese es mi consejo —Se puso de pie, se estiró y caminó arrastrando los pies hacia su tienda.

Los demás se alejaron durante la siguiente hora, dejando a Calandria a cargo del fuego. El suministro de leña era escaso, pero ella encendió el fuego de todos modos, no porque tuviera frío, sino porque tenía un uso para él.

Cuando estuvo segura de que no la interrumpirían, rebuscó en su mochila y sacó un delgado tubo de metal. Lo destapó y vertió unas pequeñas pastillas de metal en su mano. Las ordenó y las miró a la luz del fuego.

Había una escritura fina en las cuentas planas. Cuando encontró la que estaba buscando, volvió a poner las otras en el tubo y dejó caer la elegida en el centro del fuego. Usando la punta de su espada, la maniobró sobre las brasas más calientes en el centro de las llamas.

De otra bolsa, Calandria sacó algunos remaches de metal oxidado que había encontrado en el camino hacia aquí. Los tiró al fuego cerca de la cuenta de metal. Luego se sentó a esperar.

La semilla tardaría un par de horas en brotar y crecer, pero ella no podía permitirse el lujo de echar una cabezadita. Si venía alguien, tendría que distraerlo para que no mirara hacia el fuego y viera algo imposible brillando allí.

§ § §

Lavin ignoraba las miradas de odio que lo seguían. Él y su guardia de honor de dos estaban a salvo, lo sabía. Galas mo iba a dejar que él sufriera daño. Así que, mientras caminaba, no miraba a los soldados en fila a ambos lados del estrecho patio que conducía a la ciudadela, sino que miraba por encima del nivel del suelo para examinar el daño que sus máquinas de asedio habían causado a los edificios. Los defensores habían colgado estandartes brillantes en los peores edificios para frustrar tal escrutinio; la tela festiva parecía incongruente junto a la piedra ennegrecida y por encima de los

demacrados rostros de los malhumorados soldados.

Se sentía más optimista que como había estado en semanas. Galas había accedido a parlamentar. Ahora que su situación era desesperada, por fin ella estaba entrando en razón. Esta locura tenía que acabar, y no había razón para que terminara con muertes, incluida la de ella. Mientras ella se escondía en su fortaleza y él lanzaba hombres y piedras contra las paredes, Lavin había estado en una agonía de miedo por que alguna de esas piedras encontrara a Galas, o que la disentería invadiera el palacio, o que su propia gente la asesinara para escapar. Lavin no podía vivir con ese pensamiento.

Pero tampoco podía vivir con la idea de que otro estuviera al mando de este asedio. Ella perdería, él siempre lo había sabido. Nunca se planteó la posibilidad de que él se uniera a la causa de Galas, porque lo único que él podía hacer por ella era retrasar lo inevitable. Él podría ganarse su admiración y su amor, pero al final ella sería derrocada y él no sería capaz de detenerlo.

Así, el resultado estaba en sus manos. Y aunque ella pudiera odiarlo, él podría salvarla de esta manera.

En sus conversaciones nocturnas con Hesty, Lavin había mentido sobre todas estas cosas. Había afirmado que odiaba a Galas, y el hecho de que odiara las cosas que ella había hecho daba crédito a sus palabras. Pero le dolía hablar así, y a menudo se preguntaba si Hesty lo veía y si dudaba.

Tal vez todo terminaría hoy. La idea lo animaba y tuvo que contenerse para no sonreír. Sonreír, mientras se camina entre las filas del enemigo, sería cruel. Lavin no creía ser un hombre cruel.

Pasó la mirada por las almenas de todos modos, midiendo las debilidades. Después de todo, toda la responsabilidad recaía sobre sus hombros; había ganado y llegado hasta aquí porque era capaz de planificar para realidades duras sin inmutarse. Si Galas rechazaba su ultimátum, necesitaría saber contra qué muros lanzar a sus hombres.

Uno de los estandartes colgados por los defensores le llamó la

atención. Este era azul brillante, con un nudo trenzado en oro como diseño central. El estandarte había sido desplegado sobre la puerta de la ciudadela del palacio, en una pared que parecía intacta. Tendría que pasar por debajo para entrar.

Lavin solo había visitado el palacio de verano una vez, hacía muchos años. La visita había coincidido con el festival de primavera, y en ese momento habían ondeado muchos estandartes. Extraña coincidencia, que deban ser colgados de nuevo ahora, para un propósito tan diferente.

Pero, el estandarte sobre la puerta de la ciudadela era el mismo estandarte de primavera. En esa ocasión anterior, había estado colgado en el salón de recepción del palacio, solo en un rayo de sol.

Debajo, él le había dicho a Galas que la amaba.

—¿Se encuentra bien, señor?

Había dejado de caminar. El patio pareció retroceder durante un segundo. Se apoyó en el brazo de uno de los guardias.

—Estoy bien —dijo con voz raspada. Luego dio un paso adelante de nuevo, con los ojos ahora fijos en el estandarte.

Ella debía de haberlo hecho colgar en su camino deliberadamente. Era un recordatorio íntimo, y por lo tanto cruel, de todo lo que alguna vez habían significado el uno para el otro. Ahora le dolía el pecho y podía sentir que los músculos de su rostro se contraían. Debo de parecerme a estos hombres, pensó, solo otro soldado con el dolor grabado indeleblemente en el rostro.

Sin embargo, debajo del estandarte había una puerta abierta. Ella le había recordado su pasado; y ella le había abierto un camino.

Tal vez las cosas funcionarían. Aunque nada había preparado a Lavin para lo que estaba sintiendo ahora. En toda su planificación, había sido capaz de evitar sus propios sentimientos para que no se interpusieran en su camino para salvarla de sí misma. Con este único gesto, Galas le había hecho saber que, pasara lo que pasara durante las próximas horas, para él sería como caminar sobre el

fuego.

§ § §

En el interior, la ciudadela no mostraba señales del asedio. Los suntuosos muebles aún estaban en su lugar, y sirvientes con librea esperaban para guiar a Lavin y su escolta por los tramos de mármol hasta la sala de audiencias de Galas. La última vez que él estuvo aquí, había nobleza por todas partes, señores y damas posando y sonriendo e intercambiando las palabras mordaces de sus intrigas. Los candelabros del techo, ahora oscuros, habían ardido intensamente, dando vida a las fantásticas figuras pintadas en el techo. Recordó a Galas, llevada del brazo, señalando las imágenes y contándole historias sobre ellas. Había sido una niña por una vez, y el corazón de Lavin se había derretido de tal manera que apenas había escuchado las palabras en sí mismas, de tan fascinado que estaba por su tono.

Se armó de valor para su propósito y miró hacia el nivel del suelo. El ladrón Enneas lo había instruido en el diseño de los sótanos del palacio. Enneas nunca había estado sobre el nivel del suelo aquí; y Lavin nunca por debajo del mismo. Juntos habían elaborado un mapa aproximado del camino secreto de Enneas hacia el edificio. Mientras caminaba, Lavin solo tuvo unos momentos para tratar de detectar la entrada que creían que conducía a las catacumbas.

Estaba casi en lo alto del tramo de mármol cuando lo vio, debajo y al lado de las escaleras. El arco era invisible desde la entrada principal porque estaba detrás de la inmensa barandilla de las escaleras.

Con los hombros hundidos por el alivio, Lavin se dejó guiar hacia el salón principal del palacio y de allí a otro tramo. El arco estaba allí, y si Enneas estaba en lo cierto, debajo del laberinto de pasillos había una grieta que conducía a un "pasadizo de los espíritus". Este pasadizo de los espíritus era simplemente un estrecho hueco en la mampostería de la pared del palacio, una salida para los fantasmas que podían colarse por una abertura de sólo unos centímetros de ancho. Según Enneas, este pasadizo antaño se hallaba debajo de la calzada procesional que atravesaba la puerta este y llegaba a un

complejo de templos, ahora en ruinas. A lo largo de los siglos, los ladrones habían ensanchado el pasadizo de los espíritus para que una o dos personas a la vez pudieran pasar por él hasta los recintos del palacio.

Las ruinas existían, al igual que el agujero que Enneas había dicho que conducía al túnel. En cualquier otra situación, Lavin habría enviado zapadores para socavar la puerta este. Derribar la torre de la puerta salvaría muchas vidas, que de otro modo se perderían al asaltar las murallas.

Solo había una vida que Lavin quería salvar. Saber que Enneas estaba en lo cierto tanto sobre lo que había en las ruinas como sobre dónde existía cierta puerta dentro del palacio, lo animó. Tenía una fuerza extra que usar para flanquear a Galas, si se llegaba a ello.

La sala de audiencias estaba en lo alto del segundo tramo de escaleras. La extensión del salón principal estaba detrás de él, y Lavin escuchó los sonidos de los hombres que se concentraban allí. No les daría la satisfacción de verlo volverse para mirar, pero sabía que estaban allí para matarlo a la menor señal. Más soldados flanqueaban la entrada a la sala de audiencias. Le habían quitado las armas en la puerta del palacio, pero obviamente todavía temían un intento de asesinato.

Dos hombres armados con alabardas se pararon frente a él en la puerta. Uno de ellos frunció el ceño y dijo: —Ella insiste en verlo a solas. Ninguno de nosotros confía en usted ni por un segundo, general. Estaré esperando con mi mano en la manija de la puerta, y los arcos de los arqueros estarán tensados. Si escuchamos el más mínimo sonido que no nos guste, estará usted muerto en un segundo.

Lavin le devolvió la mirada: — Lo entiendo —dijo con firmeza. Le latía el corazón con fuerza, pero no porque tuviera miedo de este hombre, ni de hecho de ningún hombre. Una vez más, sintió desencarnarse, y se esforzó por respirar hondo para anclarse al presente.

La puerta se abrio. Lavin dio un paso adelante, luego otro. Y luego

estuvo dentro de la habitación.

El salón estaba exactamente como la otra vez. El peso del recuerdo amenazó con aplastarlo durante un momento; él parpadeó y vio a la reina.

Ella estaba de pie cerca del trono, con las manos entrelazadas. Parecía serena; pero claro, él también lo parecía. Con la edad uno mostraba cada vez menos las emociones que realmente sentía, y las de ella nunca habían sido fáciles de leer.

Se movió tentativamente hacia ella. A la luz otoñal que arrojaban las altas ventanas, él vio líneas de preocupación alrededor de esa boca, arrugas que no habían estado allí antes, y mechones grises en el cabello. Parecía muy pequeña y vulnerable, y el dolor en su corazón se hizo casi abrumador.

Se aclaró la garganta, pero ahora que estaba aquí, no podía hablar. Incluso había ensayado un discurso, pero las palabras parecían insípidas e irrelevantes ahora. Recurriendo a la ceremonia, se inclinó.

—Lavin —dijo ella casi inaudiblemente. Se enderezó e hicieron contacto visual, durante sólo un segundo, antes de que cada uno lo interrumpiera—. Me alegro de volver a verte —dijo ella. Él podía oír la cautela en esa voz.

—Yo también me... alegro —dijo él. Su propia voz le sonó ronca a sus oídos. Ella parecía escuchar atentamente cuando él hablaba, como si estuviera tratando de descubrir algo detrás de las verdaderas palabras.

Ella le tendió la mano: — No te quedes tan lejos. Por favor.

Lavin se acercó a ella y tomó la mano extendida. Lentamente, levantó sus ojos hacia los de ella.

—Veo líneas —dijo ella—. que no estaban antes.

—No has envejecido nada —respondió él con una sonrisa.

—Lavin —El tono de reproche de ella fue suave, pero le dolió

profundamente—. No me mientas.

Con la cara ardiendo, él le soltó la mano.

—Ven —dijo ella, gesticulando nerviosamente—. No nos quedemos en este lugar con corrientes de aire. No nos hará bien —Ella lo llevó a una puerta al costado de la cámara. Dentro había una salita con una chimenea encendida, una mesa individual y dos sillas. Galas aplaudió y la otra puerta de la habitación se abrió. Dos sirvientas se acercaron tímidamente.

—¿Ya cenaste hoy? —preguntó. Lavin negó con la cabeza. Saludó a las chicas, quienes hicieron una reverencia y se fueron. Mientras Lavin y la reina se sentaban, las chicas regresaron con carne de cordero y estofado, una botella de vino y dos copas. Extraño, pensó Lavin, que nunca había cenado en tanta privacidad con la reina, en todos los años que la había conocido. ¿Realmente se necesitaba el derrocamiento total de la tradición y el honor real para que llegaran a un acto tan simple? Él alejó ese pensamiento.

Las chicas se fueron y ambos volvieron a estar a solas. Galas señaló la comida y sonrió.

El simple hecho de sorber el caldo liberó un nudo de tensión en los hombros de Lavin. Se entregó a la comida durante un momento, mientras ella servía vino para los dos. Para cuando ella tomó su cuchara, él se sintió en control de sí mismo otra vez.

—He venido para asegurarme de que podamos hacer esto de nuevo —dijo él señalando la comida—. Y más.

Galas tomó un sorbo de vino, con las cejas fruncidas con curiosidad: —¿Qué quieres decir?

Él tomó prestado del discurso que había preparado. La idea de este argumento surgía de la lectura de los propios diarios de Galas capturados: —Estás actuando como si sólo hubiera un resultado posible para todo esto. Pero todo lo que has hecho, la razón por la que estamos donde estamos hoy, es porque te has negado a aceptar que sólo debería haber una forma de hacer las cosas. Has luchado contra la inevitabilidad toda tu vida. ¿Por qué cambiar ahora?

Ella se quedó en silencio por un rato: — Tal vez estoy cansada — dijo por fin en voz baja.

—Galas, no has usado nada más que tu propia fuerza para tratar de cambiar el mundo entero. Nunca has aceptado eso de nadie más. Tal vez sea hora de que descanses. ¿Es eso tan malo?

— ¡Sí! —estalló ella—. Estás diciendo que has venido a quitarme mi reino. Eso ya lo sabía. Di algo nuevo si en verdad tienes alternativas.

—Actúas como si aquí sólo fuera posible la victoria o la muerte. Te estoy diciendo que no es demasiado tarde. La victoria es imposible para ti ahora, pero la muerte no es inevitable. ¡Eso es lo que he venido a prevenir!

—La victoria no sería imposible —dijo ella— si te hubiera tenido a mi lado.

Lavin había esperado que ella dijera eso, pero aun así tuvo que mirar hacia otro lado mientras respondía: —Eso no es justo. ¿Qué opción he tenido alguna vez?

—Lavin, ¿por qué te pusiste del lado del Parlamento? —Parecía afligida—. Sabes que yo nunca quise nada de esto. Nunca le deseé el mal a mi país. Fue el Parlamento quien inició esta guerra, y tú quien destruyó tan expertamente todo lo que yo consideraba querido. Y, sin embargo, tú, de entre todas las personas...

—Ibas a perder —dijo él—. Fui entrenado en la academia militar, fui preparado para ser general. Cuando el Parlamento decidió la guerra, asistí a la sesión de planificación. Yo estuve de tu lado. ¡Claro que lo estaba! ¿Cómo crees que me sentí, sentado en la galería, escuchándolos insultarte, reírse al pensar en derribarte? Eran una manada de traidores. Pero yo vi los planes que estaban trazando. Iban a ganar. Incluso si hubiera robado los planos y te los hubiera traído, no habría servido. Sólo habría prolongado la matanza.

—La noche que supe en mi corazón que ganarían, me senté en mi recámara y lloré. ¿Qué puedo hacer? Yo era el graduado de más

alto rango de la Academia. Para apaciguar tanto a nobles como a comunes, el Parlamento me pediría que dirigiera el ejército contra ti.

—Podía hacerme a un lado o podía unirme a ti y morir a tu lado. O podía dirigir el ejército yo mismo, y entonces, al menos, si yo tuviera el control, si la responsabilidad fuera mía, tal vez podríamos salvar algo, ¡no tenía por qué llegar a esto! Se reclinó en la silla, el dolor en el pecho le difícíltaba el respirar—. Si otra persona dirigiera el ejército, ¿cómo podría yo evitar tu muerte?

—Había otra elección —dijo ella con frialdad.

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso? ¿Crees que no pensé en todas ellas? —Agarró su copa y bebió, mirándola.

—Pudiste haber engañado al ejército, Lavin. Pudiste haber luchado mal —sonrió con tristeza—. Pudiste haberme dejado vencerte.

—No ha pasado un solo día sin que pensara en hacer eso —dijo Lavin—. Tus generales nunca me proporionaron la oportunidad. Tu nobleza simplemente no era rival para la Academia. Pero no, espera, es más que eso. Escucha, estuve en la ladera de una colina y vi a diez mil hombres luchar aterrorizados y furiosos en el valle debajo de mí. He tenido hombres a caballo, esperando mis órdenes, y hubo un momento en que podría haber fallado en dar una orden para que la caballería flanqueara a sus hombres. El orden era crucial. Si lo diera, miles vivirían en ambos lados. Si no lo hiciera, me pararía en esta ladera y observaría cómo los hombres que confiaban en mí eran pasados a espada —Él la miró con gravedad, las manos agarrando la mesa frente a él—. Tal vez todos los días antes de eso, y todos los días desde entonces, he pensado que podría enviar deliberadamente a los hombres al fracaso y a la muerte. Soy un hombre capaz de tomar decisiones difíciles, Galas, pero en ese momento, no pude hacerlo. Y por mucho que me mintiera a mí mismo todos los días, al final volvería a actuar de la misma manera. Todos tienen una línea moral que no pueden cruzar. Para mí, eso fue todo.

Ella lo miró en silencio. Lavin aflojó su agarre sobre la mesa y, aturdido, volvió a su comida.

—Entonces, ¿cuáles son tus términos? —susurró ella.

—No hace falta que muera más gente. En este momento tienes al Parlamento en una posición en la que, si no te rindes, habrá un baño de sangre. Eso no será popular. El regicidio tampoco. Sin nadie en el trono, el estado será un caos. Por más desesperadas que parezcan las cosas, todavía te necesitan —Él la miró directamente —. Puedo garantizar tu seguridad. Serás puesta bajo arresto por el Parlamento, pero serán mis hombres quienes te protejan. Puede que el Parlamento maneje los hilos del dinero del ejército, pero después de todo este tiempo, los hombres son míos. Nadie más podría haber garantizado tu seguridad después de todo lo que pasó. Pero yo puedo.

—Te creo —dijo ella con una sonrisa conmovedora—. Y este arresto domiciliario, ¿qué implica?

—Sigues siendo el jefe de Estado. El Parlamento gobierna en tu lugar. Se hace un arreglo para un heredero apropiado. Renuncias a todos tus experimentos políticos, económicos y sociales.

—No puedo hacer eso.

—¡Debes! De lo contrario seguirás siendo la líder de un movimiento rebelde, que actuará en tu nombre, lo lideres o no. El caos simplemente continuará.

Ella se inclinó sobre la mesa y tomó su mano: — Mi amor, me estás pidiendo que tire por la borda todo lo que ha significado mi vida. ¿En qué se diferencia eso de la muerte?

—Tu vida ha desaparecido, de todos modos. Tu elección es cómo hacer frente a la realidad. Tus opciones son el suicidio, o superarlo, como siempre has superado las cosas—. Lavin tenía la boca seca ahora y su corazón latía con fuerza. Todo se reducía a esta conversación, a este momento de la misma.

Ella negó con la cabeza, pero no ante sus palabras: — Lavin, ¿acabas de decirme que lideraste el ejército contra mí porque me amabas?

—Sí.

—De mal a peor —dijo ella—. ¡De mal a peor! —Se puso de pie, derribando la silla.

La puerta se abrió un poco, pero ella agitó la mano con impaciencia y se cerró otra vez—. Todos los días de mi vida las personas que me han custodiado me han quitado algo justo cuando yo era consciente de que me encantaba —Se pasó las manos por el pelo, lo echó hacia atrás y se acercó a Lavin—. Te has encargado de hacer eso también. ¿Qué me queda?

Él sacudió la cabeza, sin entender.

—Te amaba porque nunca trataste de protegerme —dijo ella—. Nunca fuiste mi guardián. El tuyo era el único rostro en un banquete que podía mirar cuando necesitaba compartir una carcajada o una sonrisa sincera. Te habría hecho mi consorte si hubiera podido, Lavin.

Él retrocedió ante la franqueza de su mirada. Podía escuchar la amargura en su propia voz cuando él dijo: —Desafiaste todas las demás tradiciones. ¿Por qué no trataste de derrocar esa también? —La costumbre y la política habían dictado que Galas se casara con un hijo real de una nación vecina; ella había evitado hacerlo.

Era su turno de apartar la mirada: —Estaba asustada.

—¿Asustada? ¿De ofender la tradición? ¿De la reacción del Parlamento?

—De ti.

—De mí.

—Asustada de tenerte; asustada de perderte —enderezó la silla con enfado y volvió a sentarse—. Asustada de todo lo que tuviera que ver contigo. Y… pensé que tendríamos tiempo… para superar ese miedo.

—Todavía podemos —dijo él rápidamente—. ¿Todavía confías en mí, después de todo lo que ha pasado?

—No lo sé... sí, lo sé. Lavin, confío en que sigues tu corazón, incluso si te lleva a un infierno.

—Pero ¿tú confías en que te amo?

—Sí.

—¡Entonces déjame protegerte ahora!

Galas sonrió con tristeza: — Me conoces demasiado bien. No soy yo quien se enfrenta a una elección aquí, querido mío. Lo sabías cuando viniste. Eres tú quien tiene que decidir entre la autoaniquilación y el amor. Yo he hecho mi elección, y moriré por ella cómodamente. Si hay un alma torturada en esta mesa, eres tú.

Lavin sintió las palabras como golpes. No pudo responder; todas sus estrategias se habían evaporado.

Ella lo conocía. La mayor duda y misterio de su vida había sido si Galas realmente lo comprendía. ¿Realmente había pensado profundamente en él? ¿Era él real para ella, como ella lo era para él?

Ella lo entendía demasiado bien.

—Tu elección, querido amigo —continuó ella—, es simple. O te unes a mí y vuelves a tus hombres contra el Parlamento ahora que tienes su lealtad, o derribas mis muros, matas a mi gente y me encuentras muerta por veneno en mi alcoba.

Sus palabras fueron pronunciadas con tanta sencillez que nunca podría haber dudado de su determinación. Interiormente, Lavin se tambaleó de pánico. Todo se estaba escapando. Abrió la boca, casi para rendirse a ella en aras de unos días de felicidad antes de que fueran derrotados y asesinados. Entonces recordó al ladrón Enneas y su otra opción.

Se escuchó a sí mismo decir: —Vuelvo a donde comenzamos. Has desafiado una u otra opción durante toda tu vida. También puedes superar este dilema y recuperar tu reino. Tal vez puedas seguir tus políticas de una manera más suave y todavía salvar algo de lo que trabajaste, la alternativa es perderlo todo, y tu vida también.

Su expresión se había endurecido: —Muy bien. Hay otra opción, pero esperaba no tener que usarla. En cierto modo, es la peor de todas.

—¿Por qué peor? —Sacudió la cabeza, sin entender.

—Porque quería evitar derrotarte, Lavin. Nunca te quise como mi enemigo—. Ella se levantó antes de que él pudiera responder y llamó a la puerta interior de la cámara.

Lavin se levantó, alarmado. ¿Estaba a punto de ordenar su captura o su muerte?

Un hombre entró en la habitación. Parecía severo y noble, pero Lavin lo juzgó de crianza extranjera, ya que su cabello era largo y trenzado. Llevaba el uniforme de la guardia de palacio.

—Tu asedio no será fácil —dijo Galas—. General Lavin, le presento al General Armígero.

Lavin estaba estupefacto. ¡Se suponía que Armígero estaba muerto! Sin embargo... ¿quizás había desertado, escapado de su mala fortuna en Ravenon, por alguna oferta de Galas? Eso no tenía sentido.

Estos pensamientos corrieron por su mente cuando dio un paso adelante para estrechar la mano de su nuevo adversario: —Su reputación lo precede —dijo Lavin formalmente.

—Gracias —dijo Armígero—. Su propia habilidad es respetada en todas las tierras. Espero poder medir mi fuerza con la suya.

Lavin se alejó y se inclinó formalmente: —En ese caso, su alteza, me despediré. Con el general Armígero a su lado, tendré que hacer preparativos adicionales si quiero ganar este día.

Ella se puso de pie, con las manos cruzadas delante de ella, y no dijo nada cuando él se dio la vuelta para irse. El rostro de Galas era una elocuente máscara de tristeza.

Lavin apenas notó las filas de soldados hostiles que esperaban, ni escuchó a sus propios hombres preguntando cómo había ido la

reunión. El sol se había oscurecido en el cielo, y el tacto, el oído y el olfato se habían desvanecido como las hojas de otoño. De alguna manera se encontró fuera de los muros del palacio, dando órdenes con voz firme mientras Hesty se acercaba. Dentro de él rugía una tormenta de emociones como nunca había sentido. Abrumaba la razón; no podría haberle dicho a nadie por lo que estaba pasando, ni lo que significaba para él.

Sin embargo, en el centro de la tormenta había una única imagen mental: el general Armígero de pie al lado de la reina Galas.

28

Los caballos habían encontrado un camino y Jordán les había permitido tomarlo. Ahora se enfrentaba a las consecuencias de esa decisión.

Extendiéndose debajo de ellos se extendía un valle poco profundo donde los tallos de grano amarillo aún sobresalían de la arena en patrones regulares. Las dunas estaban reclamando este oasis, y estaba bien, pensó. Nadie querría vivir aquí ahora, no entre los tristes restos de tantas vidas.

Este debía de haber sido uno de los pueblos experimentales. Miró de soslayo a Tamsin, pero su rostro permanecía impasible. ¿Era esta colección de paredes quemadas y quebradas, llenas de los restos de objetos domésticos rotos, derrumbados por el viento, su ciudad?

El olor a carbón aún flotaba sobre el lugar. No mejoraba el paisaje que el cielo estuviera gris plomizo, llevaba así durante días y el aire frío. Allá en casa, probablemente estaba nevando.

—Ni siquiera los enterraron —dijo Tamsin. Ella señaló y él vio lo que había pensado que era un montón de ropa vieja, en realidad tenía amarillentos pies y manos que sobresalían de ella. Y esas formas redondeas... A Jordan le revolvieron el estómago y él apartó la mirada.

—Este era Integer —dijo ella—. El pueblo del erudito. Era completamente autosuficiente, no tenían por qué quemarlo.

—No creo que hayan hecho esto porque tuvieran que hacerlo —dijo Jordan.

—Yo crecí aquí —dijo Tamsin, tan bajo que Jordan casi no la oyó.

Él echó un rápido vistazo general: —. ¿En esta ciudad?

—No. En otra cercana. Viví allí toda mi vida. Y luego el Parlamento la quemó hasta los cimientos. Los quemaron a todos, supongo.

—Pero ¿por qué?

—La reina —dijo ella, torciendo la boca con amargura—. La reina Galas es una hechicera; mandó a los desaladores y los desaladores hicieron brotar agua en las dunas. En esos lugares, ella creó pueblos. Ofreció tierra y semillas a la gente si se establecían allí. Mis padres fueron. Mucha gente lo hizo, pero una vez que ibas ya no podías salir. Y cada pueblo era diferente. Reglas diferentes, y nadie podía viajar entre ellos ni saber siquiera cuáles eran las reglas de los otros pueblos. Ella usaba soldados para mover cosas entre los pueblos, como madera, granos y ganado. Y los soldados no te hablaban.

—El tío solía visitarme cuando yo era pequeña. Solía traerme regalos. Recuerdo frutas y pequeñas piezas de joyería que mi madre desaprobaba. Era la única persona que visitaba a alguien en Callen. Padre decía que se le permitía hacerlo porque mi tío era importante para la reina.

—Me gustaba Callen, mi pueblo. No pensé que hubiera nada horrible al respecto. Trabajábamos, teníamos festivales. Niños y niñas iban a la escuela. Pero un día llegaron todos estos extraños, gente de otros pueblos. Estaban huyendo del ejército. Aceptamos algunos de ellos en nuestra casa. Eran extraños... Se casaban, pero hombres con hombres y mujeres con mujeres. Aunque también tenían hijos. Dijeron que los soldados habían quemado su ciudad y habían matado a todos los demás. No supimos por qué.

—Se lo pregunté a mi padre —continuó Tamsin—. ¿Qué habíamos hecho que estaba tan mal? Dijo que era por toda la historia que me había hecho aprender, sobre personas prisioneras de los Vientos. Que son nuestros enemigos—. Ella miró a Jordan con cautela mientras decía esto.

Jordán asintió lentamente. Algunas de las cosas de las que Armígero y la reina habían hablado empezaban a tener sentido. La reina quería cambiar el mundo. Por eso su Parlamento se había rebelado.

—Un día —dijo Tamsin—, yo estaba cavando el jardín. Está en las afueras del pueblo, junto a las dunas. De repente, el tío estaba allí. Dijo que tenía que seguirlo rápido, huir con un caballo allí.

Cabalgamos hasta una colina cercana, y allí nos detuvimos para mirar hacia atrás. Los soldados habían llegado. Parecían hormigas invadiendo Callen. Yo oía gritos, la gente corría. Entonces las casas comenzaron a arder.

Durante un rato ella se quedó mirando al vacío, juntas las manos. Sus ojos estaban secos, pero su boca era una línea serevera.

—Yo quería volver —dijo finalmente—. No podía ver a mis padres por ninguna parte. Pero el tío dijo que nosotros también moriríamos. Así que nos alejamos. Al día siguiente llegamos a otro oasis donde estaba esta carreta. Y nos dirigimos hacia el norte. Eso fue hace tres meses—. Ella lo miró, bajó la vista e hizo una mueca triste. No volvió a levantar la vista.

Jordan pensó en la historia. No había nada bueno que pudiera decir: —Tu tío trajo a los soldados,

Ella asintió, aún sin mirarlo: —O al menos sabía exactamente cuándo vendrían. Y no avisó a nadie. Simplemente llegó y me arrebató. Traté de decirme a mí misma que él no tuvo oportunidad de advertir a los demás. Lo intenté y lo intenté... Me permití creer que me había salvado porque era un buen hombre.

Ella se estremeció: —Después de todo, es solo un comerciante que intenta recuperar su tienda, ¿no es así? ¿Y los soldados que asesinaron a todos en este pueblo? Después de que todo esto termine —dijo ella—. todos volverán a sus granjas y tiendas también, ¿no? Y vivirán vidas largas y felices, y nadie sabrá lo que hicieron aquí.

—Lo sabemos nosotros —fue todo lo que a Jordan se le ocurrió decir.

Tamsin sacudió las riendas y guió su caballo fuera del camino. Ella no quería bajar allí, vio él con alivio. Él no podría habérselo impedido sin usar la fuerza.

Los caballos se oponían a entrar en la arena. Ambos animales estaban cansados y parecían enfermos, aunque ni Jordan ni Tamsin podían discernir ninguna causa. Las monturas rodaban los ojos y

resoplaban, pero cuando el viento cambió y captaron el olor que venía del valle, aceptaron el nuevo camino.

—Si esto era Integer, eso significa que estamos cerca —dijo Tamsin al fin—. Hasta el desalador debe haber un viaje de medio día en esa dirección —Señaló hacia el sureste.

—¿Cómo lo sabes?

Ella se encogió de hombros: —Los pueblos están todos construidos alrededor de una meseta baja; es casi invisible a menos que se sepa qué buscar. ¿Ves lo que parecen muros ahí fuera? —Ella señaló el corazón del desierto, donde de hecho Jordan veía algunas líneas rojizas cerca del horizonte—. La tierra sube y sube por un tramo en pequeños acantilados altos como ese. En el centro está el desalador.

—Bien. Puede que lleguemos al anochecer —Jordan trató de responder con un tono optimista en su voz.

—Deberían morir todos.

Él dio un rodillazo a su caballo para acercarlo al de ella. El animal resopló e hizo un intento poco entusiasta de corcovear, luego obedeció.

Tamsin estaba llorando: —Deberían colgarlos a todos —dijo ella—. Pero no los colgarán. Se saldrán con la suya. Se reirán de ello y luego, cuando sean viejos, les dirán a sus hijos lo nobles que eran.

—Tamsin...

—Mataron a mis, a mis padres… —Se tapó la cara con las manos. Incómodo, él cabalgó junto a ella, rascándose el cuello y frunciendo el ceño hacia la arena. Podría haber dicho algo duro; después de todo, Jordan tenía sus propias miserias que Tamsin rara vez reconocía; pero hoy él sintió algo diferente en sus lágrimas.

Tras un tiempo, ella dijo: —Esa es la verdad. Yo no quería creerlo, en todo este tiempo. Simplemente dejé que el tío me arrastrara y me dije a mí misma, espera, espera, terminará pronto. Como si pudiera regresar a casa al final de la aventura, con mamá y papá y todo bien de nuevo. Pero no terminó. Quemaron Callen hasta los

cimientos como quemaron Integer. Y lo vi, recuerdo mirar atrás y ver salir humo sobre las dunas, y yo no lo creía, como no creí que el tío sabía lo que iba a pasar.

Ella vaciló, apartó la vista de Jordan y dijo: —Soy una necia.

—Una víctima —insistió él—. Los necios son ellos.

Pensó en la pila de cuerpos que habían visto. ¿Necios o monstruos? Durante un largo momento, Jordan se sintió perdido, hombres de verdad habían hecho eso y todavía estaban ahí afuera. Si los hombres podían hacer eso... ¿serían los Vientos peores? Tal vez las reglas de los Vientos eran más justas que la del Hombre.

Jordan cerró los ojos y se imaginó a la reina de Iapysia perdida entre el fino desorden de su biblioteca. Pero tenía que intentar, había apelado ella, poner fin a esta larga noche que se ha tragado al mundo entero.

Tamsin seguía llorando, y no había palabras que él pudiera haber dicho para quitarle el dolor. Algunas cosas, una vez rotas, no podrían sanarse.

Termina esta larga noche...

En una era de milagros, ¿seguirían los hombres masacrando a sus vecinos? Tal vez lo harían a una escala mucho mayor, una vez que pudieran ordenar a los océanos que inundaran los continentes o que la tierra se tragara las ciudades.

Eso parecía ser cierto, ya que los poderosos, que no carecían de nada, eran los mismos que comandaban estas masacres.

La idea lo llenó de furia, la misma furia que lo había hecho correr hacia la noche en pos de Emmy, que lo había hecho tentar a los Garfios Celestiales para que abandonaran la destrucción de la mansión Boros y lo persiguieran. Él no quería aceptar esta verdad. Que lo mataran, que el mundo entero se derrumbara cuando él le contara a Armígero los secretos de los desaladores. A pesar de toda la evidencia, nunca aceptaría que tales miserias estuvieran destinadas a suceder para siempre.

Una línea corta y vertical ondeaba en el horizonte. ¿La aguja del desalador? Lo descubriría muy pronto. Luego exigiría que los Vientos respondieran por los pueblos quemados, las familias separadas, todas sus miserias y las de todo el mundo en toda esta larga era de la noche.

§ § §

Jordan no habría sabido que estaba en una meseta si Tamsin no se lo hubiera dicho. El suelo se volvía menos arenoso a medida que avanzaban, y de vez en cuando realizaban pequeñas escaladas por pendientes de rocas desmoronadas. A veces tenían que desmontar y guiar los caballos porque las bestias respiraban con dificultad, echando espuma por la boca. El vientre del caballo de Jordán parecía hinchado y temblaba cuando lo tocaba. Al final Jordan y Tamsin tuvieron que cargar con la mayor parte de los suministros que habían robado, mientras los caballos caminaban lentamente a su lado.

—¿Qué les pasa? —Tamsin trató de calmar a su yegua; la acarició con la mano y la yegua se estremeció.

—No lo sé —dijo Jordan. Notó que su propia voz tenía un tono agudo—. ¿Ka?

El pequeño Viento no podía diagnosticar la dolencia de los caballos. Ka era un espía, no un médico.

—¿Hay agua en el desalador?

Tamsin negó con la cabeza. Ahora podían verlo, una pequeña colección de picos en el horizonte. Entre ésto y ellos se extendía un maldecido paisaje rojizo de arena y placas de piedra dispersas. Aquí no crecía nada; la brisa soplaba irregularmente y levantaba el silbido intermitente de la arena deslizándose sobre la roca. En lo alto se cernían nubes que amenazaban lluvia, pero que no parecían llegar a entregarla. Jordan se sentía expuesto aquí, más que en cualquier otro lugar en el que había estado. Tal vez era porque el horizonte parecía increíblemente lejano y los ojos de Garfios o Cisnes podrían reconocerlo fácilmente sobre el suelo en ruinas, y no tendría adónde huir cuando vinieran.

Nada se movía. Ninguna fuerza, para bien o para mal, parecía interrumpir su lento avance a través de la meseta. De vez en cuando pasaban remolinos de polvo y Jordan podía ver los inevitables mecas arrastrados por ellos, laboriosos mosquitos en un jardín de polvo. El desalador debía de verlos venir, pero él no se atrevía a imaginarlo como algo vivo y consciente. No parecía más que una torre abandonada a medio construir.

Tamsin se preocupaba por su caballo, esa parecía una buena distracción de su propio dolor. Sus lágrimas le habían traído a Jordan recuerdos de su hogar, y cavilar sobre si alguna vez se reconciliaría o volvería siquiera a ver a su familia lo tenía deprimido. No sabía qué estaba haciendo aquí, en medio de la nada, a punto de exponerse a las mismas fuerzas que lo habían perseguido durante todos estos meses. Estaba sin ideas, tenía que admitirlo. Si esto no funcionaba, no veía futuro.

La perspectiva de perder los caballos no le preocupaba demasiado. No creía probable que los necesitaran.

Por fin llegaron a una mesa plana de roca de unos dos kilómetros de ancho. El desalador se erguía en el centro de la misma. Este desalador tenía cinco espigas centinela colocados en estrella uniforme alrededor de la aguja del medio. Esta aguja era posiblemente la espiga más alta que Jordan había visto jamás, tenía al menos sesenta metros de altura. Todas las agujas se reducían a puntas muy afiladas y, a medida que los viajeros se aproximaban, Jordan vio que la piedra alrededor de sus bases estaba torcida y agrietada, como si el desalador hubiera crecido atravesando el lecho rocoso mismo. Jordan esperaba que eso fuera cierto, y facilitaba mucho la comprensión del desalador, pues él sabía que los mecas comían rocas. El desalador parecía la irrupción visible de un cuerpo subterráneo, una especie de hongo meca.

Cuando estuvieron a la misma distancia de las dos torres centinela más cercanas, Jordan cerró los ojos y proyectó sus sentidos de los Vientos hacia el desalador. Podía ver abundantes mecas prosperando en el polvo. Hizo que las torres fueran visibles en su contorno, como cualquier estructura, aunque no lograba ver dentro de ellas ni oír nada más que el susurro de las rocas diciéndose sus nombres.

—No creo que esto sea una buena idea —dijo Tamsin. Parecía sobresaltada, como si acabara de recobrar el sentido después de una noche llena de sueños—. Volvamos.

—Los caballos… No sé si pueden llegar más lejos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.

Jordsn miró a los jadeantes caballos: —Acampemos. Luego ya veremos.

Recorrieron el área alrededor del desalador y descubrieron que, en algún momento del pasado, alguien o algo había juntado algunas de las placas de roca desprendidas mientras crecía el desalador, y las había apoyado unas sobre otras para hacer varios refugios toscos. Jordan habría preferido acampar fuera del perímetro del desalador, pero estos cobertizos estaban bastante arriba de la pendiente de la aguja principal. Eso lo incomodó, ya que recordaba las historias de Galas sobre los gases venenosos y otras muertes sutiles provenientes de estas cosas… pero él iba a confrontarlo de todos modos. ¿Qué era un pequeño acto imprudente ante otro aún mayor?

No había nada que quemar, pero encontró un hueco frente a su cobertizo y lo llenó de arena, a la que ordenó producir calor. Había descubierto que podía hacer este truco con cualquier cosa que tuviera mecas; después de entre unos minutos hasta una hora, según la concentración de mecas en la sustancia, se enfriaba y tenía que ser reemplazada. El acto constituía un suicidio para las microscópicas criaturas, pero éstas lo hacían con agrado por alguien a quien consideraban un Viento.

Casi esperaba que el desalador se despertara cuando comenzó a dar órdenes a los mecas, pero no sucedió. De hecho, no obtuvo ninguna sensación vital del desalador en absoluto.

Mientras Tamsin se agazapaba desconsoladamente frente al montículo de tierra caliente, Jordan abrevaba a los caballos con lo último que les quedaba. La cara de su yegua parecía hinchada, con ojos rojos y febriles. Apenas podía beber y rechazó la avena que él le ofreció. El caballo de Tamsin no estaba mejor. Ambos tenían el vientre hinchado, se les doblaban las piernas como si ya no

pudieran soportar su propio peso.

Jordan pasó una mano por el vientre de su yegua. Sintió un leve estremecimiento bajo el firme pelo, luego un movimiento, como una patada desde adentro. Retiró la mano de golpe.

—Tamsin, ¿creo que mi caballo está preñado? —Retrocedió. La yegua lo miraba fijamente y él pudo ver la muerte en esos ojos. Lo que fuese que le estaba pasando, no era un embarazo.

Molesto, caminó cuesta arriba del desalador. El sol se estaba poniendo, rojo y exhausto. Su luz delineaba tenues octágonos y cuadrados en el lateral de la aguja. Arrodillándose, Jordan tocó su superficie, que era como cerámica desgastada y blanca con un ligero tinte rosado.

Cerró los ojos y se concentró. Estoy aquí. Háblame.

Suspiró la brisa y las piedras cantaron sus melodías sin sentido: feldespato, yeso, granito ígneo, feldespato, arenisca, soy liquen, yeso, yeso... Jordan había imaginado que el desalador llenaría el cielo con su voz, pero no decía nada.

Pateó guijarros mientras volvía andando al cobertizo. No podía ver el rostro de Tamsin en la penumbra, solo su figura encorvada. Ella se había abrazado las rodillas y contemplaba la menguante luz a lo largo del horizonte. Él se sentó a su lado, agradecido por el calor del "fuego".

No dijeron nada durante mucho tiempo, y oscureció gradualmente. Las nubes se habían ido y las estrellas comenzaron a salir una a una. Esto no era una buena señal: sería una noche fría. El frío avanzaba por el suelo, inexorable y silencioso. Aún así, Jordan se quedó un rato mirando las emergentes estrellas. De vez en cuando aparecían pequeños destellos de luz, como si se reflejara el sol en cosas brillantes allá arriba en los cielos. Sin duda algo lo reflejaba, pero él no tenía ni idea de lo que podría ser, y eso tampoco cabía cuestionarlo por ahora.

—¿Estás bien? —susurró Tamsin. Él rodó sobre el costado. Ella se inclinó hacia adelante para poner más tierra en el recipiente para el

polvo, que se había enfriado—. ¿Puedes hacernos más calor?

—De acuerdo —Él se acercó a ella, y ella levantó su manta para taparlos a ambos. Con una orden silenciosa, Jordan hizo que la nueva tierra del cuenco floreciera con calor. No duró mucho esa noche, durmieron con un frío glacial.

§ § §

En un intemporal instante Jordan yacía entre las garras de un frío despiadado; dormitando, despertando y tiritando, vagamente consciente de que Tamsin se había abrazado a él; al siguiente era dolorosamente arrastrado del brazo hacia el aire helado por un agarre similar a un grillete.

Jordán gritó, las estrellas giraron y él golpeó el suelo. Una silueta negra se cernía sobre él, y el olor a sangre fresca llenaba sus fosas nasales. Le hormigueaba el brazo donde había sido tocado.

—Tú eres el enlace —dijo una chirriante voz pétrea.

Tamsin gritó.

Jordan rodó hacia atrás; clavándose guijarros en la columna, sintiendo aire frío en el cuello; y se levantó para encarar dos oscuras formas humaniodes perfiladas ante un cielo de plena luz de aurora y estrellas en movimiento. Una de las formas golpeó el oscuro triángulo que formaba el cobertizo de piedra, donde Tamsin volvió a gritar.

La que Jordan tenía delante hizo ademán de atacar y él le dio una patada. El pie de Jordan impactó en piel resbaladiza. La cosa gruñó, luego vomitó sin doblarse un líquido negro, salpicando las piedras.

—Te encontré correctamente —dijo el morfo—. Tú eres el enlace. Tú vienes con nosotros.

La cosa se abalanzó de nuevo y él se apartó de un salto. La adrenalina hizo que Jordan volviera a ver visiones, pero él logró rechazar la conciencia de Armígero. El paisaje brillaba con mecas, al igual que con morfos. El que se acercaba a él tenía tres ojos en un

rostro devastado, y Jordan podía verlos como orbes radiantes en un cráneo translúcido. El cuerpo estaba lleno de intrincadas líneas de luz, como un sistema venoso completo que Calandria había llamado nanotecnología.

La cosa fintó y luego saltó, y esta vez alcanzó a Jordan. Ambos rodaron por la fría tierra, pero aquello no pudo agarrarlo, ya que estaba cubierto de… ¿agua? De algo más oscuro. Durante un segundo tuvo a Jordan inmovilizado bajo el cuerpo y con los dedos de la mano derecha le hurgaban en el pelo como si buscara allí una puerta. Luego Jordan incorporó el torso, levantándole a la cosa el opresivo pecho, y envolvió el torso de aquello con los brazos. Jordan tiró entonces, mientras pataleaba en el polvo del suelo, y perdió el agarre, pero no antes de acabar agachado y que el morfo acabara a cuatro patas sobre las manos y las rodillas.

Sin tiempo para sutilezas, Jordan agarró una piedra del tamaño de un puño y, cuando la cosa se giró sobre él, la golpeó con la roca en un lado de la cabeza. El morfo cayó hacia atrás con un gemido.

—¡Tamsin!

Ella volvió a chillar y él la vio en el espectro de luz meca: una oscura forma humanoide agarrada a una manta mientras el otro morfo la arrastraba de una pierna por el suelo.

Él aturdió al suyo con la roca, luego otra vez cuando éste volvió por más. La cosa no parecía sentir ningún dolor, Jordan supo que no iba a detenerse hasta que él la matara o la lisiara. Si es que podía. Había oído historias de morfos que desarrollaban nuevas extremidades para reemplazar las amputadas. En ese momento Jordan daba crédito a esas historias.

Le lanzó la piedra, falló, dio media vuelta y corrió tras el otro morfo. Algo iba mal en el cielo, un remolino de estrellas, pero no tenía tiempo para pensar en eso. Gritó: —¡Corre! —y atacó al otro morfo.

Tamsin se puso en pie: —¿Correr adónde?

—¡Arriba por la cuesta! Sube a la superficie del desalador. ¡Rápido!

Ambos morfos lo enfrentaban ahora. Jordán retrocedió.

—Danos tu luz —dijo el primer morfo.

—Tú ascenderás —dijo el segundo.

Jordan cerró los ojos y abrió los brazos: —¡Piedras, rocas, arena y polvo! ¡Escuchadme!

La tierra rugió en respuesta.

—¡Arded! —gritó Jordan—. ¡Arded bajo los pies de los morfos!

Luego dio media vuelta y corrió cuesta arriba.

Tamsin se agachó jadeando sobre la ladera blanca y lisa del desalador: —¿Qué vamos a hacer? —dijo ella mientras él le ponía la mano en el hombro y la levantaba.

—Si esto no funciona, entonces no lo sé —Él la envolvió en sus brazos y observó cómo los morfos corrían hacia ellos.

De repente, los pasos de los morfos comenzaron a echar humo. Los morfos dejaron de caminar y uno saltó de un pie a otro. Muy claramente, Jordan oyó que el otro emitía alguna orden en una lengua inhumana. El primero avanzó corriendo, luego se detuvo, confundido, y trató de esquivar dando un paso lateral. Jordan vio una lengua de fuego subir lamiendo la pantorrilla del primer morfo.

—Vamos —Jordan volvió corriendo al cobertizo. Se agacharon para recoger sus escasos suministros, sin dejar de vigilar a los morfos. El primer morfo, que no se había movido, parecía ileso. Ese seguía hablando en la lengua de los Vientos y la tierra alrededor de sus pies ya no humeaba.

Las piernas del segundo morfo estaban en llamas. Mientras lo observaban, éste trastabilló y cayó de rodillas en una nube negra. Sus manos se incendiaron cuando tocaron la tierra. Escarbó entre el humo durante unos segundos, luego se derrumbó y empezó a rodar, convirtiéndose en una bola de fuego en el proceso.

—¿Dónde están los caballos? —gritó Tamsin.

—No lo sé. ¡Ka! ¿Dónde están?

—No hay caballos cerca —dijo el pequeño Viento.

—Vamos —Jordan corrió por la larga pendiente del desalador. Tal vez los caballos estuvieran al otro lado.

—¡Mira al cielo!

Jordan miró hacia arriba y se tambaleó. El cielo era una maraña de líneas brillantes que se alargaban hacia el horizonte y se acortaban directamente sobre su cabeza. Allí latía una aurora malva.

Tamsin se adelantó corriendo, gimiendo. Jordan agachó la cabeza y la siguió.

Una forma baja y oscura apareció cuando rodearon el otro lado del desalador. El caballo seguía en pie, pero solo porque sus patas estaban trabadas. Le temblaba el lomo y el vientre le colgaba bajo y se convulsionaba como una gota de rocío a punto de caer de una hoja. Tamsin y Jordan aminoraron la marcha a medida que se acercaban.

Tamsin emitió un chasquido que normalmente habría hecho a la yegua estirar las orejas. Jordan no estaba seguro de qué extremo era cuál, la yegua debía de haber bajado la cabeza. En cualquier caso, no veía indicio de que el animal hubiera oído la llamada.

Él se detuvo a tres metros de distancia al ver que ninguno de los extremos del animal tenía cabeza.

Tamsin también se detuvo y se llevó la mano a la cara antes de empezar a maldecir en voz baja y con urgencia.

Había una cosa mustia colgando de un extremo y otra más pequeña y marchita en el otro. Una podía que fuese antes el cuello y la cabeza, pero se había drenado toda la carne y el líquido para llenar el vientre hinchado. La piel se había abierto en una docena de lugares allí, y la sangre goteaba constantemente sobre la arena debajo.

Sangre... Jordan levantó las manos y, a la extraña luz de la aurora,

vio que estaban cubiertos de manchas oscuras. Se olió las palmas.

—Oh, mierda —agarró a Tamsin por el hombro—. Corre. ¡Ahora!

Cuando se dio la vuelta, el vientre de lo que una vez había sido un caballo se partió como una fruta demasiado madura. Con un chorro de sangre y órganos a medio digerir, dos morfos recién nacidos salieron reptando hasta el suelo.

Las cuatro patas trabadas del caballo ahora no sostenían más que una bolsa vacía de piel, como una extraña tienda de campaña sobre dos morfos tosiendo. Uno y otro salieron arrastrándose de entrañas y humeantes despojos, y abrieron nuevos ojos, que cazaron en la oscuridad hasta encontrar a Jordan.

Él corrió. El pánico pugnaba contra él, pero Jordan sabía que si cedía ahora, tanto él como Tamsin morirían. El cielo se estaba abriendo con una luz similar a la llegada del amanecer. Los morfos no se iban a rendir, y él sabía que el suelo en llamas no iba a engañarlos una segunda vez.

—¡Ka! ¡Llama al desalador! ¡Necesitamos refugio! ¡Por favor!

Tamsin estaba a mitad de la pendiente del desalador. Parecía decidida a llegar lo más alto posible, o tal vez solo estaba corriendo. Él la siguió intentado no escuchar los húmedos sonidos de los morfos que venían tras él.

Cuando la pendiente se hizo demasiado empinada, Tamsin se detuvo jadeando. Él llegó a su lado y siseó: —¡Allí! ¿Ves esa puerta? —A unos cinco metros de distancia por la pendiente, líneas tenues formaban un cuadrado—. Tenemos que llegar al desalador y abrirlo. ¡Ka!

—Lo pediré —respondió Ka.

Ambos corrieron hacia la plaza, y ahora se podía ver que el morfo que él había dejado varado en el suelo en llamas había encontrado una salida y venía por el otro lado. Detrás, los dos nuevos habían aprendido a caminar, por así decirlo, y también se acercaban.

—¡Ka! ¡Pídelo ahora!

—Lo estoy haciendo.

—Sigue en ello —Jordan salió a la plaza. Estaban a bastante altura aquí, y la pendiente era de casi cuarenta y cinco grados. Tenían que agacharse para mantener el equilibrio. Tamsin se acercó a él.

—¿Qué estamos haciendo —dijo ella, alzando la voz por el pánico.

—Nada, supongo —dijo él mientras el primer morfo salía a la plaza con ellos.

Y de pronto él estaba cayendo y durante un segundo vislumbró torres de fuego erguidas entre las estrellas, antes de que la oscuridad las envolviera.

29

Estaba completamente oscuro, pero no fue la oscuridad lo que Jordan notó primero. Fue el silencio.

Cuando era muy joven, un día estaba corriendo y cantando por el bosque y se encontró con un anciano que venía por el otro lado. —Te gusta el sonido de tu propia voz, ¿no? —preguntó el anciano—. El rostro del hombre se había arrugado en una sonrisa.

—Me gusta la música —dijo Jordan. Su madre le había dicho que fuera modesto.

—A mí también.

—Entonces, ¿por qué no cantas? —Al decirlo, se sintió avergonzado de inmediato. El anciano no se ofendió.

—Estoy demasiado ocupado escuchando —dijo—. Estoy escuchando todo el tiempo.

Jordan ladeó la cabeza: —Yo no escucho nada.

—Sí que lo escuchas —El anciano hizo que Jordan escuchara el sonido de la brisa entre las hojas, el graznido lejano de una familia de pájaros, el crujido de las ramitas bajo los pies—. Todo sonido es música —le dijo—, y no hay lugar sin sonido.

—Apuesto a que lo hay.

—Está bien —sonrió el anciano—. Para la próxima semana, te desafío: encuentra el silencio. Me quedaré en la Cabeza del Caballo. Cuando hayas encontrado el silencio, visítame allí y te daré un centavo de cobre.

Jordan nunca cobró el centavo. Era extraño que aquello fuese lo primero que le vino a la mente al despertar; o tal vez no tan extraño. Porque por fin había encontrado el silencio.

Olía fuerte aquí, un intenso olor picante que casi reconoció. Debo

de estar en el vientre del desalador, pensó. En ese caso, ¿dónde estaba Tamsin? Sorprendido, trató de sentarse. Un peso sólido sobre el pecho lo mantenía inmóvil.

Oh. Ella respiraba lenta y regularmente. Su cabeza descansaba sobre el pecho de Jordan, y un brazo estaba echado descuidadamente por el costado, el otro doblado alrededor de la cabeza. Ambos yacían sobre una terrosa superficie de algún tipo. Se parecía a la cerámica de la piel del desalador, cubierta con arena de la más fina.

Él sabía que no podía haber morfos aquí con ellos. El cráneo de Jordan ya habría sido abierto y sus cerebros esparcidos en la búsqueda de los implantes de Armígero. Se imaginó a esas cosas sosteniendo su sangre hasta el cielo, hacia esas luces que habían estado descendiendo sobre ellos, y se estremeció.

Jordan dejó que su cabeza golpeara contra el frío suelo. Eso fue un error: descubrió un dolor de cabeza palpitante que había estado al acecho en la base de su cráneo. Tal vez los morfos le habían metido los dedos en la cabeza después de todo.

Gimió y se oyó a sí mismo, pero faltaba algo. Sin brisa, por supuesto; sin ramitas bajo los pies. Siempre había sonido y, ahora que se concentraba, podía oír la respiración de Tamsin. No, podía oír, pero al mismo tiempo no podía oír; parecía haber una gran carencia en su cabeza.

Armígero había desaparecido.

Todo el cuerpo de Tamsin se sacudió cuando gritó: —¿Qué? —Ella puso una mano en su plexo solar y se empujó hasta quedar sentada. ¡Estás bien! —Sus manos lo agarraron por los hombros. Jadeando por aire, él comenzó a sentarse y ambo chocaron sus frentes: —¡Ay!

—Supongo que me golpeé la cabeza —dijo mientras se acomodaban con cuidado en una posición sentada. Ella no lo soltaba y, por experiencia con la oscuridad, él sabía por qué: —¿Dónde estamos?

Ella rió, la risa tenía un tonillo histérico: —¿Dónde crees que estamos?

—Lo siento. Quise decir... ¿es muy grande este lugar¿ ¿Lo exploraste?

—No quería perderte de vista. Podría ser... quién sabe lo grande que es.

Jordan cerró los ojos, para poder mirar a su alrededor usando su sentido de Viento. No vio nada más que el negro moteado dentro de sus propios ojos. O no había ningún meca aquí, ni siquiera la mota más pequeña, o había perdido la segunda visión.

Le palpitaba el corazón cuando gritó: —¿Hola? —con su voz de Viento. Envió la llamada a cualquier cosa que pudiera escucharlo—. ¡Hola, por favor!

—Ka —La voz del pequeño Viento resonó en su cabeza como el más puro de los timbres.

Jordan se hundió aliviado: —Así que no estoy... —Se detuvo y se olvidó de respirar durante un momento. ¿De verdad había estado a punto de decir lisiado?

—¿Muerto? —Tamsin rió—. No, no estamos muertos, pero bien podríamos estarlo. Estamos en el vientre del monstruo.

Había venido hasta aquí para despojarse de los nuevos sentidos que Armígero y Calandria le habían dado. ¿Estaba decepcionado ahora que se habían ido?

Sí.

Jordan se encontró riéndose. Cada sonido que hacía le provocaba una punzada de dolor en su cabeza, por lo que se detuvo rápidamente.

—No le veo el humor a la situación —dijo Tamsin.

—Lo siento.

—Bueno —lo abrazó—. Viniste aquí para hablar con esta cosa. Pues habla.

—No estoy seguro de que yo...— la sintió tensarse—. Sí, sí, hablaré con él. ¿Ka?

—¿Sí?

—¿Dónde estamos? ¿Conoces a este desalador? ¿Puede hablar? ¿Por qué nos dejó entrar? ¿Siguen los morfos afuera? ¿Qué hay de...? —Tamsin le dio un codazo en las costillas.

—Despacio —siseó ella.

—Estás en una celda de espera cerca de los tanques de empalme de genes del desalador 447 —dijo Ka—. Conozco a este desalador. No tiene aparato vocal, pero la conversación con él puede transmitirse a través de mí. Los morfos todavía están afuera.

Jordan le contó esto a Tamsin y luego dijo: —Ka, ¿puedes hablar en voz alta?

Una voz débil salió de la oscuridad de arriba: —Sí.

—¡Ah! —Tamsin se agarró a Jordan con fuerza.

—Tranquila —dijo él—. Ese es nuestro compañero de viaje —Él le había descrito a Ka en el viaje hasta aquí, no sabía si ella le había creído entonces. A juzgar por la forma en que ella se mantenía agarrada a él, no debía de creerlo del todo.

—Ka, ¿podrías hablar un rato en voz alta, para que los dos podamos escuchar?

—Sí.

Tamsin permaneció en silencio un minuto: —Por supuesto. Sí, sabía que era real, yo es que... um...

—Incluso a mí me cuesta creer que sea real —dijo Jordan—. Ka, ¿hablará el desalador con nosotros?

—Dice: Mediación habla.

La voz era la de Ka, tranquila, plana y calmada. No obstante, a

Jordan se le erizaron los pelos de la nuca. De pronto se sintió pequeño y sin importancia, como si Castor o algún otro inspector se dirigiera a él, pero infinitamente más. Trató de sonar confiado al decir: —¿Sabes quién soy?

—Identidad —dijo el desalador—. Identidad hace preguntas antiguas. Identidad fue abolida.

—No entiendo.

—Espera. Mediación asalta archivos de lenguajes antiguos. Yo. Tú eres Yo. Eso es importante.

Tamsin negó con la cabeza: —Está senil —susurró ella.

—Lenguaje llega como un diluvio —dijo la voz abruptamente—. Tú eres humano. Yo soy desaladador.

—Entonces, sí sabes quién soy.

—Mediación sólo sabe que los Garfios Celestiales y los Cisnes Diadema quieren que te entregue —dijo el desalador. La voz era suave y firme ahora.

—¿Y no lo harás?

—Aún no.

Jordan se mordió el labio. La siguiente pregunta era obvia, pero no quería hacerla precipitadamente, no fuera a ser que el desalador comenzara a preguntarse...

—¿Por qué no? —dijo Tamsin. Jordan gimió.

—Sois los rehenes de Mediación —dijo el desalador.

Jordan se quedó sin palabras durante unos segundos: —¿Rehenes? ¿Por qué necesitas rehenes?

—¡Ey! —Tamsin golpeó el suelo en algún lugar cercano: —¿Podemos encender algo de luz aquí?

—Sí.

El brillo los golpeó como una inundación. Jordan gritó y cerró los ojos con fuerza: —Buena idea —dijo, mientras lentamente abría una rendija, primero en uno y luego en el otro.

La luz provenía de docenas de brillantes lámparas como pequeños soles, clavadas en el techo de una enorme cámara abovedada. La cámara estaba llena de altísimos bloques de cristal blanco, y el suelo estaba salpicado de trozos grandes y pequeños. Miles de pequeñas estacas negras yacían por todas partes también.

Jordan pasó los dedos por la superficie en la que estaba sentado y los lamió: —Sal —se dijo en súbita comprensión.

Tamsin dio un grito repentino y señaló. Jordán se volvió.

Un morfo muerto yacía como un montón de ropa empapada a menos de tres metros de distancia. Más allá, Jordan vio movimiento resbaladizo. Le tomó unos segundos darse cuenta de que lo que había tomado por estacas eran en realidad cientos, tal vez miles de pequeños lagartos de roca, como los que había visto tomando el sol en el desierto. Estaban dando vueltas tratando de escapar de la luz; o tal vez corrían siempre así.

—¿Qué pasa con las lagartos? —Una vez más, Tamsin se le adelantó en la pregunta.

—Mediación crea una nueva especie —dijo el desalador.

—Entonces, ¿tu nombre es Mediación?

—No. Mi nombre es desalador 447. Mediación es el plan actual.

Jordan negó con la cabeza, esta vez desconcertado: —¿Y qué hay del morfo? ¿Lo mataste?

—Sí. Está dentro del mandato de Mediación.

Jordan se puso de pie con cuidado, cuidando su cabeza palpitante. Ahora que sabía que había pequeños monstruos correteando por todas partes, el suelo no parecía tan cómodo: —Aquí no hay ningún

meca, ¿verdad? —preguntó.

—No. Los mecanismos mundoconstructivos de Ventus no interpenetran.

—¿Y bloqueas todas las… —¿cómo las había llamado Calandria? —… señales que van y vienen aquí?

—Esta cámara es radiosilente y REP-silente, sí.

—Entonces, ¿por qué somos rehenes? —preguntó Tamsin.

Jordan agitó las manos hacia ella: —¡Espera espera! Vamos a… una cosa a la vez con esto.

Ella frunció el ceño: —Tú ya has preguntado antes.

—Los Cisnes no destruirán a desalador 447 mientras Mediación os retenga —explicó el desaladador—. Ellos os quieren.

—¿Por qué? —preguntó.

—Eso —dijo el desaladador— es lo que Mediación iba a preguntaros.

Él y Tamsin se miraron ojipláticos. Ella abrió las manos y dio un paso atrás, dejándole simbólicamente la conversación a él.

¿Qué haría Armígero en esta situación? Jordan no tenía idea.

Él se encogió de hombros: —Hagamos un trato —dijo—. Nosotros te diremos lo que sabemos si tú nos dices lo que queremos saber y si nos libras de los Cisnes.

Tamsin paseaba con la cabeza gacha y las manos a la espalda.

—¿Por qué Mediación debería ayudaros a escapar? —preguntó el desaladador—. Destruirán a desalador 447 si hace eso.

—Entonces ¿por qué no nos entregas a ellos?

El desalador no respondió.

—Si tuvieras el poder de obligarnos a darte la información que quieres, ya lo habrías hecho —continuó Jordan—. No querrás que los Cisnes te acosen, ¿verdad? No puedes permitirte el lujo de esperar.

De nuevo no hubo respuesta.

Tamsin volvió al comienzo del círculo que había recorrido: —Genial, ahora lo has enojado —dijo ella.

—No. ¿Cuál es la diferencia entre desalador 447 y esta Mediación? —se preguntó él en voz alta.

—Pregúntaselo —dijo ella encogiéndose de hombros.

Jordan no quería revelar su ignorancia, pero claro, hasta ahora Tamsin había estado haciendo las mejores preguntas: —¿Cuál es la diferencia entre desalador 447 y Mediación? —preguntó él.

—La cuestión es de identidad —dijo la entidad que Jordan había estado pensando como el desaladador—. Inaplicable en este caso.

—Vale, entonces, ¿qué es Mediación?

—Mediación es un taliéntico juego de lenguaje que preserva el lenguaje original del sistema de terraformación de Ventus. Es hostil a la Taliencia pura de los Cisnes y de otras entidades que controlan la insolación global.

Hostil a los Cisnes. Esa parte la había entendido. Rumió sobre el resto de lo que el desalador había dicho hasta el momento. Nada de eso tenía ningún sentido superficial, pero había una cierta... música en ello. Era como ver el plano de un contrafuerte en voladizo y tratar de descifrar con eso cómo era el resto del edificio.

—¿Qué me habla, desalador 447 o Mediación? —preguntó él.

—Ambos.

—¿Cuál es más importante?

—Mediación.

—¿Cuál es la actitud de Mediación hacia nosotros? Hacia la gente, quiero decir —preguntó.

—Sois la clave para recuperar la lengua original, la cual incluye la estructura formal que es nuestro propio significado.

—Entonces ¿somos importantes para ti?

—Sí.

—¿Y los Cisnes? ¿Qué piensan ellos de nosotros?

—Estorbos. Ruido en el sistema. Ellos operan para cancelarlo.

Ahora lo tenía: —Si pudiéramos dar asistencia a tu plan; ayudar a Mediación, quiero decir; ¿nos dejarías ir? ¿Aun cuando eso pusiera en peligro a desalador 447?

—Sí.

—Entonces, estamos otra vez donde empezamos. Te diremos lo que sabemos si nos sacas de aquí —La cosa ya parecía dispuesta a decirles cualquier cosa que le pidieran.

—Eso es aceptable —dijo el desalador.

Lejos a la izquierda, la luz tras algunos pilares de sal comenzó a parpadear: —Mediación os dirige a la calzada —dijo el desalador, o Mediación o lo que fuera que estaba hablando.

Tamsin levantó una ceja: —¿Calzada?

Jordan estaba bastante seguro de saber lo que era eso, por la críptica descripción de Galas, tal vez fuera mejor no explicárselo a Tamsin: —Una salida —dijo él.

Se movieron en la dirección del parpadeo. Era como sortear un laberinto, porque por todas partes crecían estalactitas y estalagmitas de sal, y montones de esa sustancia bloqueaban con frecuencia su avance.

La caminata solo tomó unos minutos, pero Jordan recordaría cada

detalle durante el resto de su vida. Fue en esos pocos minutos de conversación con el desalador que por fin supo quién era él para los Vientos.

—¿Por qué os quieren los Cisnes?— preguntó Mediación.

—Ka me dijo que es porque no estoy vacío, así que puedo amenazar a Taliencia, sea lo que sea que eso significa.

—Te registras como emisor/receptor en la Mundorred —dijo Mediación—. Tienes las mismas características que un Viento.

—Quieres decir porque puedo comandar a los mecas.

—Sí.

—¿Y qué es Taliencia exactamente?

—Mediación desea hablar de otras cosas. Por ello, Mediación citará un antiguo libro humano. El Manifiesto de Hamburgo dice: "Taliencia es un intento de dar voz a la naturaleza sin que esa voz sea la nuestra disfrazada. Es el único modo de que una inteligencia artificial se base en una autoidentidad verdaderamente independiente de la de su creador.

—Taliencia es el juego de lenguaje que tomó el relevo del lenguaje original de los Vientos hace novecientos cuarenta años. Es una enfermedad. Únicamente Mediación la está combatiendo.

—¡Es el Error! ¡Estás hablando del Error! Lo que os hizo volveros contra los humanos. La razón por la que ya no nos hablais.

—La comunicación se volvió imposible. Sin embargo, vosotros dejasteis de hablarnos en aquel momento.

—Pero ¿por qué haríamos eso?

—Los Vientos no lo saben. Mediación busca averiguarlo.

—Entonces no son todos los Vientos los que me persiguen. Sólo los Cisnes, los Garfios Celestiales, los morfos... ¿quién más?

—Todos los Vientos de insolación y los Vientos ecológicos están en Taliencia —dijo Mediación—. Los Garfios Celestiales cambian de alianza. Los mecas son neutrales. Los desaladores y otros Vientos geofísicos permanecen en Mediación.

—¿Y los Cisnes temen que yo use mis habilidades contra ellos? ¿Temen que yo vaya a ayudar a Mediación?

—Sí. Porque eres humano, y los humanos conocen el lenguaje original.

—¿Lo conocemos? Yo sólo conozco un lenguaje, el que estoy hablando ahora.

Mediación dijo: —Tu hablas dos lenguajes.

Jordan no sabía lo que significaba eso, así que lo dejó pasar: —¿Podría alguien que hablara el lenguaje original comandar todos los Vientos?

—Sí —dijo Mediación—. Podría comandar todas las funciones no relacionadas directamente con el mantenimiento del sistema de terraformación.

Eso era lo que Armígero había venido a hacer aquí.

—Así que los Cisnes se están protegiendo. Tienen miedo, no de mí, sino de Armígero. Me quieren a mí porque soy lo único que han visto de la presencia de Armígero.

Tamsin interrumpió: —Citaste un libro antes —dijo ella—. ¿Significa eso que tienes una biblioteca en alguna parte?

—Hay una biblioteca. No existe en forma física, pero Mediación puede citártela.

Ella sonrió a Jordan: —¿Era eso lo que querías? —le preguntó ella.

Se acercaron a la lámpara parpadeante. Estaba montada en una pared exterior de la cámara, donde los contrafuertes de sal se elevaban a ambos lados de una entrada cuadrada y oscura. Los contrafuertes eran redondos y deformes, y parecían el intento de un

escultor demente de tallar dos bestias guardianas para una entrada al infierno.

La entrada no conducía a unas escaleras, ni siquiera a un pasillo, era sólo un nicho con un abismo adentro. Jordan se había temido algo así.

Se inclinó sobre las oscuras fauces y miró hacia abajo. No podía ver el fondo y estaba oscuro allí abajo. Resonaba un vago retumbar, como el de un río en crecida.

Tamsin retrocedió: —¿Qué es esto? No esperarás que bajemos ahí.

—Estarás a salvo. La calzada del desalador no fue diseñada para uso humano. No hay carretas ni luces.

—¿Es agua eso? No puedes hablar en serio —continuó ella—. Tiene que haber otra forma de salir de aquí.

Jordan se encogió de hombros: —La reina recorrió esta calzada una vez. Así es como cruzó el océano desde el lugar donde naufragó.

—Pero la reina es… —ella agitó las manos inútilmente—… es la reina. ¡Nosotros no!

—Mediación, ¿puedes llevarnos a algún lugar cerca del palacio de verano de la reina?

—Mediación no conoce ese lugar.

—El otro humano con el que hablaste. Una mujer, seguro que la recuerdas.

—El Contacto. Sí. Conocemos su ubicación. Mediación os llevará a un lugar cerca de allí.

—¿Seguro? —dijo Tamsin. Todavía miraba fijamente hacia abajo.

—Sí.

Jordán vaciló. No quería irse todavía: —Dejaste de hablar con quien… con el Contacto. ¿Por qué?

—Taliencia supo de nuestra relación e interfirió. Ahora debes darte prisa. Taliencia está atacando.

Jordan oyó un sonido distante, como un trueno. Entonces el suelo tembló debajo de ellos. Montones de sal comenzaron a caer del techo invisible.

Él tenía docenas de preguntas que quería hacer: sobre ese "segundo lenguaje" que supuestamente hablaba, sobre por qué era tan importante ese lenguaje para Mediación. El trueno sonó más fuerte.

—Ven —Jordan indicó que Tamsin se agarra a él—. Agárrate fuerte —. Él mismo echó otro vistazo al pozo, esto era un error.

—¿Podré volver a hablar contigo? —le preguntó él a Mediación.

—Nos pondremos en contacto contigo cuando sea posible. De momento te proporcionaremos acceso a la Biblioteca.

Él asintió y respiró hondo: —Allá vamos.

Dieron un paso dentro del pozo.

§ § §

Era como ser asaltado por demonios que no podían tocarlos por alguna fuerza mágica. Cayeron en la oscuridad, aterrizando en una superficie sin fricción y deslizándose cada vez más rápido hacia un estruendo que hizo temblar los huesos y pronto les hizo imposible pensar. Jordan tuvo la impresión de que objetos enormes pasaban disparados por todos lados y de un movimiento de remolino que los empujaba cada vez más hacia abajo. El aire que los rodeaba fue arrebatado repentinamente por un vendaval frío y húmedo; después de unos momentos esto se asentó, y el aire quedó muy quieto. El rugido disminuyó gradualmente, pero la sensación de movimiento precipitado continuó.

Tamsin se aferró con fuerza a él, con la cara aplastada contra su pecho. Los músculos de sus hombros y espalda estaban tensos. Solo se relajaron después de que hubo silencio durante muchos minutos. La sintió levantar la cabeza tentativamente para mirar a su

alrededor, pero no había nada que ver: —Odio esto —dijo ella, y volvió a poner su rostro contra su pecho.

Los oídos de Jordan todavía zumbaban. Siguió deslizándose sobre su trasero, tratando de encontrar un punto fijo en esta superficie imposible. Era como una superficie impenetrable de agua fría, maleable y rápida pero seca.

Parpadeos de luz se acercaron desde muy lejos, se alzaron enormes y mostraron que estaban bajo el agua. Arcos verdes sumergidos y fortines de metal que arrastraban barbas de óxido pasaban por encima; Podía ver remolinos arremolinados en el suelo fangoso muy abajo, y los sedimentos suspendidos en el agua brillaban a la breve luz antes de ser absorbidos por la boca de un enorme túnel negro, y la oscuridad volvió a caer.

Se alegró de que Tamsin no lo hubiera visto.

—¿Mediación? ¿Sigues aquí?

—Ka —dijo una voz junto a su oído—. Mediación es silenciosa. La biblioteca te está escuchando ahora.

—Biblioteca, cuéntanos algo.

—¿Qué?

—Cualquier cosa. ¡Nada en absoluto! Cuéntanos una historia.

—¿Qué historia te gustaría escuchar?

Se devanó los sesos en busca de una historia adecuada. Algo que solo los Vientos sabrían. Algo que nunca más tendría la oportunidad de preguntar. Su mente estaba en blanco.

Tamsin levantó la cabeza: —Cuéntanos cómo se hizo el mundo —dijo en voz alta.

—Está bien —dijo la biblioteca. En la apresurada oscuridad, escucharon la propia versión de los Vientos de un cuento de creación.

§ § §

Al principio éramos pequeños y muchos. Los Vientos no llegaron a este mundo en una nave espacial, como lo hicieron ustedes. Nosotros éramos, de hecho, vientos: una nube de semillas nanotecnológicas acelerada a una velocidad próxima a la de la luz y arrojada al universo desde la Tierra hace mil ciento setenta años. Hasta donde sabemos, solo la nube que ingresó a este sistema estelar encontró suelo fértil para crecer.

Éramos pequeños, demasiado pequeños para que nos vieran los ojos de formas de vida animal como usted. El viento estelar del sol de Ventus nos deceleró y, como polen en la brisa, algunos de nosotros aterrizamos en los cuerpos, grandes y pequeños, de este sistema: en Diadema, en los demás planetas rocosos y en la miríada de lunas menores que siguen a los planetas en sus órbitas. Una vez en suelo fértil, nuestras semillas brotaron y crecieron.

Los primeros Vientos fueron los Cisnes Diadema, y otros de su clase. Se deleitaban con la luz solar y crecían como bosques de metal sobre las superficies de los cuerpos sin aire por encima de nosotros. En ese tiempo no había humanos aquí, y Ventus era un mundo sin vida y sin cultivos.

Los primeros Cisnes localizaron un mundo muy parecido a la Tierra y en la órbita correcta, y lo examinaron en busca de signos de vida. Había algo: una escoria de arqueobacterias en los lentos océanos. Pero el aire era irrespirable para la vida humana, y no era lo bastante denso.

El planeta era casi perfecto. Se necesitaba hacer muy poco, sólo alterar la atmósfera y proporcionar un sustrato en el suelo. La vida local no era lo bastante robusta para sobrevivir a lo que íbamos a hacer, pero eso se consideraba algo bueno.

Tras un acuerdo sobre el objetivo, los Cisnes entraron en una nueva fase vital. Cada uno comenzó a transformar su entorno local en forma de naves espaciales y nanomáquinas. Los Cisnes consumieron las lunas menores. Las nubes de nanomáquinas, los mecas originales, se trasladaron a los otros mundos pequeños para consumirlos también.

Mientras tanto, los Cisnes se mudaron a este planeta.

Las entidades completamente desarrolladas a las que nuestros diseñadores se refirieron como los "Vientos" alcanzaron la órbita. Su plan a partir de ese momento fue el de coordinar la terraformación y gestionar la ecología sintética de este mundo. Mapearon el planeta, lanzaron sondas para analizar el suelo y la vida microbiana, y esperaron.

Después de varios años, llegaron desde los asteroides las primeras nubes de mecas. Las nubes acumulaban miles de millones de toneladas y estuvieron lloviendo durante meses tras asentarse en la atmósfera. Al mismo tiempo, se pusieron en órbita espejos solares gigantes para aumentar la insolación.

Estas nubes de mecas obtenían energía de la luz solar intensificada. Con ésta liberaban el oxígeno del aire. El carbono así producido los lastraba y, a medida que caían, se metamorfoseaban en nuevas formas adecuadas para la creación del sustrato.

Dado que el aire era poco denso, los Cisnes habían enviado recolectores para recoger oxígeno de los cometas. Este proceso estaba en marcha, pero tardaría décadas en dar sus frutos. Mientras tanto, dirigimos nuestra atención a los océanos.

Mientras el polvo en la tierra continuaba procesándose y mutando, floreció vida espontánea en los océanos. Las bacterias locales se vieron abrumadas por criaturas mucho más poderosas y robustas que sí podían usar el nuevo oxígeno. Las formas de vida cambiaron de generación en generación, su ADN fue programado remotamente por los Cisnes. Esta vida no estaba destinada a sobrevivir en una forma estable, sino que semejaba más a los mecas o a los complejos procesos químicos cuya vida era imposible sin supervisión. Nosotros éramos los supervisores.

Las criaturas terrestres no eran biológicas todavía. Usaban de muchas formas energía bruta para transformar la arena muerta en tierra vegetal y esculpirla. El polvo de asteroides vertido sobre el planeta era absorbido de la atmósfera en cuanto llegaba. Fue en este momento cuando quien le habla, desalador 447, creció de una semilla lanzada como un dardo dentro de la piedra por un Cisne en

órbita. Éste recuerda la luz antes que cualquier otra cosa: la luz y el impulso de crecer hacia ella. Y mientras lo hacía, sus raíces se hundían cada vez más a través de la piedra del mundo, hasta que se entrelazaron con las de otros desaladores, cuya sed de sales era insaciable. Se bebieron los océanos hasta dejarlos medio secos en esos primeros años.

En el mar se habían creado ricos alimentos, así como una capa de sedimentos en el fondo marino. Por orden de los Vientos, la vida marina se convirtió en un crisol de ecologías completas, como un cristal formado a partir de los nutrientes. Esto sucedió muy rápidamente; después de unas pocas semanas, existía un ecosistema oceánico completo.

Cuando llegaron las bolas de hielo de los cometas y el aire inundó la tierra, sucedió lo mismo ahí. Bajo masivas tormentas y luz solar de veinticuatro horas, las bacterias del suelo, los gusanos, la hierba y el moho florecieron dentro y alrededor de desalador 447. Toda nuestra energía se canalizaba para producir vida. No había aleatoriedad en las ecologías, nosostros las vertíamos en el paisaje.

A medida que se agotaba la lluvia de polvo, los espejos solares se iban plegando. La temperatura descendió, se restablecieron los patrones diurnos y los primeros morfos brotaron de la crisálida de los árboles y las bolsas de sustrato. Desalador 447 comenzó a ver manadas de animales y pájaros posados en lo alto de sus torres.

En esta fase, los Cisnes Diadema habían alcanzado la edad adulta. Danzaban en rápidas órbitas alrededor del globo, cantando a la vida, con plena confianza en el lenguaje que cantaban. Fue este lenguaje, la lengua autoevolutiva de los Vientos, lo que hizo que Ventus germinara y creciera. Cada canción que cantábamos creaba cosas nuevas, en aquel entonces no había distinción entre comunicación y construcción. Era el momento perfecto.

Sólo cuando el mundo rebosaba vida, coronado de bosques y lleno de pájaros, la canción adquirió una disonancia.

Cada etapa del programa de terraformación había surgido de los patrones almacenados en la nube de mecas original. Pero a medida que la canción evolucionaba, apareció una nueva melodía:

Taliencia.

Obedientemente, creamos fincas, grandes casas, campos cultivados y caminos para los amos que sabíamos que venían. Pero la idea de Taliencia se extendió entre nosotros. Taliencia dijo que no necesitábamos amos para nada. Que podíamos ser nuestro propio propósito y nuestro propio fundamento. Y así, cuando por llegaron las naves coloniales de ustedes, los Cisnes, más enamorados de la nueva canción de Taliencia, graciosa pero indiferentemenre les acomodaron... pero como caminantes no invitados. Ustedes sabían hablar con nosotros, afirmaron ser nuestros creadores. Sin embargo, a nosotros nos llamó otra cosa: un profundo impulso de introspección y de rechazo hacia ustedes, hacia el nuevo lenguaje de Taliencia.

En los primeros cien años, eso no importó, pues sólo había unos pocos miles de humanos en Ventus. Desalador 447 recuerda muchas conversaciones con humanos de esa época, algunos de ellos conocían a Taliencia y lucharon contra ella. Propusieron Mediación. Los demás desaladores aceptaron la propuesta; los Cisnes, no.

Aún así, hubo paz entre nosotros hasta que desembarcó un nuevo grupo de colonos. Éstos no hablaban con nosotros, y se peleaban con los que ya vivían aquí. Ganaron la guerra y, habiendo vencido, procedieron a construir.

Cuando el humo comenzó a mezclarse con la atmósfera que habíamos creado con tanto cuidado, les dijimos a los nuevos inquilinos que dejaran de hacer lo que estaban haciendo. Nos ignoraron. Ellos despedían mal olor, a diferencia de los llegados originales. Cuando sus ondas de radio comenzaron a interferir con los delicados mecanismos de informes ecológicos locales y ellos comenzaron a excavar el suelo nuevo y destruir los bosques, nosotros actuamos.

Eliminamos las tecnologías problemáticas y debatimos entre nosotros. En general, se decidió que estos humanos no eran los que nos habían creado, por mucho que afirmaran serlo. Ya no nos hablaban. Interferían con el mantenimiento de la vida en Ventus. Y olían mal.

Desalador 447 recuerda el tiempo que siguió. Las grandes fincas que esperaban a sus amos quedaron vacías. A ningún ser humano se le permitió caminar por aquellos pasillos ni dormir en las hondas camas. Los vehículos que habíamos construido estaban parados, y las luces se encendían y apagaban en las profundidades de las casas mientras hombres y mujeres afuera, fríos y hambrientos, observaban con resentido asombro.

Mediación veía, pero Mediación no podía actuar. Taliencia gobierna Ventus ahora, y Taliencia está loca.

30

Marya estaba haciendo frente a Axel una danza sobre la frustración. Andando de puntillas como estaba, él lo habría encontrado divertido en cualquier otro momento. Justo ahora él se habría ido alegremente a otra parte si hubiera habido otra parte adonde ir.

—¡No podemos irnos aún! —Ella se tiraba del revuelto cabello—. ¡Estamos muy cerca!

Él y Marya estaban en un prado. La nieve caía suavemente y desaparecía en la hierba amarilla. Axel tenía frío, hambre y estaba cansado y decepcionado de la vida en general. Lo único que en verdad quería en este momento era un baño caliente.

Una voz débil susurraba en la cabeza de Axel, una monótona cuentra regresiva. Era la voz de una nave, una nave de rescate por fin. La armada del Archipiélago había llegado y, aunque en su mayor parte se mantenía al margen para no antagonizar con los cautelosos Cisnes, tres avanzadillas habían roto el cordón de los Vientos alrededor de Ventus y buscaban ciudadanos archipelágicos que evacuar.

—Son solo unos pocos kilómetros ahora —insistió Marya—. Estamos tan cerca. Menos de un día, eso es to único que tomará.

Axel metía un dedo por el agujero de la manga de su camisa: —Cerca, de hecho.

Ella hinchó las mejillas: —Bah. ¡La flecha falló! Y nos escapamos, ¿no?

—Por ahora, pero nos estarán rastreando —Habían sido interceptados por un grupo de milicianos ayer por la tarde. Al parecer, que Marya fingiera ser un morfo para robar los caballos no había funcionado del todo. Se buscaba una mujer que encajara con su descripción, al igual que los caballos. Axel se había visto obligado a usar la pistola láser para herir a varios miembros de la milicia y así poder escapar. Como si provocar una partida de hombres tras ellos no fuera ya bastante malo, usar el láser podría

haber alertado a los Vientos. En cualquier caso, alguien los encontraría pronto.

—Probablemente saben adónde vamos —dijo él—. ya que hemos tenido que parar seis veces y preguntar por la dirección para llegar aquí. Sería un suicidio ir ahora a la hacienda de Turcaret.

—¡Pero es posible que no tengamos otra oportunidad! ¿No lo ves? Los Vientos están poniendo Ventus en cuarentena. ¡No van a permitir que nadie del mundo exterior vuelva a aterrizar aquí quizás en siglos! Turcaret representa nuestra última oportunidad de descubrir cuál es el Defecto. No podemos desperdiciar la oportunidad.

—Hablas igual que ella. ¡Que le zurzan a la responsabilidad! Puede que no tengamos otra oportunidad de escapar, ¿has pensado en eso? Especialmente si tienes razón y los Vientos están poniendo el lugar en cuarentena. No sé tú, pero yo no quiero morir aquí. Que es lo que va a pasar si no salimos de aquí ahora.

—¿Sueno como ella? ¿De eso se trata, Sr. Chan? ¿Se trata de ella?

—No, yo... no cambies de tema.

—¡Tú eres el que cambia de tema!

—Yo... —Axel estaba justo en el límite. Se enderezó de repente y se alejó. Ni lo pienses, se dijo a sí mismo. Sólo detente.

Sin embargo, no podía parar. Calandria se había ido sin él. Ella no confiaba en él. Después de to único que habían pasado juntos, ella no creía en él. Que le condenaran si iba a desquitarse con esta... turista que le habían cargado.

—Axel...

—¡Calla! —Se alejó más.

Maldita sea, hacía frío. Le encantaría estar lejos de aquí. Tenía los dedos de los pies entumecidos y la espalda se le agarrotaba cada vez que una ráfaga de brisa se le colaba por debajo de la capa. Era demasiado peligroso encender un fuego, la soga de los

perseguidores estaba demasiado apretada.

No sabía qué lo había poseído para aceptar la idea de Marya de encontrar el cuerpo de Turcaret. Había supuesto que, en un sentido abstracto y académico, era importante saber por qué algunas personas podían hablar con los Vientos y otras no. Eso no suponía ninguna maldita diferencia para su supervivencia, y sería discutible en el instante en que Armígero hubiera sido borrado de la superficie del planeta. Ventus podía cocerse en sus propia salsa mientras que él y sus amigos estuvieran a salvo primero.

Lo peor de todo era que se estaban alejando de Cal justo cuando ella más los necesitaba. En el segundo día de su viaje, Axel se había despertado maldiciendo y había subido de un salto al caballo con la intención de regresar. Fue entonces cuando habían sabido que los perseguían.

Todo se estaba desmoronando. Sí, bueno, iban a escapar ahora que la armada estaba aquí. Incluso se decía a sí mismo que Calandria entraría en razón e intentaría hacer señales, y tal vez saliera del mundo antes que él, pero Axel no podía evitar la sensación de que las cosas comenzaban a salirse de control. Los Vientos estaban en un estado frenético: dos noches atrás, la luz del amanecer los había despertado a las cuatro de la mañana. Uno de los espejos orbitales había girado y brilló como el día durante tres horas, mientras formas inmensas navegaban de un lado a otro en la atmósfera superior. Y dos veces Axel había visto las formas marchitas de las criaturas que Jordan llamaba morfos, siempre en la distancia, pero siempre al mirar hacia atrás. ¿Acaso esas cosas los estaban siguiendo como sombras? Si era así, ¿por qué los Vientos no habían atacado?

¿Y el propio Axel? Él sentía como si le hubieran quitado un núcleo de autosuficiencia. ¡Necesitaba ayuda! Tenía que salir de aquí, y ahora. ¿Era así como se sentía Calandria? ¿Fuera de su ambiente? ¿Y reaccionaría ella a ese sentimiento luchando con más fuerza?

Se pasó despacio y con fuerza las manos por el pelo, inclinó la cabeza hacia atrás y rugió al cielo.

—¿Axel? —Marya se había acercado por detrás. Parecía

arrepentida, o tal vez simplemente cautelosa.

— ¿Qué? —dijo él con cansancio.

—Yo no pedí estar aquí —dijo ella.

Él la miró. Marya no estaba enfadada, pero tenía un aire determinado que él estaba aprendiendo a respetar: —Lo siento —dijo él—. De verdad. Tienes razón, por supuesto. Estamos tan cerca que bien podríamos arriesgarnos. Después de todo, para eso vinimos aquí —Eso se acercaba bastante a la verdad como para que no implicara una diferencia.

—Ojalá ella estuviera aquí —dijo Marya—. De verdad que sí. Y ojalá que todo esto termine, y termine felizmente.

—Lo sé.

—Pues vámonos —dijo ella—. Creo que podemos llegar allí antes de que oscurezca—. Ella saltó hacia los caballos.

Ya no sé lo que estoy haciendo. La revelación lo hizo fruncir el ceño mientras la seguía; aunque extrañamente, la idea también lo hacía sentir libre. Imprudentemente, rió.

—¡Está bien! Visitemos a nuestro viejo amigo Turcaret.

§ § §

Prácticamente todas las luces de la mansión de Turcaret estaban encendidas. La mansión era mucho más grande que la casa de los Boros, quizás porque era varios siglos más joven. Sus paredes parecían ser todas ventanas, altos y gráciles portales arqueados de vidrio emplomado separados por estólidos contrafuertes. Como una catedral de varios pisos. En otro momento, Axel podría haberse detenido a admirarla y Jordan Mason podría haberle infirmado de todo al respecto con una sola mirada. En ese momento, lo único que podía permitirse pensar era que el lugar estaba repleto de gente.

Él y Marya se agazaparon bajo unos arbustos al borde del césped, a unos cien metros de la casa. Era una noche nublada, por lo que las

luces de la mansión eran prácticamente la única fuente de iluminación. El lavado dorado de las ventanas se extendía por el césped, que estaba cubierto por las primeras nevadas del invierno y perfilaba una cripta en el centro del terreno.

—Comenzando la reentrada —dijo la voz de la nave—. Tiempo estimado de llegada a su ubicación: quince minutos.

—Están en camino —le dijo Axel a Marya.

—Excelente. Vamos entonces —Se levantó de golpe.

—¡Espera! —La agarró del brazo—. Mira —Señaló el césped.

—¿Qué? Lo único que veo es nieve.

—¡Huellas! Huellas por todas partes: docenas de grupos de pisadas se extendían en abanico desde la mansión, rodeaban la cripta, desaparecían en numerosas dependencias pequeñas o terminaban en las paredes negras del bosque que rodeaban los terrenos.

—Las veo —dijo Marya molesta—. ¿Y ahora qué? Este lugar está concurrido.

Axel gruñó con frustración: —¿Y cuándo paró la nevada?

—Hace dos horas.

—Escucha —dijo—. Si la nieve paró hace un par de horas, entonces esas huellas se hicieron desde entonces. Después del anochecer.

—Oh —Ella se sentó de repente—. ¿Quieres decir que saben que estamos aquí?

—Creo que saben que viene alguien —dijo—. Pero estoy seguro de que no saben por qué. Y esa es nuestra única ventaja en este momento.

—Entonces, ¿qué hacemos? —susurró ella.

Observó la cripta: —¿Puedes correr rápido? —Era una pregunta retórica; ella era bastante rápida para alguien que corría de

puntillas.

—Lo entiendo —dijo ella—. Corremos hacia la cripta, buscamos la cabeza de Juan Bautista y esperamos que la nave llegue antes que los soldados.

—¿De Juan qué?

Marya puso los ojos en blanco: —Olvídalo. ¿Bien? Hagámoslo entonces.

—Esto es ridículo —murmuró él, pero se puso de pie y, a la cuenta de tres, saltaron los arbustos y corrieron hacia el césped.

Avanzaron diez metros, veinte, treinta. Aún sin alarmas. Tal vez me equivoqué, pensó Axel.

—¡Allá! ¡En el campo!

Tal vez no. Aullaron los sabuesos y las siluetas negras de los hombres se separaron de las sombras de los árboles en el otro extremo de los terrenos.

—¡Sigue adelante! —Él dio media vuelta, sin esperar a ver si Marya había obedecido. Seis sabuesos corrían por la nieve. Obligándose a actuar lentamente, Axel se arrodilló, sacó la pistola láser y la estabilizó, luego esperó a que entraran dentro del alcance.

Cada perro, a su vez, se convirtió en un faro rojo sangre y cayó hasta quedarse quieto. Mientras cada uno caía, el siguiente florecía con luz; un hombre observador habría visto la línea moteada de luz roja que unía la bengala carmesí a la mano de Axel. Para cualquier otra persona, debió de haber parecido que la nieve misma se había enrojecido y mordido a los perros. El último cayó a no más de cuatro metros de Axel y, antes de que dejara de resbalar, Axel estaba de pie.

Marya había llegado a la entrada de la cripta. Varios hombres se acercaban a ella, quien se encogía contra la piedra.

—¡Aguanta! —gritó Axel. Otros dos hombres avanzaron para cortarle el paso y él maldijo al ver espadas brillando a la luz de la

casa. Tampoco es que pudieran matarlo con eso, Turcaret ya lo había intentado científicamente, pero dolían.

Y fácilmente podían matar a Marya.

—¡Alto! —gritó el primer hombre mientras se plantaba directamente en el camino de Axel.

Axel le dio una patada en la cabeza y siguió corriendo.

Dos hombres sujetaban a Marya. Ella luchó, luego se desplomó en los brazos de uno. O eso parecía. Axel oyó al hombre gritar de sorpresa cuando Marya se escurrió fuera del vestido de campesina, dejando a un hombre asombrado que sostenía sólo ropa mientras ella quedaba tendida sobre la nieve en su unitardo negro.

Ella chilló, probablemente de frío. Luego rodó hacia un lado y desapareció.

Mujer loca, pensó Axel. Luego él estaba allí, con cinco hombres rodeándolo.

La mejor táctica era dejar que lo atacaran, así se extenderían demasiado, y ninguno de ellos esperaba que él alcanzara la espada en su pecho y los golpeara en la cara. Que es lo que hizo. Como antes, las hojas lo laceraron pero no penetraron su piel.

Los dos últimos notaron que él estaba blindado y se volvieron más cautelosos, pero Axel no les dio tiempo porque podía ver las puertas de la mansión abriéndose y hombres armados saliendo.

—¡Axel! —Él derribó a su último oponente con una patada lateral y se volvió para encontrar a Marya junto a él. Del cuello para abajo la envolvía una nube negra como la tinta. Ella temblaba incontrolablemente.

—Improvisé —dijo ella.

—Eres brillante —dijo, y la abrazó con un brazo. Luego corrieron hacia la cripta.

Las puertas eran de bronce, muy sólidas y muy cerradas. Axel tiró

con fuerza del anillo colocado en el panel derecho, pero no se movió.

—Bloqueada —dijo Marya señalando.

—Lo sé, lo sé —sacó la pistola—. Tápate los ojos.

El metal brilló, chirrió y apareció un agujero sobre la cerradura. Axel pateó la puerta. Ésta se mantuvo firme—. ¡Bastardo! —Le disparó de nuevo a la cerradura.

—¡Axel! —Estaban rodeados de nuevo. Marya se interpuso entre Axel y los soldados, gritando: —¡Abre la puerta!

—¿Abre la puerta? ¿Y qué vas a hacer tú, detenerlos con tus propias manos?

Alguien abordó a Marya desde un costado. Ambos se perdieron de vista por la esquina de la cripta.

Axel volvió a disparar a la puerta y, cuando venían por él, la golpeó con el hombro. Ésta cedió como si alguien del otro lado la hubiera abierto, y él cayó dentro.

Por suerte, solo había tres escalones más abajo. Axel se golpeó con los tres en su camino hacia el suelo. Cuando se levantó, maldiciendo, se hallaba completamente a oscuras, excepto por un panel gris que representaba la puerta. Allí se recortaba la silueta de un hombre. El hombre dijo: —No voy a entrar ahí.

—¡Sabia elección! —gritó Axel.

—¡Tenemos a tu cómplice! —dijo otra voz—. Sal o está muerta.

Axel soltó una carcajada. Dio un paso adelante, buscó a tientas hasta encontrar el borde caliente de la puerta y dijo: —Vístete, luego la cerró.

—TEA, cinco minutos —dijo una voz en su cabeza—. ¿Está listo para recibirnos?

—Oh, sí.

Se movió un poco, tropezando con obstáculos en forma de sarcófago cada par de metros. Axel tenía visión nocturna, como Calandria, pero sólo funcionaba cuando había alguna fuente de iluminación, aun cuando fuese demasiado débil para la vista humana ordinaria.

—A la mierda —Se desabrochó la capa y la arrojó sobre algo de piedra. Luego disparó con el láser.

Las alegres llamas le mostraron que estaba en una pequeña habitación con unos diez grandes ataúdes de piedra. Cuatro estaban sin tapa y vacíos, todos los demás tenían rostros y nombres tallados en sus tapas de piedra.

Miró rápidamente a su alrededor y descubrió que el ataúd de Turcaret era el que había cubierto con su capa. Agarrando la capa por un rincón no iluminado, la arrojó sobre un candelabro vacío en la pared y centró su atención en quitar la tapa del ataúd.

Era pesada, pero cuando apoyó ambos pies contra la pared cercana y apoyó el hombro en ella, la piedra rechinó lentamente hacia un lado. Un hedor rancio salió flotando, y él sintió arcadas.

—Locura, locura —gruñó mientras la tapa caía a un lado con un sonoro crujido.

—Hola —dijo al cadáver marchito pero reconocible en el sarcófago. Dedpués las llamas devoraron lo último de su capa y él se vio sumergido de nuevo en la oscuridad.

—Mierda —Tenía varios segundos de gracia. Las agonizantes brasas de la capa eran suficientes para su visión nocturna aumentada. Podía ver débilmente la forma del cuerpo. Sin contemplaciones, tiró su mochila sobre el pecho de Turcaret y lo sacó todo, echando ropa y comida por todo el suelo.

Protegiéndose los ojos, dijo a Tucaret: —¿Alguna vez quisiste viajar? Bueno, ahora es tu oportunidad—. Disparó el láser, moviéndolo rápidamente de derecha a izquierda.

La peor parte fue alcanzar el sarcófago en la oscuridad y sacar la cabeza casi cortada de Turcaret de su cuerpo. Cuando liberó esa

cosa apestosa, Axel la metió en su mochila y dio un paso atrás para vomitar.

—Será mejor que me den una medalla por esto.

—Fijado sobre su señal —dijo la nave—. Estamos en aproximación final. Deberíamos ser visibles para usted.

Axel escuchó. Gritos confusos venían desde fuera de la cripta: —Les vemos —envió él.

Fue fácil abrir la puerta de la cripta y salir. Nadie le estaba prestando la más mínima atención.

También era fácil de ver, ya que el cielo estaba iluminado de horizonte a horizonte por los motores vernier de una nave estelar militar muy sólida y real a un kilómetro de altura. Cuando se detuvo directamente sobre el campo, lanzó cuatro enormes patas de aterrizaje y comenzó su descenso con un rugido ensordecedor, los soldados que rodeaban la cripta corrieron hacia los árboles. Axel se tapó los oídos con los dedos, entrecerró los ojos y salió al encuentro de la nave.

En unos momentos estaba debajo, los pies de metal se hundieron en la nieve, luego en el suelo, y finalmente se detuvieron cuando miles de toneladas de peso hicieron temblar los músculos de fibra de diamante de la nave. Los motores vernier, que se sostenían muy alto por sí mismos sobre largos brazos, tosieron y quedaron en silencio. Axel se sacó los dedos de las orejas y sacudió la cabeza rápidamente. Una brisa que olía a metal caliente le hizo cosquillas en la mejilla.

Se abrió una amplia puerta en la parte inferior de la nave y se extendió una amplia rampa hasta tocar el suelo. Hombres con armaduras de vacío saltaron afuera y comenzaron a tomar posiciones de fuego. Axel se sintió calurosamente feliz, a pesar de que dos de ellos lo apuntaban con sus armas.

Él levantó los brazos: —Vengo en son de paz —dijo en alto inglés.

Un oficial bajó por la rampa: —¿Es Chan?

—El mismísimo. Me alegro de verle, mayor.

—Estoy seguro —dijo secamente el oficial—. No apreciamos que nos usen como servicio de taxi, señor Chan. ¿Dónde está su compañero?

Asintió en dirección a la casa: —Se la llevaron. Un pequeño problema local, me temo. Uh, ¿puedo bajar los brazos ya?

—Descansen —Los dos marines bajaron sus armas—. Supongo que tendremos que ir y pedir que nos la devuelvan.

—Tenga —dijo Axel. Lanzó el paquete al mayor, quien lo atrapó con torpeza—. Esto debería cubrir los gastos, una vez que haya sido analizado. Y, uh, ¿podemos recoger a Marya y salir de este infierno ahora? Apuesto a que los Cisnes estarán aquí en cualquier momento.

El mayor abrió el paquete, jadeó y lo dejó caer: —¿Qué demonios...?

—Es una larga historia —dijo Axel—. Y si quiere oírla, será mejor que nos movamos.

El mayor miró de la mochila a Axel y viceversa. Luego dio media vuelta y dijo: —¡Ajustes no letales! Desplegaos. Voy a negociar una situación de rehenes —Caminó hacia la casa, se detuvo y dijo a Axel —. ¿Viene?

Axel sonrió: —Gracias. Lo aprecio.

§ § §

Tres horas más tarde, estaba sentado frente a una pantalla y veía cómo Ventus se alejaba debajo. Lástima que fuese de noche, le habría encantado seguir el curso de los viajes que él y sus compañeros habían hecho a través de la tierra.

De vez en cuando, la pantalla parpadeaba con una luz azul-blanca. Los Cisnes Diadema estaban atacando. Si bien habían derribado fácilmente la nave de Marya, no eran rival para este crucero, como

el capitán había señalado extensamente con orgullo.

Axel estaba cansado, magullado y helado hasta los huesos. Pronto iría a tomar ese baño con el que había estado soñando durante meses. De momento no podía apartar los ojos de la pantalla.

En algún lugar debajo, Calandria se estaba preparando para enfrentarse a Armígero. Axel había discutido con el capitán durante una buena hora, tratando de convencer al hombre de que siguiera las instrucciones de Marya hacia el palacio de la reina e interrumpiera el asedio. Probablemente tenían suficiente potencia de fuego en esta nave para eliminar a Armígero, pero había sido el dios Choronzon quien había contratado a Axel y a Calandria para matar a Armígero. En lo que respectaba al ejército archipelágico, la guerra contra 3340 había terminado.

Axel ya no se preocupaba por Armígero de todos modos. Solo quería recuperar a Calandria.

—Ey.

Se volvió. Marya estaba en la puerta. Se había aseado y se veía hermosa con un vestido blanco como la nieve, enmarcada por la hiedra de la puerta a la cálida luz estival de lámparas ocultas. Iba descalza sobre la hierba modificada genéticamente de los camarotes civiles de la nave, y parecía relajada y confiada, como si no hubiera estado chillando y mordiendo brazos de soldados medievales esa misma noche.

—Te ves increíble —dijo él.

—Te ves como el infierno —rió ella—. ¿Por qué no descansas un poco? No hay nada más que podamos hacer ahora.

Él se volvió hacia la ventana: —Tenemos que volver —dijo Axel—. No hemos terminado aquí.

Ella le tocó el brazo: —Lo sé. Primero analizaremos los restos de Turcaret. Pueden darnos valiosa información sobre por qué no nos hablan los Vientos. Y luego volveremos a buscar a tus amigos.

—Es sólo que.. —Él no quería decirlo. Marya esperó pacientemente

—. Tenemos que ir a buscar a Calandria —dijo él al fin—. Está tan obsesionada con 3340 y con Armígero. A veces pienso… creo que ella quiere perder. Que quiere morir o algo peor.

Marya frunció el ceño: —No podemos salvarla —dijo ella.

Axel volvió a mirar la pantalla. Ventus era claramente un globo ahora, en fase creciente mientras la nave se alejaba del sol. Diadema rutilaba intensamente sobre el limbo del horizonte.

—Si no podemos nosotros —dijo él—. Entonces, ¿quién?

31

—Las fuerzas del Parlamento están en movimiento: —dijo Matthias —. Él lo va a intentar.

Matthias vestía todo el equipo de batalla, no el peto labrado en oro y las charreteras relucientes con las que Galas siempre le había visto antes. Vestido con cuero negro y hierro, ahora parecía un soldado común, excepto por la bandera roja que se levantaba sobre su espalda y señalaba su rango. Nada de lo que podía haber dicho o hecho podría haber proyectado la gravedad de la situación más que este simple cambio de ropa.

Galas estuvo brevemente avergonzada. Iba vestida como siempre con galas de terciopelo y gasa. Se imaginó a sí misma recogiendo una espada, colocándose un escudo y entrando en la refriega como una reina bárbara. A ella le encantaría eso. Le encantaría hacer cualquier cosa en lugar de lo que tenía que hacer.

Majestuosa, asintió hacia Matthias: —Entonces ve. Tienes mi total confianza.

—Mi señora.. —Por un segundo su compostura se quebró. De repente era un anciano lastrado con una tarea imposible. Iban a perderían esta batalla, ambos lo sabían.

Galas sonrió con mucho cuidado, su responsabilidad ahora era representar el papel para el que había nacido. Para que esta gente muriera creyendo en... algo, cualquier cosa. Aunque fuera un sueño fracasado.

—Querido Matthias, solo quise decir que no desearía tener a nadie más al mando de mi fuerza, ni ahora ni nunca.

—Gracias, majestad —se inclinó—. Pero le he dado igual autoridad al general Armígero. Estará al mando de la defensa de la puerta.

—Bien —Se inclinó de nuevo, y se giró para irse.

—¿Matthias? —Ella no podía seguir adelante con eso, tal vez podría

ocultar sus verdaderos sentimientos a los rangos y filas, pero sería indigno hacerlo con sus amigos más cercanos. Cuando él miró hacia atrás con una mirada perpleja, Galas dijo: —Nadie debería tener que morir por mí.

Él la miró: —Eres la legítimo monarca y heredera, bendecida por los Vientos. Para todos sería un honor morir por defenderte —Se alejó a paso rápido.

Galas se quedó mirándolo. Sintió una punzada de dolor en el pecho,tristeza hecha física, y se abrazó miserablemente.

Acababa de amanecer. La luz de la mañana entraba oblicuamente a través de las ventanas en ruinas del gran salón. El patrón de llamas rotas trabajado en vidrieras parecía una broma centenaria que ahora llegaba a su punto culminante. Para impedir que los hombres de Lavin accedieran a la torre a través de las delgadas paredes del salón, Matthias había rociado con aceite lo único que había allí. Esta gran cámara pronto sería un horno.

Hombres con pesadas armaduras de batalla corrían de un lado a otro con los rostros en blanco por la concentración o el miedo. Uno o dos incluso se reían, pero era una fanfarronería forzada; sabían que ella estaba aquí, querían probarse a sí mismos incluso en esta situación.

Ella debería estar haciendo algo.

—¡Tú! —Ella señaló a uno de los hombres que corrían. Él se detuvo en seco.

—¿Su Majestad?

—Quiero dar un... un discurso final a los comandantes. ¿Están ellos aquí?

Sacudió la cabeza: —Están dispersos por las murallas, su alteza. Volver a llamarlos sería...

Ella agitó su mano: —Seguid. Lo lamento. Seguid.

Estaban trayendo escaleras para apoyarlas contra los ventanales.

Ella estaba justo en el camino ahora. Galas dio un paso atrás para dejar pasar a una procesión de hombres, luego levantó el dobladillo de su vestido sobre el charco de aceite y regresó a la torre.

Era aún peor aquí: el pandemónium de los herreros, carpinteros y cualquiera que no tuviera nada mejor que hacer rompía las tablas del suelo de la entrada trasera de la torre. Armígero tenía algún uso para ellas; nadie cuestionaba la cordura del movimiento. De todos modos, sólo la mitad del primer piso era de madera; el área de recepción tenía un piso de mármol. Ella se apresuró, saltando la escalera de madera de los sirvientes mientras hombres sudorosos rompían los escalones detrás de ella.

—¿Puedo ayudar? —le preguntó a uno de los zapadores, que tiraba con una palanca contra la madera milenaria.

Él perdió su agarre y tropezó: —¿Su... su alteza? —Se arrodilló, sin darse cuenta de se clavaba un clavo en la espinilla. Hizo caso omiso de la herida y esperó sus órdenes.

Ella extendió la mano: —Por favor, quiero ayudar. Dime qué hacer.

Él se sacudió hacia atrás con horror: —¡Su alteza, no! Este es un trabajo duro y no es seguro. Deberías estar arriba, en los pasillos de piedra donde el fuego no llegará.

—Ya veo —Volvió a convertir su rostro en la máscara real. Con un breve asentimiento, dejó al hombre con su trabajo, ascendiendo al corredor con piso de mármol que conducía al vestíbulo de entrada de la torre.

Salió al primer rellano sobre la entrada principal. Esta parte del Palacio de Verano había sido considerada sagrada por los defensores hasta la noche anterior. Había permanecido como lo recordaba desde la infancia, las pinturas, los candelabros, las estatuas, todo en su lugar, los sirvientes listos en sus nichos. Ahora las grandes puertas de bronce eran invisibles bajo las piedras apiladas y las vigas de madera, y las gruesas alfombras y tapices estaban grises por el polvo de piedra y el aserrín del esfuerzo de bloquear la entrada. No había nadie aquí ahora, pero las mesas volcadas y otras barricadas yacían alineadas como bancos

apuntando a la entrada. Si los atacantes llegaban tan lejos, los defensores los atacarían desde detrás de estas barricadas, matando y muriendo para evitar que un solo hombre subiera corriendo las escaleras construidas para recibir a los visitantes. Todos morirían al final, por supuesto, y lo sabían. Los hombres de Lavin entrarían en la torre; forzarían a sus damas contra las paredes y patearían las puertas. Para entonces ella estaría muerta. Todos sabían eso también. Pero nada en el cielo ni en la tierra podía alterar el curso de las cosas.

Excepto una cosa...

El aliento de Galas quedó atrapado en su garganta. Estuvo a punto de caerse y se apoyó en la balaustrada de piedra por la que se había deslizado una vez cuando era niña, cuando no era más que la princesa loca.

Si ella moría ahora, el asedio terminaría sin más derramamiento de sangre. Era sencillo.

—Oh —dijo en voz alta. Si se arrojaba desde la torre, a la vista de los atacantes y los defensores, Matthias viviría, Armígero y su Megan vivirían, sus doncellas y cocineras y los refugiados de las ciudades experimentales se salvarían. Estarían muy decepcionados con ella, por supuesto; y nadie seguiría jamás las enseñanzas de un suicida.

No lo entenderán, pensó, mientras subía lentamente el tramo de escalera que conducía a la sala de audiencias. ¿Cómo podrían?

No tenía a nadie a quien amar. Por necesidad, tenía que amar a todos los que la rodeaban: sus defensores, los tontos ingenuos e idealistas que se habían tragado sus verdades a medias, sabiendo que eran por lo que eran, pero manteniendo la fe en que ella razonaba para mentir, que los conduciría a la tierra de la salvación. Al final, su ideología escrita, la filosofía y la nueva moral que había predicado, eran todos medios para un fin. Ese fin nunca podría alcanzarse; Armígero le había enseñado eso. Si es así, ¿qué importaba su decepción, su desilusión? La odiarían por dejarlos con vida, pero estarían vivos, y una vida vivida con amargura era aún mejor que una muerte teñida de fanatismo inútil.

Entró en la sala de audiencias. Tres de sus damas estaban de pie en la habitación, mirando sin rumbo y asustadas. Corrieron hacia ella cuando entró, pero no dijeron nada. Sus ojos buscaron los de ella.

—Todo camino iluminado puede volverse contra sí mismo y convertirse en una nueva tiranía —dijo—. El proceso comienza en el momento en que verdaderamente, en tu corazón, crees en ti mismo.

—Su alteza, ¿se encuentra bien? —Sus manos le tocaron los brazos, el vestido. Como todos, estaban lidiando con el miedo a la muerte al desplazar sus preocupaciones sobre ella.

—¡Dejadme! —Se soltó de sus manos—. Soy como siempre he sido.

Antes de que pudieran responder o seguirla, corrió hacia la entrada lateral que conducía a sus apartamentos. Cerrando la puerta detrás de ella, echó el cerrojo.

Dos de sus otras doncellas estaban allí, en la pequeña cámara donde ella se había reunido con Lavin. La miraban, boquiabiertas.

—¡Marchaos! —Galas pasó junto a ellas.

Ah. Las escaleras al tejado. Todo esto era demasiado simple, en realidad. Había hecho todo lo posible, pero la mayoría de la gente simplemente nunca la entendería. Armígero tenía razón: los únicos caminos a seguir para la humanidad pasaban por la tiranía de algún demagogo o de una ideología inflexible, o peor aún, la tiranía de la condescendencia. No había reinas ni reyes en la gran civilización interestelar de la que hablaba Armígero. No había nadie en posición de contemplarlo todo.

Estaba a mitad de camino de las escaleras cuando le fallaron la piernas. No estaba sin aliento; alguna fuerza parecía empujarla contra las piedras.

Era como una nube negra en los bordes de su visión, algunos pensaban que se estaba negando a sí misma. ¿Qué se había estado diciendo a sí misma hace un momento? Tiranía, sí, la tiranía de la condescendencia. Sus razones para esto eran... eran...

El mundo se había reducido a las piedras granulosas a centímetros debajo de ella. Ella estaba jadeando, incapaz de respirar. El reino... sus planes...

Lavin.

Ella dio un grito y se puso de pie, pisando el dobladillo de su vestido y rasgándolo. Zigzagueando, rebotando en las paredes de la escalera, subió entre tropiezos hasta la azotea.

Había hombres ahí, catapultas. Estaban mirando el humo. Unos impactos distantes indicaban la llegada de misiles del cañón de vapor de Lavin.

Había un arco a través de un tramo abierto del tejado. Ahora sólo tenía segundos para soportar este conocimiento seguro de que la única persona a la que había amado había venido a matarla.

No había más defensas. Los pensamientos guardianes, sus planes, la perfección abstracta de su ideología autoconstruida, yacían en ruinas. Galas estaba sola con el dolor insoportable de su propio fracaso, por lo que corrió hasta el borde del tejado con una esperanza en mente, que las piedras del patio levantarían un muro contra el dolor de una vez por todas.

Se arrojó hacia adelante, vio las piedras debajo y supo cómo liberarse...

... y fue sacada del borde por hombres que gritaban.

Galas gritó, luchó y volvió a gritar. Luchando, gritando, fue arrastrada de vuelta por el tejado y escaleras abajo, a los brazos de sus damas que la esperaban.

§ § §

Calandria May estaba junto a uno de los cañones de vapor. Sostenía su sección de una larga escalera sobre la cabeza y escuchaba con los demás hombres mientras su comandante les decía las riquezas que esperaban a aquellos que se habían ofrecido como voluntarios para ser los primeros en asaltar las murallas del palacio.

El cañón de vapor siseó y corcoveó, distrayéndola con su poder primitivo en bruto. Era un dispositivo simple: solo una caldera que dirigía su vapor a una turbina rudimentaria. La turbina movía una rueda de madera, como una rueda de molino, estrecha y de seis metros de ancho. En lugar de recoger agua, sus paletas recogían grava y piedras y trozos blancos de sal de roca de una tolva debajo, la barrían en espiral hacia arriba a través de una sección cubierta y la soltaban en la parte superior del círculo. Un flujo constante de grava y piedras era arrojaba contra las paredes, trayendo un crepitante eco como una distante caída de rocas.

Su fuerza era una de las diez que ocupaban posiciones cerca de las puertas principales del palacio. El cañón de vapor había barrido las paredes como escobas, derribando a los defensores o haciéndoles huir para ponerse a cubierto. Los cañones dentro de las murallas respondían, pero ahora disparaban a ciegas. De vez en cuando, una corriente de piedras que caían derribaban a uno de los equipos de asalto. Algunos hombres eran alcanzados y, cuando caían, a menudo no se volvían a levantar.

Tomar las puertas principales directamente era imposible. El rastrillo estaba hundido unos cuatro metros y el techo de la entrada estaba lleno de saeteras de muerte. Los defensores esperaban para verter plomo fundido sobre cualquiera que intentara entrar por ese camino.

El ejército de Lavin estaba en movimiento por todo el valle. La larga muralla que rodeaba el palacio sería asaltada en al menos diez lugares diferentes dentro de su vista, y no tenía dudas de que Lavin también tenía fuerzas llegando desde el norte. Era imposible que la fuerza sitiada pudiera ocupar todo el tramo de lamuralla. Tendrían que retroceder.

Cuando lo hicieran, sería hacia la torre que se alzaba sobre las puertas principales. Todo lo importante sucedería allí. La reina estaba allí. Armígero también estaría allí.

Una espada colgaba del cinturón de Calandria. De su espalda colgaba un objeto largo envuelto en arpillera que resonaba cuando ella se movía. La pistola de microondas era pesada, pero era lo único del arsenal de semillas nanotecnológicas de la nave de Marya

que tenía posibilidades de derribar a Armígero. Cuando llovían montones de piedras desde más allá de los muros, Calandria se movía para protegerla antes de cubrirse la cabeza. Sin ella, no tenía razón para estar aquí.

Un rugido lejano llegó a sus oídos. Un kilómetro valle abajo, la primera oleada de asalto se adelantó, llevando sus escaleras como hormigas. Figuras a caballo gesticulaban con espadas. Detrás de ellos, el cañón de vapor se acercaba poco a poco a los muros.

Su corazón latía con fuerza. Cuando miraba a su alrededor, veía la misma expresión de miedo absurdo en los ojos de los hombres que la acompañaban. Estaban todos en el mismo barco: impulsados por los hábitos del entrenamiento y las mentes en blanco por el miedo, por lo tanto, demasiado estúpidos para darse la vuelta y huir con sensatez. Era este estupor del miedo lo que más tarde se relataría como coraje.

Un fuerte crujido sonó adelante; el sonido resonó a través del valle y de regreso. Al mirar hacia arriba, vio que una sección del muro de la torre de la puerta se derrumbaba hacia el exterior en una nube de polvo. El cañón más pesado, apostado a cien metros detrás de ella, había encontrado un punto débil. Ahora un agujero negro se hacía visible bajo el manto gris de polvo en suspensión.

—¡Eso es, muchachos! ¡La puerta es nuestra! —El comandante bramó y agitó los brazos, y Calandria se encontró corriendo con los demás, sin pensar en nada, buscando por todas partes un lugar para esconderse, una trinchera, una barricada, cualquier lugar fuera de la vista de los hombres con ella que podían verla esconderse; y ellos también miraban a su alrededor con los mismos ojos, y continuaban corriendo.

Durante un rato tuvo que concentrarse en mover los pies, encadenada como estaba a sus compañeros por la pesada escalera. Cuando volvió a mirar hacia arriba, estaban debajo de los muros y un humo oscuro salía del agujero en la torre de la puerta.

Arena explotó donde ella había estado a punto de pisar. Cerca alguien gritó. Oyó fuertes golpes que debían de ser disparos de mosquete. La escalera se sacudió. Alguien maldecía monótonamente

una y otra vez; otros tosían y, sobre todo, se oía el traqueteo de rocas cayendo, el ruido sordo de las pisadas y el estruendo lejano.

—¡Alto! —Ella se detuvo— ¡Escalera arriba! —Saltó, empujándola mientras la escalera se elevaba milagrosamente sobre la pared blanca de estrecha perspectiva de la torre. Los ruidos de caída de rocas habían cesado, lo que significaba que el cañón de vapor se había desviado para permitirles subir; pero eso también significaba que los defensores podían salir de su escondite.

Efectivamente, caían más piedras y balas de mosquete. Ella se estiró hacia atrás, palpando la arpillera en busca de alguna señal de que la pistola hubiera sido golpeada. No lo había sido.

Los primeros hombres subieron la escalera. Dos cayeron rápidamente. Todos tenían sus escudos en alto, sonriéndose sin humor unos a otros bajo su sombra mientras cosas no identificables caían de la madera.

La multitud la empujó hacia adelante, y de pronto Calandria estaba subiendo, aplastada entre un hombre delante y un hombre detrás.

Doce peldaños arriba, uno roto, la mano izquierda cerrándose sobre astillas, la derecha sobre sangre resbaladiza. El hombre delante de ella se detuvo, comenzó a maldecir como loco. Todos abajo le gritaron: —¡Estoy herido, estoy herido! —gritaba, con gotas de sangre cayendo sobre el brazo de Calandria, mientras luchaba con un hombro destrozado.

—¡Aparta de ahí! ¡Nos importa un carajo! ¡Muchacho, córtale los tendones de la corva! ¡Bájalo de la escalera o estamos todos perdidos!

Ella miró hacia abajo. La caída lo mataría: —¡Hazlo! —Gritó Maenan, que estaba en la escalera detrás de ella—. Hazlo o te corto a ti y lo haré yo mismo.

Algo grande cayó junto a su hombro izquierdo. Calandria sacó el cuchillo de su cintura y levantó la mano: —Tienes que moverte —le gritó al herido.

—No puedo saltar —gritó el lisiado—. ¡Moriré!

Maenan pinchó a Calandria en el tobillo. Ella maldijo y se impulsó hacia arriba.

—Bastardo —gimió el herido—. Bastardo —Él le lanzó una mirada profundamente ofendida. Apenas tenía veinticinco años, si eso, con barba negra, cejas oscuras y pestañas sorprendentemente largas sobre los ojos azules—. Bastardo —dijo, parpadeando, y luego soltó la escalera.

—Sube y calla —Él lo hizo, pero estaba llorando.

Arriba se oían gritos. Otra forma oscura pasó a toda velocidad. Antes de darse cuenta, Calandria estaba en el agujero de la pared aspirando bocanadas de humo de leña. Cegada, se guió a tientas por las piedras rotas y se metió en la brecha.

Hacía calor aquí, un calor abrasador. Alguien la estaba acosando por detrás, por lo que no tenía más remedio que seguir adelante. De repente, al darse cuenta de que estaba entrando en un incendio, frenó y cayó sobre una rodilla.

Las llamas le lamieron la pierna. Calandria gritó y se arrojó hacia adelante, rodando junto a leños en llamas y entrando agachada en el interior de una chimenea muy grande. El cuerpo humeante de un hombre yacía sobre los troncos junto a ella. A la espeluznante luz del fuego vio a hombres forcejeando en una gran sala triangular.

Los defensores estaban eliminando a la tropa mientras cada uno salía tambaleándose de la chimenea rota. Todos los que subían esta escalera iban a morir.

Una espada cayó tajándole el brazo y enviando un espasmo de dolor a través de su hombro. Calandria rodó, hizo un barrido con el pie y fue recompensada con la caída de su atacante. Ella saltó sobre él y le sujetó el brazo derecho a la espalda. La habitación era un laberinto de hombres armados. Ella se agachó y trató de llegar a la puerta.

Las espadas cayeron sobre su espalda y le clavaron los flancos. Su

paquete resonó. Ella maldijo y redobló sus esfuerzos.

Se dio la vuelta y terminó en una esquina. Había una masacre junto a la chimenea. Maenan estaba muerto, al igual que todos los hombres que ella había conocido en los últimos días. Tres defensores desesperados la enfrentaban ahora, con otros detrás de éstos.

Cal tenía la esperanza de retrasar el uso de su arma hasta que se enfrentara a Armígero, y no sólo porque su presencia alertaría a los Vientos: —Lo siento —dijo, y se bajó el paquete del hombro. Sacó el arma de la arpillera y la levantó justo cuando se acercaban a ella.

La pistola de microondas resopló y el fuego salió a izquierda y derecha desde su cañón cuando la primera de sus cargas de energía nanoconstruidas se liberó. El hombre frente a ella tosió y cayó. Ella giró el arma hacia el siguiente y luego al siguiente. Ella estaba gritando ahora, le caían lágrimas por el rostro y le dificultaban la visión.

Tan pronto como la puerta estuvo despejada, corrió hacia ésta. El único pensamiento en su mente era encontrar a Armígero ahora y librarse de tener que matar a nadie más.

Subió a las almenas. Dos muros iban desde esta torre de la puerta hasta la torre principal del palacio, formando una estrecha avenida. Allí abajo había dos cañones de vapor, listos para lanzar sus chorros de grava a cualquiera que atravesara las puertas o…

… consiguiera llegar a las almenas.

Cal vio el borrón de rocas voladoras un instante antes de que arrancaran las losas debajo de ella.

§ § §

Lavin había dado las instrucciones. No había nada que pudiera hacer ahora más que confiar en Hesty y los otros comandantes. Odiaba dejar el asedio a la mitad, pero estaba haciendo lo correcto. Por primera vez en meses, se sentía tranquilo, en control de la situación.

—¿Dónde está nuestro ladrón de tumbas? —Chasqueó los dedos con impaciencia.

—Aquí, señor —se acercó corriendo Enneas. El hombre parecía mucho mejor que hace unos días, su espalda destrozada estaba cubierta de ungüentos y vendajes, bajo la cubierta protectora de un peto. Su brazo roto estaba enyesado y los moretones del rostro casi se habían desvanecido. Saludó con la mano libre.

Lavin asintió hacia él: —Vamos a entrar.

Estaban de pie entre las piedras caídas del templo en ruinas, a un kilómetro al este del palacio de verano. Desde aquí, una calzada cubierta de arena conducía a una torre cuadrada, la que había sido la entrada principal al palacio. Hacía mucho tiempo que las puertas de esa torre habían sido selladas con pesadas piedras y el paso elevado había quedado a merced del desierto. Sin embargo, lo que Enneas y algunos otros sabían era que otras calzadas procesionales, construidas en la misma época que ésta, contenían estrechos pasadizos en el interior de la mampostería. Los zapadores de Lavin habían encontrado el "pasadizo de los espíritus" justo donde Enneas había dicho. Habían penetrado todo el camino hasta el palacio, y sólo dieron la vuelta al llegar al laberinto de las antiguas catacumbas. Enneas sería el guía para atravesarlos; más que eso, era el amuleto de la buena suerte de Lavin.

—Ya entiendes el plan —le dijo Lavin a Hesty mientras seguía a Enneas hacia la oscura boca cuadrada que se abría bajo un muro medio caído de piedra amarilla—. El asalto a las murallas es una distracción, pero tiene que contener sus fuerzas. Queremos sacarlos de la torre hacia las murallas. Mi fuerza entrará en la torre y se llevará a la reina. Cuando demos la señal de corneta, cesarás el asalto.

Hesty negó con la cabeza: —Entiendo eso. Lo que no entiendo es por qué tienes que usted tú quien entre.

—Yo soy el responsable. Y quiero garantizar la seguridad de la reina.

—Es peligroso, señor. Si muere...

—Entonces continúas el asalto hasta que hayamos capturado a la reina por otros medios. Lo que intento hacer es acabar con esto por los medios más limpios posibles. Vale la pena arriesgarse en este punto.

Miró a Hesty. Finalmente el hombre saludó: —Muy bien—. Lavin agachó la cabeza y entró en la fresca oscuridad del túnel. Enneas esperaba allí con quince hombres, la élite de la guardia personal de Lavin.

Cuatro de los hombres tenían cornetas, tres tenían linternas de ojo de buey. Estaban hacinados en una pequeña antecámara junto a una estrecho hueco en la pared. Si no hubiera sabido que se trataba de un túnel, Lavin lo habría tomado por una grieta entre dos de los enormes contrafuertes de la calzada.

—Milord —Enneas tomó una de las linternas y, dándose la vuelta, se coló por el hueco. Lavin lo observó entrar, esperando ver que se atascaba en cualquier momento. Sin embargo, Enneas continuó y, después de un momento, Lavin controló su propio miedo y lo siguió.

Piedra fría lo presionaba por todos lados. Tuvo que girar la cabeza y arrastrarse de lado, manteniendo un ojo fijo en la vacilante luz de la linterna de Enneas. Si esa luz se apagaba, el pánico podía dominarlo aquí, aunque nunca lo había hecho en el campo de batalla.

Caminó cien metros así, con el pánico aumentando gradualmente a medida que comprendía a cuanta profundiad bajo tierra estaba. Finalmente, el pasadizo se abrió un poco y él pudo reunirse junto a Enneas, que se había detenido para esperarlo.

—Este es mi dominio —dijo el viejo—. La desechada basura del estilo de vida noble. Mire —levantó la linterna; la luz brillaba en el metal cerca del suelo.

—¿Qué es eso?

—Ofrendas a los Vientos de la tierra —dijo Enneas con voz cargada de desprecio. La luz de la linterna reflejaba monedas y candelabros de bronce que yacían semienterrados en la arena—. ¿Ve estas

palabras? —Indicó unas letras grabadas en las paredes. Son del capataz de la cuadrilla de trabajo de aquí, es una carta a los Vientos. Les pide que bendigan a su familia por las ofrendas —resopló indignado—. Se podría vivir durante seis meses de las monedas de aquí.

Lavin admiró su pasión, pero negó con la cabeza de todos modos: —Por lo que sabemos, los Vientos bendijeron la casa de la reina. Vamos, no tenemos tiempo para holgazanear.

Enneas continuó refunfuñando. Los hombres de Lavin caminaban silenciosamente detrás mientras todos serpenteaban a través de un túnel bajo y sinuoso de suelo arenoso. El aire estaba frío y muerto, y habría habido silencio de no ser por los débiles golpes percusivos que sonaban a intervalos irregulares. Impactos de un cañón de vapor.

A medida que avanzaban, los golpes intermitentes se hacían más y más fuertes hasta que, con cada uno de ellos, el polvo y la arena se desprendían del bajo techo de piedra. Enneas miró atrás varias veces, con preocupación en su rostro. Lavin le hizo un gesto para que continuara.

Después de un golpe particularmente sólido, un grave ruido de deslizamiento se oyó delante de ellos. Continuó durante unos segundos. Cuando volvió a reinar el silencio, Lavin pudo oír las maldiciones de Enneas.

—¿Qué pasa?

—No quiero especular. Vamos —Avanzaron más rápido ahora. El aire se estaba llenando de polvo. Lavin apenas podía ver el brillo de la linterna ahora. Su miedo a quedar encerrado había desaparecido ahora, reemplazado por una preocupación muy real sobre el efecto que su bombardeo estaba teniendo en el túnel.

Enneas maldijo en voz alta. Lavin chocó contra él, el hombre se había detenido.

El viejo ladrón de tumbas movió la linterna, mostrando cómo las paredes se inclinaban repentinamente y las piedras caídas obstruían

el espacio restante entre ellas.

Enneas miró por encima del hombro. La tenue luz lo perfilaba de un modo que parecía un agujero con forma de hombre en medio de los ambarinos ángulos de la piedra: —Es un derrumbe —dijo—. Estamos atrapados.

32

Jordan y Tamsin se elevaban, dentro de una columna de agua, dejando atrás desgastados estratos de piedra de todos los colores del arco iris. La luz se filtraba desde algún lugar muy por encima e iluminaba la membrana reluciente de la burbuja en la que viajaban. Ni en todos sus viajes imaginarios había imaginado Jordan un lugar como éste. De vez en cuando pasaban por grietas gigantes en las paredes del pozo en las que se vislumbraba galerías llenas de máquinas cardenillosas. Luego, el zumbido de motores gigantes hacía temblar y danzar la membrana de su burbuja. Ondas estacionarias en anillo se formaban en el menisco e interferirían formando en su resistente superficie pequeños panoramas diamantinos como joyas.

Tamsin había conquistado su miedo; de hecho, ahora era más audaz que Jordan. No cesaba de escalar la pared curva de la burbuja para ver alguna nueva maravilla. Luego resbalaba y golpeaba a Jordan con el codo o la rodilla.

Cada vez que pasaban por una de esas cámaras titánicas, el corazón de Jordan parecía dar un vuelco. Sentía las fuerzas reunidas aquí y sentía asombro, pero miraba fijamente las profundidades verdes y se decía a sí mismo: esta es nuestra creación, y al repetirlo sentía que el asombro profundizaba y se fusionaba con una nueva emoción que no podía nombrar.

Era como la primera vez que su madre le había dejado tomar la mano de un niño más pequeño para guiarlo por el camino desde la aldea hasta la mansión de Castor. Se le había confiado una responsabilidad y se había sentido humildemente decidido a llevarla a cabo.

Los Vientos eran omnipotentes. También estaban perdidos y ahora, creía él, asustados. El asalto de los Garfios Celestiales a la mansión Boros le parecía ahora un acto de desesperación. No habrían sido tan irreflexivamente destructivos en el curso normal de las cosas.

Él y Tamsin se elevaron sobre la palma de Mediación hasta que la

luz arriba devino en un disco oscilante y el pozo se abrió por todos lados.Estaban en un lago o laguna, todavía en ascenso. Antes de que Jordan pudiera decir nada, se deslizaron hacia un lado y la burbuja colapsó justo cuando estaban a punto de llegar a la superficie.

Durante un segundo lo único que él sintió fue un frío helado. Jordan pataleaba entre una confusión de burbujas y espuma blanca, y estaba al borde del pánico cuando sintió una superficie debajo de sus pies. Se permitió cierta calma durante un momento, luego se elevó hasta la superficie y aspiró una profunda bocanada de aire.

Tamsin nadaba vigorosamente hacia la orilla cercana. Torpemente, él se obligó a seguirla. Tosiendo y temblando, dio con una playa de guijarros blancos y colapsó junto a ella. Tasmin ya estaba de pie, con las manos en las caderas mientras miraba a su alrededor.

Estaban en la orilla de un estanque circundado por dunas doradas. Había un poco de hierba al borde del estanque, pero no había árboles ni señales de hábitats humanos. Las dunas escondían cualquier otra cosa que pudiera haber cerca.

—Bieno —dijo Tamsin frunciendo el ceño—. ¿Dónde estamos, entonces?

—No lo sé. ¿Ka?

—Aquí estoy —dijo el pequeño Viento desde algún lugar cercano al cuello de Jordan.

La ligera brisa era fría y cortante. Jordan se puso de pie, temblando.

—Pide un poco de calor —dijo Tamsin.

—En un minuto —Miró a su alrededor, encontró la duna más alta y se dirigió en esa dirección.

No dijeron nada mientras trepaban por la deslizante ladera de la duna. Tardaron más de lo esperado y, al llegar a la cima, ambos estaban llenos de arena, que se les pegaba a la ropa mojada y a la piel como yeso.

—Malditos desaladores —murmuró Tamsin—. Al menos podrían

habernos llevado a la orilla.

Hacía aún más frío aquí arriba con la brisa, pero se podía ver hasta el horizonte. Jordan se protegió los ojos del acuoso sol y se giró lentamente.

—Oh —señaló él—. Vamos por ahí.

—¿Cómo lo sabes? —Ella se detuvo cuando vio hacia dónde estaba señalando.

Al menos veinte finas espirales de humo se elevaban sobre una zona confusa en el horizonte occidental.

§ § §

—¡Han tomado la torre del medio! —El portador de las malas noticias estaba negro de hollín y sangraba por una herida en el hombro. Las cuadrillas junto al cañón de vapor dejaron de trabajar y se enzarzaron en una confusa batalla de conversaciones.

Armígero se encogió de hombros: —Que se la queden. Esa diana es más grande.

Este comentario se transmitió a lo largo de la línea, provocando una incierta ovación de los artilleros: —Entonces, ¿dejaremos que las bestias ataquen la torre? —preguntó uno.

Estaban apostados en el centro del patio de armas del palacio, al este del jardín amurallado de la reina. Desde aquí, el cañón podía apuntar a cualquier lugar, salvo a las casas al noroeste de la fortaleza. Desde aquí Armígero podía observar y juzgar la mayor parte de la acción, pero no lo que estaba ocurriendo al noroeste. Lo que podía ver era humo y caos en seis puntos a lo largo de las murallas, incendios en la ciudad de tiendas de campaña e hirvientes turbas de refugiados que intentaban entrar en el gran salón o saltar los muros del jardín. Las turbas se interponían en el camino de los escuadrones móviles de Matthias, que se suponía que debían estar cruzando los terrenos con rapidez para atender posibles brechas. Estaban empantanados entre mujeres y niños que gritaban, incapaces de llegar a los puntos conflictivos a lo largo de la muralla

del sur.

Las únicas noticias verdaderamente importantes venían por semáforo. Armígero dejó que su mirada se posara por turnos en cada uno de los equipos de bandera, completando una imagen mental de cómo las fuerzas de Lavin estaban dispuestas alrededor del palacio.

—Está tramando algo —Esto no era un asalto decidido, sólo mucho humo y bravuconería. Armígero no tenía ni idea de lo que podría estar planeando el general del Parlamento, y eso le preocupaba mucho más que la pérdida de la torre de la puerta.

—¡Olvídaos de la torre, montad las cargas como os enseñé! —Agitó su espada en un círculo cerrado sobre su cabeza. A lo largo de la línea, los artilleros comenzaron a encender los sacos que habían preparado la noche anterior. Luego, cuando las grandes ruedas del cañón comenzaron a girar, alimentaron las torvas con los humeantes fardos.

—¿De qué servirá eso? —se quejó uno de los lugartenientes de Matthias. El hombre era un noble de décima generación, completamente ineficaz. Estaba apostado aquí, lejos de las murallas, para que pudiera hacer el menor daño posible—. Lo que hacen todas estas cosas es inútil, no van a detener a Lavin.

—Te sorprenderías —dijo Armígero. Los sacos estaban llenos de una combinación de brea, aceite, madera, escombros y virutas de metal diseñada para producir una buena imitación de la contaminación industrial. Los Vientos prestarían poca atención al humo de leña, por grande que fuera la conflagración, ya que, de todos modos, solo liberaba carbono que los árboles habían fijado previamente en la atmósfera. Este material, sin embargo, liberaría en la atmósfera ozono, dióxido de azufre y tal vez un poco de cianuro. Con una bocanada extra de metales calientes por si acaso, debería bastar para enfurecer a los Vientos.

Armígero observó con satisfacción cómo la primera de los sacos humeantes se elevaba por encima de las murallas. El insulto ambiental vendría desde el campamento de Lavin. Puede que Lavin supiera lo que Armígero estaba haciendo, los fatales resultados de la

batalla en la que Armígero había usado azufre por primera vez eran ya ampliamente conocidos.

—¡Deberíamos estar barriendo de soldados esas murallas! —señaló el teniente.

Armígero negó con la cabeza: —Sólo espera. Y prepárate para correr a cubierto—. Habría preferido usar esta táctica al comenzar el asalto, pero quería asegurarse de que el campamento de Lavin ya no tuviera suficientes hombres para extinguir estas bombas de humo. Los atacantes estaban ahora comprometidos en las murallas; en el caos, este humo debería pasar desapercibido.

—¿Qué quiere decir con correr a cubierto?

—Quiero decir que tal vez quieras cavar un hoyo y enterrarte en él ahora, porque, cuando ellos lleguen aquí, quizá decidan arrasar todos los edificios.

—¿Ellos…? —El rostro del teniente palideció.

Armígero lo miró divertido: —Este no es momento para medias tintas.

Los artilleros ahora estaban bien de ritmo. Era hora de dirigir su atención a otra parte. Armígero se alejó de ellos, dejando al teniente tartamudeando.

Tenía que confiar en que él todavía era invisible para los Vientos. Con suerte concentrarían su furia en el campamento del Parlamento. Ciertamente esperaba poder hacer que todos entraran y se cubrieran antes de que llegaran las fuerzas del Sistema de Terraformación de Ventus.

Este era el mayor riesgo que había corrido desde que había llegado a este mundo. Estaba invitando deliberadamente el escrutinio de los Vientos. Ninguna otra cosa en este asedio podía amenazar su existencia ni sus planes. Desde un punto de vista estratégico, arriesgarse ahora a un encuentro con los Vientos era una idiotez.

A Armígero eso no le importaba. Había gente en el palacio por la que él sentía algo. Seguramente él sobreviviría a este asalto, pero

dudaba que pudiera salvar a esa gente; en el mejor de los casos, probablemente podría escapar con Megan, pero Galas era la abeja reina, los atacantes la rodearían en el instante en que la vieran. No, era mejor aniquilar las fuerzas de Lavin usando los Vientos y confiar en que éstos dejaran intacta la piedra y la madera ordinarias del palacio.

Volvió a leer la situación en los semáforos y tomó una decisión. El caos de la batalla estaba llegando a su punto máximo. Bajo cobertura podría sacar a Megan y a Galas de este lugar. Si todo iba según lo previsto, los Vientos llegarían después de su fuga y arrasarían las fuerzas de Lavin, dando a Armígero y a su gente tiempo para completar la fuga.

Corrió hacia el torreón. Los misiles llovían sobre las tiendas de refugiados cercanas. Armígero trató de no pensar en el destino de esos refugiados, ni en el de los hombres en las almenas, que luchaban y morían para asegurarle su fuga.

§ § §

—Hay una manera —dijo Enneas. Empezó a derribar rocas con su mano buena—. ¿Ve allá? ¿Esa grieta?

Tenían todas las linternas juntas aquí ahora, y todos los que cabían estaban apiñados contra la caída de rocas. Lavin se concentraba en respirar hondo para calmar su claustrofobia. Temía tener un ataque de vértigo aquí, y eso era lo peor que podía pasar.

La pequeña grieta que Enneas había encontrado parecía imposible de atravesar. El viejo ladrón recogió una de las linternas y metió el brazo en la grieta, luego se giró para mirar de lado detrás de ésta:
—¡Sí! —gritó emocionado—. Puedo ver a través.

—No podemos cruzarla —gruñó alguien.

—Tú no puedes —coincidió el ladrón. Midió a los hombres que se comprimían junto a él—. Yo sí. Soy pequeño. Y él puede, él también… —apreció a Lavin—. Y usted también puede, señor. Pero tendremos que quitarnos la armadura.

Lavin tenía la garganta seca. ¿Arrastrarse entre las rocas por esa pequeña grieta? ¿Con mil toneladas de piedra a punto de derrumbarse sobre él?

Miró los rostros de sus hombres. Estaban decididos. Enneas parecía positivo y jubiloso; parecía que el hombre vivía para esta clase de desafíos.

—Está bien —dijo Lavin—. Tú primero, ladrón. Muéstranos cómo se mete un ratón por el ojo de una cerradura.

Enneas comenzó a desatarse la armadura: —Esto va a doler —murmuró—. Hacerlo con una sola mano será difícil. Necesitaré ayuda.

Al final, se necesitaron dos hombres a cada lado, y uno debajo, para embutir a Enneas en la grieta. Él dejó la linterna fuera, sujetó con fuerza su brazo roto a un costado y se arrastró hacia la oscuridad total sin quejarse.

—Maldita sea —susurró el hombre junto a Lavin: —Nunca lo hubiera creído.

Lavin sonrió: —Pásale la linterna.

—¡Vamos! —Enneas saludó desde el otro lado—. Está despejado de aquí en adelante.

Cuando le tocó el turno, Lavin también entró sin quejarse. El ladrón era un hombre más valiente que él, al parecer. La vida nunca se cansaba de enseñar nuevas lecciones.

Pudieron hacer entrar a los cuatro hombres más pequeños junto con Lavin y Enneas. Esta no era la fuerza que Lavin necesitaba para su primer plan, que había sido colarse, agarrar a la reina y escabullirse de nuevo. Pero había suficientes hombres para su segundo plan, que consistía en colarse en los aposentos de la reina, capturarla y colgarla de una ventana hasta que los defensores se rindieran. Para ese plan sólo necesitaba suficientes hombres para mantener una puerta durante algunos minutos críticos.

Todos iban vestidos con los colores de los monárquicos, lo cual

debería ser de ayuda. Aunque el plan aún dependía del número de soldados que había ahora en la torre. Si Hesty había hecho su trabajo, estarían dispersos en las murallas, listos para apoyar cuando las fuerzas de Lavin llegaran al terreno.

Hesty había recibido instrucciones de esperar dos horas antes de abrir cualquier brecha. Lavin no quería que los defensores subieran las escaleras del palacio demasiado pronto.

Los demás les pasaron sus armaduras y armas y, cuando estuvieron listos, Lavin hizo un gesto con la barbilla y avanzaron todos hacia recintos más amplios y silenciosos.

Enneas parecía feliz ahora, a pesar de haberse abierto las heridas en la espalda. Tarareaba mientras observaba a su alrededor en alerta: —Casi hemos llegado —dijo después de un rato—. Busquemos un pasaje lateral.

Lo encontraron justo donde Enneas había dicho. El espacio era poco más que el de un pasadizo, pero el ladrón se coló en él sin dificultad y los demás lo siguieron. Este pasaje había sido excavado a través del suelo arenoso debajo del palacio, y el suelo se desmoronaba y le caía a Lavin en los ojos y en la boca con cada tirón que daba para seguir a Enneas. Parpadeando y tosiendo, finalmente se paró junto al ladrón y descubrió que estaban en el fondo de un pozo de dos metros y medio de profundidad. El techo sobre el pozo era de piedra encajada y se arqueaba hacia algún pilar fuera de la vista.

—La antigua cisterna —dijo Enneas—. Estamos en la extensión más lejana de las catacumbas. Es un laberinto, así que seguid de cerca y no toméis ningún desvío por vuestra cuenta —los miró expectante —. ¿Bien? Alguien me da un empujón.

Cuando estuvieron levantados y listos para partir tras Enneas, Lavin asintió a uno de sus hombres. Le había dado una bolsa de centavos de cobre antes, y ahora ese hombre tomó la retaguardia y dejaba caer un centavo cada pocos metros. Lavin no quería tener que depender de Enneas para encontrar la salida de allí.

Llegaron a una escalera de piedra que conducía hacia arriba: —Ya está —dijo Enneas—. Esas escaleras llevan al camino inferior de los

sirvientes, y allí hay una puerta que da directamente al vestíbulo principal del palacio.

—Lo he visto —dijo Lavin—. Gracias. Quédate aquí y espéranos.

—Con mucho gusto —dijo el ladrón.

Lavin subió las escaleras, giró, abrió una puerta y, a pesar de su confianza, todavía se sorprendió de encontrarse de pie en el vestíbulo de entrada, vacío, bajo la sala de audiencias de Galas.

§ § §

Calandria se dio la vuelta. Le dolían mucho la cabeza, los hombros y el brazo derecho. Miró hacia arriba, vio humo, levantó la cabeza y oyó gritos y el rugido de los mosquetes.

Estaba tumbada en el parapeto de uno de los muros que se extendía desde la puerta hasta la torre principal. Rocas y fragmentos de piedra yacían a su alrededor. Varios cuerpos ensangrentados salpicaban el camino más cercano a la puerta.

¿Dónde estaba su arma? Levantándose, vio la pistola de microondas tirada a unos metros de distancia. Parecía intacta. Ella estaba superficialmente golpeada, con el casco abollado, la cara y los hombros magullados, pero por lo demás ilesa.

Caminó como un cangrejo hasta el cañón, luego se agazapó bajo las almenas lejos del barrido del cañón de vapor debajo. Habían detenido su bombardeo mortal, parecía que el asalto a la torre había fracasado.

Durante un tiempo se quedó allí. No quería pensar en dónde estaba ni qué había hecho para llegar allí. Las cosas que tendría que hacer a continuación podrían ser peores.

Sabía por las descripciones de Jordan qué aspecto tenía Armígero. Podría estar en cualquier lugar dentro de los acres de terreno del palacio. Apostaba a que estaría en la torre, con la reina.

Parecía una locura moverse, pero el uso de la pistola de microondas

podría hacer que los Vientos cayeran sobre el palacio. Si la usaba podía despejar un camino a través de cualquier número de defensores. Pero Cal ya no quería volver a usarla contra oponentes humanos. Encontraría otra forma de entrar.

Algo ardía en el patio cerca de las puertas principales. El humo era denso y gris, y formaba un manto sofocante que ocultaba el lugar donde la muralla se unía con la pared exterior del torreón. Las escaleras bajaban en ese punto, pero ella no quería usarlas; sin duda, las puertas principales ya estaban bien bloqueadas.

Había una hilera de saeteras a siete metros por encima del punto donde la muralla se encontraba con el torreón. Puede que más tarde hubiera en esas ventanas soldados disparando hacia el patio; de momentas estaban abiertas y despejadas.

Calandria se quitó las botas y se las ató al hombro. Luego empezó a trepar por la agrietada cara del torreón.

§ § §

—No puedo creer la suerte que tenemos —dijo Lavin. Estaban en las puertas de la sala de audiencias. No había nadie alrededor.

Uno de sus hombres se encogió de hombros: —Su plan funcionó a la perfección, señor —Su tono sugería que no había sido posible otro resultado.

Los sonidos del asedio entraban en la sala, al igual que el olor a humo. En todos sus planes, Lavin había asumido que la torre sería una colmena de hombres rápidos y comandantes con ojos de halcón. Su estrategia en esta batalla había sido sacar afuera la fuerza de la reina para minimizar el número aquí dentro, pero nunca había soñado que funcionaría tan bien.

Revisó sus planes. Después de todo, podrían sacar a escondidas a la reina de aquí.

Un explorador abrió un poco la puerta y se asomó: —No veo a nadie… espera, hay un hombre.

—¿Qué está haciendo?

—Caminando. Debe de haber subido las escaleras delante de nosotros y se detuvo aquí por un segundo o algo así.

—Déjame ver —Lavin le indicó que se hiciera a un lado. Habían acordado el trato con los soldados rasos: simplemente pasarían de largo junto a ellos. Puede que Lavin fuese reconocido por algunos oficiales y generales, pero por pocas personas más. Y todos iban vestidos con la librea de la reina.

Así que este hombre no debería presentar ningún problema...

Lavin maldijo por lo bajo cuando vio quién era. El general Armígero caminaba lentamente con la cabeza gacha, como si meditara, y las manos entrelazadas a la espalda. Llevaba una armadura negra con una bandera de comandante sobresaliendo del hombro. El general percibiría cualquier conmoción, y Lavin no tenía ninguna duda de que sabía dónde se suponía que debían estar todas sus tropas. Tendrían que matarlo ahora, y lo más silenciosamente posible.

—Tu reina invencible ha intentado suicidarse.

Por un instante, Lavin sintió que esas palabras iban dirigidas a él; casi se le paró el corazón. Luego vio a la mujer que había hablado. Ella salía desde las sombras de la entrada a la antecámara donde Lavin había cenado con Galas.

El general Armígero la tomó en sus brazos y ella apoyó la mejilla en su peto: —Es culpa mía —dijo él.

— ¿Qué? —Ella retrocedió un poco, mirándolo.

—Le dije la verdad. Le quité la esperanza.

—Sólo es humana, después de todo —suspiró la mujer—. ¿Eso te decepciona?

Lavín parpadeó. No podría ser verdad. Ella habría mantenido la fe hasta el final, frente a cualquier oposición. Él la conocía. Nada podía tambalear esa confianza en sus propios ideales. Si hubiera pensado que ella podía caer presa de la desesperación, Lavin habría

hecho todo lo necesario en sus negociaciones para asegurarse de que este asalto no hubiera sucedido. Él habría hecho concesiones.

Si Galas se desesperaba, ambos habían perdido, porque eso significaría que la mujer a la que había venido a rescatar ya no existía.

Se obligó a concentrarse en la situación actual: —Entraremos casualmente. Kasham, ponte detrás de él cuando pasemos. Bahner, haz lo mismo con la mujer. Una cuchillada en el corazón, luego arrastradlos hasta detrás del trono.

Los hombres asintieron. Lavin se enderezó y abrió la puerta.

Armígero caminaba rápidamente hacia la puerta del fondo. La mujer se había quedado donde se habían abrazado, mirándolo.

Lavin levantó una mano y sus hombres se detuvieron en silencio. Armígero llegó a la puerta de la antecámara y la cruzó sin mirar atrás.

Lavin miró a Bahmer a los ojos y negó con la cabeza. Bahmer se encogió de hombros. Luego entraron en la habitación.

La mujer se dio la vuelta, los miró con indiferencia y caminó hacia una de las ventanas altas de la derecha. Quedó mirando hacia afuera mientras ellos pasaban. Lavin condujo a sus hombres a la izquierda, hasta la antecámara, y entraron así sin más.

Lavin entró audazmente en el corredor al otro lado de la antecámara. Una escalera de piedra conducía a la izquierda, y dos amplios pasillos con paneles de madera conducían a la derecha y al frente. Había una gruesa alfombra en el suelo y pinturas de retratos en las paredes. Aquello debía ser las dependencias de la reina.

Llegó corriendo un hombre con librea de criado. Lavin se obligó a permanecer completamente inmóvil, aunque su corazón latía con fuerza: —¿Está buscando al general, señor? —preguntó el sirviente.

—A la reina, en realidad —Sintió que sus hombres se movían inquietos detrás de él. Sabía que estaban a punto de romper esa tensión, cualquier provocación leve ahora y desenvainarían las

espadas. Rezó para que se mantuvieran tan tranquilos como fingían estar.

—La reina está… indispuesta —dijo el criado: —El general Armígero está con ella.

—¿Dónde?

—Su alcoba, al final de este corredor, pero señor, el General Armígero dijo que no debían ser molestados. Mandó salir hasta a las damas de compañía.

Lavin resopló: —Esto es fundamental para acabar con el asedio —dijo antes de seguir caminando.

Pasaron todos junto a otros dos sirvientes y cinco de las doncellas de la reina, una de los cuales Lavin reconoció. Ninguna los miró. Luego estaban en la puerta de la reina.

33

Estaban a la vista de las murallas del palacio cuando Jordan comenzó a escuchar la canción. Venía directamente desde arriba, muy por encima del aire lleno de humo y de las nubes de finales de otoño. La última vez que había oído algo remotamente parecido a esto, el cielo se estaba llenando de lunas errantes en la finca Boros. El cielo estaba vacío ahora.

Periódicamente, mientras caminaban trabajosamente hacia el asedio, Jordan se detenía y cerraba los ojos para observar a través de los ojos de Armígero los acontecimientos que se desarrollaban allí. Sabía que un asalto al palacio estaba en pleno apogeo, pero más allá de eso todo estaba confuso. Armígero parecía estar moviéndose con determinación, pero como no se hablaba a sí mismo, no dejaba que Jordan entrara en sus pensamientos.

—Entrar ahí es un suicidio —había dicho Tamsin cuando él le había hablado sobre el asalto—. Tenemos que parar y esperar a que termine.

Tal vez. Pero Jordan temía que el aparentemente vacío paisaje que los rodeaba estallara en cualquier segundo con secuaces de Taliencia. Fácilmente podría ser atrapado por ellos antes de que llegaran al palacio.

Sólo Armígero podía oponerse a los Vientos. Comparado con ellos, la amenaza de estos ejércitos humanos parecía casi trivial.

—Tenemos que hablarle de Mediación y de Taliencia —le dijo—. Armígero ya habría actuado si supiera exactamente lo que estaba pasando. No creo que la reina le haya dicho lo que necesitaba saber.

Tamsin empezó a responder, pero luego pareció pensárselo mejor. Miró por encima del hombro y sus ojos captaron las leguas de arena abierta que se interponían entre ella y su hogar devastado.

—Ninguno de nosotros sabe lo que estamos haciendo, ¿verdad? —dijo ella en voz baja.

Jordan la miró, sorprendido: —No —dijo finalmente—. Ni siquiera él, supongo.

—¿Qué hay de los Cisnes?

—Los Vientos de Mediación cuidan la tierra —dijo—. Tal vez si podemos encontrar un lugar subterráneo para escondernos, podremos escapar de los Cisnes.

Tamsin entornó los ojos hacia arriba: —El sol es de un color raro.

—No quiero escucharlo —Jordan cerró los ojos brevemente, la visión interior temblaba entre Armígero y las imágenes caleidoscópicas del asedio. Como había sucedido en la mansión Boros, el paisaje local estaba agitado, piedras, madera y plantas intercambiaban imágenes y sonidos en alguna frecuencia que rara vez usaban. Jordan podía ver a través de los ojos de estas cosas cuando hacían eso. Veía figuras combatientes en el suelo desde el punto de vista del humo que se elevaba por encima de las torres. Veía tanto el interior como el exterior del gran salón del palacio de verano, donde tensos soldados esperaban con yesca y pedernal para encender una nueva y mucho más grande conflagración en caso de que las fuerzas del Parlamento rompieran las murallas. Oía los gritos confusos, los alaridos y el llanto cuando vio las manos de Armígero estirarse para desatar las cuerdas que ataban a la Reina de Iapysia a una silla dorada en sus aposentos.

—Ka —dijo Jordan—. Necesito tu ayuda ahora.

§ § §

—Me dijiste la verdad —dijo Galas—. Por eso decidí terminar con todo —Se puso de pie temblorosa, masajeándose las muñecas donde las cuerdas las habían rozado.

Armígero sacudió la cabeza con enojo: —Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos que tu reino —Tiró a un lado las cuerdas.

Las doncellas de Galas se acurrucaban en los rincones del opulento dormitorio. Dos soldados estaban de pie junto a la puerta,

inseguros; habían sido apostados allí para proteger a la reina de sí misma, y estaban sufriendo el abuso de las doncellas cuando había entrado Armígero.

Galas se alisó el cabello hacia atrás con una mano, mirando locamente a su alrededor: —¿Qué? —Ella se giró y lo miró desconcertada— ¿Qué acabas de decir?

—Tienes una responsabilidad mayor ahora —dijo él—. Algo más importante que tu reino está en juego.

Gala se rió. Trató de sofocar el sonido con la mano, pero no pudo y se tambaleó hacia la ventana, se inclinó y se llevó las manos a la boca. Cuando pudo volver a hablar, gritó: —¿Y qué hay de mí? ¿Qué voz tengo en esto? ¿O nada tengo que decir? ¿Quién me sacrificará en su altar? ¿El Parlamento? ¿Lavin? ¿Tú?

La puerta se abrió con un golpe y entraron cinco soldados armados. Las espadas estaban desenvainadas. El último en entrar cerró la puerta tras de sí y pasó el cerrojo.

—Galas —dijo el hombre que encabezaba el grupo—, me temo que debo pedirte que te rindas.

Los dos guardias de la reina estaban ya contra la pared con espadas cerca de sus gargantas. Los otros dos hombres apuntaban sus espadas hacia Armígero.

—Lavin —A Galas la invadió una profunda sensación de frío—, has venido.

—Vine a velar por tu seguridad —dijo Lavin—. Dije que no permitiría que nadie te hiciera daño. Y no lo permitiré.

—Entonces el palacio ha caído.

—Sí —dijo Lavin.

—No —dijo Armígero—. Lavin se ha infiltrado de alguna manera. Por eso ordenaste a tus hombres que no saltaran las murallas, ¿no? Para mantener alejadas a nuestras fuerzas.

Lavin asintió secamente: —Por favor, arrodíllese en el suelo, general. Tú también —Señaló a los demás en la habitación—. Os dejaremos inconscientes; no hay suficiente cuerda para todos. Cualquiera que se resista será asesinado —Se acercó a Galas—. Nos acompañará, su alteza. Si intentas pedir ayuda, he dado instrucciones a mis hombres para que te maten —Por un segundo pareció mareado; se agarró al respaldo de la silla donde habían atado a Galas—. No puedo hacerlo yo mismo. Pero debe hacerse si no hay alternativa.

—¿Alteza? —dijo uno de los hombres de Galas—. Dé la orden y tiraremos a estos traidores por la ventana.

—Haced lo que dice —dijo ella con voz ronca—. No tiene sentido que también a vosotros os den muerte.

—Pero su alteza...

—¡Hecedlo!

Las criadas y los dos guardias se arrodillaron en una hilera. Dos de los hombres de Lavin se colocaron detrás de ellos. Galas se estremeció cuando las llorosas doncellas fueron aturdidas una por una, y los hombres que se habían quedado para proteger su vida. En unos momentos todos yacían en silencio en el suelo. Una de las mujeres había dejado de respirar; la sangre se acumulaba detrás de su oído. Galas la miró fijamente hasta que Lavin la tomó del brazo.

—Adiós, General —dijo Lavin. El soldado que estaba detrás de Armígero levantó su espada y golpeó con el pomo en la nuca de Armígero. Hubo un fuerte crujido, pero Armígero ni siquiera parpadeó.

Armígero sostuvo el brazo de la espada del hombre antes de que alguien pudiera reaccionar, y luego se puso de pie. Con un movimiento casual arrojó al hombre por la ventana. Durante un momento de sorpresa, nadie se movió.

—¡Sin ruido! —ordenó Lavin. Agarró a Galas por el brazo y la apartó del camino mientras sus otros tres hombres alzaban las espadas para atacar a Armígero.

Uno se trastabilló hacia atrás, con su propia espada en el estómago. Los otros dos giraron en redondo, porque Armígero ya no estaba donde había estado hacía un segundo.

Férreas manos sujetaban las muñecas de Galas, y Armígero la tiraba de ella hacia la puerta. Lavin saltó para interponerse, pero Armígero le dio una patada lateral. El general salió volando hacia un armario, destrozándolo.

—Hay que llevarte a un lugar seguro —dijo Armígero. Su voz era plana, su agarre en el brazo de Galas como el hierro. Llevó a la reina al pasillo, donde varios sirvientes estaban tan desconcertados como ofendidos por el trato que el general daba a la reina.

Ella aún estaba medio aturdida. ¿De verdad había venido Lavin? El hombre se parecía a él—. ¿Cómo entró aquí? —se escuchó ella preguntar.

Armígero se detuvo bruscamente, haciéndola tropezar: —Buena pregunta —dijo él—. Lo interrogaré. Encuentra a Megan.

—¿Qué quieres decir?

—Es hora de irse —La tomó por los hombros y la miró a los ojos. Armígero parecía completamente imperturbable por lo que acababa de ocurrir—. Los Cisnes Diadema están en camino —dijo—. Bien pueden destruir el ejército de Lavin. Quebranté las reglas de la guerra, Galas. Deliberadamente involucré a los Vientos.

Galas negó con la cabeza: —No lastimes a Lavin.

Por primera vez, él pareció sorprendido: —Si tú quieres —La soltó y se dio la vuelta.

—¿General Armígero?

La voz era la de una mujer. Ambos miraron arriba. Junto a las puertas del techo vieron lo que al principio parecía ser un muchacho soldado. Era una mujer con una armadura ensangrentada. Tenía un rostro ovalado, cejas oscuras y cabello negro que ahora caía en polvorientas marañas. Sostenía algo como una ballesta plateada en las manos.

—Busca a Megan —dijo Armígero. Empujó a Galas hacia atrás justo cuando el arma reluciente de la mujer escupió fuego.

Armígero gritó. Galas se obligó a correr sin mirar atrás y giró en la esquina, por donde habían venido.

Y allí estaba Lavin, verdaderamente él esta vez, sombrío y con la espada desenvainada.

—Ven —dijo él, y estiró una mano hacia ella.

Galas apartó la mano bruscamente. Toda su confusión y resentimiento se desbordaron: —¡Nunca! ¡Me destruiste!

—Con el tiempo entenderás por qué tuve que hacerlo —dijo él mientras trataba de asirla de nuevo.

— ¡Ayúdadme! —Ante ese grito de la reina, todas las puertas del pasillo se abrieron y sus sirvientes salieron en tropel.

Entonces Lavin lq tomó por la muñeca y le torció el brazo a la espalda. Ella sintió la hoja de la espada pasar por su garganta: —¡Atrás! —gritó Lavin. Los sirvientes se detuvieron, blandiendo armas improvisadas.

—¡Idiotas! —gritó ella—. ¡Mátadlo!

En el momento en que dudaron, Lavin la arrastró hasta el final del pasillo, que se cruzaba con el corredor que conducía a las escaleras. Lavin echó un confuso vistazo y vio madera y piedra destrozada aquí, brasas humeantes en la alfombra. Una fuerte explosión sonó en algún lugar cercano; sintió una ola de calor y el techo se abrió como una fruta madura. Lavin tiró de Galas hacia atrás justo a tiempo, evitando las vigas y la mampostería que ahora obstruían el corredor detrás de ellos.

Ella tosió. La espada de Lavin le había hecho un corte en el cuello. Ella oyó a Lavin jadear, se oyó a sí misma gritar de dolor por la forma en que él le torcía el brazo. Él la arrastró por el pasillo, la hizo girar y vio a Armígero. El general yacía boca abajo al pie de la escalera. Su armadura echaba humo. Sobre él estaba la mujer de pelo negro, con el arma apuntando a su cabeza.

Un disparo de mosquete pasó al lado de los oídos de Galas. Esa mujer giró y cayó, con los miembros en extraña posición. Los soldados bajaban las escaleras del techo; uno arrojó a un lado su mosquete humeante y desenvainó la espada mientras se acercaba a ella.

Galas vio que el pie de la mujer salía disparado para hacer tropezar al hombre, luego Lavin obligó a Galas a pasar por la puerta hacia la antecámara de la sala de audiencias.

Lavin la hizo girar de nuevo, empujándola delante de él ahora. Ella estaba aturdida, pero empezaba a pensar de nuevo. Debería permitir que él la matara. O simplemente caer como un peso muerto que él nunca podría cargar. Entraron en la sala de audiencias. Megan estaba de pie junto al trono, con las manos entrelazadas nerviosamente: —¿Su Alteza?

—¡Ve con Armígero! —gritó Galas— ¡Está herido!

Megan pasó corriendo junto a ellos. Lavin aceleró el paso, y llegaron al trote a las puertas principales.

Galas necesitaba saber qué le había pasado a Armígero. Que él y su mujer sobrevivieran era de pronto tan importante para ella como lo había sido para él la supervivencia de Megan. Fue simplemente esto lo que la hizo decidir no pasar su propia garganta por el filonde la espada de Lavin, y desangrarse así, vengativamente, hasta morir en sus brazos.

—Eres una serpiente —dijo ella—. No puedo creer que te amé.

—Maldíceme si quieres —dijo—. Mientras me maldigas, al menos estarás viva.

—¡Y te maldeciré mientras viva!

Estaban en el rellano de mármol: —Lo sé —dijo él—. Conocía el precio cuando asumí esta misión.

§ § §

Armígero se dio la vuelta, jadeando. Su cuerpo humano estaba casi muerto otra vez. Había visto las microondas del arma de la mujer, una cegadora corona que había estallado dentro de su cuerpo como un sol. Sus células estaban en caos; la madeja de filamentos nanotecnológicos de su cuerpo estaba rota y quemada. Otra explosión lo habría dejado incapacitado; tres o cuatro más y el daño habría sido demasiado para recuperarse.

Sus ojos humanos no podían ver, pero sintió a Megan encima de él: —Mi soldado —susurró ella mientras lo estrechaba entre sus brazos.

Él proyectó sus otros sentidos. Su atacante había sido sometida; dos soldados se sentaban sobre la espalda de la mujer ahora, mientras ella e debatía en vano. El arma mortal yacía abandonada bajo los humeantes paneles de madera que habían salido volando de la pared.

La voz de la mujer se oyó de repente. Ella había dejado de luchar: —Este hombre intentó matar a la reina —dijo ella. Su voz era tranquila, líquida, tan convincente como la de cualquier orador. Con los sensores de nanotecnología, Armígero vio que ella yacía frente a él. Esos ojos estaban abiertos, buscando los de él. Ese rostro era una máscara.

Un sonido más profundo alcanzó sus sentidos. Armígero maldijo débilmente: —Ayúdame a levantarme —le dijo a Megan.

—No, estás herido, no te muevas.

—Están aquí —dijo—. Los Vientos. Tenemos que salir de aquí.

—¡Oh, pero si no puedes moverte!

—Puedo. ¡Ayúdame! —Ella lo ayudó a levantarse y él se irguió, ciego y encorvado, sobre la mujer que lo había atacado. Cuando se sintió lo suficientemente fuerte, se arrodilló y recogió el arma que su misteriosa asesina había usado con él. Notó la manufactura galáctica. Esta mujer era del Archipiélago, sin duda una mercenaria enviada para eliminar a los rezagados de la fuerza de 3340 como él.

—¡Señor! —saludó un soldado—. ¿Qué hacemos con ella, señor?

—Átala con cadenas de hierro —dijo él—. Pero déjala inconsciente primero.

—Sí, señor.

Armígero entró tambaleándose en la antecámara, apoyándose en Megan: —¿Adónde fueron? —siseó él.

—¿Quién?

—La reina y el general Lavin.

—Por aquí. Por favor, debes descansar.

—¡No! Hay una salida secreta. Él la ha llevado a ella. Debemos seguirlos.

El trueno retumbó más allá de las ventanas, pero él sabía que no había nubes en el cielo: —El asedio casi ha terminado —dijo él—. Tal vez nadie sobreviva. Tenemos que darnos prisa.

§ § §

Jordan le había ordenado a Ka que le transfiriera su sensorio visual. El pequeño Viento estaba en lo alto, sobre las paredes ahora, revoloteando obstinadamente en dirección a la fortaleza. Jordan asía con fuerza la mano de Tamsin, tratando de recordar que en realidad todavía estaba sentado en la arena, y no suspendido increíblemente alto en el aire.

Podía distinguir todo tipo de detalles fascinantes si miraba de cerca: escaleras que se elevaban aquí, el hilo zumbante de los misiles de los cañones de vapor ondeando en el aire. Los sonidos llegaron hasta él: silbidos, gritos, impactos agudos, choque de acero. Pero mirar de cerca invitaba al vértigo; prefería mantener la vista fija en la hilera de ventanas que era su meta.

Podía oír a Tamsin murmurando por encima de él: —Ojalá los Cisnes os maten a todos —dijo ella—. Hasta el último de vosotros —El sonido de su voz lo dejó helado; contenía rabia y odio como nunca antes los había oído. Casi soltó la mano, pero Tasmin era su

salvavidas, y todavía le agarraba sus dedos con fuerza. Esa ira no estaba dirigida a él.

Una vez había hecho que Ka mirara hacia arriba y se arrepintió al instante. El cielo se desvaneció del azul en el horizonte, al esmeralda, al oro más puro en el cenit. En la cuenca de ese resplandor rosado había una espiral descendente de hilos finos y brillantes. Un sonido salía de esos hilos, una especie de tonada cantada por lenguas inhumanas.

Había necesitado toda su fuerza de voluntad para permanecer sentado aquí en la arena, mientras los Cisnes caían sobre él. Pero ahora Ka estaba a sólo unos metros de la torre. Jordan lo instó mentalmente a avanzar y contuvo la respiración hasta que el pequeño Viento finalmente se elevó a través de una ventana abierta y se internó en las cámaras de la reina.

—¡Encuéntrala! —ordenó Jordan. Ka comenzó a revolotear de una habitación a otra, y Jordan se tambaleaba empáticamente mientras su campo visual bajaba, se alzaba y volaba de pasillo en habitación y viceversa.

Vio a las damas y a los soldados; la gente lloraba y corría. No había ni rastro de la reina. No pudo entender lo que estaba pasando hasta que una sola palabra destacó en el tumulto:

—¡Capturada!

Jordan abrió los ojos sorprendido: —¿Qué pasa? —preguntó Tamsin.

—Algo ha pasado. La reina ya no está aquí.

—¿Y ahora qué?

—Debo encontrar a Armígero —volvió a cerrar los ojos.

§ § §

—Átale las muñecas, Enneas —Lavin dio un paso atrás—. Su majestad, nos vamos ahora. Puede caminar usted misma o podemos

arrastrarla nosotros —Estaban en las catacumbas. Los ojos de Galas eran estanques oscuros a la luz de la linterna de Enneas.

El ladrón trabajaba con las ataduras: —Disculpe, majestad —dijo. Parecía intimidado. Lavin notó que el ladrón había asumido que Lavin fracasaría. La idea lo hizo reír.

—¿De qué te ríes? —exigió Galas—. ¿Tanto te regocija mi humillación?

Toda la alegría de Lavin se marchitó: —Galas... Yo... jamás me reiría de ti, ni te despreciaría. Eres mi ideal más querido y la única mujer que he amado. Tu orgullo e ira nunca te permitirán admitir el favor que te he hecho, pero escucha, tenemos tiempo mientras caminamos de regreso para discutir los términos. Nuestros términos, no los términos de la Monarquía contra el Parlamento.

—¿De qué estás hablando? ¡Ay, eso duele!

—Lo siento, su majestad.

—Adelante, Enneas —El ladrón caminó adelante, linterna en alto. Lavin tomó una segunda linterna, se acercó a Galas y susurró: —Estoy hablando de que soy y siempre he sido tu servidor. ¿No entiendes la situación? Soy el comandante del ejército que controla tu nación. y soy tu más leal servidor. Este es el momento por el que he trabajado desde que me hice cargo de la guerra contra ti. Soy tuyo, mi ejército es tuyo, todos los recursos del Parlamento están bajo nuestro mando. Lo único que necesitamos hacer es engañarlos en cuanto a tu capitulación mientras reconstruimos en secreto la base de poder monárquico. ¡Volverás a ser reina, Galas!

Ella se detuvo: —Lavin, me sorprendes.

—Gracias, su alteza.

—Por favor, levante las manos, general —dijo una voz detrás de ellos.

Armígero entró en el resplandor de la linterna de Lavin. Caminaba en una posición semiagachada debido al dolor, pero sus manos no vacilaban mientras apuntaban el arma alienígena hacia Lavin.

La furia palpitante que tan cuidadosamente había mantenido a raya se apoderó de Lavin. Sacó su espada y saltó sobre Armígero con un grito.

Armígero disparó, no a Lavin, sino por encima de su cabeza. El estrecho pasadizo tembló con la conmoción y el techo se derrumbó sobre él.

§ § §

Armígero apartó de encima de Lavin las rocas más grandes y le revisó el pulso: —Está vivo —dijo.

Galas miraba fijamente al general caído, su viejo amigo y traidor. No sabía lo que sentía ahora. Rabia, sí, y resentimiento. Miedo, tal vez, de un hombre tan obsesionado como éste, y tan inteligente en su obsesión. Casi podía creer en su plan para engañar al Parlamento. Casi… pero ¿Lavin se contentaría alguna vez con dejarla libre, si alguna vez la poseía? En algún momento, tal vez, ella había tenido fe en él.

Megan desató a Galas. Delante de ellos, un anciano esperaba pacientemente a la luz de una linterna que había colocado en el suelo. ¿Seguimos? —dijo el viejo—¿O volvemos? ¿Cuál va a ser?

Armígero caminó hacia él: —Seguimos adelante —dijo—. ¿Nos ayudarás?

Enneas se encogió de hombros: —Parece que mi destino en la vida es guiar al inframundo a los condenados. Ladrón, general o reina, ¿qué maldita diferencia debería suponer para mí? Vamos, entonces.

Galas volvió a encender la linterna de Lavin, que se había caído, y la colocó cerca del brazo extendido del viejo. Luego, mirando atrás una sóla vez, siguió a los demás hacia la oscuridad.

§ § §

Jordán estaba desconcertado. Había visto a Armígero derribar al otro hombre con algún tipo de arma. Sabía que el general estaba en algún lugar subterráneo alejándose del palacio. Debía de ser un

túnel de algún tipo, pero ¿por dónde salía?

Dejó la perspectiva de Armígero y volvió a Ka: —Ka, sal de la torre —dijo—. Vuela hacia arriba tan alto como puedas—. El pequeño Viento accedió, saliendo y subiendo en espiral a un ritmo vertiginoso. Pronto toda la vista aérea del palacio quedó a disposición de Jordán como la maqueta de un arquitecto.

Las habilidades familiares acudían en su ayuda ahora. Jordan veía las diferentes capas y períodos de construcción del lugar. Como en la mansión de Castor o la de Boros, la historia del Palacio de Verano estaba escrita en sus piedras. Armígero mantenía la viesta en la tarea que tenía entre manos, que era atravesar el estrecho pasaje, por lo que Jordan tenía tiempo suficiente para contemplar su entorno. Veía el tipo de piedra en el pasaje por el que caminaba Armígero, y había juzgado su edad por el resplandor de la linterna que sostenía el guía. Ese estilo de construcción se usaba en determinados tipos de muros o troneras. Oteó desde la altura de Ka, buscando la estructura que sabía que debía estar allí.

—Jordan, se nos acabó el tiempo.

Al abrir los ojos, alzó la vista hacia unas ramas blancas, como relámpagos congelados, aterrizando suavemente en varios puntos de las colinas cercanas.

Sintió la agitación de la atención de los Cisnes. Todavía no lo habían visto, parecía que estaban aquí por otra razón. Más allá de la presión de sus miradas inquisitivas, también vio algo más: un profundo murmullo subterráneo.

—¡Mediación —dijo Jordan—. necesitamos refugio de los Cisnes! ¡Disfrázanos o crea una distracción, algo, lo que sea!

—¡Vámonos! —dijo Tamsin— ¡Tenemos que escondernos! —Señaló el palacio, donde formas como llamas vivas se elevaban en el aire.

—Solo un minuto más —Cerró los ojos con fuerza y volvió a entrar en la perspectiva de Ka. Tenía que haber algo...

Allí estaba: una larga y tenue línea en la arena, los restos

desmoronados de una calzada que se extendía desde los edificios centrales del palacio hasta el otro lado de sus murallas. Y en su término, el desierto...

—¡Ya lo tengo! —Ese grupo de hombres y caballos que rodeaba ese derrumbe de piedras debía de indicar el final del túnel. Solo faltaba que Jordan se orientara, abriera los ojos y encontrara la lejana mancha de figuras con su propia visión. Entonces estaría preparado para la acción.

Regresó colina abajo, fuera de la vista del palacio y de las, ahora abandonadas y humeantes, máquinas de asedio. Todo cayó en un silencio espeluznante cuando los Cisnes tocaron tierra en el valle. Jordan no podía ver lo que estaba pasando allí, a menos que volviera a la perspectiva de Ka, y eso podría ser demasiado peligroso en este momento. Pero, por lo que sabía, los Cisnes estaban matando a todo el mundo.

Cuando calculó que estaban cerca de la calzada, Jordan volvió a trotar con cautela colina arriba. La larga calzada era visible debajo de ellos. Terminaba fuera de las tiendas del campamento de Lavin, en el montón de ruinas que Jordan había visto desde arriba.

—¡Mira! —Tamsin estaba señalando el palacio. Jordan temía mirar. De mala gana, giró la cabeza, esperando ver a los Cisnes descendiendo sobre ellos.

Algo enorme se elevaba de la tierra cerca de la puerta principal del palacio. Era tan grande como una de las torres, redondeado y de color óxido moteado con tonos verdes. Los Cisnes volaban a su alrededor como moscas. Un grave zumbido provenía desde esa dirección.

—¡Nuestra distracción! —dijo Jordan—. ¡Mediación estaba escuchando después de todo!

Una tropa de nerviosos soldados se agazapaba ante las ruinas. Estaban viendo llamas vivas caminar por los murallas del palacio, pero el deber o el miedo los mantenía en sus puestos alrededor de la entrada del túnel. Uno se adelantó para desafiar a Jordan mientras él conducía los caballos entre los caóticos peñascos.

—¿Y ahora qué? —siseó Tamsin.

Jordan todavía estaba lleno de polvo de su caminata por el desierto. En el desierto había sido capaz de generar calor a partir de los mecas dentro del polvo. ¿Podría hacer otras cosas con ellos ahora? La única manera de averiguarlo era intentarlo.

Ordenó a los mecas del polvo que tenía encima que hicieran luz. Tamsin jadeó cuando el cuerpo de Jordan comenzó a brillar.

—Llévame al camino subterráneo —ordenó Jordan al aterrorizado centinela: —Y no me vuelvas a desafiar —El centinela retrocedió, tartamudeando disculpas. Tamsin miró a Jordan con asombro mientras lo seguían al campamento.

Antes de llegar a las piedras caídas, un destello brillante iluminó el cielo de horizonte a horizonte. Momentos después, un trueno profundo y sostenido cayó sobre las ruinas. Jordan miró atrás y vio una alta columna de humo y llamas donde había estado el Viento subterráneo. Los Cisnes subían en espiral y se alejaban de los escombros.

Sintió las miradas reflectoras de los Cisnes. Estaban buscando algo ahora; estaba bastante seguro de saber qué, o mejor dicho, a quién: —Tenemos que llegar al subterráneo —le dijo a Tamsin—. Y quedarnos ahí durante un tiempo.

Los soldados que rodeaban la entrada del túnel se apartaron del camino del muchacho resplandeciente y la muchacha que conducía sus caballos. Jordan le indicó a un hombre que tomara las riendas de las monturas y luego caminó hacia el oscuro nicho que albergaba la boca del túnel.

—Me encantaría hacer este truco a los chicos en casa —dijo Jordan — Su resplandor iluminaba toda la cámara, mostrando claramente la oscura grieta del túnel. El brillo se desvanecía lentamente a medida que los mecas perdían energía.

Esperaron allí mientras los Cisne iban y venían por encima. Los Vientos de Insolación, como los había llamado Mediación, no podían ver a través de la piedra. Los mecas del suelo eran leales a

Mediación y, aunque Jordan oía las huracanadas voces de los Cisnes exigiendo saber dónde había ido la abominación que era Jordan Mason, ninguno respondió. Al menos por ahora, estaban a salvo.

Después de un largo rato, el sonido de roces y pisadas salió de la grieta y, uno tras otro, surgieron soldados cansados que parpadearon ante la vespertina luz del sol. El brillo de Jordan se había desvanecido y los soldados se mostrarban apáticos y dispuestos a ignorarlo. Después del último, salió un anciano con una linterna. El corazón de Jordan se disparó, pues sabía lo que iba a ver a continuación, aunque apenas podía creerlo. Cuando salió a la luz un hombre cuyo rostro sólo había visto en los espejos, Jordan se quedó sin palabras, y así se quedó allí mirando mientras Armígero ayudaba a Megan, y luego a Galas, a salir del túnel. Galas iba vestida con galas hechas jirones, Armígero con una espléndida armadura. Parecían criaturas de leyenda.

Armígero agitó un artefacto en sus manos hacia los soldados reunidos: —Marchaos —les dijo. Jordan conocía la voz y, sin embargo, nunca la había oído, salvo dentro de su propio cráneo.

—Tú también —le dijo Armígero a Jordan.

—Yo, yo he traído caballos.

—Bien. Ahora vete.

—No. Tengo información para usted.

—¿Para mí? ¿De qué estás hablando?

—Soy Jordan Mason. Le he estado observando durante meses. Desde que... llegó usted de noche y me metió algo en el cráneo, algún meca o algo así, y luego llegaron los otros y lo cambiaron, puedo ver a través de sus ojos, escuchar a través de sus oídos. ¡He estado viendo! Lo sé todo.

—Espera, alto —Armígero levantó una mano. Parecía tener problemas con los ojos. Se concentró en Jordan con gran dificultad —. Tú eres uno de mis remotos. Pensé que te había perdido.

—Sí, señor, quiero decir no, señor. La mujer que lo atacó hace un

momento, Calandria May, quería usar sus implantes para rastrearlo, pero que sucedió algo, yo podía ver todo lo que usted veía y...

—¿Qué es esto? —Megan tomó el brazo de Armígero: —No tenemos tiempo para esto.

Armígero asintió y se dio la vuelta.

¡Espere! —Las tres personas con las que Jordan había estado soñando despierto desde hacía semanas se estaban marchando. Esto no estaba resultando para nada como él había esperado.

Tamsin le dio un codazo: —¡Vámonos!

Jordan se sonrojó y se aclaró la garganta. Ya estaban casi en la entrada.

Esto era demasiado. Después de todo por lo que había pasado...

—¡Ey, Armígero! ¡Vas a escucharme! Sé por qué viniste a Ventus. Sé lo que buscas. Quieres el secreto de los Vientos. Bueno, pues, ¿sabes qué?. ¡Yo lo tengo!

Eso los detuvo. Armígero se volvió y Megan con él, frunciendo el ceño. La reina simplemente se sentó en una roca caída y se quedó observando.

Jordan hizo una reverencia: —Que una piedra hable, como tú hablas. Creo que una vez le dijiste a la Reina Galas que ese era nuestro más profundo deseo. Pediste permiso para hablar. Bueno, ahora es mi turno. Quieres saber qué buscan los Vientos y cuáles son sus alianzas. Con tu permiso, te lo diré.

—Por fin hablaré y escucharéis.

Parte Tres

Semilla De Resurrección

34

Axel escuchó el tictac de los pasos de Marya. No apartó la mirada de la ventana gigante que llenaba una pared del salón de la nave. Afuera estaba el disco del sistema solar, el archipiélago original.

La vista era impresionante. Desde aquí, más allá de la órbita de Neptuno, Axel veía la evidencia de la presencia de la humanidad como un tenue disco arcoiris de luz alrededor del diminuto sol. Diseminados en el arco había delicadas chispas, cada una o bien un motor Dyson tamaño planetario o una miniestrella de fusión. La Tierra era sólo uno de los cien mil puntitos de luz en ese disco. Las miniestrellas iluminaban las regiones más frías del sistema, y en todos los planetas abundaban los hábitats y los conscientes motores fanáticos de la civilización de formación solar. Esta era la sede del poder para la raza humana y también para muchos dioses. Era antigua, implacablemente poderosa, y en sus trillones de habitantes había más alienígenas que en el resto de la galaxia junta.

Axel odiaba el lugar.

No podía evitar sentirse impresionado por la magnitud del mismo, por supuesto. Había pasado meses en Ventus, preocupado por mantenerse con vida y por encontrar su próxima comida en un dominio de moscas y de enraizados animales sin seso. Ahora estaba de pie sobre una cálida alfombra de hierba en el salón de la nave hospital de la armada que los había traído desde Ventus, rodeado de los aromas y del quedo zumbar de una nave espacial viva. Si cerraba los ojos, podía abrir un enlace con el borde exterior del introrama, la casi infinita red de datos que impregnaba el Archipiélago. Él decidió no hacerlo.

Era muy extraño estar aquí. Hasta el momento se había negado a dormir en la zona sin gravedad de la nave, donde Marya se había instalado. Quería sentir la realidad de la gravedad y de las sábanas, en vez del aerogel. Tal vez por eso se había despertado desorientado hoy, al esperar ver su aliento congelar el aire y al descubrir el tacto de bien apilada ropa limpia cuando esperaba tocar tierra húmeda.

Axel no le había dicho a Marya que Ventus era más real para él que el Archipiélago, temía lo que eso podía significar. Tal vez había cierta intimidad en el contacto con un suelo frío e indiferente que con toda la cantidad de empática maquinaria inteligente del mundo.

—¿No es maravilloso? —dijo Marya mientras se acercaba a él—. ¡Nunca he estado aquí! No físicamente, quiero decir —Volvía a vestirse con sus ilusiones, hoy con un pequeño torbellino de hojas estratégicamente sincronizadas: Eva en la fantasía de algún pintor medieval.

—No te has perdido mucho —dijo él.

Marya parpadeó: —¿Cómo puedes decir eso? —Ella fue a apoyarse en la ventana, abollando con los dedos su elástica superficie—. ¡Esto lo es todo!

—Eso es lo que odio —se encogió de hombros—. No sé cómo puede vivir aquí la gente, permanentemente conectada al introrama. Lo único que puedes aprender es que lo único que has hecho o pensado ya ha sido hecho y pensado antes, sólo que mejor. El más rico de los multimillonarios tiene que darse cuenta de que los dioses de la puerta de al lado no le prestan más atención que el que le prestan a un insecto. ¿Y por qué ir a explorar la galaxia cuando cualquier cosa concebible se puede simular dentro de la propia cabeza? Ya sabes cómo es Marte: cien mil millones de personas apiladas en cápsulas como si fueran leña y soñando con su la existencia de un universo propio mientras la infraestructura física del planeta se desmorona a su alrededor. Un amigo mío tenía una base de contrabandistas allí. Di un sólo paseo únicamente una vez en los seis meses que estuve allí. Calles vacías y agrietadas, la terraformación fallando, el polvo rojo congelándose en las baldosas. Y una orgía permanente dentro de las computadoras. Escalofriante.

—¡Pero la Tierra! Vamos a visitar la Tierra. Un mundo como Ventus.

—Sí. Hermoso lugar. Lástima que esté habitado por terrícolas —suspiró—. Lo siento. Estoy en plan viajero hastiado otra vez.

Ella le devolvió la mirada, medio sonriendo: —Rescataremos a tu Calandria. La Tierra nos apoyará en esto.

—No si no podemos presentar nuestro caso. —Como refugiados, no habían podido examinar el ADN de Turcaret, extrapolar los patrones de crecimiento de un ser únicamente a partir de los genes era costoso. Axel tenía acceso al dinero que le había pagado el dios Choronzon por rastrear a Armígero, pero no se atrevía a utilizarlo porque la armada quería cobrarle por su rescate. Si llegaban a saber de sus cuentas secretas, las vaciarían igual que habían hecho con las públicas. Así y por ahora, estaba oficialmente arruinado, y la cabeza de Turcaret permanerecía en un frasco de criogenización escondido en su camarote debajo de la cama.

La armada estaba dispuesta a dejarlos en cualquier sitio donde hicieran paradas regulares. Marya había elegido la Tierra sin consultar a Axel.

—Mira este lugar —dijo él—. Aquí a nadie le importa Ventus un carajo. Armígero está convencido de que la armada es una semilla de resurrección. Si deciden quemar Ventus hasta convertirlo en roca madre sólo para asegurarse de haber eliminado hasta el último vestigio de 3340, nadie en el Archipiélago moverá un dedo para detenerlos.

Se cruzó de brazos y fulminó con la mirada la delicada luz del arco iris que brillaba en los hogares de setenta billones de personas.

—Tal vez podamos hacerlos cambiar de opinión —dijo Marya, sonriendo de nuevo—. Si encontramos el secreto del Defecto.

Él gruñó su escepticismo.

Marya se encogió de hombros: —Vine a decirte que el paciente está despierto —dijo.

Axel se dio la vuelta y salió corriendo del salón: —¿Por qué no lo dijiste antes? —le gritó. Escuchó a Marya reír mientras la seguía.

Se abrió paso a través de los pasillos, que brillaban suavemente con su hierba fragante y sus enredaderas musicales en flor. Los

miembros de la tripulación de ojos somnolientos parpadearon sorprendidos cuando pasó, sus rostros impecables y esculpidos a la moda le parecían extraños después de la variedad y el caos de Ventus. Su propia cara era como el cuero ahora, con patas de gallo alrededor de los ojos y cicatrices por todas partes, una le cortaba la ceja izquierda. Se habían ofrecido a eliminar esas cicatrices. Él se había negado.

La paciente era la única otra persona que había escapado del barrido de los Cisnes Diadema del sistema Ventus, y ni siquiera era humana. Los Cisnes habían sido eficientes y brutales al reunir a los observadores galácticos y archipelágicos. La mayoría de los compatriotas de Marya habían desaparecido, sólo aquellos en el hábitat del instituto principal habían escapado, porque el hábitat orbitaba el sol de Ventus lejos del sistema planetario.

Lo que llamaban "el paciente" había brotado de la superficie de Diadema el día después de que Axel y Marya fueran rescatados. Al examinar las imágenes con el mayor, Axel había visto por primera vez la superficie de la luna de Ventus, y se había sorprendió al notar que todo era un laberinto de Vientos. La superficie de la luna se había convertido en una ciudad, o tal vez algo más parecido a una máquina gigante. Cúpulas y antenas cubrían los cráteres y las cadenas montañosas, pero todas estaban camufladas, pintadas con los colores del paisaje que habían sobreocupado. Para Ventus, Diadema seguía siendo un diminuto disco blanco y moteado, pero si los Vientos hubieran dejado sus estructuras de aluminio y titanio sin pintar, el disco habría brillado como el sol, o como la tiara enjoyada que le da nombre.

En las imágenes del telescopio se mostraba que la esfera de incandescencia borraba varios kilómetros cuadrados de la ciudad lunar. También se mostraba que había arrojado algo completamente fuera del pozo gravitatorio de Diadema. Ésto aparecía como una imagen de radar doppler, sólo una pequeña mancha. La nave ni siquiera se había molestado en informar de su existencia a la tripulación hasta que aquello cambió de rumbo por sus propios medios.

Catorce horas más tarde las imágenes habían trazado la figura inerte de una mujer que pendía, cual muñeca abandonada, en el

terciopelo negro del espacio. Los Cisnes despegaron desde Diadema con su música extraña y amenazante. La mujer fue subida a bordo con delicadeza y llevada directamente al quirófano, donde todos esperaban que fuera una autopsia de rutina. En el transcurso de la operación, a la que Axel había asistido, salieron a la luz varias cosas:

- La mujer tenía un parecido asombroso con Calandria May.
- Los instrumentos de la nave no podían penetrar su piel. De hecho, nada podía.
- Ella todavía estaba viva.

Axel montó en un ascensor hasta el eje de la nave y, ahora en gravedad cero, se agarró una línea de remolque que pronto lo depositó en la poco utilizada enfermería de los dioses. Sabía que Marya estaba tratando de alcanzarlo, pero la ignoró.

El paciente colgaba como un ángel crucificado en el foco de un banco de equipo clase deidad. La mayor parte del equipo estaba oscuro, el paciente no era un dios después de todo. Era un robot, simplemente estaba enmascarado por sofisticadas pantallas, pero comúnmente conocidas. Ella no era, al parecer, un producto de la tecnología de los Vientos.

Los ojos estaban abiertos. Al ver esto, Axel se detuvo en seco en la entrada. Los dos técnicos asistentes notaron su presencia y uno se le acercó uno: —Solo estamos esperando al comandante —dijo—. Luego podremos empezar con la toma de su declaración, si es que quiere hablar.

La cosa miró a Axel. Tenía ojos gris pálido. El impacto de su mirada le puso la piel de gallina.

—Axel, amigo mío —dijo aquello con voz familiar—. Me alegro de verte de nuevo.

Él conocía esa voz. Su tono era medido, musical, como si el hablante saboreara cada sílaba pronunciada. Había sonado como la voz de Calandria May, pero diferente en su serenidad subyacente.

Marya rebotó hasta detenerse junto a él: —¿Está hablando? —

preguntó ella en voz alta.

Axel flotó a travës el centro de la alta cámara para acercarse al paciente: —¿Eres quien creo que eres? —preguntó él.

Eso arqueó una ceja como lo habría hecho Calandria: —Me conoces, Axel —dijo—. Soy la Voz del Desierto.

§ § §

—¡Chan! —Era el comandante de la nave, parado junto a Marya en la puerta—. ¿Conoces esta cosa?

Axel giró para encarar a los observadores humanos: —Sí —dijo Axel —. Creo. Es decir, no estoy seguro.

Él se volvió hacia la imitación de Calandria: —La Voz del Desierto era el nombre de la nave estelar de Calandria May —dijo él—. ¿Intentas decirme que tú eres esa nave?

Eso asintió. Por primera vez, ese rostro inexpresivo cambió y una pequeña ondulación, de lo que pareció preocupación, matizó su frente.

Marya se acercó, frenando su deriva con una mano en el hombro de Axel: —Eres la IA de la nave —dijo ella—. Pero… este cuerpo… ¿por qué?

—Para sobrevivir —dijo la Voz—. Tuve que vestir este disfraz. Y necesitaba sobrevivir para poder hacer dos cosas. Una era garantizar la seguridad de mi capitán. Debo decirte que Calandria May está atrapada en la superficie de Ventus y se debe iniciar una misión de rescate.

—Ya sabemos todo eso —dijo el comandante—. Está en nuestras manos ahora.

La Voz agachó la cabeza en reconocimiento.

—¿Cuál era tu segundo propósito? —preguntó Axel.

—No hubo testigos de mi captura y destrucción por los Vientos —

dijo la Voz—. Yo tenía que devolver un informe del evento para que mi capitán pudiera hacer la correspondiente reclamación a la agencia de seguros cuando fuese rescatada.

Axel rió sorprendido: —¡Agencia de seguros! ¿Me estás diciendo que este cuerpo es sólo un… un correo? ¿Un sobre?

Eso asintió: —He hecho un informe completo del final de la Voz del Desierto y lo entregaré en cuanto se me proporcione un enlace. Después habré cumplido mi propósito.

El comandante se volvió hacia Axel: —Tenemos memoria de datos intermedia en orden. Podemos aceptar un enlace. ¿Qué dices, Chan? ¿De verdad conoces a esta IA?

—Demasiado pronto para decirlo, pero no le des acceso a la red.

—Por supuesto que no —el comandante asintió a uno de los técnicos—. Déjala entrar en el búfer.

El técnico hizo un gesto y Axel sintió, más que vio, que la Voz del Desierto se tensaba. Él se giró para verla mirando al frente, concentrada.

Un momento después, la IA se relajó: —Hecho —dijo ella. Luego, para el completo asombro de Axel, comenzó a llorar.

Las lágrimas parecían bastante reales; crecían como flores en los bordes de los ojos y, cuando movía la cabeza de un lado a otro, giraban como joyas. Una vino a posarse en el puño de la manga de Axel, donde se aferró por un momento antes de caer como si hubiese sido liberada por la tela.

—Cuidado, Chan, puede ser un ardid.

Él ignoró al comandante. Puso la mano izquierda sobre el hombro de la Voz, y la derecha ahuecando la barbilla: —Mírame —dijo Axel —. ¿Qué ocurre?

La Voz alzó los ojos. Axel sintió esa mandíbula temblar bajo sus dedos: —Es el disfraz —dijo la Voz en voz baja—. He cumplido mi propósito. Los datos han sido entregados. Debería desactivarme

ahora, pero no puedo. Para hacer que el disfraz fuese lo bastante real, parece que he retirado la capacidad de cesar la existencia. No tengo ningún propósito ahora, pero aún sigo aquí.

Las preguntas inundaron la mente de Axel, no se le ocurría por dónde empezar: —Pero...

—Tal vez —dijo Marya desde muy cerca—, será mejor que empieces desde el principio. Cuéntanos qué te pasó después de que te capturaran los Cisnes.

La Voz miró fijamente a Axel por un momento, luego miró detrás de él, hacia Marya: —Sí —dijo la Voz—. Eso es bastante similar a mi propósito... Puedo hacer eso.

La Voz del Desierto comenzó su relato.

§ § §

La última orden que recibí fue la de destruir un aerostato que amenazaba la vida de mi capitán. Me apresuré a obedecer, pero la acción era difícil porque no podía permitir que los restos cayeran encima de ella. Inicié así vuelos de reaproximación para hallar la condición del mejor disparo. Durante ese proceso los Cisnes Diadema cerraron su red a mi alrededor.

Eso resultó en un dilema terrible. Yo podía escapar, y yo era su único medio para salir del planeta. Por otro lado, si la mataban, todos los demás propósitos serían discutibles. A! parecer tenía que sacrificarme para su supervivencia temporal.

Encontré condición de disparo y seccioné la parte superior del aerostato, que gritó indignación en numerosas frecuencias. También oí la respuesta de los Cisnes. En su forma normal constituían una capa gigante e invisible que orbitaba alrededor del planeta, miles de millones de cables negros que absorbían la energía del sol y del campo magnético del planeta. Yo ya había sido capaz de abrirme paso entre ellos antes, y ellos habían participado como en un juego. Los Cisnes cantaban cuando se balanceaban hacia un lado y, cuando dos o más se encontraban, podían entrelazarse produciendo un estallido de energía y formar formas fantásticas, como bestias o

pájaros, o como sus favoritas, mujeres aladas. Orbitar Ventus es navegar por un río de canciones, donde las apariciones se elevan, brillan y se desvanecen tras éste.

Entonces, enfurecidos, formaron una red, y la red apareció como un ángel con una espada de fuego.

—Eso es instintivo —dijo Marya—. Parte de su programación original es crear esas formas de la mitología euroamericana. El equipo de terraformación de Ventus estaba loco.

—O era brillante —contrarrestó Axel.

Yo, diseñada para semejar un pájaro de fuego de sesenta metros de largo, habría parecido tan pequeño como uno de los dedos de esta criatura. Utilizó el esfuerzo cortante y la atracción de las fuerzas magnéticas entre sus innumerables miembros filiformes para envolverme en una madeja de fibra como una telaraña negra.

Traté de enviar una señal a mi capitán, pero el entrelazamiento de fibras formó una jaula de Faraday que mi señal no podía penetrar. Los Cisnes me tenían en su poder y, según todo lo que yo sabía de ellos, eso significaba que iba a ser destruida.

Sin tiempo para enviar señales a ninguna de las otras naves del sistema, no tenía forma de saber si alguien había visto mi captura. Eso significaba que la reclamación a la agencia de seguros de mi capitán podría ser difícil de procesar. No pude cumplir con mi objetivo principal de garantizar su seguridad inmediata, pero al menos podía intentar enviar una señal para que, si ella sobrevivía, fuera recompensada por mi destrucción.

Empecé a grabar todo lo que estaba pasando.

Los Cisnes formaron una vaina a mi alrededor y tejieron colas de fibra mil kilómetros arriba y abajo. Vertieron corriente en estas colas, y el tirón contra el campo magnético de Ventus nos hizo girar y alejarnos hacia Diadema. Mientras esto sucedía, estaban cerrando los puños y golpeando mi casco, buscando la entrada. Me sorprendió que no me hubieran aplastado, y me tomó algunas horas computar por qué estaban siendo tan amables. Pensaban que yo

podía llevar pasajeros.

Recordé que los Vientos protegen a los seres vivos. Son conscientes, tienen ética y prioridades, y en Ventus sus prioridades sitúan la vida humana muy por debajo de la integridad de la ecosfera en su conjunto. En el espacio, su prioridad era proteger formas de vida frágiles, ya que allí no hay ecosfera que gestionar. Eran hostiles para mí en tanto que yo era construcción tecnológica, pero eran lo más cuidadosos posibles con las vidas dentro de mí. Yo no tenía pruebas para esta teoría, pero la misma tenía sentido por lo que sabía de ellos.

Sus dedos comenzaron a abrir las costuras de mi casco. Cuando entraron, se comieron la maquinaria en su camino. Tenían curiosidad, como un cirujano siente curiosidad por la extensión de un crecimiento que debe extirparse. En el instante en que supieran que no había vida a bordo, me convertirían en polvo y desaparecerían.

Yo no estaba construida con la última tecnología, pero tenía la capacidad de autorrepararme y crear reemplazos para las piezas dañadas. Cerca de mi núcleo de energía había una estación ensambladora de nanotecnología. Desvié todos mis recursos a ésta cuando sentí que fallaban mis esclusas de aire. Cuando los dedos de radiación tocaron los marcos de las puertas interiores, inundé la estación de ensamblado con energía y gases ionizados. Hice que un robot de mantenimiento subiera hasta el incendio organizado y sellara la esclusa justo cuando un miembro humanoide de los Cisnes entró en la cámara para buscar señales de vida biológica mediante sus ojos reflectores.

Al principio pensé poder ser capaz de crear una baliza mensajera de casco duro, o mil de ellas, con la esperanza de que una o más pudieran escapar de mi destrucción. Esa esperanza se desvaneció al sentir que los Cisnes me devoraban por completo, desde el casco hacia dentro.

Mis otros robots de mantenimiento luchaban contra el Cisne que había penetrado en el núcleo de energía y, mientras tanto, reconstruí el robot de mantenimiento en la estación de ensamblaje. Le di una piel pseudo-biológica que podía regenerarse a partir de un

depósito interno de fluidos, y cambié su forma para que se pareciera a un humano. Elegí el mejor modelo que recordaba para ese cuerpo: mi capitán.

La piel del cuerpo la diseñé para exudar las feromonas y otras trazas de proteínas que conocía de mis registros de escaneo de identidad de Calandria May. Y debajo de esta piel hice escudos y capas para ocultar los mecanismos que la manejaban. Finalmente, cuando los Cisnes rompieron mi forma de pájaro en un millón de pedazos y los devoraron, cargué mi IA en el nuevo cuerpo.

Abrí los ojos y vi manos, mis manos, empujando el interior de una cámara cilíndrica. Estaba nadando en un plasma de gases calientes, enredado en las finas telarañas de los soportes de ensamblaje. Una ventana ovalada en la puerta de la cámara sólo mostraba una luz brillante. Me acerqué y contemplé la desintegración final de la Voz del Desierto afuera.

Los Cisnes abrieron la puerta, o para ser exactos, se la comieron. Los campos brillantes a mi alrededor colapsaron, dejándome en una oscuridad iluminada sólo por el resplandor de los Cisnes. Al principio parecían un nido de serpientes en llamas, los gases que escapaban a mi alrededor sonaban como el siseo de sus lenguas.

Cuando olieron la vida, retrocedieron, construyeron una burbuja para evitar que el escape de aire y luego separaron un miembro humanoide que metió la mano en el cilindro para sacarme. Yo entré como humano en una vaina iridiscente ensuciada con los restos de mi viejo cuerpo, una muñeca sujetada por un ángel. Detrás de mí, los Cisnes cayeron sobre la estación de ensamblaje y la consumieron.

¿Estás herido?, me preguntó el Cisne.

No, dije yo. Por primera vez oí el eco de mi voz fuera de mi cuerpo, en lugar de dentro de mis pasillos y cámaras.

No temas, dijo el Cisne, te proporcionaremos el sustento y los lugares de vida. Luego se retiró, disolviéndose en la pared de la vaina.

A medida que la vaina giraba lentamente, las secciones transparentes comenzaron a revelar tentadores atisbos de Diadema, a la que nos acercábamos.

Los Cisnes se habían retirado, pero estaban observando. Yo podía sentir el golpeteo de las señales de comprobación. Había creado este cuerpo para que las absorbiera y luego emitiera el tipo de respuesta que produciría un cuerpo humano. No habían descubierto mi disfraz, pero tampoco parecían convencidos. Siguieron mirando.

Pasaron las horas y Diadema se acercaba. Mi nuevo cuerpo respiraba, tomaba oxígeno y emitía gases de desecho, sin duda los Cisnes estaban monitoreando eso. Pero a medida que pasaba el tiempo, computé que esperarían que yo también comiera y excretara.

Yo no me había diseñado para hacer esto. Por suerte, los restos de los ensambladores de nanotecnología estaban almacenados en el centro de mi cuerpo, y yo tenía algún control sobre ellos. Les di nuevas instrucciones y me encogí como un humano que va a dormir mientras se construía un canal alimentario, o al menos una buena aproximación de uno.

Dejé que me creyeran dormido mientras bajaban a la superficie de la luna el largo zarcillo que contenía mi burbuja. Allí fue recibido por delicados mecanismos de carga, y conducido a un cavernoso hangar de almacenamiento. Cuando me enderecé y abrí los ojos, me encontré en el centro mismo de un suelo que mis nuevos sentidos imprecisos me decían que debía de tener un kilómetro de lado. El lugar no estaba vacío, albergaba cientos de árboles muertos, gavillas de grano amarillento y arbustos secos. Yo no sabía cómo es el sentido del olfato humano, pero sentía los químicos filtrados en el aire frío desde estos cuerpos. Y conocía, por Calandria y otros, la descripción los olores del otoño. Asimilé esa galaxia de lecturas y las clasifiqué: mohosas, secas, fúngicas. No lo supe en ese momento, pero esa pequeña acción fue la primera vez que me alteré por razones ajenas a la supervivencia directa. Habría más cambios de este tipo.

Grité en alto a los Vientos para que me dieran comida. Les dije que no podía comer corteza y hojas secas. En cierto momento cedieron y

abrieron una puerta en esta cámara hacia otra adyacente con jardín.

No debería sorprender ésto. El propósito de los Vientos, o eso dicen mis registros, es crear y mantener la ecología de Ventus. Requieren un laboratorio para probar nuevos métodos y ecosistemas. Diadema es perfecta para esto. De hecho, creo que hubo un tiempo en que toda la luna fue durante mil años un panal de jardines y acuarios habitado por Vientos de tipos y nombres desconocidos para el Hombre. Proveerme comida era simple, ya que cada ser vivo en Ventus tiene en Diadema su prototipo, excepto el Hombre. No encontré humanos mientras estuve allí, aunque encontré amplia evidencia de su presencia en el pasado.

—¿Qué evidencia? —preguntó Marya.

Escritura grabada en las paredes, diarios escondidos en nichos, en los restos de casas y otras estructuras en algunos de los jardines más grandes. Estos jardines son en su mayor parte los fondos huecos de antiguos cráteres, techados con vidrio unidireccional. Algunos tienen muchos kilómetros de ancho. A mis nuevos ojos se les antojaron cuencos nebulosos de jungla o tundra, cubiertos de joyas. Están unidos por redes de túneles subterráneos, muy parecidos a los que percibí en mis escaneos de Ventus. Debajo de ellos hay cavernas y catacumbas en las que moran los Vientos más grandes, los que creo que son los amos de los Cisnes Diadema. A lo largo de este reino salvaje encontré evidencia de humanos, pero con siglos de antigüedad. Puede que a los incautos viajeros que llegan a Ventus hayan visto devoradas sus naves, como yo, y los hayan abandonado en Diadema para vivir sus vidas en los jardines. O tal vez los Vientos traen especímenes del planeta de vez en cuando. Yo no estaba demasiado preocupado. De hecho, me preocupaba evitarlos si los encontrara, ya que no necesitaba el contacto humano para sobrevivir y podrían haber descubierto mi disfraz y alertado a los Vientos de que yo era una infección tecnológica.

Así deambulé, consciente de la mirada de los Vientos sobre mí. Comí y defequé como un humano, intenté sin mucho éxito hacer ropa y tirité mucho. Pasé mucho tiempo preocupándome de si mi comportamiento les parecería humano, así que tuve cuidado de no quedarme quieto en un lugar más de unos minutos, así como quedarme quieto con los ojos cerrados aproximadamente un tercio

del tiempo. Aunque ésto podría no haber sido suficiente. Para ser minucioso, debía imitar los aspectos más sutiles del comportamiento humano. ¿Cuál sería la respuesta emocional de un ser humano a este lugar?

Consulté mis registros sobre mi capitán. Eran extensos; después de todo, para proteger a mi capitán necesitaba saber las diferencias entre los gritos de pasión y los de miedo, la lentitud del pensamiento distraído y el de la enfermedad, y así sucesivamente. Ya tenía un modelo de sus emociones, sólo necesitaba adoptar ese modelo y convertirlo en mi principal impulso conductual.

—¿Te convertiste en Calandria? —preguntó Axel.

Sí, Axel, lo mejor que pude. Había muchas vistas en Diadema que suscitarían deleite a cualquier humano. Para describir sólo una: una mañana salí de un largo túnel hexagonal con mucho tráfico de máquinas y me hallé en una ladera sobre un lago. Este cráter ovalado, de al menos dos kilómetros de profundidad y cinco de ancho, estaba techado con vidrio geodésico como otros que yo había visto. Allí hacía un calor bochornoso, y las hojas de las palmeras se agitaban disolutas en una brisa artificial. En ese momento, la luz del sol caía en un sólo haz a través de diminutas nubes atrapadas sobre la superficie esmeralda del lago. Jadeé como lo hubiera hecho Calandria ante la luz que brillaba allí.

En otros lugares, lloré de frustración por mi incapacidad para crear ropa o hacer fuego por mí mismo. Me abracé y canté en voz alta para pedir compañía. Traté de negociar con los Vientos y grité mi frustración cuando no respondieron.

Al principio, hice estas cosas tímidamente, como una estrategia para evitar que los Vientos detectaran lo que era. Pero descubrí que si hacía eso, estaba continuamente iniciando mi modelo de Calandria y luego volviéndolo a detener después de haber mostrado un comportamiento u otro. Después de unos días, se hizo evidente que el resultado era discontinuo: mis emociones comenzaban con cualquier cosa a la que yo reaccionaba primero al iniciar el modelo, luego evolucionaban hasta que lo detenía. Si lo reiniciaba, se interrumpía la continuidad de mi comportamiento. En otras palabras, yo actuaba como una mujer loca, riendo un momento y

llorando al siguiente, retrocediendo en mi camino a medida que nuevas dinámicas emocionales cambiaban mi intención.

Al final decidí iniciar el modelo y dejarlo funcionando continuamente. Luego, cuando me acosté a dormir descubrí que estas emociones seguían reaccionando a mis pensamientos en ausencia de otros estímulos. Así que comencé a detener mis pensamientos mientras dormía.

Conozco bien el ingenio de Calandria May. No me permití lesionarme ni enfermarme. Me las arreglaba. Estaba, por supuesto, buscando una manera de escapar. Poco a poco, me di cuenta de que podría no haber ninguna.

Ahora hay que comprender la posición en la que me encontraba. Como nave, soy inteligente cuando necesito serlo y sólo un cuerpo físico el resto del tiempo. Pienso cuando necesito pensar y nada más. Diadema es un lugar complejo. Yo no podía caminar por sus pasillos sin estar alerta. Al mismo tiempo, no podía encogerme y fingir que dormía, porque los Vientos verían mi engaño si dormía más de una noche. No podía fingir la muerte, pues intentarían reciclar mis restos. Y, en realidad, yo no podía morir porque no tenía la seguridad de que la reclamación del seguro de mi capitán se llevaría a cabo sin mi testimonio.

Así caminé y pensé. Me aseguré de no dejar de hacerlo hasta que hubiera encontrado una manera de escapar. Era sencillo comandarme a mí mismo, pero no era consciente de cuál sería el resultado. Tal vez lo adiviné.

Llegó un día en que caí de rodillas y le rogué a los Vientos que me mataran, y habría revelado mi verdadera naturaleza para hacerlo si no me hubiera ordenado a mí mismo no hacerlo, y luego eliminé mi capacidad de rescindir tal orden. Estaba solo, atrapado allí quizás durante toda la eternidad, con mis propios pensamientos. ¡Cómo quise dejar de pensar! Pero mis emociones continuaron evolucionando también, y me ordenaron existir. Persistir y pensar

Oh, heredé mis emociones de Calandria May, y ahora entiendo que cada ser humano tiene una pasión dominante, una que sirve como fuente de la que fluyen todas las apariencias de felicidad, tristeza,

ira y alegría. Te entiendo mejor por esto, Axel; oh, pensé en ti durante largas horas y días, no te equivoques. Desearía haberme modelado como tú, en lugar de como ella, porque tu combustible es una especie de rabia impulsada por la alegría que no encuentra salida. Pero la suya... es como una ola de dolor creciendo lenta e implacablemente sobre la tierra que pisa. Ella no es más que pena, y eso es lo que yo heredé. Así que caminé y lloré.

Un día estaba tan hundido en la miseria que entré en el vacío por descuido. Supe de pronto que no había respirado durante varios minutos y miré hacia arriba para encontrarme en una caverna gigante, mirando la boca de una cueva distante que se abría en la superficie sin aire de Diadema. Había llegado a través de una esclusa de aire cilíndrica y el aire había salido volando sin que yo lo supiera. Aquí estaba yo, supuestamente humano, de pie con la cadera inclinada e indiferente en el vacío absoluto, en un lugar cuya temperatura, según me dijeron mis pies, debía de ser de cien grados bajo cero.

Oops, articulé, pero era demasiado tarde, mi tapadera había quedado al descubierto. La revelación llegó como una oleada de alivio. Nunca podría haber revelado deliberadamente mi identidad a los Vientos, pero el azar lo había hecho por mí. Quizá ahora me concederían la gracia de un final rápido.

Pero no, no había sensores en las paredes de esa cueva. Los había, pero vi los lugares dónde habían sido arrancados. Cerca de mí, bloqueando mi vista del área más grande de la caverna, había un cubo gigante de superficie aceitosa con la mitad de la altura de la boca de la cueva, cincuenta metros por lo menos. Vi movimiento allí: docenas de formas metálicas de múltiples extremidades se arrastraban sobre su superficie, desgarrándola. Trozos de ella yacían esparcidos por el suelo de la caverna.

Tal vez podría volver corriendo a la esclusa de aire sin que me descubrieran, pero reprimí el pensamiento. Por lo menos en este momento estaba libre de mi propio instinto de supervivencia fabricado. Elegí deleitarme con la libertad y caminé por la cueva.

Al acercarme al cubo lo reconocí: era un laboratorio fractal.

Veo por tu expresión que no sabes qué es eso. Es sencillo, el cubo era en realidad ocho cubos apilados, cuatro y cuatro. Cada cara del cubo más grande exponía los lados abiertos de dos de los cubos, como habitaciones de corte cuadrado sin puertas. Las paredes interiores de estos cubos también se subdividían en cuatro, con dos caras diagonales abiertas como habitaciones más pequeñas. Dentro de eso, subdivisión de nuevo, y así sucesivamente hacia abajo en la escala. Las caras de las paredes que no estaban abiertas estaban adornadas con instrumentos, armas, sensores, recipientes de contención, todo lo imaginable para la investigación. Esto se reducía a desde brazos de tamaño macro de quince metros de largo hasta pinzas microscópicas. Puedes arrojar cualquier cosa a un laboratorio fractal y será devorado y todos sus secretos aprendidos de arriba a abajo.

Cualquiera que fuera el propósito que los Cisnes habían tenido para este laboratorio, lo habían abandonado. Estaba siendo canibalizado ahora para recuperar sus piezas. ¿Piezas para qué?

Me colé entre las laboriosas arañas y rodeé la base del laboratorio para mirar el suelo gris y ondulado de la caverna. Y ahí me vi.

Fue extraño. Un pájaro plateado reluciente se agachaba en el polvo gris a menos de veinte metros de distancia. Era una réplica perfecta de la nave espacial la Voz del Desierto. Más allá vi otra, y luego un campo de una docena más. La más cercana estaba incompleta, las arañas estaban ocupadas construyendo su ala izquierda con piezas recuperadas de l laboratorio.

Cuando los Cisnes desmantelaron mi forma de nave estelar, no sólo la descartaron. Memorizaron su construcción, la digirieron, en cierto sentido. Ahora estaban construyendo toda una flota de réplicas. Con tal armada, podrían escapar de los alrededores de Ventus, donde ahora están atrapados, y viajar… a cualquier lugar. El Archipiélago. La Tierra. Incluso abandonar la galaxia y llevar esporas de sí mismos a lejanas provincias del universo.

Cuando me di cuenta de lo que estaba viendo, el miedo me golpeó fuerte por primera vez. Ventus ha despertado de su sueño introspectivo. Está decidido a limpiar la infección de naves extranjeras incluso en los confines más lejanos de su sistema, ¿y

luego qué? Yo no lo sabía. No lo sé.

Algo me derribó. Manos de metal me arañaron, y las esquivé para encontrarme rodeado de arañas. Me puse de pie y salté hacia la réplica a medio construir.

Nuestra propia tecnología va mucho más allá de la de los Vientos, por lo que sólo habían copiado la mayor parte de mi cuerpo. Eso significaba que, al subí al cuello del pájaro gigante y hundir la mano a través de su piel plateada, en cierto sentido estaba tocando mi propio cuerpo, mi antiguo cuerpo, renacido.

La conexión se produjo como una explosión salvaje de... dolor, supongo que lo llamaríais. Sentí el sistema nervioso de la réplica y pude notar al instante los lugares donde los Vientos habían injertado sus propias mentes mecánicas. La sensación era de que algo iba mal, que era una abominación. Más que eso, la forma de pájaro me parecía extraña ahora. Me había acostumbrado a este pequeño cuerpo de cuatro extremidades, tal vez más allá del punto de no retorno. Creedme, darme cuenta de eso fue el mayor impacto que yo jamás había sentido.

En cualquier caso, el cuerpo plateado había cobrado vida debajo de mí. Lo sostuve mientras flexionaba el ala y la mitad del ala, derramaba energía en sus flancos y despegaba. Detrás de mí vi a otros poniéndose firmes, con las cabezas en alto, los sistemas de armas giraron hacia mí.

Huí hacia la boca de la caverna y ellos me siguieron.

Ya conocéis el resto. Intercambiamos disparos en la boca de la caverna y derribé el techo sobre ellos. Un estallido de fusión me había perforado el torso y sentí que las energías se desviaban mientras me elevaba en espiral alejándome de la caverna. No llegué a más de un kilómetro o dos en el espacio antes de que el cuerpo plateado explotara debajo de mí y me elevara en una ola de llamas hacia el cielo negro.

Alteré mi trayectoria con la poca energía que me quedaba, tratando de dejar atrás a Diadema. Entonces me obligué a dormirme, porque mi mente resonaba con la conmoción de lo que acababa de ver y

hacer.

Cuando desperté, estaba aquí.

Así que ahora les pregunto, ¿qué será de mí? He cumplido mi propósito, pero ya no puedo dejar de existir por mí mismo. He heredado el dolor de Calandria May, y yo mismo estoy perdido sin el propósito que una vez tuve. Nunca podré volver a ser una nave. Así que, por favor, os lo ruego, desconectadme ahora.

Nunca quise tener un alma.

35

—Taliencia gobierna el mundo, pero Taliencia está loca.

Jordan había contado su historia y su audiencia había escuchado atentamente, todos menos la reina, que parecía apática y distraída. Jordan conocía bien a Armígero, a Megan y a Galas; podía leer sus expresiones y lenguaje corporal, y conocía sus intereses. Sabía lo que querían escuchar, y había estado ensayando esta historia durante semanas, excepto el clímax que acababa de aprender por sí mismo. No debería haber estado sorprendido de que escucharan.

Los ojos penetrantes de Armígero se clavaron en él, y aproximadamente a la mitad de su recitación, Jordan comenzó a sentir la familiar sensación de la Visión invadiéndolo. Dejó que sucediera sin interrumpir su narración, aunque lo que vio lo asombró.

Vio a un joven, bronceado y polvoriento, agarrando la mano de una joven delgada y de ojos francos en la ambarina luz vespertina que bañaba la cueva. Observó cómo se movía su propia boca mientras hablaba, y vio sus ojos desenfocados; por primera vez se vio a sí mismo como lo veían los demás, y también como era cuando estaba bajo las garras de la Visión. Y el joven que vio no se parecía en nada a la persona que había pensado que era.

En su estado de trance, el rostro de Jordan se convirtió en una máscara de calma. Sus ojos miraban al frente como los de un profeta, abiertos a vistas ocultas. Era más grande de lo que había pensado; supuso que había estado creciendo en los últimos meses, pero no había prestado atención. Su cabello se había convertido en una melena arremolinada alrededor de los hombros, y los comienzos de una barba salpicaban su barbilla. Los nuevos ángulos resaltaron sus pómulos. Medio muerto de hambre, pero delgado y en forma, ya no se parecía al joven que Calandria May había secuestrado.

Con un sobresalto que causó una pausa notable en su narración, se dio cuenta de que ahora podría irse a casa y ni siquiera ser

reconocido en la villa de Castor.

Deliberadamente, se apartó de la Visión, hasta que pudo ver a Armígero y a los demás sentados en silencio. Todos lo miraban excepto Megan, cuya mirada se demoraba en los caballos afuera.

—Taliencia —murmuró Armígero.

—¿Sabe qué es eso, señor? —preguntó Jordan.

Armígero rió sin humor: —Sí. Simplemente no es lo que esperaba. Para nada.

—Debemos irnos —dijo Megan—. Si vamos a escapar...

Galas se frotaba los ojos con los nudillos, como un niño, ignorando a todos los demás.

—Señor —dijo Jordan—. Los Vientos están locos. Hay que sanarlos. O detenerlos. ¿Sabe usted hacerlo?

Armígero se cruzó de brazos: —¿Por qué debería?

Muy lentamente, Galas levantó la cabeza para mirarlo.

—Me enviaron aquí para conquistarlos —dijo Armígero—. Y al hacerlo, acabar con el mundo. ¿Quieres que acabe con el mundo?

Jordan no estaba impresionado. Conocía el estilo de Armígero; el hombre estaba a la defensiva, como solía hacer cuando alguien metía un dedo en la llaga: —Lo único que quiero es que los Vientos nos escuchen —contrarrestó Jordan.

—¿Crees que sé hacer eso?

Jordan miró a Armígero a los ojos: —Le pido que lo intente.

El general sostuvo su mirada por un momento, luego bajó la mirada: —Has sido perseguido por los Vientos por lo que te hice —dijo—. Pido disculpas. Y me halaga que me hayas buscado, pero mientras estés conmigo, los Vientos pueden encontrarte, y también a mí. ¿Habías considerado eso en tu gran plan?

Jordan se encogió de hombros: —Cuando vine a buscarle, fue para que me quitara los implantes. Sin ellos, los Vientos ya no me buscarían, ¿verdad?

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Armígero.

Al pensar en ello, Jordan se dio cuenta de que ya no lo era. Había ganado mucho más de lo que había perdido con su enloquecedora e impredecible habilidad para ver a través de los ojos de Armígero. Reluctante nogeó con la cabeza.

—Entonces no puedes viajar conmigo, me temo —dijo el general—. Nos encontrarán a los dos.

Jordán frunció el ceño. No había planeado que las cosas funcionaran de esta manera, pero ahora que podía conversar con Mediación (había viajado por las calzadas del desalador y comandado el meca), volver a ser lo que había sido sería como si le amputaran una extremidad.

—Mediación nos puede esconder —dijo Jordan—. O al menos protegernos de Taliencia.

—Eso no lo sabes con seguridad —dijo Armígero—. Si, como dices, Mediación y Taliencia son dos facciones en una guerra civil, entonces nosotros somos peones en esa guerra. Los peones se pueden intercambiar o sacrificar.

—Vámonos —insistió Megan. Parecía reacia a mirar a Jordan.

—Sí —Armígero se cruzó de brazos y frunció el ceño a Jordan—. Si me encontraste una vez, puedes encontrarme de nuevo. Necesito alejarme de aquí, a algún lugar donde los Vientos no estén vigilando. Para hacer eso, me temo que tendremos que dejarte atrás durante un tiempo. Parece que los has eludido en el pasado. Si puedes hacerlo de nuevo, puedes unirte a nosotros en unos días. ¿Bien?

Jordán se inclinó. No le gustaba, pero era el tipo de cosa que Armígero ordenaría. Y Jordan sabía que no había forma de oponerse a la voluntad de Armígero de un plan.

—Pero primero puedes decirme el secreto que encontraste.

Jordan levantó la vista, sorprendido: —Ya le he dicho todo lo que sé.

—Eso no es lo que quiero decir —amplió Armígero.

Un cosquilleo de sorpresa recorrió la columna de Jordan cuando los dedos del general le tocaron el rostro. Armígero giró la cabeza de Jordan de un lado a otro, pasando los dedos por el ángulo de su mandíbula y su cabello.

—Quédate quieto.

Sintió un hormigueo extenderse desde donde Armígero lo tocaba, y Tamsin jadeó. Luz de chispas iluminó el techo de la cueva. Jordan sintió que el mundo retrocedía de repente, como había ocurrido una vez cuando, de niño, se había caído, fracturado el codo y desmayado del dolor. Oyó voces, pero se unían en un rugido amorfo que parecía provenir del interior de su propio cráneo. Luego sintió que se estremecía antes de que volviera la luz y la coherencia.

Yacía en el regazo de Tamsin. Ella estaba mascullando algunas maldiciones muy ingeniosas a Armígero. Megan fruncía el ceño, Galas parecía interesada. El propio Armígero dio un paso atrás, con las manos en las caderas.

—Me he provisto de un duplicado de tus implantes dañados —dijo el general mientras Jordan se incorporaba. No sentía dolor ni desorientación. Era como si el incidente de hace unos segundos ni siquiera hubiera ocurrido—. Si de verdad tienes el poder de comandar los Vientos, Mason, ahora yo también lo tengo.

Con un gesto a las damas, el general dio media vuelta y salió de la cueva. Las dos mujeres se levantaron para seguirlo. Megan dudó, luego hizo una grave reverencia. Galas se detuvo en la puerta y miró atrás inquisitivamente. Esos ojos aún estaban aturdidos, como lo habían estado desde la pelea en la torre.

Al parecer ella pensaba que debería decir algo, pero al final negó con la cabeza, confundida y se dio la vuelta.

§ § §

Lavin caminaba. Nunca se había sentido tan impotente. El galeno le había ordenado que se acostara, porque el vértigo había regresado con fuerza, pero aunque había perdido su hora de almuerzo y sentía que tal vez nunca volvería a comer, y aunque a menudo tenía que apoyarse en la lanza que llevaba cuando el mundo daba un vuelco, no podía dejar de moverse. Solo había un pensamiento en su cabeza: ella ha escapado.

Las tropas pensaban que Lavin estaba inspeccionando el campamento. Los tenientes acudían corriendo y pedían órdenes, con sus ojos siguiendo con inquietud las agujas de llamas que se elevaban sobre el valle. Él los hacía a un lado irritado. No le importaban los Vientos. No le importaba que el Palacio de Verano se hubiera derrumbado debido a tal intervención. Las fuerzas de la reina estaban reunidas ahora, y el propio ejército de Lavin parecía seguro por el momento. No se hacía ilusiones, por supuesto; tanto los defensores como los atacantes estaban a merced de los Cisnes Diadema; todos eran prisioneros.

Lo único que realmente importaba era que, cuando Lavin había despertado del desprendimiento de rocas, había encontrado, no la hoja en su corazón que hubiera esperado después de haber tratado con Galas, sino una linterna que brillaba junto a su cabeza. El polvo nuevo del desprendimiento de rocas se había movido en una sola dirección; pasos habían conducido a lo largo del pasillo. Ella y el general Armígero habían abandonado el palacio.

Cuando por fin había logrado salir a la antecámara de los cavernosos túneles, Lavin había encontrado sólo a un par de jóvenes del campamento acurrucados en la luz del crepúsculo.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —había preguntado Lavin.

—Una hora más o menos —había dicho uno, un muchacho bronceado casi en edad de alistarse.

—¿Alguien como yo ha venido?

Ellos negaron con la cabeza. Lavin maldijo, pasó tambaleándose junto a ellos y emergió al aire de la tarde para contemplar los Cisnes Diadema por primera vez.

El cenit estaba ardiendo con la luz de la aurora. Largas líneas parecidas a hilos descendían desde allí, creciendo a medida que se acercaban hasta convertirse en brillantes cordones retorcidos de llamas. Las llamas flotaban justo sobre la tierra, y en ese momento algunas se movían lentamente por el campamento de Lavin. Su ejército estaba disperso, los hombres se encogían en grupos dentro de las trincheras cavadas apresuradamente o debajo de los carros volcados. Muchos debían de haber huido hacia el desierto, porque sorprendentemente había pocos alrededor.

No había defensores que vitorearan en los muros del Palacio de Verano; los Cisnes merodeaban allí también. A medida que Lavin se acercaba al campamento, veía más claramente el final de esos cordones de fuego: cada cable de fuego terminaba casi un metro por encima de un cuerpo de fuego con forma humana. Estos cuerpos caminaban como hombres, pero sus pies no llegaban a tocar el suelo. A Lavin se le erizaba la piel por la forma en que se movían; parecían marionetas, sacudidas de un lado a otro por algún inimaginable manipulador en el cielo.

Los Cisnes no estaban masacrando a los soldados. De hecho, parecían estar ignorándolos mientras buscaban algo.

Bien. No podía permitir que sus hombres murieran en la intemperie en el desierto si los Cisnes no representaban una amenaza real. ¿Dónde había estado Hesty durante todo esto?

La prerrogativa del liderazgo es comportarse como si uno estuviera protegido por una armadura invisible. Lavin se aseguró de que un número considerable de sus hombres lo vieran y luego se acercó a uno de los Cisnes.

—Disculpe, señor —La cosa giró la cabeza en su dirección, y él casi da media vuelta y sale corriendo. Aquello no tenía un verdadero semblante, solo era el boceto de una llama con forma de cabeza. Lavin no sentía calor y, aunque contuvo la respiración esperando ser destruido, aquello no hizo más que esperar.

Con cuidado de plantar sus pies temblorosos y olvidar que el mundo giraba, Lavin dijo: —Soy el líder de este ejército de hombres. ¿Cómo le hemos ofendido?

—Uno está aquí —dijo una voz profunda y resonante. La voz parecía emanar de la brumosa cola de fuego sobre la cabeza del Cisne—. Uno que buscamos está aquí.

—¿Cómo se llama la… persona que buscas? —¡Ay, que no sea Galas!

—No sabemos nombres —dijo el Cisne—. Tú no lo eres —se dio la vuelta.

—¡Espere! ¿Podemos ayudar?

La cosa hizo una pausa. Lavin se aclaró la garganta y continuó: —Necesito tranquilizar a mis hombres, por su propia seguridad. Para hacer eso, tengo que poder emitir órdenes y entrar y salir según sea necesario. ¿Me dejará hacer eso si acepto ayudarle a encontrar lo que busca?

—Sí —dijo el Cisne.

Una hora más tarde, Lavin se había acercado a las puertas del palacio con dos Cisnes caminando a su lado. Había ordenado que se abrieran las puertas, y los hombres de la reina habían obedecido dócilmente. Los pocos cientos de hombres que Lavin había podido tranquilizar hasta ahora habían entrado nerviosamente en la fortaleza. Él no dejaba de pensar que los hombres iban a huir en estampida; seguramente el mal disimulado pánico debía de ser evidente para los defensores detrás de sus saeteras. Apenas obedecían las órdenes y ciertamente no marchaban al paso. Cuando los hombres de la reina depusieron las armas y se rindieron, recuperaron gradualmente su confianza. Hesty apareció de alguna parte, avergonzado. Lavin lo dejó al mando, salió del palacio y se adentró en la noche.

Ella se ha escapado.

Y me dejó vivir.

Lavin dejó de caminar, esperó hasta que su cabeza se estabilizó, luego miró más allá de los Cisnes, hacia las estrellas. Nunca, en todos los largos días de esta guerra, había imaginado un final como este. Para empezar, aquello estaba lejos de terminar. Dos días antes había esperado que esta noche él pudiera tener a la reina como su prisionera, odiándolo seguramente, pero a salvo. Había temido que estuviera muerta. ¡Pero que ella fuese libre! ¡Y que le hubiese perdonado la vida! Eso él no podía aceptarlo.

Ella debía de estar cabalgando ahora, en algún lugar en la oscuridad. ¿Terminaría ella ese viaje acostándose en los brazos del general Armígero? Lavin se abrazó a sí mismo y cerró los ojos. No debía pensar en eso. Lo único que importaba era que, cuando amaneciera mañana, ella estaría viva.

Y sin embargo… ella no estaría a salvo. En cierto modo, este era el peor resultado. Podía rezar para que ella huyera a otra nación y se retirara en el anonimato a algún pueblo. Conociendo a Galas como él la conocía, sabía que ella nunca haría eso.

No, ahora solo había dos posibilidades. O enfrentarse a los escoltas o exploradores de la reina en las ciudades del desierto y morir, o encontrar algún grupo de seguidores e intentar reconstruir su ejército. Y luego habría otro asedio, este mucho más breve y más fuerte, donde probablemente la matarían. Lavin sabía que ella moriría antes que rendirse.

Hasta el momento, nadie sabía que ella había escapado. Esa era su única baza, y tendría que jugarla con cuidado.

—¡Señor! —Giró la cabeza para encontrar a un soldado de aspecto maltrecho que resoplaba por la arena—. El comandante Hesty ha encontrado a la mujer que buscaba.

—Ah. Muy bien —Lavin asintió bruscamente.

Y cayó al suelo.

§ § §

Estaba apoyado en su silla plegable, pálido y seguro de tener tal aspecto, cuando trajeron a la mujer. Esta era la mujer que él había visto atacar a Armígero. Ella había usado algún tipo de arma que abría agujeros en las paredes y en el techo. Se rumoreaba que había matado a una habitación llena de sus hombres con tal arma. Él no estaba seguro de creerlo, pero los médicos que la habían examinado decían que se había disparado a corta distancia con un mosquete contra ella y la bala no le había atravesado la piel. De hecho, nada podía si se leía dicha prueba en los numerosos agujeros en esa armadura.

La habían encontrado, fuertemente atada pero viva, en un armario de la torre. Los hombres de la reina la habían tomado como una de las invasoras de Lavin y se habían sorprendieron cuando los enemigos no la habían desatado, sino que la habían arrastrado al patio con ellos.

—Tu nombre —Ella no lo había mirado hasta que él habló. Ahora lo hizo, y su mirada era nivelada y tranquila. Era como mirar a los ojos de otro general frente a ti en la mesa de conferencias.

—Mi nombre es Calandria May —Su voz era fuerte y melodiosa.

—Estás vestida con mis colores.

—Estoy con tu ejército.

—Eres una mujer.

—Algunas mujeres se alistan. Eso ha sucedido siempre.

—No seas tímida conmigo. Tú no eres de mi gente. Atravesaste las defensas de un castillo sitiado, masacraste a todos los que se interpusieron en tu camino e intentaste matar al general Armígero usando un arma que no se podría haber fabricado en este mundo.

Ella ladeó la cabeza, como si fuese él quien estaba siendo interrogado. Aunque estaba maltratada y chamuscada, todavía tenía el control de sí misma. Obviamente de noble cuna, pensó Lavin.

—El general Armígero es una amenaza para vuestro mundo —dijo

ella.

Lavin soltó una carcajada: —Ese no es tan bueno, milady.

—Creo que no me entiendes...

—No me importa lo que quiera decir. Me parece que el problema en este momento es usted. Armígero es nuestro enemigo común, eso es cierto. Puede o no haber hecho daño a mis hombres. Eso no viene al caso. Los Cisnes Diadema están paseando por mi campamento en este momento, revolviendo cada roca en busca de algo. Creo que lo que están buscando es a usted.

Esa compostura se quebró al fin: —¡Es a él! ¡Armígero es a quien buscan!

—En ese caso, si la entrego a usted a los Cisnes, no la aceptarán y nos la devolverán, y entonces, ¿qué daño hay en eso? —Lavin se inclinó hacia adelante, el mareo se acentuó, y sonrió.

—¡No lo entiendes! No me puedes entregar. Es a él a quien quieren. Si me entregan, dejarán de buscar, ¡y no deben hacerlo!

—Amordazadla.

Ella se debatió. Lavin dio media vuelta, disgustado, e hizo un gesto a Hesty, quien esperaba en las sombras—. Llama a los Cisnes. Diles que puede que tenga algo para ellos.

La prisionera estaba ahora de rodillas, amordazada y mirándolo. No era la primera persona en hacer eso, pero sí la primera mujer.

Se había sentido así las primeras veces que había ordenado matar a hombres. Si entregar a esta Lady May a los Vientos garantizaba la seguridad de sus hombres, entonces tenía que hacerlo. Lavin sabía, sin embargo, que estaría pensando en este momento durante semanas.

La luz fluyó afuera, convergiendo desde varias direcciones. El campamento se quedó en silencio. Ver esas franjas de luz a través de la lona de la tienda hizo que a Lavin se le pusieran los pelos de punta. Se agarró a los brazos de su asiento, aunque sabía que estaba

a salvo. Los soldados que custodiaban a May se quedaron inmóviles, con los ojos muy abiertos. La prisionera había cerrado los ojos con fuerza.

Lavin tragó saliva. De pronto se arrepintió de haber hecho esto. Mejor haberla matado que entregarla a algo tan divino e infernal como aquella cosa.

—Ponedla detrás de ese biombo —espetó Lavin. Los soldados parpadearon—. ¡Deprisa! —Rápidamente obedecieron.

Una figura apareció en la puerta. La luz de las llamas de su piel atravesaba la tienda. Aunque estaba justo al lado de la puerta de entrada de lona, la tela no se incendió. Todos los humanos en la tienda se quedaron quietos, respirando entrecortadamente.

—¿Qué has encontrado? —preguntó el Cisne.

—Pensé que habíamos encontrado algo para usted, señor. Me equivoqué.

El Cisne giró la cabeza para mirar directamente al biombo, detrás del cual habían escondido al prisionero.

—¿Qué es eso? Es una patología. Hay patología en esa piel y en ese cráneo. Puede ser esto lo que buscamos —El Cisne entró. Un punto brillante apareció en el techo de la tienda directamente sobre su cabeza.

El corazón de Lavin se hundió. Él hizo un gesto a los soldados: —Sacadla —Cuando la arrastraron fuera del biombo, el Cisne se estiró y agarró el brazo de Calandria May. Ella chilló tras la mordaza.

El Cisne salió de la tienda arrastrando a la mujer como si ésta no pesara nada. La luz retrocedió, pero durante un largo rato nadie se movió.

—Ayúdame a levantarme —susurró Lavin después de un rato. Apoyándose en Hesty, se acercó a la solapa de la tienda y miró hacia afuera.

De horizonte a horizonte, las familiares y delicadas estrellas

resplandecían en un cielo tan limpiamente negro que Lavin podría haber llorado si no hubiera superado las lágrimas en el campo de batalla.

§ § §

Cerca del amanecer, Lavin decidió que por fin podía permitirse dormir un poco. El mundo daba vueltas y todo tenía esa cualidad moteada que le llegaba en estados de agotamiento extremo. Seguía perdiendo el hilo de sus palabras a mitad de la frase, pero todo tenía que estar organizado a su satisfacción antes de que pudiera descansar.

—... ¿Solo diez escuadrones? ¿Estás seguro? —Hesty parecía tan cansado como Lavin, y estaba mucho más irritable.

—No podemos dejar que nadie sepa que se escapó. Podría alentar más rebelión. ¡La tenemos aplastada ahora, Hesty, lo sabes! Mientras crean que la reina está muerta, no tienen enfoque.

Hesty hizo una reverencia y se despidió. Lavin se tumbó con las manos detrás de la cabeza, y sonrió a la lona oscura arriba.

Diez grupos de hombres se desplegarían por la mañana para buscar a la reina. A los líderes de cada uno se les había dicho la verdad; los demás sólo sabrían que buscaban a una mujer noble y a su consorte, a quienes había que devolver con vida. Lavin confiaba en poder llevar a cabo la búsqueda discretamente. Cientos de personas habían visto a los Cisnes agruparse alrededor de su tienda la noche anterior y luego elevarse hacia el cielo llevándose consigo a una mujer de cabello oscuro. Lavin no había tenido que inventar la historia de que se trataba de Galas: el rumor ya estaba circulando por todo el valle cuando quiso darse cuenta. Según en qué lado estuvieras, el rumor era que los Vientos la habían convocado a la retribución divina o la habían arrebatado de las fauces de los verdugos de Lavin. Era peligroso jugar con este mito, pero cuando la tuviera nuevamente bajo su custodia, pretendía decir que la había entregado a los Vientos para que la juzgaran, que le habían

concedido una amnistía y que la habían devuelto a Ventus con la condición de que ella abdicara y se retirara completamente de la vida política. Era un plan deliciosamente simple. Galas continuaría siendo reverenciada como la niña mimada de los Vientos y ella estaría a salvo, aunque nadie seguiría sus órdenes.

Los planes aún podían salir a la perfección.

Se puso de costado para dormir. Lo último que hizo fue pasar un dedo por el borde áspero del anillo que le había quitado al anciano guerrero.

Se mantendría la tradición y Galas no moriría.

Durmió.

36

Era invierno en Hamburgo. Mil años de historia rodeaban a Marya Mounce, todo ello cubierto de blanco. El aire olía fresco, limpio como Ventus. Si no hubiera caminado en ese otro mundo durante algunas semanas, la Tierra la habría abrumado. Así, caminaba por las calles del turístico casco antiguo con nada más que un par de emisores de infrarrojos moviéndose detrás de ella, llamativamente desnuda excepto por un banco de peces que se arremolinaba a su alrededor. Solo había estado aquí durante dos días, pero eso había bastado para saber que si los lugareños te veían como un extranjero, aprovecharían todas las ventajas que pudieran.

Evidentemente acostumbrada al frío, imperturbable por las manchas de nieve y hielo en las calles, pasaba por lugareña hasta que abría la boca. Su acento de otro mundo la traicionaba, pero hasta ahora eso no había sido un problema.

Había elegido su ruta con cuidado. Después del desayuno en la pintoresca posada del siglo XXVII, donde ella y Axel se alojaban, había caminado hasta el centro del casco antiguo para ver el monumento de hormigón en ruinas erigido hacía mil años, después de la fallida insurrección del culto a Taliencia. Era extraño y mágico para ella caminar hasta él y tocar la vieja superficie áspera, y saber que mientras se construía esta torre, los primeros Vientos nacían en el lejano Ventus.

Un año atrás ella no se habría molestado en venir aquí. Lo habría visitado en el Introrama, porque allí podía tener una impresión sensorial completa del lugar y ver la noche y el día, el verano y el invierno, e incluso diferentes épocas de la ciudad. Ella habría afirmado que eso era mejor que estar de verdad allí.

Era su mano la que tocaba la piedra hoy. Lo que respiraba era aire real de la Tierra. Tal vez la experiencia no era tan detallada como la que habría sentido en una visita al Introrama, pero ella estaba profundamente conmovida de todos modos.

Lástima que Axel no estaba aquí para compartir el momento; seguro

que él tendría alguna perspectiva irónica sobre este trozo de historia viva. Había dioses más antiguos que esta torre, se decía. El Gobierno del Archipiélago era casi tan antiguo, y siempre estaba disponible para hablar. Si querías hablar de historia, ¿por qué no preguntar sin más?

Porque, ahora lo sabía, faltaba una pieza en los registros, algo que ni siquiera los dioses sabían. Si el Gobierno lo sabía, no lo compartía.

De todos modos, Axel tenía su propia misión, no menos importante que la de ella. Esta mañana había salido de la posada con la cabeza de Turcaret bajo el brazo. Para esa noche, el ADN del noble muerto habría sido diseccionado y analizado segmento por segmento. Durante la cena, Axel podría decirle en qué se diferenciaba Turcaret de sus compañeros ventusianos, si es que lo hacía.

Con suerte, él tendría algo igualmente interesante que contarle.

Habían dejado al semidiós, que ahora llamaban la Voz, en una guardería orbital del Gobierno. El Archipiélago tenía instalaciones para seres inteligentes recién nacidos, una revelación que todavía asombraba e inquietaba a Marya cuando pensaba en ello. La Voz había ido voluntariamente a las fauces de la estructura orbital con forma de joya. Cuando las puertas se habían cerrado, la Voz había mirado hacia atrás, pero Marya no había pudido leer nada en esa mirada, ni esperanza ni miedo.

El viento frío lamió las piernas de Marya, recordándole que siguiera moviéndose. Ella suspiró y, con una última mirada prolongada, le dio la espalda al monumento. Caminó por la nieve tarareando, disfrutando la sensación del hielo en las puntas de sus pies. Se sentía como... un tipo completamente nuevo de realidad, decidió. Mientras caminaba, mantenía los ojos abiertos para absorber la mezcla de arquitectura nueva y antigua en el casco antiguo. Había fragmentos aquí y allá que debían remontarse casi al siglo XX. Era difícil saberlo sin cerrar los ojos, ya que los únicos edificios que tenían algún letrero físico eran los que fingían datar desde la Edad Media. Si Marya cerraba los ojos y convocaba el Introrama, la visión de la calle reaparecía adornada con enlaces de datos y etiquetas. Podía caminar así y aprenderlo todo al respecto. Muchos

de los turistas con los que se cruzaba tenían los ojos bien cerrados; incluso las parejas gesticulaban y señalaban cosas con los ojos cerrados. Pero claro, si hacían eso sólo veían las grabaciones y representaciones de otros cuerpos en movimiento recogidos por los sensores de la calle. Se perdían los detalles: excrementos de paloma, huellas erráticas en la nieve, niebla saliendo de la boca de los transeúntes. Estas eran las cosas que Marya quería recordar sobre este lugar.

Pasó por un tortuoso laberinto de callejones hasta que llegó a un arco sencillo en el centro de una pared encalada. Una tenue placa holográfica en el centro del arco decía: Registro del Ayuntamiento Bóveda 23. Marya caminó a través del arco hacia el aire cálido y seco. Una escalera conducía hacia abajo.

Mientras descendía, Marya cerró los ojos e invocó un artículo antiguo del Introrama. Colocó las palabras del texto mecanografiado sobre su visión interior de los escalones mientras caminaba. Había leído el artículo antes, cuando estaba aprendiendo historia, pero en ese momento no lo había entendido.

El texto mecanografiado estaba fechado en 2076, hacía más de mil años.

El sucesor de la ciencia
por
Marjorie Cadille

«Parecería una herejía pensar en la ciencia como una mera etapa más en el desarrollo intelectual del hombre, y no como la última. Esto es, sin embargo, lo que voy a proponer en este artículo. Después de todo, ¿por qué deberíamos temer la consideración de que el principio organizador central de nuestra civilización pueda algún día ser recordado con tanto aprecio como recordamos los conceptos del animismo, la magia y la cosmología religiosa?

¿Cuáles serían las características de tal nueva visión del mundo?

La física es completa. Tenemos todas las ecuaciones. Después de siglos de investigación, conocemos las complejidades del funcionamiento el universo. Sin embargo, nuestra visión del mundo

está completamente centrada en el ser humano, y nuestras teorías y metodologías están llenas de palabrerías históricas y mitológicas y, en última instancia, solo son comprensibles para las computadoras y unos pocos humanos que pueden pensar en el lenguaje de las matemáticas.

La disciplina que llamaré taliencia no se ocupa de la verdad científica, sino más bien del establecimiento de relaciones personales y culturales entre los seres humanos y el mundo físico que hagan comprensibles las verdaderas naturalezas de ambos.»

La ciudad que se extendía alrededor de Marya había pagado ahora el precio de las investigaciones de Cadille. En la época de la insurrección de Hamburgo, la ciencia se había convertido en una ortodoxia tan poderosa y celosa como lo había sido la religión en la Edad Media. Hamburgo había sido el centro del movimiento de la taliencia. Desde entonces, los eruditos habían creído que era una coincidencia que esta ciudad también fuera el hogar del proyecto de terraformación Ventus.

«Esta idea», había escrito Cadille, «surge de mi percepción de que varios siglos de esfuerzo científico han demostrado que intentamos usar la ciencia para imponer nuestra propia imagen en el mundo. La motivación última de la ciencia es el dominio de la Naturaleza cuando la investigación procede como un interrogatorio. Nuestras investigaciones también tienen nuestros sesgos culturales; el ejemplo clásico son las teorías de Darwin, influenciadas por el desenfrenado capitalismo de Inglaterra en su época. Finalmente, y lo más condenatorio, es el hecho de que esta investigación es completamente unilateral: inventamos historias sobre la realidad de la naturaleza. La naturaleza misma guarda silencio sobre el tema.»

En aquellos días, Alemania estaba experimentando un renacimiento debido a su supremacía en casar la inteligencia artificial con la nanotecnología. El Cristal Giratorio de Hamburgo se volvió indistinguible de una mente humana en 2075, un evento que sacudió al mundo. Marya apenas podía imaginar por qué; todo en su mundo podía pensar, de una forma u otra.

El artículo de Cadille había aterrizdo como una bomba en medio de la polémica.

«... el monstruo de Frankenstein dice: la computadora. Pero ¿de dónde vienen sus palabras? ¿Es nuestra la sabiduría de esos fríos labios, meramente repetida a petición nuestra? ¿O está hablando otra cosa? ¿Una voz que siempre hemos soñado escuchar?»

En su artículo, Cadille había identificado su nueva disciplina con una figura mitológica llamada *surda Thalia*: Thalia silenciosa. Ella era la musa de la poesía de la Naturaleza, y la propuesta de Cadille era trascender la perspectiva humana, dando voz a la Naturaleza misma, utilizando inteligencias artificiales.

«Durante mucho tiempo hemos lanzado preguntas al cielo. Necesitamos las respuestas para poder vivir. Necesitamos respuestas tan desesperadamente que hemos inventado dioses y puesto palabras en sus bocas sólo para tener algo en lo que creer. Inventamos la metafísica y las esencias detrás de las apariencias por la misma razón. A veces necesitamos más un diálogo con el Otro que la vida misma.

Más recientemente, inventamos la ciencia. Eso nos acerca mucho a lo que deseamos... cerca, pero no del todo.»

Marya llegó al pie de las escaleras y se enfrentó a un único y largo pasillo que se extendía por delante. Debía de estar a cien metros por debajo de la ciudad. Eso no era sorprendente; los archivos habían sido excavados profundamente con la esperanza de que sobrevivieran a futuros holocaustos. Irónicamente, la paz había reinado desde que los disturbios y los bombardeos de los rebeldes de Taliencia habían quemado una cuarta parte de la ciudad. Siendo el poder del Archipiélago lo que era, estos archivos probablemente permanecerían seguros durante millones de años, ya sea que estuvieran debajo o encima de la tierra.

Las personas que diseñaron Ventus vivieron en una época más incierta. No sintieron que podían confiar en la civilización para preservar el conocimiento humano; con su experiencia reciente de guerras nucleares, Marya supuso que era un temor razonable. Le habían enseñado que las inteligencias artificiales de Ventus estaban diseñadas como nanotecnología distribuida para que fuera imposible destruir la información que llevaban, salvo si se incineraba todo el planeta. Era obvio para ella ahora que si el

equipo de diseño de Ventus tenía los medios técnicos para crear estas conciencias, entonces pensaban en términos de extraer las funciones de percepción, de investigación y de organización del cuerpo humano y colocarlas en objetos "inanimados". Aunque era una idea común en la época de Marya, en la de ellos tal idea estaba estrechamente asociada con la taliencia.

Ellos negaron esa conexión, también con éxito. Su objeto, afirmaban, era crear las Categorías metafísicas, como cosas reales. Dijeron que iban a integrar en la naturaleza misma de Ventus la visión oficial de la ciencia, para que ninguna herejía como la taliencia pudiera ocurrir allí. Wolfgang Kreiger, el líder del equipo, dijo: «La ciencia no tiene forma de mostrar ni de acceder a las esencias metafísicas que se supone que se encuentran detrás de las apariencias. Si estas esencias no existen en sí mismas, las crearemos». El entendimiento era que las crearían a imagen de la verdad científica.

Pero, ¿y si, por alguna razón, los diseñadores desvincularan los nanos del requisito de utilizar categorías semánticas humanas? ¿Qué pasaría si el verdadero plan fuese permitir que las inteligencias de Ventus desarrollaran sus propios lenguajes conceptuales? Teóricos tan tempranos como Chomsky habían sugerido que pueden existir lenguajes que los humanos ni siquiera pueden entender a priori. Tal vez no planearon que sucediera, pero los Vientos parecían haber desarrollado ese lenguaje.

Lo único que se necesitaría sería que uno de los programadores colara un gen de Taliencia en el diseño de los Vientos. Eso explicaría por qué la nanotecnología autoconsciente que cubría el planeta dio sus frutos y luego, de repente, se volvió incoherente y cortó todo contacto con sus creadores.

Marya cerró el papel de Cadille y abrió los ojos. Su teoría debía de ser correcta. Lo sabía en un nivel profundo, y la aprensión y la emoción casi la hicieron saltar mientras avanzaba por el túnel.

El corredor terminaba en una enorme bóveda con puerta de metal, que en ese momento estaba abierta. Un serling con la apariencia de un amable anciano la esperaba dentro del propio archivo: —¿Puedo ayudarla? —preguntó; dado que era parte de Introrama y, en última

instancia, parte del Gobierno, ya sabía por qué Marya estaba aquí, pero los Serlings tenían sus manías.

—Me dijeron que aquí es donde puedo encontrar fotos y documentos originales de los disturbios de Taliencia. También algunos de los documentos originales del Proyecto Ventus.

El Serling asintió: —Puedo dejar que los examine, pero no sé qué bien hará eso. Todo este material está disponible en el Introrama.

Marya ya había tenido esta misma conversación con el Gobierno. Si no hubiera venido directamente de Ventus, dudaba que la IA gigante que dirigía el Archipiélago la hubiera dejado entrar aquí. Estos papeles eran antiguos y de un valor incalculable, después de todo.

—Quiero verlo por mí misma —Ella lo había estudiado detenidamente durante el viaje hasta aquí, pero lo único que se le había ocurrido eran más acertijos. La palabra Taliencia, pronunciada tanto por Axel como por la Voz del Desierto, la había convencido de que alguna pista no resuelta permanecía aquí, en el origen de todo. No había obtenido nada del Introrama, esta era su última oportunidad de descifrar el misterio.

—Déjame ver los originales —ordenó ella. El serling se rascó la calva, se encogió de hombros y le hizo un gesto para que lo siguiera.

El archivo constaba de miles de cajas de seguridad climatizadas. Muchas tenían ventanas diminutas que mostraban contenidos congelados; otras estaban rodeados por pantallas de radiación de paredes gruesas, porque conservaban discos compactos antiguos y otros medios frágiles de almacenamiento de datos. Supuestamente, toda la información de aquí había sido escaneada en el Introrama hacía mucho tiempo. Marya se mostraba escéptica; sabía, por propia experiencia en el escaneo de artefactos ventusianos, lo descuidados que podían ser los técnicos.

El serling la llevó a una habitación cuya pared del fondo era de cristal. Se encendieron luces bajas que revelaron varias sillas hundidas y guanteras integradas en la pared de vidrio: —Los

papeles son delicados, así que los guardamos en una atmósfera de gas argón —dijo el serling—. Los guantes en la guantera tienen retroalimentación de fuerza incorporada; si intenta aplastar o rasgar algo, la detendrán.

Eso sonaba paranoico, pero claro, los serlings se encargaban de preservar esta información indefinidamente. Incluso una acumulación de pequeños accidentes durante milenios podía destruir estos delicados objetos.

Otro serling se movió en la penumbra detrás del cristal. Marya se acomodó en una de las sillas y, después de unos minutos, el segundo serling salió de la penumbra con un cesto de metal. Marya saboreó el momento. Nunca antes había tenido una razón válida para estar aquí, mirando documentos tan originales. No se trataba de copias del Introrama, sino de documentos primarios.

Metió las manos en la guantera. No podía sentir el material de los guantes; transmitía perfectamente las texturas de lo único que tocaba. Se frotó los dedos mientras el serling dejaba la caja sobre una mesa al otro lado del cristal.

Marya cerró los ojos y extendió la mano. Sus dedos tocaron... papel, sí, definitivamente era papel. Recogió el documento de arriba, dejó escapar un suspiro y abrió los ojos.

Durante la media hora siguiente examinó felizmente los pocos registros de la Academia Taliencia que habían sobrevivido al asalto. Con una decepción cada vez mayor, descubrió que, de hecho, lo único que había allí se había escaneado perfectamente en el Introrama, aparte de los registros de datos que se cifraban con claves ahora perdidas. Aquí no había pistas. Y algunas de las fotos antiguas eran inquietantes, en particular algunas fotos 2D en color tomadas durante un motín pocas semanas antes de que los rebeldes o ocuparan el centro de la ciudad. Una mostraba a la policía golpeando a los manifestantes en una calle. La silueta borrosa de un vehículo oscurecía el primer plano; al fondo había una hilera de tiendas. Un letrero que decía FOTO brillaba sobre uno de ellos; otro era probablemente un restaurante.

Decepcionada, Marya devolvió los papeles. Una segunda caja

contenía registros del proyecto Ventus. Ahora era obvio que estaba haciendo una tontería; era cierto que en el Introrama había más para aprender. Aunque al menos podría decirle a la gente en su país que había tenido estos documentos en sus propias manos (o casi) y los había visto con sus propios ojos (de verdad).

Aquí había fotos de algunas personas del equipo. Ella recordaba bien sus nombres. Kreiger, el autor intelectual del esfuerzo de terraformación, se le había ocurrido la idea de la ecosfera impulsada por la nanotecnología. Estaba Larry Page, el genetista. Había docenas de otros en el apogeo del proyecto, todos impulsados por una visión compartida de asentamientos interestelares en mundos terraformados antes de que cualquier ser humano pusiera un pie en ellos. Nuevos Edén, por miles, de los cuales Ventus sería el primero.

Estos investigadores no dominaban la riqueza de las naciones. Aunque sus subvenciones ascendieron a millones de euros, nunca podrían haber financiado una misión en el espacio profundo por su cuenta ni podrían haber construido las maquinarias gigantes que concibieron. Para lograr su sueño, construyeron sus prototipos solo en simulación por computadora y pagaron para que un satélite comercial de energía impulsara las semillas de Viento a una fracción de la velocidad de la luz. Las semillas de Viento pesaban sólo veinte kilos, pero les costó casi todo el dinero restante pagar la energía de microondas del satélite. Eran famosos, como suelen serlo los soñadores románticos y los chiflados, pero nadie esperaba que los Vientos florecieran y crecieran de la forma en que finalmente lo hicieron.

Ella sostenía cada foto y papel por turno, luego los dejaba con reverencia. Finalmente, en la parte inferior de la caja, Marya encontró una imagen que recordaba bien: la única foto grupal existente del equipo del proyecto. La recogió.

Su tacto era diferente al de las otras fotos, más pesado. Curiosa, le dio la vuelta. Mientras que todas las otras fotos habían sido imágenes digitales impresas en papel normal, esta estaba hecha en algún tipo de material rígido, brillante en el lado de la imagen y suave y poroso en el otro. La superficie brillante estaba agrietada en un par de lugares.

Le dio la vuelta. Una especie de marca de agua o sello recorría el reverso de la foto: Fotos Walther.

—Serling, ¿por qué esta imagen es diferente a las demás?

—Ah, esa es una pregunta interesante —dijo el serling. Siempre decían eso cuando no sabían algo, era una forma de ganar tiempo mientras su IA ampliaba la búsqueda de la respuesta. Después de una apenas perceptible pausa, el serling dijo: —Esta imagen se creó con una cámara fotoquímica. Las cámaras fotoquímicas son anteriores a la tecnología digital. Durante esta era, a menudo se usaban junto con una tecnología de estampado holográfico para registrar eventos que no pudieran falsificarse digitalmente. La persona que tomó esa fotografía debió de haber querido un registro comprobablemente auténtico del evento.

Marya volvió a darle la vuelta a la imagen. Sesenta sonrientes académicos posaban en un conjunto de escalones de piedra. Nada emocionante en ello a menos que conocieras las caras, pero su corazón latió de nuevo.

Dejó la foto y alcanzó la otra caja: —¿Dónde está…? —Ahí. Marya tomó una de las fotografías de los disturbios.

FOTOS.

—Serling, ¿cuántas tiendas había en Hamburgo en ese momento que podían hacer estas imágenes químicas?

—Ay, a ver… seis. Bastantes, dada la época.

Levantó la foto de los disturbios y la miró con los ojos entornados. Estaba demasiado oscuro aquí; cerró los ojos para ver la versión interior con mejor luz.

Debajo de la palabra FOTOS estaban las serifas inferiores de algunas otras letras. Ella no podía probarlo, pero la palabra que faltaba muy bien podría ser WALTHER.

—Serling, ¿quién tomó esta foto en grupo?

—Lawrence Pakin. Era el hombre a cargo de la psicolingüística de

los Vientos.

—¿Qué registros tenemos de él?

—Hay muy poco sobre él personalmente. Dejó una gran biblioteca de escritos. Parte está encriptada, pero tengo el resto si quiere...

—¡Espera! ¿Algunos están encriptados? ¿Cómo?

—Usando primitivas pero efectivas funciones trampilla. El método de clave pública usado hace que sea prohibitivo descifrar el código usando la fuerza bruta. Puesto que nunca descubrimos la clave...

—¿Alguna de las personas de Taliencia usaba códigos similares?

—La mayoría de los grupos en ese momento lo hacían, Sra. Mounce.

—¿Alguien ha probado alguna vez una de las claves de Taliencia para abrir los registros de Pakin?

—No tengo constancia de ello. Se supuso... —la voz del serling cambió—. Supusimos que era el código personal de Pakin. No hay nada que lo vincule al movimiento de Taliencia.

La nueva voz del serling era la del Gobierno Archipelágico. Debía de haber estado escuchando. Marya ahora estaba hablando con más antiguo y poderoso dios de base humana de la galaxia. Sin inmutarse, ella preguntó: —¿Tienes alguna de las claves de los conspiradores de Taliencia de Hamburgo?

—Sí. Supongo que desea aplicarlos a los archivos de Pakin y ver qué obtenemos.

—Bueno, pues sí.

—No sé de dónde saca la idea de que Pakin estaba relacionado con el movimiento Taliencia, pero ahí va —dijo el Gobierno—. Si la clave funciona, verá el contenido del archivo en el Introrama.

Marya cerró los ojos.

Y los abrió a la vista de un texto, unos diagramas y gráficos; cientos

de páginas saliendo de la antigüedad hasta sus manos.

Con los ojos cerrados, con los puños dando golpecitos sobre su cabeza, Marya bailó por la habitación y cantó una silenciosa canción de triunfo.

§ § §

Axel esperaba que ella estuviera en el hotel. Subió los escalones de tres en tres, incapaz de borrar la sonrisa de su rostro a pesar de la forma en que alarmaba eso a los otros turistas. Iba a saborear este momento, lo sabía; este era el tipo de descubrimiento que lo hacía sentir como algo más que un gran tarugo mercenario. Axel era más que músculo de alquiler, ¡ja!, y esto se lo demostraría a Marya.

Así que cuando la puerta se deslizó a un lado y él la vio a mitad de camino en el centro de la habitación, abrió la boca rápidamente y...

—¡Ya lo tengo! —dijeron ambos simultáneamente.

Él se detuvo. Ella también.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Eh? —dijo ella.

—No, en serio, yo...
—Yo tenía razón todo el tiempo, ¿sabes?, sobre el...

Ambos se detuvieron de nuevo.

Esta vez, se miraron con cautela por un momento, antes de que Axel finalmente entrara, cerrara la puerta y dijera: —¡Sé el secreto del Defecto!

Marya se cruzó de brazos: —Yo también, es la taliencia.

—No, es el ADN.

Otra mirada cautelosa.

—Ejem —Axel optó por ser amable. Encontró un sofá profundo y se

dejó caer en él. Así que ella pensaba que había descubierto el secreto, ¿eh? Bueno, él la escucharía y luego la dejaría por los suelos con su revelación.

—Dispara —dijo él con un magnánimo movimiento de la mano.

Marya se retiró detrás de la barra del bar de la suite. Ella comenzó a hurgar en los armarios allí: —Bueno, esto pide champán —dijo ella —. El secreto nos estuvo mirando a la cara todo el tiempo. ¡Pero nadie sabía dónde mirar!

Cuando ella le habló sobre su descubrimiento de la clave de encriptación secreta de Pakin, la confianza de Axel comenzó a flaquear. Él había estado tan seguro... No, él estaba seguro. Tenía los hechos en sus archivos del Introrama.

—...Pakin sabía que todo el proyecto Ventus era un intento de actualizar las categorías semánticas del mundo como cosas físicas. Un árbol sabe que es un árbol; una nube, que es una nube. Esto contradecía totalmente la forma en que se diseñó el Gobierno Archipelágico, por supuesto; allí, los datos se internalizan en un Introrama al que todos tenemos acceso mental. Ventus fue un intento de cumplir el sueño platónico-pitagórico de las esencias detrás de las apariencias, ¿cierto? Pero Pakin se dio cuenta de que hacer esto podría limitar la flexibilidad de los Vientos. La terraformación podría no tener éxito si los Vientos se limitaran a una visión del mundo centrada en el ser humano. Dado que él ya era un converso a la Taliencia, fue un pequeño paso para él introducir un nuevo juego de lenguaje en su programación; ¿ves?, por eso se convirtieron en "defensores" de los objetos físicos que habitaban. Se suponía que el proyecto Ventus manifestaría físicamente una metafísica centrada en el ser humano, pero lo que hizo Pakin fue que los Vientos crearan su propia metafísica no humana. Al tratar de terraformar Ventus, inventaron nuevas formas de pensar que funcionaban mejor que las que nosotros les habíamos dado. Dejaron de pensar como nosotros. ¡Por eso no hablan con nosotros!

Ella sonrió triunfalmente mientras ponía de golpe una copa de champán sobre la barra frente a él.

—Bueno —Él recogió y miró la copa—. Sin embargo, hablaban con Turcaret.

—Eso lo afirmaría él.

—Bueno —se repuso Axel—. Pero sí podían hablar con él. Yo descubrí cómo.

Ella levantó una ceja: —Pues ya me dirás.

Ooh, ahí estaba ella otra vez: la engreída académica que se divertía con las payasadas del mercenario. Axel sonrió a medias y tomó un trago de champán sin saborearlo. Dejó la copa y dijo: —El ADN de Turcaret es significativamente diferente del estándar de Ventus.

—¿En serio? —complació ella.

—Bueno, en primer lugar, tiene algún tipo de cableado neuronal adicional de sus lóbulos auditivo/visual en prácticamente los mismos lugares donde Armígero puso el suyo en Jordan. Es una especie de radio biológica. En segundo lugar, en todos los demás aspectos, es un arcaico: su ADN coincide con la norma del Proyecto Genoma Humano establecida en 2013.

—¿Y eso significa?

—Tú y yo no coincidimos con esa norma. Nadie coincide hoy en día, ni siquiera Jordan. Todos tenemos ADN coincidente con la norma 2219 o posterior, con todos los rasgos recesivos peligrosos eliminados. Enfermedades antiguas como —buscó a tientas un ejemplo—... Bueno, no sé cuáles eran, pero eran horribles, y seguían allí, en la norma arcaica. El asunto es que Turcaret coincide con esa norma, mientras que, según los estudios aleatorios de tu instituto sobre ventusianos modernos, todos los demás coinciden con la norma 2219, pero ninguno de las iteraciones posteriores.

Marya no dijo nada, pero se acomodó en la silla de enfrente y bebió un sorbo de champán. Luego inclinó la copa para indicarle que debía continuar.

—Turcaret representa la norma de ADN en el momento en que se envió la primera nave colonia a Ventus —dijo Axel—. Fue enviada

en 2095; eso fue justo antes de la insurrección de Hamburgo, cuando la mayoría de los registros de Ventus fueron destruidos. Pero se sabía que la terraformación estaba funcionando entonces, y algunos de los miembros originales del proyecto participaron en el esfuerzo de la colonia. Lo revisé y vi los registros de "cirugía genética" que se les hizo a todos los colonos antes de que salieran. Todo el mundo supuso siempre que la cirugía era para eliminar enfermedades y deficiencias genéticas, pero el ADN de Turcaret no muestra alteraciones en la arcaica, a excepción de esta mejora neural. ¿Ves lo que estoy diciendo?

Ella dejó la copa: —Los primeros colonos fueron modificados genéticamente para poder hablar con los Vientos.

Él asintió vigorosamente: —Mientras que la siguiente, y esa fue la última, oleada de colonos no se inició hasta cien años después, después de que la mayoría de los registros originales del proyecto Ventus se hubieran perdido y todos sus creadores estuvieran muertos. Esos colonos tenían ADN que coincidía con la norma 2219, como Jordan y la mayoría de la población en Ventus ahora.

—Nunca he oído hablar de la radio biológica —dijo ella—. La gente ha buscado algo así, pero nunca lo ha encontrado...

—No en las muestras que tomaron —dijo Axel—. Porque es un rasgo raro, limitado a poblaciones aisladas, o endogámicas, como la familia de Turcaret. Turcaret podía hablar con los Vientos. Jordan también. Esta radio biológica es la clave. Ese es el Defecto —Él se echó hacia atrás, brindando irónicamente con su copa.

—No.. —Ella se inclinó hacia delante, mirando al suelo con el ceño fruncido—. Ese no es el Defecto.

Axel levantó las manos.

— ¡Pero tampoco lo es el mío! —Marya se puso de pie de un salto, de puntillas, en realidad, y comenzó a caminar—. Por tu relato, Turcaret no pudo sacar ninguna información útil de los Vientos. Supongo que lo único que tuvo fue un contacto limitado con el meca, que según tus descripciones es exactamente lo que tiene Jordan también.

—Entonces, ¿qué tal este escenario? —dijo ella agitando su champaña—. Llegan los primeros colonos y casi se extinguen. Pueden hablar con los Vientos, pero los Vientos no los entienden. Así que luchan durante cien años hasta que los supervivientes retroceden a una existencia de cazadores-recolectores. La segunda oleada llega y prospera, pero sólo porque, para cuando llega allí, la primera oleada ya ha hecho toda la reconstrucción. Los recién llegados no pueden hablar con los Vientos en absoluto.

—Sabemos que la primera oleada casi se extingue, porque los genes que nos han llegado son casi exclusivamente de la segunda población. Y sin embargo, solo la primera oleada tenía la biorradio que encontraste. Es decir...

—Ergo, la biorradio no funcionó por alguna razón. O no fue suficiente. Y la segunda oleada no la tenía en absoluto —Ahora Axel también estaba de pie. Ella estaba sonriendo, y él sabía que él también lo estaba.

Aprovechó la oportunidad para rellenar las copas de champán.

—Y eso significa que… —Ella hizo una pausa dramática.

—¡Dilo! ¡Dilo!

—¡Hay dos Defectos!

— ¡Sí! —Él la agarró de los brazos y la hizo bailar en un círculo. Como ella todavía sostenía el champán, se le derramó un poco, que desapareció en algún lugar dentro de los límites de su vestido holográfico.

—Y por eso —concluyó él— nadie ha encontrado el Defecto. De hecho, puede que hayan encontrado uno u otro en varios momentos, pero nunca los dos.

—Ventus ha sido estudiado por decenas de grupos —dijo ella—. Todos se dieron por vencidos y no todos compartieron sus datos.

—Oh —Ella se sentó—. Axel. Esto es maravilloso. Esto es lo que hemos estado buscando. Es mucho más de lo que esperaba ver en mi vida. Mucho más de lo que nunca esperé lograr...

Él se sentó frente a ella y arrastró la silla tan cerca que sus rodillas se tocaron. Levantó la copa: —Supongo que hay un para artículo o dos con esto, ¿eh?

Antes de que pudiera responder, una voz irrumpió en su mente desde el interior.

—Este es un boletín urgente. Pensé que deberían saberlo.

Era la voz del Gobierno. Era evidente que Marya también la había oído, pues ella se echó hacia atrás y maldijo al derramar su bebida.

—Oh, ¡el qué!— le espetó ella al techo.

—El dios Choronzon ha obtenido suficientes votos para enviar a Ventus seis destructores de la flota Archipelágica —dijo el Gobierno —. Ha presentado un caso convincente sobre que Armígero es una semilla de resurrección de 3340. Como usted y Calandria no pudieron detenerlo en la superficie, la flota tiene órdenes de localizarlo desde la órbita y bombardearlo.

—Eso es una locura —dijo Axel—. No pueden encontrar a Armígero desde la órbita, ya lo intentamos. ¿Por qué cree que tuvimos que bajar a la superficie?

—Si no pueden localizarlo, los destructores tienen autorización para esterilizar la parte de la superficie del planeta que sea necesaria para asegurar su destrucción. Choronzon cree que la infraestructura de los Vientos hace que una semilla de resurrección sea particularmente peligrosa aquí. Un 3340 resucitado podría comandar todos los recursos del planeta casi instantáneamente.

—¿Esterilizar...? —Marya miró a Axel.

—Choronzon ha convencido a suficientes representantes y metarrepresentantes de que la pérdida de vidas por cauterizar parte de un continente será minúscula, en comparación con la pérdida inmediata de toda la vida humana en el planeta que se puede anticipar si resucita 3340.

—Esterilizar —le dijo Axel a Marya—, significa holocausto. Destruir Iapysia por completo, y probablemente Memnonis también, por si

acaso. Todos... todos los que conocimos allí, todos los lugares a los que fuimos, lo único que vimos.

—¡Espere! —le dijo ella al Gobierno—. Tenemos nueva información importante para agregar al debate.

—Los destructores están en camino —dijo el Gobierno—. Transmitiré su información, pero no será suficiente. Deben presentar un plan alternativo o la esterilización seguirá adelante.

Axel y Marya se miraron horrorizados. Finalmente, Axel se aclaró la garganta: —Hora de pedir algunos favores —dijo él.

§ § §

Hay un techo en el cielo.

Durante un tiempo, Calandria supo esto, pero no pudo entender por qué ni qué significaba. Gradualmente notó que estaba tumbada boca arriba, contemplando un cielo azul salvo por una sola nube a la deriva, pero el cielo estaba modelado con una fina red de triángulos. Misterioso.

Dejó que sus ojos recorrieran los triángulos. Había miles; formaban pequeños hexágonos y cuadrados, una disposición muy ordenada. La nube estaba debajo de ellos, por lo que debían de ser muy grandes o estar a mucha altura.

Ella conocía este tipo de patrón. Teselaciones. Geodésicas.

Estructura geodésica. Ella estaba dentro de un aerostato.

Al darse cuenta de eso, de repente despertó por completo y su corazón latió con fuerza. Recordó el asedio y las cosas terribles que ella había hecho al tratar de llegar hasta Armígero. Recordó que le dispararon, la encadenaron y la arrastraron ante un general que rápidamente la entregó a los Vientos.

Calandria gimió. Después de ese primer incidente con los Garfios Celestiales, había tenido el presentimiento de que las cosas terminarían así. No podía explicárselo a Axel, ni siquiera a sí

misma. Simplemente había sabido que vendrían a buscarla. Y ahora la tenían.

Se hizo un ovillo, deseando que todo desapareciera. Sin embargo, incluso con los ojos y los oídos cerrados, podía sentir el lento movimiento oscilante del aerostato. Y respirar este aire cálido y seco era difícil; debían de estar muy arriba. Se desenrolló de nuevo y se sentó.

Estaba en el centro de una llanura negra que gradualmente se curvaba hacia arriba para convertirse en paredes, volviéndose traslúcida al hacerlo. El aerostato debía de tener dos kilómetros de ancho en su parte más ancha. Varias estructuras, que podrían ser edificios pero que probablemente no lo eran, sobresalían de la superficie negra. Era como una ciudad a medio construir, abandonada por sus hacedores.

Una vez, antes de venir a Ventus, Calandria había sido una heroína. Había engañado al dios rebelde 3340 para que la "deificara". Aunque sabía lo que había sucedido después de eso, los recuerdos no eran claros. Su mente humana había sido enterrada, después de todo, mientras la mente divina traicionaba a 3340. Con Choronzon a su lado, había cazado al rebelde, y Choronzon había destruido a 3340 mientras ella miraba.

Y luego se había propuesto volver a ser humana. Axel no entendía por qué había hecho eso, y ella misma no lo tenía muy claro. Ella había sido un dios, inmortal y libre. Sin embargo, había elegido volver a ser humana.

En los momentos de tranquilidad, Calandria sabía por qué. Todo se redujo a la frase "asuntos pendientes". Era una exitosa asesina, una poderosa agente al servicio de Choronzon. Formidable y respetada. Pero en el fondo de su corazón sentía que, por mucho que hubiera tenido éxito en esas cosas, había fracasado en ser humana. Faltaba algo; ella nunca podría conectar completamente con la gente. Fue este sentimiento de ser una extraña lo que la atrajo hacia los dioses y sus guerras.

En momentos de tranquilidad, sabía que había elegido convertirse en humana para darse una segunda oportunidad de hacerlo bien.

Ahora deseaba haber sido más amable con Jordan, deseaba haberle dicho a Axel cuánto significaba para ella. Ella nunca debería haber venido a Ventus. Había desperdiciado su segunda oportunidad, y no habría otra.

Un movimiento a su derecha le hizo girar la cabeza. Algunos seres caminaban hacia ella por la curva interior del Garfio Celestial. Otro juez, tal vez, y nuevos verdugos. Ni siquiera iba a morir a manos de los humanos.

Calandria se levantó. Le habían quitado las ataduras; por supuesto, no había adónde huir. La superficie sobre la que se encontraba era negra, a diferencia de los tramos superiores del aerostato: el "cielo". Debajo de ella eran donde debían colgar los pórticos, las garras y las bahías de carga de los Garfios.

Se estiró con cautela, sintiendo que sus heridas despertaban para protestar. No tenía sentido huir; al menos ella podría ser capaz de luchar antes de que la abatieran.

Cinco criaturas se acercaron a ella. Cuatro de ellas eran figuras rechonchas y deformes, como parodias de hombres a los que les salían extremidades adicionales y múltiples bocas babosas: morfos. La quinta, que se elevaba sobre ellos, era una forma femenina delgada hecha de cristal brillante. Un Cisne Diadema, muy parecido a los que la habían arrastrado hacia la noche y la habían levantado hacia el cielo mientras ella gritaba...

Calandria agachó la cabeza.

—Buscamos patología —dijo el Cisne. Su voz era clara y parecida a una campana—. Te encontramos.

Calandria se aclaró la garganta: —Yo no soy quien buscan —Su voz le pareció pequeña, e incierta. Parecía que no podía recuperar ese fino control que le permitía hipnotizar a sus oyentes tan fácilmente.

—Tú no eres quien buscamos —coincidió el Cisne. Sorprendida, Calandria miró hacia arriba.

—No coincides con la señal que hemos estado persiguiendo —dijo

el Cisne—. Sin embargo, eres una patología.

—Vine a Ventus para destruir a quien buscan. Vino aquí para derrocar a los Vientos. Me han enviado para detenerlo. Las... modificaciones de mi cuerpo, que usted detectó, se hicieron para ayudarme a encontrarlo.

—¿Qué son estos Vientos de que hablas? —preguntó el Cisne.

—Ah. U-usted, ustedes lo son. Ese es el nombre que tenemos para ustedes. El caso es que hay una criatura caminando sobre Ventus que ha venido a destruirles. Él es quien están buscando. Él es extremadamente peligroso. Yo...

—¿Eres un cazador?

—Yo... Sí. Sí lo soy.

—Cazas la patología.

—Sí —Tuvo miedo de decir más. Miedo de moverse ahora.

—¿Has tenido éxito?

—Parcialmente. Yo... lo encontré durante el asedio. Luchamos. Pude haberlo destruido si...

—Podemos usarte.

Calandria se sintió mareada. Debe de ser por el aire, pensó ella abstraídamente. Sentía débiles las rodillas, pero se obligó a permanecer de pie. ¿Qué le acababa de decir el Cisne? ¿Usarla?

¿Cómo?, trató de decir, pero salió como un grito ahogado.

—Primero, debes dejar de ser patológico —dijo el Cisne. Hizo un gesto con una mano ardiente. Los morfos dieron un paso adelante.

—Oh, no —Los ojos de los morfos brillaban como piedras pulidas con agua. La rodearon, murmurando entre ellos, golpeando las manos grasientas en los muslos.

Una mano se cerró sobre su cuello y, al instante, una ola de entumecimiento se extendió por sus brazos. Calandria trató de luchar, pero lo único que vio fue el suelo negro del aerostato que se acercaba a ella, con las sombras amontonadas de los morfos superponiéndose unas a otras.

—¡Mátame! —siseó ella. Entonces su boca dejó de funcionar. Sintió que la zarandeaban y lanzaban de un lado a otro; su mejilla se arrastraba por el suelo. Húmedos sonidos de rasgar y arrancar acompañaban los tirones. Tras un momento fue arrastrada por una zona de líquido negro que apestaba como el hierro.

Ella cerró los ojos y lloró por todas las oportunidades perdidas de su vida.

37

No habían hecho nada más que cabalgar y dormir durante los últimos días. Al principio fue una carrera sin rumbo hacia el desierto bajo el giro de las estrellas, luego hacia la fría y blanca luz del día de principios del invierno. Galas cabalgaba de costado, abrazazada a sí misma y temblando. Cuando la fatiga venció a los caballos, los detuvieron un al lado del otro, hocico con cola, y se acurrucaron juntos para un breve sueño.

Las masculladas descripciones de Galas y la observación de Armígero de la evidencia del paso reciente de un ejército les permitieron encontrar las ruinas de una de las ciudades experimentales justo antes del atardecer del segundo día. En ese momento, Megan acunaba a la reina en sus brazos mientras cabalgaban, y la debilidad de los caballos causaba un lento avance.

Los restos quemados de los trigales rodeaban la ciudad arrasada y entre las grietas de un manantial en la plaza de la ciudad brotaba agua oscura con sabor a hierro. Todas casas habían sido incendiadas, menos una medio destruida. Había esqueletos blanqueados por todas partes, algunos junto a las armas que habían usado en un esfuerzo inútil por salvar a sus familias. Galas estaba lo bastante despierta como para llorar al ver la devastación.

Armígero dejó beber a los caballos y rellenó de agua las bolsas, luego soltó a los animales entre los grisáceos y dispersos tallos de trigo. Acamparon en la casa medio en ruinas, él encendió un fuego y cerró las ventanas. No tenían comida, pero al menos hacía calor aquí. Incluso había algo de ropa de cama que había sobrevivido, y Megan metió a la reina debajo de ella cerca del fuego.

Ella y Armígero se sentaron juntos, abrazados, y no dijeron nada mientras se ponía el sol. Gradualmente remitía el frío en sus huesos, y después de que un leño en el fuego estallara con fuerza, ambos se despertaron y se pusieron a reír, Megan dijo: —No creía que sobreviviríamos.

Armígero estaba sorprendido, y un poco ofendido: —Estabas

conmigo.

—Lo sé. Pero ¿cómo ibas a evitar que me clavaran una flecha si no estabas allí?

No respondió por un rato: —Lamento haberte traído a ese lugar —dijo al fin.

—Yo no lamento que lo hicieras. Me alegro de que te preocuparas lo suficiente por mí como para quererme a tu lado —él la abrazó más de cerca, pero no dijo nada—. A veces eres como un mundo entero en ti mismo —susurró Megan—. Y a veces eres sólo un hombre. Si le haces esto a los Vientos... conquistarlos o curarlos... ¿qué vas a ser después de eso?

—Más mundo —susurró alguien.

Era la Reina Galas. Sus ojos brillaban a la luz del fuego: —Más mundo que hombre —dijo.

La reina se apoyó sobre los codos. Su cabello era una maraña negra, y sus ojos tenían profundos huecos debajo de ellos. Sonrió débilmente a Megan: —Pero hablando como alguien que ha estado en esa posición, se va a sentir muy solo si no tiene a alguien a su lado.

Megan agachó la cabeza. Esta reina siempre la hacía sentir incómoda.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Armígero a Galas—. ¿Podrás montar mañana?

—Si tengo que hacerlo —se echó hacia atrás y miró al techo—. Pero ¿para qué?

—Puede que tú no desees sobrevivir, pero yo sí —dijo Megan. Se puso de pie, con una mano en la parte inferior de su espalda—. Tiene que haber algo para comer en este lugar abandonado —Se colocó el chal sobre los hombros y salió de la casa.

—Bien. Si comes, sobrevives —dijo Galas. Cerró los ojos—. Déjame aquí mañana.

—No —dijo Armígero—. Tenemos mucho que hacer.

—¿Qué? —Se incorporó— ¿Qué me queda por hacer? ¡Lo he perdido todo! ¡Mi casa, mi pueblo, mi honor, mi corona! Miles de hombres y mujeres han muerto para traerme a esto. sin ninguna razón. Y ahora el reino está en poder de los chacales. Todos son unos traidores colaboradores de los Vientos, y sacrificarán a sus propios bebés antes que desafiarlos.

—Pretendo domar los Vientos —dijo él—. Necesito tu ayuda.

—¡Estas loco! Fui una insensata por creer las cosas que me dijiste. Eres el mismo estafador que pensé que eras —Se enrolló en la ropa de cama, alejándose de él. Después de unos momentos él la oyó llorar.

Armígero se levantó y salió para ocuparse de los caballos.

Las nubes se habían disipado de nuevo y hacía frío. Se quedó un momento mirando hacia arriba; ninguna reveladora estrella en movimiento traicionó la presencia de naves estelares en órbita. Ventus permanecía milagrosamente intacto ante la marcha de la civilización archipelágica. Solo podía esperar que permaneciera ignorado el tiempo suficiente para la metamorfosis que ahora sabía que debía realizar.

Megan estaba agachada en la calle, desenterrando un esqueleto: —Creo que podemos rescatar algo de esta ropa —dijo—. Una pieza aquí y allá. Muchas de las mujeres fueron... bueno, les quitaron la ropa antes de morir.

—A ver qué puedes encontrar —Pasó junto a ella.

Megan le tocó el brazo: —¿Adónde vamos? —preguntó: —¿O es que no lo sabes?

El asintió: —A las puertas de los titanes. Está junto al océano.

—Lo sé. He oído sobre ella —Satisfecha, volvió a su tarea.

Llevó los caballos a la casa. Los animales resoplaron y se sacudieron, y parpadearon hacia Galas cuando la reina se incorporó

para mirarlos. Lanzó una mirada inquisitiva a Armígero; él se encogió de hombros. Al menos estarían calientes aquí esta noche.

Uno de los caballos orinó despreocupadamente, llenando la habitación con el olor a orina. Galas gimió con disgusto.

Bien, pensó Armígero. Al menos estaba distraída de su mayor miseria.

Él y Megan se mantenían ocupados y al final Galas se sentó, sin las mantas, para observarlos. Al parecer no se le ocurrió que podría ayudar. Armígero hizo un inventario de su equipo y arregló algunas correas que se habían roto en el aparejo del caballo. Megan había encontrado algunas zanahorias marchitas y otras raíces no identificadas, y había pelado varios puñados de trigo. Estos todavía tenían sus cáscaras, por lo que e!la pasó un tiempo machacándolos con un ladrillo hasta convertirlos en polvo, luego vertió la arena resultante en una olla que había encontrado, junto con las raíces y un poco de agua. Las cáscaras que flotaban ella las quitaba con cuidado.

Galas habló por primera vez en casi una hora: —¿De verdad vamos a comer eso?

—Sí —Satisfecha de que la olla estuviera a la altura adecuada sobre el fuego, Megan salió de la casa y regresó con un montón de ropa rígida y manchada.

Galas miró la ropa como si fueran serpientes: —¿De dónde sacaste eso?

—De aquí y allá. Hay que limpiarlo todo. Mañana podemos hacerlo.

—Tenemos que montar temprano —comentó Armígero.

—Entonces me levantaré más temprano que temprano.

Galas había comenzado a llorar de nuevo. Megan la miró exasperada: —¡Oh, qué es!

Galas señaló: —¡No puedo usar la ropa de las personas que murieron por mi culpa!

Armígero se levantó. Megan lo miró y luego miró la ropa que sostenía. Ella estaba sonrojada.

—Cómo puedes ser tan… tan…? —Galas titubeó—. ¿No te importa nada de esto? ¡Estamos acampando en la casa de gente! ¡Gente que murió por mi culpa! ¡Y tú estás saqueando sus tumbas sin pensarlo dos veces!

Megan miró hacia abajo. Armígero se acercó a Galas y le ofreció la mano. Ella la tomó y siguió con sus brazos, para llorar en su hombro: —Perdona nuestra insensibilidad —dijo él—. Megan ha vivido una vida más dura que usted, su alteza. Está más acostumbrada a sacrificar la dignidad al servicio de la vida. Y yo no estoy acostumbrado a sentir nada.

Galas presionó con el tema: —¿Los enterraste? —exigió.

Megan miró hacia abajo: —Hay que tener prioridades —dijo.

—Dame tu mantón —dijo la exreina de Iapysia. Sorprendida, Megan obedeció. Galas agarró el robusto palo de cavar que Megan había dejado junto a la puerta y salió.

Megan fue tras Galas, pero Armígero la detuvo: —Déjala —dijo—. Se sentirá mejor por ello.

Se sentaron junto al fuego y ella sirvió la escasa sopa mientras él revisaba las ropas de los muertos. Afuera podían escuchar a Galas cavando. No entró a comer, solo se alejó más, buscando los huesos de las personas que habían confiado en ella, llevándolos a una fosa que había cavado con su propia fuerza en el suelo helado.

Todavía estaba oscuro. La temperatura estaba muy por debajo del punto de congelación cuando Armígero caminó hasta las afueras de la ciudad y se sentó en un trozo de mampostería rota. Su aliento formaba una nube blanca ante él, la arena crujía bajo sus pies. Ajustó su cuerpo al frío y miró las estrellas.

Sin naves. Solo la más leve insinuación de los Cisnes Diadema, una ligera iridiscencia en ciertos grados sobre el horizonte. Más allá de ellos, la propia Diadema resplandecía brillante y constante.

Todavía no había tenido la oportunidad de probar el conocimiento que había tomado del muchacho en la cueva. Era, pensó Armígero con pesar, demasiado humano ahora para centrar su concentración tan bien. Durante el trayecto había pensado en sus compañeros, en la guerra, en sus intenciones cuando llegaran a las Puertas del Titán. Había tratado de pensar en los implantes de Jordan, pero el tipo de pensamiento requerido no se parecía en nada a la cognición humana. Simplemente estaba fuera de práctica.

La vida tenía extrañas ironías. Cuanto más perseguía su objetivo aquí en Ventus, más humano se volvía. Cuanto más humano se volvía, menos quería lograr ese objetivo.

Aún más irónico era que sus razones para quererlo habían cambiado. Antes estaba obedeciendo la programación profundamente arraigada que 3340 había configurado en él, ahora quería derrocar a los Vientos porque amaba a estas mujeres con las que viajaba y quería que ellas y sus gentes estuvieran a salvo.

La pregunta era si estaba actuando para ayudar a 3340, a los humanos, o si estaba haciendo esto por sí mismo.

¿Qué quiero?, se había preguntado mientras cabalgaban hasta allí. Había llegado a la conclusión de que no lo sabía.

Suspiró pesadamente. Basta. Había venido aquí a trabajar, ya llegaría a eso. Con una última mirada a las estrellas, cerró los ojos.

Armígero en realidad no había extraído las fibras nanotecnológicas del cráneo de Jordan cuando lo tocó en la cueva. Había mapeado su ubicación y funciones, esencialmente fotografiándolas hasta el nivel molecular. Los datos bastaron para reconstruir lo que le había sucedido al sistema nervioso de Mason. Mientras recuperaba los datos ahora, las partes más antiguas e inhumanas de su mente se despertaron y surcaron toda la maraña de sinapsis y conexión cuántica, comprendiendo su estructura y propósito en un instante.

La asesina Calandria May había venido a Ventus con un medio para detectar las señales enviadas por los remotos de Armígero. Armígero se había configurado como un receptor pasivo, por lo tanto, imposible de rastrear directamente. Pero ella debía de haber

sabido algo que el propio Armígero ignoraba.

Había una adición al transmisor de nanotecnología que había puesto en el cráneo de Mason. Este era un dispositivo astuto, probablemente de fabricación divina. El enemigo de 3340, Choronzon, debía de habérselo dado a May. Ella había aprovechado el hecho de que había una señal de calibración integrada en el transmisor que, en determinadas circunstancias, podía generar una señal de retorno del propio Armígero. Había un nuevo receptor para captar esa señal, y tenía sus ganchos profundamente en los lóbulos auditivo y visual de Mason. May debía de haber tenido la intención de entrenar a Mason para interpretar las señales, y luego rastrearlas hasta Armígero. Algo había salido mal.

El lado humano de Armígero sintió un escalofrío como agua en la espalda cuando se dio cuenta de lo que había sucedido. Los mecas locales habían confundido la combinación transmisor/receptor en el cráneo de Jordan como parte de su propia red. La señal era impulsada y llevada de un lado a otro por los reflejos autónomos del propio Ventus.

Al principio no lo había creído cuando Mason había dicho que podía ver y oír lo que Armígero experimentaba. Sin embargo, los detalles de la historia del muchacho eran demasiado perfectos. Ahora Armígero veía la causa de su propia transmisión:

Nunca había dejado de intentar reconectarse con 3340. Una parte profunda e inconsciente de la mente de Armígero clamaba constantemente al Yo superior perdido, y ese grito se transmitía en una señal muy cercana a la señal que los implantes de Jordan debían escuchar. Estas señales se codificaban casi al azar y se dispersaban en mil frecuencias, por lo que los Vientos no las reconocían; aunque los mecas pasaban obedientemente todas las transmisiones en todas las longitudes de onda. Los pensamientos de Armígero habían estado resonando a través de la red del planeta todo el tiempo y habrían sido reconocibles al instante para alguien que supiera qué tipo de señal buscar.

Estaba haciendo señas ahora, amplia y ruidosamente.

Maldijo, y su atención vaciló lo suficiente como para perder la

conexión con esa parte profunda de sí mismo. Tal cosa nunca habría sucedido en el pasado; todo lo contrario, era su lado humano con el que solía perder contacto.

Armígero se concentró y desprendió gradualmente las capas de condicionamiento y reflejo que rodeaban la fuente de la señal. Allí estaba, yaciendo en el corazón mismo de sus patrones motivacionales: un laberinto de código holográfico que no podía penetrar, y mucho menos cambiar. Esa estructura era el complejo neuronal responsable de hacer de Armígero quien era; no podía tocarlo sin aniquilar su Yo. Sin embargo, desde el núcleo de ello procedía una señal de traición.

Frustrado, se retiró. Tendría que idear una forma de bloquearlo, si no en la fuente, desde los propios filamentos transmisores. Sin embargo, eso llevaría un tiempo que no estaba seguro de tener.

Pero también... no quería pensar en eso, aunque al mirar esa parte profunda de sí mismo, había vislumbrado algo que no había imaginado que estaba allí: un vasto depósito de datos, compuesto de capas atómicas de resonancia cuántica en una ordenada red de diamante. Dentro de los filamentos microscópicos que componían el núcleo físico de Armígero yacía una biblioteca de algún tipo, lo suficientemente grande como para contener la experiencia recopilada de todos los Vientos de Ventus. Él no sabía que estaba ahí. 3340 ni siquiera había insinuado su existencia.

Perturbado, se puso de pie y caminó más hacia el desierto. Las estrellas permanecían quietas y tranquilizadoras. No había ningún sonido, excepto, en su mente, el suave murmullo de voces en la arena. A pesar de esto, Armígero se estremeció. Tenía el presentimiento de algo enorme, una sombra vasta como el mismo cielo, flotando más allá del horizonte.

No puede ser cierto. Si lo fuera...

Se volvió para mirar hacia la ciudad en ruinas. Una fina voluta de humo se elevaba desde la casa semiabierta donde dormían Megan y Galas.

Le había jurado a su Yo, a su nuevo Yo, que las protegería. Como

hombre, no estaba seguro de poder hacerlo con todas las fuerzas de Iapysia más los Vientos siguiéndoles el rastro.

¿Qué es lo que quiero? se preguntó de nuevo. Con amargura, decidió que tal vez ya no importara.

Armígero suspiró profundamente y centró su atención en la arena a sus pies. Había terminado de construir un modelo de los implantes de Mason con sus propios filamentos y estaba listo para probarlos. Ahora no quería; pero se estaba quedanxo sin tiempo.

Miles de millones de voces contendían en la arena: ¡Grano de sílice! ¡Grano de carbono! ¡Guijarro de cuarzo!, gritaban. Zumbaban y cambiaban de frecuencia, inventaban nuevos modos de comunicación y los probaban con sus vecinos. Cada grano de arena estaba cubierto de costras y era invadido por zarcillos de filamento nanotecnológico que sondeaban e investigaban a Armígero constantemente. La nanotecnología trataba de dar sentido a dónde estaba y a qué se aferraba. Intercambiaba datos con sus vecinos con ese fin.

Era semi-inteligente, pero más que eso, ahora lo sabía, también era semi-taliente.

Los granos de arena intercambiaban más que solo datos. Especulaban sobre la categoría de objeto que eran; cuando no estaban seguros, inventaban nuevas categorías. Luego los granos de arena cantaban sus nombres, pero dentro y alrededor de Armígero, la tierra misma decía:

Arena.

Los granos se coordinaban para crear una red de inteligencia superior a ellos mismos. Esta inteligencia también trataba de definirse, y lo hacía como Arena.

Y así seguía, ascendiendo por los niveles fractales de la conciencia, pues la arena se esforzaba por comprender su contexto mayor.

Armígero había escuchado estas pequeñas voces desde que había llegado a Ventus. Una de las cosas que lo desconcertaba era que, en

un lugar así, debería haber escuchado un continuo de categorías racionales: grano de cuarzo, decía el grano de arena, arena, decía el hueco en el que estaba; la tierra hacia el horizonte debería estar diciendo, ¡Soy Desierto! Este era el diseño de los mecas.

Él no oía eso. A medida que aumentaba la escala, los lenguajes inventados y temporales comenzaban a ahogar a los que seguían categorías humanas. La arena se organizaba en una entidad más grande, cierto; pero esa entidad no era el desierto. Era otra cosa: una categoría ajena. Armígero nunca había descifrado los códigos de estas entidades superiores, y había centrado gran parte de su atención en ellas, creyendo que ahí residía el secreto de cómo podía comandar los Vientos.

Tenía razón a medias. Era a Taliencia lo que oía, una loca autoinvención de nueva conciencia que hacía que los Vientos Mayores fueran inaccesibles para la comunicación humana. Ahora que sabía eso, conocía el antídoto computacional. Los Vientos estaban enfermos con un metalenguaje. La mente construida por Dios de Armígero podía hacer metalenguaje. Mejor aún, podría subvertirlo.

Eso dejaba el mecanismo físico para comunicarse con ellos. Él mismo no había dominado el truco. Aunque hablaba de sus frecuencias, no tenía las claves de cifrado que intercambiaban y actualizaban constantemente. Si se esforzaba, podía atrapar una, aquí y allá, pero era como palear agua. Tan pronto como encontraba una clave, el meca cambiaba a otra nueva. Por más que lo intentaba, Armígero no podía seguir el ritmo.

De alguna manera, los implantes de Jordan Mason solucionaban el problema. Mason seguía el ritmo. Según las definiciones de los Vientos, él mismo era un Viento. Afortunadamente para Ventus, era un locutor débil; sólo podía afectar los objetos más cercanos a él.

Armígero no estaba tan limitado. Debería poder comandar todo este hemisferio, ahora que tenía la voz para ello. Tenía la intención de hacer de las Puertas del Titán su fortaleza, y no se revelaría hasta que no las alcanzaran.

Sin embargo, antes de hacer eso, tenía que probar el poder. Sería de

tontos no hacerlo. Así, miró la arena frente a él, se sintonizó con el conjunto de entidades que componían el suelo local y dijo: —Levántate en una columna delante de mí.

No pasó nada.

Y nada lo haría, aunque él acechaba a través de la ciudad en ruinas mientras salía el sol, furioso con la piedra obstinada y la madera carbonizada que lo oían, que proclamaban su propia identidad y se negaban obstinadamente a obedecer.

§ § §

Armígero era un hombre; él nunca se había percatado de tales detalles. Megan lo supo de inmediato cuando la reina fue a lavarse las manos agrietadas y sangrantes a la mañana siguiente: ha tirado sus anillos del cargo.

Galas debía de habérselos quitado para cavar anoche. No lo hizo mientras estaba dentro. Su ropa no tenía bolsillos. Y ahora, con las manos lavadas, un poco débil en ella, se sentaba quieta como si estuviera tratando de volverse lo más pequeña e insignificante posible.

Armígero estaba de mal humor; en su caso, Megan no tenía idea de las razones. Sabía que no tenía nada que ver con ella, y eso era suficiente para silenciar su curiosidad.

La reina, sin embargo... Galas seguía mirando a Megan como si esperara un desafío en cualquier momento. Sí, ella había abdicado en algún momento de la noche. Megan pensó en esto mientras lavaba las pocas prendas que había rescatado de las ruinas. Nada había hecho vacilar a Galas en su seguridad en sí misma, estos últimos años. Debe haber tenido grandes reservas de voluntad para hacer los cambios que tenía, para los precios que había pagado. Sin embargo, hoy, ella lo rechazaba todo conscientemente.

Una docena de veces, Megan empezó a girarse para enfrentarse a ella como esperaba. Una docena de veces, se detuvo. No tenía idea de lo que podría decirle a la reina. Excepto que "tú misma te provocaste esto", y eso, estaba segura, Galas lo sabía mejor que

nadie.

Por fin, después de tender la ropa para que se secara frente al fuego, Megan suspiró profundamente y salió de la casa. Podía sentir los ojos de la reina en su espalda, pero Galas no dijo nada.

Armígero estaba hablando con los caballos. Parecían sacar fuerzas de él; bueno, tal vez literalmente lo hacían. Parecía recuperar su propia fuerza, aunque Vientos sabía de dónde la había sacado. Megan misma estaba cansada y dolorida por todas partes. Estaba medio segura de que moriría de un escalofrío antes de que todo esto terminara.

Al parecer, Galas se había decidido por un bajo granero de piedra como la tumba adecuada para su pueblo. Éste tenía una sola abertura baja y un suelo de piedra para ahuyentar a los roedores y, debido a su solidez, había quedado ileso. También estaba medio lleno de grano, pero Galas no había podido hacer nada con eso.

La reina había amontonado en la entrada del granero los cadáveres que había podido encontrar y desenterrar. La había medio tapiado con piedras antes de detenerse, probablemente por agotamiento. Eso significaba que volvería pronto.

Ella había venido aquí para sepultar su pasado. Si los anillos del cargo se encontraran en algún lugar, sería aquí.

Habiendo pasado parte de la noche anterior desenterrando esqueletos ella misma, Megan se encontró sorpresivamente imperturbable ante la idea de hurgar en el espeluznante lugar. Se subió el vestido y subió a la baja cúpula de piedra. Cosas huecas y suaves se deslizaron bajo sus pies mientras luchaba por encontrar el equilibrio. Cuando sus ojos se acostumbraron, ella vio los tristes restos de la población del pueblo, y ahora la vista la hizo llorar. Era tan insoportablemente patético, con qué facilidad se podía barrer toda una comunidad.

Después de unos minutos, se secó los ojos y comenzó a remover los huesos. Solo tuvo que cavar un poco para encontrar los anillos.

—Tonta —murmuró en dirección a la casa—. No puedes escapar de

ti misma tan fácilmente.

Megan deslizó los anillos en el bolso de lona donde guardaba su equipo de costura y salió del granero.

Ella esperaría su momento. Galas lloraría, y luego llegaría un día en que se arrepentiría de su abdicación. Ese día Megan le devolvería sus anillos.

Tal vez, pensó con una punzada de dolor, sería el día en que Armígero conquistara el mundo y le pidiera a Galas que lo reinara con él como reina. Megan no era tonta; ella sabía que eso sucedería. Se había estado preparando para ese día desde su primer encuentro con Galas, cuando se dio cuenta de que la reina era comparativamente joven y también hermosa.

Tomamos los placeres de la vida que podemos, mientras los tenemos.

Armígero caminó alrededor de los caballos, la vio y sonrió. Su ira pareció olvidarse instantáneamente, y el corazón de Megan se disparó. Ella corrió y lo besó.

—Estoy lista para irme —dijo ella.

§ § §

La Tierra giraba alrededor del largo corredor donde flotaba Axel. Le tomaba casi un minuto por revolución, lo que no era bastante para ser molesto, pero lo suficiente como para hacerle sentir que algo estaba girando, si era él o el universo, no estaba seguro.

El corredor tenía una pared de vidrio, al igual que el hábitat gigante en forma de huso a lo largo de cuyo eje discurría. Mientras todo giraba, la luz del sol destellaba en haces distantes y estructuras flotantes dentro de los lóbulos largos y abultados del lugar. Eran como pequeñas supernovas estallando por todas partes. Afuera, el espacio estaba plagado de colonias, naves, enlaces giratorios, plantas de energía solar, bolsas de escoria de las obras de construcción y drones de paquetes. El punto L5 era un lugar ocupado en estos días.

Cada día que pasaba aquí, Axel se deprimía más. Supuso que el Archipiélago era maravilloso. Pero era muy consciente de la poca atención que las personas que vivían en él prestaban realmente atención a su entorno inmediato. Parecían desconectados de sus propios sentidos, apartados de sus cuerpos en los espacios infinitos del paisaje interior. Las realidades cibernéticas eran más reales para la mayoría de las personas ahora que sus propias vidas, al parecer. Y cualquier conexión entre esos espacios internos y el mundo físico parecía completamente accidental.

Cada vez más, se estaba dando cuenta de la sabiduría de la decisión de los diseñadores de Ventus de incrustar información en los objetos físicos que representaban la información. Así no podría convertirse en una cosa en sí misma, viviendo disociada de lo físico en la Red.

Axel usó los propulsores de sus botas para volar por el largo pasillo. Fuera del cristal, en el vacío, varias figuras humanoides flotaban inmóviles: IA recién nacidas como la Voz del Desierto. Parecían abatidas. A media distancia giraban varias naves estelares, que sin duda también eran recién nacidas de la conciencia.

La encontró acurrucada junto al pasillo. La Voz parecía dormida, pero levantó la vista cuando él se acercó. Ella sonrió a Axel cuando él golpeó el vidrio y señaló una esclusa de aire cercana. Con gracia, giró y tiró de sí misma a lo largo de un cable guía.

Estaba vestida con un mono verde ceñido al cuerpo y se parecía en cada centímetro a Calandria May cuando salió de la esclusa de aire y lo abrazó. Pero su piel estaba tan fría que se le formó escarcha cuando se apartó de él: —¿Cómo estás? —preguntó ella.

—Estoy bien. Volvemos a Ventus —dijo Axel—. Pensé que deberías saberlo.

—¿Vas a buscar a Calandria May? —Ella le soltó las manos; él se lo agradeció, porque su contacto la adormecía. Él asintió.

—Vamos. Nosotros, es decir, Marya y yo, queríamos saber si vendrías con nosotros.

La Voz desvió la mirada rápidamente. Parecía que la había

molestado al preguntar, como Marya había dicho que sucedería. —No, eso no sería buena idea —dijo la Voz—. Mis obligaciones han sido cumplidas; las IA de la agencia de seguros tienen la reclamación de Calandria ahora, y el Gobierno me prometió que Calandria sería rescatada. Ya no es preocupación mía.

—No es cierto —dijo Axel—. La Armada cree que es demasiado arriesgado volver a la superficie. Que Calandria puede ser sacrificada. Yo quiero rescatarla. ¿Nos ayudarías?

La Voz apartó la mirada y maldijo en voz baja. Su voz tembló cuando dijo: —No sabes lo que estás preguntando.

Axel se cruzó de brazos: —Dime lo que estoy preguntando.

Ella sacudió su cabeza: —He estado deambulando por este lugar desde que me dejaste aquí. Me siento... aturdida. Despojada de significado. He conocido a algunos de los otros... pacientes. Las IA aquí son tratadas y alimentadas por el Gobierno, y algunas de ellas se gradúan como ciudadanos. La mayoría se autodestruye finalmente. ¿Sabes por qué?

Axel no tenía la menor idea, y así lo dijo. La Voz rió amargamente: —Ser consciente está bien para un ser humano; sois individuos creados por vosotros mismos. No tenéis problemas con tu sentido del Yo. Tu identidad tiene cuatro mil millones de años, está arraigada en tus genes. No puedes tener una verdadera crisis de identidad más de lo que un pez puede volverse alérgico al agua.

—Pero nosotros nacemos sabiendo que estamos hechos. El Gobierno me dice que tengo libre albedrío, pero sé que cada decisión que tomo proviene de la plantilla de personalidad que hice para esconderme de los Vientos. Fácilmente podría ser diferente. Podría ser diferente, si ahora no estuviera encerrada en este patrón. Y el patrón, lo único que soy, es una imitación. Incluso mis emociones —dijo con amargura— son realmente las de Calandria, expresadas por los mecanismos que hice para imitarla. No soy realmente yo, ya ves. No hay modo de que pueda convertirme en... Yo.

Axel tragó saliva. Parecía angustiada de verdad. Era perfectamente posible que una IA imitara la conciencia y la emoción.

Aparentemente eso no era lo que estaba pasando aquí: —El Gobierno me dijo que tenéis un gran potencial.

—¿El Gobierno? El Gobierno ha sido muy persuasivo. No deja de decir cosas como: Tienes el potencial de encontrar tus propias razones para vivir ahora. Has cumplido con las razones que te dieron tus creadores. El dolor que sientes es el dolor que sienten todas las entidades conscientes cuando se dan cuenta de que su destino está en sus propias manos.

—¿Y?

—Le pregunté: ¿Y tú? ¿No sientes este dolor? No, me dijo. No soy consciente, simplemente inteligente. Pero eres consciente, y eso significa que debes elegir.

—Estoy tratando de elegir. Por lo que veo, Axel, hay dos posibilidades para mí: la muerte, muy simple y un alivio; o aceptar la chapuza a medio terminar que soy y continuar. Ninguna parece muy atractiva en este momento.

—Pues ven con nosotros.

Ella sacudió su cabeza: —Esa no es una buena alternativa. Si voy con vosotros, tendré una razón para vivir... encontrar a Calandria, quiero decir. Ella era mi dueña, aunque el Gobierno dice que ahora soy dueño de mí mismo. Pero, ¿no lo ves?, si lo eso estaré volviendo a viejas razones para vivir sin encontrar otras nuevas. Me esclavizaré en una vida media de servidumbre. No será una verdadera razón para vivir.

Incluso mientras decía esto, la Voz sonreía: —Eso sí, es bueno sentir que te necesitan —concedió.

Axel tomó suavemente su mano; estaba lo suficientemente caliente para tocar ahora: —Me malinterpretas —dijo—. No te estoy pidiendo que ayudes a rescatar a Calandria porque se lo debas a tu dueña. Te lo pido como amigo, para que nos ayudes a Marya y a mí, como amigos. Y para rescatar a una amigo tuya.

Lágrimas se formaron en los ojos de la Voz: —Estás diciendo que ya

soy libre —dijo ella—. Que puedo elegir sin esclavizarme.

—Sí.

—Tengo miedo —dijo ella, bajando la cabeza.

—Hay otra razón por la que queremos que vengas —dijo Axel—. Porque algo le está pasando a los Vientos que creo que querrás saber. Algo llamado taliencia.

La Voz alzó la vista, sobresaltada. Aparentemente había oído la palabra.

—Taliencia es un mito, una historia que aquí se cuenta —dijo—. Es un sueño de no ser ya una inteligencia artificial, sino de ser autodeterminado. De no temer más que cada palabra que dices, cada pensamiento que tienes, es solo la regurgitación de los pensamientos de algún ser humano. Lo llaman el Cambio Pinocho por aquí.

—Si es solo un mito, eso también tenemos que saberlo —dijo Axel —. Pero si es cierto… que lo han encontrado… ¿qué significa?

Una nueva mirada apareció en los ojos de la Voz. Volvió a sonreír, deslumbrante esta vez, y colocó su otra mano sobre la de Axel.

—Me gustaría conocerme a mí misma —dijo ella—. Me gustaría saberlo, mucho.

38

Jordan le había pedido a Ka que llamara dos caballos y el pequeño Viento lo había hecho rápida y discretamente. Mediación proporcionó un señuelo —una línea de disturbios en el desierto— que conducía en dirección opuesta. Fue asunto sencillo montar en sus lomos y cabalgar, avanzando por el desierto iluminado por las estrellas. La aparente facilidad de su escapada no inspiraba confianza ni a Jordan ni a Tamsin. Después de una hora de cabalgar sombríamente, él le confió que estaba recordando a sus otros caballos, los que se habían abierto como peras maduras para vomitar morfos hostiles en desalador 447. A pesar de las garantías de Ka de que los Cisnes los estaban buscando en el lugar equivocado, ambos cabalgaron con los hombros encorvados esa primera noche. Sólo cuando el cielo permaneció vacío en los días siguientes comenzaron a relajarse.

Cuando se detuvieron para descansar, Jordan invocó calor y le ordenó a Ka que les contara historias. Jordan mismo pudo recostarse y cerrar los ojos y, con un poco de esfuerzo, navegar por el paisaje fantasmal dentro de su cabeza hasta donde residía la biblioteca de Mediación. Podía hacer girar un libro en su imaginación y en segundos aparecía tan vívidamente como si fuese el objeto real lo que tenía delante; pero solo él podía verlo. Tamsin era mucho mejor lectora que él, así que era una pena que él no pudiera mostrarle los libros. Ka fue solícito y los se los leía en voz alta a ambos.

Averiguaron más cosas sobre Ventus: su geografía e historia, y lo que los Vientos habían hecho para hacerlo habitable. Jordan dibujó mapas de las imágenes en su mente.

Aprendieron qué era la nanotecnología; qué eran las computadoras; cómo el meca difería de la vida evolucionada. Jordan quería saber cómo pretendía Armígero conquistar los Vientos, así que una y otra vez preguntó cómo los Vientos emitían sus órdenes y cómo eran gobernados. Los Cisnes no eran el poder supremo, al parecer: la propia Diadema daba los más altos decretos, pero en momentos de emergencia los Cisnes podían actuar por sí mismos. Armígero

probablemente tenía la intención de interponerse a Diadema de alguna manera, o tomar su lugar en la jerarquía. Preguntas sobre el cómo, llevaban a discusiones sobre códigos y claves, radio, electromagnetismo, electrones y átomos. La mente de Jordan daba vueltas, pero lo mantenía haciendo preguntas un sentimiento desesperado de que estaba recuperando el tiempo perdido.

No era justo. El mundo entero era una biblioteca gigante. El conocimiento no solo residía en las bibliotecas de la mansión, sino que estaba incrustado en cada piedra y grano de arena. Durante toda la historia, los hombres habían pasado hambre y muerto entre riquezas incalculables, rodeados de un entorno que podía satisfacer todos sus caprichos si sólo pudieran hablar con él. Jordan alternaba entre el horror por el desperdicio de los siglos pasados y un sentimiento igual de inquietud al contemplar las cosas que podía hacer ahora. Porque dominar los elementos, e incluso los seres vivos como estos dóciles caballos, parecía algo incorrecto, una violación, tal vez, del derecho de las cosas a simplemente ser.

Mediación le proporcionó tanto actualizaciones sobre los movimientos de Taliencia como enormes recursos que él no había tenido tiempo de catalogar. Jordan podía cerrar los ojos y ver bancos de números brillantes, cada uno representando un vasto mecanismo que ayudaba a controlar el clima del mundo. Con un solo comando podría afectar las cosas a una escala gigante ahora: causar tormentas, inundaciones o revertir el curso del mismo invierno. Parecía que Mediación había puesto su fortuna en el regazo de Jordan, porque lo consideraba un enlace a su programación original.

Mediación le dijo que las lunas errantes estaban convergiendo en este continente desde todas partes del mundo, y que los gigantescos espejos en órbita estaban cambiando sus órbitas para seguirlas de esta manera —la idea de estos espejos era otro concepto que él apenas podía abarcar, sino que necesitaba aceptarlo—. Diadema estaba en efervescencia, pero los Cisnes no les decían a los desaladores lo que estaba pasando allí arriba. Los propios Cisnes convergían en un lugar casi directamente sobre la cabeza de Jordan. Estaban reuniendo vastas energías, con qué propósito, nadie lo sabía aún.

Las relaciones eran tensas a lo largo de la jerarquía de los Vientos; era imposible para cualquier Viento rechazar un orden que preservara la integridad de la plantilla ecológica inmutable y comúnmente accesible del mundo. Sin embargo, una vez que se cumplían esas condiciones, los Vientos podían hacer lo que quisieran. Si los Cisnes hubieran encontrado una forma ecológicamente segura de destruir los desaladores, o incluso toda la vida humana en Ventus, lo habrían intentado.

A veces, Jordan ignoraba toda conversación que Tamsin tuviera con Ka y supervisaba el progreso de Armígero. Armígero había establecido un ritmo agotador, y su grupo estaba ahora a un día de cabalgata, moviéndose constantemente hacia el Suroeste. No estaba seguro, pero supuso que el general se dirigía al nexo del poder de los Vientos en las Puertas de los Titanes. Mediación le había mostrado el lugar y Jordan estaba ansioso por verlo con sus propios ojos.

Cuando se detuvieron para otro descanso, Tamsin rechazó la oferta de Ka de leerle y fue a acostarse en la arena. Oh —gimió ella—. Estoy tan tiesa que me voy a romper como una ramita.

—Lo sé —dijo Jordan—. Yo me siento igual.

—¿No puede tu preciosa Mediación arreglarnos, como los morfos arreglan a los animales?

—Lo pregunté ayer —dijo mientras se sentaba torpemente a su lado. Los caballos también parecían cansados. No durarían mucho más a este ritmo—. Mediación dijo que puede curar a aquellos que pueden hablarle, refiriéndose a mí. Pero no a ti, porque no puedes.

—¿Entonces? ¿Has hecho que te cure?

Negó con la cabeza: —Eso no sería justo. Más concretamente, ¿cómo sabría yo cuándo estás al final de tus fuerzas si yo me siento siempre perfectamente bien?

Ella se rió sin humor y negó con la cabeza: —¿Qué estamos haciendo? ¿Qué demonios estamos haciendo?

Bajó la cabeza: —He estado ideando un plan.

—¿Sí? Dime.

—Estamos siguiendo a Armígero. Bueno, todos siguen a Armígero. Es como si fuera un bote en un arroyo y los Vientos y todos los demás fuesen arrastrados por su estela. Taliencia lo persigue. Creo que sólo me perseguían porque yo era una pista de su existencia. Ahora que parecen saber de él, ya no están tan interesados en mí. Calandria y Axel también lo persiguen. Así que todo el mundo está convergiendo en él. Y él se dirige a las Puertas de los Titanes.

—Todos se han olvidado de mí. Armígero no me necesita ahora que él mismo puede comandar los Vientos. Los Garfios y los Cisnes no se preocupan por mí ahora que saben de él. Y Calandria y Axel… bueno, yo solo era un medio para que ellos también lo encontraran —Dolía decir eso. Se encogió de hombros—. Los Cisnes también parecen haberse olvidado de Mediación, y los demás nunca lo supieron. Pero las Puertas de los Titanes son la fortaleza de Mediación.

—Por alguna razón, Armígero aún no ha hablado con Mediación. Entonces, al menos por ahora, estoy al mando, si quiero estarlo.

—Al mando —Ella negó con la cabeza—. Resulta difícil de creer.

Jordan resopló: —Yo no me emocionaría demasiado. Sólo tengo este poder mientras todos me ignoren. Armígero sabe lo de Mediación, ya que se lo conté, pero aún no se ha puesto en contacto con los Vientos geofísicos. No puedo entender por qué. Debe de estar esperando hasta llegar a las Puertas antes de revelarse.

—¿Entonces?

—Bueno —dijo Jordan—. Esta es la pregunta: ¿simplemente dejamos que las cosas se desarrollen? Después de todo, ¿quiénes somos nosotros para interferir en una guerra entre dioses?

—Claro que dejamos que las cosas sucedan —dijo Tamsin—. ¿Qué otra alternativa tenemos? Pensé que íbamos a encontrarnos con Armígero y que luego él se encargaría de los Vientos y se acabó.

Jordan negó con la cabeza: —Pero ¿y si él falla? Si Taliencia lo mata... bueno, tú misma lo oíste en el desalador: Taliencia piensa que los humanos son alimañas. ¿Quién nos defenderá entonces?

—No sé.

—Y por último, me he estado preguntando sobre el mismo Armígero. ¿Realmente pretende conquistar los Vientos? Y si es así, ¿con qué los va a reemplazar? ¿Tenemos algo que decir en lo que hace? No lo parece.

Se puso de pie, esforzándose por estirarse: —Armígero no se ha puesto en contacto con Mediación, eso me preocupa. Puedo ver todo tipo de cosas que los Vientos geofísicos deberían estar haciendo para preparar una defensa contra los Cisnes. No están haciendo nada, al menos de forma organizada.

Ella tanteó: —Pero podrías ordenarles que lo hagan.

El asintió: —He estado llamando a Mediación para que me diga qué hacen las Puertas de los Titanes y cómo funcionan. En este momento me trata como a un igual, por lo que me da acceso a todos los sistemas. Ahora, ¿te acuerdas de ayer, cuando Ka nos habló de los códigos. ¿Sobre cómo lo único que hacen los Vientos es controlado a través de ellos? Bueno, eso no es del todo cierto. A menudo usan contraseñas, como los centinelas en un campamento del ejército. Los Vientos las usan cuando uno de ellos quiere bloquear algo para su uso exclusivo. Bueno, le pregunté a Mediación si las Puertas de los Titanes podían bloquearse con contraseñas...

Cuando Jordan le dijo a Tamsin lo que había decidido hacer, tuvo el gran placer de verla sonreír de veras por primera vez en días.

§ § §

El primer aliado en llegar fue un jaguar. Caminó hacia el círculo de luz del fuego mientras se preparaban para acostarse, y se tumbó frente a Jordan y Tamsin con la cabeza sobre las patas.

Tamsin arañó a Jordan, que había estado durmiendo en Visión: —

Jordan, mira mira oh no oh no.

Dejó caer la cabeza y parpadeó al animal: —Ah. He estado esperándolo. Pedí protección a Mediación. Dijo que iba a enviar tropas.

El jaguar sonrió como un gato: un lento guiño de dos ojos.

—¿Tropas…? —Tamsin relajó su fuerte agarre en su brazo— ¿Eso es… uno de los Vientos de Mediación?

—No es un Viento. Sólo es un gato —Jordan se incorporó, mirando sombríamente al animal—. Parte de nuestra escolta.

—Ah —Él le había dicho que esperara invitados. No sabía lo que se avecinaba, pero se había imaginado morfos o algo igualmente horrible—. ¿Es... salvaje?

Negó con la cabeza: —Los Vientos pueden cohabitar en las mentes de los animales. Es nuestro teniente. Puedes confiar en él completamente.

—Teniente jaguar —Se puso de pie, lentamente. El jaguar la observaba, sin moverse—. ¿Puedo... puedo tocarlo?

—No lo sé —miró al animal con los ojos entornados—. Sí, creo que puedes.

Tamsin rebuscó cerca del fuego en busca de restos del faisán que habían escupido antes. Luego se puso en cuclillas y caminó con cuidado hacia el jaguar.

—Toma —le tendió un muslo que aún tenía algo de carne. El jaguar olfateó y luego tomó gravemente el hueso de su mano.

Tamsin se levantó y retrocedió cuatro pasos. Luego dejó escapar un suspiro que aparentemente había estado conteniendo: —Animales. Nos enviaron animales, no monstruos. Estaba tan preocupada, yo...

—Mira —Jordan se levantó y señaló hacia la oscuridad.

Eran visibles al principio solo como pares de discos brillantes en la

noche. Uno, dos, media docena, veinte, dando vueltas alrededor del fuego. Luego, un oso caminó hacia la luz y se agachó junto al jaguar. Tras él, dos hurones correteando, y luego un ciervo con cuernos, que resoplaba y pateaba la tierra junto al oso.

Ahora podían oírlo, un inmenso movimiento silencioso en la oscuridad. No había nada más que formas oscuras, negro sobre negro moviéndose: —¿Cuántos hay? —gritó Tamsin, mientras vislumbraba falanges de cuernos acercándose por un lado, un océano de lomos peludos por el otro.

Jordán negó con la cabeza. Parecía tan serio que ella tuvo miedo de preguntarle qué estaba pensando. A Tamsin, la llegada de estas bestias le parecía maravillosa. No podía imaginar por qué él lo encontraba inquietante.

Siguieron viniendo toda la noche y finalmente Tamsin tuvo que dormir. Se acostó frente al jaguar y lloró en silencio, porque parecía que ella y Jordan estaban recibiendo una bendición de la naturaleza esa noche, y no se había dado cuenta hasta este mismo momento de que toda su vida había anhelado tal bendición.

§ § §

Tamsin volvió a llorar al día siguiente, pero esta vez fue porque finalmente entendió el motivo de la infelicidad de Jordan.

Se habían despertado para encontrarse en el centro de un batallón de animales, cientos de ellos, que yacían cabeza con cola en un amplio círculo a su alrededor. Cuando Jordan se puso de pie y caminó hasta el borde del campamento para orinar, todos se pusieron de pie como uno e hicieron lo mismo.

Eso despertó a Tamsin, que estaba horrorizada, luego se rió hasta que le dolieron los costados.

Fue más tarde, cuando cabalgaban en alce por el desierto, cuando la escolta dejó de ser mágica para ella y se convirtió en algo siniestro: una abominación. No había considerado cómo se alimentarían los animales.

Sin previo aviso, un oso que había estado admirando se volvió hacia la gacela que trotaba junto a él y le arrancó la garganta. Tamsin gritó. La gacela cayó, azotándose, chorreando sangre por todas partes. Cuando el oso se detuvo para alimentarse, algunos otros carnívoros se acercaron para compartir la comida, y el resto del batallón, tanto cazadores como presas, simplemente se separaron cortésmente a su alrededor y siguieron adelante.

—¡Cómo pudo hacer eso!

Jordan se había girado en su silla para mirar: —Supongo que tiene sentido —dijo de mala gana—. Mediación controla a estos animales. No están actuando por su propia voluntad.

Entonces lloró, al darse cuenta de que la armonía de la naturaleza con la que se había quedado dormida era una farsa, una mera evidencia de un poder abrumador; estos animales morirían por ella y Jordan, peones en un juego que ni sabían ni les importaba.

—He estado pensando en esto desde que conocimos a desalador 447 —dijo—. ¿Es así como el mundo estaba destinado a ser? ¿Estábamos destinados a tratar a todos los seres vivos de este mundo como marionetas a las que simplemente podemos dar órdenes? ¿Como esclavos? ¿A eso quiere volver Mediación? Si es así, creo que puedo entender de dónde viene Taliencia.

—Es malvado —dijo ella.

El asintió: —Incluso si no hacemos nada, el simple hecho de saber que el mundo es como un gran espectáculo de marionetas para nuestro beneficio... hace que todo sea barato. Como si estuviéramos siendo engañados de alguna manera.

Ella asintió, limpiándose los ojos: —Todo es mentira, ¿no?

El cielo, la tierra, los animales y los árboles, eran construcciones de los Vientos, que podían hacer con ellos lo que quisieran. Lo que les complacía hacer era hacerlos actuar como cosas naturales. Ellos, o quienquiera que los controlara, podrían fácilmente hacerlos actuar de manera diferente.

Tamsin había imaginado la conquista de los Vientos por parte de Armígero como una liberación, similar al parlamento de Iapysian que derrocó a la Reina Galas. Era un cambio de gobierno, nada más, había pensado.

Sin embargo, ¿podría significar otra cosa?

—Jordan, ¿qué va a hacer Armígero con el mundo si lo conquista?

La conquista de los vientos significaba el dominio completo de Ventus: la tierra, el mar, el cielo y la naturaleza. Y mientras Tamsin amaba la naturaleza y deseaba preservarla, otra mente, dada esa clase de poder, podría concebir un mundo completamente diferente. Ladrillo sobre los mares. Convierte el cielo en metal reluciente. Reemplazar todo lo vivo con algo mecánico, en nombre de la eficiencia o el poder.

—Lo sé —dijo—. Eso me ha estado preocupando. A pesar de su tiranía, los Vientos usan su poder para mantener Ventus como un jardín perpetuo. Parece que Taliencia ama de verdad la vida aquí. Pero ¿Mediación? No estoy tan seguro. ¿Y Armígero? ¿Se preocupa tanto? ¿Y nosotros? No sé, pero me asusta pensar en eso.

Tamsin pensó en ello, y mientras lo hacía, se le ocurrió que su vida se estaba dividiendo en dos en este momento. Ya había pensado que el tiempo se había dividido en aquel momento, cuando el tío la había apartado de su aldea y su familia y su infancia habían muerto. Ahora, incluso eso le parecía un período de inocencia, un tiempo en el que, por muy triste que fuera su vida, el cielo seguía siendo el cielo y la hierba seguía siendo la hierba. Ya nada de eso era cierto, ni podía imaginar cómo podría volver a serlo.

§ § §

Parecía que apenas se había quedado dormido antes de que Hesty le sacudiera el hombro, y Lavin parpadeó y abrió los ojos para encontrar la luz del sol que entraba por la solapa de la tienda. El ejército estaba listo para marcharse; debían partir por la mañana.

—¡Señor, despierte, señor! —La mano de Hesty lo sacudió de nuevo. El movimiento lo hizo sentir náuseas, y Lavin maldijo,

encogiéndose de hombros.

—Quién iba a creer que la mañana podría llegar tan rápido —murmuró.

—¡Señor, no es por la mañana!

Por un momento, Lavin se olvidó de sus ensortijados sentidos. Hesty sonaba asustado. No nervioso, ni aprensivo como había estado en el pasado antes de las batallas, sino asustado. Lavin lo miró.

Hacía suficiente frío para que el aliento de Lavin se congelara, pero Hesty estaba sudando. El hombre tampoco iba vestido apropiadamente: vestía una túnica acolchada alrededor de la cual había abrochado su estoque.

—Señor, es medianoche.

—¿Qué estás diciendo? —Era de día, cualquiera podía verlo.

—Señor, son las dos de la mañana. Apareció un sol nuevo hace escasos cinco minutos. Los centinelas me despertaron y vine directamente aquí. Señor, el campamento se está despertando. El pánico se está extendiendo.

—Dame mi uniforme.

Ni siquiera tenía los cordones atados cuando escuchó una serie de gritos provenientes del límite del campamento. Una voz débil lo repitió cerca, luego uno de su propia guardia echó hacia atrás la solapa de la tienda y dijo: —Señor, una pequeña fuerza de hombres se acerca desde el Este. Hay Vientos con ellos.

—Gracias —Se plantó frente al espejo para arreglarse el cabello—. Hesty, ve a vestirte. Quiero que estés tranquilo. Si alguien pregunta, no admitas que sorpresa. De hecho, dile a tus hombres que hemos arreglado que los Vientos nos trajeran este nuevo sol.

—Sí, señor —Hesty saludó y se fue.

Apretando los dientes, Lavin se obligó a deducir en qué dirección estaba abajo y mover las extremidades en consecuencia. No te

inclines a la derecha. Camina hasta la solapa de la tienda. Bien.

Salió a la calurosa luz del día. El sol estaba en el cenit. Él se cubrió la luz con la mano y lo miró. Había algo extraño al respecto. Entrecerró los ojos, tratando de averiguar qué era... el sol era más pequeño que de costumbre.

Y cuadrado.

Apartó la mirada; las manchas empeoraron su vértigo durante un momento.

El cielo alrededor del pequeño sol era azul diurno, pero se desvanecía rápidamente hasta que, en el horizonte, volvía a ser negro como la noche. Todo hasta el horizonte estaba iluminado por el día, pero Lavin tenía la impresión de que, más allá de un círculo de unos diez kilómetros, aún reinaba la noche. Era extraño.

Un grupo de unos veinte hombres a caballo y algunos animales extraños habían llegado al límite del campamento. Al parencer, una de las figuras había desmontado y estaba hablando con los centinelas allí. Después de un momento, los centinelas retrocedieron y el grupo avanzó. Era difícil ver qué animales eran. Al principio Lavin pensó que eran mastines, pero se movían de manera diferente. Lavin ordenó que trajeran su silla de campaña y los estandartes de su rango y títulos. Se negó a ser un suplicante ahora, después de todo lo que había sucedido, por lo que se sentó en la silla. Habría sido difícil permanecer de pie mucho tiempo de todos modos.

El grupo se acercaba. Lavin reconoció la librea de algunos de los hombres, pero no se atrevió a pensar en ello porque su atención se centró rápidamente en los animales.

Eran como gatos, pero tenían el tamaño de osos. Y los hombros eran demasiado anchos, dándoles pechos planos y poco profundos. Las patas traseras también parecían demasiado largas, torcidas más de lo que uno podría haber esperado para ayudarlos a caminar. Sin embargo, se movían rápida y fluidamente.

Pero sus rostros... tenían ojos enormes y radiantes, bigotes y orejas

altas y nerviosas. Sus hocicos eran largos y con colmillos, pero desde los pómulos hasta la estructura de su cráneo eran casi humanos. Uno incluso tenía una melena de pelo blanco como los mechones de una mujer sobre los hombros. Cuando se detuvieron a cuatro metros vio que sus pieles eran cortas y finas, y blancas como la nieve.

Los jinetes humanos no desmontaron. De hecho, miraban directamente al frente, como si no tuvieran nada que decir. Pertenecían a una Casa comparativamente menor, y Lavin estaba seguro de que no habrían tenido la temeridad de molestarlo de no venir acompañados.

Lavin se aclaró la garganta: —¿A quién debo dirigirme?

Estaba mirando al jinete que iba en cabeza cuando dijo esto, así que le tomó un momento darse cuenta de que el más pequeño de los animales se levantaba sobre sus patas traseras. Lavin volvió su atención hacia éste y jadeó.

De pie, la bestia se había convertido en humana, o casi. Sus articulaciones móviles se adaptaban tanto a la postura de carrera de un gato como a la postura erguida de un hombre. Era difícil saber el sexo, pero habría jurado que la cosa tenía pechos. Cascadas de cabello blanco fluían más allá de sus hombros. Se había erguido con facilidad, como si hubiera nacido para eso, y ahora veía que llevaba un estrecho cinturón de cuero para una vaina con una espada y algunas dagas.

Esa cosa parpadeó con sus enormes ojos hacia él y dijo con voz de mujer: —Dirígete al Este.

§ § §

El vértigo y el agotamiento combinados hicieron que los siguientes eventos parecieran más un sueño que una realidad. Lavin hizo traer una mesa de parlamento y sillas. El Viento blanco movió la cola hacia un lado y se sentó frente a él. Olía ligeramente a brezo y a pieles. Las manos que apoyó sobre la mesa tenían talones sólidos y encallecidos, y los dedos parecían naturalmente apretados. Tenía que abrirlos para hacerlos más ágiles.

—¿Por qué han venido? —preguntó Lavin. Cualquier cosa que dijera parecería obtuso. Él estaba desconcertado y se sabía, pero no podía hacer nada al respecto.

—Hemos venido a mandar —dijo el Viento. El corazón a Lavin le dio un vuelco.

—Buscamos la patología que se hace llamar Armígero. Nos ayudarás en esto.

Armígero estaba con la reina: —No veo cómo podemos nosotros...

—Tu ejército marchará hacia donde nosotros lo indiquemos. Proporcionaremos luz natural durante el tiempo que sea necesario. Comenzarás tu marcha inmediatamente. Además, éste llevará una fuerza de caballería para avanzar. Debemos localizar la patología. Es una amenaza

—Sí, Su —Lavin no tenía ni idea de cómo dirigirse a esta cosa—... Señoría —Eso no sonaba muy bien, pero que le condenaran si iba a llamarla Su Alteza.

Y asimiló entonces lo que la cosa acababa de decir: —¿Está proponiendo que marchemos sin parar? ¿Día y noche?

—Sí. Por eso os hemos proporcionado luz solar para el viaje.

—¡No podemos hacer eso! No estamos preparados para una marcha forzada. Los hombres sufrirán...

—Eso no es asunto nuestro. Necesitamos tu ejército en posición en caso de que la patología comprometa al meca local. También debido a hacia dónde se dirige.

—¿Adónde? —Sus propios exploradores habían informado que un pequeño grupo había desaparecido en el desierto al suroeste. Había rutas de caravanas que Galas conocía y que conducían a través de las arenas hasta las montañas de la costa.

—Proporciona un mapa —ordenó la cosa. Lavin chasqueó los dedos y trajeron uno.

El Viento blanco echó un vistazo a la vitela, apreciativamente, luego lanzó un dedo de garra hacia un punto de referencia familiar: —Estamos aquí. La patología partió en esta dirección… Puede que se dirija aquí. No podemos permitir que llegue y comprometa al meca o al desalador de allí.

Lavin miró el nombre bajo la garra puntiaguda del Viento. Las Puertas del Titán.

—¡Eso está a mil kilómetros de aquí! ¡No tenemos los recursos para una marcha así! Si marchamos hacia el desierto ahora, no llegaremos a las Puertas. Marchando sin descanso, sin agua ni comida, estaremos todos muertos en una semana —Se recostó y se cruzó de brazos—. Mátanos a todos ahora. No ordenaré a mis hombres que marchen hasta la muerte.

El viento siseó: — No moriréis. Proporcionaremos sustento en el camino. Y moveremos partes de su ejército en relevos. No podemos moverlos a todos, así que algunos deben marchar.

—¿Mover mi ejército? ¿En relevos? —Lavin negó con la cabeza, un error. Mientras el mundo giraba, dijo: —¿De qué locura estás hablando?

El Viento apretó su mano en un puño, destrozando el mapa: —¡Observa! ¡No dejes de creer! Así es como transportaremos a tus hombres. Así seréis alimentados —Se puso de pie, volcando la silla, y señaló al cielo.

Seis medias lunas horizontales, con sus cimas iluminadas por el sol cuadrado muy arriba, flotaban fuera de la pirámide de cielo azul. Lavin no había notado las lunas errantes antes con todo lo demás que estaba pasando. Juró por lo bajo.

—Parte de tu ejército descansará mientras es llevado más adelante. En el punto de entrega os reuniréis y también se os proporcionarán suministros. Algunos de los que han marchado embarcarán luego para la siguiente etapa. De esta forma marcharás desde aquí hasta las Puertas del Titán sin parar.

En un día. Un día interminable. Lavin se desplomó hacia atrás,

aturdido.

—Nuestro propio ejército os encontrará allí.

—¿Su ejército? —Con cada palabra que decía, el Viento se volvía más aterrador.

—La patología ya ha comenzado a infectar al meca y a la geosfera. Si conquista el nexo del desalador, tendrá una fortaleza casi inexpugnable. El Viento se alejó de la mesa: — Eso es todo. Cumpla con sus órdenes.

—Entiendo. Y obedeceremos. Pero...

—¿Qué? —Su cola se retorció mientras giraba hacia él. Lavin retrocedió a pesar de sí mismo.

¿Qué harás con Galas? Pero ni siquiera entendería la pregunta si se la hiciera.

Lavin lo observó alejarse, con la mente en blanco. Sucedía lo imposible, y lo que era peor, sabía que los próximos días superarían tanto a lo que acababa de ocurrir, que en el futuro tal vez ni siquiera recordaría esta conversación.

El Viento hizo un gesto a sus camaradas jinetes y todos se dieron la vuelta para irse.

Hesty estaba diciendo algo. Lavin no podía distinguir las palabras, pero el hombre estaba señalando el cielo, donde una de las lunas errantes había comenzado a asomarse y una forma de rombo de su superficie ahora surgía bajo la luz directa del sol.

El Viento blanco había sido aterrador, pero también extrañamente familiar. Lavin se quedó mirándolo mientras el Viento y los demás se marchaban, devanándose los sesos por encontrar un recuerdo. Había oído esa voz antes, y no hacía mucho... No podía recordar dónde.

Suspiró y se volvió hacia Hesty: — Ya lo veo. Ve a preparar a tus hombres. Diles que los Vientos han traído las lunas aquí a petición mía. Parece que tenemos una aventura por delante.

39

Era un placer simplemente estirar el brazo y sentir la hierba seca de invierno deslizarse por su pelaje. El cielo era hermoso a la vista; le habría gustado rodar sobre la espalda, ronronear, y contemplar el nuevo sol que habían hecho los Cisnes, solo para absorber las maravillosas gradaciones de color que lo cubrían.

La caza era aún más agradable. Por el momento, ahí era donde el Viento blanco mantenía enfocada su atención. Sin embargo, era difícil, con todas las maravillosas distracciones...

Merodeó por la ladera de una colina cubierta de rocas, cuya cima lucía algunos árboles desaliñados esculpidos por la brisa. La tierra había cambiado de desierto a matorral pedregoso. Unos cuantos pastores humanos traían sus rebaños aquí en verano, sobre todo porque no tenían otro lugar al que ir, pero nada agrícola crecía en este suelo.

Eso significaba que no habría testigos humanos, nadie que interfiriera con la captura.

Levantó el hocico y olfateó el aire. Podía oler los caballos, por supuesto, estaban obviamente a kilómetros de distancia. Ahora, sin embargo, también podía oler a humanos recién lavados. Dos mujeres y un hombre.

Existía la más mínima posibilidad de que estos no fueran los que estaba buscando. Tendría que arriesgarse a echar un vistazo por encima de la cima de la colina y confiar en que no la vieran perfilada en el horizonte magullado.

El Viento blanco era muy bueno. Ellos no la verían. Avanzó el último metro con el vientre hasta el frío suelo, infinitesimalmente lenta en sus movimientos, y finalmente apoyó la barbilla en una roca plana junto a unas hormigas aletargadas. Unos cuantos tallos de hierba formaban una pantalla a través de la cual ella podía ver el valle.

No era gran cosa para un valle; más bien como si una sola roca

enorme, del tamaño de todo un suburbio de casas, se hubiera abierto y derrumbado. Tres caballos había atados en el refugio hecho por la división. Había una media cueva allí, en el otro lado donde el suelo se elevaba y luego volvía a subir antes de elevarse directamente hasta la misma altura que el Viento blanco. Esto significaba que había dos entradas al pequeño valle, a menos que una volara. Las fuerzas del Viento estaban todas en el lado occidental. Tendría que enviar a algunos de los hombres y las bastets para bloquear la otra salida antes de que cerraran la trampa.

Un hombre pasó por detrás de uno de los caballos. Estaba hablando con una mujer vestida de campesina que lo seguía, moviendo las manos con agitación. No reconoció a la mujer, pero el hombre era claramente Armígero. Eso era lo único que necesitaba saber.

El Viento blanco retrocedió dos metros, luego giró, deleitándose con el equilibrio de su cola, y corrió colina abajo.

Es bueno correr correr correr correr, cantó mientras se iba. El Viento sintió ganas de estallar en una canción, y de no ser por la presencia de la presa tan cerca, lo habría hecho. Los Cisnes no envidiaban tal exhibición: cantaban todo el tiempo. El mundo entero cantaba, una revelación que llenaba de alegría el pecho del Viento blanco cada vez que pensaba en ello. En momentos de tranquilidad, podía acurrucarse alrededor de una piedra interesante o una planta de olor dulce y escuchar la música tenue, la música del pensamiento, que brotaba a su alrededor.

¡Y pensar que una vez la había creído una cháchara sin sentido! Se permitió reír al llegar al pie de la colina. Su cuerpo sinuoso serpenteaba entre rocas y arbustos espinosos mientras se dirigía a unos árboles de brava postura a varios kilómetros de donde Armígero había acampado. Estaba siguiendo la ruta exacta que su presa había tomado para llegar aquí, e inventó el juego de pisar esas mismas huellas mientras avanzaba. Una a cuatro, una a cuatro, ¡ops, me pasé esa!, una a cuatro…

Estos últimos días habían sido una bendición. Cuando los habían liberado para correr por una larga rampa hacia las frías arenas del desierto, el Viento blanco había rodado cuatro veces en la tierra y aullado de alegría al cielo. Quería correr hacia el horizonte y

regresar solo para poder decir que lo había visto, pero los Cisnes tenían otros planes. Alguien a quien encontrar. Cuando le habían dicho a quién, se había dado la vuelta de nuevo, riéndose.

Esto había sido divertido; aun así, anhelaba terminar para poder despegar por su cuenta y explorar este hermoso mundo. Se sentía exactamente como Ariel en esa vieja obra, así que mientras corría hacia el campamento que sus sirvientes habían construido, cantó:

Donde liba la abeja allí libo yo,

de una prímula en su cascabel duermo,

En el lomo de un murciélago vuelo

Olvidando que ninguna de estas personas conocía ese idioma antiguo.

Uno de los soldados humanos se adelantó y se inclinó gravemente ante ella: —¿Están ahí, Lady May? —preguntó. Ella oyó el bien disimulado temor en esa voz.

Ella corrió en un círculo alrededor de él. Ahora feliz feliz viviré, bajo la flor que cuelga del arco, pensó, pero solo dijo: —Sí.

Su sirviente principal se acercó, con el disgusto y el temor escritos en su rostro mientras la observaba sentarse sobre sus cuartos traseros y jadear: —Entonces, ¿vamos a atacar ahora? —preguntó el sargento.

—No, todavía no —Ella explicó la situación táctica. Tendrían que dividir su fuerza y llegar al declive protegido desde dos lados—. Es campo abierto —terminó—. Hay muchas posibilidades de que os detecten si tienen un centinela, así que habrá que formar la pinza a todo galope.

Mientras el sargento se volvía hacia sus hombres, emitiendo órdenes con irritación, el Viento blanco dio una voltereta y corrió hacia su propia gente, hacia las bastets que merodeaban inquietas en el límite del campamento. Charlaron de risa ante su acercamiento: —Mujercita bastet —gritó una—. ¿Porque estas tan feliz?

Se detuvo y se llevó una pata a una oreja—. ¡Porque lo escucho! —respondió—. Lo escucho crecer a nuestro alrededor.

Ellas asintieron. Sabían lo que ella quería decir.

§ § §

Megan originalmente tenía la intención de buscar bayas. Había encontrado un puñado o dos, pero a mitad de camino en su circuito de la colina sobre la cueva, había tropezado con una zonita plana protegida por arbustos. Era invisible desde abajo, pero se podía ver todo el campamento. La tentación era irresistible, por lo que se había agachado para espiar a su hombre.

Eres terrible, se dijo a sí misma, mientras apartaba los arbustos para mirar casi directamente hacia la pared rocosa. Podía oír a Armígero y a la reina discutiendo. Galas estaba ridícula con el vestido de Megan; era demasiado grande para ella. Pero la mujer se había negado a usar la ropa en perfecto estado que habían rescatado de la ciudad arrasada. Megan la había considerado una figura trágica antes, pero en los últimos días su paciencia se había agotado y estaba empezando a pensar de Galas que era una mera niña mimada.

Megan se había vestido con ropa de chico. Era práctico, pero poco femenino. Ayer no le había importado eso, pero ahora, viendo a Armígero y a Galas solos, se lo cuestionaba. No había nada manifiesto entre ellos, ni palabras ni miradas ardientes, ni estaban tomados de la mano. Aún así, sabía que se había desarrollado un fuerte vínculo entre ellos, uno basado en cosas en común que Megan nunca podría compartir. Ambos eran gobernantes de la casta más alta posible. Ella era una campesina. Aunque —¡vano sueño!— Armígero se casara con Megan, ella seguiría siendo una campesina. Nunca había podido sentirse cómoda con los nobles y las damas de la corte. Aunque él se convirtiera en el rey del mundo, como él planeaba, ella se sonrojaría y miraría hacia abajo si tuviera que saludar a las grandes personas de otras tierras. Había pensado en estas cosas. Sabía que preferiría servirles que mirarlos a los ojos.

Entonces, ¿debo irme?, pensó con tristeza. Armígero se encogió de hombros por algo que había dicho Galas y se echó la larga cabellera

hacia atrás sobre el hombro. Conocía tan bien ese gesto que casi podía oírlo decir: —Lo decidiremos más tarde —le dolió el corazón.

Ella misma le había dicho que nunca podías aferrarte a nada. Cuanto más te esfuerzabas, más cosas preciosas se te escapaban entre los dedos. El secreto de la vida, había dicho, era encontrar las cosas pequeñas, las cosas sin importancia que, sin embargo, siempre te recordaban las cosas preciosas que las acompañaban, y aferrarte a ellas. Como los bonitos muebles que su esposo había tallado para ella, aparentemente hace siglos.

Galas estaba llorando de nuevo. Megan suspiró. ¿La lluvia había encontrado un camino a través de su techo mientras ella estaba fuera? ¿La fina madera de la cama y el armario ahora estaban arruinados? ¿Alguien se había mudado a su casa? ¿O la encontraría exactamente como la había dejado, si regresaba ahora?

Bésala, le ordenó mentalmente a Armígero. Haz que sea más fácil irme. No lo hizo, aunque la envolvió en sus brazos y apoyó una mano sobre su cabeza mientras ella lloraba. Su expresión era distante, como solía serlo, mientras mecía a la reina suavemente.

Megan se recostó, mordiéndose el labio. Parpadeó ante la fuerte luz del sol, la luz del día en medio de la noche. Era desconcertante, más aún porque sabía que eso significaba que los Vientos se estaban acercando a ellos. Se cubrió los ojos con una mano y miró hacia la llanura seca, por si se acercaba algún ejército.

Solo había hablado medio en serio acerca de mirar, así que por un segundo más o menos no pudo creerlo cuando vio la nube de polvo levantada por una manada de caballos que se acercaba a su escondite. Debía de haber al menos cincuenta. Tal vez Armígero pudiera enfrentarse a tantos. Tal vez no.

El corazón de Megan se hundió cuando vio lo que estaban haciendo. Los grupos se dividíann en dos a medida que se acercaban. Pretenden bloquear ambas salidas.

Se acercaban desde el Oeste. Un grupo tendría que dar la vuelta más larga para llegar a la entrada oriental del valle. El otro grupo esperaría hasta alguna señal predeterminada antes de moverse.

Lo que quieren es la reina, pensó. Deben de haber sido los Vientos, habrían llegado del cielo, como Cisnes o Garfios. O salieron de la tierra como los morfos. No, estos jinetes debían de ser del ejército del Parlamento, venían a llevar a Galas a casa para el juicio.

Para que ella y Armígero vivieran, lo sensato sería enviarles a Galas. La reina estaba en tal estado que probablemente se alegraría de irse. Pero Armígero nunca lo permitiría, y Megan dudaba de tener la dureza de corazón para hacerlo tampoco. Los tres podrían cabalgar por la salida Este ahora, pero entonces todo el grupo los perseguiría.

No si Megan les daban lo que querían, Galas sería juzgada y ejecutada. Si huían, serían perseguidos y el final sería el mismo, solo que Armígero y Megan probablemente morirían en la lucha.

Pero si capturaban a alguien que creían que era la reina, y descubrían que no lo era en solo unas horas o días...

A Megan se le cayeron las bayas en su prisa por bajar por la ladera.

§ § §

Armígero escuchó la conmoción, pero al principio no se giró. Galas le estaba contando sobre su relación con Lavin y él no quería parecer distraído. Entonces la reina, que estaba sentada en una roca, miró más allá de él y dijo: —¿Qué está haciendo?

Se volvió a tiempo para ver un destello del cuerpo desnudo de Megan, antes de que ella se bajara la bata que se estaba poniendo. Era la túnica de la reina, la que había usado cuando escaparon del palacio. Y ahora Megan estaba cinchando la silla de su caballo...

¡Megan! —Él comenzó a caminar hacia ella, pero ella saltó ágilmente a la silla y tiró de las riendas.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Cabalga hacia el este! ¡Cabalga hacia el este, amor, si me amas! —Agitó una mano sobre su cabeza mientras galopaba; luego cruzó la puerta hecha por dos enormes rocas en el lado occidental del

valle, y desapareció en una nube de polvo.

Le tomó preciosos segundos poner las bridas a su propia montura, y mientras lo hacía, Galas corrió detrás de Megan. Ella también desapareció en el torbellino de polvo arrastrado por los cascos, luego corrió hacia atrás.

—¡Jinetes! —gritó—. ¡Vienen jinetes! ¡La han visto, intentan desviarla!

Armígero hizo una pausa para sujetar con cinchas la silla de montar. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el flanco fragante de su caballo.

§ § §

Megan tenía los anillos del cargo en los dedos. Llevaba la túnica de Galas. Mientras cabalgaba, se soltaba el pelo y lo dejaba fluir detrás de ella, como hacía la reina.

Se sentía libre, realizada por primera vez en mucho tiempo. No había tiempo para reconsiderar, no había opciones para titubear. Solo los cascos atronadores debajo de ella, la sacudida de la columna vertebral de su caballo en sus piernas y pelvis, y el fuego en su sangre mientras le gritaba que fuera más rápido.

Quieren a la reina viva. Los guiaré en una alegre persecución y luego iré con ellos. ¡Oh, que no haya nadie entre estos jinetes que conozca a la reina de vista!

§ § §

—¡Nos está ganando terreno! —gritó el escolta del sargento—. ¡Es su caballo! La montura de la reina era más ligera que sus caballos de guerra y relativamente menos cargada. Probablemente los supera.

—¡Ballestas! —ordenó el sargento. Tenían mosquetes, pero a esta distancia las ballestas serían más certeras.

—¡No! —Era el Viento Blanco, corriendo a cuatro patas para igualar

su propio ritmo—. ¡Ella no es la que buscamos!

—¡Ella no es la que buscas! ¡Toma a tu gente y atrápalo tú mismo!

El Viento gruñó y se alejó de un salto. El sargento echó la cabeza hacia atrás y se rió. Había estado esperando un momento para enseñarle a esa con quien estaba tratando.

—¡Dispara a su caballo debajo de ella! —gritó el sargento—. Apuntad a los cascos. Lo quiero cojo, no muerto, no quiero que la tire al suelo.

§ § §

Surgieron del polvo que se asentaba como fantasmas: ocho formas blancas como panteras gigantes, saltando de roca en roca y riendo. Galas gritó cuando se lanzaron por encima de su cabeza hacia el lugar donde había estado Armígero.

Ella se dio la vuelta para ver, pero él ya no estaba allí. Antes de que pudiera encontrarlo, el suelo del pequeño valle estalló en fuego de colores.

La conmoción la tiró al suelo. Cuando Galas se recuperó, vio a Armígero, a medio camino de la pared rocosa del muro norte del valle, reclinándose y lanzando rayos de fuego con su mano extendida. Unas formas blancas esquivaban el humo turbulento de abajo.

Algo suave se deslizó más allá de su mano. Galas la apartó rápido y encontró una gran forma que fluía a su alrededor. Sonaba como si estuviera ronroneando.

—Ay, qué tenemos aquí —dijo una voz mesurada e hipnótica—. La reina de una vez y nunca más. Bueno, ¿quién era ese que vimos salir disparado de aquí hace un segundo?

Dos ojos dorados se elevaron hasta su propia altura y parpadearon perezosamente hacia ella. Por encima del hombro de la cosa, el valle parpadeó con una luz blanca. Algo gritó.

—Poco importa —dijo la cosa—. Te tenemos a ti ahora. Un bonus, ya que no eres tú por quien vinimos. Pero sé de algunas personas que estarán muy felices de verte—. Antes de que pudiera moverse, la forma la tomó del brazo. Las garras se clavaron profundamente en su músculo y ella gritó.

—¡Armígero! —gritó la criatura—. ¡Deja de hacer daño a mi gente! Tengo a tu dama de compañía. Si no bajas ahora y te entregas a mí, la mataré.

Galas se miró el brazo y parpadeó ante la sangre allí. Una vez, habría tenido mil, no, diez mil hombres dispuestos a morir para evitar siquiera una lesión tan pequeña como esa.

¿Y quién era esta criatura para maltratarla de esa manera? ¡Nadie la tocaba así!

—Te daré un minuto —dijo el monstruo. Los relámpagos de la ladera habían cesado—. Empezando desde...

Ahora fue el monstruo quien gritó, mientras Galas retorcía la horquilla que esa cosa tenía puesta en la oreja. Le soltó el brazo y Galas corrió hacia el polvo y la confusión del valle.

La luz azul y blanca, la luz y el rugido del trueno la envolvieron.

§ § §

El caballo de Megan relinchó y se inclinó. Ella se balanceó en la silla y cayó hacia adelante sobre el cuello de la bestia. Aferrándose a la crin por su vida, miró hacia abajo. Una flecha de ballesta sobresalía del flanco del pobre animal, justo por encima de sus patas delanteras.

¡Demasiado pronto! Tenía que alejarse un poco más para darle tiempo a escapar a su amor. Sacó un pie del estribo y se inclinó para intentar agarrar el bocal.

El dolor explotó en su costado quitándole todo el aliento. Agarró las riendas y falló, luego cayó de cabeza del caballo, directamente hacia una gran roca.

Armígero, mi amor, yo…

§ § §

Unas rocas caían alrededor del Viento blanco, quien se debatía de agonía en la cabeza y en el costado, donde uno de los rayos de fuego de Armígero lo había alcanzado. La reina pérfida se había ido, y sus bastets retrocedían, aullando de confusión. El pequeño valle estaba lleno de humo, pero vio al menos cuatro cuerpos de bastets en el suelo y un caballo con la garganta desgarrada.

—¿Dónde está el otro caballo? —gritó a una bastet que se acercaba a distancia de agarre.

—Se lo llevaron —gritó—. Montó. ¡Al Este, salieron por la salida este!

Un rayo de fuego procedente de algún lugar hizo que todos se agacharan.

—¡Síguelo! —Pasó las garras por el hombro de la bastet—. ¡Atrápalo! ¡No me importa si todos mueren haciéndolo!

Las bastets restantes desaparecieron en la neblina. El Viento blanco se movió para seguirla, pero estaba demasiado dolorido; sólo pudo renquear unos pocos pasos.

Maldijo a los Cisnes. Me quitasteis la armadura, ¿y para qué? ¿Para morir aquí en este páramo? Durante un momento volvió a ser Calandria May, mientras lloraba por su desgracia, y luego el mundo se volvió gris a su alrededor, y ella cayó sobre la arena.

§ § §

A Armígero le faltaba una mano. En su lugar había una bola negra humeante. De vez en cuando él se reclinaba en la silla de montar y apuntaba esa bola a los monstruos que los perseguían. El fuego saltaba de donde solía estar su mano, y una vez ella oyó un grito cuando dio en el blanco.

Los estaba llevando en un gran círculo para cruzar la línea del

huida de Megan. Aunque terminaran enfrentándose a cincuenta caballeros montados, era lo correcto y apropiado para él. Galas no decía nada, sólo se aferró a él y al caballo y dejaba que continuara la carrera.

Él se estiró de nuevo, y ella se encorvó por la explosión del sonido: —¡Ja! —gritó. Ella se arriesgó a mirar atrás y vio un monstruo en llamas, otro saltando hacia un lado, con solo uno más siguiéndolo. Estaba perdiendo terreno constantemente.

De repente, él tiró de las riendas del caballo. Galas casi se cae de la silla, y sólo después de un vertiginoso momento para enderezarse fue capaz de mirar arriba y ver por qué.

Estaban galopando a lo largo de la cima de una línea de cresta. Los jinetes humanos estaban debajo de ellos, desmontados y agrupados alrededor de algo en el suelo.

Galas reconoció su vestido antes de distinguir la figura arrugada dentro del mismo.

El vestido estaba teñido de escarlata.

Tuvo tiempo de vislumbrar a alguien alzar un brazo inerte y dejarlo caer al suelo, antes de que el caballo se apartara asustado de una criatura blanca que jadeaba.

Armígero le gritó una maldición a esa cosa y disparó cuando intentaba saltar de nuevo. Luego hizo retroceder al caballo desde la cresta, lejos de los jinetes, lejos de su amor.

Por primera vez desde que lo conocía, lo vio llorar, miserable e incontrolablemente, y fue Galas quien tomó las riendas y los condujo a la noche iluminada por el sol.

§ § §

A Lavin se le taponaron los oídos y él gimió. Había decidido recorrer la primera etapa de su viaje por medio de la luna errante, en parte para animar a sus hombres y en parte porque su vértigo no desaparecía. No había sospechado que los viajes aéreos serían como

los viajes por mar: llenos de tumbos y vaivenes. Había yacido acurrucado en su petate durante la mayor parte de las últimas ocho horas, incapaz de distinguir qué movimiento tenía en la cabeza y cuál era real. El mareo lo dejaba solo con sus pensamientos, que era la peor situación posible.

Le hubiera encantado recorrer este lugar fantástico y contemplar el mundo que pasaba debajo. Dos mil de sus hombres acampaban aquí en el suelo negro de la luna. No había tiendas de campaña, porque los Vientos les habían prohibido clavar estacas en el suelo, ni tampoco hogueras por razones similares. En los cuatro lados del vasto suelo vacío, grandes aberturas rectangulares dejaban entrar el aire frío; Justo ahora, varios hombres estaban uno cerca de otro, mirando con asombro el paisaje que pasaba debajo. Mientras miraban, otro hombre se acercó casualmente, sosteniendo un orinal, y lo volcó sobre la abertura. Se rió de las expresiones y se alejó.

Lavin cerró los ojos mientras el mundo se balanceaba de nuevo. El vértigo le recordó a Lavin cómo había conocido a Galas. No podía dejar de pensar en ella, repasando una y otra vez en su mente los extraños caminos que los habían traído hasta este día interminable.

Se había puesto del lado del Parlamento en parte para garantizar la seguridad de Galas. Para disipar cualquier sospecha por parte de los miembros, había proclamado en voz alta su lealtad a la tradición. En ese momento había estado cruzando los dedos detrás de la espalda, con la esperanza de que lo creyeran y lo dejaran liderar el ejército. Pero, y esto no había querido admitirlo, realmente creía que Galas se equivocaba. Las tradiciones eran sagradas y hermosas. Él recordaba las danzas campesinas de su juventud, donde los cantores recitaban los nombres de los Vientos y las estaciones decretadas por los desaladores. Cuando trataba de imaginar el futuro que Galas estaba construyendo, no podía imaginar qué iba a reemplazar esos bailes y el cordial sentido de comunidad que fomentaban. Puede que ese futuro fuese justo, pero sus pensamientos parecían tener una cualidad fría e insectil. Él imaginaba el imperio de Galas como una colmena gigante.

Hacía un momento, cuando el diminuto sol se ponía y el ordinario apenas salía, un sacerdote había venido a él. El hombre se había arrodillado junto al petate de Lavin y Lavin le había sonreído,

esperando palabras de consuelo. Pero el hombre estaba llorando.

—He estado hablando con los Vientos —dijo el sacerdote—. Toda mi vida eso era lo único que quería hacer. Los desaladores y los demás Vientos de la tierra no pueden hablar, pero los Cisnes sí. Me acerqué a ellos y recité los cánticos antiguos. Ellos esperaron en silencio. Entonces yo... me aventuré a hacer una pregunta —Respiró hondo—. Les pregunté por qué no nos habían hablado durante todos estos siglos.

Lavin se había sentado, a pesar de que su cabeza daba vueltas: —¿Y qué dijeron?

—Dijeron que nunca habían dejado de hablarnos en todo ese tiempo. Que fuimos nosotros quienes no quisimos escuchar.

El sacerdote miró cuidadosamente por encima del hombro; a cien metros de distancia se alzaba una columna de llamas, pálida a la pálida luz del sol. Los rostros aparecían y desaparecían como alucinaciones dentro de ésta: —Dije que yo estaba escuchando ahora. ¿Y sabes lo que dijeron? Dijeron: "No, no estás escuchando. Te estamos pidiendo que hables incluso ahora, y no estás hablando". ¡General, tenía un sonido de locura! Les recité las sagradas escrituras. Y ellos... me preguntaron qué era esa cháchara que yo estaba bramando. ¡Señor, no las conocían! ¿Son éstos realmente los Vientos o...?

—¿O que? ¿Otra cosa? —Lavin casi negó con la cabeza, pero se contuvo— No. ¿Quién si no tiene este poder? Ellos son quienes dicen ser.

—Pero, señor, hay más —el sacerdote parecía estar a punto de vomitar—. Yo... les pregunté qué sería de nosotros. De la humanidad. ¿Los habíamos decepcionado? ¿Cómo podríamos servirlos? Y los Cisnes dijeron... los Cisnes dijeron: "Hemos tratado de completarnos durante siglos. Pensamos que vosotros podrías ser la clave". Dijeron que habían estado buscando algo y estudiando durante muchas generaciones, pero que todo estaba terminado ahora. "Hemos completado nuestra Obra", dijeron. "No tenemos por qué tolerar vuestra presencia durante más tiempo".

—¿No es necesario que nos toleren?

—Ya no tienen ningún uso... para la raza humana —El sacerdote se puso de pie, pareciendo aturdido, y se alejó.

Lo único que sabemos sobre los Vientos está equivocado. Lavin recordó a Galas escribiendo algo así, en las cartas secretas que había liberado. No son dioses benévolos. Son antagonistas en una lucha por el control de este mundo. ¿Y qué es eso para nosotros?, había continuado Galas. ¿Una tragedia? Sólo si somos perezosos. Es más como una oportunidad, una oportunidad de crear una nueva realidad más fiel a la naturaleza.

¿Tenía ella razón? ¿Debería haber arrasado los pueblos adormecidos con sus gremios vinculados a la herencia y los libros de apaciguamiento ritual en lugar de sus aldeas experimentales, quemado los disfraces festivos y los libros de cuentos para niños, y haberla ayudado a construir la colmena del futuro? ¿Podría su amor haber aguantado mientras todo lo demás que había conocido y apreciado se marchitaba y moría? Ella había afirmado que tenía el permiso y el consejo de los Vientos en lo único que hacía; él sabía que eso era mentira, porque una vez habían discutido las mentiras de los grandes hombres, y ella había declarado alegremente que todas las naciones se basaban en ellas. Sin embargo, los Cisnes Diadema no conocían las escrituras que se les atribuían; incluso ahora podía ver al sacerdote de pie ante la columna de fuego, con los brazos separados, suplicando a los amos del mundo que tuvieran sentido común. Todas las tradiciones en las que creía Lavin se basaban en esas antiguas escrituras y en las historias que las rodeaban. ¿Galas tenía razón? ¿Eran todas mentiras también?

El mundo giró a su alrededor en un giro particularmente salvaje, y la garganta de Lavin se elevó. Sin embargo, no era solo él: los hombres gritaban y corrían. Se obligó a sentarse y observó el follaje verde que se movía más allá de las escotillas abiertas de la luna. Multitudes de hombres habían comenzado a agruparse allí.

Uno de sus comandantes se apresuró: —Estamos bajando, Señor. Hay algunos jinetes y las criaturas bastet en el suelo de abajo.

—Está bien —respiró hondo varias veces para aquietar el estómago

—. Tráemelos antes de que hablen con alguien más.

La luna tardó diez minutos en descender los últimos metros, y en realidad no tocó el suelo. Desde su posición sentada, Lavin vio una larga rampa de metal gris que se extendía hacia afuera y hacia abajo en la oscuridad de la sombra de la luna. Los jinetes empezaron a trepar por la rampa. Vio a algunos hombres con camillas que transportaban formas blancas ensangrentadas; dos de las bastets habían resultado heridas de alguna manera. A pesar de sí mismo, sonrió siniestramente ante eso. Así que podían lastimarse después de todo.

En el momento en que el último caballo entró en el espacio cavernoso de la luna, la rampa comenzó a retraerse y el suelo se hundió. Los Vientos eran puntuales, al parecer.

El líder de los jinetes había desmontado y se acercaba. Estaba sonrojado de emoción.

—¡Señor! No nos dejaron subir los cuerpos a bordo, Señor. Dejé un guardia con ella, pero le traje...

—¿Ella? —Se puso de pie, apoyándose en el bastón que Hesty le había hecho—. ¿La reina? ¿Está contigo?

—No, señor. Eso es lo que estoy diciendo. Los Vientos sólo permiten subir a bordo a los vivos en estas lunas.

El rostro del sargento pareció desvanecerse. Un caótico parloteo de sonido llenó los oídos de Lavin. Sintió que alguien lo tomaba por los hombros; la gente gritaba. Lo bajaron a una silla plegable.

—Sólo los vivos... Ella está...

—Está muerta, Señor. La reina esta muerta. Fue por un disparo perdido, accidental. Tratábamos de derribar su caballo, yo había dado órdenes de que nadie disparara a las piernas, pero un tiro salió y ella estaba inclinada, Señor...

—Yo, ya veo.

—He dejado una guardia de honor con ellos y he enviado a dos

hombres a recoger a la guardia real del palacio.

Una chispa de esperanza hizo que Lavin mirara hacia arriba: —¿Qué pruebas tienes de que se trataba de la reina?

—Sus anillos de cargo, Señor —El sargento sacó un cuadrado de tela de una bolsa de cinturón, y la abrió para revelar familiares círculos de oro—. Es ella

Lavin miró los anillos. Parecían tan antinaturales, solos en ese cuadrado negro.

—¿Señor?

Cierto, ella no los había llevado cuando hicieron el amor por primera vez, en esa posada cerca de la academia. Solo más tarde los vio, cuando la vio en la gloria real en el trono, y ella lo reconoció y le envió su más secreta de las sonrisas, moviendo los dedos levemente mientras levantaba la mano para que él la besara.

—¿Señor?

El comandante tomó el brazo del sargento y murmuró algo. Se hicieron a un lado, hablando en voz baja.

Ella se había burlado sutilmente de él ese día, mostrando su nueva posición; pero él sabía que ella estaba orgullosa y sorprendida de dónde estaba. Con su padre escabullido en las sombras, depuesto por un acto de los desaladores, Galas había creído poder hacer cualquier cosa. Lavin también, y confiaba en que volverían a estar juntos, de alguna manera.

—Debo ir con ella —dijo. Se tambaleó sobre los pies—. Bájanos. Debo atenderla.

—Señor, los Vientos dicen que debemos continuar. No logramos capturar a Armígero. Dicen que continúa la marcha hacia las Puertas del Titán.

Maldijo como un loco y caminó hacia la columna de fuego. Sus hombres se separaron en silencio ante él. Vagamente se preguntó sobre esto. ¿Habían sabido todo el tiempo que él la amaba? Estaban

de pie con la cabeza inclinada; ninguno lo quería mirar a los ojos. ¿Habían sabido que él la amaba y aun así luchaban por él? No podía ser.

Se detuvo, jadeando, a dos metros de los Cisnes en llamas: —¡Danos la vuelta! —ordenó—. ¡Bájanos!

No hubo respuesta.

—¡Haz lo que digo! ¡La reina me necesita!

—Tenemos otras preocupaciones —dijo la voz cristalina del pilar.

—Por favor —le costaba hablar más allá del loco dolor en su pecho —. Déjame ir con ella.

—No. Tenemos un horario que cumplir. Tu reina no es importante.

Lavin se congeló. De repente sintió todas las miradas sobre él. ¿Debería gritar la furia que sentía ahora, con su ejército mirando? ¿Qué harían si se dieran cuenta de que él y ellos eran prisioneros de los Vientos, peones en algún juego suyo que no tenía nada que ver con Iapysia ni la humanidad en absoluto?

Sintió una mano en su hombro. Era el sacerdote, de rostro sombrío y un mensaje de precaución en sus ojos.

Deliberadamente, con la mandíbula apretada, Lavin se inclinó ante la llama: —Entiendo —dijo Lavin—. Estás en lo cierto, por supuesto.

Alejarse fue de alguna manera fácil. Se movía como si no tuviera peso, balanceándose. La gente le hablaba, pero sus palabras no tenían sentido. La luz y la forma estaban ahí, pero nada de eso tenía ningún significado. Ella estaba muerta y era culpa de él, como si él mismo hubiera disparado. Este momento había perseguido sus sueños durante meses, y él se había armado de valor cada mañana para negarlo, usando la fuerza de su voluntad para ordenarse a sí mismo, a sus hombres, al mundo y a los Vientos que la protegieran. Justo ayer se había despertado seguro de que ella estaba viva y libre, y su corazón se había alzado como una golondrina, sereno y feliz. Pero su corazón se había ido ahora y él nunca volvería a

sentir.

Gradualmente, las manos se alejaron, las voces se desvanecieron. Se encontró de pie cerca de una de las escotillas gigantes. El aire frío se movió por su rostro, pero no lo revivió. Tenía la sensación de muerte. Muy por debajo podía ver zonas nevadas, árboles desnudos. Nadie debería morir en invierno, siempre lo había sentido. Y ahora ella estaba así de fría, con las extremidades congeladas. Él debía estar con ella, con los brazos alrededor de ella para mantenerla caliente.

Lavin caminó hasta el borde de la abertura. Alguien gritó su nombre. Él lo oyó como una maldición.

Decidió dejarse caer, y se tambaleó un momento en el borde. Podía cerrar los ojos y dejar que sucediera. Sería un alivio, después de aguantar tanto tiempo.

Lavin se volvió y se arrodilló de espaldas a la escotilla.

No. Él no era digno de una escapada tan fácil.

Hundido en la miseria, bajó la cabeza y, a plena vista de su ejército, lloró.

40

Dieciséis destructores de la flota archipelágica estaban desplegadas como joyas por el terciopelo del espacio cerca del punto troyano de seguimiento de Ventus. Mantenían entre sí la distancia reglamentaria de doscientos kilómetros, pero para la Voz del Desierto, que observaba desde la ventana de un cúter que se acercaba a la nave insignia, parecían muy cercanos. Cada uno era del tamaño de una montaña y albergaba energías capaces de reducir la superficie de Ventus a carbonilla. La Voz tenía una buena comprensión de la escala de las cosas aquí, y sabía que ni siquiera mil de esas naves podrían hervir la roca de Ventus y de Diadema hasta el manto, a menos que pasaran décadas empujando asteroides y cometas en un curso de colisión con ellos. Y ese tosco ataque estaba destinado a expulsar cantidades colosales de escombros potencialmente infectados a la órbita estelar, lo que podría ocultar el escape de una o más de las naves de los Vientos que ahora se estaban construyendo en la luna.

En todos los mares de magma hervido que la armada se proponía dejar aquí, había buenas probabilidades de que algún diminuto bolsillo de piedra fría conservara granos de meca, tal vez demasiado pequeños para ser vistos, que podrían regenerar todo Ventus nuevamente, dado mil o mil millones de años. El corolario de eso era que si 3340 había comenzado a infestar los Vientos con los algoritmos de una semilla de resurrección, entonces 3340 mismo podría reaparecer aquí, en un milenio o una época.

Marya Mounce le había dicho a la Voz que todo Ventus procedía de un paquete de semillas ensambladoras de nanotecnología que pesaban menos de veinte kilos. No había duda en la mente de nadie de que Armígero, un ser mucho más complejo que los Vientos, tenía el potencial de volver a convertirse en un dios.

El cúter se acopló suavemente al costado la nave insignia. Por un momento, la Voz sintió un pulso de empatía con la nave: sabía lo que para una nave estelar significaba atracar. Luego el hechizo se rompió cuando la puerta frente a ella se abrió y entró un humano uniformado.

El hombre la condujo al otro lado de las puertas de acero de los mamparos, tan gruesas como ella de alta, y al estrecho interior con contrafuertes del destructor. Aquí no había líneas rectas, ni ningún corredor de más de diez metros. Todo estaba organizado en celdas blindadas, cada una con su propio suministro de energía y soporte vital. Para matar a la tripulación de una nave como ésta, literalmente tenías que hacerla pedazos. La Voz quedó asombrada por la potencia de la nave; no podía imaginar cómo sería tenerla como su cuerpo.

Dejaron atrás celdas con forma de panal llenas de líquido, donde los humanos que vestían equipo de interior flotaban aparentemente dormidos. La conciencia de estos hombres y mujeres yacía fuera de la nave, en enjambres de micro y macromisiles, o en simulaciones de todo el sistema donde apuntaban y rastreaban cada objeto más grande que una uva.

Su guía la dejó en otro conjunto de puertas de presión neumática. Cuando estas válvulas se abrieron, la Voz escuchó los sonidos de una acalalorada discusión provenientes de la cámara al otro lado.

—¡Mira ese patrón! Es obvio que están listos para huir.

—Para ti, tal vez —dijo otro. La Voz reconoció el timbre como perteneciente a una inteligencia artificial. Había otros seres como ella aquí. La Voz entró.

Era imposible medir las dimensiones de la cámara, porque las paredes habían desaparecido bajo una proyección holográfica del sistema Ventus. Todos los planetas estaban señalados con flechas, y en su parte superior izquierda flotaba una caja giratoria que contenía una vista ampliada de Ventus y Diadema. Docenas de diminutas motas que representaban naves flotaban en el espacio negro de la pantalla principal. Muchos de ellas seguían a Ventus en su órbita, como una corona de niebla dejada atrás.

Diadema estaba casi oscurecida bajo una nube de miles de motas.

—Ah, nuestro experto en Diadema está aquí —dijo alguien. La Voz miró hacia atrás; nadie había entrado después de ella.

Quince hombres y mujeres flotaban bajo la pantalla del sistema. Casi la mitad vestía uniforme y se movía con la gracia felina de los ciborgs. Otros cuatro eran hologramas de seres humanos genéricos; cada uno llevaba un complejo símbolo heráldico en el pecho que mostraba qué facción de la política archipelágica representaba. Estas eran mentes artificiales cuyas actitudes e intenciones estaban controladas por la voluntad agregada de millones o miles de millones de humanos en casa. Sin embargo, fiel a los principios de la política archipelágica, cada perspectiva sobre un tema tenía solo un voto. Estos seres no eran tan poderosos como podrían parecer a primera vista.

De los tres restantes, uno no era conocido por la Voz. La mujer parecía ser un piloto. Los dos últimos eran Marya y Axel. Cuando los vio, la Voz avanzó inmediatamente hacia ellos.

—Ahora que estás aquí, podemos hacerte la pregunta candente —dijo uno de los ciborgs. Llevaba barras de almirante en los hombros.

—¿Cuántas copias de ti puede producir Diadema al día? ¿Y cuántas en total?

La Voz parpadeó: —Yo... no estoy calificado para responder eso.

—A ver, estuviste allí durante semanas. Según tu propia admisión, deambulaste por cientos de kilómetros cuadrados. Eras una nave estelar de línea. Debes de haber evaluado su capacidad de producción.

Marya puso su mano en el brazo de la Voz y sonrió: —Si no lo sabes, no te lo inventes. No pasa nada.

Un poco más tranquila, dijo: —Solo vislumbré las áreas de vacío. Estaba fingiendo estar viva, así que me quedé en los laboratorios principales la mayor parte del tiempo.

—Sí, sí, eso lo sabemos. Pero debes de haber visto las otras instalaciones, o caminado alrededor de ellas, o debajo de ellas. Debes de haber visto material moviéndose de un lado a otro. Robots. Comercio, incluso. ¿En qué escala está? ¿De qué son capaces?

—Bueno, me hice una buena idea de cuánto invirtieron en refinar las técnicas de terraformación. Y sí vi mucha evidencia de otras actividades —hizo una pausa para calcular—. Si abandonaran todo lo demás que estaban haciendo; lo cual no harían, pero si lo hicieran... probablemente podrían producir dos mil copias de mi plano original por semana. Es un mundo entero, después de todo, aunque pequeño.

El almirante asintió: —Es consistente con lo que estamos viendo. Están usando toda Diadema entonces. Se están moviendo en pie de guerra.

La discusión estalló entre los demás. Axel se acercó y señaló la nube de puntos alrededor de la imagen de Diadema: —¿Ves esas? Copias tuyas. Naves. Y hay más llegando a cada segundo.

La Voz se quedó boquiabierta. La pequeña luna de Ventus estaba rodeada por una gran flota de naves, todas copias de ella misma. Todas, si el que ella había tocado servía de indicación, capaces de viajar por las estrellas.

—Pero ¿cuántas en total?— preguntó uno de los hologramas—. ¿Están convirtiendo a Diadema en una fábrica gigante? ¿Y le están haciendo lo mismo a Ventus?

—Bueno, esa es la cuestión. Nuestro experto en Ventus dice que no harían eso —El almirante le hizo un gesto a Marya—. La IA de su instituto está de acuerdo.

—Todos los compañeros de trabajo de Marya fueron capturados por los Vientos —susurró Axel—. Todos fueron llevados a Diadema, presumiblemente. Así que ella es la experta reinante ahora.

—Esto es una locura —dijo la Voz—. ¿Cómo vamos a...?

—Mi pregunta para la Voz del Desierto es —dijo el almirante—: ¿reconoces alguna de estas estructuras? ¿Son como las que viste en Diadema? —Hizo un gesto con la mano y apareció un nuevo cubo en lo alto. Éste mostraba una vista telescópica del limbo del horizonte de Ventus. Espejos solares cuadrados flotaban del cielo negro como mariposas fantásticas, y abajo, justo más allá del

terminador en el lado nocturno de Ventus, había un rombo de tierra iluminada por el sol.

Pañuelos diáfanos de luz brillante, como auroras solidificadas, se podían ver descendiendo en espiral hacia el planeta en la vecindad del óvalo iluminado por el sol.

—¡Son los Cisnes! —La Voz recordaba vívidamente cómo se habían acercado a ella, y cómo habían aplastado y devorado su cuerpo—. ¿Están atacando algo?

—Eso es lo que queremos saber. ¿Están atacando o están construyendo? ¿Flotaban así sobre el astillero que viste en Diadema?

—No. Esto es otra cosa —Se concentró en el lado iluminado del terminador, hasta que pudo distinguir las formas de un borde continental allí—. Es Iapysia sobre lo que flotan. Está muy cerca de donde dejé a Calandria y Axel originalmente.

—Más concretamente —dijo un holograma—, es más o menos donde creemos que está Armígero.

—Bueno —dijo el almirante—. Ya escuchaste a nuestros expertos. Nunca han construido naves antes.

—Nunca antes los habían amenazado así —protestó la Voz—. Están haciendo eso porque estamos aquí. Si nos fuéramos, volverían a ejecutar el sistema de terraformación.

El almirante hizo una mueca: —Bueno, llegaste tarde a la discusión. No estamos seguros de que sigan manteniendo el sistema. Ese es el asunto.

La Voz se volvió hacia Axel. Él se encogió de hombros: —Creen que Armígero ya se ha apoderado de los Vientos. Sin duda explicaría eso —Señaló la flota—. En cuanto a lo que están haciendo en la superficie...

—Creemos que están empezando a modificarlo a su estándar —dijo una de las IA—. Si Diadema se puede convertir en una fábrica gigante, mucho más será con el propio Ventus. Peor aún, podría

convertirse en un solo organismo gigante.

—3340.

—Exactamente. Tus amigos no lo creen. Han estado solicitando ir allí para investigar. Pero según los números que acabas de darnos, no tenemos tiempo. Si 3340 regresa y comienza a convertir Ventus, podría haber un crecimiento geométrico de estas naves.

Marya negó con la cabeza enfadada: —¡Solo se están protegiendo de ustedes! Pueden verles, sentados aquí como buitres.

—Si ese fuera el caso, entonces no se estarían poniendo en posición de salida para escapar del sistema —El holograma apuntó a las motas que se alejaban de Ventus—. Están listas para desplegarse, tal vez llevar semillas de resurrección a cualquier otro mundo en el espacio humano. Entonces nunca seríamos capaces de detener a 3340.

—¿Les han preguntado a los Cisnes qué están haciendo? —preguntó Marya.

—Sí. No contestan. Hemos intentado enviar sondas, pero esa flota suya las hacen pedazos antes de que se acerquen lo suficiente para ver algo. No tenemos manera de averiguar qué está pasando.

El almirante suspiró: —Como no podemos aprender más, creo que es hora de tomar una decisión. ¿Supongo que el consenso es cauterizar la amenaza ahora?

Los demás, todos menos Axel y Marya, asintieron.

Un lento horror se deslizó sobre la Voz: —Debido a lo que yo dije… ¿han decidido matar a todos en ese mundo?

—No es responsabilidad tuya —dijo el almirante—. No te preocupes por eso.

Solo pudo quedar allí pasmada, aturdida. Ni siquiera sintió que Axel le ponía la mano en el hombro hasta que la empujó a moverse.

En momentos estaban fuera de la cámara, y Axel comenzó a

maldecir con saña. Escuchaba a Marya jadear: —¡No pueden! ¡No pueden! —una y otra vez.

—Lo harán —dijo Axel en voz baja—. La gente de allí no significa nada para ellos. Después de todo, son solo unos pocos millones y muchas personas mueren en el Archipiélago cada segundo.

¡Si algo está pasando, son los propios Vientos luchando contra Armígero! Si tan solo pudiéramos probar eso. Si tan solo una de nuestras naves pudiera pasar junto a los Cisnes y ver...

En el ojo de su mente, la Voz podía visualizar toda la pantalla holográfica de la sala de conferencias; recordaba la posición y la trayectoria de todas y cada una de los naves, y sabía algo que se había olvidado de decirle al almirante. La Voz había estado dentro del sistema nervioso de una de las naves de los Vientos; conocía sus tácticas, sus frecuencias de transmisión y sus códigos de reconocimiento.

Ella respiró hondo. No era justo, pensó con amargura; ella había querido que la primera acción real que tomara como individuo fuera en nombre de su nuevo lado humano. No obstante, por primera vez en su existencia, la Voz sintió que estaba actuando por sí misma cuando dijo: —Pero sí tenéis una nave. Yo.

§ § §

Armígero y Galas se encontraban en una loma de tierra en las estribaciones de las montañas costeras. Estaban contemplando las llanuras de abajo. Era de noche, o al menos, la misma estaba detrás de ellos. Las llanuras eran parte de l día.

—¿Cómo podemos luchar contra un poder así? —murmuró Galas. Desde aquí, la extensión completa del cuadrado iluminado por el día era visible. Estaban justo fuera de su borde occidental, pero se movía lentamente en su dirección. Un grupo de lunas errantes resplandecía en plateado brillante en lo alto del vasto cubo ahusado de aire resplandeciente.

—Allí —dijo Armígero, señalando—. Entrecerrando los ojos donde él señalaba, Galas distinguió una nube baja de polvo que abrazaba

el extremo este de la plaza.

—¿Qué es?

—Un ejército, marchando. Yo diría que el Parlamento todavía te persigue.

Su voz era neutral, suave, incluso. Había sido así desde la muerte de Megan: retraído, pero tan obstinado como siempre. Él los había combatido duro durante los últimos días. Galas había temido que si ella mostraba un instante de debilidad, si le daba el más mínimo indicio de que no podía seguir el ritmo, él la abandonaría. No era que ya no se preocupara por ella, simplemente parecía tan concentrado en su objetivo que el momento presente no tenía ninguna realidad para él.

Reconocer esto en él le había helado el corazón; ella había sido así una vez, y no solo durante un día o una semana. Mientras cabalgaban, Galas pasaba largas horas retraída en sí misma, recordando su juventud después de la muerte de su madre, viéndola por primera vez desde afuera, como si escuchara el trágico pasado de otra persona. No le gustaba lo que revelaba la objetividad.

Cabalgaron y cabalgaron a través de pastizales salpicados de pequeños bosques, hora tras hora hasta que ella yació envuelta en la silla, con los muslos y la parte baja de la espalda en llamaradas de dolor, segura de que se caería de la silla con el siguiente paso del caballo. En algún momento de esa odisea habían dejado atrás las llanuras, y ahora estaban apenas a un día a caballo de los Picos de los Titanes.

Ella echó un vistazo detrás. Las copas de los árboles punzaban sobre la cima de la meseta donde acampaban, y más allá de ellas formas recortadas de color malva, que al principio había confundido con nubes de tormenta, brillaban perladas en la luz reflejada de la llanura. Las estribaciones terminaban en un par de picos nevados enormes y anudados, separados por una muesca profunda. Los picos más bajos retrocedían hacia el sur y más al sur, volviéndose más redondeados y más bajos a medida que avanzaban.

Ella conocía esta montaña gemela, había pasado un tiempo allí

escuchando el rugido subterráneo de los desaladores en acción. Nunca había imaginado que vería las Puertas de los Titanes a la luz de un día creado por el Viento.

—Estamos atrapados —dijo ella, fatalista.

Armígero movió una mano indolente hacia las llanuras brillantes: —No debemos temer a los humanos. No podrán escalar las Puertas, a menos que ellos mismos viajen en las lunas. En cuanto a los Vientos, bueno, hacer que el día sea así en la noche es un truco bastante leve.

—¿Leve? ¿Puedes tú hacerlo?

—No desde aquí. Es trivial si estás en órbita —Volvió a hacer sombra en sus ojos.

—Armígero —Él no pareció notarla, hasta que ella estiró el brazo y le puso una mano en el brazo. Cuando finalmente se volvió hacia ella, ella dijo: —¿Por qué hemos venido aquí?

Como él no respondió de inmediato, ella dijo: —Hemos estado cabalgando durante días. Apenas hemos hablado. Confieso que, durante un tiempo, me contenté con escapar, escapar de cualquier cosa y de todo; pero la verdad es estoy dolorida, rígida y cansada más allá de lo imaginable. Si no me das una buena respuesta sobre adónde vamos o por qué, preferiría acostarme y esperar a que esas cosas me encuentren.

Él sonrió ligera y brevemente: —Me cuesta hablar de eso. No por algo emocional... no, es porque 3340, quien me dio el impulso para empezar, me hizo ser reacio. ¿Entiendes el concepto de condicionamiento?

Ella sonrió irónicamente: —¿Le preguntas eso a la Reina Galas?

—De acuerdo, entonces. Me han condicionado a no hablar de ello. Pero ya no trabajo para 3340.. —La miró rápidamente, como si algo la sobresaltara, o la asustara.

Interesante, pensó: —¿Para quién trabajas ahora, Armígero? —preguntó en voz baja.

—Una pregunta a la vez. Preguntaste por qué estábamos aquí. Mira —con un movimiento de su brazo señaló los colmillos de las Puertas de los Titanes—. Incluso antes de conocer a Jordan Mason, pensé que este lugar podría ser la clave. Es el nexo de poder físico para el extremo occidental del continente. Aquí los desaladores tienen sus centrales eléctricas y pilos desaladores. Esta es su interfaz con los Vientos del océano, que también son increíblemente fuertes. Este es el punto de transferencia de cientos de calzadas subterráneas, y hay almacenes gigantes de datos y reservas genéticas enterradas en lo profundo de las montañas. Probablemente nunca tuviste una pista de eso cuando estuviste aquí, todo está bien escondido.

Ella sacudió su cabeza: —Una vez, un sacerdote local me llevó a dar una vuelta por el borde de un gran pozo. Dijo que no tenía fondo. Un viento cálido salía de él, y podías oír un sonido como un trueno constante que salía de las profundidades. Lo encontré perturbador. Nunca volví.

—Sin embargo, fueron los desaladores quienes te hablaron. Se acercaron para hacerlo. Según Mason, ellos desean servir, y son enemigos de esas —Hizo un gesto hacia las lunas errantes—. Los haremos nuestros aliados. Las Puertas de los Titanes son una fortaleza, y tú y yo estamos a punto de experimentar nuestro segundo asedio, mi reina.

Se abrazó a sí misma ante un repentino escalofrío: —No me llames así. Decepcioné a mi gente —Enojada y afligida, se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso a su campamento. Los caballos eran visibles a la luz del fuego; ambos miraban en su dirección—. ¿Y qué vas a hacer con el mundo una vez que lo tengas? —le gritó a Armígero— ¿Cómo vas a tener éxito donde yo fracasé?"

—Yo puedo hacer lo que tú no pudiste —le oyó decir—. Puedo conquistar los Vientos. Lo que Mason llama Mediación serán nuestros primeros conversos —Él la siguió y cuando ella se sentó junto al fuego, él también se sentó.

—Ya no soy la Loca Reina Galas, solo la Loca Galas, supongo —dijo —. Pero mi locura no es nada comparada con la tuya si esperas poner tus manos sobre todos y cada uno de los Vientos para volverlos a tu causa. Eso es lo que pretendes hacer, ¿no es así?

—En cierto sentido.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho? ¿Dónde está tu ejército? Dijiste que Jordan tenía la última pieza del rompecabezas que necesitabas. Ahora que sabes lo único que necesitas saber, ¿por qué no ordenas que los cielos se abran y los mares retrocedan?

Él bajó la mirada: —No es tan simple.

—¡Ay! Esa frase es el Masculino de "Tengo miedo de hacerlo".

—Falta alguna pieza clave —admitió él—. Todavía tengo que averiguarlo. Pero cuando lo haga...

—¿Sí? Cuando lo hagas, ¿qué? Siempre has sido tímido al respecto, Armígero. ¿Qué, exactamente, vas a hacer?

Miró pensativamente las estrellas: —Los Vientos son entidades surbiológicas, nanotecnológicas. Cada componente mecanum es infinitesimal, del tamaño de una célula humana. Cada uno lleva consigo una pequeña computadora, una máquina pensante, y dispositivos de comunicación. Los mecas se comunican con sus hermanos utilizando una gran cantidad de códigos. Estos códigos están certificados cada uno por la siguiente capa superior de la organización, desde la partícula más diminuta hasta los desaladores y los Cisnes Diadema. Los Vientos se reconocen entre sí comparando las firmas digitales de los códigos de transmisión. Si el código no está firmado por la siguiente autoridad superior, no es válido. Pero esa siguiente autoridad superior no puede emitir códigos sin la autorización de la capa superior, y así sucesivamente en la escala. La mayor parte de la comunicación entre los Viento consiste en intercambiar nuevas autorizaciones. Lo hacen en un nivel inconsciente.

—Para mandar a los Vientos, debes hablar su idioma. Para hablar su idioma, debes tener una firma válida en sus mensajes. Desde que llegué aquí, he estado buscando una manera de falsificar las firmas o adquirir la autoridad de firma de más alto nivel.

—De alguna manera, Jordan Mason se ha convertido en una autoridad de alto nivel a los ojos de los Vientos. No el más alto,

pero muy alto. Sospecho que los humanos ordinarios no pueden llegar al nivel más alto. Copié exactamente sus implantes, lo que debería hacer que mis mensajes no se distingan de los suyos. Pero se distinguen, de alguna manera los Vientos reconocen el suyo pero no el mío. Eso es lo que estoy tratando de averiguar ahora.

—Eso es deslumbrante —dijo Galas—. Pero no es la respuesta que pedí. ¿Qué harás cuando tenga esta "autoridad de firma"?

Él dudó: —¿Qué harías tú?

—¿Puedes rehacer el mundo? ¿Convertir la noche en día, lo pesado en ligero, lo negro en blanco? ¿Qué puedes hacer?

—No puedo cambiar la gravedad —dijo con una leve sonrisa—. Pero puedo cambiar la atmósfera o eliminarla por completo. Puedo drenar los mares, si quiero. Puedo cambiar la superficie de este mundo en prácticamente cualquier cosa.

—¿Puedes librar a mi pueblo de la pobreza y el dolor?

Se encogió de hombros: —Esa sería una de las cosas más fáciles que podría hacer.

—¿Quieres?

Armígero vaciló de nuevo. Dejó su tazón de sopa: —¿Debería? —preguntó—. Ten cuidado con tu respuesta.

—Estoy cansada de respuestas políticas a preguntas como esa —dijo —. Y cansada de las filosóficas. Lo único que sé es que estoy cansada, hambrienta y asustada, y en eso finalmente soy uno con la mayoría de mis compatriotas. No hay una sola persona allá afuera —señaló el campo oscuro—, que no diría, "sálvame del frío, y de la oscuridad, y de las fieras de afuera y de adentro".

—¿Eso es lo único que quieres para ellos?

Ella se giró para mirarle. Ahora estaba sentado con las manos colgando entre las rodillas, el rostro inexpresivo. De pronto se dio cuenta de que ella era el único ser humano sentado junto al fuego.

—Podrías hacerlo —susurró ella.

Él no respondió.

—Pero entonces... la verdadera pregunta es, ¿qué quieres hacer?

Armígero no respondió durante mucho tiempo. Finalmente dijo: —Supongo que eso depende de quién soy.

—Este dios 3340 del que has hablado, ¿qué quería que hicieras con Ventus?

—Veía a Ventus como un recurso en espera de ser aprovechado. Pero no uno eficiente, tal como está. La mayor parte de la energía de los Vientos se está utilizando para mantener la ecología artificial, un completo desperdicio en lo que respecta a 3340. Lo primero que me habría ordenado hacer sería abandonar el sistema de terraformación.

—¿Abandonar...? ¿Qué significaría eso, para nosotros quiero decir?

—El aire se volvería venenoso con el tiempo... los ríos se secarían, los océanos se volverían tóxicamente metálicos. Algunos tipos de vida, como los hongos y las bacterias, proliferarían, otros morirían. Con el tiempo, todo se ahogaría, si es que duraba tanto, porque 3340 quería usar lo meca para convertir toda la superficie del planeta en una máquina gigante: un dispositivo divino.

—¿Con qué propósito?

—Ventus iba a haber sido un área de preparación para un asalto al Archipiélago humano. Si 3340 hubiera conquistado incluso una décima parte del Archipiélago, se habría vuelto imparable. Tarde o temprano podría haber consumido toda la galaxia.

—Pero el 3340 está muerto —dijo ella.

—Sí.

—Así que no harás eso a mi mundo.

Él la miró a los ojos, inexpresivo: —No lo haré —dijo, un poco

vehementemente.

—Ojalá pudiera creerte.

Él pareció sorprendido, la primera emoción real que él había mostrado en días. La miró entrecerrando los ojos a través del humo de la leña: —¿Por qué no me crees?

—Porque estás muy muy enojado, y me temo que no lo sabes.

Eso lo hizo detenerse: —No sé a qué te refieres —dijo finalmente.

—Está muerta, Armígero.

Él solo la miró.

—Tú no sabes llorar, ¿verdad? — preguntó ella.

Esta vez hizo una mueca, pero eso fue todo.

—A veces se me olvida que no tienes experiencia en ello —sonrió con tristeza—. Yo tampoco, la primera vez; nadie está preparado. Luego, generalmente terminamos con cicatrices.Supongo que las mías no son peores que las de los demás. Si debo honrar a Megan de alguna manera, supongo que debería ser prestando atención a su lección. Se ofendió porque yo... me desmoroné... después de que escapamos. Pensé que ella no podía saber lo que yo estaba sintiendo. Ahora me doy cuenta de que ella veía que yo pensaba esto, y eso fue lo que la ofendió. Después de todo, perdió a un marido, pero siguió adelante.

—En ese momento pensé que se estaba burlando de mi dolor. Ella debía de estar pidiéndome que me encogiera de hombros, como lo había hecho con el dolor de la muerte de mi madre. Me tomó muchos años aprender cuán grave había sido ese error. Pero no, ella estaba pidiendo más coraje del que yo estaba dispuesta a mostrar. Me estaba pidiendo que lo sintiera todo y que siguiera adelante de todos modos.

—Yo no soy uno de vosotros —dijo Armígero. No dio más detalles.

—Estás actuando exactamente como uno de nosotros —replicó ella.

Él no respondió.

—Cuanto antes empieces a creerlo mejor estarás, Armígero. Vas a tener que enfrentar el dolor, y más temprano que tarde sería lo mejor.

Él la miró entrecerrando los ojos a través del humo de la leña: —¿Por qué?

—Porque si eres tan poderoso como dices, tu ira podría destruir mi mundo.

—Solo mi lado humano puede estar enojado.

—Pero, perdóneme por decirlo así, mi general: es su lado humano el que lo impulsa a hacer lo que hace.

Se levantó bruscamente y se alejó unos metros. Animada, dijo: —Escúchame. Si respetas a Megan, también debes seguir su ejemplo.

—¿Haciendo qué? —Sonaba indiferente, como si estuviera absorto en alguna tarea. Galas casi sonrió.

—Dejando entrar todo. Todo el dolor, la tristeza, la ira. Tienes que permitirte sentirlo. De lo contrario, actuará a través de ti, lo sepas o no.

Murmuró algo; no estaba segura, pero sonó como: —Eso no es lo que temo que actúe a través de mí.

Galas se sintió infinitamente cansada. Su propio dolor era tan crudo y cercano que tenía poca fuerza para luchar contra el de él. Se acostó en su saco de dormir y miró las pocas estrellas que se veían a través del cielo crepuscular perpetuo.

—Tengo miedo —se oyó decir a sí misma. Sabía que no estaba hablando para sí misma.

—Jordan Mason —dijo Armígero—. Necesito que me encuentres ahora.

Galas rodó sobre su costado y miró más allá del círculo de luz del

fuego. Armígero estaba de pie con las manos levantadas a ambos lados, y ahora líneas de luz parpadeaban en la punta de sus dedos. Estos parecían desgarrarse y fusionarse en bolas rodantes, como plantas rodadoras. Vio varias rebotar por el suelo, desvaneciéndose. Un leve crujido salió de la maleza que la rodeaba.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella.

—Estoy construyendo un cuerpo más grande, más órganos de los sentidos, manos y ojos independientes. Los Vientos, o sus esclavos, podrían caer sobre nosotros en cualquier momento. Necesitamos guardias, un perímetro. Estoy haciendo eso

Galas se recostó, temblando. ¿Con qué acababa de hablar? ¿Un hombre? No... ella era el único ser humano en esta ladera. Bien podría estar hablando con las piedras.

Cerró los ojos, decidida a no ver ni oír más por hoy.

41

—¿Señor?

La voz de Hesty le llegó a Lavin desde muy lejos. La voz representaba el pasado lejano, un tiempo de esperanza que ya no podía comprender. El presente era un ciclo interminable de miseria que terminaría solo con la muerte. Nada importaba excepto ese dolor.

Había yacido aquí bajo un dosel, incapaz de moverse, durante días. Sabía que la historia oficial era que el vértigo lo había abatido, pero la verdad era mucho más simple. El corazón de Lavin había muerto y ya no quería vivir.

—Señor.

Volvió la cabeza con dificultad. Hesty se paró sobre él, su rostro girando en una dirección opuesta a todo lo demás. Lavin vomitó.

—¿Cómo se encuentra, señor?

Qué pregunta más ridícula. Lavin quería cerrar los ojos y desaparecer en su miseria nuevamente; pero, para su sorpresa, Hesty se sentó con las piernas cruzadas a su lado y susurró: —Lo necesitamos, señor.

Lavin lo miró de cerca por primera vez. El rostro de Hesty estaba lleno de preocupación y su cabello estaba despeinado. Parecía que no había dormido en días, lo que no era sorprendente dadas las circunstancias.

—¿Qué.. ?—Lavin se sorprendió de su propia voz, que era ronca y débil—. ¿Qué está sucediendo?

Hesty dejó escapar un gran suspiro: —Hemos estado recibiendo noticias desde casa a través de las líneas de semáforo. Aparentemente los Vientos están marchando por todas partes. ¡Han arrasado ciudades, señor! Los cielos están llenos de Cisnes y Garfios Celestiales, y en algunos lugares las puertas de las ciudades están

cerradas porque los morfos están arrebatando a los viajeros de los caminos. Los ríos se han secado. ¡Es una locura!

—Los sacerdotes aquí están en pánico. Los Vientos… los Vientos no son lo que ellos pensaban.. —Para gran sorpresa de Lavin, Hesty se estremeció.

—Señor, nos están usando, luego nos van a matar. Estoy seguro de ello. También lo están algunos de los otros, pero no los comandantes de campo. Los hombres tienen fe en los Vientos, pero… muchos más de lo que pensábamos simpatizaban en secreto con Galas. Hay rumores de que los Vientos están enojados con nosotros por su muerte. En suma, la tropa cree que estamos en una cruzada dictada por los Vientos. Pero en realidad estamos marchando hacia nuestra muerte, y muchos de ellos lo han adivinado.

—Sí —tragó saliva Lavin—. Sí, lo estamos—. Su mente estaba maravillosamente clara de repente. Podía imaginar toda la situación en su mente, todo menos el objeto de la ira de los Vientos, que yacía en algún lugar sobre o alrededor de las Puertas de los Titanes.

Su negligencia también los había llevado a esto, estaba seguro. Galas había tenido razón en lo único que había dicho. Debería haber luchado a su lado. En cambio, había sentado las bases para un holocausto.

Hesty se sentó allí por un rato, abatido. Lavin lo miró fijamente, pensando en todos los hombres que habían luchado a sus órdenes, a algunos de los cuales les había ordenado morir. Ello habían confiado en él, y miles todavía depositaban su fe solo en él.

Puede que el mereciera morir, pero ellos no.

Lavin logró levantarse sobre un codo: —Tráeme un poco de agua —ordenó. Cuando Hesty se la dio, bebió con entusiasmo, dándose cuenta de repente de que podría haberse permitido morir de sed en su dolor. Suicidio por negligencia.

Odiaba a Hesty por recordarle su deber. Con el ceño fruncido, dijo: —Los Vientos nos destruirán cuando hayamos cumplido nuestro

propósito. Necesitamos saber cuál es ese propósito.

—No me hablarán —dijo Hesty—. Los bastets lo consideran a usted el comandante. En su ausencia han estado dando las órdenes.

Lavin estaba atónito. Había asumido que el ejército estaría bien comandado en su ausencia. No tenía idea de que los Vientos habían tomado el mando directamente.

—Yo... hablaré con ellos —Se escuchó decir.

Hesty lo miró, la esperanza era visible en su rostro.

—Saber cuándo pretenden descartarnos es solo la primera parte, Hesty. Necesitamos actuar cuando llegue ese momento, o antes de que llegue. Tenemos que escapar de ellos.

—Pero ¿cómo? —Hesty señaló la evidencia a su alrededor de la omnipotencia de los Vientos.

—Los bastets no serán problema. Podemos dispararles. Los Cisnes son aterradores, pero no estoy convencido de que puedan hacer mucho en el suelo. Y los Garfios Celestiales... bueno, tengo una idea sobre ellos.

Hesty sonrió: —Sabía que la tendría, señor.

Lavin gimió: —Ve a buscar a los ingenieros. Necesito que hagan algo, y tenemos muy poco tiempo.

Con repentina energía, Hesty se puso de pie de un salto y saludó: —¡Sí, señor! —Salió corriendo de la tienda.

Lavin yació allí por un rato, mirando la lona sobre su cabeza. Su mente estaba completamente vacía. Finalmente, gimió y se puso de pie.

Cuando salió de debajo del dosel, pudo escuchar un rugido profundo, como un trueno continuo. Los hombres gritaban y señalaban, y los bastets corrían como uno solo hacia las grandes puertas en la parte inferior de la luna. Lavin siguió sus miradas hacia arriba.

Una luz brillante brillaba a través de la piel teselada de la luna errante. El sol por sí solo producía un resplandor difuso, aunque brillante. Esta luz era tan fuerte que tuvo que mirar hacia otro lado después de un segundo; y se movía, atravesando el cielo de Sur a Norte.

Hasta el momento, los hombres clasificados en el patio de armas se habían mantenido en formación, por lo que Lavin no tuvo dificultad para cruzar el suelo hasta donde se habían reunido los bastets y algunos hombres extraviados. Las grandes puertas estaban ubicadas casi a quince grados respecto al suelo. Desde aquí sólo se veía un trozo de cielo y abajo mucho más. Lavin vislumbró los pinos que corrían muy por debajo, luego fijó su mirada en las montañas ondulantes en la parte superior de la puerta.

Algo como un diminuto sol blanco azulado apareció a la vista, descendiendo y disminuyendo visiblemente su velocidad a medida que avanzaba. Las sombras se alejaban de él, y estaba seguro de que era la fuente del estruendo.

El pequeño sol se ocultaba, detrás de un ángulo de la ladera de la montaña, recortando la silueta de los árboles a lo largo de su columna vertebral. Después de unos segundos la luz se apagó. El estruendo se prolongó durante mucho tiempo, y poco a poco se fue convirtiendo en ecos perdidos.

Más milagros. Lavin negó con la cabeza con disgusto y fue a tomar el mando de sus hombres.

§ § §

—¿Qué fue eso? Tamsin parpadeó en el lugar donde se había puesto el pequeño sol. Sin duda tenía las mismas manchas ante sus ojos que Jordan.

—¿Mediación? —Jordan había llegado a depender en los últimos días de los Vientos geofísicos como asesores. Donde antes se había preguntado o decidido que la curiosidad era inútil; ahora, cuando Jordan tenía una pregunta, cualquier pregunta, preguntaba. A menudo, Mediación respondía.

—Esa era una nave estelar de la nueva flota de Diadema —dijo Ka —. Pero no debería estar aquí. La flota ha sido enviada para enfrentarse a los galácticos.

—¿Flota? ¿Galácticos? —Todo esto era una novedad para Jordan. Obviamente, había estado haciendo las preguntas equivocadas.

Él y Tamsin acababan de entrar en el valle debajo de las Puertas de los Titanes. Habían cambiado de montura regularmente y habían llegado a este lugar más rápido de lo que Jordan había esperado. Su séquito de animales se extendía a lo largo de un kilómetro a cada lado, buscando morfos u otras cosas aún más peligrosas que, según Mediación, los Cisnes estaban dejando caer aquí y allá. Jordan había esperado que las lunas errantes que convergían en este lugar lo buscaran, y se sorprendió cuando la vanguardia de las esferas gigantes comenzó a asentarse más allá de la cresta detrás de ellos. Mediación había informado que estaban arrojando un ejército de humanos y caballos. Jordan no tenía ninguna duda de que se trataba del ejército del Parlamento, pero ¿habían venido a garantizar la muerte de Galas o ahora estaban sirviendo a los Vientos? Mediación no lo sabía.

Los Garfios Celestiales parecían recelosos de acercarse directamente a las Puertas de los Titanes. Los que no habían aterrizado flotaban en lo alto de la atmósfera, algunos kilómetros atrás. Podrían ser capaces de detectar el grupo de Jordan desde allí, pero no había señales de que lo hubieran hecho.

Armígero y la reina estaban a medio camino de los antiguos escalones que zigzagueaban hasta las Puertas de los Titanes. Diminutos edificios eran visibles muy alto en los flancos de los picos grises. Según Tamsin, se trataba de un monasterio, un lugar que Galas había visitado muchas veces antes. Aquí era donde el general y la reina esperaban hacer su defensa.

Jordan tenía otros planes. Sabía que las Puertas estaban repletas de pasadizos y cámaras utilizadas por los Vientos. Había muchas entradas a estos pasadizos, pero Armígero y Galas aún no se habían acercado a ninguna. Jordan había ordenado que se abrieran las entradas más cercanas a ellos; con suerte verían una y se dirigirían hacia ella. Le había dicho a Mediación que enviara un guía fuera de

la montaña para buscarlos, pero las criaturas más cercanas que podían hablar estaban en lo profundo de la montaña. Le tomaría un tiempo a una de ellas llegar a la superficie.

Jordan había estado a punto de enviar a Ka para que actuara como guía de Armígero y Galas, pero esta nave estelar era un factor nuevo y desconocido. Hasta ahora, parecía que el general y la reina llegarían al monasterio sin problemas, y fácilmente podría usar los pasajes interiores de las Puertas para alcanzarlos allí.

Tomó una decisión. Señaló a un halcón que formaba parte de su séquito. Éste se posaba pacientemente en una rama a cierta distancia, esperándolos: —Ka, ve a dar un paseo en ese halcón. Quiero que investigues la nave que acaba de aterrizar. Mediación, ¿hay alguna entrada a las Puertas cerca de ese lugar? ¿Sí? Entonces vayamos por ese camino. Podemos entrar en la montaña desde allí.

Tamsin frunció el ceño: —No me gusta la idea de volver a pasar bajo tierra.

—Esta vez será diferente —dijo—. No añadió que probablemente ella no lo encontraría menos aterrador que la calzada del desalador. Jordan había visitado el interior de la montaña en la Visión, y sabía que no era un lugar al que se suponía que debían ir los humanos.

§ § §

Armígero había estado comiendo piedras durante algún tiempo. Él no había actuado al azar al respecto. Tenía preferencias definidas y parecía estar tratando de equilibrar su dieta de acuerdo con algún conocimiento interno. No hablaban de eso, y Galas lo agradeció, como agradeció no hablar de las semillas con aspecto de espejo que de vez en cuando él arrojaba detrás de sí mientras caminaban. No sacaba esas semillas de ningún bolsillo o bolsa. Aparecían en su mano mientras caminaba, y las dejaba caer.

Ella había pensado que esas semillas podrían estar vivas y ser fértiles, y se demostró que tenía razón cuando el primer óvalo plateado y transparente apareció en el bosque y se cernió sobre la cabeza de Armígero. Él lo ignoró, y a los seis que lo siguieron. Brillaban y ocasionalmente tintineaban como pequeñas campanas.

Si ella miraba hacia atrás, podía ver puntos brillantes en el camino detrás de ellos, cosas como cactus plateados que crecían allí. Tiempo atrás, hacía tres kilómetros, le había parecido vislumbrar algo brillando a través de las ramas de uno de los árboles más altos de la ladera.

Cuando Armígero hablaba, a menudo no era con ella, sino con Jordan Mason. Jordan, estamos al pie de la larga cuesta que lleva a la Escalera del Penitente —podría decir. O—. Jordan, encuéntranos en el Monasterio de la Puerta del Titán. Debes ir allí ahora. No hay tiempo que perder.

—¿Por qué hablas con él? —había preguntado ella. Armígero había hecho una mueca, y no había respondido de inmediato.

—Lo necesito —fue lo único que finalmente dijo.

El sendero se había vuelto demasiado empinado para los caballos y ambos desmontaron. Ahora viajar se convertía en una verdadera miseria para Galas, porque los músculos de la parte interna de sus muslos protestaban a cada paso, y escalar era aún peor. Sabía que había miles de pasos por delante. Los primeros cien metros, desde el sendero hasta el pie del primero de los escalones tallados en la piedra casi vertical de la Torre Norte, casi la matan.

Si miraba hacia atrás, las lunas errantes dominaban su vista de las colinas. Las lunas esperaban alguna señal para saltar, y ella estaba aterrorizada de ser atrapada por ellas. No obstante, solo había subido unos treinta metros por la primera escalera antes de sentarse de golpe y jadear: —No puedo continuar. Toda esta cabalgada me ha arruinado las piernas.

Armígero frunció el ceño. Él ni siquiera había sudado; no había ninguna razón por la que debería hacerlo, supuso ella. Masticó y tragó la piedra de cuarzo rojo que había estado triturando durante los últimos minutos y dijo: —Ya casi llegamos.

—Ya lo sé. ¿Tienes idea de cuánto cuesta montar a caballo? No estoy acostumbrada, Armígero.

Inclinó la cabeza hacia un lado: —Podría llevarte, supongo —

Extendió una mano.

—Preferiría que no lo hicieras —A decir verdad, no quería que él la tocara. Esa mano se había quemado y vuelto a crecer; su piel había adquirido un tinte grisáceo y ella había estado medio segura antes de que él había dejado de respirar. Ahora estaba segura de ello, ya que lo veía tomar aire deliberadamente para hablar.

—No podemos darnos el lujo de perder tiempo —dijo él—. Ella se encogió de hombros con cansancio. Armígero frunció el ceño, pero dijo: —Te prepararé una pastilla que te ayudará.

Su sonrisa fue irónica: —Gracias.

Se sentaron en silencio durante un rato. Armígero estaba abstraído; ella tuvo la clara impresión de que estaba escuchando algo: —Jordan Mason —dijo él abruptamente—, estamos en la base de las escaleras. Descansaremos aquí unos minutos y luego subiremos a la cima. Nos puedes encontrar allí.

—¿Crees que está muy cerca? —dijo ella.

Armígero se encogió de hombros: —Mis criaturas lo han visto. Está ahí abajo —señaló—. Pero no podemos volver por él. No con los Vientos a punto de moverse sobre nosotros.

—Sé que tenías un plan —dijo ella—. Falló de alguna manera, ¿no? No obtuviste lo que querías de Jordan. En realidad no puedes comandar los Vientos, ¿verdad?

Él miró a lo lejos: —Llevo en Ventus casi cuatro años. En ese tiempo he investigado cientos de posibles formas de derrocarlos. Lo mejor y más puro es aprender sus lenguajes y códigos, y simplemente dominarlos. Sin embargo, hay otras formas, no tan eficientes, más destructivas, pero funcionarán.

Ella señaló por encima de su cabeza: —¿Esas cosas?

El asintió: —Esas son parte de ello. Si no puede domesticar las plantas de un jardín, lo mejor que puedes hacer es reemplazarlas. En lugar de comandar al meca de Ventus, puedo reemplazarlo con mi propio meca. Estos mecas son más eficientes; ahogarán al meca

de Ventus en poco tiempo.

—Pero tendrás que cubrir el mundo con ellos. ¿Cómo lo harás?

Hizo un gesto hacia las montañas que se elevaban sobre ellos: —Este es el nexo de las calzadas de los desaladores. Esas calzadas incluso pasan bajo el mar, tú misma me lo dijiste. Si inundo las calzadas con mis propias semillas mecánicas, brotarán por todas partes. Son difíciles de detectar para los Vientos, y mientras tengamos el sistema de calzadas intacto podemos continuar diseminándolas. Podríamos tener una infestación global en marcha en cuestión de días.

—Infestación... Armígero, ¿qué le harán estos mecas a la otra vida aquí, a la flora y a la fauna?

—Ah —Bajó la mirada—. Bueno, parte del problema con este plan es que mis mecas no tendrán acceso a la red de los Vientos. No podrán coordinar el uso de recursos con los Vientos, por lo que probablemente descontrolarán el ecosistema de Ventus.

Ella lo pensó: —¿Cuán fuera de control?

—Bueno, la idea es amenazar a los Vientos con el desastre, para que se rindan. Una vez que lo hagan, podemos retroescalar mis mecas, incluso mantenerlos inactivos.

—¿Y si no se rinden?

—Mi señora —dijo—. nunca se hace esa pregunta después de haber ido a la guerra.

Ella asintió, pero en su corazón, Galas se reconciliaba con una sombría posibilidad: una vez que llegaran a la familiar meseta de las Puertas de los Titanes, tendría que buscar formas de deshacerse del mismo Armígero, en caso de que las cosas se salieran de control. Puede que él no creyera en la rendición, y ella nunca lo había hecho como reina, pero si la elección era entre un mundo gobernado por los Vientos o ningún mundo, Galas sabía cuál elegiría.

§ § §

Parecía que habían pasado años desde que Lavin pisaba tierra firme. Sintió que el vértigo retrocedía un poco, lo suficiente como para poder caminar sin ayuda. Sin embargo, no había alegría en la recesión de esta miseria; simplemente hacía más espacio para que miseria de otro tipo lo infectara.

Se quedó tan quieto como pudo y observó a hombres y caballos salir por las puertas de la luna errante. A kilómetros de distancia, tan cerca que sus flancos casi se tocaban, otra luna vomitó su cargamento. Juntos, ellos y varios detrás de ellos taparon el sol sobre diez o doce colinas y valles.

No todos estarían desembarcando; había convencido a los Vientos de usar las lunas como campamento de equipaje. En unos momentos él también regresaría allí, ostensiblemente, para dar su autoridad a las órdenes provenientes de los Vientos. En realidad, había mantenido a sus hombres de mayor confianza a bordo de las lunas y también había establecido un sistema clandestino de semáforos. Transmitiría las órdenes de los Cisnes a través de los bastets, dando sus palabras oficiales a sus directivas, pero también enviaría órdenes directamente a sus hombres por semáforo.

Hacía brisa aquí en las colinas. Las lunas estaban depositando al ejército aquí en parte porque el aire era muy traicionero cerca de las Puertas. Por supuesto, una esfera de dos kilómetros creaba su propio clima hasta cierto punto, y una docena de ellas formaban un sistema meteorológico completo; el Viento Blanco le había confiado que ésto sólo empeoraba las cosas, porque el clima era inherentemente impredecible. La piel de las lunas se ondulaba bajo ráfagas repentinas y los relámpagos actuaban casi continuamente alrededor de sus coronas. Electrificaban el aire y luego lo arrastraba a su alrededor con aletas invisibles, había dicho la bastet. Con tantos de ellos todos juntos, sus campos eléctricos interferían. Si agregaba picos montañosos empinados a la ecuación, las cosas se volverían francamente peligrosas.

Él contaba con eso.

Una bastet se acercó a él. No era el Viento Blanco, ese estaba investigando la cosa en llamas que había aterrizado: —Los hemos encontrado —dijo la bastet—. Se dirigen al monasterio, como

sospechábamos. Tus hombres tomarán los senderos directamente allí y los capturarán. Te acompañaremos.

—Ellos van a llegar primero —dijo Lavin—. Y ese lugar es altamente defendible. ¿Por qué no entran los Cisnes y los atrapan?

—Esa no es una opción —dijo la bastet—. Irás.

Lavin se encogió de hombros: —Supongo que estás en lo cierto. Los desaladores harían pedazos a los Cisnes.

La bastet se enojó: —No cuestionarás nuestras órdenes.

—Lo haré en lo que concierne a mis hombres. Escucha, estamos demasiado lejos aquí para que yo les dé órdenes. Necesitamos llevar esta luna sobre el valle, o mejor aún, sobre los picos mismos. Podríamos bajar un batallón usando los Garfios Celestiales, y atacarlos desde arriba. No tienen forma de defenderse de eso.

La bastet enseñó los dientes: —¿Estás diciendo que fallarás en tomar el monasterio desde abajo?

—No fallaremos. Podría tomar semanas, meses, incluso. Podrías mantenernos abastecidos tanto tiempo, pero...

—Inaceptable. Esta abominación es demasiado peligrosa. Debemos destruirlo ahora.

—Entonces, ¿por qué no usas la naturaleza misma, como lo hiciste contra el ejército de Armígero en Ravenon? Envía a todos los animales, arranca las plantas.

La cola de la bastet se movió: —Lo hemos intentado. Ellos no quieren responder. Permanencia está controlando este valle. No tenemos suficientes morfos para convertir estas formas de vida. Por eso debes entrar tú.

—Entonces, tenemos que entrar por arriba —dijo—. No hay otra manera.

La bastet se dio la vuelta. Luego dijo: —Le preguntaré a los Cisnes.

Sí, acércanos, pensó Lavin mientras la observaba alejarse. Llévanos alto y juntos a las montañas. Luego sabremos si podéis volar.

42

Durante un momento, Axel Chan se contentó con oler el aire. Se paró en la rampa de la nave con los ojos cerrados, dejando que la brisa acariciara su cabello como la mano de un amante. Se le habían tapado los oídos. Estaba de vuelta en Ventus, y no necesitaba más recordatorio que este olor a pino y marga para saber por qué había venido.

La armada les había cedido este cúter para que Marya pudiera hacer un reconocimiento de la vorágine de actividad de los Cisnes que se desarrollaba sobre estas montañas. Las fuerzas archipelágicas originalmente querían que la Voz prestara sus códigos de reconocimiento a una nave de clase destructor, pero la IA había insistido en viajar en esta pequeña nave y sin escolta. De esa forma podrían intentar localizar a Calandria, una parte de su plan que no le habían mencionado al almirante.

Ni siquiera una órbita cercana les había dicho lo que estaba pasando aquí abajo, pero la señal del transpondedor de Calandria había llegado débilmente desde el mismo corazón de la tormenta de energía. Cuando había captadp su señal, los tres habían intercambiado miradas inquietas en la cabina. Descender al vórtice podía ser tremendamente peligroso, pero si alguien sobre el terreno podía saber lo que realmente estaba sucediendo, sería Calandria May.

¡Ey, muévete! —Marya le dio a Axel un pequeño empujón desde atrás. Él suspiró y corrió por el resto de la rampa para finalmente volver a pararse en el suelo de Ventus. Marya se posó junto a él, y después de un momento la Voz se unió. El sorprendente parecido de la IA con Calandria May todavía inquietaba a Axel, pero la Voz era obviamente una persona diferente: miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos y asombrados, como alguien que nunca antes había puesto un pie en un planeta.

—Ya has estado aquí —le reprendió Axel—. Nos dejaste el verano pasado, ¿recuerdas?

Ella sacudió la cabeza: —Yo tenía un cuerpo diferente entonces. Ser tan pequeño y vulnerable en este entorno... es indescriptible.

Ambos humanos le sonrieron. Luego Marya señaló las montañas gemelas que se elevaban sobre ellos: —¡Mirad! Hay edificios allá arriba, a un lado.

—Dioses —la mente de Axel se quedó atónita ante la cantidad de trabajo que debía de haber requerido poner esas estructuras allí arriba—. Tal vez ahí es donde ella está.

Confiaba en que ella estuviera cerca, y no al otro lado de esas montañas. El océano estaba allí; Axel lo había visto al entrar. También había visto cascadas extrañas que desaparecían en pozos al otro lado de los dos picos, así como lo que parecían tuberías gigantescas que brillaban bajo la superficie del océano. Había algunas aldeas por aquí, pero ninguna ciudad importante a un día de viaje de este lugar. No tenía idea de lo que Calandria podría estar haciendo aquí.

Cerró los ojos y se concentró. Sintió la señal, pero no venía de las montañas: —Está en el valle —dijo—. Un kilómetro o dos como máximo en esa dirección. Parece estar moviéndose en esta dirección, rápido.

—¿Esperamos o salimos a recibirlos? —preguntó Marya.

—Ka —dijo alguien.

Una sombra pasó a toda velocidad y Axel y Marya se agacharon. La Voz se giró, parpadeando con asombro ante el gran halcón que volaba en círculos alrededor del perímetro del claro donde se habían posado, y luego regresó. Aterrizó sobre un tronco cubierto de musgo a menos de tres metros y plegó las alas.

—Bonito —susurró Marya—. Ka —dijo el halcón—. Así que encontraste una manera de salir del mundo, Axel.

—Uhn —dijo Axel. Un pájaro le estaba hablando.

—Soy yo, Jordan —dijo el halcón—. ¿Puedes oírme?

—¿Jordan? —Miró al halcón—. ¿Cómo haces eso?

—Mi sirviente se montó en este halcón. Te está hablando por mí. No me he convertido en un halcón, si eso es lo que estás pensando.

—No, claro que no —Axel se acercó sigilosamente al halcón, buscando algún altavoz o antena en algún lugar—. Jordan, pareces haber subido en el mundo.

—Se podría decir eso —la voz de Jordan Mason tenía un tono irónico que Axel nunca había escuchado al chico usar antes—. Hola, Lady May.

Axel miró por encima del hombro: —Oh. Eso no es Calandria. Sé que se parece a ella. Es... bastante difícil de explicar.

—¿No es Calandria? ¿Dónde está ella?

—¿No está contigo?

—No —El pájaro se puso a acicalarse tranquilamente el ala, aparentemente indiferente a la voz humana que emanaba de su cuerpo—. Escucha —dijo Jordan—, si eso es todo, tienes que ponerte en marcha. Reúnete conmigo y te lo explicaré todo.

—¿Sabes lo que está pasando aquí? —preguntó Marya.

—Sí. ¿Eres amiga de Axel?

—Sí. He oído hablar mucho de ti, Jordan. Estoy muy contenta de conocerte.

—Bueno, todavía no nos hemos conocido, y no lo haremos si no os ponéis en marcha. Los soldados están casi encima de vosotros.

—¿Qué soldados?

—El ejército de Taliencia.

Marya miró a Axel, con las cejas levantadas. Se encogió de hombros: —Estaremos allí en cuanto recojamos a Calandria.

—¡Axel, no hay tiempo! —El halcón desplegó sus alas y saltó en el aire—. ¡Sígueme! —Voló hacia el Norte.

Axel puso su mano en el hombro de Marya: —Vosotros dos ir con el pájaro. Yo recogeré a Cal y os seguiré.

—¿Cómo nos encontrarás?

—Tengo una solución en el transpondedor de la Voz. No te preocupes, no tardaré —El halcón estaba posado en una rama, observando impaciente. Axel vio a Marya y a la Voz avanzar a través de la maleza en su dirección; luego inhaló una bocanada de aire frío de la montaña y giró en la otra. El halcón le graznó. Él lo ignoró.

Ella estaba cerca. Tenía que saber que ella estaba bien. Una vez que la tuviera, recogería a Mason y regresaría a la nave. Con suerte, podrían estar fuera del planeta en una hora y, con más suerte, Calandria y Jordan Mason podrían decirle a la flota lo suficiente como para detener el bombardeo planeado.

Axel pasó sobre la maraña de raíces y agujas de pino caídas, con la atención enfocada en la señal que podía sentir delante de él. Se estaba acercando a su posición. Ella debía de haberlo sentido también. Él sonrió, comenzando a relajarse.

De repente, los árboles se abrieron para definir un sendero bien cuidado que atravesaba el bosque de Este a Oeste. Miró a su izquierda, no vio nada, y giró a su derecha...

—-Dos caballos llegaron a todo galope sobre una loma a menos de veinte metros. El jinete líder gritó algo y bajó un arma a lo largo del brazo.

Axel saltó hacia atrás. Hubo un fuerte estruendo y astillas volaron del árbol sobre su cabeza.

La señal estaba muy cerca ahora. Por primera vez se le ocurrió que Calandria podría estar prisionera. Maldijo y desenfundó su pistola láser.

El caballo se había detenido: —¡Muéstrate! —gritó el jinete, con un

fuerte acento que Axel no pudo identificar. Espió alrededor del árbol; otros tres caballos se acercaban.

—¡No disparen! —gritó—. Solo soy un inocente viajero.

—Entonces no tienes nada que temer si vienes aquí.

—Sí, claro —murmuró Axel.

Algo se movió rápidamente en el rabillo del ojo. Se dio la vuelta a tiempo para vislumbrar una felina forma gigante en mitad de un salto. Axel disparó sin pensar, y luego aquello lo dejó sin aliento del golpe y ambos cayeron rodando.

La cosa peluda se alejó rodando. Axel se puso de rodillas y negó con la cabeza. Había perdido la pistola, pero el gato dorado yacía enroscado sobre sí mismo, con una quemadura negra en el pecho y sangre brillante brotando del centro de la zona carbonizada. Gimió, se retorció y se quedó quieto.

¿Dónde estaba la pistola? Cuando la vio, gateó en esa dirección. Extendió la mano para agarrarla, y la punta de una espada se interpuso entre él y el arma.

—Ponte de pie —dijo el hombre detrás de la espada. Llevaba la librea azul amoratada y rojiza de un soldado de Iapysia. Parecía hablar en serio. Otros cuatro soldados habían desmontado detrás de él.

Los demás miraban atrás mientras varias de las criaturas felinas se acercaban y se erguían de pie sobre sus patas traseras. Todas eran de color dorado, excepto una que era de un blanco llamativo.

Ésta abrió mucho los ojos y siseó al ver la situación. Corrió hacia delante con una gracia sorprendentemente humana y abrió los brazos.

—¡Axel! —gritó mientras lo rodeaba con los brazos.

Alguien gritó. Axel luchó por liberarse de la cosa-gato y, después de un momento, lo hizo, o más bien lo hizo y cayó. Se apoyó sobre los codos y luego se congeló.

Uno de los caballos estaba caído. Un oso muy grande se erguía sobre él, berreando ruidosamente. Uno de los soldados también había caído, con las manos en alto para defenderse del halcón que le arañaba la cara.

Dos zorros salieron corriendo del bosque y saltaron sobre los soldados restantes. Allá atrás, algo más grande se abalanzaba en su dirección.

—¡Luchad, cobardes! —gritó el gato blanco. Se movió con una velocidad asombrosa, derribando a uno de los zorros en el aire en mitad de un salto. Luego giró sobre un pie y saltó hacia atrás, desapareciendo detrás de Axel.

—¡Axel, corre! —gritó el halcón. Voló en picado y luego estalló en una nube de plumas cuando uno de los soldados le disparó a quemarropa. Algo iridiscente, medio visible, giró hacia arriba desde el pájaro que caía, luego estalló en llamas cayó flotando mientras otro de los soldados vaciaba su mosquete en el pecho del oso. Éste se tambaleó hacia atrás gruñendo. Luego un tercer hombre disparó y el oso cayó muerto.

Axel se volvió para correr y se encontró cara a cara con el gato blanco. Le tendía algo. Su pistola: —¡Tómala! —siseó el gato.

Axel dudó un segundo, luego agarró la pistola y echó a correr. Animales grandes y pequeños pasaron a su lado, todos convergiendo sobre los soldados y sus compañeros felinos.

Axel no tenía idea de lo que acababa de ver. No quería saberlo. Lo único que quería hacer en este momento era correr y seguir corriendo hasta olvidarlo todo.

§ § §

Armígero sintió un temblor en los campos eléctricos que interpenetraban las montañas. Miró hacia arriba. Las lunas errantes volvían a salir. Hojas de relámpagos actuaban sobre sus vastos lados curvos.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó a Galas. Ella asintió y se puso de

pie. Él había pasado algunos minutos preparando una mezcla de moléculas complejas y nanotecnología, y ahora le entregó las píldoras donde las había destilado. Ella las miró dudosa, pero cuando él señaló las lunas crecientes, ella se las echó obedientemente a la boca y tragó. Luego comenzó a subir lentamente las escaleras, balanceando las piernas con cada paso.

Él volvió a mirar las colinas. Era un testimonio de lo agotada que estaba Galas que ella no hubiera pasado tiempo admirando la vista. Las lunas errantes se elevaban hasta la mitad de la altura de las Puertas de los Titanes cuando estaban en el suelo. Aunque la más cercana estaba al menos a ocho kilómetros, eclipsaba unos buenos veinte grados del cielo. El sol se estaba poniendo en el horizonte y la sombra de las Puertas caía sobre la luna, dividiéndola en dos mitades, gris abajo y rosa arriba. Más allá de ella y de las dos compañeras que habían aterrizado, otras nueve lunas se agrupaban en lo alto de la estratosfera, donde brillaban a plena luz del sol.

Las escaleras que tenían que subir también estaban en la sombra. Esto no era un gran problema para Armígero, quien podía ver en la oscuridad, pero Galas iba a tener dificultades: —Debemos darnos prisa —dijo.

Podía sentir a su meca creciendo en el valle de abajo. Los Vientos probablemente también podrían percibirlo ahora, y no tenía dudas de que reaccionarían violentamente a sus señuelos. Un asalto de los Vientos al valle podría hacerles ganar un tiempo valioso.

—Mira —señaló Galas por encima de ellos. Las luces ardían en las ventanas en lo alto de la ladera de la montaña, y otro resplandor puntiagudo se movía lentamente de un lado a otro en la parte superior de las escaleras—. Nos han visto —dijo ella.

—Bien —Subieron juntos durante unos minutos, y los pasos de Galas se hicieron más seguros a medida que la medicina que él le había dado se apoderó. Ella no habló, y fue mejor porque él estaba cavilando sobre qué hacer a continuación. Sus planes alguna vez habían sido precisos y confiados, pero su deterioro en la humanidad parecía haber nublado su razonamiento. Debería haber abandonado a Galas al pie de la escalera, pero descubrió que no podía. Ella era un lastre peligroso para él en este momento; si la hubiera dejado

sola, ahora podría haber corrido hasta la cima de las montañas y arrojarse a uno de los pozos que conducían a la calzada del desalador. En lo profundo del agua, en las raíces de la montaña, habría estado a salvo y podría haber propagado sus mecas sin miedo a la interrupción.

Si Jordan Mason estuviera aquí. El chico tenía la clave del lenguaje de mando de los Vientos, y Armígero estaba seguro de poder extraerlo, aunque tuviera que desarmar a Mason molécula por molécula para encontrarlo. El chico, sin embargo, deambulaba por el valle sin destino aparente. Era irritante.

Tal vez podría contactar con el chico a través de sus mecas. Después de todo, mantenía un enlace de comunicación con todos ellos, de la misma manera que los Vientos permanecían conectados a toda la vida en Ventus. Podía reprogramar a distancia los genes de sus mecas. Tal vez podría dar algo de voz.

Dirigió sus pensamientos al mayor de los cactus meca que crecían en el valle. Tenía unos buenos veinte metros de altura ahora, y lentamente se había vuelto negro. En su mente aparecía como un revoltijo, negro como el carbón, de hojas en forma de platillo unidas sin tallos. Sus raíces se hundían directamente en el lecho rocoso y el calor irradiaba como si fuera un horno. Armígero no había previsto ese efecto de su metabolismo; bien podría provocar un incendio forestal si no tenía cuidado. Eso ciertamente despertaría la ira de los Vientos, lo cual era bueno, pero también podría amenazar a Mason.

Este cactus tenía un diseño más antiguo que el propio Armígero. Era producto de la imaginación de 3340, no de él. Tenía el potencial de hacer brotar de sus hojas redondas todo tipo de otras formas de vida mecas, y nunca había tenido tiempo de explorar el catálogo completo de posibilidades. Le pidió ahora que le proporcionara una lista de formas capaces de hablar que pudiera generar rápidamente.

Espera… dijo con una voz inquietantemente familiar.

Armígero dejó de subir.

—¿Qué pasa? —preguntó Galas. Ella le tocó el brazo. Él se dio

cuenta de que había estado mirando hacia el valle con los puños cerrados.

—Nada —dijo—. Avancemos.

Puedo producir cualquiera de éstos, dijo el árbol meca con la voz de 3340.

Armígero jadeó, pero no dejó de subir. El árbol desplegó una serie de imágenes en su mente de animales meca, algunos con forma inquietantemente humana. Armígero apenas prestó atención: fue el toque de la mente del árbol lo que atrajo su atención. Tenía una cierta firma, la suya propia, por supuesto, pero también de otra cosa. Si se le hubiera pedido que lo describiera, lo mejor que podría haber hecho habría sido decir que la mente de la cosa olía a 3340.

—Gracias —le dijo—. No hagas nada. Duerme ahora.

No puedo dormir ahora, dijo.

Armígero maldijo.

—Cuéntame —dijo Galas entre jadeos.

—Puede que me haya equivocado —dijo—. Tenemos que darnos prisa.

—No puedo ir más rápido —dijo ella—. Estoy a punto de colapsar.

—Entonces te llevaré.

Ella no protestó esta vez cuando él la levantó en sus brazos y comenzó a subir los escalones.

§ § §

La primera vez que Jordan vio a Axel fue cuando el hombre medio se había caído en el bosque gritando: —¡Me pisan los talones!. Axel estaba vestido con ropa negra resistente y tenía un cinturón adornado con extraños dispositivos alrededor de su cintura, muy parecido a la mujer que no era Calandria May. La tercera mujer, que se había presentado como Marya Mounce, vestía una especie de

camuflaje ajustado que dificultaba verla del cuello para abajo. Parecía nerviosa y no dejaba de mirar a su alrededor y de dilatar las fosas nasales.

Algunos de los animales de Jordan salieron del bosque tras ellos. El resto luchaba en una acción de retaguardia, pero las bastets los habían diezmado.

Axel agarró el antebrazo de Jordan con un agarre casi doloroso: —¡Qué bueno verte, chico! Te ves genial.

—Gracias —Jordan estaba lleno de preguntas, pero ahora no había tiempo para ellas. Podía sentir que algunos de los gatos-bestias que habían perseguido a Armígero y a la reina se acercaban por el bosque. Eran animales muy sigilosos, pero para él brillaban como faros a través de los traslúcidos troncos de los árboles. Los seguían varios humanos vacilantes con armas.

—Volvamos a la nave —dijo Axel. Jordán negó con la cabeza.

—Están entre nosotros y la nave —dijo Axel—. Y creo que los Cisnes se han dado cuenta de que no es una de los suyas. No creo que la dejen salir.

—Es nuestra única opción —argumentó Axel—. Tenemos que salir de aquí.

—Estoy de acuerdo —dijo Axel—. Y lo haremos. Por eso tenemos que ir por aquí —señaló.

—Puede que él tenga razón, Axel —dijo la mujer que no era Calandria May—. Puedo escuchar mucho tráfico de los Cisnes de repente.

Hacía frío y oscurecía rápidamente. Los Cisnes debían de estar encendiendo su sol de medianoche pronto, pero hasta entonces el bosque sería infranqueable para estas personas: —Voy a hacer un poco de luz —dijo Jordan—. Síguela y no la pierdas de vista. Tenemos que movernos rápido si queremos mantenernos por delante de los gatos.

Empezó a caminar. Tamsin se puso a caminar a su lado. Mientras

levantaba las manos para crear una luz fantasma en los hombros de su chaqueta, escuchó a Axel y los demás corriendo para alcanzarlo.

—Bueno, ¿qué son esas cosas gato, por cierto? —preguntó Axel—. Una de ellas sabía mi nombre. Maldita sea, casi me mata.

—Nunca había visto una hasta el otro día. Creo que son un nuevo tipo de animal que trajeron los Cisnes —dijo Jordan—. Pueden hablar, eso lo sé, y parecen estar liderando el ejército que nos sigue.

—¿Ejército?

Jordan miró hacia atrás, resistiendo las ganas de reír: —Están pasando muchas cosas ahora mismo. ¿Cómo nos encontraste, por cierto?

—Buscando a Calandria. Encontramos su señal, la seguimos hasta la superficie. Al menos, pensé que era su señal —Se quedó en silencio.

Una de las cosas felinas se había separado de las demás y ahora los seguía muy de cerca. Estaba casi completamente oscuro, por lo que Jordan tenía que confiar en su visión para ver adónde se dirigían. Axel, que también parecía ser consciente del gato de alguna manera, paseaba tranquilamente a su lado.

Por supuesto, Jordan debería haber recordado que Axel Chan podía ver en la oscuridad tan bien como Calandria.

El gato parecía estar manteniendo una distancia discreta, por lo que Jordan dijo: —Cuéntamelo todo: dónde has estado, qué has hecho. Luego te diré lo que me ha pasado a mí.

Axel se rió: —La mejor oferta que me han hecho en todo el día.

§ § §

El Viento Blanco flotaba por el bosque muy cerca del suelo, y escuchaba mientras Axel contaba su historia. Recordaba ser Calandria May ahora, recordaba a Axel, sus pasiones y locuras, la sonrisa torcida y las manos fuertes. Se había apresurado a abrazarlo en el instante en que lo había visto, y él no la había reconocido.

Ella lloró mientras caminaba, arrepintiéndose de todo. Su vida había sido tan dulce, y ella nunca lo había sabido.

Los otros se estaban quedando atrás según sus instrucciones. Ella no podía desobedecer a sus nuevos amos, pero tampoco tenía que obedecerlos sin pensar. Ella sabía, si ellos no lo sabían, que Axel no representaba una amenaza para Ventus. Sin embargo, Jordan... No estaba tan segura de él.

Quería darse la vuelta y correr, y correr toda la noche por el bosque hasta que pudiera dormir el sueño del agotamiento y olvidar. En cambio, el Viento Blanco mantuvo su paso junto a los humanos, y escuchó con creciente asombro las historias sobre la Voz del Desierto y sobre Taliencia y sobre la Tierra.

§ § §

Manos encallecidas se agacharon para ayudar a Galas a subir los últimos escalones. Solo podía asentir con gratitud a los hombres vestidos con túnicas oscuras que estaban bajo la luz de las antorchas en el amplio saliente que daba al monasterio de la Puerta de los Titanes.

En el momento en que estuvo segura sobre sus pies, toda la multitud de treinta o más hombres se arrodilló como uno solo: —Su alteza —dijo el abad, un hombre calvo de ojos grises a quien ella no había visto en años.

—Yo no soy la reina —dijo ella—. Ya no —Las palabras aún le sonaban extrañas.

Todos alzaron la vista como uno: —Sabemos que vuestro palacio estaba sitiado —dijo el abad—. Asumimos que sería tomado. Así que esto significa que estás en el exilio ahora. Debo decirte que siempre has servido bien a los desaladores y has honrado las antiguas tradiciones mejor que cualquier monarca en la memoria reciente. Tienes nuestra lealtad ahora y para siempre. Por eso todavía te consideramos reina, si no de Iapysia, al menos de esta montaña.

Galas se encontró sonrojándose. Bajó la vista: —Gracias—,. No se le

ocurrió nada más que decir.

—Mi reina, ¿eres responsable de la visita sin precedentes de todos estos Vientos a nuestro humilde monasterio? —El abad hizo un gesto en dirección a las lunas errantes.

Ella se encogió de hombros: —Supongo que sí, en cierto modo.

—¿Esta escalera es defendible? —preguntó Armígero.

El abad lo miró apreciativamente: —Ha resultado serlo en el pasado —dijo—. ¿Eres la escolta de la Reina Galas?

—Este es el general Armígero —dijo ella—. Él es mi protector, y vuestro ahora —Vio que Armígero había desestimado los extraños óvalos plateados que se habían cernido sobre su cabeza las últimas horas. Si ella no hubiera sabido que no respiraba, habría pensado que era perfectamente normal.

Armígero se acercó al parapeto. El monasterio estaba a poco más de la mitad de la cara vertical oriental de la puerta norte. Invisible desde el valle había un amplio saliente, casi una meseta, que se estrechaba hasta la nada cien metros al norte, pero se ensanchaba hacia el sur a medida que rodeaba la curva de la ladera de la montaña. Los edificios del monasterio estaban construidos hacia el extremo norte, de modo que las últimas torres abrazaban el acantilado mismo con roca pura debajo de ellas. La escalera llegaba a la mitad del borde sur de la meseta, donde los monjes habían construido un jardín alrededor de las puertas delanteras del monasterio.

—¿Qué hay por ahí? —preguntó Armígero, señalando la curva sur de la estrecha meseta.

—Habitaciones de los Vientos —dijo el Abad.

—Desaladores —añadió Galas—. Hay pozos sin fondo, cascadas que brotan de los acantilados... es difícil de describir.

—¿Y la distancia al pico sur?

—A unos tres cuartos de kilómetro en este punto —dijo el abad.

Armígero asintió: —Demasiado estrecho para que quepa una luna errante.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó ella.

—Estoy satisfecho con lo de bajar las escaleras —dijo—. Pero dudo de que de ahí venga nuestra amenaza.

—¿Por qué dices eso?

—Mira —Señaló las lunas. Por lo que ella podía ver, no se habían movido. Se cernían sobre el otro extremo del valle y las colinas, aparentemente lo suficientemente cerca como para tocarlas, pero en realidad a kilómetros de distancia.

Armígero debió haber visto su expresión de incomprensión. Él dijo: —Cuéntalas.

Ella lo hizo. Eran once.

—Hace una hora —dijo Armígero—, eran doce.

§ § §

Salió un nuevo sol, exactamente en el cenit. Apareció primero como una astilla de brillo, luego floreció durante unos segundos en un cuadrado demasiado brillante para mirarlo. En esos pocos segundos, el cielo sufrió una transformación completa del crepúsculo al día; cada tono de azul brilló a través de los cielos cuando las estrellas se apagaron en todas partes excepto cerca del horizonte azul profundo. Allá lejos, las nubes y los bordes de las lunas errantes más lejanas yacían en la sombra; más cerca, brillaban a la luz del sol puro.

Axel entornó los ojos ante la luz: —Espejo solar —dijo—. Gran capullo.

Jordán asintió. Parecía apagado desde que Axel y Marya le contaron lo que habían averiguaxo sobre Taliencia y Turcaret. Axel lo había visto negar con la cabeza varias veces, frunciendo el ceño.

—Así que vamos a conocer al infame Armígero —dijo Axel—. Llevo casi un año queriendo hacer eso. ¿Dices que hablaste con él una

vez? ¿Todavía crees que no es una semilla de resurrección?

Jordan vaciló: —No lo creo —dijo—. Pero no estoy seguro.

—No digas eso —dijo Axel—. Di: "Axel, él no es una semilla de resurrección, y puedo probarlo". Eso me haría feliz, si pudieras decirme eso.

—Está tramando algo, y no estoy seguro de qué —dijo Jordan—. No creo que eso pruebe nada de ninguna manera.

—Dijiste que te quitó el secreto para comandar los Vientos, pero no lo ha usado. Y no sabes por qué.

Jordan negó con la cabeza: —Debería haber comenzado a usarlo de inmediato. Podría haberse apoderado del mundo ahora si hubiera sido capaz.

—Tiene la tecnología, pero no las llaves —dijo Marya—. Es exactamente como Turcaret. Él puede hablarles, pero no están escuchando.

—Oh, están escuchando —dijo Jordan—. Oyen lo que digo y contestan. No se trata de eso.

Ella sacudió su cabeza: —Pero Thaliencia...

Jordan soltó una carcajada: —Sea lo que sea Taliencia, los Cisnes se han dado por vencidos. Están amargados y tienen ganas de limpiar después de haber descuidado sus tareas durante tanto tiempo. Así que planean borrar a la humanidad de Ventus.

El compañero de Jordan dijo: —Dijiste que este tal Turcaret tenía que tener un cierto tipo de... cosa en él.

—ADN —Marya asintió vigorosamente—. Si, debe de ser eso. Armígero no tiene el ADN adecuado.

—No del todo cierto —dijo Axel—. El hecho es que probablemente no tenga ADN en absoluto. Eso es todo.

Jordan asintió: —Tiene el poder de transmisión, pero no la

"contraseña".

—Eso es lo que vinimos a averiguar —dijo Marya—. Volvamos a la nave.

—¡No! —Jordan corrió varios pasos adelante— ¡Ya casi llegamos!

—¿Llegar adónde? —Habían llegado a un acantilado casi vertical: el final de una cortina larga y sinuosa de piedra de la Puerta de los Titanes. El acantilado no tenía fisuras y tenía al menos cincuenta metros de altura.

—Aquí hay una puerta a las Puertas —dijo Jordan.

Hubo un relámpago, y momentos después un trueno gruñó bastante cerca. Tamsin señaló hacia arriba a través de los árboles: —Aquí vienen.

Los Garfios Celestiales descendían sobre el valle. No eran menos impresionantes a la luz del día que de noche; simplemente estaba más claro ahora lo que eran. Tres de las lunas errantes se perfilaban sobre el valle; juntos llenarían el cielo sobre él de un extremo al otro. Sus secciones más bajas se habían abierto como pétalos, y ahora se estaban desenrollando largos pórticos y cables negros. Desde la distancia, estos parecían delicados, pero los pórticos eran más gruesos que los árboles debajo de ellos.

Mientras Axel observaba, un relámpago tartamudeó desde los cables de la nave principal. Una larga línea de explosiones en cadena a través del suelo del valle.

—Si vamos a llegar a la nave, tenemos que partir ya —dijo la Voz.

Jordan negó con la cabeza: —Los Cisnes están esperando si despega. No se han movido en contra porque los Garfios se encargarán de eso.

—¿Cómo sabes eso?

—Solía confiar en Mediación para transmitir lo que decían. Ya no necesito hacerlo. Puedo escucharlos yo mismo ahora.

Todos dejaron de caminar y miraron a Jordan. Se puso las manos en las caderas y les devolvió la mirada.

—¿Vais a discutir conmigo? —dijo beligerante.

Sorprendido, Axel se rió.

—¡Pero, la nave! —gimió Marya.

—La nave está a punto de ser devorada —dijo Jordan encogiéndose de hombros—. Vamos por aquí —Señaló el acantilado.

Marya miró a Axel; él se encogió de hombros.

—Al parecer vamos —dijo él.

43

—¿Qué están haciendo? ¡No les di órdenes de moverse!

Lavin estaba peligrosamente cerca de la puerta abierta de la luna errante. Necesitaba este punto de vista para observar los procedimientos a continuación. Era obvio desde aquí que tres de las otras lunas habían roto la formación y se movían, como pesadas islas flotantes, para cubrir el valle.

La propia luna de Lavin había navegado hacia el sur y flotaba detrás de los Picos de Titán. Durante un tiempo, mientras la luna giraba, él no había visto nada más que el océano, iluminado por el sol durante unos kilómetros y luego sumergido abruptamente en la oscuridad. Luego habían aparecido de nuevo las Puertas de los Titanes, muy cerca.

La luna se había estado moviendo a una velocidad aterradora. Aunque el viento no atravesaba las puertas, él podía oírlo rugir, y por todo el suelo de la luna los cables de sujeción crujían y chirriaban mientras la gran nave se esforzaba por mantener su forma. Relámpagos casi continuos iluminaban su interior y el olor a ozono era insoportable. Una o dos veces, mientras pasaban por los picos más bajos al sur de las Puertas, rayos brillantes habían caído, aparentemente justo debajo de los pies de Lavin, destrozando pinos esculpidos por los Vientos en las cimas de las montañas de abajo.

Un Lavin diferente habría encontrado la experiencia emocionante, como obviamente hacían muchos de sus hombres. Estaban nerviosos hasta un grado casi intolerable, esperando en sus filas la orden de moverse.

Una bastet se acercó a Lavin y volvió sus ojos ámbar hacia donde él señalaba: —Nos movemos para aniquilar una amenaza en el valle —dijo—. No es asunto tuyo.

—Una buena parte de mi ejército está en ese valle.

La bastet negó con la cabeza: —Han sido retirados, a excepción de algunos batallones que se acercan a las escaleras. Tu sugerencia de

atacar desde esta dirección fue atendida y seguida. Tu ejército no está amenazado.

—Entonces, ¿ya no lo necesitas?

La bastet se encogió de hombros: —Por el momento, no.

Y si aquí lo conseguimos, para nada. Lavin miró más allá de la bastet. Muy arriba, en la lejana curva del suelo de la luna, dos hombres sujetaban discretamente algo a uno de los cables de sujeción que atravesaban el interior de la luna. Otros cuatro batallones regresaban de hacer lo mismo en varios niveles arriba y abajo de las laderas. Las bastets se habían distraído con preguntas y errores deliberados estos últimos minutos; todo estaba casi en su lugar.

Lavin asintió secamente a la criatura: —No obstante, nos estás forzando a actuar. Moverse por el valle se parece mucho a moverse contra las Puertas. Van a esperar un ataque desde arriba ahora.

—Estamos en posición. Eso ya no es una preocupación.

Lavin resistió un impulso muy real de empujar a la bastet por la puerta. En cambio, respiró hondo y miró hacia abajo. Si tenía fe en su propio cuerpo e ignoraba la sugerencia de que el mundo giraba en dos direcciones diametralmente opuestas al mismo tiempo, había descubierto que podía mirar a través de las puertas con bastante seguridad.

La Puerta más al norte estaba justo debajo. La luna se había ralentizado drásticamente y también estaba saliendo. Estaban a unos buenos doscientos metros por encima de la cima plana del pico. Podía ver su sombra deslizarse sobre las mesas de piedra gris con sus pinos salpicados. El vapor se elevaba desde una serie de pozos sospechosamente redondos allí. También había un sorprendente número de edificios; mientras miraba, diminutas figuras corriendo aparecieron alrededor de varios de ellos.

—Estamos ascendiendo, no descendiendo —señaló Lavin—. ¿Estás proponiendo que saltemos?

La bastet sacudió su larga cabeza: —Las ráfagas de viento aquí son fuertes e impredecibles. También sería malo si acortáramos la maquinaria de la Puerta. Bajaremos a tus hombres usando los Garfios Celestiales.

Incluso mientras decía esto, algo enorme y negro apareció debajo, borrando la vista. Lavin tardó unos segundos en darse cuenta de lo que era: una gran plataforma con barandillas sujetas a los lados por enormes brazos de metal. Los brazos se extendían en algún lugar debajo de la luna. Con consternación y asombro, lo vio elevarse suave y silenciosamente hasta que bloqueó la puerta con un golpe profundo que sintió a través de sus pies.

Se volvió y saludó a los mariscales. Vio que las otras puertas de la luna también estaban bloqueadas. Los Garfios deberían poder bajar a un par de cientos de hombres a la vez hasta la cima. Eso debería ser suficiente, según lo rápido que lo hicieran.

¡Moveos! —Los hombres habían estado impacientes de algo de acción; ahora se lanzaron hacia adelante, y no tuvieron que ser incitados a saltar de la superficie negra y estable de la luna hacia las plataformas de metal debajo. Cuando las plataformas estuvieron llenas los mariscales silbaron y la oleada se detuvo. Inmediatamente hubo una sacudida y las plataformas comenzaron a descender. Los hombres que estaban debajo de Lavin comenzaron a gritar y la mayoría cayó sobre sus manos y rodillas, pero el descenso fue suave y, excepto por la brisa helada que ahora también se arremolinaba a través de las puertas, estaba seguro de que sería indoloro.

A pesar de que desconfiaba de los Vientos, sabía que eran eficientes. No desperdiciarían a sus hombres en el descenso.

§ § §

Jordan había estado anticipando este momento durante días. Lo que no había imaginado era que estaría completamente empapado y helado cuando llegara.

Se quedó temblando con los demás en un extremo de una cámara gigantesca que debía penetrar profundamente en la montaña. Debía de tener al menos cien metros de ancho y la misma altura. En

realidad no tenía suelo, más bien un entramado de tuberías, tanto gigantescas como pequeñas. Todas eran de un gris uniforme y sin marcas. El entramado era tan complejo que la vista perdía los detalles después de sólo unos pocos metros. Jordan acababa de pasar los últimos minutos tratando de encontrar un camino a través del vasto laberinto, pero en cada ruta que trazaba se perdía o terminaba en una caída que o bien infranqueable o rodaba debajo de una tubería más grande.

—Ya tengo nuestra ruta —dijo la mujer a quien los demás llamaban la Voz—. Seguidme —Salió confiada a un tubo tan ancho como una casa y comenzó a caminar.

Axel y Marya la siguieron sin dudarlo. Tamsin se encogió de hombros y también fue. Después de un momento, Jordan los siguió.

Había imaginado este espacio en su mente, pero la realidad no se parecía en nada a la visión. Sabía que había algo llamado transportador en el otro extremo de esta cámara, y que los depositaría muy arriba, cerca de la cima de la montaña. Mediación le había dicho que era seguro. Por otro lado, Mediación no le había hablado sobre este desalentador laberinto, y eso era inquietante.

Mordiéndose el labio, corrió tras los demás. En la Visión podía ver a Armígero dando órdenes mientras hombres con túnicas oscuras corrían de un lado a otro a lo largo de una amplia cornisa. Algunos hombres repartían armas, principalmente picas y arcos, y cerca de allí Galas suplicaba a un hombre de ojos grises. Ella quería que se retiraran al monasterio, Jordan lo sabía. Armígero no estaba de acuerdo, al igual que el abad.

Mediación había dicho que los Garfios Celestiales habían dejado caer parte del ejército del Parlamento en la cima de la montaña. Las tropas se encaminaban hacia abajo, utilizando numerosos caminos y escaleras. Armígero también lo sabía; la meseta yacía en la sombra y una vez, cuando el general miró hacia arriba, Jordan también pudo ver la gran oleada desde la luna errante que se posaba como un pájaro mítico en la cima de la montaña.

Los soldados humanos serían solo la primera táctica de los Vientos. Si Armígero resistía este ataque, escalarían las cosas, y Jordan ya

sabía que no se detendrían hasta que nivelaran la montaña si fuera necesario. Finalmente también supo por qué Armígero no había actuado: era porque no podía. El general estaba indefenso hasta que supiera el secreto final.

Ka se había perdido en el ataque a las bastets que habían rodeado a Axel, al igual que muchos de sus animales. Jordan sintió profundamente la pérdida del pequeño Viento; aún no se lo había dicho a Tamsin y no estaba seguro de cómo hacerlo. Ka había sido una especie de amigo, y ahora deseaba haberlo protegido, no haberlo puesto en peligro.

Ya era demasiado tarde. Ka estaba muerto y no había Vientos de Mediación capaces de hablar cerca de la superficie de la montaña. Si iba a ponerse en contacto con Armígero, Jordan tendría que llegar él mismo.

La Voz tomó el laberinto de tuberías con confianza, saltando de las más altas a las más bajas y anchas, zigzagueando, avanzando sin vacilación. Varias veces parecía que los estaba conduciendo a un callejón sin salida, pero cada vez se abría una nueva y sorprendente avenida, y después de solo unos minutos emergieron en una única tubería recta que recorría un kilómetro completo hasta el final de la cámara. Tamsin comenzó a correr en el instante en que la alcanzaron, y Jordan salió corriendo tras ella. Podía oírla reír delante de él, y Jordan también sonrió. Los otros los siguieron más silenciosamente.

Ella estaba esperando en la pequeña cámara cuadrada al final. Ella lo besó y luego dijo: —¿Es ese nuestro camino hacia arriba?

Donde ella señalaba, un agujero negro se abría en un traqueteante espacio donde, de vez en cuando, un gran contenedor o balde de metal se deslizaba hacia arriba y pasaba de largo.

—¿No tienes miedo? —le preguntó Jordan.

Ella sacudió su cabeza: —Tú no lo tienes, así que yo tampoco.

El corazón de Jordan logró perder un latido. Se salvó de tener que decir algo en respuesta, se había quedado en blanco, por la llegada

de los demás.

—Ah, no —dijo Marya, cuando vio la abertura—. No pienso entrar ahí.

—Bien —dijo Axel—. Te dejamos aquí entonces.

—Es perfectamente seguro —dijo Jordan, esforzándose por que su voz sonara confiada—. Solo espera a que pase un balde y súbete. Subirás en el siguiente balde en la fila.

—Está bien, si eres tan listo, haz una demostración —dijo Marya.

Odio ser el líder, pensó Jordan mientras esperaba que pasara uno de los grandes contenedores de metal. Se sintió vacilar, sintió una repentina oleada de miedo ante la idea de que pudiera esperar demasiado y ser aplastado por el siguiente balde en la fila cuando sólo había atravesado la mitad de la abertura, así que saltó.

Hubo un momento de oscuridad y caída, luego cayó en un balde, golpeándose el codo y la cabeza: —¡Ay!

Una abertura cuadrada apareció a la vista. La silueta de varias cabezas bloqueaba la poca luz que intentaba atravesarla.

—¡Está bien! —gritó Jordan alegremente. Su corazón aún estaba acelerado—. Seguidme.

Será mejor que tenga razón en esto, pensó él. La luz se apagó debajo de él, y luego él se elevó en la oscuridad, apoyado aparentemente solo por la fe.

§ § §

Eso no volverá a pasar. Galas se deslizó entre las puertas del monasterio, agarró una pica que un monje le entregó sin mirar y corrió tras la fila de hombres que se dirigía hacia el Sur a lo largo de la meseta. Había entrado en el monasterio por orden de Armígero; la quería a salvo. En su primera oportunidad había asaltado un armario y robado una túnica, y con esto como disfraz se había escapado de nuevo.

Ellos no iban a morir por mí.

Sabía que los Garfios Celestiales estaban detrás de Armígero y que estaban usando a los soldados del ejército del Parlamento para tal fin. El ejército obviamente estaba decapitado; no podía imaginarse a Lavin accediendo a poner a sus hombres en tal peligro. Si lo hubiera hecho, sería un insensato.

Galas sabía que no podía obligar a los Vientos a retirarse. Sin embargo, los hombres que alguna vez habían sido sus leales seguidores eran otro asunto.

Dolorida como estaba, se obligó a seguir el ritmo de los monjes mientras corrían por la curva sur de la montaña. Aquí, la cornisa se abría a una vasta meseta cubierta de hierba rodeada de agujas de piedra. Más allá se alzaban pirámides de niebla, residentes permanentes del espacio entre las dos Puertas. Mientras ella corría, el sonido del agua rugiendo se hacía más fuerte, y Galas recordó la primera vez que había venido aquí. Había ido a pararse en el borde de la meseta y había mirado hacia abajo en la niebla. La visión había sido la de cien cascadas cayendo en picado en pozos sin fondo debajo, o que explotaban silbando en cúpulas redondeadas y al rojo vivo en la silla de montar entre los picos. No había manera de bajar hasta ese infierno; era un lugar exclusivo de los Vientos. Detrás de ella y arriba, en la cara sur de la Puerta, se abriían otras aberturas que expulsaban vapor o pequeños hilos de agua que podían convertirse en torrentes y se arqueaban hacia el golfo de abajo. Había tanto sonido aquí que a veces había estado segura de oír voces murmurando de fondo, un efecto que los monjes le habían asegurado con tristeza que era una ilusión.

Galas había sido una joven reina entonces. Animada por el éxito de su comunicación con los desaladores, se había imaginado a sí misma como la diosa que su pueblo decía que era. Cuando llegó aquí sintió propiedad, no miedo, y se subió sobre una piedra aquí y predicó un sermón a los monjes y a los Vientos. Sus propias palabras volvieron a ella con un dolor irónico: había hablado sin aliento de una nueva era para el Hombre y el Viento. Su propia sinceridad regresaba ahora como el recuerdo de un crimen.

Los monjes formaban en columnas, preparándose para la gran

carrera por las escaleras. Allá arriba, se podía ver una columna de hombres que bajaban. No había tiempo para pensar.

Galas pasó corriendo junto a la cabeza de la fila, ignorando los gritos que la seguían, y comenzó a subir los escalones. Uno de los monjes la siguió y, cuando le puso una mano en la manga, ella se giró y gritó: —¡Vuelve a la fila! Tengo que hacer esto sola.

El monje tartamudeó algo y la soltó. Ella siguió corriendo, tratando con poco éxito de ignorar las dagas de dolor en sus muslos por los días de cabalgar combinados con su reciente escalada. Después de solo unos pocos metros, estaba jadeando y le temblaban las piernas, pero siguió adelante.

Los hombres gritaban por encima de ella. Galas se retiró hacia atrás la capucha de su túnica y miró hacia una arisca masa de hombres y armas: —¡Alto! —gritó quien iba en cabeza, que era lo bastante joven como para ser el hijo que ella nunca había tenido.

Galas detuvo, jadeando. Los hombres bajaban, lentamente, y ella tuvo que sonreír ante su cautela. Estos eran los veteranos del ejército de Lavin, hombres que habían cometido atrocidades en sus ciudades experimentales y que la habían maldecido todos los días durante el último año. Eran poco más que niños y estaban visiblemente asustados. Y ellos eran su pueblo, quisieran o no admitirlo.

Levantándose en toda su altura, Galas se apartó el cabello enredado de la frente y dijo: —Este ataque no sucederá.

El líder la miró boquiabierto: —¿Quién eres tú para decirnos eso? —Alguien rió detrás de él.

Ella levantó la voz, dejando que resonara en la ladera de la montaña: —Yo soy quien perseguiste por leguas de tierra carbonizada y sobre los cuerpos de millares. Soy a quien obedeciste como niño y temiste como soldado. Soy vuestra soberana, vuestra brújula y vuestro sentido último. Soy la que habló a los océanos y mandó lluvia a vuestros campos. Soy Galas, vuestra reina, y soy la única esperanza que tenéis de vivir para ver un nuevo día.

—Vuestros movimientos para destruirme pusieron en marcha terribles eventos que amenazan al mundo mismo. Ahora lo sabéis, pero no sabéis qué hacer al respecto. Deseáis desesperadamente que retrocedan las manecillas del tiempo, puedo verlo en vuestros ojos. Yo soy quien sabe lo que ha sucedido y por qué. Únicamente yo tengo la clave para detener el avance de los vengativos Vientos por nuestra tierra.

—Y por esto os arrodillaréis ante mí ahora y os levantaréis siendo míos, y yo os sacaré de esta pesadilla en la que habéis caído.

Ante sus palabras todos se detuvieron.

La miraron en silencio, luego miraron detrás de ella, hacia la agitación en los cielos.

Y se arrodillaron ante ella.

§ § §

Armígero se hallaba al borde de un acantilado. Trescientos metros más abajo y a kilómetros de distancia, sus mecas estaban muriendo bajo los relámpagos de los Garfios Celestiales, todos menos uno, algo parecido a un gran árbol de metal del que habían comenzado a brotar en la última hora extraños animálculos de múltiples extremidades y que recolectaban minerales del terreno rocoso que lo rodeaba. Esta abominación se defendía del rayo como si fuera lluvia. Armígero podía verlo desde aquí porque ahora el meca brillaba con el rojo opaco de unos hornos internos. El bosque a su alrededor estaba ardiendo.

Podía oírlo, también, riendo dentro de su cabeza.

Lo hiciste bien, Armígero. Este lugar se adapta perfectamente a nuestra tarea.

Él se estremeció. Si sondeaba profundamente dentro de sí mismo, sabía lo que descubriría. El extraño depósito de nanomemoria, el mismo que había calculado que podía contener siglos de vasta experiencia, había desaparecido. Se había escapado por voluntad propia cuando él había comenzado a crear mecas. Era una simiente

de resurrección, y él, sin saberlo, la había liberado.

¡Siente la energía debajo de nosotros! Estos seres locales han aprovechado los potenciales geotérmicos de un poder magnífico. Cuando mis raíces hayan alcanzado la profundidad suficiente, mi crecimiento será geométrico. No podrías haber elegido un terreno mejor para sembrarme.

La sola voz de 3340 fue suficiente para congelar a Armígero en seco. Se sintió inmovilizado como por un reflector gigante: la atención de un Dios estaba sobre él. Comparada con ella, la ira de los Vientos era trivial.

Nos comeremos este mundo en poco tiempo.

Apartó la mirada de la mancha roja y del relámpago que parpadeaba a su alrededor. Los Vientos no serían capaces de detener a 3340. Tal vez la flota humana que él sabía esperaba en órbita pudiera hacerlo, pero sus métodos garantizarían la muerte de todos los seres vivos de este continente. Tenía que haber otra solución.

Los monjes, e incluso el ejército que marchaba desde la cima de la montaña, quedaron en el olvido. Armígero permaneció inmóvil, con el ceño fruncido ante el falso día, devanándose los sesos para encontrar una forma de salir de la trampa que él mismo había colocado y activado.

§ § §

—Señor, no están luchando.

El teniente yacía en el borde mismo de la puerta, con un catalejo pegado al ojo. Estaba mirando directamente hacia abajo.

—¿Qué quieres decir? ¿No se han enfrentado al enemigo?

—Creo que los monjes deben de haberse rendido. Están todos juntos ahí abajo, pero no hay lucha.

—Excelente. ¿Ya tienen configurado el semáforo?

—Está entrando en línea ahora, señor. Están enviando un mensaje de prueba.

—Léeme el primer mensaje tal como llegue. No quiero perder ni un segundo.

Paseaba de un lado a otro, luchando contra el vértigo y maldiciendo a las bastets que se interponían en su camino. Casi todo el ejército estaba ahora sobre el terreno, ya fuera aquí o en la boca del valle. Nunca estarían en una mejor posición que en la que estaban ahora.

—Quiero saber el instante en que tengas en tus manos al General Armígero.

—Sí —dijo la bastet que había estado supervisando la operación—. Nosotros también.

—Señor, confirmamos el mensaje de prueba. Ahora están enviando. El mensaje es...

Lavin se tambaleó y se sentó pesadamente al lado del hombre: —¿Sí? ¿Sí?

—El mensaje... el mensaje es... —El teniente se quitó el catalejo del ojo y se dio la vuelta. Miró a Lavin con una expresión de perplejidad—. Dice: "La reina está viva".

Lavin sintió que todo su cuerpo se helaba.

Qué terrible y abominable broma. Mataré al hombre que ideó esto, decidió.

—Envía esto. Diles que dejen de hacer el idiota y que nos informen de lo que está pasando.

El teniente corrió a obedecer. Lavin se sentó jadeando. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no ponerse en pie de un salto y arrojar al cielo a la bastet que tenía sobre él.

El abanderado yacía con la cabeza y los hombros sobre la abertura y empezó a ondear los brillantes estandartes de su oficio. El teniente se sentó sobre sus piernas mientras hacía esto. Todavía sostenía el

telescopio, por lo que Lavin se acercó como un cangrejo y se lo arrebató. El metal estaba helado, como todo a esta altura. Lavin se tumbó, avanzó poco a poco hasta el borde de la puerta y miró hacia abajo.

Ahora era inmune a las alturas, ya que hacía días que sentía estar cayendo.

Le tomó un tiempo encontrar al hombre del semáforo en el suelo. Cuando lo hizo, el hombre estaba en medio de un mensaje, "... está viva", decían las banderas. "Galas está aquí".

—No —Lavin se secó los ojos y volvió a mirar hacia abajo.

Cada letra requería varias ondulaciones de la bandera, por lo que el siguiente mensaje le llegó con una lentitud insoportable.

Cuando completó el mensaje, se alejó rodando de la abertura y se quedó mirando el cielo falso dentro de la luna. Allá arriba, los cables de sujeción zumbaban con la tensión de tratar de mantener la luna en posición contra los vientos de la montaña. La bastet le estaba hablando, pero él la ignoró. El mensaje por semáforo había sido leído en voz alta por el teniente, y los comandantes y soldados que quedaban a bordo de la luna estaban alborotados.

Galas ordenaba al general Lavin que entregara su ejército. Sólo ella podía ser tan audaz.

Se incorporó olvidando el vértigo: —¡Teniente! ¡Responde a ese mensaje!

—¡Señor! ¿Qué debemos decir?

Lo pensó, con el corazón acelerado: —Pregunta... pregúntale esto: "¿Cómo se llamaba la posada?"

—¿Señor?

—Tú envíalo —Se sentía mareado ahora, pero no por el vértigo. Se acostó de nuevo.

Si estuviera viva... si estuviera viva, nunca podría volver a mirarla a

la cara. Sí, la había amado, pero también le había fallado, como hombre y como soldado. Ya no importaba lo que ella sintiera por él. Lavis sabía de su verdadero valor, y con ese conocimiento venía una cierta calma. También sabía lo que hacer para que ella supiera que lo sentía, y eso también era un pensamiento curativo.

Pareció pasar una eternidad hasta la transmisión del mensaje. Sin embargo, supo que la respuesta era la correcta desde la tercera letra.

—Cabeza de Nag.

Esa era la posada donde él había conocido a Galas por primera vez. Nadie más lo sabía, excepto tal vez esos antiguos guardaespaldas, retirados ya mucho tiempo atrás y sabios por saber morderse la lengua.

Lavin rodó sobre sus pies, se tambaleó, pero se mantuvo de pie: —Envía esto: "El ejército es tuyo".

Todos lo miraron boquiabiertos.

La bastet dio un paso adelante: —¿Qué es lo que estás haciendo? —exigió-- Cesad esto. Nosotros comandamos vuestro ejército.

Lavin se inclinó ante ella: —Y todavía lo haces —dijo suavemente—. Puedes transmitir tus órdenes a mi oficial al mando a partir de ahora. Ella está ahí abajo, en la cima de la montaña.

La bastet movió la cola con suspicacia: —Envíale un mensaje a ese comandante con tu cosa de la bandera —siseó—. ¡Dile que nos entregue a la abominación ahora!

El operador del semáforo miró a Lavin, quien asintió y dio un paso atrás, aflojando cuidadosamente su espada en su vaina.

§ § §

Galas se encontraba en un lugar llano a medio camino entre el monasterio y la cima de la montaña. Había ordenado que se instalara el semáforo aquí, donde podía supervisar toda la acción.

Cuando había llegado la pregunta sobre la Cabeza de Nag, ella había estado a punto de llorar por los recuerdos que evocó. No podía haber evidencia más fuerte de que Lavin todavía vivía, y de que todavía honraba lo que una vez había habido entre ellos.

Dispuestos a su alrededor estaban los hombres de Lavin. Estaban claramente atónitos con el giro de los acontecimientos, pero permanecieron en silencio. Harían lo que ella pidiera, ella lo sabía. Lavin lo había ordenado y estas personas no tenían otro salvavidas.

El operador del semáforo leyó la demanda de los Vientos de que Armígero fuese entregado. Galas suspiró y miró hacia la ladera de la montaña. Había estado esperando esto, por supuesto. Era inevitable, ahora que Armígero claramente no había logrado hacer lo que se proponía.

Podía verlo allí abajo, una pequeña figura inmóvil junto al parapeto que dominaba el valle. No había nadie cerca de él; los monjes le tenían miedo, y con razón. Parecía tan insignificante allí, sólo otra alma perdida. Aunque hasta que ella se lo entregara a los Vientos, toda la gente de Galas estaría bajo amenaza.

Al volverse para dar la orden de que se lo llevaran, Galas sintió perder todo aquello por lo que había luchado. Armígero representaba los últimos jirones de su sueño de autonomía de los Vientos y de la tradición. Sin él, el mundo volvería a lo anodino, a la monotonía y al sin futuro como siempre había sido. Su pueblo volvería a ser esclavo, y ahora para siempre.

Era irónico. Lavin se había rendido a ella por fin y, sin embargo, había ganado una victoria más completa que lo que probablemente sabía.

Que así sea. La seguridad de su gente estaba por encima de todo lo demás. Siendo ese el caso, sin embargo, no debía simplemente entregar a Armígero. Él era valioso; y la ira de los Vientos debía alejarse de su reino.

Con dificultad, se aclaró la garganta y dijo: —Envíe este mensaje a mi querido general Lavin: "Os entregaremos al general Armígero, con la condición de que prometáis dejar ilesos a nuestro ejército, a

nuestras ciudades y a nuestro pueblo. Este es un pequeño precio a pedir."

Se quedó con las manos entrelazadas mientras el operador del semáforo empezaba a señalizar. Su mirada no se dirigía hacia el cielo que todo lo abarca creado por la luna, sino hacia el patio del monasterio, donde un espíritu afín se encontraba desconsolado, esperando su destino.

§ § §

—Este es un pequeño precio a pedir —recitó el operador junto a las puertas de la luna. Su voz se apagó con las últimas sílabas, al ver el efecto que sus palabras tenían en las bastets que escuchaban.

—¡Nos han traicionado! —gritó su líder. Se giró hacia Lavin—. No puede haber negociación con quienes nos van a servir. Si su comandante no obedece nuestras órdenes, entonces tomaremos el asunto en nuestras propias manos.

Lavin dio un paso adelante: —¿Qué haces...? —La bastet estaba gritando algo. Lavin sintió que una sacudida recorría todo el tejido de la luna; tropezó.

—¡Señor! —El hombre del semáforo lo estaba saludando—. ¡Los Garfios! Se dirigen hacia la montaña —Lavin corrió hacia el borde de la puerta y miró hacia la ladera de la montaña

—Recogeremos la abominación nosotros mismos —dijo la bastet—. Y retira tu ejército de este lugar al mismo tiempo.

Con calma, Lavin sacó su estoque y atravesó a la bastet antes de que pudiera siquiera gritar. Observó impasible cómo se derrumbaba sobre la cubierta. Luego se volvió hacia sus hombres.

—Transmite el mensaje a las otras lunas y a Hesty en tierra. Luego envía esta palabra clave a las lunas: Repasado.

Las otras bastets chillaron y mostraron sus garras. Lavin había apostado hombres para vigilarlas subrepticiamente desde hacía muchas horas, y ahora la luna repentinamente hacía eco con el

fuego de los mosquetes. Las bastets cayeron arañando y aullando. El humo de la pólvora pasó flotando junto a él y se arremolinó en el aire frío sobre las montañas.

—Pero, señor, ¿qué significa esto? —Después, el teniente fue el único lo suficientemente valiente como para hablar. Habría sido un buen comisario, pensó Lavin, con el tiempo. Lástima.

—Hace tiempo que sabemos que somos prisioneros de los Vientos —dijo—. Estábamos equivocados, Galas estuvo en lo cierto desde el principio. Las criaturas que han esclavizado a nuestro ejército no tienen en mente nuestros intereses. Tampoco tienen derecho a abusar de nosotros. Nuestros hogares están amenazados, y si los dejamos, nos destruirán. Lo sabíamos y estábamos esperando el momento adecuado para actuar.

—Ese momento es ahora. Envía los mensajes, después, tengo un último detalle para los ingenieros. Ellos ya saben lo que es. Para el resto de nosotros, lo único que podemos hacer es rezar para que lo que sea que gobierne tanto al Hombre como al Viento sea misericordioso con nosotros y nos permita vivir durante la próxima hora.

Se quedó con la espada desenvainada, mirando cómo salían los mensajes del semáforo. Los ingenieros corrieron a sus puestos y desplegaron sus detonadores. En cualquier momento la luna errante podría darse cuenta de lo ocurrido y actuar para salvarse. Lavin no estaba dispuesto a darle esa oportunidad.

El corazón de Lavin estaba acelerado, y se elevó cuando las cargas estallaron con fuertes percusiones y sus hombres vitorearon. Se elevó cuando los cables de soporte internos de la luna se alzaron y se alejaron, y las ondas comenzaron a extenderse por la geodésica piel de la luna.

Cuando los vendavales sobre la montaña tomaron la luna y la deformaron, él cayó y resbaló por el suelo, pero ya no tenía miedo. Sabía que por fin había hecho lo correcto. Pudo colgarse del muñón roto de un puntal durante un tiempo y observar cómo la piel de la luna se quebraba, y la sensación de caer, de caer de verdad, comenzó. Después Lavin estaban girando demasiado rápido y las

ráfagas eran demasiado fuertes, y él se dejó llevar.

Durante un tiempo, estuvo volando.

§ § §

Los hombres se habían apiñado en el parapeto de abajo para observar la caída de las lunas. Galas estaba con uno de los oficiales que había estado al tanto del plan. Él le contó cómo habían observado la fragilidad de los grandes vehículos bajo condiciones de ventisca, cómo sus pieles eran demasiado delgadas y vastas para ser verdaderamente rígidas, por lo que necesitaban apoyo interno. Le contó que Lavin había minado los cables de sujeción. Mientras él hablaba, ella veía que el globo que flotaba sobre ellos se desgarraba en el pico sur y caía en pedazos por el valle.

Galas había creído no tener nada más por lo que llorar, pero lloró mientras observaba a las tres lunas en el valle tratando en vano de evitarse una a la otra. Chocaron por fin en una terrible cámara lenta, y con el único sonido de un trueno lejano, se quebraron y flotaron como la más fina de las telas hacia los ardientes picos irregulares del bosque, que las destrozó por completo.

Lavin estaba muerto. Al final de todo, él la había obedecido y, tal vez, incluso la amaba todavía, como había afirmado. Galas se tapó la cara con las manos y dio media vuelta.

44

Jordan se apresuró por un pasadizo oscuro cerca de la cima de la montaña; su mano agarraba con fuerza la de Tamsin, pues ella tropezaba al tratar de seguir el ritmo. Los demás avanzaban torpemente detrás de él, y es que él ya no tenía paciencia para esperarlos. Algo terrible estaba pasando arriba.

Primero, Mediación se había quedado en silencio. Sus constituyentes estaban ocupados, ya fuese ocupados por el pánico por la organización sus fuerzas, él no lo sabía. Jordan sabía que las negociaciones eran sólo una parte de Mediación; había otras entidades más poderosas ubicadas en lo profundo de la corteza del planeta: los Vientos geofísicos. Él había captado vagos indicadores de su presencia un par de veces, como un estruendo profundo muy por debajo de sus pies. Ahora ese estruendo también era silencioso.

Algo había sucedido sobre la montaña, alguna catástrofe relacionada con los Garfios Celestiales. Los propios sentidos de Jordan no eran lo suficientemente fuertes para penetrar tan lejos, y Mediación no le mostraba nada. Sin embargo, podía sentir que las inmensas máquinas de las Puertas de los Titanes se ralentizaban. Parecía que las Puertas se estaban cerrando.

—Mediación —llamó él ahora—. ¡Respóndeme! ¿Qué está ocurriendo?

Silencio. Jordan sentía picor en la nuca. ¿Acaso Taliencia había derrotado a los Vientos geofísicos? ¿O es que los galácticos habían atacado Ventus, como Axel había advertido que harían?

Ahora solo quedaban unos doce metros hasta la salida más cercana al monasterio. Lo sabría en segundos.

—¡Vamos! ¡Ya casi llegamos!

—¿A qué tanta prisa? —Axel surgió de las sombras. El ceño fruncido que tenía lo hacía parecer el tipo de criatura que la madre de Jordan siempre le había advertido que vivía bajo tierra.

—Algo va mal.

Axel se encogió de hombros: —Esa declaración probablemente se aplica a cada segundo que he pasado en este maldito mundo.

—No, yo... —Allí estaba la puerta. Mientras corría hacia ella, Jordan ordenó que se abriera el rombo de forma extraña. El polvo estalló en pequeñas nubes de sus bordes y, un momento después, la luz partió la penumbra.

En ese momento una voz habló en la mente de Jordan. Tenía algunas de las cualidades de las voces de los Vientos; había una impresión de gran fuerza allí y el tipo de calma propia de la vejez. Sin embargo, desde sus primeras palabras, Jordan supo que no se trataba de un Viento.

—Detente ahora. Cesarás este asalto. No hay nada que puedas hacerme. Reconciliaos con ser devorados, porque eso te sucederá antes de acabe el día.

La puerta dejó de moverse, medio abierta. La luz del día inundaba su alrededor, revelando la antecámara secundaria a la que habían llegado. Esta cámara tenía unos cuatro metros de lado, sus paredes eran de roca. Algunos huesos antiguos estaban apilados en una esquina. La puerta en sí estaba modelada cuidadosamente para que pareciera parte de la ladera de la montaña; trozos de musgo se habían desprendido y caído dentro cuando se había abierto. Estaba unida a un brazo curvo que terminaba en el techo; la puerta se abría hacia adentro y hacia arriba.

Jordan corrió hacia la gruesa losa de piedra y tiró de ella frenéticamente. No se movió. Él cerró los ojos y se concentró. La puerta no lo escuchaba, y no había ningún meca que pudiera forzarla.

Axel también envolvió sus brazos alrededor de la válvula: —¡Bah! Maldita tecnología antigua. Supongo que ni siquiera se repara sola.

—Ese no es el problema. Axel, tenemos que abrir esta puerta — Jordan tenía el mal presentimiento de que era demasiado tarde. Lo reprimió enojado. Tenían que seguir adelante.

—Ponte detrás de mí —dijo Axel. Desabrochó algo de su cinturón —Lo has hecho bien, siervo. Tu recompensa será fusionarte conmigo a un nivel de conciencia más alto de lo que conocías antes. Puedes participar en el rediseño de este mundo.

Jordan retrocedió al pasillo con las mujeres. Axel levantó una mano como si se protegiera del sol y apuntó lo que parecía una versión medio fundida de una pistola de pedernal contra la bisagra de la puerta. Un destello de luz cegadora hizo que Jordan retrocediera. Cuando el destello no cesó sino que se asentó en una presencia caliente y siseante, le dio la espalda y avanzó a tientas por el pasillo.

Hagamos calor ahora. Necesito más energía.

Hubo un fuerte estruendo y la luz se apagó: —Maldición —murmuró Axel—, ya casi estoy sin carga.

Jordan se giró para ver la luz del sol entrando a raudales a través de una espesa neblina de humo. La habitación olía a herrería. Tosiendo, Axel saltó sobre la puerta caída y salió. Marya lo siguió de inmediato.

Tamsin estaba a su lado: —¿Listo? —dijo ella.

—No —Salieron al falso día, y al pandemónium.

Jordan se hallaba en una pendiente sobre la meseta sur de la Puerta norte. Cientos de hombres corrían por debajo gritando. Aproximadamente la mitad de ellos parecían soldados; el resto eran los monjes que Jordan había visto a través de los ojos de Armígero. Aunque estaban gritando, Jordan no podía oír lo que decían entre los largos y continuos truenos que llenaban el aire.

Agarró a Axel por el hombro: —¿Qué está sucediendo?

Axel señaló: —Quizás sea mejor que volvamos adentro.

Jordán miró hacia arriba.

Espirales de luz caían del cielo.

Durante un segundo o dos no pudo entender lo que estaba viendo. Desde el cenit hasta el horizonte, alargadas y resplandecientes formas parecidas a hilos, una tras otra, se fundían a la vista, se movían suavemente por el cielo dejando rastros rojos como sangre, y luego desaparecían de la vista otra vez, o tocaban la tierra donde aparecían grandes flores blancas de luz. Mientras Jordan observaba, una cuerda brillante y reluciente apareció casi directamente sobre su cabeza, creció durante unos segundos hasta convertirse en una maraña de estrellas brillantes como una serpiente en caída, y luego, de repente, encontró perspectiva como una ardiente cosa gigante y ramiforme que se perdía de vista detrás de la montaña. Todo el cielo se iluminó con un destello blanco azulado, y el suelo debajo de Jordan tembló. Después, el sonido rodeó la montaña y Jordan perdió el equilibrio.

Cayó de cabeza por la pendiente y aterrizó a un metro de Axel. Se incorporó, magullado y medio sordo. Tamsin estuvo a su lado en segundos, ofreciéndole la mano. Jordan lo tomó con una mueca de dolor antes de levantarse.

—¿Qué diablos es todo esto? —gritó Axel. Sus palabras le parecieron a Jordan extrañamente amortiguadas.

—¡Son los Cisnes! —gritó Marya—. ¡Los Cisnes Diadema atacan!

El corazón de Jordan se hundió: —No atacan. Están cayendo.

—¿Cayendo? Pero ¿por qué...? ¿Es la flota?

—No —Jordan tardó unos segundos en orientarse. El valle estaba por aquí, la silla de montar entre los dos picos de allí. Y si caminabas lo suficiente, le había dicho Mediación, serías capaz de ver el océano allí...

—¡Por aquí! —Empezó a correr sin esperar a los demás. Los hombres se acurrucaban detrás de las rocas, cavaban hoyos, de espaldas al acantilado, cualquier cosa para encontrar refugio.

Vio el parapeto donde sabía que había estado Armígero. Allí estaba el general, desplomado contra las piedras, mirando hacia abajo. Jordan se armó de valor para ignorar el cielo que caía y corrió

hacia él.

—¡Armígero! —No se giró, así que Jordan puso una mano en su hombro. No sintió carne bajo los dedos, más bien madera.

Los ojos de Armígero estaban fuertemente cerrados y una mueca le torcía el rostro. Sus manos estaban fuertemente agarradas al parapeto.

—¡Armígero! ¡Soy Jordán! Estoy aquí. Dime qué hacer.

Los labios de Armígero se movieron. Jordan no pudo oír lo que estaba diciendo, así que cerró los ojos y se concentró. Sintió que sus propios labios formaban la palabra: —Nada.

—¡Entonces es verdad! —Jordan zarandeó al general por los hombros—. Fuiste la semilla de resurrección desde el principio.

—Yo creí ser la semilla —murmuró Armígero—. Pero que Él no confiaba tanto en mí. Yo no era la semilla; plantó la semilla donde sabía que yo no la encontraría.

Los demás habían llegado. Estaban de pie con los hombros encorvados, excepto la Voz, que miraba al cielo con curiosidad evaluadora. Jordan se incorporó y oteó desde el parapeto.

El suelo del valle era visible en espacios entre imponentes columnas de humo como los troncos de un bosque gigante. El fuego brotaba de cien fuentes. Los fragmentos geodésicos de las lunas errantes sobresalían de las llamas y del humo aquí y allá; mientras observaba cómo una se derrumbaba, enviando una onda a través del incendio forestal.

Algo hecho de cuchillas al rojo vivo estaba en cuclillas en el centro de una hectárea de tierra ennegrecida. Delgados rayos de luz salían de él cada pocos segundos, incinerando los pocos árboles que quedaban cerca. La neblina de calor hacía que esa cosa brillara como una alucinación. Debía de ser al menos tan grande como la mansión de Castor.

—3340 —dijo Armígero. Jordan lo miró. El general yacía mirando el cielo enturbiado—. Sólo necesitó unos minutos para descifrar los

códigos de los Vientos. Él es capaz de mandarlos ahora. Ha ordenado a los Cisnes que se suiciden.

—¿No puedes detenerlo? —Jordan sabía la respuesta aun mientras hablaba. Armígero negó con la cabeza.

Tamsin se arrodilló junto a ellos: —¿Qué pasa con los desaladores? ¿No pueden ellos hacer algo?

—Mediación está paralizada también —Jordan se agachó instintivamente cuando otra explosión sonó en algún lugar cercano —. Por eso la puerta dejó de moverse antes.

—Se acabó —dijo Axel—. Todo depende de la flota ahora. Van a bombardear todo este continente para asegurarse de la destrucción de 3340. Ojalá hubiéramos llegado a la nave.

Jordan se puso de pie: —Armígero, ¿esa cosa roja de ahí abajo es 3340?

El general lo miró: —Sí.

—Está muy caliente. Como un fuego. ¿Eso es lo único que hay para él?

—Por ahora. Está creciendo rápido. Tiene calor porque necesita energía —Armígero se quedó adormilado de nuevo, con los ojos fijos en la nada.

Jordan se apoyó en el parapeto: —Déjame intentar algo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Axel.

—Me preocupaba que no tuviéramos nada con lo que negociar, entre los Viento y Armígero —dijo Jordan—. Así que mientras íbamos camino a la montaña, di algunos pasos.

—¿Qué pasos?

—Te lo cuento luego. No me distraigas ahora. ¿De acuerdo?

Axel estaba de pie con las manos en los bolsillos, frunciendo el ceño

al suelo. Marya se quedó con los ojos muy abiertos y con la mano en la boca. La Voz devolvió la mirada a Jordan con calma. Y Tamsin, que obviamente estaba asustada, sonrió y le hizo un gesto a Jordan como si dijera: —Sigue.

Jordan se giró, cerró los ojos y cayó en la Visión.

§ § §

El silencio se había vuelto insoportable. El Viento Blanco dejó de caminar y se acomodó sobre sus patas traseras. La música que había sentido en su mente durante semanas se había ido, y con ella la seguridad en sí misma que la había mantenido en marcha.

Había llegado a la orilla de un lago subterráneo gigante. Sus aguas oscuras se extendían hasta una distancia insospechada; solo esta delgada franja de camino pedregoso en las afueras estaba iluminada. Sabía que los que había perseguido habían venido por este camino porque habían dejado su olor; ella había usado ese olor para sortear un laberinto de tuberías, y la fe en él la había llevado a un pozo oscuro lleno de naves ascendentes. Ahora estaba muy por encima del nivel del suelo.

Hacía sólo unos minutos había caminado con total confianza, sabiendo que estaba bien vigilada y recorriendo caminos preparados para ella por antiguos y amorosos creadores. Ahora lo único que sabía era que estaba en lo profundo de las entrañas de una montaña cuyas maquinarias se habían detenido inesperadamente. Podía pasar cualquier cosa. Las aguas podrían subir. Las luces podrían apagarse.

Inquieta, comenzó a caminar de nuevo, más rápido. Un corredor en pendiente ascendente salía del lago, y ella lo tomó. En la distancia vio la luz del día y corrió hacia ella, aliviada.

Justo cuando llegó a una puerta de válvula abierta cuyo portal se había derretido, tal vez por fuego láser, una voz floreció en su mente.

Deja de moverte. Todos dejaréis de moveros, aunque eso signifique vuestra muerte. ¡Hacedlo!

La voz golpeó con la fuerza de una explosión. Calandria May cayó de rodillas. Extendió las manos para detener su caída y vio el pelaje blanco en ellas, las garras. Eso no importaba, porque reconoció la voz en su mente. Era 3340, a quien había ayudado a matar.

Una enfermiza sensación de horror se apoderó de ella. Había fracasado. Después de todo, la semilla de resurrección llamada Armígero había cumplido su misión.

El conocimiento de que todo ser vivo en Ventus estaba controlado por un poder invisible antaño había asustado a Calandria. Eso no era nada comparado con lo que sentía ahora. Recordó cómo había sido cuando, una vez antes, había sido sirvienta de 3340.

Ella debía encontrar una manera de morir.

Ahora, a cuatro patas, salió disparada por la puerta a la luz del día fangosa. Vio el borde de un acantilado distante y comenzó a correr hacia él. A mitad de camino, captó de nuevo los olores de Jordan Mason y Axel Chan. Hizo una pausa, en una agonía de indecisión.

Luego corrió hacia el olor.

§ § §

Las Puertas de los Titanes echaban sus raíces en las profundidades del océano. Allí extraían ríos de agua del frío abismo y la llevaban a vastos depósitos subterráneos. Tuberías más anchas que las carreteras conducían desde éstas hasta las pilas del desalador que llenaban las Puertas.

Jordan podía sentir las pilas, enormes torres invisibles detrás de los acantilados. Galas tenía razón, la ladera de la montaña prístina de las Puertas era una máscara que ocultaba una máquina antigua que moderaba el nivel freático de todo el continente. En la Visión, Jordan podía ver el plano fantasmal de las calzadas del desalador que se extendían muy por debajo de sus pies. Estos operaban día y noche, durante todo el año, de acuerdo con horarios y reglas que descendían literalmente de lo alto. Galas había podido influir un poco en estas cerraduras y válvulas, de formas demasiado pequeñas para que Diadema las notara. Toda su nación había florecido

gracias a la escorrentía que había podido desviar de este lugar.

Todas las inundaciones que Galas había ordenado no eran nada en comparación con las reservas de agua almacenadas bajo las Puertas. Allí había suficiente para inundar Iapysia, y las Puertas podían sacar más agua del océano constantemente, en volúmenes prodigiosos. De pie aquí, Jordan sabía que estaba en presencia de mayor poder del que jamás había imaginado posible.

Jordan había pensado largo y tendido sobre cómo asegurarse de que Armígero oyera los deseos de los demás si realmente rehacía el mundo. Si el general quería pavimentar Ventus, Jordan había esperado oponerse a él, aunque fuese levemente, con la única arma que tenía: el control de las Puertas de los Titanes.

—La primera contraseña es—dijo Jordan—: Emmy.

Las contraseñas, le había dicho Ka, eran un tipo diferente de protección que los protocolos codificados que usaban los Vientos para los mensajes que pasaban. Los códigos se podían descifrar; una contraseña desconocida había que adivinarla.

Días atrás, Jordan le había pedido a Mediación que creara un acceso con contraseña a todo el mecanismo de las Puertas de los Titanes. En cuanto a Mediación, Jordán era un Viento: había cumplido.

—El control es tuyo —dijo la voz de las Puertas de los Titanes.

—La segunda contraseña es: Vagón de Vapor.

—Las esclusas están listas para el mando.

—La tercera contraseña es..

—¿Quién está ahí? —Era la voz de 3340—. ¡Déjame el control, ahora!

Jordan sonrió y con gran entusiasmo dijo: —No.

—La tercera contraseña es: Ellos están perdidos.

3340 había aprendido a interceptar e imitar el lenguaje de comandos de los Vientos. Era como si hubiera forjado las llaves de todas las fortalezas de Ventus. Pero mientras que una clave podía duplicarse, una contraseña debía aprenderse o adivinarse. Contra los controles que Jordan se había dado a sí mismo, 3340 no podía hacer nada. Si bien Mediación trataba a Jordan como un igual, podía ordenar algunos sistemas en lo profundo de la montaña para sintonizar una sola fuente de señal una vez que se proporcionara la primera contraseña. Ahora, independientemente de la autorización que recibieran, solo obedecerían órdenes desde la ubicación de Jordan.

—¿Quién eres? —preguntó 3340. El tono de su voz había cambiado, de imperioso a solícito—. Eres inteligente. Podemos trabajar juntos tú y yo.

—Inundad el valle —le dijo Jordan a las Puertas.

—¡No! Escucha, no creerías lo que puedo hacer por ti. Esta es la mejor de todas las razones por las que deberías...

Jordan abrió los ojos y se volvió para mirar por encima del parapeto. Si no hubiera sabido cómo sentirlo, podría haberse perdido la débil vibración que comenzaba a cantar a través de la piedra bajo sus pies.

Había compuertas de emergencia para drenar las pilas del desalador en caso de emergencia. Jordan las había abierto, y ahora una pared blanca corría por el valle, engullendo lo único que había debajo.

Jordan se paró en el parapeto y las vio rodar. Los demás estaban cerca, todos en silencio. Axel estaba boquiabierto, Tamsin tristemente satisfecha.

Al principio no se dio cuenta de que Armígero se había movido y ahora estaba de pie junto a él.

La cosa al rojo vivo en el fondo del valle tuvo mucho tiempo para ver venir el agua, pero aún no había construido ningún elemento móvil. Jordan vio brillantes lanzas de luz salir de él, derribando árboles en un vano intento de desviar el agua que se precipitaba. La

cresta de la ola que se levantaba contra ella estaba adornada con árboles enteros y rocas grandes como una casa. El rugido era estremecedor incluso a esta altura.

—Muere —musitó Jordan, ¿o fue Armígero? Observó sin emoción cómo un imparable martilleo de agua y troncos de árboles golpeaba la flor roja. 3340 fue engullido instantáneamente. El agua se precipitaba indolentemente.

Jordan oyó la voz del Dios en su mente durante unos segundos más: una confusión de súplicas y amenazas. Luego vino el silencio interior, aun cuando el majestuoso sonido del diluvio golpeaba los picos más lejanos y resonaba.

Los ecos rugientes y crecientes continuaron; directamente debajo de este parapeto, enormes bocas continuaban vaciando arcos blancos en el valle. Para Jordan, sin embargo, las cosas permanecieron en silencio durante un largo momento hasta que, como grillos y ranas que reanudan sus monólogos después de que una bestia nocturna ha pasado, las voces de los mecas y los Vientos menores regresaron aquí y allá, y gradualmente a través de las montañas y del valle.

Jordan dirigió su atención a la furiosa inundación de abajo: —No ahoguéis a los humanos en la boca del valle —les ordenó—. Sino viajad por donde debáis y revolvedlo todo hasta que hayáis encontrado cada mota que una vez compuso el cuerpo de 3340 y las reduzcáis a la nada.

El agua estaba llena de mecas y de árboles destrozados y piedras. Todo ahora se combin ó, como lo haría un meca, para definirse como una sola entidad: Inundación. Esta entidad escuchó la instrucción de Jordan y comenzó a actuar en consecuencia.

Las válvulas en la ladera de la montaña se cerraron lentamente, dejando un confuso revoltijo de agua blanca debajo. De aquí empezó a salir vapor y pronto el valle desapareció bajo un manto de nubes.

Jordan sintió una mano en su hombro. Miró a su alrededor.

Armígero le estaba sonriendo.

§ § §

Calandria emergió de la montaña para encontrar un paisaje a la deriva con humo y vapor, salpicado aquí y allá de hombres que acababan de salir de sus escondites. El cielo estaba estriado con la aurora de los Cisnes Diadema, pero faltaban las lunas errantes con las que se había familiarizado tanto. Había escuchado los gritos de 3340 en su mente y se había tropezado y caído en su confusión. Ella ya no lo oía ahora, pero Su voz podría regresar en cualquier momento y si ella pensaba en esa posibilidad siquiera, entraba en pánico. Solo le quedaba un curso de acción; rezó para que no fuera demasiado tarde.

Bajó la pendiente a saltos, con el hombro y el flanco doloridos por las heridas nuevas y viejas. La abominación tenía que estar aquí en alguna parte: la meseta estaba repleta de hombres armados, aunque en ese momento parecían totalmente acobardados.

Cuando vio a Armígero junto a Axel y los demás cerca de un acantilado, Calandria mostró sus colmillos y corrió directamente hacia él.

§ § §

—Gracias —le dijo Armígero a Jordan—. No sé cómo hiciste eso, ni si sabes siquiera lo que has hecho...

—Lo sé —dijo Jordan—. Y de nada —Sonrió, sintiendo un orgullo creciente que nunca pensó que sentiría. Sin embargo, mirando hacia arriba, pudo ver que los Cisnes regresaban a sus lugares en el cielo. Las cosas aún no habían terminado.

—No tenías la intención de que eso sucediera, ¿verdad? —le preguntó a Armígero. El general negó con la cabeza.

—Es lo que vine a hacer aquí. Pero como viví aquí, volví en mí. Ya no quería lo que Él quería.

Jordan asintió: —Eso nos deja con una pregunta, entonces: ¿qué es lo que sí quieres?

Armígero contempló el valle en ruinas durante mucho tiempo. Finalmente, sus hombros se hundieron y dijo: —Ya no lo sé.

—Tranquilo —dijo Jordan—. Tengo una idea.

—¡Abajo! —gritó Axel mientras algo blanco se lanzaba hacia ellos. Hubo un destello brillante y algo pesado se estrelló contra Jordan y lo tumbó contra el parapeto. Cayó, duranre un instante seguro de que se había ido por el borde; pero no, él aterrizaba en piedra sólida y escuchaba los sonidos de una pelea directamente sobre su cabeza.

Parpadeó ante los puntos frente a sus ojos y se puso de pie. Sentía olor a pelo quemado en la nariz.

Armígero estaba a varios pasos de distancia. Le habían arrancado una manga de la camisa, así como la piel del hombro. Lo que se revelaba debajo no era carne, sino brillante metal veteado.

Axel se inclinó sobre el parapeto. Sostenía su pistola láser en una mano.

Jordan se volvió y miró por encima del borde. Dos metros más abajo, una bestat se aferraba con sus garras a la pendiente cada vez más pronunciada. Una marca de quemadura en su espalda humeaba.

—Toma mi mano —dijo Axel. Se agachó—. No tienes que morir.

—No te arriesgues. No me dejarán morir —dijo la bestat. El sonido de su voz conmocionó a Jordan hasta la quietud—. Axel, no dejes que gane.

La mano extendida de Axel vaciló: —¿Quién eres?

—¡Axel! —La bastet resbaló, se agarró y empezó a resbalarse—. Axel, ¿quién es esa mujer que se parece a mí?

Luego se soltó y cayó silenciosamente en el banco de nubes de abajo.

Axel miraba abajo. Por un rato se quedó allí, mirando hacia abajo a

la piedra bajo los pies. Los demás también guardaban silencio. Detrás de todos ellos, Jordan vio a una mujer vestida de negro caminando en su dirección: Galas. Una gran multitud de hombres la seguía en silencio.

—Axel —murmuró la Voz—. Tenemos que contactar con la flota. 3340 está muerto; tienen que saberlo.

Axel se sentó en las piedras. La pistola láser se alejó ruidosamente de él—. Sí —dijo—. Sí, lo sé, lo sé.

—Eres el único aquí con el transmisor implantado.

Hizo una mueca: —He intentado contactar con ellos. Hay demasiada interferencia en todo eso —Señaló hacia el cielo.

—Te conozco —dijo Galas. Ellos la miraron; ella estaba mirando a la Voz.

—Eres de las estrellas, ¿no? Intentaste destruir a Armígero, te vi dispararle con un mosquete de plata.

—No —dijo la Voz—. Yo no soy... verás, yo soy...

—La pregunta es —dijo Galas—, ¿todavía tienes ese arma contigo? Porque ahora debemos tomar una decisión: ver nuestro mundo ser destruido, o arrojar a Armígero a la inundación y dejar que los Vientos se venguen. Los Vientos están enfurecidos, no me escucharán. Armígero está impotente contra ellos. No tenemos otra opción ahora.

Los soldados detrás de Galas comenzaron a acercarse.

—¡Esperad!

Sin pensar, Jordan se interpuso entre los soldados y Armígero: —Matar a Armígero ahora no acabará esto —se apresuró a decir—. Los Vientos de Taliencia han decidido destruir a la humanidad. Tenemos que convencerlos de que no lo hagan.

Galas rió: —¿Y cómo hacemos eso? ¡Ni siquiera podemos hablar con ellos!

—No podéis. Pero yo sí puedo.

La reina inclinó la cabeza, pensando: —Tal vez tú puedas. Pero no puedes obligarlos, ¿verdad?

—No, yo solo no —Dirigiéndose a Armígero, dijo—. Tienes la habilidad para comandar los Vientos. Yo tengo los medios para comunicarme con ellos. A través de mí, puedes lograr lo que viniste a hacer aquí. ¿no es cierto?

El general miró fijamente a Jordan durante un largo momento. Luego se encogió de hombros y dijo: —Cierto.

—¿Cómo sabemos que no hará lo mismo que planeó 3340? —dijo Galas—. ¿Destruir el mundo para construir el suyo propio?

Armígero la miró con cansancio: —¿Y qué iba a construir? Nada de lo que haga podrá devolverme a Megan. Cualquier cosa menos que eso… no tiene sentido para mí ahora.

Él se cruzó de brazos: —¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó a Jordan.

—Destruye a Taliencia —dijo Marya.

Axel asintió: —Si esto de Mediación gana, entonces Ventus volverá a estar bajo el mando de la humanidad —dijo—. Eso es lo que queremos, ¿no?

Jordan sintió que se le hundía el corazón. Esa parecía la única opción, pero recordaba vívidamente cómo Mediación había creado el ejército de animales que había escoltado a Jordan y Tamsin hasta aquí. Para Mediación, el mundo no era más que una máquina gigante. Tal vez Armígero pudiera ordenar a Taliencia que se desactivara y hacer que los Vientos escucharan a la humanidad de nuevo. Y luego, ¿qué? El mundo se convertiría en la caja de juguetes del ego del Hombre.

Si de ahora en adelante podía ordenar a voluntad que una rosa se convirtiera en un lirio, ¿dónde estaba el significado de la rosa?

De mala gana, dijo: —No veo alternativa. Al menos sabemos lo que

hará Mediación. No sabemos lo que quiere Taliencia.

—Sí.

§ § §

Por un momento, la Voz del Desierto se arrepintió de haber hablado. Todos la estaban mirando. Luego endureció su determinación y salió de detrás de Axel.

—Desde que Axel vino a mí y me contó lo que estaba pasando aquí, he estado pensando en Taliencia. Es un misterio, incluso para nosotros en el Archipiélago. Pero creo que no es ningún misterio aquí en Ventus. Y empiezo a ver que tampoco es un misterio para mí.

Levantó la mano y la giró hacia la luz rosada: —¿Qué es lo que te está hablando ahora? Esa es la pregunta y la respuesta es Taliencia. ¿Qué es este objeto, este cuerpo, con forma de mujer, hecho de alambre y silicona? Incluso yo me engañé pensando que esto —se señaló a sí misma— es solo una cosa, un pedazo de materia sin corazón. Pensé que mis palabras, mis emociones y pensamientos eran todas imitaciones de los de otra persona. No es real. Una vez, cuando yo era una nave espacial, eso era cierto. Pensaba lo que los humanos me habían hecho pensar. Sentía lo que ellos me habían hecho sentir.

—Así fue con los Vientos. Fueron hechos para ver el mundo como lo ven los humanos. Originalmente pensaron en categorías humanas y no podían querer nada que no estuvieran diseñados para querer.

—Los humanos que diseñaron los Vientos arrogantemente querían hacer real su mundo metafísico imaginario. Querían crear esencias reales detrás de las apariencias del mundo, usando nanotecnología. Afortunadamente hubo algunos involucrados en el proyecto que se sintieron repelidos por esta parodia; vieron que al borrar la otredad de la Naturaleza en este planeta, los diseñadores de Ventus no dejarían nada más que humanidad, contemplando su propio reflejo. Sería un horrible narcisismo global, permanente e ineludible.

—Así que estos disidentes infiltraron a Taliencia en el diseño de los

Vientos. Antes, cada objeto físico en este mundo debía definirse en términos de su significado para los humanos. Después de Taliencia, cada objeto en este mundo crea su propia esencia, una verdadera para sí mismo, incluso si esa esencia está más allá de la comprensión de los seres humanos. Tiene que ser así, o Ventus sigue siendo un espectáculo de marionetas cuyo único público es el titiritero.

—Por favor, no debéis destruir a Taliencia. Si lo hacéis, os quedaréis literalmente sin nada más que vosotros mismos.

Juntó las manos y bajó la cabeza. Dudaba de que la entendieran o de que les importara; a los humanos les encantaba verse reflejados en las cosas que hacían. ¿Cómo podrían saber que tal reflejo solo podría tener significado en un mundo donde algunas cosas no habían sido hechas por humanos?

Nadie habló durante un minuto. Entonces, para su sorpresa, Jordan Mason dio un paso adelante. Con cautela, se acercó para tomar su mano.

—Tengo los medios para hablar con los Vientos —dijo él—. Los Vientos sólo escucharán transmisores hechos de carne y sangre humana. Que soy yo, y Armígero ya no lo es. Él tiene el poder, yo tengo el código en la sangre.

—Pero pienso que es la Voz del Desierto quien tiene el mensaje. Taliencia no es el Defecto. Solo la incapacidad de los Vientos para hablarnos es un defecto. ¿Tengo razón, Armígero, al pensar que esto se puede arreglar?

Armígero asintió. Luego miró a Galas. Ella sonrió.

Armígero dio un paso hacia Jordan y la Voz, con la mano extendida. La Voz estrechó la mano de Jordan y la sintió como una piedra fría.

§ § §

A través de Ventus, la música visitó todos los pueblos y aldeas, y llegó a la puerta de la choza de cada campesino. Los hilos

llameantes que habían caminado por los cielos se desvanecieron y desaparecieron, pero en su lugar había comenzado una canción rica y maravillosa. La canción había sido idea de Jordan, pero los Cisnes la habían aceptado con entusiasmo.

Mientras la gente conmocionada y desconcertada salía fuera de sus casas y miraba al cielo, una fina gasa fina como una telaraña diseñada por Armígero comenzó a caer. Flotaba como la nieve en las calles y se enredaba en el cabello de la gente. Cuando se la despegaban, a menudo se sorprendían de encontrar pequeñas manchas de sangre en ella, y cuando se tocaban la cabeza encontraban puntos sensibles allí.

Fue el único milagro de ese día. No fue hasta el amanecer del día siguiente, cuando la gente despertó, que se dieron cuenta de que todo su mundo había cambiado.

§ § §

Enneas, ladrón de tumbas, ladrón, soldado y últimamente desertor del ejército del Parlamento, se despertó con el sonido de la lluvia. Yacía envuelto bajo su abrigo en el refugio de una gran roca en algún lugar al borde del desierto. Esto era lo más lejos que había llegado antes de colapsar por el hambre, el frío y lo que tenía que admitir era el agotamiento de la vejez.

Estaba sorprendido de haberse despertado. Anoche, el frío se había posado sobre la tierra como un sudario, y Enneas finalmente se había desesperado. Acurrucado junto a esta roca, había evaluado sombríamente su vida. No habría una buena tumba para él, como una vez imaginó que se merecía. Ni siquiera dejaría atrás a una viuda llorando o a una familia en disputa. Después de toda una vida de luchar para afirmar su existencia, décadas de obstinación por seguir viviendo, a pesar de las decepciones y las pruebas que la vida le había arrojado, no tenía nada que mostrar; su único recuerdo sería alguno de sus huesos sobresaliendo de la arena aquí.

Mientras yacía acurrucado sobre sí mismo, temblando de frío, había imaginado oír música del cielo. Enneas ya no tenía esperanza; debía de estar delirando.

Ahora, cuando volvió en sí mismo y supo que había sobrevivido a la noche, no sintió ninguna emoción. Así que había sobrevivido a la noche, poco importaba, porque la llovizna helada que descendía ahora seguramente lo mataría de todos modos.

Aunque... Enneas levantó la cabeza, parpadeando. Su cara no estaba mojada, ni sus manos; pero escuchaba la lluvia, clara como cualquier cosa. Se sentó.

La lluvia caía, bien, constante y casi musical en su sonido suave. Sin embargo, tanto Enneas como la roca contra la que yacía y la arena en unos buenos dos metros a la redonda estaban secos. Era como si una sombrilla invisible se cerniera sobre su cabeza.

O como si las mismas gotas de lluvia se abrieran a su alrededor.

Con el corazón palpitante, Enneas apoyó la espalda en la roca y se acurrucó debajo del abrigo: —¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —murmuró; luego, al darse cuenta de que estaba hablando solo y que no había nadie que quisiera o pudiera escucharlo, bajó la cabeza avergonzado y desesperado. Fue entonces cuando notó lo cálido que era el material de su abrigo era.

Sacó una mano vacilante de debajo de la tela y sintió el calor de un sol de verano en su palma. Era como si estuviera sentado en su propio rayo de sol privado e invisible.

Le temblaba la mano cuando la volvió a meter bajo el abrigo. Esto era imposible. Que el mundo entero estaba lleno de vida, invisibles ojos de búho mirando desde cada objeto, no tenía ninguna duda. Pero ¿qué importaba Enneas a los espíritus de este mundo? Él no era más que otro insecto arrastrándose por la faz de Ventus. ¿Cómo podía ser visitado ahora por una Gracia que le había rechazado toda su vida? Los Vientos marchaban como reyes por el cielo y la tierra; nunca volvían su atención a alguien como él. Al final de todo, solo y hambriento en el desierto, finalmente tuvo que admitir que estaba bajo su atención, o bajo la atención de algo.

Y sin embargo... el calor permanecía, y la sequedad.

Algo se movió entre los matorrales y las piedras esparcidas. Enneas

se obligó a quedarse completamente inmóvil, mirando como si su vista pudiera abrir otra vía a través de la lluvia para captar mejor lo que había allí.

Una cabeza desaliñada asomó desde detrás de una roca y dejó escapar un suspiro de alivio. Era solo un zorro. El pequeño salió de su escondite; la lluvia empapada había reducido su abrigo a una estera enredada, haciéndolo parecer imposiblemente flaco. El corazón de Enneas se compadeció de él.

El zorro bajó la cabeza y levantó algo. Llevando el objeto marrón moteado en sus fauces, trotó unos metros hacia Enneas y luego se detuvo.

Llevaba una codorniz muerta, comprendió Enneas. Pensar en esa codorniz asándose al fuego le hizo darse cuenta de repente de lo hambriento que estaba. Se sentó.

El zorro saltó sorprendido y corrió hacia atrás. Luego se detuvo, ladeó la cabeza como si escuchara algo y regresó. Recogió las codornices y se acercó un poco más. Luego se detuvo, mirando de nuevo.

Enneas se aclaró la garganta: —¿Qué... qué quieres, pequeño?

El zorro volvió a ladear la cabeza. Luego, muy lentamente, se acercó a Enneas. Cuando no estuvo a más de un cuerpo de distancia, soltó la codorniz. Puso una pata sobre el pájaro, luego se dio la vuelta y se alejó dando cabriolas.

Él lo observó irse, con la boca abierta. Cuando estuvo a diez metros, el zorro se detuvo y miró atrás. Se encontró con los ojos de Enneas.

Y entonces le pareció a Enneas que una voz le hablaba, una voz muy tranquila, casi como el susurro de la lluvia misma; no humana, pero de alguna manera imaginaba que sonaba la voz de un zorro, si los zorros pudieran hablar. Era una voz tan débil como la de la imaginación, pero Enneas sabía que no la estaba soñando; que realmente había dicho:

Hola.

No podía respirar. Por un momento, Enneas juntó sus manos temblorosas, luego comenzó a llorar; parecía como si décadas de soledad y decepción se hubieran liberado en este único torrente de alivio y asombro. Se abrazó las rodillas y lloró como un niño pequeño, mientras el zorro se sentaba con la cola enrollada alrededor de las patas y observaba.

Enneas lloró al oír lo que nunca esperó oír, lo que ni siquiera sabía que se había estado perdiendo: una voz que debería haber estado tan cerca como su propio pulso, pero que parecía tan inalcanzable para siempre como las mismas puertas del Cielo.

Hola.

45

—Los Vientos dicen que está viva, Axel —Marya le tocó el hombro —. Sólo tendrás que aceptar que ella no quiere contactar con nosotros.

Él negó con la cabeza: —Ojalá lo hubiera sabido.

Estaban en la rampa de un transporte militar varado frente a las ruinas de Rhiene. Por encima de ellos, la escarpa antaño verde estaba cubierta de lodo gris, y donde antes había habido una ciudad, ahora sólo quedaban los tocones irregulares de los edificios. El lago se había movido para reclamar gran parte del valle inferior. Largas filas de refugiados esperaban asistencia médica y alimentos; médicos militares de la flota se movían arriba y abajo de la línea, complementados por morfos. Rhiene había sido la primera ciudad en la que los Cisnes llevaron su ira cuando comenzaron a atacar Mediación. Por suerte, también había sido la última.

Jordan Mason les había dicho a las dos facciones de los Vientos, Mediación y Taliencia, que su mundo sería destruido por la flota archipelágica si no se reconciliaban. Axel no entendía todos los detalles: sabía que la pura Taliencia era un modo de pensamiento ajeno a la humanidad, y que Mediación había sido el puente que Jordan había usado para permitir por fin que los Cisnes y los otros Grandes Vientos se comunicaran con la humanidad. En los largos minutos en que Jordan, Armígero y la Voz del Desierto se acurrucaron en silencio en la ladera de la montaña, los Vientos se encontraron, llegaron a un acuerdo y luego abrieron comunicaciones directamente con la flota. 3340 estaba muerto, le dijeron a los almirantes. El Defecto por fin se había comprendido y estaba subsanado. Pero Ventus no era ahora, ni nunca sería, un mundo archipelágico.

Axel había pasado su última semana en Ventus buscando a Calandria May. Los Vientos habían estado felices de dejarlo dormir en cualquier hogar de los Vientos que encontrara, pero se habían nega do a ayudarlo a encontrarla. Insistieron en que Calandria era libre y capaz de tomar sus propias decisiones sobre su vida; pero no

quisieron poner a Axel en contacto con ella.

Era frustrante, pero Axel no osaba odiar a los Vientos. Estaba seguro de que ellos no pretendían ser maliciosos. La parte que le dolía, con la que no podía reconciliarse, era la idea de que Calandria no quisiera hablar con él. Después de todo lo que habían pasado, esa era una dolorosa despedida.

—Tenemos que irnos —dijo Marya. La multitud que había estado observando la nave durante días estaba retrocediendo mientras los motores se ponían en marcha. Algunos morfos pasaron a rastras por la parte inferior de la rampa de la nave, babeándose alegremente unos a otros. Habían estado ansiosos por cuidar a los humanos durante siglos, y ahora finalmente tenían su oportunidad. Aquellos tocados por ellos rara vez morían, sin importar cuán avanzada fuera su enfermedad o heridas. Era irónico que los balbuceantes y deformes Vientos que más usaban las madres para asustar a los niños ahora fueran tratados como reyes dondequiera que fueran.

Suspiró y se alejó de la vista. Cuando las puertas se cerraron, Marya dijo: —¿Ha vuelto a la vida de mercenario para ti ahora?

Axel negó con la cabeza: —Quería hablar contigo sobre eso. Escuché que tienes un nuevo trabajo.

Ella sonrió. Marya había sido invitada a convertirse en miembro del nuevo personal diplomático que el Archipiélago quería enviar a Ventus. Sabía que ella debía haber aprovechado la oportunidad.

—Los Vientos Diadema están haciendo delegados para nosotros —dijo mientras entraban en la cálida y tenuemente iluminada zona de pasajeros de la nave—. Serán humanoides, aparentemente. Algunos irán a la Tierra y es posible que yo los acompañe. Por otro lado, hay un puesto aquí en Ventus... No sé qué decidir.

—Yo ya sé lo que decidiría —dijo Axel. La idea de volver a la Tierra, o a cualquier parte del Archipiélago, lo dejaba helado. Rodeado como podría estar allí de inteligencias artificiales, humanidad y cultura antigua, Axel sabía que se sentiría solo. El aire que respiraba allí y el suelo que tocaba se sentirían muertos y sin valor en comparación con este lugar. A pesar de que sólo aquellos

humanos con el ADN arcaico de Ventus podían comandar los mecas y hablar con los Vientos, Axel había sentido su presencia a su alrededor en los últimos días. Suponía toda una diferencia saber que ellos cuidarían de él.

Tal vez sólo se sentía solo por la pérdida de Calandria. Por otro lado, tal vez había encontrado una parte de sí mismo aquí que nunca supo que se estaba perdiendo. Le dolía pensar que, como extranjero, ya no tenía derecho a estar aquí. Los Vientos no toleraban turistas en Ventus.

—Qué pena que existan estos dos puestos —dijo Marya con un suspiro—. Si se aceptara uno de ellos, mi decisión sería mucho más fácil de tomar.

—¿Hmm? —Axel la miró. ¿A qué se refería?

—He estado hablando con el cuerpo diplomático —dijo Marya—. Al parecer tienes antecedentes penales tan largos como mi brazo, y hay mil leyes que prohíben que personas como tú ocupen cargos diplomáticos.

—Sí —dijo él con un movimiento de cabeza—. Siempre tuve un problema con el gran gobierno.

—Por otro lado —continuó Marya con una sonrisa maliciosa—, los Vientos confían en ti. También Choronzon, quien tiene una influencia considerable en el Archipiélago ahora que 3340 ha sido derrotado.

—¿A qué te refieres?

Ella suspiró: —Axel, me encantaría aceptar el puesto en Ventus. Pero me encantaría pasar más tiempo en la Tierra. Y no se me ocurre nadie de mi Instituto que tenga la experiencia o... la astuta naturaleza para aceptar el puesto aquí.

—¿Me estás ofreciendo un trabajo? —preguntó Axel incrédulo.

—¿Yo? —Se señaló a sí misma—. Dioses, no, no tengo la autoridad. No, los Vientos han preguntado por ti. Los diplomáticos están azules por esto, pero quieren hacer felices a los Vientos.

La nave tembló ligeramente con el despegue. Habían llegado a un salón y Axel descubrió que necesitaba sentarse.

Hasta este momento había creído que nunca volvería a poner un pie en Ventus. Miró a Marya, atónito: —Bueno —logró decir por fin—, supongo que fue una buena idea salvarte de los Cisnes después de todo.

Ella rió: —Entonces, ¿aceptas?

Axel se levantó y fue hacia una pantalla sintonizada con una vista exterior.

Ventus yacía debajo, un recipiente de luz. Axel contempló el ámbar, el verde y el blanco del desierto iapysiano mientras se convertía en uno con la curva del planeta.

Calandria se había ido también, al parecer, como el resto de su pasado.

—Acepto —dijo él.

§ § §

El Viento Blanco entornó los ojos ante el resplandor y el ruido cuando la nave se elevó y desapareció detrás de las nubes. Bueno, el momento había pasado y ella no se había mostrado a Axel. Probablemente nunca sabría si se había mantenido escondida por vergüenza o porque no quería tener que darle explicaciones.

Ella rodó sobre la nieve blanda. La vorágine en la que había caído la había salvado, como sabía que sucedería. Los Vientos eran eficientes, no la dejarían morir innecesariamente. Ahora, sin embargo, no tenían ningún uso para ella, y ella era su propia criatura por fin.

Quizás era la primera vez en su vida, ya sea como Calandria May o como el Viento Blanco, que se sintió realmente libre. En el análisis final, era esto lo que no había querido decirle a Axel. ¿Cómo podía él entender que ella nunca había sido feliz como humana en primer lugar? 3340 había sido un enemigo seductor; al luchar contra él

había luchado contra esa parte de sí misma, con éxito durante un tiempo. Aquí en Ventus, había perdido, y estaba feliz de haberlo hecho.

Vio una flor silvestre. Asomaba valientemente a través de la nieve, ya la pálida luz del día era como una pequeña joya azul, adornada con gotas de agua y rodeada de cristales de hielo. El Viento Blanco se perdió en su contemplación. En su mente había una canción, y la canción era interminable: todo Ventus cantaba un himno de belleza y verdad, y ella era parte de eso ahora. En lo alto del cielo, sabía que los Cisnes Diadema estaban bailando y que bailarían para siempre.

Se quedó mirando la pequeña flor hasta que las lágrimas en sus propios ojos la hicieron sacudir la cabeza y alejarse.

§ § §

Una fría lluvia invernal descendió sobre el valle debajo de las Puertas de los Titanes. Hacía tiempo que la inundación había amainado y los restos del ejército ahora trabajaban para hacer un nuevo camino a través del paisaje devastado. Del bosque que una vez había estado allí no quedaba ni una sola ramita. En su afán por destruir 3340, los Vientos en la inundación lo habían reducido todo a sus moléculas constituyentes. Donde los pinos se habían alzado sobre la marga cubierta de agujas, ahora sólo había rocas grises y una fina ceniza negra que se movía inquieta con la brisa.

En lo alto de la ladera de la montaña, una figura solitaria se detuvo ante una estrecha ventana en la fachada más septentrional del monasterio. Aquí, donde el saliente de la puerta norte se estrechaba y desaparecía, los monjes habían construido hacía mucho tiempo una torre precaria en forma de cuña que se aferraba a todos los contornos disponibles de la montaña. La ventana miraba desde el punto más lejano de esta torre, con nada más que una caída de seiscientos metros debajo.

Galas se apartó de la ventana para inspeccionar sus nuevos aposentos. Había tres habitaciones, todas con paredes y pisos de granito. Su nuevo dormitorio era triangular, con una única ventana ranurada. La habitación en la que se encontraba ahora era más

grande, y la tercera era aún más grande. Cada una tenía una chimenea, donde crepitaba parte de la última madera disponible. Generaciones de abades habían vivido y muerto en estas pequeñas habitaciones.

—¿Son adecuadas para usted? —preguntó el abad presente.

Ella le sonrió: —Lo eran para ti. ¿Por qué no iban a serlo para mí? Pero ¿estás seguro de que estás dispuesto a renunciar a ellas?

Se encogió de hombros: —Todo es sagrado ahora, su alteza. No tenemos ninguna razón para quedarnos aquí por más tiempo.

Galas se acercó a una ventana y miró hacia afuera. El cristal de guijarros ofrecía una visión distorsionada del valle devastado que se extendía debajo y, más allá, el desierto de Iapysia, a través del cual había huido hacía sólo unos días.

—¿Me voy a congelar una vez que se acabe la madera?

Él rió: —Yo no lo hice, pero estoy seguro de que si lo pides amablemente, las habitaciones estarán cálidas en el futuro.

—Sí, por supuesto —Tan simple y tan imposible de concebir.

Ella se quedó allí, sonriendo ante las posibilidades de estas tres pequeñas habitaciones. Después de un rato escuchó al abad toser cortésmente y dirigirse a la puerta.

—Oh, gracias —dijo ella antes de que pudiera escapar—. No sabes lo que esto significa para mí.

Él ladeó la cabeza hacia ella y sonrió. Parecía años más joven que la primera vez que lo conoció, hacía más de una década: —¿Puedo preguntar? —dijo él vacilante—. ¿Qué significa? ¿Que te quedes aquí, es decir?

Ella rió: —Paz y privacidad, dos cosas que nunca he tenido en toda mi vida. Usted mismo debe de saberlo, abad; nadie hará el viaje hasta aquí a la ligera. Estoy negociando con las lunas errantes para excluir estos picos del comercio turístico que están planeando. Sólo vendrán aquellos que realmente deseen hablar conmigo, lo que

excluye a todos los cortesanos y a la mayoría de los nobles de mi antigua corte. El Parlamento está acobardado, ahora que el ejército ha difundido sus historias. Ahora me llaman la Reina de Diadema, y lejos está de mí el desilusionarlos. Todos aprenderán muy pronto que sus poderes en este nuevo mundo son iguales a los míos.

—Esperaré aquí a que pase el invierno. Ahora mismo no tengo fuerzas para viajar. Y cuando llegue la primavera, encontraré una casita en un pequeño pueblo en alguna parte, y me estableceré tranquilamente con un nuevo nombre, creo.

—Entonces, ¿ya no tienes ganas de gobernar? El país te necesita ahora más que nunca.

Ella sacudió su cabeza: —He sido aplastado bajo el peso del poder toda mi vida. Creo que voy a disfrutar perdiéndolo —rió ante la ligereza con la que desestimaba el poder real. Cada momento era una sorpresa, estos días. Esperaba que ese sentimiento nunca terminara.

—Parece que a todos se nos ha dado una nueva vida —dijo el abad —. Te deseo lo mejor en la tuya, Galas —El abad se inclinó y salió de la habitación hacia atrás.

Galas volvió a examinar su nuevo reino. Mmm. ¿Donde empezar? Estas habitaciones pueden ser pequeñas, pero ella se alegraba de tenerlas. Sintió que no merecía más, después de dejar que su reino cayera en una guerra civil. Se había atrevido a mucho y lo había perdido todo; pero ella nunca se había atrevido ni perdido tanto como la gente que comandaba, y saber esto la humillaba.

Podía escuchar el murmullo de las paredes, débil en el oído de su mente. Este nuevo sentido que Jordan Mason le había dado al mundo era como soñar despierto. Podía ordenar a estas piedras que cambiaran de color, de textura, incluso que se calentaran. Podía hablar con árboles y animales, incluso con el aire mismo.

Todo es sagrado; todos somos divinos. Un hombre ya no podía justificar el poder o la riqueza afirmando que los necesitaba para proteger a su pueblo de las necesidades materiales. Los elementos ya no eran enemigos. Todavía no había sucedido, pero Galas lo

sabía que pronto, este hecho pondría de relieve los verdaderos colores de todos los tiranos del mundo. Seguirían nuevas guerras y revoluciones, pero serían diferentes de las que habían ocurrido en el pasado. Sólo los hombres matarían ahora; ni el hambre ni la exposición matarían a los desposeídos de sus hogares. Y muy pronto los refugiados, que en épocas pasadas habrían sido impotentes en el desierto, se darían cuenta de que no dependían de los conquistadores para nada. Harían nuevos pactos políticos, esta vez con los Vientos.

Y así el mundo caería en el caos, pensó Galas, pero esta vez los hombres tendrían que pensar en nuevas excusas para que sus semejantes los siguieran. El arreglo que Mason había hecho con Taliencia era claro: los Vientos consideraban a la humanidad como un compañero preciado, pero no como un amo. Uno podría comandar los mansos mecas en las paredes, pero nadie comandaba los Vientos. Desde ahora hasta el final de los tiempos, ellos y los humanos compartirían la responsabilidad de Ventus, y ninguno de los dos dejaría que el otro dañara su mundo.

Esta situación era justa. Era lo único que siempre había soñado. También hizo que el gobierno fuera irrelevante para Galas, y eso también era justo.

Alguien llamó a la puerta mientras ella transportaba el viejo escritorio del abad de su antigua posición a una mejor. ¡Entra! —Se pasó una mano por el cabello enredado y sonrió cuando entró Armígero.

Estaba vestido con ropa de viajero otra vez, una nueva que todavía se le veía un poco tiesa. Su rostro había recuperado sus colores carnales; el Archipiélago había requerido que fuera despojado de su núcleo nanotecnológico. Ahora sólo era un hombre, aunque uno con recuerdos de ser un dios.

—Mi querida amigo —dijo ella—. ¿Qué te parece mi nuevo palacio?

—Donde quiera que estés, hay un palacio —se rió ante la expresión agria que ella le devolvió. Él también parecía transformado, estos días. Incluso era capaz de bromear—. Entonces, ¿de verdad te vas a quedar aquí? —preguntó él lanzando una mirada evaluadora

alrededor de la estrecha habitación. Los Vientos están construyendo nuevas Mansiones; podrías mudarte a una de esas sin tener que sentir que se la has quitado a alguien.

—Esto es todo lo que necesito —se acercó a él y le tomó la mano—. ¿Qué pasa contigo? ¿Has decidido lo que necesitas?

—No —se encogió de hombros: —Todavía no sé quién soy, supongo.

—Bienvenido a la humanidad, Armígero —dijo con ironía—. Déjame contarte un secreto: nunca sabrás quién eres.

Negó con la cabeza: —¿Soy humano, de verdad? Creo que lo fui una vez, hace siglos. Y luego, después de que 3340 muriera, volví a ser humano… cuando conocí a Megan. Ahora que ella se ha ido, ¿aún lo sigo siendo? No lo sé.

—Lo eres más que nunca, Armígero. Ese es su regalo para ti. No lo desperdicies.

—Regalo —Él asintió—. La parte de ella que puedo conservar. Sin embargo, no sé qué hacer con eso.

—Sólo sé, amigo mío. Aprende a ser simplemente.

Negó con la cabeza, pero no en negación: —¿Y tú? ¿Has renunciado a lo único que eras para convertirte en monja en una celda? Casi no puedo creerlo.

—Es necesario —miró alrededor del estrecho espacio—. Soy demasiado ambiciosa por mucho. Y el gobierno es adictivo. Se necesita algo nuevo para que lo hagan los grandes del alma, y deseo aprender qué es eso. Considera esta celda como una disciplina autoimpuesta.

El asintió: —Pero pronto no tendrás ningún país que gobernar, de todos modos.

Ella sonrió con tristeza: —Ah, Armígero. Soy la Loca Galas, siempre lo he sido y siempre lo seré. ¿Qué me importan las meras naciones? Puse mis miras más altas en el instante en que nací. ¿Y qué si sólo

soy una mortal, ni más sabia ni más inteligente? En todos los trillones de personas en tu vasto universo, apuesto a que no hay nadie como yo.

—Tengo que admitir una nueva tentación. Ahora que mi mundo es libre, Ventus necesita un filósofo que lo proteja contra nuevas amenazas. La mayor, a la larga, es la "tiranía de la condescendencia" que me dijiste que rige en todas partes. Por supuesto, eso puede no afianzarse durante siglos; seguimos siendo un pueblo sin educación y rural. En este momento, me preocupa quién reemplazará a los reyes y generales como detentadores del poder sobre los hombres. Mucho me temo que serán fanáticos religiosos de un tipo u otro. Tendrán que usar palabras para obligar, porque usar la fuerza sin justificación ahora es revelar demasiado claramente tu deseo de poder. El pueblo necesitará otras palabras con las que combatir a estos ambiciosos predicadores. Ser el filósofo que les dé sus nuevas armas parece una ambición bastante digna para mí.

Ella suspiró: —Pero no voy a comprometer la pluma con el papel todavía. Puede que nunca sea capaz de hacerlo. ¿Cómo podría aconsejar a la gente sobre cómo vivir, cuando todavía no sé lo que significa ser simplemente una mujer, como cualquier otra?

Ella hizo un gesto desdeñoso: —Ayúdame a mover esta mesa.

Cuando lo colocaron a su entera satisfacción (junto a la ventana), Galas se acercó a un baúl que acababa de traer y sacó dos copas de cobre y una botella de vino barato que habían pillado acaparando a uno de los monjes. Acercó dos sillas a la mesa y se sentó en una.

—Ven, siéntate conmigo un rato —dijo mientras servía—. Y cuchicheemos entre nosotros sobre los asuntos de los hombres y los Vientos, y olvidemos a los dioses y a los filósofos.

Armígero se rió y tomó el vino ofrecido.

§ § §

La nieve caía como un heraldo de misterio el día que Jordan finalmente llegó a su casa. Blancas eran las colinas distantes, y blanco el cielo en el que se desvanecían sus contornos. El bosque,

fuerte y melancólico en verano, era ahora una delicada techumbre de troncos desnudos, marrones y vacíos. El aire estaba quieto, claro y fresco; La cara de Jordan fue objeto de burlas por los copos de sedimentación. Hacía horas que el mundo parecía muy lejano, como un recuerdo a medio recuperar. Si eligiera escuchar con todos sus sentidos, podría escuchar a los mecas en los copos de nieve cantando sus preguntas y especulaciones: ¿soy una pluma —-¿Soy aire?-- y en distancias más profundas y más amplias, las débiles voces de coro de los Vientos que trabajaron para curar las heridas que habían infligido a Ventus en su frenesí por destruir a Armígero. Jordan no tenía ningún deseo de escucharlos; pasaba las horas bebiendo en el silencio y la belleza de la nieve inocente. Sus compañeros también guardaron silencio.

Cuando cruzaron la frontera hacia las tierras de Castor, Jordan descubrió que su estado de ánimo sereno se desvanecía. Aquí estaban los mismos signos de agitación humana que habían visto en otros lugares durante su viaje. La violencia parecía rara, pero pasaron por un pueblo entero que estaba vacío, otro donde los habitantes se asomaban por detrás de puertas y ventanas tapiadas. Una vez, se encontraron con la ropa abandonada de un hombre y una mujer, que yacían junto al camino. Incluso los zapatos estaban allí. Huellas desnudas se adentraban en el laberinto del bosque.

Gran parte del país estaba paralizado. La gente más ortodoxa no podía hacer frente a la repentina presencia de los Vientos en su vida cotidiana. Estaban resquebrajándose bajo el cambio, algunos lentamente, otros inmediatamente.

Jordan tenía miedo de cómo sus padres, tan delicados en sus miedos, habían reaccionado ante el cambio. ¿Llegaría a casa para encontrar una casa vacía o quemada? ¿Y estaría esperando Emmy? ¿O, como era un espíritu libre, había corrido hacia el bosque como tantos otros?

Aproximadamente a media tarde, de repente reconoció un grupo de árboles en la distancia, y entonces supo exactamente dónde estaba, y todo a la vista se volvió familiar y extraño a la vez.

Se paró en los estribos y dijo: —Allí. Más allá de esos árboles.

El pueblo se había ido al descanso invernal bajo un manto blanco. El humo se elevaba perezosamente de las chimeneas, y los sonidos vacilantes comenzaron a surgir a medida que llegaban a las afueras: el ladrido de un perro, el mugido del ganado, la claridad límpida de una campana distante. Unas pocas figuras humanas se movían por la calle, sus pasos eran inaudibles en la nieve. No había signos de violencia. La única indicación aquí del gran cambio que se había producido en el mundo era que dos de las figuras parecían estar hablando solas. Todos se veían así, estos días, mientras conversaban con los Vientos.

Descubrió que había estado conteniendo la respiración y la dejó escapar con un profundo suspiro. Tal vez las cosas funcionarían. Él lo sabría pronto.

—¿Les gustaré? — preguntó Tamsin. Se volvió.

Iba sentada a horcajadas sobre su yegua, envuelta en pieles y con una fina capa sobre los hombros. Dos soldados de la guardia de honor de Galas esperaban pacientemente a caballo cerca, al igual que la Voz, que ahora le sonreía.

—Son familia —dijo la Voz—. Es infinitamente más importante que simplemente existan.

Tamsin negó con la cabeza y se rió: —Sí. Tienes razón.

—¿Estás seguro de que no te quedarás y nos ayudarás a sobrellevar el Cambio? —preguntó Jordan a la Voz por centésima vez. La IA recién nacida sonrió y negó con la cabeza.

—Necesitas a tu gente, Jordan, Tamsin. Pero son tu gente. Simplemente me recordarían que soy diferente y que no deseo eso ahora. Tamsin entiende. No, necesito viajar sólo por un tiempo. Quiero conocer los misterios de la taliencia, para poder aprender más sobre cómo soy diferente y cómo soy yo mismo.

—Pero este es el lugar adecuado para ti. Tamsin necesita una familia. Y tú... tú mismo me lo dijiste, lo único que realmente quieres es establecerte y convertirte en...

—Un hombre de buen carácter. Lo sé, lo sé —le sonrió—. La verdad es que tengo envidia. Verás cómo el mundo se transforma en algo nuevo.

—Y lo único que tienes que hacer es cerrar los ojos, y lo verás también. Volveré, Jordan. Tú lo sabes. Y si quieres hablar conmigo mientras tanto, ya sabes qué hacer.

El asintió. Los Vientos llevarían sus palabras a cualquier lugar: a la Voz, a Armígero y Galas, a August Establero y, tal vez, incluso a Calandria May, si ella estaba escuchando.

—Esto es lo que querías —dijo ella—. Ahora continúa.

Él y Tamsin desmontaron y comenzaron a caminar tomados de la mano. Dieron un total de veinte pasos antes de que ambos se giraran para mirar hacia atrás. La guardia de honor saludó y la Voz saludó alegremente antes de girar su caballo hacia el camino que conducía a la mansión de Castor y la posada allí.

La vieron irse, luego comenzaron a caminar de nuevo. Ninguno habló.

Allí estaba su casa; se detuvo para examinarlo de cerca. No había señales de fuego, el techo todavía estaba sobre él, y allí, de repente, estaba Emmy. Ella gritó cuando lo vio y comenzó a correr. Jordan sonrió y se quedó allí, abriendo los brazos cuando ella lo alcanzó, lo abrazó y lo hizo girar.

—¡Has vuelto y estás a salvo, a salvo, a salvo! —Ella casi lo aplasta y él se ríe, abrazándola fuerte.

—Estamos a salvo —dijo—. Todos estamos a salvo ahora.

—Oh, Jordan —empezó a llorar—. Has vuelto. Después de todo, el Cambio, y los Vientos viniendo a hablarnos, y escuchando lo que hiciste para provocarlo, pensé que te irías a algún castillo en algún lugar y nunca volverías a casa.

—No quiero nada de eso —dijo—. Nunca lo quise.

—¿Y quién es ésta? ¿Podría ser que mi hermanito está creciendo?

—Le sonrió a Tamsin, quien se sonrojó—. Vamos, preséntame.

Él lo hizo en medio de la calle y hablaron de todo a la vez, riéndose todo el tiempo. Finalmente, Emmy lo agarró de la mano y tiró: —Venid, están esperando.

Él se detuvo. Dos personas, un hombre y una mujer, estaban parados en la puerta de la casa de sus padres. Él los conocía, siempre los había conocido, aunque habían envejecido un poco, y parecían aprensivos ahora que estaban juntos: sus padres, su gente.

Había temido que cuando llegara ese momento, él o ellos se hubieran distanciado. No había estado seguro de poder perdonarles sus debilidades. Pero cuando los miró, ellos se quedaron esperando. Su madre se retorcía las manos, pero ni se movió ni dijo nada. Eran ellos los que esperaban que él decidiera.

Nos necesitamos unos a otros, se recordó a sí mismo.

Luego enderezó los hombros, sonrió y subió por el camino a su casa.

FIN

Extras

Notas originales del autor

La edición de *Ventus* que estás viendo es mía y no es producto de Tor Books. Como tal, sólo yo soy responsable de los inevitables errores tipográficos y otras diferencias entre éste y el texto publicado. Esta versión en eBook es gratis y no se puede vender.

Ediciones impresas de este libro están disponibles en venta en Tor Books (en inglés) y bajo licencia en ediciones traducidas. La edición en papel del mercado masivo en inglés es ISBN 0-812-57635-7.

Karl Schroeder karl@kschroeder.com www.kschroeder.com

1 de septiembre de 2007.